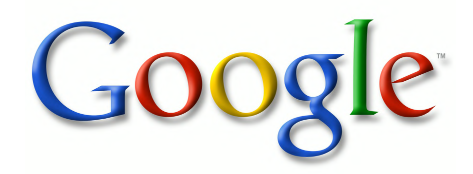


BIBLIOTECA DEL RIO DE LA PLATA

COLECCION

DE

OBRAS, DOCUMENTOS Y NOTICIAS

INEDITAS O POCO CONOCIDAS

PARA SERVIR Á LA

HISTORIA FISICA, POLÍTICA Y LITERARIA

DEL RIO DE LA PLATA

publicada bajo la direccion de

ANDRES LAMAS

ABOGADO

INDIVIDUO DE LA ACADEMIA DE LA HISTORIA DE ESPAÑA ETC.

SEGUNDA SERIE

TOMO PRIMERO

BUENOS AIRES

Editor: S. OSTWALD, Calle de la Florida número 144.

1882



HISTORIA

DE LA

CONQUISTA DEL PARAGUAY

RIO DE LA PLATA Y TUCUMAN

ESCRITA

POR EL P. JOSE GUEVARA

de la Compañia de Jesus

CON UNA INTRODUCCION

POR

ANDRÉS LAMAS

TOMO PRIMERO

BUENOS AIRES

Editor: S. OSTWALD, calle de la Florida número 144

1882.

INTRODUCCION

I

El P. José Guevara, nació en Rocas, Castilla la Nueva, el dia 11 de Marzo de 1719 (1): entró en la compañia de Jesus el 12 de Marzo de 1734, y profesó el 30 de Agosto de 1752.

Distinguiéndose por su talento y por su instruccion, dictó filosofia en el Colegio Máximo de Córdoba, y, relativamente jóven, fué elegido para sustituir al famoso P. Pedro Lozano en el cargo de cronista de la Orden en la Provincia del Paraguay.

Despues de esa eleccion hizo varios viajes: estuvo en la Asuncion, en Corrientes, en Santa Fé, en Buenos Aires y en Mendoza; luego en Tucuman y Salta: ignoramos el objeto preciso de esos viajes, pero suponemos que ellos se relacionarian con su mision histórica.

En 1766 ya existian cópias de su historia; pero él se ocupaba todavia de la revision que habia emprendido cuando se verificó el estrañamiento de su Orden.

Su persona y sus papeles fueron secuestrados en la estancia de Santa Catalina, jurisdiccion de Córdoba, que era donde estaba residiendo.

El Dr. Don Antonio Aldao, nombrado por el Gobernador Bucarelli para recibirse de los archivos de la Compañia, llevaba órden especial de remitir á Buenos Aires el manuscrito del P. Guevara, como lo hizo.

El mismo Guevara fué trasladado á esta Ciudad, desde donde se le embarcó en la fragata española «Vê-

(1) D. Pedro de Angelis dice, equivocadamente, que nació en 1720. Las noticias que aquí damos son tomadas de documentos auténticos.

nus», que se hizo á la mar en el mes de Setiembre del año 1767.

Llegado á puerto español, pasó á Italia.

Alli se le acogió con distincion; escribió diferentes libros, y falleció siendo canónigo de Spello el 25 de Febrero de 1806 (1).

Apesar del secuestro del manuscrito de su historia en Santa Catalina, el P. Guevara tenia otro en Italia.

El P. Hervás, al tratar de la Lengua *pampa* y de sus afinidades con la *querandi ó kerandi*, habla de los manuscritos del Abate D. José Guevara, que habia leido (2).

Y tanto el P. Caballero (3) como recientemente los P. P. Backer, (4) afirman que el P. Guevara trabajaba en su historia y no la habia dado por concluida (5).

Como se verá en la noticia de sus obras, que damos en seguida, el P. Guevara habia variado el título que llevan las cópias de su historia que quedaron entre nosotros...

OBRAS DEL P. JOSÉ GUEVARA

Dissertatio Antiblasiana, seu Blasius admonitor in Blasium Commonitorem. (Venetiis, 1775, typis Tomæ Bettinellí,)

Dissertatio histórico-dogmática de Sacrarum imaginum cultu réligioso quatuor epochis complectens dogma et disciplinam Ecclesiæ super Sanctas imagines. (Fulginiæ, 1789, typis Jesualdi Fojí, in 4°).

Dissertazioni sopra gli oracoli nella quale si fa manifesto contra Fontanelle che il demonio ebbe parte negli oracoli degli antichi. (Foligno (sin fecha) in 8°).

Riposta all' anónimo della lettera sopra la vicinanza

(1) D. Pedro de Angelis, dice—Cual fué la suérte del P. Guevara despues de la espulsion: donde y como acabó sus dias, lo ignoramos igualmente. (Discurso prel. á la historia del P. Guevara).

(2) Catálogo de las lenguas etc. Por el M. D. Lorenzo Hervás. Madrid, 1800, t. 1.

(3) Bibliothecae Scriptorum Societates Jesu. Supplementa. R. Diosdado Caballero, Roma 1814—16.

(4) Bibliothéque des écrivains de la Compagnie de Jesus. 7 vol.—Liege, 1853—61.

(5) Dicen hablando del P. Guevara— "il fut désigné par ses supérieurs pour écrire l' histoire du Paraguay: mais les malheurs qui accablerent l' ordre" "ne lui permirent pas de realiser ce projet."

del giudicio universale. (Foligno, 1790, Gio Tomassini, in 8°).

INÉDITAS

Historia Natural, política, eclesiástica y jesuítica del Paraguay, in fólio, 2 volúmenes.

Vida dall'illmo. Sig. D. Bernardino Cárdenas, in fól.

Disertacion sobre la fé, que se debe dar á las....y escritos del mismo Illmo. Cárdenas, confirmándolo todo con cédulas R., con audiencias, testigos, y con sus mismos originales escritos (in fólio).

De abusu superstitioso rerum Sacrarum (in 8°, 8 vol.)

II

Hemos considerado inédita la historia del Paraguay, Rio de la Plata y Tucuman por el P. José Guevara, porque lo que con ese título ha publicado D. Pedro de Angelis (1) no es mas que una seleccion; y hecha con tal libertad que en lo mismo que ha elegido no ha respetado el texto ni aun el estilo del autor.

Principia por truncar la obra, suprimiendo, *como lo declara*, todo lo relativo á las Misiones Jesuíticas: adultera el plan de la parte de la obra que publica; hace en ella, *sin declararlo,* todas las supresiones, agregaciones y correcciones de fondo y de forma que le parecieron convenientes para vaciar la historia y el autor en un molde suyo.

Para dar idea de la abundancia de las supresiones, basta recorrer algunas de las páginas de esta edicion, teniendo á la vista la del Sr. de Angelis.

Por ejemplo, ha suprimido todo lo que se contiene en esta edicion—desde la línea 17 de la pág. 2ª. hasta las dos primeras líneas, inclusives, de la página 3ª:—desde la línea 30 de la página 5ª. hasta la línea 30 de la pág. 6ª: desde la 23 de la pág. 10 hasta la línea 19, de la pág. 11:—desde la línea 29 de la página 14 hasta la linea 32 de la pag. 15:—desde la línea 33 de la pag. 19 hasta la línea 35 de la pág. 21: desde la línea 25

(1) Col. de Obras y documentos relativos á la historia antigua y moderna del Rio de la Plata—Tomo 2.

de la pág. 73, á la línea 24 de la pág. 77. Así en lo demás, hasta el fin.

Llena las últimas páginas citadas el índice de las plantas medicinales del Paraguay, en español y guaraní, que no admitió Angelis en su edicion.

Con la misma arbitrariedad con que suprime, agrega lo que le ocurre:

Tratando de la traslacion de la Ciudad del Barco, dice Guevara (pág. 277 de esta edicion):

« Aguirre entró en recelos de poca seguridad en aquel « sitio y pasó la ciudad del Barco sobre el rio Dulce, « mudándole el nombre del Barco en Santiago del Es- « tero ».

Angelis (pag. 124) dice—« El *mismo* Aguirre entró en « recelos de poca seguridad en aquel sitio, y pasó la « ciudad del Barco sobre el rio Dulce, mudándole el « nombre en el de Santiago del Estero, *por un estero « que alli hace el rio. Está sita en 28 grados escasos de « latitud y 25 de longitud, segun el mapa de la provincia « que se estampó el año de 1732.*

Dice Guevara hablando de la ciudad de Santiago:

« Antiguamente tuvo mas lustre, esplendor y rique- « zas. La labranza de la cera y el beneficio del añil, « maniobras en que se ocupaban los indios de enco- « mienda, especialmente los tonocotes y diagitas, soli- « citaban en crecido número á los mercaderes peruanos. « Ellos se llevaban los efectos necesarios para el con- « sumo, y dejaban el oro y la plata que cargaban, y con « que enriquecian la Ciudad y Provincia. Alguna no- « ticia del esplendor y lustre tendria Juan Diaz de la Ca- « lle, cuando á la Ciudad de Santiago, señaló escudo « de armas etc—(pag. 227 de esta edicion).

Angelis suprime este § y cambiando no solo la redaccion, sinó tambien los hechos, lo sostituye con el que sigue:

« *En otro tiempo fué Santiago asiento de los Señores « Gobernadores y Obispos, pero hoy es un puro esqueleto « de ciudad, sin lustre, sin esplendor, ni formalidad en lo « material.* »

« *En medio de tanta miseria, Juan Diaz de la Calle señala « á Santiago un escudo etc.* » (pág. 124 de la ed. Angelis).

Hablando de las *poblaciones* de la Rioja, escribe Guevara:

« Aumentóse el número de ellas con el alzamiento de « los Tavasquiniquitas y Mogas. Se empeñó el victorioso « Tejada en nuevos descubrimientos, tirando mas al Po« niente y arrimándose á la ciudad de Todos Santos « con la conquista de los *Escalonites* y *Iamanaes*, que « pretendió agregar á la ciudad de Córdoba (pág. 361 de « esta edicion).

El Sr. Angelis dió nueva redaccion á este pasaje, agregándole lo que va subrayado.

« *Contribuyó á la prosperidad de la Rioja* el alzamien« to de los Tabasquiniquitas y Mogas, *situados en la fal« da de la serrania que cae al poniente de Córdoba; por« que vencidos y derrotados* por Tristan de Tejeda, *valero« so y afortunado capitan, pidieron la paz y ofrecieron « vasallaje. Con su ausilio se empeñó este gefe* en nue« vos descubrimientos, tirando al poniente, y arrimán« dose mas á la ciudad de Todos Santos con la con« quista de los Escalonites y Iamanaes, que pretendió « agregar á la ciudad de Córdoba. » (pág. 167, ed. Angelis).

Las determinaciones geográficas que añade el Sr. Angelis en los §§ que acabamos de copiar pudieran ser útiles, pero no han sido hechas por el P. Guevara, y por consiguiente, no era lícito darles su nombre, ni calocarlas bajo su responsabilidad.

La parte relativa al descubrimiento de nuestro rio por Juan Diaz de Solis, ha sido tambien acomodada por el Sr. Angelis, quitando y poniendo lo que le ha parecido.

Ha suprimido los argumentos con que contesta el P. Guevara la prioridad del descubrimiento de este rio que algunos escritores antiguos han adjudicado á Américo Vespucio; pretension que en nuestros dias ha renacido en las investigaciones de Varnhagen sobre los viajes del celebre cosmógrafo que ha dado su nombre á esta parte del mundo.

El P. Guevara caracterizó á los Charruas en estos términos:

« Nada menos que eso pensaban los infieles Charruas, « nacion pérfida y de intenciones reservadas, que enton-

« ces se dilataban por la costa septentrional del Para-
« ná hácia el Uruguay, y tirando al Oriente hácia las
« cabezadas del Rio Negro. *Al presente discurren por*
« *el comedio que deja la laguna Iberá, el Paraná y*
« *Uruguay. Viven de lo que cazan, y hurtan para tener*
« *con qué vivir. Visten pieles de venados, y tigres de las*
« *cuales hacen mantas y tipois, que cuelgan del hombro*
« *con alguna decencia y poco reparo contra las inclemen-*
« *cias del tiempo. Saltean los caminantes, les roban lo que*
« *llevan y á veces les despojan de la vida. No se sabe que co-*
« *nozcan á Dios, pero es constante que en sus borracheras*
« *invocan al demonio.*

« *Son grandes inventores de engaños y traiciones, disi-*
« *mulando el mayor engaño y traicion que urden, con el*
« *mayor beneficio que alcanzan.* (pág. 132 de esta edicion.)

Angelis ha suprimido todo lo que va subrayado, limitándose á decir: *que Solis no conocia el génio pérfido de la nacion.* (pág. 80, ed. Angelis).

Nos hariamos enojosos aglomerando mas pruebas de las adulteraciones y mutilaciones que ha sufrido el manuscrito del P. Guevara al pasar por las manos del Señor Angelis.

Las que hemos dado bastan para establecer que no ha sido respetado bajo ningun aspecto; y lo peor es que no lo ha sido, porque el Sr. Angelis se propuso hacer un P. Guevara que, *segun su criterio, tuviera prendas poco comunes en nuestros historiadores y realzadas por un lenguaje fácil, correcto y elegante, en el que no habia podido hallar los defectos que le nota Azara, cuyos sarcasmos son inmerecidos.* (Discurso preliminar, pág. VI.)

Para ajustarlo á ese ideal, se ha intentado contrahacer al P. Guevara, que era hombre de su tiempo y de su estado; y tratando de despojarlo á él, y á su obra, de las preocupaciones y de los sentimientos que reinaban en la sociedad de su tiempo, se ha preconcebido un anacronismo inútil, porque lo que ha quedado de la obra del P. Guevara en la misma edicion del Sr. Angelis, bastaria para probar que su autor vivia, como todos sus contemporáneos, en la atmósfera moral de su época, y en la atmósfera local de la Orden religiosa á que pertenecia.

Lo que el Sr. Angelis pretendia quitarle al P. Guevara

es, precisamente, lo que constituye el valor esencial de estas crónicas. Su mérito consiste en la fidelidad con que reflejan una época dada, revelando ingénuamente el espíritu que animaba á la sociedad, las fuerzas que la trabajaban, las direcciones en que obraban, los resultados que producian.

Cada época y cada estado social tiene tambien formas y gustos literarios que les son propios y de que no pueden emanciparse, absolutamente, los hombres que en ellas viven y en ellas escriben; pero el Sr. Angelis que quiso cambiar el espíritu del P. Guevará, tambien intentó darle un estilo que acabase de singularizarlo entre los escritores de su tiempo en estos paises.

Con este propósito ha corregido la redaccion del autor y aun cambiádola por la suya en muchos pasajes. En alguna parte le ha dado mas claridad y correccion al estilo, pero á precio de hacerlo desigual.

Y no siempre han sido felices las enmendaturas del Sr. Angelis: por ejemplo,—hablando de los enanos, el P. Guevara dice—«que aspiran á ser hombres y nunca salen *de hombrecillos*. (pág. 13 de esta edicion.)

El Sr. Angelis solo cambia una palabra; en lugar de *hombrecillos*, pone *embriones*. (pág. 3, ed. Angelis).

La frase del P. Guevara es de mal gusto, pero es verdadera, porque *hombrecillo* es diminutivo de hombre; y un enano será siempre un hombre diminuto.

Embrion, es cosa muy diversa, porque es feto, rudimento; y decir, como lo hace Angelis, que los enanos «no saldrán de embriones», es escribir pura y simplemente un absurdo.

III

El primero que ha acusado y comprobado las inauditas infidelidades que acabamos de demostrar, ha sido el Sr. D. José Manuel Estrada; y con ese motivo hizo un juicio crítico del P. Guevara, que sostituimos al nuestro en merecido homenaje á la prioridad, al talen to y á la competencia de su autor.

Habla el Señor Estrada.

« Con razon, pues, podria decirse, que la historia de

« Guevara permanece inédita. La edicion adulterada de « Angelis no vale el nombre de tal.

« El Padre Guevara era un buen escritor, pero de su « tiempo; y ese carácter escepcional, con que el Sr. An- « gelis lo ha hecho conocer, es una pura ficcion de su « fantasia.

« Haber desfigurado este libro y el carácter de su « autor, y haber hecho que el pueblo no conozca la *his- « toria* que sabe escribió el P. Guevara, es efecto de- « ese insensato amor á la forma con el sacrificio del « pensamiento y de la verdad de los documentos anti- « guos. Este sacrificio deja pendiente la opinion públi- « ca entre dos juicios opuestos, como la falta de inte- « gridad en la revelacion de un secreto deja suspenso « entre dos amenazas el Antioco de una de las mejores « tragedias de Corneille.—Los juicios opuestos son los « de los Señores Angelis y Azara. Busquemos la ver- « dad sin envenenarnos como Cleopatra.»

« Pendiente la opinion general entre los que virtieron « los señores Angelis y Azara sobre el libro del P. « Guevara, en tanto que la imprenta no lo ponga en « todas las manos, es sin duda útil buscar á la luz « de la crítica sana, la verdad sobre el carácter del « historiador jesuita, y de esta vez podemos aplicar sin « temor el adagio latino, *in medio est virtus.*

«Guardan efectivamente ambos críticos los estremos. « El Sr. Angelis rodea de todos sus elogios el nombre del « P. Guevara, mientras que el Sr. Azara dice (1) «Los « Jésuitas conociendo los defectos de la historia de Lo- « zano quisieron hacerla corregir é hicieron este en- « cargo á uno de ellos llamado Guevara, *tan pequeño « de espíritu como de cuerpo*, segun me lo han asegurado « personas que lo han conocido y tratado. Realmente « á la época de la espulsion de los jesuitas, se halló « en el Colegio de Córdoba una historia manuscrita, de « la que algunas personas han sacado cópia, imaginán- « dose que debia ser la mejor porque era la última.

«Ella es una cópia de la de Lozano; la sola diferen- « cia entre una y otra consiste en que el último pare- « ce haberse esmerado en escribir con mayor pureza, y

(1) Viajes por la America Meridional. (Introduccion).

« apesar de ello, escribe peor. *Este suprimió algunas « sátiras para sostituir otras aun mas insípidas*; omite « puntos esenciales subrogando otros, que no lo son, é « insertó la historia del Tucuman que no tiene rela- « cion alguna con la del Rio de la Plata. »

« En los libros escritos por hombres de partido, decia Labruyere, hay que sufrir el disgusto de no hallar siempre la verdad. No es de estrañar que D. Félix de Azara, el pensador, que no se atrevia á decir si los indios americanos pertenecían á la raza humana; el filósofo, que encontraba ajustado á las nociones del derecho y útiles á la salud de un continente el sistema de las encomiendas, la civilizacion de las malocas y la conquista aventurera, encuentre *insípidas las satiras* de Lozano y de Guevara, y pierda la calma del crítico hasta ser mordaz con el primero y tildar la belleza física del segundo, que no creemos que hiciera gala de una gallardia con que tampoco sabemos, si tuvo la naturaleza la prevision de dotarle. El naturalista se dejó vencer de sus habitudes é inclinaciones, y no pudo dispensarse de echar una mirada sobre el físico del buen jesuita.

« Asegura el Sr. Azara que la historia de Guevara no es otra cosa que una cópia de la de Lozano.

« De esta última no corre impresa sinó una parte, la titulada—*«Historia de la Compañia de Jesus en la provincia* el *Paraguay»* y forma dos volúmenes in fólio. Hemos estudiado este libro rarísimo con otro objeto....

« Esta parte se limita á lo que promete su título: la que encierra la parte política está todavia inédita. (1)

« Solo podemos juzgar, pues, *de la parte de Guevara que se refiere á los jesuitas*, y como esta fue completamente suprimida en la edicion del Sr. Angelis, nos vemos obligados á que se nos crea bajo nuestra palabra, que á lo menos es sincera y viene de un ánimo sin prevenciones.

« Entendemos, en efecto, que es el P. Pedro Lozano el verdadero analista, que ha trabajado su historia sobre documentos originales formando á costa de una gran

(1) El Sr. Estrada escribia en 1863; y la historia civil de Lozano, entonces inédita, solo principió á imprimirse en el año de 1873.

laboriosidad el libro en que han bebido todos los que despues de él se han ocupado de la época que abrazó. Solo un siglo comprende su voluminoso trabajo original. Con su historia bajo los ojos cree uno asistir á los menores pasos de los establecimientos jesuíticos en estas regiones; tal es la escrupulosidad con que se refiere todo. Sin embargo, lo superabundante de sus narraciones, la gran estension dada á episodios de menor importancia y el andar dificilísimo con que marcha, distraen por las noticias insignificantes que agrupa, de los verdaderos hechos saltantes que es preciso recojer entre esa crónica minuciosa con no pequeño trabajo. Si á esto se agrega la falta de colorido de los cuadros, lo difuso del estilo, que ha hecho de este libro, y sea esto dicho sin menoscabar el mérito del laborioso analista, una cédula real en dos tomos, se vendrá en conocimiento de la falta de vida y de animacion de que adolece, tan necesaria en la história; y de la razon porque el P. Lozano es una penosísima lectura, que jamás podrá ser emprendida sino por la decision de estudiarlo. (1)

« Popularizar á Lozano, dándole la vida que le falta, descartando todo lo que tiene de menor importancia, ó mejor dicho, escribir una historia, valiéndose de los datos reunidos por èl con una constancia digna de ser agradecida muy sinceramente por la posteridad, fué tal vez pensamiento que entró en la mente de los superiores de su Orden y la empresa no era por cierto menos meritoria que la de Lamartine en su *Historia de Turquia.*

« ¿Hizo esto el P. Guevara?

« Es indudable que la mayor parte de las noticias consignadas por Guevara provienen de esa fuente, no tanto sin embargo que en algunos puntos no discrepe de Lozano,—pero es en detalles, poquísimas veces, y siguiéndolo paso á paso en todo lo de bulto. Hay episodios en que usa casi las mismas palabras de aquel, mientras agrega en otros tal cual noticia. (2)

.... (3)

(1) Tengase presente que el Sr. Estrada se refiere siempre, en todo este juicio, á la «Historia de la Compañia de Jesus».
(2) Siempre refiriendose á la parte de los Jesuitas.
(3) Aquí pone el Sr. Estrada dos ejemplos que demuestran y confirman lo que dice.

«Hemos deseado señalar esta diferencia para notar que no siempre marchó Guevara sobre la huella de su predecesor, y tambien, que al separarse de ella nunca fué en hechos culminantes sino accesorios, pudiendo asegurar que no bebió sus noticias sinó en aquella fuente. Ha economizado tambien el Padre todas las abundantes noticias biográficas con que Lozano enriqueció su obra y con las cuales ha dado á conocer á la posteridad los varones ilustres que figuran en su historia. El canonigo Xarque (1) y el P. Machoni (2) en sus biografias se han servido no poco de las noticias recogidas por el P. Lozano; bien que aumentadas con buena parte de trabajo original; pero ni Guevara ni Charlévoix han tomado nada de los rasgos biográficos, acaso por disminuir la estension de sus obras.

«....Si la historia ha ganado en amenidad y galanura lo que ha perdido en abundancia al pasar por las manos del P. Guevara, es cuestion difícil de resolver. Entre un estilo desanimado pero natural, y un hablar amanerado y repulido, hay una relacion bastante análoga á la que guarda la palidez de una muger con la falsa vivacidad del colorete á que recurre la otra.

«........Hasta aquí parece tener razon el Sr. Azara, salvo en el tono de desprecio con que califica de cópia el trabajo de Guevara. No: la historia del P. Guevara no es una cópia; es un estracto bien hecho de la de Lozano: es una historia formada con abundante cosecha de noticias reunidas por la infatigable laboriosidad del célebre analista: Guevara ha reducido á mas cómodas dimensiones el voluminoso trabajo de aquel, sin duda con el intento de popularizarlo y hacer su lectura fácil á todo género de personas, y lástima grande es no tener conocimiento exacto de su intencion, lo que por otra parte no es de estrañar, sabiendo el tiempo que ha permanecido el manuscrito sin otros visitantes que la polilla, y el que puede haber corrido en manos de copistas poco avisados.

«Pero donde se ha manifestado á las claras la pasion

(1) "Insignes Misioneros del Paraguay", Pamplona 1687.

(2) "Las siete estrellas de la mano de Jesus", Córdoba, 1732.

del Sr. Azara, es cuando de un solo golpe hiere á ambos Padres y despues de haber denigrado á Lozano, dice que Guevara sostituyó algunas sátiras de aquel por otras mas insípidas. El Sr. Azara llama «satiras insípidas» á las juiciosísimas reflexiones y á las humanas quejas de estos escritores sobre el bárbaro sistema de las malocas y de las encomiendas, fundado por el Gobernador Domingo Martinez de Irala (1).

«La lucha sostenida contra ese ensayo feudal, es una corona para los jesuitas, y solo la ciega pasion del Sr. Azara que llega á sostener (2) las yanaconas como preferibles al sistema de gobierno observado en las Misiones por los padres de la Compañia, ha podido mover su pluma á hacer tan mordaces cargos contra estos historiadores. No es del caso examinar el principio político de las reducciones; pero el peor gobierno imaginable es preferible á aquel que se funda en la esclavitud de una raza, para cuya dominacion se abusa de las ventajas de la civilizacion, que solo deben emplearse en el desarrollo personal y social de la criatura humana.

......«Basta para el presente caso decir, que en el entusiasmo febril del Sr. Azara por las injusticias de la conquista aventurera, está la causa de su enemiga contra los historiadores de que venimos hablando. No puede perdonarles que se hayan constituido eco de la humanidad envilecida y de la razon degradada, para defender el derecho, tantas veces reconocido por los reyes de España contra el servicio personal, condenado en las ordenanzas de 1611 y en la recopilacion de Indias. Lozano y Guevara no hacian otra cosa que defender el derecho humano y las eternas máximas de la justicia: la voz del mundo entero y la omnipotencia de la libertad, que habla aunque no la queremos oír, vibraba en sus lábios, y no con «sátiras insípidas», sinó robustecidas por la razon y amamantadas por la verdad.

«Frio calculador de la naturaleza, el Sr. Azara no bebia inspiraciones y entusiasmo en la contemplacion de sus grandes obras: no dejaba brillar al esterior las santas vehemencias del sentimiento, y parece que á sus

(1) Rui Diaz, libro III, cap. I.
(2) Veanse los capitulos de su viaje relativos á los sistemas de conquista y poblacion.

ojos el derecho no fuera mas que una palabra, y el indígena de América no tuviera otra importancia que la de una pieza zoológica. Imperdonable falta en el hombre del siglo XVIII que habia leido el «Espíritu de las leyes» y la «Disertacion sobre los delitos y las penas.»

No hay tales «sátiras insípidas» ni en Lozano ni en Guevara: hay verdades que cada cual ha dicho á su manera, pero tan claras, tan vaciadas en el sentimiento, que si alguna vez se inclina uno á olvidar los defectos del estilo, es cuando vé su generoso esfuerzo por llevar á todos los ánimos el convencimiento de las simpáticas opiniones que han herido al Sr. Azara, hasta cegarlo, y encontrar de mas la historia de Tucuman en un libro que se llama: «Historia del Paraguay, Rio de la Plata y Tucuman.»

«Entre las opiniones de los Sres. Angelis y Azara está la verdad sobre el P. Guevara: *in medio est virtus.* Ni es enemigo de la conquista, como el Sr. Angelis pretende, ni sus sensatas reflexiones son «sátiras insípidas» como afirma el célebre naturalista. El P. Guevara dá lo que tiene: un rayo de justicia llegado hasta él á través de la atmósfera de preocupaciones y de intereses que lo rodeaban:—sigue el curso oscilante de las opiniones políticas de su Orden en América; y ni su editor tenia el derecho de truncarlo para enaltecerlo, ni su crítico debió dejarse llevar de la pasion para herirlo con mordacidad.

«Como escritor guarda tambien el término medio entre ambas opiniones. Ha reasumido á Lozano con habilidad, pero escribiendo tan desagradablemente como aquel, y ni es un mal copista, ni es un autor de primer órden.

«El P. Guevara participaba de los errores de su época, pero acredita un escelente corazon. Estas calidades relucen en su libro. Poco original en las investigaciones: partidario de la verdad cuando la encuentra; fácil en creer prodigios si cree que puede mezclarse en ellos la omnipotencia: severo y reservado cuando solo se trata de la humana voluntad; el P. Guevara nos dejó un libro, que es un monumento de la época: la refraccion de las ideas que lo dominaban, sencillo y celoso misionero con

3

buenas dotes de historiador, que es lamentable no cultivara en trabajos mas nuevos y corrigiendo su estilo.

« El P. Guevara con Lozano por guia observó el cuadro de la conquista y de cierta época de la vida colonial, desde las ventanas de un colegio de la Compañia: refirió sus impresiones y noticias en papel de orlas doradas, y corriendo los años, el Sr. Azara, por su parte, quiso cubrirle con un puñado de la tierra, que examinaba, al paso que algo mas tarde el Sr. Angelis, lápiz en mano, lo levantó hasta donde pudiera descender la grave Clio y coronarle con laurel de sempiterna frescura. La serpiente Ampalaba y el indio del Hembay reclaman contra la apoteósis: la raza americana defendida se empeña en limpiarle el polvo, que le arrojó la mano del renombrado Comisario. Sin abrumarnos la celebridad de los nombres, nos hemos puesto en medio de los combatientes, señalando el camino, que toca al primer editor de Guevara andar del todo, y mostrando el libro y el autor como son, colocar las cosas en su lugar, dando á cada uno lo suyo.

José Manuel Estrada. (1)

Agosto de 1863.

IV.

El Sr. Estrada anduvo, en el trabajo que en parte dejamos reproducido, casi todo el camino que le señalaba al primer editor de la história del P. Guevara.

Es cierto, como lo deja establecido el Sr. Estrada, que el P. Guevara tuvo por guia la historia de la Compañia de Jesus en estos paises, escrita por el P. Lozano é impresa en Madrid en 1754 y 1755; por lo cual, la mayor parte de las noticias que ha « consignado provie-
» nen de esa fuente, no tanto sin embargo, que en al-
» gunos puntos no discrepe de Lozano, pero es en de-
» talles, poquísimas veces, y siguiéndolo paso á paso en
» todo lo de bulto; y que hay episodios én que usa
« casi las mismas palabras de aquel, mientras agrega
» en otros tal cual noticias. »

(1) Revista de Buenos Aires. Tomo 1. Buenos Aires, 1863.

Aquí, solo debémos añadir que ninguno de los historiadores de los jesuitas posteriores á Lozano ha podido dejar de hacer lo que hizo Guevara—; por que la historia no és, en su fondo, mas que la narracion de los sucesos pasados: la forma en que se narren, las apreciaciones que de ellos se hagan, las enseñanzas que se estraigan, pueden ser diversas: y es en esto en lo que cada escritor puede ser original y dejar estampado el sello de su personalidad.

Pero respecto á los hechos, desde que el historiador los encuentra averiguados y establecida su verdad, como, en cuanto á ellos, no le es dado inventar ni suprimir, no le es posible dejar de guiarse por el que primero los investigó y los consignó.

Eso hizo Guevara; eso han tenido que hacer los otros que historiaron á los jesuitas de estas Provincias, por qué el grande trabajo de Lozano es una fuente histórica que hace autoridad, desde que escudriñó bien y ordenó cronológicamente todos los hechos importantes del período de que se ocupaba.

En cuanto al espíritu con que escribió Guevara, no podia dejar de ser el mismo de Lozano, porque era el de la Orden religiosa á que los dos pertenecian.

Su método histórico era el de los Crónistas de su tiempo. En ese tiempo, ya Bossuet habia iniciado una grande reforma en el arte de escribir la historia, tomando los hechos como manifestaciones esternas de la realizacion de una idea que los inspira y los encadena. La idea generadora de Bossuet, servida por su magestuosa elocuencia, despojaba á los hombres de toda influencia propia en los acontecimientos humanos, presentándolos como agentes mecánicos de los designios de la providencia divina, que los dirigia y los determinaba.

Reforma fundamental, porque cambiada la idea, como lo fué, por los filósofos del siglo XVIII, que le devolvieron al hombre su libre albedrio, su responsabilidad y su accion ingénita en la elaboracion de su propio destino, ha producido la escuela moderna y ha hecho de la historia una cátedra de enseñanza esperimental.

Pero ni Lozano, ni Guevara, ni ninguno de los crónistas del siglo pasado, intentaron levantar el vuelo á esas altas regiones, que son las de la historia: se con-

servaron en los límites de la crónica propiamente dicha, esto es, narraron cronológica y ordenadamente los sucesos; y aunque tenian la idea y, sobre todo, el sentimiento del providencialismo, que les hacia admitir, bajo tan variadas formas, las influencias sobrenaturales en los sucesos que narraban, no los coordinaban y subordinaban como Bossuett, á una direccion única y á una síntesis suprema.

Son, pues, simplemente crónistas, y no historiadores, en la acepcion elevada que hoy debemos dar á este título.

Pero en ninguna otra forma hubieran podido sernos útiles, porque la de la crónica es la única en que caben todos los hechos, cualquiera que sea su índole, con amplitud y con los detalles que muchas veces los caracterizan.

Sin las crónicas, y sin las comprobaciones á que ellas nos guian y estimulan, no tendríamos historia: y eso constituye su principal mérito.

El del estilo es muy secundario en este género de composiciones. En las puramente literarias, tiene tanta importancia que muchos libros solo han alcanzado la celebridad por la mágia del estilo: pero en las crónicas, aunque la belleza del estilo siempre es apreciable; lo esencial es la investigacion prolija, el conocimiento de los hechos y lo inteligible de la narracion.

Hay condiciones del estilo que dependen del temperamento, de las calidades íntimas del escritor, lo que le hizo decir á Buffon que el estilo era el hombre; pero aun bajo este aspecto, el hombre está sometido á las condiciones del tiempo y del medio-social en que vive. El estilo es perfectible como el hombre, como la sociedad, como el arte; de manera que un estilo será nervioso, por ejemplo, cualquiera que sea su gusto, bueno ó malo.

El estilo descolorido de Lozano y el amanerado de Guevara pueden relacionarse con su organizacion física; pero el mal gusto, que les era comun, dependía, en mucha parte al ménos, de la educacion literaria y de los gustos de su época y de su país.

Hemos querido manifestar nuestra opinion en este punto, al admitir, como dejamos admitida, la del Sr.

Estrada en cuanto el estilo de los dos últimos cronistas de la Compañia de Jesus en estas Provincias.

El Sr. Estrada es severo, pero justo, con D. Felix de Azara, cuyos méritos y servicios á la geografía y á la historia natural de estos paises le han dado merecido renombre.

El Sr. Azara estaba muy lejos de ser benévolo, con nada ni con nadie; y su carácter, que lo hacia agresivo, oscurecia no raras veces su criterio.

Agregábase á eso que era partidario del sistema de los conquistadores, como lo diremos en otro lugar: enemigo, por consiguiente, de los Jesuitas, á quienes negaba sistemáticamente los servicios mas reales, y los méritos mas evidentes.

Su juicio sobre los cronistas de la Compañia, estaba viciado, y la intemperancia de su lenguaje lo comprueba.

Veamos á los Jesuitas en la arena de la conquista y no les rehusemos la justicia que les niega el distinguido geógrafo, que tan mal los trata.

V

Para justificar una de las importantes supresiones que ha hecho en la obra del P. Guevara, dice el Sr. Angelis que el autor «fiel á su mandato habia emlazado los acontecimientos políticos con los de la Compañia de Jesus; de cuyos detalles ha prescindido por hallarse registrados en la voluminosa obra que con este mismo título (1) y objeto dió á luz el P. Lozano.»

Puede escribirse, como lo hizo el P. Lozano, una historia separada de la de la Compañia de Jesús; pero ninguna historia de la conquista y de la civilizacion del Rio de la Plata será completa, ni aun comprensible, en algunas de sus épocas, si se suprime en ella la personalidad y la accion de los jesuitas.

El P. Lozano, que habia escrito in extenso la Crónica de la Compañia en estas Provincias, creyó, sin duda, que podia alijerar la historia civil con simples referencias á aquel su trabajo anterior, en lo cual, á jui-

(1) El título no es el mismo, como dice el Sr. Angelis, porque no es la historia del Rio de la Plata, sino la de la "Compañia de Jesus."

cio nuestro, se equivocaba, por que en cierto período ha sido tan íntima la vinculacion que ha existido entre los actos de la Compañia y los sucesos políticos de estas Colonias que, desprendiéndolos absolutamente, nos encontrariamos con efectos cuyas causas ignorábamos ó con causas cuyos efectos no podriamos apreciar.

Por otra parte, la Historia de la Compañia de Jesus del P. Lozano que debia tenerse presente para leer con aprovechamiento su Historia Civil, que tan recientemente hemos publicado, es, para los lectores actuales, un libro muy raro y que les seria casi imposible consultar.

La obra del P. Guevara, que ahora damos íntegra, llena ese vacio; y, bajo este aspecto, puede considerarse como un complemento de la del P. Lozano.

—

El rol de la Compañia de Jesús en la conquista de estos paises, es altísimo; porque ella representa en nuestra historia uno de los dos sistemas ensayados para someter y civilizar á los indígenas; y esto, que era entonces una cuestion primordial, es todavia hoy una cuestion de primer órden.

La conquista fué emprendida por hombres de guerra y por aventureros que venian á buscar predominios y riquezas personales. Ellos no reconocian mas medios que los de la fuerza; y así queda dicho que no estaban preparados para difundir la civilizacion de que procedian.

Empleaban, pues, únicamente la fuerza para adelantar la ocupacion de las tierras y la sumision de los indígenas, que no eran, para ellos, mas que instrumentos de trabajo de que se apoderaban, como de cosa conquistada, para la esplotacion de las minas en los paises auríferos, para la ganadería y la agricultura en las estensas llanuras del Rio de la Plata ó en las florestas trópicales del Paraguay.

Estas apropiaciones de tierras y de hombres, que eran la compensacion que se tomaban, con su propia mano, de las fatigas y de los costos de la empresa, vino á ser un hecho legal por el establecimiento de las llamadas «Encomiendas», que eran, á la vez, la remuneracion de los

servicios prestados, y la base de la colonizacion laica.

Autorizaron las leyes dos clases de encomiendas, la de los llamados «Yanaconas» y la de los «Mitayos».

Los encomenderos que adquirian para sí y para sus herederos, dentro de dos generaciones, el trabajo de los indígenas que les eran adjudicados, tenian, además de la obligacion de alimentarlos y vestirlos, la de instruirlos en la Religion Católica: pero ni esta condicion especial, ni las leyes generales de Indias, que, desde Isabel la Católica, fueron siempre, en cuanto á los indígenas, jus tas y filantrópicas, eran respetadas y cumplidas.

La verdad del hecho era que los indígenas, sometidos por la fuerza, quedaban reducidos á esclavitud; y que, como esclavos, estaban obligados á trabajar para los encomenderos.

Como por estos medios no se coloniza, porque la fuerza que encorba ó comprime encona y aleja, los indígenas violentados se alejaban, tan pronto como podian, de la tierra en que eran oprimidos, é iban á incorporarse á los que hostilizaban ó depredaban á los conquistadores, defendiendo su libertad natural por la fuerza, la astucia ó la distancia.

El sistema de someter y colonizar por la fuerza, era la guerra: y de él no podia esperarse sino la guerra crónica, que se ha prolongado hasta nuestros dias.

Sin las Reducciones fundadas por diversas órdenes religiosas, y sin la fusion de las razas, iniciada desde los primeros dias de la conquista, por la falta de mugeres españolas y por el atractivo que tenia para las indígenas la raza conquistadora, no hubiera permanecido ninguno de los núcleos de poblacion de orígen indígena que quedaron en el territorio de estas Provincias: núcleos, por otra parte, de poblacion atrasada, en los que, al fin, predominaron en los mismos españoles y en sus descendientes muchas de las malas costumbres y de los vicios de los indígenas.

Pero en presencia y á la par de la conquista laica, que era simplemente material, apareció el régimen blando y atrayente de la conquista espiritual, como la denominó el célebre P. Rúiz de Montoya.

La fuerza es repulsiva; el racionalismo no tiene accion sobre las inteligencias adormecidas; solo el senti-

miento religioso, innato en todo hombre, avivado y propagado por las maravillas de la creacion, tiene acceso, atraccion y poder aun entre los mas rudos salvajes.

Este medio se ensayó por individuos de diversas órdenes religiosas: pero el ensayo estenso y fundamental fué el que hizo la Compañia de Jesus.

Su organizacion, que absorbia en un solo pensamiento y en una sola voluntad todas las individualidades que entraban en su seno, le daba un poder eficiente por la concentracion de todas las fuerzas en una accion única.

Ella estaba preparada para ejercer esa accion en todas las esferas humanas, porque, con las individualidades, habia absorbido todos los conocimientos de su tiempo.

En la historia de las naciones cristianas se conserva la memoria de la influencia ejercida por sus políticos y sus diplomáticos: la bibliografia universal registra los nombres de sus escritores y de sus hómbres de ciencia; y los anales de las bellas artes recuerdan todavia á Jacobo Courtois (llamado por los italianos Cortesi) pintor de renombre europeo; á Andres Pozzo, tambien pintor, á quien debió su arte, en una época de decadencia, los progresos que hizo en la perspectiva; que era arquitecto notable, y que dejó como ejecutorias de su mérito la famosa Capilla de San Ignacio en el Colegio de Roma, y el libro que escribió sobre los principios arquitectónicos; y á Daniel Segers, que embelleció muchos templos con su pinturas, y tuvo celebridad en el mundo por sus cuadros de flores, que eran el encanto de la alta sociedad de su época, por la transpariencia, por el movimiento natural, inimitable, de las hojas, por la inspirada distribucion de las sombras.

Poseyeron poetas y músicos de nota; y, en breves palabras, en todas las artes liberales y mecánicas, desde las mas elevadas hasta las mas humildes, tuvieron maestros y obreros.

Ellos los llevaban á donde iban: en la América entera se encuentran los templos y los colegios levantados por sus arquitectos y decorados por sus artistas; y esas fábricas son los miliarios de su itinerario, tan estenso como la América misma.

Entre los que vinieron al Rio de la Plata se cuenta el Jesuita Prímoli, arquitecto distinguido, que aprovechó la aptitud de los guaranís para proveerse de áusiliares, transformándolos, fácilmente, en hábiles oficiales de albañileria, de carpinteria y de herreria, para las grandes construcciones que hizo en las Misiones y en nuestras ciudades, en esta misma de Buenos Aires. (1)

Con estos elementos ellos eran, en todo, superiores á los conquistadores: los conquistadores tenian el poder de violentar, ellos el de catequizar: los conquistadores sabian poco, los Jesuitas mucho: la accion de los conquistadores no tenia cohesion ni obedecia á un plan de conducta inalterable, al contrario, era ocasional, incierta, intermitente, anárquica, como lo es siempre la de los poderes inspirados por propósitos y codicias personales; la de los Jesuitas era fija, siempre entera, siempre invariable, sin solucion de continuidad: los conquistadores tenian el temple y el valor del soldado, los Jesuitas el valor y el temple de los mártires.

El sacrificio de la individualidad que convertía á los hombres en meros instrumentos de los altos designios de la compañia, los hacia aptos, por la voluntaria y absoluta abnegacion de sí mismos, para las mas arriesgadas empresas y para sacrificios casi humanamente imposibles.

En la historia de la conquista nada hay mas bello, mas imponente, ni mas edificante que las imágenes de los Jesuitas que apoyados en un baston, coronado por la cruz, con el breviario debajo del brazo, y sin mas propó-

(1) El P. Carlos Gewasoni, en carta dirigida al P. Comini, escrita en Buenos Aires el 9 de Junio de 1729, despues de decir que la Iglesia y Colegio de los Jesuitas en esta Ciudad podian estar en cualquiera de Europa, gracias á la diligencia y á los talentos del hermano Prímoli,—agrega—"este hermano incomparable, es infatigable. Él es el arquitecto, el maestro, el albañil de la obra, y es preciso que así sea, porque los Españoles no entienden de nada de esto, ademas de que ocupados únicamente en ganar, poco les importa el resto. El es el arquitecto que construyó la Catedral de Córdoba de Tucuman, nuestra iglesia de aquel Colegio, la de los padres reformados de San Francisco aquí en Buenos Aires, la de los PP. de las Mercedes, y anda siempre de aquí para allá.

De los libros del ayuntamiento de esta Ciudad consta que le pidió al superior de la Compañia sus arquitectos, para hacerse cargo de la obra del Cabildo de Buenos Aires; y el superior les mandó á Prímoli y á Smith, que fueron los que hicieren el plan del edificio y dirigieron la construccion del Cabildo.

sito que el de atraer á los salvajes al gremio de su Iglesia, penetraban resueltamente los misterios de una naturaleza agreste y desconocida, sin que los detuvieran los bosques, casi impenetrables, los torrentes, casi invadeables, los peñascos altísimos, las tierras bajas y cenagosas que se hundian debajo de sus piés:—arrostrando todas las fatigas y todas las inclemencias: entregando su vida á las fieras como iban á entregarla á los salvajes: no retrocediendo ante el martirio, y aceptándolo tranquilamente en el servicio y para gloria de su religion.

Y nada mas respetable tampoco, que la conducta personal de los Jesuitas en contacto con las costumbres depravadas de los conquistadores: ninguna liviandad, ninguna lujuria los manchó; y la casta severidad de su vida, fue una de las bases mas visibles de la autoridad que ejercieron sobre los neófitos de sus reducciones.

No abonamos sus propósitos mundanos en el pasado, ni nos contamos entre sus partidarios en el presente; pero cuando los encontramos en la historia Americana, nos inclinamos reverentemente ante ellos como ante los mas verdaderos y mas animosos apóstoles de la civilizacion en la época de la conquista.

Ellos demostraron, lo que ya habian sabido los griegos y los romanos, que es la religion, y no la fuerza ni las abstracciones de la razon humana, el poder elemental que obrando sobre el hombre inculto, lo atrae, lo amansa, lo mejora, lo civiliza.

Las Misiones Jesuíticas del Paraná y del Uruguay lo comprueban: lo que no pudo hacer la espada del soldado, lo hizo la cruz del Jesuita.

Ahí están los indígenas, domeñados suavemente por la uncion del misionero, y prontos para recibir las enseñanzas de la civilizacion superior, en cuyos dominios habian entrado.

Atendidas las necesidades primordiales del establecimiento; cubiertas las primeras habitaciones y puestas en cultivo las tierras para proveer con sus productos á la alimentacion y á las necesidades de la comunidad; levantada la iglesia para los servicios divinos, y metodizada la distribucion de la doctrina, los jesuitas fueron cambiando radicalmente las costumbres de los neófitos,

principiando por asignarle al hombre todos los trabajos que exijian mayor vigor corporal ó que debian ejecutarse lejos de su habitacion, y dejando á la mujer dentro de ella, al lado de sus hijos, ocupada en las labores propias de su sexo: en manos del hombre ponian el hacha para el desmonte y la azada para la sementera: en las de la mujer el huso y cierta porcion de algodon, que se repartia semanalmente: los niños pertenecian á la comunidad que se encargaba de educarlos, pero concluidas las lecciones del dia, volvian al lado de sus padres, con los que vivian, para conservar las afecciones y los vínculos de la familia.

Estudiando el carácter y las aptitudes de sus neófitos para aprovecharlas convenientemente en los diversos servicios, los Jesuitas tuvieron, en breve tiempo, entre los guaranís, músicos, cantores, doradores, pintores, grabadores en madera y en cobre, fundidores, curtidores, tejedores, bordadores, albañiles, carpinteros, aserradores, herreros, hojalateros, calígrafos y tipógrafos, pues tenian imprenta, siendo ellos los primeros que la introdujeron en estos paises.

Al comienzo, la tierra se trabajaba en comun, de manera que los productos del trabajo, eran, como la tierra misma, propiedad de todos.

La tierra es la propiedad de todos los hombres y á todos pertenece por derecho natural.

Pero el producto de la inteligencia ó del trabajo de cada individuo, es propiedad individual.

Los Jesuitas, reconociendo estos principios, corrigieron el régimen agrario de las misiones, estableciendo lo siguiente:

A cada gefe de familia se le adjudicaba una fraccion de tierra suficiente para su uso, en la cual podia cultivar cereales, algodon y cuanto le conviniese. Esta tierra, que llamaban *Abamba*, ó propiedad particular, era, en efecto, propiedad suya mientras podia cultivarla: pero luego que la vejez se lo impedia ó en caso de muerte, el terreno pasaba á otro ocupante, apto para trabajarlo. Los bueyes etc. le eran emprestados de los bienes comunes.

Una área estensa, llamada *Tupamba*, ó posesion de

Dios, era cultivada para la comunidad, una parte para cereales y legumbres, y la otra para algodon. Todos los habitantes tomaban parte igual en este trabajo en épocas fijas; y los productos se depositaban en el granero comun, para alimentar y vestir á los inválidos y enfermos, á las viudas y á los huérfanos de ambos sexos.

De ese fondo comun, salia lo necesario para pagar los tributos que eran debidos á la autoridad real.

Asi estaban establecidas las bases de un organismo social: organizada la familia, provista la educacion de las nuevas generaciones: reconocido el principio de la propiedad sobre el producto del trabajo individual y aprovechadas las aptitudes personales de manera que produjeran la diversidad de servicios, que es condicion esencial de consolidacion y de progreso.

El gobierno civil de esta colectividad, fué vaciado en el molde del régimen Municipal de las ciudades españolas.

Su Cabildo se componia de un corregidor (1) dos Alcaldes, un Alcalde de hermandad, que era el que tenia jurisdiccion sobre los negocios rurales, cuatro Regidores, (2) un alguacil mayor, (3) un Procurador y un Secretario (4).

Estos municipales eran electos anualmente por la comunidad, pero el Rector podia desaprobar la eleccion é indicar otras personas, lo que le daba, de hecho, el poder electoral de manera que ese Cabildo no era mas que el reconocimiento de un derecho social y el comienzo de una educacion.

El gobierno efectivo estaba en los Padres de la Compañia y no podia estar en otra parte, por un tiempo mas ó ménos largo.

Los salvajes, en el estado de la naturaleza, son niños con el crecimiento físico y la fuerza de hombres. *Puer robustus,* segun la espresion de Hobbes.

(1) En Guarani llamado «Poroquaitara» (qui ageuda jubet.)
(2) Llamados «icabildoiguara» (que pertenece al Cabildo).
(3) «Ibiraruzú» (primus inter sos qui manu virgam praeferunt).
(4) Llamaban á este funcionario «Quatiaapabara», el que pinta. Ipsi scripturam non norant, sed a pictura, quam rudi quodam modo norant scripturae nome accommodarunt.
(«Peramas», de Administratione, etc. §§ 216, nota).

Como á un niño no puede confiarsele sensatamente el gobierno de sí mismo, tampoco podian dárselo á los guaranís en el estado en que los tomaron los Jesuitas.

Principiaron á tratarlos como niños, rodeando de atractivos infantiles todos los objetos á que pretendian aficionarlos: la música, por ejemplo, que los arrobaba en la Iglesia, los conducia al trabajo. Precedidos de la música, marchaban alegremente como infantes, á las tierras en que iban á trabajar como hombres.

Esta situacion esplica y, dentro de ciertos límites, justifica, la reglamentacion minuciosa de los actos de los neófitos, llevada, como fué, hasta los mas íntimos y naturales.

Pero esta reglamentacion debió ir relajándose y desapareciendo á medida que la razon se despertaba y que los hábitos se formaban.

Si asi no se hiciese, ella contrariaria el fin que la esplicaba y podia justificarla: sostituiria la inmovilidad al progreso, y haria meramente automático, lo que debia llegar á ser libre y conciente.

En este punto, los Jesuitas desconocieron de hecho en el régimen de sus Misiones, la ley humana, que es ley de desarrollo y de perfeccionamiento; y habiendo creado un organismo social, lo atrofiaron por la inmutabilidad de las condiciones primitivas en que lo mantuvieron.

La obra del catequismo estaba hecha, y desde que los guaranís, acomodados á la vida social, habian adquirido, además, los conocimientos agrícolas é industriales que le dan fijeza y condiciones de bienestar y prosperidad, la mision de los catequizadores habia tocado, sino ultrapasado, sus límites mas estremos.

Faltábale á ese cuerpo social, el ambiente de la vida civil, que los Jesuitas no pudieron darle. No dependia esto de falta de inteligencia, que la tenian clara, estensa y bien nutrida, sinó de la naturaleza del gobierno teocrático, que es ante todo, y sobre todo, un poder espiritual, en cuya altísima esfera no caben las concesiones, los ensanches y las flexibilidades que requieren los negocios temporales.

Dentro de las prácticas que les imponia el régimen

teocrático de las misiones, los guaranís no podian llegar á ser agentes libres; y sin la libertad de sus agentes, es imposible el progreso humano. (1)

Aquí resalta la razon y la necesidad de la separacion de los dos poderes que nos gobiernan sobre la tierra: los dos concurren à un mismo fin, pero por medios esencialmente diversos, como diversa es su naturaleza. Acertar con el límite que debe separarlos,—definirlo bien,—respetarlo, seria resolver el problema mas elevado del organismo social.

Y como esto que es verdadero bajo el aspecto mas alto y mas general de la inmensa cuestion que acabamos de indicar, lo es tambien en el caso especial de que venimos ocupándonos, podemos concluir que las misiones Jesuíticas, han dejado demostrado, arriba de toda duda, la eficiencia de la accion religiosa para catequizar á los salvajes, atraerlos y acomodarlos á la vida social; pero tambien que los medios que alcanzaron ese magnífico resultado, no son idóneos para el desarrollo de una sociedad civil.

VI.

Las Misiones Jesuíticas, establecidas en territorios pertenecientes á la soberanía temporal de la Corona de España, estaban sometidas de derecho y debian regirse por sus leyes: pero si esto sucediera efectivamente, el régimen teocrático no podia subsistir y la Compañía de Jesus tenia que abdicar su gobierno.

Para conservarlo, é invocando, con motivos muy plausibles, la necesidad de preservar á sus neófitos de las

(1) Un historiador ingles, apreciando los trabajos de los Jesuitas en las Misiones del Paraná y del Uruguay, esclama—«Si los Jesuitas hubieran puesto mas alto su punto de mira, pronto se hubieran contado los guaranis entre las naciones civilizadas.» (R. Sonthey. History of Brazil).

Pero los Jesuitas les dieron todo lo que podian dentro del regimen teocrático, que era el de su instituto; y Mr. Sonthey lo reconoce cuando, en otro pasaje, dice—que les dieron el «Summum bonum» como ellos lo entendian, esto es cuanto podia hacerlos buenos y felices en la servidumbre espiritual.

El regimen propio de esa servidumbre, manteniendo la vida conventual, escluyó la vida y, por consiguiente, el progreso civil. Esto fue todo.

depravaciones y de las codicias brutales de los encomenderos, bajo cuyas inspiraciones se ejercian las funciones del poder temporal, trataron de cerrarles la entrada de los pueblos que habian formado, por todos los medios humanamente posibles.

Primero, levantaron entre sus pueblos y los españoles la barrera del idioma, que es poderosa. El guaraní, fué el idioma de las misiones. No se enseñaba el español.

Despues, trataron de impedir todo trato y comercio individual entre sus neófitos y los españoles, aunque sacrificando el adelantamiento de la agricultura y de la industria de sus pueblos, que solo podia verificarse estimulando á los productores por el provecho que les daria la libre venta ó permuta de sus exedentes.

Ultimamente, habiendo obtenido permiso real para tener y usar armas en defensa de las agresiones de los salvajes enemigos, organizaron milicias, relativamente numerosas, y las adiestraron para las funciones de guerra bajo la direccion y el mando personal de los P. P. de la Compañia.

Crearon así un Estado dentro del Estado; y pudieron conservarlo como lo habian hecho, por su consumada habilidad, por la influencia, en ciertos períodos preponderante, que tuvieron en la Corte de los Reyes de España, y por el poder material que acumularon.

El rey ó sus delegados en estos paises tuvieron que recurrir á los Jesuitas, para realizar con su cooperacion obras públicas importantes, para combatir al estrangero ó para reprimir sediciones, imponiendo por la fuerza el respeto de la autoridad real

Encontramos á las Milicias Guaranís encaminándose á Castillos para hacer reembarcar á los franceses que habian aportado á aquella ensenada; al puerto de Montevideo para espulsar á los Portugueses, que allí principiaban á establecerse: á la Colonia del Sacramento, cuyas fortificaciones salpicaron con su sangre; á Villa-Rica para castigar á los Portugueses que la saquearon; á la Asuncion y á otros puntos, para restablecer ó mantener el pendon real.

Vemos á los Guaranís trabajando en los edificios pú-

blicos de la Asuncion, de Corrientes y de Santà Fé: levantando los muros de la fortaleza principal de Buenos Aires y los fortines del Riachuelo y de Lujan; rodeando de murallas y de fuertes el recinto de la Ciudad de Montevideo, en cuya fundacion fueron tan útiles; y concurriendo á la edificacion de templos en las principales Ciudades del litoral y en alguna del interior, como Córdoba.

La importancia de estos distintos servicios estendió la accion, é hizo sentir el poder y la influencia de los Jesuitas en las localidades mas apartadas, agrandando el teatro de la lucha á que desde el comienzo las había condenado el antagonismo radical que existia entre el sistema de los encomenderos y el que ellos implantaron en sus Misiones.

De ahí, los conflictos frecuentes, y muchas veces graves, con las Autoridades temporales, cuya accion entorpecian y cuyos propósitos é intereses contrariaban:- con los Obispos, cuya jurisdiccion y facultades menoscababan: con las otras Ordenes Religiosas, mal avenidas con la preponderancia de la Compañia, y que hacian causa comun con los Diocesanos y con los encomenderos.

Estos conflictos ocupan, por siglo y medio, las páginas de la historia de estas Provincias, ocasionando controversias tan ruidosas como las del Obispo D. Bernardino de Cárdenas: tumultos tan sérios, como los de los Comuneros del Paraguay, con escenas tan dramáticas y sangrientas como las que tuvieron por protagonista al Oidor D. José de Antequera: sucesos internacionales de tanta gravedad, como la sublevacion contra el tratado de límites de 1750.

Sin oir á los Jesuitas ninguno de estos sucesos puede ser apreciado, ni fallarse con ciencia y conciencia los pleitos históricos que sobre ellos se establecieron; y solo puede oirseles, leyendo sus crónicas.

Por otra parte, no puede conocerse la sociedad en que aquellos hechos se produjeron, sin el auxilio de las crónicas de las Ordenes religiosas que militaron en la Conquista.

Los fanatismos, las supersticiones y las candideces que

en esas crónicas abundan, entraron en la sociedad que formaba la conquista, á la par y mezcladas con el espíritu altanero, indisciplinado y codicioso de los Conquistadores seglares: fueron creéncia, y por serlo, influyeron en las costumbres y en los hechos sociales y, estos hechos, sin el conocimiento del espíritu que los anima y produce, son efectos sin causa apreciable.

Además de esto, que es genérico, en las crónicas de los Jesuitas está, y palpitante todavia, la lucha que sostuvieron para redimir á los indígenas de la esclavitud á que los reducian los Conquistadores y los encomenderos.

Por cálculo de ambicion, como dicen sus enemigos, ó sabe Dios porqué, el hecho és que ellos sostuvieron el derecho humano; y que mas consecuentes que el célebre Obispo de Chiapa, F. Bartolomé de las Casas, lo sostuvieron en absoluto.

Las crónicas de los Jesuitas son escritas, sin duda, con el espíritu y con el criterio de la parcialidad á que pertenecian; así como los historiadores seglares, desde Ruy Diaz de Guzman hasta Azara, inclusive, representan el espíritu y el criterio de los conquistadores y de los encomenderos.

Ni los unos ni los otros podian ser imparciales, como no lo son nunca, aun queriéndolo, los que narran sus propios actos, ó los de la parcialidad con cuyas pasiones ó intereses se han identificado.

Así, en nuestro caso, los que investiguen la verdad, deben leer los historiadores españoles á la luz de las crónicas de las Ordenes religiosas; y recíprocamente estas á la luz de aquellos.

El que no lo haga, se quedará en tinieblas.

—

Con tal conviccion, y siendo el fin de estas compilaciones salvar y vulgarizar el conocimiento de nuestras fuentes históricas, hemos dado preferente atencion á las crónicas de la Compañia de Jesus, que se encontraban inéditas.

Principiamos por la historia civil del P. Pedro Lozano, que fué el grande analista de la Compañia en estas provincias.

Síguele ahora el P. José Guevara, que es el último de los crónistas de la Provincia Jesuítica del Paraguay.

Si nos es posible continuar este género de publicaciones, vendrá despues la primera edicion española de la obra del P. Martin Dobrizhoffer, sobre los Abipones, que trae noticias históricas y copiosas observaciones sobre los indígenas, la fauna y la flora de estos paises; teniendo algunas de estas especial interés porque las relaciona con los ensayos hechos en las tierras del Chaco, de culturas tan importantes como las de los tabacos, del algodon y del arroz.

Y concluiriamos, con la primera edicion española de la Historia del Paraguay por el P. Pedro F. X. Charlevoix.

Esta historia, muy recomendable por el método y por el estilo, ha sido traducida al latin, anotada y continuada por el célebre Domínico Muriel. (1)

Además de las numerosas anotaciones con que aclara, corrije ó completa el texto de Charlevoix, y de los cuatro libros que adelantan la historia con los sucesos ocurridos desde el año de 1750 al de 1767, el P. Muriel, agrega, como comprobacion, algunos documentos y escritos de la mayor importancia.

Es, pues, este Charlevoix con todas las agregaciones que le ha hecho el P. Muriel, el que nos proponemos dar en español.

Y con estas cuatro obras,—Lozano—Guevara—Dobrizhoffer y Charlevoix,—suponemos que quedaria bien llena la seccion que les corresponde á los Jesuitas en todas las bibliotecas históricas del Rio de la Plata.

(1) Historia Paraguajensis Petri Francisci Xaverii de Charlevoix, ex-Gallico Latina, cun Animadversionibus et Supplemento, Venetiis, 1779. Apud. F. Sansoni—in fol., pag. II-608.

VII

No anotamos al P. Guevara, ni anotaremos á los otsor crónistas que intentamos publicar, por las mismas razones que nos han decidido á reservar las anotaciones que hicimos á la historia del P. Lozano, y que estaban prontas para la imprenta cuando se suspendió esta *Biblioteca*, por los motivos espresados en el prospecto de su segunda série.

El tiempo transcurrido desde que las escribimos, nos ha demostrado que nuestro trabajo era prematuro, porque entre los documentos dispersos del desgraciadamente perdido archivo de la Asuncion, nos han venido algunos que le dán razon á Lozano en puntos en que se la negábamos.

Y algo así debe sucederles á los que escribimos historia ó anotamos á los historiadores antiguos con documentos que adquirimos ó conocemos al acaso, aislados, sin correlacion, incompletos ó fragmentarios.

En esta situacion, que es la verdadera, lo de mayor importancia, ante todo y sobre todo, es la adquisicion y la coordinacion de documentos, entre los que colocamos á los crónistas, porque ellos son los que han de darle á nuestra historia las bases firmes de que todavia carece.

Esta que indicamos es la labor que singularmente corresponde al período de preparacion en que nos encontramos.

Por fortuna, los tiempos le van siendo mas favorables que los que nosotros hemos vivido.

El Archivo de Indias, en Sevilla, nos ha abierto sus puertas de par en par; y ese archivo, que es *ùnico* para nosotros en cuanto al *descubrimiento*, no ha sido consultado hasta ahora por ninguno de nuestros crónistas antiguos ó de nuestros historiadores modernos.

Las cópias de documentos que de allí se han tomado y que existen entre nosotros, no han disipado, y estamos convencidos de que no disiparán, las oscuridades en que está envuelto el descubrimiento del Rio de la Plata. Con

ellos podremos llegar á hipótesis mas ó menos plausibles; pero hasta ahora no hemos visto anunciada la aparicion de ninguno de los que pueden establecer definitivamente la verdad; y quizá no aparezcan en largo tiempo, si un hombre nuestro, suficientemente preparado, no se traslada á los archivos españoles y se consagra á rastrearlos en la inmensa aglomeracion de papeles que ellos encierran.

El gobierno español no se ha limitado á abrirles á los Americanos su Archivo de Indias: les ha dado, además, un ejemplo y un estímulo, publicando á su costa y bajo la direccion de su Ministerio de Fomento, el magnífico libro que lleva por título «Cartas de Indias;» y exhibiendo sobre las mesas del Congreso de Americanistas, recientemente reunido en Madrid, mas de ochocientos manuscritos de los que guarda el Archivo de Sevilla, relativos á los descubrimientos y á las conquistas Americanas.

Pero tanto aquel libro como esta exhibicion manifiestan que aquellos papeles no tienen el órden y la clasificacion conveniente. En el libro se publica, acompañada del fac-símile del autógrafo, una de las mas impartantes cartas de Irala, pero puede considerarse trunca porque le faltan los documentos á que se refiere y que acompañaba en testimonio, quedando los originales en el archivo de la Asuncion. Por fortuna, estos originales, que son de los pocos que se han salvado, están en nuestro poder y el documento puede completarse; pero esto no altera el hecho, que prueba lo que decimos.

Sobre los documentos exhibidos en el Congreso de Americanistas, bastará indicar que entre los relativos al Rio de la Plata no menciona el catálogo ninguno perteneciente al descubrimiento ó á la espedicion de D. Pedro Mendoza, primer fundador de Buenos Aires.

Respecto á la *Conquista*, en el Archivo de Indias podríamos recuperar, y con creces, lo perdido en la Asuncion:—pero aunque es cierto que los esfuerzos de los particulares no podrán, por sí solos, hacer lo que necesitamos para disipar las oscuridades en que están envueltos el descubrimiento y los primeros tiempos de la conquista; tambien lo es que á nuestros sucesores solo les faltará un gobierno que, comprendiendo su mision histórica, haga sentir en el exterior su accion directa, empeñosa y bien *preparada* para adquirir lo que de allí necesitamos, sin sobrecargarnos, por incompetencia, de papeles inútiles; y que cumpla el tan olvidado deber de organizar el grande Archivo del Vireinato que existe en Buenos Aires en casi completa inutilidad, sobre bases que consulten y concilien, con la seguridad de los papeles, el servicio de la historia, de la administracion y de los particulares.

Entretanto, las Provincias de Córdoba y Santiago del Estero, adelantándose á la Capital, han acordado la impresion de los libros de sus antiguos Cabildos. Córdoba ha publicado el primero que comprende desde su fundacion hasta el año de 1587; y los de Santiago, están ya copiándose todos, y casi al terminar la impresion del primer volúmen.

La publicacion de estos libros, que tanto honra á las autoridades provinciales que la han emprendido, y los documentos antiguos que continúa publicando el benemérito Sr. D. Manuel Ricardo Trelles en la ***Revista de la Biblioteca Pùblica de Buenos Aires***, podrán servir para comprobar y rectificar, en la parte correspondiente, á los antiguos crónistas como los P.P. Lozano y Guevara; y á medida que vayan apareciendo nuevas séries de documentos fehacientes, se irá ensanchando la esfera de esos estudios, hechos con conviccion y con mano segura, llegando á resultados durables.

Espuestos los motivos que determinan y justifican el aplazamiento de nuestras anotaciones;—indicados los vacios que tenemos en nuestra documentacion histórica y los archivos á que debemos recurrir para llenarlos; manifestada, por fin, la esperanza de que la apertura

del Archivo de Indias y la publicacion que se ha iniciado en las Provincias de los libros de los Cabildos aumenten nuestros escasos medios de comprobacion y de crítica histórica, no podemos dejar de decir que lo que nos proponiamos hacer con la historia de Lozano, y que tenemos hecho, es un trabajo útil, *pero no una condicion de este género de publicaciones.*

El estudio y la anotacion prolija de una larga série de crónicas y de documentos antiguos, seria un trabajo benedictino que demandaria, en algunos casos, mas de una vida; y por ese trabajo, que puede hacerse con mas comodidad sobre los impresos, quedarian privados del conocimiento de los inéditos el público y los estudiosos por larguísimo tiempo, y los manuscritos correrian todos los riesgos á que están espuestos, especialmente en manos de particulares.

Es por esto, sin duda, que estas compilaciones se publican generalmente sin anotacion alguna en paises en que los estudiosos tienen en las bibliotecas y en los archivos todos los elementos que pueden serles necesarios: en que esos trabajos son compensados, en que la literatura es una profesion que les dá á unos medios de subsistencia, á otros existencia cómoda, á algunos riqueza. Eso que allá no se hace ¿cómo podriamos hacerlo nosotros en nuestros paises donde estas tareas no ofrecen compensacion alguna, donde los establecimientos públicos no nos facilitan ningun elemento para estos estudios, donde tenemos que esforzar nuestra vocacion y nuestro patriotismo, para ir salvando con sacrificios personales, por medio de la imprenta, y rodeados de la mas glacial indiferencia, los materiales dispersos de nuestra historia nacional?

En prueba de que en otros paises no se hace, en efecto, lo que á nosotros se nos ha exijido, citaremos algunas compilaciones notables de materiales históricos.

Desde la compilacion de Grynaeus, que es la primera de viajes en América, (1) hasta la última coleccion de viajes—¿cuántas son las que están anotadas y concordadas?

(1) Novvs Orbis, regionvm ac insvlarvm veteribvs incongnitarvm, etc —Basilea—1532.

De todas las compilaciones de historia Americana, principiando, si se quiere, por los *Historiadores primitivos de Indias*, publicados por Barcia (1)—¿cuál es la que viene estudiada y anotada como he pretendido hacerlo?

En los veinte volúmenes de la celebre coleccion americana de Ternaux-Compans, (2) no se encuentra una sola nota.

Entre los muchos trabajos históricos publicados en la *Revista* trimensal del Instituto histórico geográfico del Brasil, (3) este ilustrado cuerpo no ha hecho nada de lo que aquí se ha pretendido.

El Sr. Barros Arana, cuyos estudios especiales pudieran, en verdad, tomarse como modelos, és uno de los laboriosos literatos que publican la coleccion de *Historiadores de Chile*; (4) y ninguno de estos historiadores está anotado; lo que prueba que él mismo reconoce la dificultad, sino la imposibilidad, de colocar á una compilacion general, en las condiciones de un estudio especial ó monográfico.

Pasando de los estraños á los nuestros, nos encontramos con los seis volúmenes de la Coleccion Angelis (5) que no tienen, además de los breves proemios, mas trabajo del editor que el Indice geográfico é histórico de la Argentina; y con los tres tomos de la *Biblioteca* de nuestro querido Florencio Varela (6) que no contienen mas anotaciones que las que hizo el Doctor D. Pedro Somellera al Ensayo Histórico de la revolucion del Paraguay de los SS. Rengger y Longchamp.

—

Cuando resolvimos la publicacion de la Biblioteca, entraba en el cálculo de recursos la proteccion oficial

(1) Historiadores primitivos de las indias Occidentales, etc., por Andrés Gonzalez de Barcia, 3 vol. Madrid, 1749.

(2) Voyages, Relations et Memoires originaux pour servir á l'histoire de la decouverte de l'Amerique, par Henri Ternaux—20 vol.—Paris, 1837-41.

(3) Revista trimensal do Instituto Historico e Ceographico do Brazil—40 vol.

(4) Coleccion de Historiadores de Chile y Documentos relativos á la Historia Nacional—Santiago, 1861 y siguientes.

(5) Coleccion de Obras y documentos relativos á la historia antigua y moderna de las Provincias del Rio de la Plata, por D. Pedro de Angelis. 6 vol. Buenos Aires, 1835-1837.

(6) Biblioteca del Comercio del Plata. 3 vol. Montevideo, 1845-46.

que se dispensaba comunmente, y con la cual podía hacerse, como deseábamos, una edicion esmerada, tipográficamente lujosa é irreprochable.

Por desgracia, nos faltó, á la vez, la proteccion esperada y el desahogo personal, y la impresion tuvo que realizarse en condiciones mas humildes.

No pudimos hacer lo que deseábamos; pero hacemos lo que nos es posible.

—

Para esta edicion de la historia del P. Guevara, nos servimos de una copia antigua, en dos volúmenes, que compramos hace muchos años.

Considerando las Crónicas como documentos, creémos que deben ser respetadas hasta en sus incorrecciones; y hemos establecido como condicion este respeto, al entregar el manuscrito á los Editores de la obra, que son los que corren con su correccion tipográfica.

Buenos Aires, 1882.

ANDRÉS LAMAS.

HISTORIA

DE LA

CONQUISTA DEL PARAGUAY

RIO DE LA PLATA Y TUCUMAN

HISTORIA

DEL

PARAGUAY, RIO DE LA PLATA Y TUCUMAN

LIBRO PRIMERO

PARTE PRIMERA

SUMARIO

I. Materia de la obra.—II. Geografía del país.—III. Sus primeros habitadores y fábulas que sobre esto corren.—IV. Variedad de naciones que poblaron estas Provincias.—V. Naciones monstruosas.—VI. Su monarquía y caciques.—VII. Sus guerras.—VIII. Sus vestidos y pinturas.—IX. Sus bailes, borracheras y fiestas.—X. Sus casamientos y crianza de hijos.—XI. Naciones labradoras y vagamundas.—XII. Su religion supersticiosa.—XIII. Sus hechiceros.—XIV. Sus médicos y curanderos.—XV. Sus entierros.—XVI. Conocieron la inmortalidad del alma.—XVII. Su corta curiosidad para las facultades.

La historia del Paraguay, Rio de la Plata y Tucuman, es obra verdaderamente difícil, superior á estudio ordinario y poco menos que insuperable á toda humana diligencia. Los tiempos juiciosamente críticos en que vivimos; la falta de escrituras de gentes que usaban por anales la tradicion de los mayores, en cuyos lábios al pasar de unos á otros, se vestian los sucesos con nuevo trage, cortado y cosido al gusto del analista; el descuido en archivar los monumentos primitivos, que hace respetable la antigüedad: la poca fidelidad de algunos

historiadores, y relaciones, unas que salieron á luz sin mérito para ello, otras que se conservan manuscritas: la falta de sinceridad con que los primeros conquistadores refirieron al Real Consejo de Indias sus proezas, haciendo escala para el ascenso con falsa ponderacion de sus méritos, y abatimiento de sus émulos: la distancia de mas de dos siglos, que han corrido despues de la conquista, y finalmente lo vidrioso de algunos sucesos, dificultan esta obra que algunos emprendieron, y desea el orbe literario.

Lo cierto es que no le faltan méritos para que los estudiosos se entretengan con su lectura. La cualidad de ella, y su asunto tiene toda la especiosidad y atractivo que busca la curiosidad en las historias de Indias: novedades que deleitan: prodigios naturales que admiran: conquistas que entretienen: tiranías y levantamientos que asombran. Aquí se registra un reinado del Católico Monarca erigido sobre el vasallage de las naciones indianas; y el establecimiento de la Iglesia sobre las ruinas del gentilismo. Una sucesion eclesiástica de los Ilustrísimos Obispos, y otra civil de los señores gobernadores, corregidos aquellos yerros, que se hallan en los autores con dispendio de la verdad.

Tocarse ha cuanto concierne á la historia de rios, animales, árboles y plantas, cuanto toca en génios, costumbres, ceremonias, ritos de las naciones indianas, y cuanto pertenece á la historia civil, eclesiástica y jesuítica.—Echará menos el curioso lector en esta obra el establecimiento de las otras familias religiosas: las evangélicas escursiones de su glorioso apostolado, y los elogios de los varones esclarecidos, que en virtud y letras las ilustraron. Bien quisiera yo, que estas noticias amenizaran la historia, y no las echara menos en mi obra la curiosidad; pero careciendo de monumentos los archivos, hice juicio que seria temeridad emprender el edificio sin materiales para confeccionarlo. No ha costado poco hallarlos para lo que prometo, y mucho mas

el digerirlos. Con ellos me determiné á emprender la obra, y con ellos me animo á comenzarla.

Paraguay—Provincia de la América Meridional, en tiempos antiguos hacía un cuerpo con el Rio de la Plata, y era gobernada en lo civil por una misma cabeza, y por otra en lo eclesiástico, cuya jurisdiccion se estendia, cuanto al terreno, casi sin límites ni linderos que la ciñesen. Desde la embocadura del Rio de la Plata en treinta y seis grados de latitud austral, se dilataba hasta el nacimiento del Paraguay, en trece grados de latitud, señoreando á Oriente y Poniente multitud de gentes, parte sugetas voluntariamente, parte á fuerza de armas. Por la costa dominaba desde el cabo de Santa Maria, hasta mas allá de la Cananea, rio de purísimas aguas que corta la cordillera áspera, por donde corre, para restituir al mar copiosos raudales, en altura de poco mas de veinte y cinco grados.

Por el Norte se avecindaba á los confines del Perú, en cuyos cantones estableció una colonia en el país de los Travasicosis, que llamamos Chiquitos, sobre las márgenes de un arroyo tributario del Guapay. Al Occidente podia dilatarse, tirando hácia las cabezadas del Pilcomayo y Bermejo, hasta los distritos rayanos del Perú. Por el Sur, desde el cabo Blanco prolongaba sus términos hasta el estrecho, dominando con los títulos de derecho, y no con efectiva conquista, la Provincia Magallánica, ó de los Patagones, hasta los contornos de Chile.

Tanta extension de linderos, le conciliaron justamente el título de Gigante de las Provincias de Indias; por lo menos, daba fundamentos para persuadirnos que era un cuerpo desmedido, animado de alma pequeña, cuyos influjos no alcanzaban á las estremidades.

Grandeza tan desproporcionada ciñó el tiempo, el cual dió los imperios á diferentes coronas, dilatando unas monarquias, extinguiendo y limitando otras. Hácia el Perú le defraudó de buena porcion de tierras Nuflo de Chaves, fundando una colonia, que antes fué una hija

rebelde, que abriese los fundamentos de sus edificios. El Guayra donde levantó tres poblaciones, casi le estuvo rebelde y desobediente, reconociendo las órdenes de su capital, solo para despreciarlas y á sus ministros para cargarlos de prisiones. Mal hallada, casi desde el principio, en el seno de su madre, sacudió primero el yugo de sujecion, y años despues, se entregó al Mamaluco, y dió lugar á que éste se apoderara de las colonias, Misiones, indios y estension del país, con todo lo que llamamos tierras del Mbiazá, ó Provincia de Vera, tirando á la costa del mar brasilico.

Nuestros católicos monarcas en diferentes tiempos han ceñido su amplitud á recinto mas breve. El año de 1620, se le desmembró todo el Gobierno del Rio de la Plata, desde el Paraná hasta su embocadura en el océano, y desde aquí hasta la Cananea por un lado, y por otro el Estrecho de Magallanes. La Magestad Católica de Felipe V en dos cédulas, una de 11 de Febrero de 1625 y otra de 6 de Noviembre de 1626, agregó al Gobierno del Rio de la Plata todas las Misiones que sobre el Paraná, y sus vertientes, por una y otra costa, doctrina la Compañia de Jesus. La provincia del Rio de la Plata separada del Paraguay desde él año de 1620, ocupa terreno dilatadísimo. Conviene á saber, desde el Paraná hasta su derramamiento en el océano, y desde aquí, siguiendo la ribera del mar brasilico, hasta la Cananea, y por la costa magallánica hasta el Estrecho, su jurisdiccion, cuanto se extiende largamente el terreno que ocupa, tanto es limitado en cuanto á las ciudades que están bajo de su gobierno: Santa Fé de Vera, San Juan de Vera ó siete Corrientes, las Misiones que doctrina la Compañia sobre el Paraná y Uruguay, con algunos pagos y presidios, son todo el distrito de su jurisdiccion.

Por el tratado ya mencionado entre los dos monarcas Católico y Fidelísimo, tambien se limitan los términos de su jurisdiccion; pero como actualmente los Soberanos contienden en su justa y debida ejecucion, dejaremos para los sucesos del siglo décimo octavo su na-

rracion. Con menos embarazo, y sin reserva escrupulosa, podemós historiar la costa de Patagones, desde el cabo de San Antonio hasta el Estrecho. Es toda la costa, de hermosa y agradable perspectiva mirada desde el mar: pero quitada la apariencia con que engaña, y desnuda de las fábulas con que la desfiguran los ingleses y holandeses en sus cartas y relaciones, nada tiene bueno para el establecimiento de ciudades.

Los viageros ingleses y holandeses descubren, en sus mapas y relaciones, variedad de rios y oportunidad de sitios para la fundacion de pueblos y ciudades: nada de esto ofrece la costa. El rio Gallegos, el de Santa Cruz, el de los Camarones, y el de San Julian, que le hacen venir cincuenta leguas de tierra adentro, no son otra cosa que abras de la costa, hácia donde la marea, que en aquellas partes, es de seis brazas, entra á ocupar los senos interiores de la tierra: y en tiempo de baja mar, aquellas aberturas restituyen las aguas que recibieron, como si fuesen otros tantos pecheros que tributan al mar crecidos raudales.

En los demas, ni rios hay, ni señal de ellos: y solo se descubren vestigios de torrentes, que en tiempo de lluvia se precipitan al mar por aquellas aberturas.

Comodidad para levantar ciudades y establecer poblaciones no ofrece la costa. Es la tierra inhiesta, sin maderas para edificios, sin leña para el fuego, sin agua para los menesteres humanos, sin meollo para recibir las semillas, y en una palabra, falta de todo lo que necesita una ciudad para su establecimiento y conservacion. Así lo observaron á fines de 1745, y principios del siguiente, los Padres Matias Estrobel, José Cardiel, y José Quiroga, jesuitas. No fué el suyo un reconocimiento pasagero y superficial, expuesto á inadvertencias y errores, sino hecho muy de propósito, con expediciones marítimas y terrestres, hácia el corazon del país.

Era su intento satisfacer las ansias del católico rey don Felipe V, cuya real providencia en defender los estados hereditarios, se estendia á la costa de Patagones,

pretendiendo con una poblacion prevenir á la nacion inglesa, que se mostraba inclinada á fortificarse por esta parte. El negocio, á la verdad, pedía toda la diligencia de los reverendos esploradores, que ese nombre merecen los tres jesuitas ya mencionados, no solo para corresponder á la confianza de la Magestad Católica, sino tambien, y, principalmente, por no franquear á naciones estrangeras la llave de estos mares, que fuera justo ponerla en manos de su legítimo y soberano Monarca, para que reparase la costa con alguna, ó algunas poblaciones, si el terreno lo permitiese.

Hicieron su deber nuestros Jesuitas, y por sus diarios, relaciones y mapas, se ha venido en conocimiento de la costa que tiene en su defensa tanta penuria, y carestia de todo. No necesita ciudades muradas, ni fuertes contra las invasiones enemigas. Lo mas útil de esta expedicion, ademas del desengaño contra las fábulas publicadas por Anson, y otros, es la puntual noticia de los puertos, cabos, bahías y ensenadas de la costa: la perspectiva engañosa y lisonjera del terreno: las entradas y salidas ocultas y disimuladas: el fondo capaz de mayores y menores vasos, á proporcion de la altura de las aguas: las mareas tan crecidas que suben hasta seis brazas, en partes, dejando con su retirada islas, escollos y bancos: la variacion de la aguja, que nordestea á 17, á 18 y á 19 grados, y, sobre todo, las longitudes y latitudes con puntuales observancias, que utilizará la marina, y apreciará el orbe literario, en los mapas insertos en la historia de esta provincia, que imprimió el Padre Pedro Charlevoix, jesuita frances. La tercera provincia de nuestra descripcion es Tucuman, situada en la zona templada, casi enteramente, menos por el lado que confina con el Perú, que toca en la tórrida hasta el vigesimo segundo grado de latitud. Corre Norte á Sur trescientas leguas, y se dilata de Oriente á Poniente doscientas. Parte términos con el Rio de la Plata y Paraguay por el Oriente, y al Poniente se prolonga hasta la cordillera chilena, y, desde la deresera de Coquim-

bo, por los despoblados de Atacama, con los mas septentrionales del Perú confina. Hácia el Sur deslinda jurisdiccion en la Cruz Alta con Buenos Aires, y se interna hácia la Provincia Magallánica por las interminables campañas que le corresponden.

No abunda en minerales de plata y oro, aunque al principio tuvo fama de rica, y presunciones de opulenta. Hánse descubierto, estos últimos años, algunas vetas de oro, pero tan escasas, y el oro es de quilates tan bajo, que, mas empobrecen á sus dueños que enriquecen los ingenios. Sus mejores minas y mas apreciables, son pingües pastales y dehesas estendidas, en que se crian tropas crecidas de mulas, que mantienen con utilidad el comercio de la Provincia del Perú. No hay duda que si la ingeniosa laboriosidad se utilizara del terreno, y se restablecieran las antiguas fábricas de las lanas, el beneficio del añil, y el cultivo de la grana, fuera Tucuman una de las provincias índicas de mayor esplendor y lucimiento. En efecto, cuando los obrajes estaban corrientes, y Esteco beneficiaba el añil, y las demas ciudades trabajaban en cultivar, aunque con poca diligencia, la grana, podia gloriarse Tucuman, que, dejando á los peruanos el ímprobo afan de beneficiar las minas, poseia tantas riquezas y obstentaba tanto esplendor, que hasta las bestias calzaban herraduras de oro y plata. Tanto conduce para el lucimiento de las ciudades utilizar los efectos, que la Soberana Providencia dispensa á cada una para sus emolumentos.

Estas tres dilatadísimas provincias, al tiempo de la conquista, poblaban varias naciones: sobre cuyo orígen y tránsito del antiguo al nuevo mundo, despues del diluvio universal, discurren largamente los autores, movidos al parecer de leves congeturas. Con igual incertidumbre se disputa sobre las naciones que pasaron á poblar la América. Unos quieren que los Egypcios sean los primeros pobladores; otros que los Judios en la dispersion de las doce tribus, especialmente de la de Isacar. Quien hace á los americanos descender de africanos

Cartagineses; quien remonta su orígen hasta los Troyanos: este descubre su principio entre los ingleses, dinamarqueses ó noruegos: aquel los juzga casta de Francios, Seytas ó franceses. Tanta variedad de opiniones, persuade que es fácil inventar novedades discurriendo, difícil el convencer el entendimiento probando.

Con curiosidad mas agradable podemos registrar aquí el orígen que se atribuyen los Indios, sacado de los anales diminutos, que usaban para refrescar la memoria de las antigüedades. Algunos dicen, que en el principio del mundo, antes del universal diluvio, por la via septentrional, vino al Perú un hombre hijo del Sol, llamado Con, autorizado de suprema magestad, y revestido de poderes tan extraordinarios, que le hacian suprema deidad. Numen en la soberanía, y hombre en la exterior apariencia.

No le tenían por criador del cielo y tierra por que le suponian bajado del seno del Sol á la tierra, con título y poder para criar hombres, animales, aguas, y todo lo que conduce al sustento del hombre, hechura primitiva de sus benéficas manos.

Muchos años gobernó fácilmente el Universo, con satisfacion de sus criaturas, y providencia de soberano que todo lo alcanza; pero Pachacama, Numen mas antiguo, y supremo, por envejecidos sentimientos, pretendió destronizarle, y vengar sus injurias destruyendo su poder y soberanía. Es verosimil que el Dios contuviere mala causa y que recelase las iras y venganzas de Pachacama mas poderoso. Lo cierto es, segun ellos dicen, que no se atrevió á comparecer en su presencia, huyendo cielo y tierra fuera del mundo. Con la fuga irritó mas á Pachacama, y no pudiendo este desfogar en él la destemplanza de su enojo, convirtió las iras contra los hombres primitivos, hechuras del fugitivo Numen, transformándoles en grillos, meros ridículos imitadores de las acciones humanas.

Destruida esta primera raza de hombres, Pachacama, crió otra casta y generacion de ellos, tan obsequiosos á

su hacedor, y tan reverentes y tan adoradores de su bienhechor, que se merecieron toda su complacencia y proteccion para eternizarlos de generacion en generacion. No es justo, dijo el Numen cuando se acercaba el Diluvio, que mis fieles adoradores perezcan en la inundacion de aguas que amenaza y que se acabe casta de hombres tan leales, pereciendo los buenos con los malos y los obedientes con los rebeldes. Por lo cual, cuando las aguas empiecen á cubrir la superficie de la tierra, subirán á los montes mas eminentes, y escondidos en cuevas subterráneas, esperarán que se temple la ira de Pachacama.

Los hombres siguieron el consejo de su próbido conservador, y tomando algunos animales para conservar las especies, con las raices y frutas necesarias para el subsidio de la vida humana, subieron los mas altos montes, y escondidos en cuevas cuyas entradas cerraron con lápidas, esperaron que pasasen las aguas del Diluvio. Cuando cesaron estas, abrieron las puertas, y tentaron algunos experimentos antes de abandonar sus guaridas, y conociendo que iban desamparando la superficie, salieron á respirar aires mas benignos, agradecidos al benéfico conservador, que providenció á su perpetuidad con la direccion y consejo.

De otra manera mas ridícula, pero bastantemente sería para aquellos tiempos, cuentan otros autores el orígen de los indios peruanos, tomándolo de las tradiciones de ellos mismos. Contice Viracocha, supremo y antiquísimo Numen, criador de cielos y tierra, y de cuanto en ellos hay, crió al hombre en la provincia de Collasuyo en las inmediaciones de Tiaguanaco, pero los hombres ingratos á su hacedor, le hicieron un deservicio digno de que á todos destruyese, reduciéndolos á la nada que eran antes de su creacion. Destruidos los primeros por rebeldes, crió los segundos, y para que estos no practicasen la ralea de aquellos, los diseñó en piedras con variedad de facciones y lineamentos segun los partidos á que los destinaba por habitadores, dividiéndolos

en otros tantos montes, cuantas eran las provincias que habian de poblar.

Concluida esta operacion preliminar, llamó á sus ministros, ejecutores de los designios que habia concebido, y puestos en su presencia, advertid, les dice, estas imágenes y bultos, que figuraron mis manos, y mirad que unos se llaman J. y saldrán de tal cueva en tal provincia, otros saldrán de la otra y se llaman F. y poblarán en tal provincia. Todos los cuales saldrán de las fuentes, de los rios, cuevas y cerros en las provincias que he señalado, cuando vosotros los llameis de órden y mandamiento mio. Para lo cual conviene que camineis luego, escepto dos que quedarán en mi compañía, ypartiendo al nacimiento del Sol, cada uno de vosotros irá por tal parte siguiendo el rumbo que le señalo. Así lo ejecutaron los obedientes ministros, y al imperio de su voz, autorizada con el soberano poder de Contice Viracocha, las cuevas, los rios, las sierras y fuentes, abortaron los hombres y mugeres con los mismos líneamentos y figura que diseñaba el modelo de las piedras. De estos se poblaron las provincias inmediatas, de donde, poco á poco, con los años, se propagaron á la mas remotas.

Otro orígen mas ridículo de los Guaranís, discurrió Barco Centenera, y permitiendo á su fantasía toda libertad poética, los trajo errantes y fugitivos desde el corazon de España, para lo cual, por legítima descendencia de Tubal, describe una nacion antiquísima, cuyo nombre era Tupi, criada en el riñon de la Extremadura, gente ferocísima, guerrera, caribe y sedienta de sangre humana. Pasaban su vida hostilizando las naciones circunvecinas, saqueando, matando, y como mas poderosos triunfando sobre la debilidad de sus enemigos. Solo los Ricinos, Truxillanos, gente osada y guerrera, tuvieron aliento para esperar en campaña á los Tupis. El choque fué cruel, y de ambas partes murieron esforzados guerreros; pero mas Tupis que Truxillanos. Los pocos Tupis que salvaron las vidas, embarcados en bateles, huyendo tierra y agua, y con buena fortuna, abordaron pri-

mero á las Islas Fortunadas, de aquí á Cabo Frio, despues al Brasil, y últimamente al Rio de la Plata.

Al principio, lo pasaron amigablemente como individuos de una misma nacion, á quien no diferenciaban las desventuras de acosados, y las calamidades de fugitivos. Con el tiempo dos hermanos, Tupi y Guarani, rompieron la union estrecha y hermanable concordia, sobre la propiedad de cierto papagayo, que pretendian por la gracia de hablador. No consta quien se alzó con el pretendido papagayo, pero por la tradicion conservada en sus quipos, se sabe que, disgustados los hermanos, Tupí con su familia y los que defendian su faccion, se quedaron en el Brasil, y los demas siguieron á Guaraní hermano menor, se pasaron al Paraná, y de él y de sus confederados tuvo orígen la nacion Guaraní, con todas las ramas que arrancan de este grueso tronco.

Sin duda que Barco Centenera para su idea poética se valió de la antiquísima tradicion, que corria en su tiempo entre los indios. Referian éstos que dos hermanos con sus familias, de la otra parte del mar, llegaron embarcados á Cabo Frio, y despues al Brasil. Por todas partes buscaron otros hombres, que les hicieran compañia: pero los montes, las selvas y campañas, solo están habitadas de fieras, tigres y leones; con esto se persuadieron ser ellos únicos habitadores del terreno, y resolvieron levantar ciudades para su morada, la primera segun ellos decian de todo el país.

En tan hermanable sociedad y fructuosa alianza, gozando todos y cada uno el fruto de su útil trabajo, vivieron muchos años, y se aumentó considerablemente el número de familias. Pero de la multitud se originaron los disturbios, las disensiones, las guerras civiles y la division. Todo tuvo principio en dos mugeres casadas con dos hermanos, cabezas de familias numerosas, las cuales riñeron sobre un papagayo locuaz y parlero, de las mugeres, pasaron los sentimientos á los maridos, y de éstos á las parentelas, y últimamente á la Nacion. Por no consumirse con las armas, se dividieron las fa-

milias. Tupi, como mayor, se quedó en el Brasil con la posesion del terreno que ya ocupaba, y Guaraní con toda su descendencia, se retiró hácia el gran Rio de la Plata, y fijando al sur su morada, vino á ser progenitor de una muy numerosa nacion, la cual con el tiempo se estendió por las márgenes del rio y lomas mediterráneas del país hasta Chile, Perú y Quito.

No se estinguió la generacion de los Guaranís con las aguas del universal diluvio, del cual tenia alguna aunque confusa noticia; porque Tamanduaré, antiquísimo profeta de la nacion, gran privado de Tupá, tuvo anticipada noticia del diluvio futuro, y amonestado del Númen, se reparó de las inundaciones con algunas familias en la eminencia de una elevadísima palma, la cual estaba cargada de fruto, y les suministró alimentos, hasta que retiradas las aguas, bajó á la tierra con sus compañeros, y multiplicaron tanto, que todo lo llenaron de colonias descendientes de Guaraní.

Las demás naciones del todo ignoran su orígen, ó no contiene cosa particular digna de historia. Antiguamente eran muchas las gentes que ocupaban estas dilatadísimas provincias, tantas á la verdad, y tan diversas hasta en la exterior contextura y peregrina novedad de lineamentos, que seria larga y molesta la relacion de todos los calchines, los timbues, los mbeguaes, los agaces, los mepenes, chioloasas, martidanes, charruas, guenoás, yaros, colastines, caracaras, querandis, tapes, y otros llenaban el distrito, que hoy llamamos Rio de la Plata.

La Provincia de Paraguay la ocupaban los mbayas, los guaycurús, los payaguas, los ibirayarás, y principalmente los guaranís, divididos en varias ramas con alguna diversidad de lenguaje y modales, que los diferenciaban en los accidentes. En Tucuman señoreaban los juries, los diagitas, los tonocotes, los lules, los calchaquies, los homaguacas, los tobas, los abipones, los mocobíes, los sanabirones y comechingones. Un largo catálogo de otras naciones se encueutra en impresos y manuscritos que son de poca consideracion para la historia, y

solo diferencian en algunas propiedades, poco memorables.

Sin embargo, hay algunas cosas dignas de particular relacion. Los Gigantes, torres formidables de carne, que en solo el nombre llevan el espanto y asombro de las gentes, provocando, ante todas cosas, nuestra atencion. No se hallan al presente, pero antíguos vestigios que de tiempo en tiempo se descubren sobre el Carcarañal y otras partes evidencian que los hubo en tiempo pasado. Algunos convencidos con las reliquias de estos monstruos de la humana naturaleza, no se atreven á negar claramente la verdad; pero retrotraen su existencia al tiempo diluviano. Yo me empeñaré en probar que los hubo antes del diluvio; pero es muy verosímil, que despues de él, poblaron sobre el Carcarañal, y que en sus inmediaciones y barrancas tuvieron el lugar de su sepultura.

Lo cierto es, que de este sitio se sacan muchos vestigios de cráneos, muelas y canillas, que desentierran las avenidas, y se descubren fortuitamente. Hácia el año de 1740, ví una muela grande como un puño, casi del todo petrificada, conforme en la exterior contextura á las muelas humanas, y solo diferente en la magnitud y corpulencia. El año de 1655 D. Ventura Chavarria, mostró en el Colegio Seminario de Nuestra Señora de Monserrat una canilla dividida en dos partes, tan gruesa y larga, que, segun reglas de buena proporcion, á la estatura del cuerpo, correspondian ocho varas; como este caballero es curioso y amigo de novedades, ofreció buen premio al que le desenterrase las reliquias de aquel cuerpo agigantado. Puede ser que el estipendio aliente para este y otros descubrimientos, en los cuales el orbe literario interesa novedades que amenizan sus tareas.

Por el lado opuesto se ofrecen los pigmeos diminutos de la naturaleza que aspiran á ser hombres, y nunca salen de hombrecillos. El autor de la Argentina, manuscrita, los coloca en los confines de los Xarayes, y los hace moradores de cuevas subterráneas. Otros los in-

ternan al corazon del Gran Chaco; y esta persuasion muy válida, en otro tiempo, aviva una carta del padre Juan Techo, escrita en Miraflores en 11 de Mayo de 1757. En ella dice, que los chiriguanos sacaron un pigmeo muy chico. No quisieron decir en que parte del Chaco habitaban, pero añaden que solo de noche salen á buscar que comer, temiendo, que si de dia desamparan sus cuevas, serán acometidos de los pájaros grandes. Despues de toda esta autoridad dudo mucho de la existencia de los pigmeos.

El Chaco está muy trasegado de los españoles y misioneros jesuitas: desde el tiempo de la conquista, se han cruzado sus rios, montes y senos: se han formado prolijos catálogos de las naciones y parcialidades que lo habitan, y era natural que en tantas entradas algun pigmeo se hubiese descubierto, y que esta noticia, como memorable, se añadiese por apéndice al catálogo de las naciones chaquenses.

Nada de esto se encuentra archivado, y así se puede tener por inverosímil la existencia de los enanos que se fingen escondidos en cuevas subterráneas para que no los hallemos, y solo se les permite salir en la oscuridad de la noche para que no los veamos. No convence el testimonio del padre Juan Techo: no habla como testigo ocular, y solo refiere amigablemente á un corresponsal suyo, lo que le dijeron los chiriguanos, gente infiel y nacida para urdir engaños, tan acostumbrada á la mentira, que mienten, y desmienten en pocas palabras, por el interés de cualquiera cosa baladí. Lo cierto es que siendo tan interesables, hubieran traido al pueblo el pigmeo, y este correria por todas partes para que los curiosos pagasen su vista, con algun donecillo á los portadores chiriguanos.

No está mejor fundada la existencia de los cullús, ó culluyes al norte del Chaco hácia el Pilcomayo. Son los cullús, hombres en la sustancia; pero en la apariencia y figura, imitan las propiedades de animales. En la cabeza tienen cuernos no muy prolongados, pero tales

que sobresalen del cabello, y se distinguen á competente distancia.

Las piernas sin pantorrillas, por la parte posterior rematan en figura de talon humano, y por la anterior en dedos largos abiertos desde el empeine, y gruesos algo mas que los del avestruz; son tan ligeros en la carrera, que esceden la del caballo, y tan diestros en seguir la casa, que con dificultad se les escapa el animal que siguen para cogerlo. Si estos cullus ó culluyes existieran hácia el Pilcomayo, en las entradas de los españoles, tan frecuentes y repetidas, algo hubieran descubierto, y comunicado á la posteridad la noticia: sobre cuyo testimonio, mas que sobre el de los mataguayos, que son los que la participan, se harian creibles los hombres circunstanciados; pero la desgracia es, que la novedad de individuos tan peregrinos, no tienen otro fiador que el dicho de engañosos mataguayos y chiriguanaes mentirosos.

En lo que no se puede negar, es en la parcialidad de caaiguas, que habitan entre el Paraná y Uruguay, sobre las Misiones que doctrina la Compañía de Jesús; son los caaiguas abortivos de la naturaleza: hombres con narices de monos: gibados que miran á la tierra, como si para ella sola, y sus bienes perecederos hubieran nacido; el cuello corto y tan ceñido, que no sobresale del hombro. El ánimo siguiendo la inclinacion del cuerpo que tira á las bajezas de la tierra, no aspira á nobles ideas, abismado siempre en una nada de pensamientos y en unos pensamientos de nada; viven en los montes, y persiguen los monos, saltando de rama en rama y de árbol en árbol con estraordinaria lijereza y agilidad admirables.

En lo demás, las otras naciones de estas tres dilatadísimas provincias son de estatura y correspondencia de partes bastantemente proporcionadas, con alguna diferencia en facciones, y color que declina en aceitunado, en unos mas claro y en otros mas oscuro, la frente ceñida y humilde, rasgados y muertos los ojos, las narices chatas y abiertas, el rostro prolongado con demasia, y

abultado sobradamente. Todo el encaje de la cara y textura de facciones es vivo diseño de un ánimo agreste, incivil, tosco y propiamente bárbaro. En el trato se crian sin urbauidad, en las ciencias sin cultivo, en la mecánica sin ejercicio: en lo político sin leyes: en lo religioso sin Dios, y en todo como brutos.

Empezando á describir una idea de estos brutos racionales, sobre el plan de sus operaciones, su gobierno y su monarquia, era de las mas infelices que pueden caer en la humana aprehension. Toda se reducia al cacique que hacia cabeza, y algunas parcialidades de indios que le seguian. Por lo comun, cuando decimos cacique, que hacia cabeza de soberano, entendemos, solamente un reyezuelo y señor de pocos vasayos, de treintas ochenta ó cien familias que le siguen, y miran con acatamiento, y le pagan algun tributo, labrándole sus chacras y recogiendo los frutos del pais. Antiguamente cuando la tirania no prescribia leyes á las conquistas, en las naciones mas cultas del orbe, las monarquias eran ceñidas, poco mas ó menos numerosas, que las indianas del nuevo mundo.

Entre los guaranís, el séquito era mayor, y mayor el número de vasallos, pero no tanto, que nos atrevamos, á contar por millares los tributarios de cada cacique, y mas fácil será multiplicar á millares los reyezuelos que los súbditos de cada uno. Una cosa loable tenian estos soberanos, que no agravaban con imposiciones y pechos los trabajos ,y laboriosidad de sus vasallos, contentos con el corto reconocimiento de pegujales ó chacras que les labraban, ó peces y caza que les recojian para el sustento de la real familia. Al paso que la utilidad de sus afanes, estaba libre de gravámenes, eran ellos amantes de sus caciques, compensando el desinterés de éstos, con tierno cariño y rendimiento envidiable.

Verdad es, que algunas naciones solo en tiempo de guerras obedecian á sus reyezuelos, pero las mas en todo tiempo les profesaban amor, sujecion y vasallage. El cacicazgo hereda el primogénito, y en su defecto entra

el segundo y tercero hijo. A las veces sin reprensible instruccion, por las proezas militares se gana algun indio secuaces, y queda constituido rey con vasallos que le sirvan, y tributarios que beneficien sus tierras.

Entre los guaranís, la elocuencia y culta verbosidad de su elegante idioma, era escala para ascender ál cacicazgo. No abria escuelas esta Nacion para la enseñanza de su lengua: pero el aprecio que se hacia de los cultos, estimulaba el cuidado, y sugeria el estudio de palabras bien sonantes.

Tòda la distincion de nobleza y plebe, se tomaba de los caciques. Los que no descendian de ellos eran tenidos por plebeyos á distincion de los demas, que participaban su sangre, los cuales eran mirados con el respeto y veneracion que las otras naciones acostumbran tener con las personas reales. No solo los indios miraron con respetable acatamiento á los caciques y á su descendencia, sino aún los españoles mismos observaron en ellos un carácter de nobleza, y tan señoril magestad de operaciones que entre sus bárbaros modales los hacia distinguir de la inculta plebe, y no dudaron emparentar con ellos casando con sus hijas.

No tenian estos caciques la ostentacion de monarcas que se admira en los incas peruanos, y en los motezumas mejicanos; pero en medio de una extrema pobreza, y barbárie inculta, hacian aprecio de lo noble, y se gloriaban de ser señores de vasallos que los miraban con acatamiento y servian con fidelidad y esmero.

Leyes para el arreglamiento de las costumbres, no consta que tuviesen, y siendo tan escandaloso el desgarro de su vida, supérfluas parecian, y vanas las reglas del buen vivir. Su principal cuidado y casi único ejercicio eran las armas de arco, flechas, lanza y macana. Algunas naciones usaban, y aún hoy usan las bolas ó líbes, que juegan con singular acierto y destreza extraordinaria. Son los libes tres bolas de materia sólida, cada una del peso de libra, poco mas ó menos, envueltas en cueró,

y asidas por la extremidad, de tres cordeles largos, cada uno de dos varas y media ó tres, unidos todos en un mismo centro. En tiempo de lance y de guerra, cuando el lance ofrece oportunidad para su uso, juegan al aire los liles, dándoles vuelta sobre la cabeza, hasta que tomando vuelo las arrojan á larga distancia, y enredan con las bolas la caza que siguen, y al enemigo que acosan.

Antes de declarar guerra, precede junta de los Principales, de cuyo acuerdo pende la última resolucion. Júntase el congreso en la tolderia de alguno de los caciques, donde con anticipada prevencion, están preparadas las chichas y alojas, que son los brebajes que usan en sus asambleas y parlamentos. No sé si estas bebidas tienen el suave atractivo del vino y aguardiente; pero si carecen de esta propiedad, es averiguado que causan el mismo efecto de embriagar y de mentar al indio. Nuestros consejeros de guerra, no empiezan su acuerdo hasta que tomados del vino, y faltos de juicio decretan la guerra por las utilidades que se prometen en los despojos del enemigo, en los prisioneros que aspiran á cautivar, y en el honor de valientes.

Al Decreto de la guerra se sigue la eleccion de Gefe que dirija la facción con acierto y gloria de la Nacion. Suele ser muy reñida, y no es fácil concordar las partes porque todos aspiran al honor de Capitan General del Ejército. Cada uno teje en el concilio prolija relacion de sus proezas militares con sobrada ponderacion de sus méritos, y particularmente los combates en que se han hallado, las victorias que han conseguido, los enemigos que han muerto, y los vestigios que conservan para eternizar la memoria. Y como en todo abulta la ponderación, lo que el valor y fortuna no alcanzan, es muy reñida la eleccion de gefe para el gobierno de las milicias.

Pero una vez elegido, todos, aunque sean caciques, le obedecen, y por su consejo se previenen los aparatos de guerra, y dispone la operacion militar. Convócanse las

compañias con humos y fogatas, en cuya inteligencia están muy diestros, y concurren al sitio donde empezaron los fuegos, prevenidos de armas, porque no hay armeria comun, y cada uno tiene depósito particular para las suyas. El arco, la flecha y macana, son las mas ordinarias, el dardo y bolas son particulares de algunas naciones. El arreo, y galas militares, es el que usan en sus mayores solemnidades, plumajes ceñidos á la cintura: diversidad de colores con que feísimamente se embijan, juzgando que la pintura los hace formidables al enemigo, y siendo ella tal, puede causar espanto á los demonios del infierno.

El principio y fin del combate acompaña tal algarada ó algazara de voces, que llena los aires de confusion, y los oidos de espanto. Puédese decir que empiezan la guerra aturdiendo al enemigo para entorpecerle las manos en la hora del combate. Efectivamente, cuando los españoles no estaban acostumbrados á semejante griteria en los primeros encuentros, mas tenian que vencer el horror y confusion de las voces, que el estrago de sus débiles armas. Era ley inviolable de su milicia, retirar los cadáveres para darles honorífica sepultura á su usanza, parte para ocultar al enemigo el daño recibido, no advirtiendo la escrupulosa observancia con sus difuntos, y la reputacion de su valor, que este embarazoso divertimiento aunque loable por naturaleza, impedia á veces una esclarecida victoria. El vencedor gozaba los despojos. El principal, y mas estimable, eran los prisioneros, á los cuales cortaban la cabeza, y la llevaban para trofeo enristrada en la punta de las lanzas. Tal vez se servian de ellos, ó los vendian por esclavos. Los guaranis, y otras naciones caribes, tenian su mayor celebridad en el banquete que prevenian de los cautivos. Cuando estos eran decrépitos, presto daban fin á sus dias, cebándose en sus carnes con un banquete ordinario á que acompañaban las solemnidades y ceremonias que usaban en la muerte de los jóvenes y mozos.

Estos infelices por alegres principios, y festivos apa-

ratos, eran conducidos á tristísimos y cruelísimos fines; destinaban cazadores que los regalasen con lo mas sabroso y delicado de las cazas. Señalaban doncellas con quienes se solazasen y que entendiesen en su regalo, se les permitia libremente el paseo, y todo género de divertimiento sin dar indicio ni señal de los designios que se tenian sobre su vida; entretanto divertido el jóven con paseos, y solazado con placeres, engorda, y se pone de grasa para el sacrificio, segun la aprobacion del dueño, y poseedor del prisionero.

Entonces se convocan las parcialidades de la nacion, y se determina el dia en que deben concurrir á la solemnidad de la fiesta.

Todos asisten indefectiblemente; caciques, hombres, vasallos, mujeres, grandes y pequeños, aunque sean de pechos cargados sobre los brazos de sus madres. Si alguno tiene legal impedimento se le admite la escusa, y se le ha de enviar parte de la víctima para que la pruebe. Los demas se dan por convidados, y conforme llegan se ponen en rueda, formando un cerco, y plazuela por medio de la cual en presencia de todos, el señor del prisionero, afectando magestad, y soberania, se pasea mesurado, y grave con risible entonamiento.

Síguese el paseo de la víctima vestida con hermosos plumajes, tirado de cuatro robustos y fornidos mozos que velan sobre su seguridad. A la entrada del cerco la reciben seis feísimas viejas, respetables por su ancianidad, y temibles por el ejercicio de feroces, harpías, pintadas de amarillo, y colorado, adornadas con una sarta de dientes, reliquias de espanto, que arrancan de otros difuntos, y conservan para testimonio de su envejecido ejercicio. Vienen danzando, y bailando al son de barreños que llevan prevenidos, para recoger la sangre, y entrañas del prisionero; cuando este entra al cerco ó plazuela, sale el señor del convite al encuentro, y descarga sobre él con suavidad, y de burlas el primer macanazo.

Aquí empiezan los vítores, las aclamaciones y risadas

de los circunstantes aplaudiendo al entonado triunfador y mofando del triste jóven. Al fin de la algazara continúa el segundo y tercer golpes con el mismo efecto y confusion, hasta que convertidas en veras las burlas le quitan la vida postrándole por tierra. Las viejas ejercitan su principal ministerio recogiendo la sangre y entrañas, y los convidados por su órden llegan con celebridad á tocar el difunto. En esta ocasion, los que conservan el nombre del nacimiento, le mudan á su arbítrio luego que tocan al cadáver. Las madres solícitas de sus tiernos hijuelos cuidan de poner los nombres, luego que los párbulos movidos con ajeno impulso llegaron al difunto. Estos nombres se publican solemnemente, y en adelante son conocidos por ellos, y no por los primeros que eternamente borra el olvido.

El cuerpo se troza en cuartos, y se reparten los pedazos con economia entre los caciques y vasallos. Y porque la multitud de gentes, que concurren á la sólemnidad es inmensa, y un solo cadáver no alcanza para todos, se toma la providencia de hervir algunos huesos, y pedazos de carne en mucha agua, para que todos participen algun sorbo, hasta las criaturas de pecho á diligencias de sus próbidas madres. Los que gustan la carne, y prueban el caldo, adquieren un grado de valor estimable, que á todos constituye igualmente valorosos: al cacique y á los vasallos, al grande y al pequeño, al esforzado, y soldado que maneja las armas con daño del enemigo, y al tierno infante que no es capaz de sustentarlas. Esto repiten despues de muchos años, tejiendo larga narracion de los convites en que se hallaron, y de los muchos que sepultaron en sus entrañas, contando las victorías por los convites y adquiriendo nombre de grandes con lo que mostraron ser insignes caribes.

Tal era la celebridad de sus victorias, y á este tenor eran bárbaras sus costumbres gentílicas. Por lo comun las naciones de estas provincias andaban desnudas, algunas acostumbraban taparse con un cuero á manera de manta, que pendia desde los hombros hasta mas abajo de

las rodillas otros usaban tejidos á manera de redecillas, que servian poco á la decencia, y menos para el abrigo. Las mas hacian un tejido de pluma que ceñian á la cintura y tal vez al rededor de la cabeza, especialmente en tiempo de guerras, y en sus mayores solemnidades. En el sexo mujeril era ordinario algun suplemento de la decencia y honestidad, que argüia ser algo recatadas por naturaleza, ó por lo menos no vivir con desenvoltura, y desgarro estremadamente licencioso.

Mas ordinario que el vestido y plumajes era la pintura, y esta la usaban en una de dos maneras, ó sobrepuesta que borraban á su arbítrio, ó indeleble que no se puede borrar. Del primer género, era cuando sin arte, ni proporcion sobre el lienzo de sus cuerpos tiraban pinceladas con zumos de yerbas y barros de colores diferentes, diseñando en vez de figuras agradables, un sempiterno laberinto de confusiones. No obstante para ellos era la mejor, y mas vistosa gala de que vanamente se gloriaban como Apeles de sus delicadas pinturas.

El otro género era mas costoso, mas delicado y permanente. Prevenian en remojo un poco de cisco menudo, y cuando estaban en el punto que ellcs saben mojaban la punta de una espina, y con ella picaban el rostro con estrema delicadeza y nimia prolijidad, hasta que apuntase la sangre, la cual incorporada con el jugo del cisco se restañaba.dejando un botoncillo y señal muy sútil en el sitio de la picadura. Es verosímil que el jugo del cisco por fermentacion, y efervecencia tenga eficacia, de cauterizar y congelar la sangre que sacó la espina. De cualquiera manera que ello sea, la pintura es indeleble, y en cierto modo imita las delicadezas y primores de miniatura. No es perceptible á lo lejos, pero observada de cerca, se notan, entre imperfectos bosquejos algunos rasgos sin arte agraciados por naturaleza. Otros adornos de singular estimacion, propios de algunas naciones, son las pendientes, y collares, de piedra, suelas y dientes de animales, que ensartaban para colgarlos. Aquellas feísimas viejas que hacen oficio de arpías en la muerte de los

prisioneros, gozan el privilegio de arrancar los dientes, y muelas de los difuntos para ensartarlos en testimonio de su valentia (y cierto que lo es tanto atrevimiento con los muertos) este joyel estiman algunas naciones, sobre el oro y la plata, y nuestros dias los payaguás cambiaron el oro que robaron á los portugueses de Cuyabá por á valoríos, cuentas de vidrio y pedazos de varenilla. Algunas taladran las orejas con notable deformidad; otros sé abren el lábio inferior, del cual cuelgan el tambeta, ó quijada de la polometa.

De estas galas y adornos que hace estimables la pobreza y su rudo modo de concebir, usan en las guerras en las borracheras, en los bailes y fiestas con que solazan el ánimo y entretienen el tiempo. Rara será la nacion del mundo, que no permita á la opresion desahogo, alternando las ocupaciones y horas del trabajo, con los festines, los convites, músicas y saraos. Las gentes americanas interrumpian las inacciones de su ociosidad y pereza, con bailes y borracheras que á ellos entretenian y divertian al lector con su barbaridad.

El baile de los Bororos, és de los mas inocentes que pueden deleitar él ánimo; por lo simple y sencillo de él, admira, y nos enseña, que el corazon oprimido de cuidados y agravado de tristes pensamientos, puede hallar desahogo en divertimientos inculpables.

Son los Bororos infieles, de natural dócil y pacífico, habitan las vecindades del rio de los Porrudos adonde acuden los portugueses á las malocas, y aprisionados los llevan á Cuyabá para el beneficio de las minas, y para el remo de las balsas y falúas. Si talvez acontece que cautivan alguna muger, la parentela sé sugeta á cautiverio y se entrega voluntariamente al servicio del portugués en cuyo poder está la cautiva. Como es gente inocente, usan el trage de la inocencia, y andan enteramente desnudos, menos la cabeza que rodean con plumas de gavilan tejidas á manera de guirnalda.

Coronados de ellas y desnudos, arman sus bailes y danzas, haciendo rueda y círculo unos de otros. El que

lleva el compas entona una letrilla bárbara y sin arte, al son de roncos calabázos y sonajas de porongos con piedrezuelas dentro, que tocan los demas, repitiendo el son y letrilla que empezó el presidente del coro, entre-tanto dan vuelta á la redonda sin descomponer el círculo, pisando fuertemente la tierra y acompañando los golpes de los piés con el de los calabazos y sonajas, y uno y otro con los puntos del primero. Así pasan mucho tiempo divirtiéndose inocentemente y sin las perniciosas consecuencias que traen consigo las borracheras y danzas que usan otras naciones.

Refiere el uso que tienen los Lugares, y con poca diferencia queda referido el estilo y costumbre de estas gentes. El dia que precede á la borrachera, que se puede llamar víspera de fiesta y solemnidad, se juntan los convidados, indios é indias, en el lugar del festejo, que es una plazuela cuyo centro elevado, y al pié de él está la hija ó muger del que celebra el convite, con un báculo ó caña en la mano, de cuya superior extremidad pende multitud de uñas de jabalies y venados. Como la indiezuela interesa aplausos en llevar el coro, empieza luego á dar el son á los cantores y danzantes sacudiendo con brio la caña ó báculo contra el suelo y haciendo que resuenen la castañuelas azotadas las unas contra las otras. Este son verdaderamente poco apacible, siguen con el canto los músicos y con mudanzas, los dansantes saltando y bailando al rededor del palo, hombres y mugeres, desde prima noche hasta que raya el dia con los primeros arreboles de la mañana.

A la madrugada empiezan los brindis con moderacion, de suerte, que les deje piés y cabeza para engalanarse de fiesta. Tiran algunas pinceladas diseñando un confuso jaspeado que imita las manchas de los tigres. Cíñense vistosos plumages, y á la cabeza adornada una corona de cuero rodeada de plumas de varios y diferentes colores.

Las mugeres pintan el rostro de negro y colorado con con plumage rojo en la cabeza: pero la muger del que hace el convite, lleva en la mano para distintivo, un

manojo de hilo de chaguar; con estas insignias bailando, y saltando, pero ordenados en filas, vuelven al lugar de los brindis, donde cada uno toma asiento sobre un mechon de paja que previene de antemano la providencia del que convida para el divertimiento.

Todos beben cuatro y cinco veces hasta que la fuerza de la chicha enciende el espíritu de Marte, y les pone las armas en sus trémulas manos prontas á descargar el golpe como palo de ciego, de donde diré se golpean, se ensangrientan, se matan cayendo unos sobre los otros, aquellos heridos ó muertos, y estos borrachos. El fin de la tragedia es, el que la chicha de la funcion derribando á los mas fuertes, y afortunados tenidos por el suelo durmiendo el sueño de los borrachos. Lo particular es, que vueltos en sí, hechan en olvido los golpes pasados, y ninguno forma queja ni querella porque el otro descargó sobre él los golpes ó ímpitos de su borrachera. Algunas naciones acostumbran criar sóbrias á las mujeres, para que estas escondan las armas á los maridos, y el daño no sea tan lamentable.

7. Ejercitan ellas fielmente su oficio segun la costumbre que prevalece á los motivos particulares de sentimiento, los cuales segun sus ritos licencian nuevo maridaje, por que el desagrado de la una, y la apetencia de la otra, son las que prescriben leyes al matrimonio, y le hacen rescindible, á eleccion del antojo y lijereza. De este abuso y corruptela gozan los hombres y mujeres, la una, que fué repudiada, y la otra que entró en su lugar, se encienda reñida gresca de golpes, y araños, gritando aquella que porqué le ha quitado su marido, y responde esta, que porque ha querido.

La griteria y algazara dura largo rato, hasta que bien ensangrentada sale una vieja predicando á dispartirlas, y conduce la funcion con largo razonamiento en que aglomera cuanto dicterio y apodo sugiere la cólera, y enojo contra la nueva esposa que se supone culpada por entrar al casamiento contra el dueño de la primera.

Entre los hombres por robarse las mujeres son las di-

sensiones mas peligrosas, y se levantan unas familias contra otras y tal vez abanderizada la nacion se consumen en civiles discordias empuñando unas parcialidades las armas contra otras. La pluralidad de mujeres es permitida, y su número es mayor ó menor, segun alcanza la posibilidad de mantenerlas y aun comprarlas. Porque de algunas gentes es costumbre ordinaria, que las hijas sean vendibles por un poco de maiz, mandioca y cosas semejantes, y entregadas á sus pretendientes á las veces contra su gusto, pero muy al gusto de los padres por la utilidad y emolumento que perciben vendiendo sus hijas.

Entre las Naciones caribes, era estatuto indispensable que las doncellas, hicieren mérito para el matrimonio, probando primero la sangre de sus enemigos. Esta observancia no era difícil á quien se cebaba en sangre humana, y repetia con frecuencia los convites. Los Guaranis, que tambien eran antropófagos, no permitian á sus hijas tomar estado, hasta que les acudiese la primera vez el menstruo, circunstancia indispensable, que no admitia privilegio de excepcion, y se observaba con escrupulosa rigidez, obligándolas á pasar por el rigor de crueles pruebas de las cuales pendia el concepto que de ellas se formaba, y esperanza que prometian.

Cosíanlas en una hamaca de las que usan para dormir, dejando una pequeña abertura hácia la boca para respirar y en esta postura las tenian dos ó tres dias envueltas, y amortajadas, y las obligaban á rigidisimo ayuno. Despues eran entregadas á una matrona hacendosa y trabajadora, para que las fatigase con el trabajo y penales ejercicios. Esta las cortaba el pelo, y las intimaba severísima abstinencia de toda carne, hasta que, creciendo los cabellos, llegasen á cubrir las orejas. Con la inauguracion de los cabellos, empesaba la ley del recato, y modestia y se les intimaba con el ejercicio mismo de raparlas, la obligacion de ser circunspectas, y el inviolable estilo de bajar los ojos, y de no fijarlos livianamente en

el rostro de los hombres. Raro y admirable documento de honestidad en gente tan bárbara.

A estas pruebas de fortaleza y recato, se seguia el arrearlas con sus pobres galas, y el permiso de vivir desgarradamente. Los agoreros entran con sus vaticinios y predicciones pronosticando por las aves, que vuelan, y animales que cruzan, el caracter futuro de la novia. Si atraviesa algun Papagayo la califican de parlera, si un ñacurutú, ó buho, la pronostican perezosa para el trabajo é inútil para las operaciones domésticas y á este tenor otras predicciones, devaneos de su cabeza, que adaptan ciegamente sin proporcion ni correspondencia con el objeto.

No eran menos supersticiosos sobre el preñado de las mugeres. Condenadas á rigidisimo ayuno; mientras estaban en cinta debian abstenerse de todo cuanto juzgaban podia dañar á las criaturas. Y así la carne de la gran bestía, que era toda su delicia, no podian gustarla, temiendo que la criatura naceria con narices diformes, ni comer aves pequeñas, porque la pequeñez del alimento no se transfundiese en los niños, y temiendo que daria á luz dos gemelos si probaban dos espigas de maiz, les estaba prohibido con severisimos mandatos no tocarlas; porque, como eran gentes ciegas, no advertia su tosco entendimiento que los alimentos, que prohibia su errada superstición, no eran mas poderosos para comunicar á la criatura sus propiedades, que lo eran los que licenciaban su vana credulidad.

El rigor de la ley se extendia tambien á los maridos, á los cuales estaba prohibido matar fiera alguna, y por no caer en la ocasion, desarmaban los bélicos instrumentos. Luego que paria la muger ayunaban ellos rigurosamente quince dias, observando estrecho regimiento en su casa cual si fuera la misma parida.

Entre algunas naciones era estilo, que el marido se tendiera sobre la cama, mientras la muger se purificaba en el rio, y bañaba al recien nacido. Cuando adolece el infante, toda la parentela debe abstenerse de los manja-

res que se juzgan harian daño á las criaturas, temiendo, que de la mas leve transgresion, se originaran infortunios y desgracias sobre los tiernos hijuelos. Sin embargo de tantas precauciones, que prometen un amor extraordinario á sus hijos, experimentan que algunas madres les privan de la leche, que proveyó la naturaleza para su sustento, por aplicar los cachorrillos que crian amor tierno á su pecho.

Este amor, y esta aficion de padres á hijos tan exesivo como desreglada precipitan á los unos en permisiones indecorosas, á los otros en osados atrevimientos. Los padres permiten á sus hijos toda libertad y soltura, y por no contristarlos con un buen consejo que refrene sus desórdenes, y con algun castigo que amortigüe los juveniles verdores, dejan salir con todo y llevan pacientemente que arrebatados del enojo, pongan en ellos las manos y descarguen sobre su rostro impias bofetadas. Lo singular, y mas admirable es, que los padres no dan muestras de sentimiento, porque eso es, dicen, tener poco cariño á nuestros hijos, y mas importa ser amorosos con ellos sufriendo los atrevimientos de sus primeros años, que mostrar de aquellas operaciones que los habilitan para hacerse con el enemigo.

En lo demas los crian á su modo bárbaro é incivil, acostumbrándolos á los ejercicios propios de la nacion, al arco, á la flecha, y ligereza de la carrera: en esto son extremados, y sucede, que cuando se quieren convertir ponen por condicion, que sus hijos no han de asistir mucho tiempo á la iglesia porque no les falte para alicionarse en militares ejercicios. Asi le sucedió al padre Gaspar Serqueria, insigne misionero de los abipones. Recibido humanamente de ellos, y detreminados á abrazar la ley del señor, Caligula, cacique principal, le dice, que tenia á bien levantar iglesia, y ofrecer para el bautismo sus hijos; pero que reparaba en que mañana y tarde asisten á la iglesia para la doctrina: éso será querer, que porque sean buenos cristianos, salgan malos soldados inútiles, y flojos para la guerra, como lo son

los mataras que gastan el tiempo en la iglesia, no lo logran para el ejercicio de las armas. Mucho te engañas replicó el Padre; los españoles valerosos son temibles soldados y asisten frecuentemente á la iglesia, rezan oyen misa, y la palabra de Dios. Bueno está eso añadió calígula, bien conozco que no se opone la profesion de soldado á la de cristiano; pero en todo caso á nuestros hijos, se les ha de permitir el arco y flechás en la iglesia para que se habitúen á llevarlo.

El primogénito á quien se jure pertenece el cacicazgo no está exento de estos ejercicios, y como nacido con mayores obligaciones se esmeran sus padres en criarlo mas certero en la direccion de la flecha, y mas ligero en la velocidad de la carrera.

Este es el mérito sobre el derecho de primogenitura, que le condignifica para el cacicazgo, y para heredados dignamente del valor y pericia militar de sus padres. Los guaranis sobre todo se esmeran en la crianza de los primogénitos; el dia que los destetan celebran solemnemente, bebiendo con largueza y danzando con alegria al son de bárbaros instrumentos. Funcion que repiten con igual solemnidad el dia que el caciquito empieza á ejercitarse en la carrera.

Lo cual hacen de esta manera, y se continúa muchos dias el ejercicio para habilitarlo á las operaciones militares. Luego que se descubre el sol salen todos de sus esteras, los grandes para ser testigos y complacerse viendo la agilidad de los nuevos corredores, y los pequeños al lado del caciquito, para competir con él, corriendo al rededor de las chozuelas. Todos se animan á conseguir la gloria de primeros, muy estimable entre ellos por evitar la confusion de últimos. Al primogénito estimula el deseo de ser á todos preferido en la ligereza como es sobre todos en la dignidad; á los vasallos la gloria de competir con su señor, y el deseo de dar experiencia de su agilidad. A las veces los envian acompañados de algunos indios por montes y caminos ásperos para que endurecidos en el trabajo no salgan holgazanes

y se acostumbren á vivir del arco y flecha en que aseguran el mantenimiento de toda la vida.

Estos empleos y ocupaciones de los primeros años, lo habilitan para aquel género de milicia que ellos usan, y como no les roban tiempo las universidades ni la perfeccion de las artes mecánicas, les sobra para adestrarse en el manejo de las armas ordinarias, respetables á otras naciones indianas; pero siempre débiles contra los españoles. Algunos alaban sobradamente la pericia militar de estos indios, y cierto que siendo este el único ejercicio de su vida, no pueden culpar á la falta de tiempo; pero la experiencia constante de casi tres siglos, enseña, que los mas atrevidos, y osados contra sus semejantes, solo á traicion y sobre un lance muy seguro se atreven con los españoles y rara vez confiados en el número, y en caso desesperado pelean cara á cara con efecto poco considerable.

Todas estas naciones, atendiendo á su modo de vivir y sustentarse, podemos dividir en dos castas y generaciones; la una de labradores que cultivan la tierra para sustentarse con sus frutos y raices, y la otra de gentes que solicitan el alimento, de la pesca y caza, y de algunas frutas silvestres. La primera tenia su establecimiento fijo, repartido en tolderias de cuarenta, ochenta ó cien familias sugetas á su cacique, y con dependencia de sus órdenes. El mantenimiento esperaban del trabajo, y de lo pingüe de la tierra á la cual fiaban los granos y raices para lograr, á su tiempo, de su laboriosidad y desvelo.

El beneficio y cultivo de la tierra, era conforme á su innata flojedad, á los instrumentos que tenian para cultivarla, para lo cual, con imponderable afan, rozaban un pedazo de monte, y cuando los troncos ya secos estaban aptos para quemarse, les pegaban fuego, y con la ceniza estercolaban la tierra. Luego que llovia, con una estaca punteaguda abrian algunos agujeros, y en ellos echaban el maiz, el maní, la mandioca y otras raices, y sin mas cuidado que abandonar las sementeras á la providencia del Criador y riego del cielo, lograban pingües co-

sechas de la tierra mal beneficiada, pero lozana y fuerte por naturaleza.

La segunda casta ó generacion era de estas gentes bagamundas, que se mantenian de la pesca y caza, mudando habitacion cuando lo uno y lo otro escaseaba por haberlo consumido. Estos prontamente carecian en este mundo de ciudad permanente, porque la que tenian era portátil y mudable á diligencias y esfuerzos de las mugeres, que son las trasportadoras de las casas y del ajuar doméstico de ellas, menage de cocina, estacas y esteras de la casa. Como estas pobres tienen la incumbencia de conducir el equipaje doméstico, gozan en las transmigraciones, el privilejio de arreglar las marchas, y medir las jornadas. Luego que alguna se cansa arroja la carga al suelo, y á su ejemplo las demás cargadoras se previenen la portátil, fijando su estacamento contra los vientos.

Mientras las laboriosas transportadoras, convertidas en arquitectas, entienden en levantar casas, y aderezar la comida, los maridos ejercitan el oficio de mirones tendidos sobre el suelo, mirando y remirando á sus consortes afanar con tantas operaciones, sin que el corazon se les mueva á ayudarlas en cosa alguna, menos en comer hasta hartarse, sobre ó no sobre para la muger y los hijos. A esta causa, como ellas tienen en los caminos la incumbencia de tantos afanes, son las jornadas muy limitadas, y á penas si avanza á cuarto de legua por dia, y á veces menos á discrecion de ellas, que todo lo hacen y deshacen, todo lo disponen y ordenan en estas transmigraciones.

En una de ellas acompañó el padre Pedro Romero, insigne misionero, y venerable mártir de Cristo, al cacique de los guaicurutis. Caminaba don Juan (que así se llamaba) á su nativo suelo con la comitiva de toda su parcialidad, hombres, mujeres y niños. En mes y medio se avanzaron siete leguas; y no bastaria medio año para llegar al término deseado: tanta morosidad y detencion hacian necesaria los ejercicios, y afanes de las infelices

guaycurutís; porque estas miserables nacidas para esclavos y jumentos de sus maridos, todas las mañanas tenian la incumbencia de desarmar las casas (si este nombre merecen) de cargarlas á cuestas con sus hijos, y ajuar doméstico de transportarlas de un sitio á otro, de clavar las estacas, de afianzar las esteras, y de mudar y remudarlas, segun pedia la inconstante volubilidad de los vientos.

En medio de tantos afanes les quedaba aliento á los guaycurutis para reñir la mejoria de los sitios, disputando el lugar á fuerza de golpes y araños. Costaba no poca sangre de una y otra parte, al fin quedaba el sitio por la que perseveraba en el palenque, dispuesta á dar y recibir mayores golpes. Entretanto los maridos no se empeñaban en la defensa de sus consortes, complaciándose de verlas reñir, y gloriarse de mereeer mujeres, tan valerosas que por mejorar sitio para el estacamiento se exponian á la bateria de tantos golpes, No siempre la autoridad y respeto del misionero podia embarazar tan reñidas alteraciones; pero cuando se hallaba presente, mediaba su respetable santidad, y componia las partes señalando á cada una sitio competente.

Con tanta lentitud, y morosidad tan pesada, procedian los guaycurutis en la vuelta á sus tierras, y con la misma y mayor se mueven las demás naciones en sus transmigraciones. Para ellos todos los sitios son apropósito para levantar ciudad portátil, y en todas hallan oportunidad para demorarse algunos dias, manteniéndose de la caza y pesca, que proveyó liberal la naturaleza en todas partes. Como el buscar alimento es la causa de sus peregrinaciones, mientras no escasea en el lugar que ocupan á diligencia del arco y flecha, se detienen algun tiempo en sus estaciones, hasta que la carestia obliga á mudar los reales y fijar habitacion en otra parte.

Los payaguas y otras naciones que consumió el tiempo, y perdieron el nombre con la mezcla de generaciones, mas eran acuátiles que terrestres, vagamundas por los rios que subian, y cruzaban á discrecion de su an-

tojo y libertad. Los payaguas usan canoas y embarcaciones ligerísimas, que impelen á fuerza de brazos, con agilidad tan extraordinaria, que ningun vaso á remo y vela puede dar alcance. Son piratas de los rios en donde previenen celadas para saltear los navegantes. Cuando se ven acometidos y temen algun asalto, se meten en el agua con los arcós armados para flechar al enemigo, y zambulliéndose al fondo, evitan el tiro de la bala. Es increible lo que perseveran bajo del agua, y algunos creén que usan el artificio de cañutos largos que sobresalen del agua para facilitar la respiracion.

La religion, que no es agena de gentes las mas bárbaras entre los americanos de estas tres provincias, apenas mereció algun cuidado y desvelo. Pocas naciones tuvieron ídolos y adoratorios en que ofrecer sacrificios y quemar inciensos. Hácia la parte mas meridional del Tucuman se hallaron algunos ídolos, cuyos templos eran viles chozuelas propias del númen que los ocupaba, y expresion del bajo concepto en que los tenian sus adoradores.

Los calchaquis eran al parecer mas supersticiosos; al trueno y al rayo adoraban por dioses, y les tenian levantados templos y chozuelas, cuya interior circunferencia rodeaban con varas rociadas con sangre del carnero de la tierra y las llevaban á sus casas y sembrados, prometiéndose de su virtud, contraida á la presencia del Númen, toda felicidad y abundancia.

No eran tan frecuentes los ídolos hácia el Rio de la Plata y Tucuman; pero se hallaron algunos cuyos templos eran visitados con romerias y profanados con sacrificios de sangre humana. El autor de la Argentina, á distancia de algunas leguas de los Xarayes, describe un enorme culebron monstruoso espantable, que adoraban los naturales con acatamiento y aplacaban con sacrificios, para lo cual diseña un lugarejo, ó ciudad de ocho mil vecinos, numerados por los hogares. El medio de la poblacion ocupaba la plaza, en cuyo centro sobresalia un

palenque que hacia oficio de cárcel para sujetar el monstruo, y de adoratorio en que le tributaban sacrificios los naturales y vecinos que concurrian en gran número á consultar sus dudas, y oir las respuestas del Númen.

Cebado con sangre humana, obligaba sus devotos á la guerra para sustentar su insaciable voracidad con los cautivos, y hartarse con sangre de prisioneros. Propio carácter del infernal dragon, juntar á las presunciones de divino el atributo de tirano, y el epíteto de caribe. Este suceso referido en pluma de Ruiz Diaz de Guzman, merece el crédito que se da á los que escriben, no como testigos oculares, sino por relacion de soldados que á las veces finjen monstruos de horror para mostrarse héroes de valentía en su vencimiento, especialmente porque este suceso no se refiere en los comentarios de Alvar Nuñez, caudillo de la jornada. De ellos consta que los españoles de su comitiva quemaron algunos ídolos, monstruosos espantables, que no acababan de admirar la paciencia de sus dioses en dejarse convertir en cenizas.

Algunas razas de estas gentes, en tiempo de calamidad y cuando habian de salir á guerras, instituian rogativas y multiplicaban sacrificios para aplacar su Númen, que juzgaban irritado, esperando que reconciliado con las víctimas los libraria de la opresion que padecian, y daria victoria contra los enemigos que les amenazaban. No consta hasta donde se estendia el poder de sus dioses; pero es bastante averiguado que olvidando al universal hacedor de todas las cosas, partian la divinidad entre sus ídolos, y que á los unos concedian poder sobre las tempestades, ó sementeras, á otros sobre las enfermedades ó guerras.

Los guaranís conocieron á Tupá por conservador de la nacion en el universal diluvio; pero no edificaron templo en que adorarle, ni levantaron aras para los sacrificios. Los mocobís á las cabrillas, esto es á su Gdoapidalgatí, á quien veneraban como criador y padre, y jamás levantaron adoratorio, contentos con festejar su descubrimiento con algazara y gritería. Es para mí

creible que ni los guaranís en Tupá, ni los mocobíes en Gdoapidalgatí, ni otras naciones en algunos astros y constelaciones, cuyo descubrimiento celebraban, reconocian alguna deidad y supremo númén, y solo confesaban un bienhechor de la nacion, á quien correspondian con agradecimiento y pagaban los beneficios, que juzgaban haber recibido, con la memoria y recuerdo de ellos.

Yo no sé que idea tan bárbara formaban sobre los astros, planetas y constelaciones, ni cuál era el reconocimiento con que correspondian á su lucidez é influencias. Quién no admira las locuras y desvaríos con que los guaycurús celebran la luna nueva, y el descubrimiento de las cabrillas? salen de sus chozas con formidables palos en las manos, sacuden frecuentemente las esteras, vocean, gritan y levantan el alarido con alegria y confusion, prometiéndose toda felicidad y dicha. Lo mismo hacen cuando se levanta algun turbion de viento ó agua: salen animosos á provocar la tempestad y á los demonios que juzgan venir en ella, conjurados á destruir toda la nacion de los guaycurús. Mientras la tormenta prosigue desarmada, prosiguen ellos armados contra la tempestad, hasta que se desvanecen las nubes, quedando ellos en la vana presuncion de que los diablos, temerosos de sus armas, huyen á sepultarse en los abismos.

Mas para temida era una ralea de fingidos demonios, que se predicaban árbitros de las tempestades, rayos, tormentas, rios, inundaciones, pestes y muertes. Estos eran unos hombres astutos y parleros, demonios vivos y visibles, que tenian mucho séquito y aceptacion entre estas gentes. No sucedia mal, ni desgracia, que no la clamoreasen efecto de su enojo y venganza: no habia prosperidad ni dicha de que no se predicasen autores, amenazando con las unas, y prometiendo con las otras á su arbitrio, segun el mérito de cada uno. Estos son los que llaman hechiceros, familiares del diablo y herederos de sus embustes; gremio autorizado por el poder que se apropian y temibles por los males que amenazan.

Algunos autores, llevados de la innata propension de

amenizar sus historias con novedades inauditas, describen los embustes de estos fingidos hombres como hechicerías, y á los que son puros engañadores los hacen familiares y privados del diablo. Algun otro muy raro, apenas uno entre ciento, habrá de esta infernal casta de verdaderos hechiceros; los demás, que asientan plaza de tales, con capa y velo de cursantes en la escuela del demonio, son finísimos embusteros, tan engañados en sí, como engañadores de los otros. Esto, que sucedia en tiempos pasados, se experimenta en los presentes: muchos se fingen hechiceros, llevan yerbas, cargan iman, erutan imprecaciones, amenazan con maleficios, y con segura impunidad confiesan haber hecho daño, muerto y maleficiado á muchos; pero, averiguada la verdad, todo es mentira y engaño.

Oberá, cuyo nombre significa resplandor, cacique Paraná, es sin duda uno de los mas famosos hechiceros de que se pueden gloriar sus patrones para convencer el intento. Llámase libertador de la nacion guaraní, unigénito de Dios Padre, nacido de una vírgen sin comunicacion de varon, plenipotenciario de Dios con sus poderes y facultades para convertir en utilidad de los indios todas las criaturas. La señal que principalmente habia de usar para libertar su escogido pueblo, era un luminoso cometa, que esos dias se dejó ver, y lo tenia reservado para convertirlo contra los españoles. Estos y semejantes dislates le granjearon secuaces y crédito de famoso hechicero y veneracion de divino.

A Oberá fué muy semejante otro indio del Huybay, ministro insigne de Satanás, adorado de las vecindades, pero tan poco afortunado en la pluma de un escritor, que lo canoniza de nigromántico, y de respiracion tan pestilente, que inficionaba el aire, y con sus palabras adormecía los corazones. Á los dos se parecia mucho, y aún exedia aquel famoso hechicero, que por la vía del Brasil, remaneció en el pueblo de San Ignacio en el Guayrá. Vestía hábito talar blanco: la mano ocupaba una espantosa calavera, con uñas de venado dentro que hacian ruido,

y un son descompasado que seguian los piés bailando. Con solo el aliento de su boca (qué pestilento seria) amenazaba estragos y muertes á los que, postrados de rodillas, no le rindiesen adoraciones.

Los protectores de hechiceros, con poco trabajo pueden aglomerar otros muchos ejemplares que comprueben mas abundantemente su asunto. Sobre tantas historias, alegarán lo temida que es esta ralea de familiares del demonio, por los males que causan; las veces que á vista y oído de todo un pueblo se les aparece el príncipe de las tinieblas en figura de negrillo, ó de algun feroz animal, y tal vez en traje jugueton y placentero, conversando con ellos y comunicándoles arcanos reservados y futuros contingentes, que exeden la humana penetracion. No es de omitir que algunos se hicieron adorar y quemar incienso, subiendo por fortuna de diabólicos á deificios, con suprema potestad de soberania, para desquiciar cielos, trastornar el orbe y pervertir los estatutos inalterables de la naturaleza.

Estos ejemplares y razones tuvieran toda eficacia y solidez, si entre el dicho y el hecho no se reconociera una distancia suma, á veces incompatible con la verdad. No se puede negar, que estos indios parleros, con nombres de familiares del diablo, blasonan grandes poderes sobre los cielos y elementos: se precian de visionarios, dicen que han visto al demonio en traje de negrillo y con apariencia y figura de tigre ó de leon, y adelantan que les comunica arcanos, ya ominosos y terribles, ya prósperos y felices. Pero no hablan ellos el Evangelio, para que ciegamente cautivemos el entendimiento en obsequio de unos hombres que viven de lo que mienten, y mienten para tener de qué vivir.

Todas las amenazas de Oberá, con el resplandor de su nombre, los elementos que habia de conmover contra los españoles en favor de los indios, el cometa, que era la señal con que habia de libertar sus amados guaranís, tuvieron el fin lamentable de quedar su numeroso ejército roto y deshecho, los indios muertos, prisionero el sumo

sacerdote que perfumaba con inciensos, y el mismo Dios Oberá (á quien al parecer amenazaba fatalidades el cometa) fugitivo por los montes, sin sacerdote que le aplacase, sin escolta que le acompañase, lleno de pavor y miedo, temiendo á pocos españoles los cuales penetraron altamente, que Oberá, con título y fama de hechichero, era tan famoso engañador, tan débil y flaco que no se atrevió á salir á campaña por no quedar muerto ó prisionero.

Mayor desengaño ofrece el hechicero del Huybay; convertido á Dios por la predicacion de dos insignes misioneros jesuitas, confesó delante de todo el pueblo, que sus palabras eran puras ficciones, y que no tenia otra mira que la de engañarlos y atemorizarlos con amenazas, para que libremente le franqueasen cuantas mugeres codiciaba su apetito. Este sin duda era el fin principal de Oberá: mantenia numeroso serrallo de concubinas, conseguidas con la violencia y amenazas, y á impulsos de sus retos. Desenfrenado en extremo en liviandez, solo admitia en su privanza á los que aplaudian la soltura de costumbres, y le entretenian con cantares lascivos y bailes indecentes. A las veces, depuesto el sobrecejo de soberano Númen y respetable deidad, cantaba y bailaba placentero entre sus concubinas.

Este era tambien el ejercicio del hechichero brasileño que penetró al Guayrá. Al son descompasado que hacían las uñas dentro de la calavera, bailaba, brincaba con agilidad increible, soplando fuertemente el aire, y provocando los rayos y tempestades contra los que le hiciesen oposicion. El fiscal del pueblo de San Ignacio, despreciando sus amenazas, le cogió y puso un par de grillos, y en presencia de todo el pueblo descargó cien azotes sobre el fingido númen y verdadero embustero. A los primeros golpes, no soy yo Dios, dijo, sino un pobre indio como los demás, y ningun poder tengo para dañar ni causar mal alguno. No satisfechos los ignacianos con la confesion del reo, los dos inmediatos dias repitieron el

castigo de los saludables azotes, y humillaron su altiva presuncion.

No una, sino muchas veces, ha salido bien la experiencia de los azotes, ya sea porque la vejacion dá entendimiento, ya sea porque el engañador descubierto, y descifrada la doblez de sus procederes, pierde la esperanza de ser creí-do, y de hallar entrada en quien penetró sus enredos.

Lo cierto es que un verdadero hechicero echa verdaderas raíces en la iniquidad: la sombra de divinidad afectada, el suave olor de los perfumes, el ver hincados con humildes adoraciones los pueblos y las naciones, el tener serviciales al placer y gusto del paladar, el ser árbitros de voluntades agenas con el atractivo de los bienes que se prometen y con el asombro que infunde el mal que se amenaza, son raíces tan profundas, que no las desarraiga una azadonada superficial y somera.

De esto tenemos muchos ejemplares en los anales de la provincia, y en estas fuentes se nos franquean las puras aguas del desengaño en boca de los mismos hechiceros. Cuando se convierten á Dios por la predicacion de misioneros evangélicos, confiesan ingénuamente su engaño, y descubren con sinceridad sus invenciones, ó para hacerse temidos y respetables, ó para salir con sus diabólicas pretensiones. Es singular en este punto el artificio que usan, capaz de sorprender la incauta sinceridad de los indios y de prevenir la sagaz penetracion de los españoles.

Estos hechiceros tienen por lo comun dos ó tres familiares cómplices de su iniquidad, terceros de sus artificios, y diestros de las voces y bramidos de animales. Ligados con el sacramento del sigilo, no descubren la verdad, so pena de privacion de oficio, y de malograr el estipendio y gajes de la mesa capitular. Cuando llega el caso en que el hechicero ha de consultar al diablo, como ellos dicen, sus familiares, que hacen el oficio de sacristanes y sacerdotes, se ocultan en algun monte, en cuya ceja se previene de antemano alguna chozuela, que hace las veces de trípode, y el oficio de locutorio

Para el dia prevenido se junta el pueblo; pero no se le permite acercarse, para que no descubra el engaño, y quede confirmado en su vano error y ciega presuncion. El hechicero bien bebido, y alegre con los espíritus ardientes de la chicha, saltando y brincando junto á la chozuela, invoca al diablo para que venga á visitar al pueblo, y revelarle los arcanos futuros. Cuando todos están en espectacion aguardando la venida del demonio, resuenan por el monte los sacristanes y sacerdotes disfrazados con pieles, disimulando los bramidos del tigre, y voces de los animales. En este traje, que el pueblo no discierne por estar algo retirado, entran en la chozuela, y aquí del diablo y sus sacristanes. Estos, con grande confusion y behetria infernal, imitando siempre las expresiones de animales, empiezan á erutar profecias, y trocar vaticinios sobre el asunto que desean los circunstantes.

De la boca de ellos pasa á la del hechicero, y este con grandes gestos, arqueando las cejas con espantosos visajes, propala al pueblo los pronósticos y vaticinios. El pueblo, vulgo incapaz de reflexion ni exámen, arrebatado de ciega persuasion, los admite como oráculos del diablo, quedando en error casi invencible, de que el diablo es quien habla al hechicero, y que éste es fiel relator de sus predicciones. Este es el orígen admitido entre los indios, y abrazado entre los escritores, de las operaciones diabólicas, y de los fingidos hechiceros. Este es el fundamento de aquel terror pánico que tienen los indios de acercarse á la chozuela, y trípode, recelando insultos feroces y desapiadados acometimientos del tigre, cuyos bramidos imitan los sacristanes sus familiares, para persuadir al vulgo, que es demonio transfigurado en infernal bestia el que los habla.

Singular es el uso que experimentó cuatro años hace uno de nuestros misioneros: faltaron un dia casi todos los indios del pueblo, el cual estaba tan en los principios, que ningun adulto habia recibido el bautismo. Suspiraban todavia por las cebollas de Egipto; y á escondi-

das del misionero renovaban el ejercicio de sus antigüedades. A la mañana advirtió el padre que era pastor sin ovejas, y que estas se habian ausentado, menos un viejo á quien los años privilegiaron de emprender largas romerias: de él se informó, y supo que los catecúmenos, se habian retirado á consultar á los diablos.

Pues yo tengo de ir, dijo el misionero, á ver vuestro diablo, y espantarlo para que no vuelva otra vez. No vayas, padre, replicó el anciano, no vayas, porque es muy bravo y te ha de matar. Nosotros no nos atrevemos á llegar, y solo al hechicero es permitido acercarse para hablarle, y recibir sus respuestas. Yo tengo de ir sin remedio, añadió el misionero: vuestro diablo es muy flaco y mas teme él á mí que yo á él, y si no me teme, por qué huye de mi presencia? En esto se puso en camino y se encontró con los indios, que estaban á la ceja de un monte, algo apartado de la palizada y chozuela, donde el fingido demonio daba sus oráculos, y los recibia el hechicero.

Los indios movidos á compasion, intentaron contener al padre, y temiendo que le matase el diablo, esforzaron sus razones para atemorizarle. Pero el misionero animado con los espíritus que infunde el celo santo, se arrimó á la chozuela, y encontró, que ¿al demonio? nada menos; al indio autorizado con nombre de hechicero y dos familiares suyos, que ahullaban, y bramaban á guisa de animales feroces, y con espantosas pero disimuladas voces, amenazaban castigos, y pronosticaban futuros contingentes. Tanto artificio cabe en la tosca capacidad de un indio, cuando al apetito de mandar se le junta alguna sombra de divinidad.

Lo estraño y particular es que, cuando tienen á la vista el desengaño, no se persuaden que el que se finge diablo y hechicero es un indio comun, y solo singular en exceder á los demas en artificios y engaños. Ha sucedido hallarse presente uno de nuestros misioneros, en circunstancias que salió el fingido diablo, y verdadero indio de la chozuela. Conociéndole el padre, por mas que esfor-

zó sus razones para persuadir al pueblo, que no era el demonio sinó fulano indio, que todos conocian, nunca los pudo convencer. Respondieron que era el demonio con ciega obstinacion y que así lo creian ellos, y por tal lo tenían. Rara ceguedad! admitir creencia contra el experimento ocular, calificando demonio al que ven y conocen ser indio como todos.

Entretanto, estos embusteros con sus engaños, se hacian mirar con acatamiento de dioses de la tierra: eran respetados como árbitros del mal y del bien, de la vida y de la muerte, con supremo poder sobre el cielo, sobre los elementos, sobre todo viviente y ser criado: elevados á tan sublime gerarquía, gozaban indiferentemente cuantas mugeres apetecia el desenfreno licencioso de su soltura; tenían serviciales obsequiosos, que de la pesca y caza le regalaban, y sin expensas ni gastos sustentaban el serrallo;—sus palabras falsas ó verdaderas, eran atendidas como oráculos, cuya inteligencia pendia de los sucesos venideros, nunca bien penetrados del vulgo cuando falsos, pero siempre interpretados por los doctores de la ley en su sentido.

Estos mismos hechiceros ejercian el arte de la medicina, y eran en las curaciones tan engañosos, como engañadores en sus hechicerias. Todos los preceptos galénicos ceñían á la breve práctica de chupar, y por eso los autores los califican con el nombre de chupadores. Cuando la necesidad los llama para algun enfermo, presto se previenen de medicinas, y en todas partes hallan botica surtida, que les ministra cuanto necesitan para el ejercicio de su facultad; un palito, una piedrezuela, una espina, un inmundo gusano, que alzan del suelo y ocultan en la boca, es el sánalo todo, y es todo el aparato de sus simples y mixtos; medicina á la verdad inocente, no mala para todas las enfermedades, porque, aunque no tiene el privilegio de sanar, goza la prerogativa de no agravar la dolencia.

Llegados á la chozuela del enfermo, entran haciendo espantosos visajes, hinchando de viento los carrillos y

soplando fuertemente al aire. Como no entienden de pulso, y la aplicacion de la medicina se ha de hacer sobre la parte dolorida, preguntando que es lo que le duele al enfermo, luego aplican la boca y chupan la parte lesa con increible vehemencia.

Aquí empiezan los gestos, aquí el expeler entre hastirios y espumarajos el palito, la piedrezuela, la espina y gusano, que de antemano previenen segun las precauciones del arte de chupar. Cómo habia de descansar, dicen, este pobre enfermo, cómo no se habia de aflijir, cómo no se habia de quejar si este gusano le roia, si esta espina le picaba, si este palito y piedra se le entró en las carnes vivas. Ahora se aliviará el enfermo, porque cesando la causa que aflije, se remite el dolor que mortifica.

Concluido el oficio de chupador, prosigue el ejercicio de recetar. Esto es mas universal, y se estiende á los sanos y parientes del enfermo, ordenando á todos severísima abstinencia de algunos manjares y comidas para que el enfermo mejore con el ayuno de los sanos. Si la enfermedad cede á los esfuerzos de la naturaleza, y el doliente cobra salud, todos los aplausos se los lleva el chupador, y adquiere grandes créditos y estimacion. Pero si la naturaleza se rinde á la enfermedad, y muere el paciente, la culpa toda recae sobre los miserables parientes, cuyos ayunos fueron infructuosa penitencia por la salud del enfermo.

Entre los pampas, que son los antiguos querandís, sucedia muy al contrario. Cuando moria el enfermo, la culpa toda se echaba al médico, y los parientes quedaban persuadidos que moria maleficiado del curandero, y que éste debia pagar el homicidio ageno con la muerte propia: conjurados en su ruina los parientes, noche y dia velaban sobre el mal médico, y no descansaban hasta vengar la cólera con la sangre del chupador poco inteligente en los principios del arte, y estremadamente desgraciado en el ejercicio de su profesion.

No obstante esta inviolable y tiránica ley, apenas

muere un profesor de medicina, cuandó se declara otro doctor en la facultad y toma el oficio de curandero con peligro de morir la primera vez que lo ejercite con desgracia.

Entre los lules, en lugar de los chupadores, tenian los que llamaban sagadores, por el ejercicio de sajar la parte dolorida.

Era entre ellos persuasion, que todas las enfermedades, á excepcion de las viruelas, procedian del Ayacuá. Es el Ayacuá, en sentir de ellos, el gorgojo del campo, y aunque pequeño de cuerpo, camina armado de arco y flechas de piedras. Es diestrísimo certero: acesta y despide la flecha, donde quiere, á quien quiere, y de sus tiros y flechas proceden las enfermedades que matan y el dolor que aflije. Con este Ayacuá tienen trato familiar los curanderos, y de su comunicacion aprenden á labrar flechas semejantes á las del Ayacuá, y á sajar la parte dolorida. Chupan luego la sangre, y arrojan luego la flecha que llevan prevenida en la boca, y con un razonamiento semejante al de los otros chupadores, y un plato de comida en prueba de su trabajo, se vuelven muy presumidos á su casa.

Están tan obstinados en esta persuasion, que no se dejan convencer de razones, ni dan lugar al desengaño. Enfermó de mal de oidos un muchacho, y el misionero le aplicó algunos remedios, y pensando que con ellos hubiese mejorado, á la mañana preguntó al padre del enfermo, como habia pasado su hijo, y si el dolor se le habia mitigado. A! padre, respondió, mi hijo lo ha pasado en un grito continuo suspirando y gimiendo sin poder sosegar. Ni como era posible otra cosa, teniendo los oidos llenos de las flechas del Ayacuá.—Por el error entronizado de un corto entendimiento que no admite razones, prevalece el error contra la ocular experiencia.

Supersticiosos en las curas, no lo eran menos en los entierros y funerales de sus difuntos. Entre los guaranís, si el difunto era persona principal ó cacique, la mujer

se despeñaba con espantosos alaridos. Si no era de tanta distincion, se desgreñaba los cabellos, y abrazaba con el yerto cadáver, cantando en tristes endechas las proezas y valentias del marido. Los antiguos charruas, en la muerte de sus parientes, se cortaban un artéjo de los dedos, sucediendo á veces, que en edad provecta, carecian de artículos, y se inhabilitaban para el ejercicio de las armas. Los mocobies, en señal de luto, se trasquilan, con alguna diferencia, segun son diferentes los grados de parentesco que tienen con el difunto. Los isistinés no se rascan la cabeza con el dedo, temiendo que se pondrian calvos, y que no les saldria el pelo en aquella parte que llegaron á tocar con los dedos.

Era comun en casi todas las naciones, señalar plañideras, que con lúgubres aullidos y lágrimas fingidas por algunos meses, y aún años, lamentaban la desgracia del difunto, recordando á los vivos las hazañas del muerto; incumbencia propia de los parientes, y á veces de algunos estraños, que alquilaban sus lágrimas por el interés de algunas alhajas del difunto. Al cadáver, sentado sobre una silleta ó taburete, pintaban toscamente algunas naciones. Otras lo cubrian con mantas y plumages para que decentemente y sin rubor pareciese en la otra vida. Los naturales del valle de Lóndres en Calchaqui, con supersticiosa observancia, abrian á sus difuntos los ojos que cerró la muerte, para descubrir el camino que guia á la region de los muertos.

Al rededor de la sepultura, ó dentro, ponian el arco, las flechas, ollas y cascos de calabazo, que por acá llaman mates, con alguna porcion de comida y chicha. El arco y las flechas, dicen unos, que es para que el alma se defienda de los acometimientos y asaltos de sus enemigos, añaden otros, que para que tengan con que cazar y no muera de hambre, acabando el repuesto de maiz, y chicha. Las ollas para cocinar: y porque no falte fuego, es costumbre de algunas naciones, dar la superintendencia á algunas de las plañideras, para que diariamente cuide de cevarlo. El calabazo, sirve para al-

zar agua y refrigerar el bochorno que se origina de la opresion de la sepultura.

Un sepulcro bien circunstanciado descubrieron nuestros exploradores de la costa de Magallanes, á pocas leguas de la Bahía de San Julian. Era de figura redonda, piramidal, tejido de ramas, las cuales afianzaban para mayor seguridad con cordones de lana de diferentes colores. Al rededor de la casa sobresalian seis banderas de un tejido de lana, azul, colorada y blanca, atadas sobre varejones largos, de tres para cuatro varas. A trechos, estaban repartidos cinco caballos muertos, cuyos cueros ó pieles, estaban llenos de paja, clavados en tierra con otros horcones por el pescuezo, por el vientre, por la cola; hácia la estremidad piramidal remataba la casa, y coronaba una como veleta de trapo, semejante al de las banderillas, asegurado con una faja, para que no lo desprendiese el viento; sobre la estremidad, pendian de un palo á discrecion de los vientos, ocho borlas de lana musca.

Lo interior de la chozuela mausolea índica, ocupaban dos telas de listadillo, tendidas sobre el pavimento, que servian para cubrir el cuerpo de un indio y dos indias tan recientes, que aún tenian carne y pelo en la cabeza. Discurríase largamente sobre el mausoleo, y resolvieron nuestros misioneros que no siendo habitable la costa, el sepulcro no podia ser de paisanos connaturalizados en el terreno. Que se descubrieron veredas, que de lo interior del país, tiraban á una laguna de sal que habian descubierto. Y que lo natural era que aquel indio, viniendo en busca de sal habia muerto en aquel sitio, á donde los compañeros le levantaron aquel honrado sepulcro tan coronado de banderillas, gallardetes y borlas, que indicaba haberse erigido en memoria de algun príncipe ó cacique de la nacion. Los caballos rellenos de paja y levantados sobre estacas segun el uso de las gentes de á caballo que acostumbraban hacer así: y las mugeres para que les sirviesen en la otra vida y le suministrasen lo necesario.

Este estilo y costumbre de algunas naciones en la muerte de sus principales y parientes inmediatos: las mugeres siguen á sus maridos: los parientes á sus mas inmediatos, y algunos vasallos á sus caciques; especialmente las viejas como inútiles en este mundo, á la primera noticia de la muerte del cacique y primogénito suyo se quitan la vida para servirlos y que no desfallezcan de hambre y sed, por falta de quien les suministre lo necesario. Ceremonia indispensable y argumento de fidelidad y cariño con sus consortes, el de las mugeres con sus maridos, y en los vasallos con sus capitanes ó caciques, tan radicados en este gentílico rito y tan religiosos observantes, que se ofrecen voluntariamente á la muerte y la aceptan con alegre resignacion.

Así lo experimentó el venerable mártir de Cristo, padre Pedro Romero, en la muerte de la hija de Paurú, cacique de los guaycurús. Bautizóla el celoso misionero in artículo mortis, y no le costó poco el conseguir de sus padres que le dejasen administrar el Santo Sacramento que le habia de abrir las puertas del cielo. Pero bautizada; ya tú has hecho, dice Paurú, ya tú has hecho tu gusto en bautizarla, ahora tengo yo de hacerlo en enterrarla á nuestro modo y usanza. Hija de Dios es, replicó el padre, y no se ha de enterrar sinó en la casa de Dios, segun es costumbre de los cristianos. Gustoso vendria en ello, respondió Paurú, pero temo, y con razon temo, que mis vasallos me negarán la obediencia, y la inobservancia de nuestros ritos y ceremonias, convertirán en alzamiento y rebelion.

Un valenton, (todos son y presumen mucho) religioso celador de su envejecido ceremonial, erguido de cuello, con arrogante voz, empezó á perorar sobre la respetable antigüedad de los estilos guaycurús, pretendiendo con celo de racional observancia, conmover el vulgo contra el cacique transgresor de los estatutos municipales.

El padre Romero, con venerable autoridad, sosegó al valenton y á todos: tomó la palabra y dijo que no habian de matar á ninguno para el servicio de la cacica cristiana.

Al tiempo del entierro, que se hizo con eclesiástica pompa, una vieja movida á conmiseracion, rogó encarecidamente á un indio que le diese un macanazo, para ir al otro mundo á servir á su señora. Sin tardanza concedió á la peticion, celebrando con popular aplauso y festiva algazara el homicidio; alabaron todos la fidelidad de la vieja, y el obsequioso cariño con su caciquita.

A la noticia del padre, solo llegó, cuando, puestos en su presencia los indios, le rogaban que enterrase á la vieja con la hija de Paurú, para que le sirviese en la otra vida. Ella es, dicen, muy tierna, y como no sabe buscar el remedio de sus necesidades, la sed y el hambre la afligirán, y con la penuria y escasez de mantenimiento, perecerá desfallecida. Por lo cual te suplicamos, padre, que entierren á esta vieja con ella, para que esté pronta al socorro de sus necesidades. Eso es, respondió el padre, lo que no permitiré yo. La hija de Paurú es hija de Dios, y su alma entre los coros de los ángeles no necesita los servicios de esa vieja, cuya alma condenada á los infiernos experimenta en llamas abrasadoras las penas de su rebeldia y obstinacion en admitir la fé de Jesu-Cristo.

El misionero, inflexible á los ruegos de los indios, enterró la caciquita en la iglesia, y ellos la vieja en la sepultura de sus mayores con la solemnidad de sus gentílicos ritos. No se aquitaron con esto los escrupulosos observadores de las patrias costumbres. Tentaron repetidas veces robar la indiezuela y trasladar su cuerpo á la sepultura de la vieja, para que la inmediacion de los cuerpos sirviera á la compañia de las almas en la otra vida, y la una tuviera alivio de encontrar servidora para la eternidad, y la otra, el consuelo de haber sacrificado su amor y cariño en aras de la muerte para obsequiar á su natural señora.

Esta precaucion y otras semejantes que tomaban para la otra vida, es argumento de que ellos conocieron la inmortalidad del alma; pero la idea que de ella formaron, y el bosquejo que diseñaron, fué tan brutal y terreno,

como lo eran sus pensamientos. A la verdad, un alma concebida en bajezas, sin la luz de superiores especies, nunca puede formar plan arreglado de sus perfecciones, y es preciso yerre mucho, quien carece de regla que lo dirija. Persuadidos, pues, los indios que el alma goza fuero inmortal, y que no muere con la muerte del cuerpo, eternizan su duracion en el cielo entre las estrellas, ó en alguna region incógnita que ellos imaginan, y ellos solos lo alcanzan.

Una cosa al parecer es cierta, que la subida á las celestiales regiones no la admitan tan inmediata á la muerte que no concedieren al alma algunos años en este mundo, solazándose y divirtiéndose á su usanza, no visiblemente tratando y comunicando con los vivos, sinó invisiblemente tratando y comunicando, jugueteando como duendes y regocijándose alegremente en aquellos ejercicios que la divertian unida al cuerpo. En este estado las conciben glotonas y cazadoras, paseanderas, vagamundas, juguetonas y enemigas de sus enemigos. No alcanzo como se pueda formar la idea que ellos tenian del alma separada, sinó sobre el plan de lo que ellos son en vida.

A este fin, porque las hacen glotonas y borrachas, ponen sobre la sepultura las ordinarias viandas y llenan de chicha los calabazos. Y porque esta providencia es temporal y limitada, y las almas duraderas, sin límite ni término, libran el alimento de la eternidad en el arco y flechas, instrumentos venatorios que aseguran el mantenimiento en aquella region de espíritus vagamundos y cazadores. Estas mismas armas sirven al respeto para hacerse temibles á las naciones enemigas. El alma de un guaycurú cargada de arco y flecha, (así lo discurren ellos) hace estremecer en la region de los manes, y en resonando en las cavernas lúgubres, que es alma de guaycurú la que viene, tiemblan todas, se encojen de hombros y tiran á sepultarse.

No consta de sus tradiciones por donde subian sus

almas al cielo. Los mocobies fingian un árbol, que en su idioma llamaban Nalliagdigua, de altura tan desmedida, que llegaba desde la tierra al cielo. Por él, de rama en rama, ganando siempre mayor elevacion, subian las almas á pescar en un rio y lagunas muy grandes que abundaban de pescado regaladísimo. Pero un dia que el alma de una vieja no pudo pescar cosa alguna, y los pescadores le negaron el socorro de una limosna para su mantenimiento, se irritó tanto contra la nacion mocobí, que transfigurada en capiguará, tomó el ejercicio de roer el árbol por donde subian al cielo, y no desistió hasta derribarlo en tierra con increible sentimiento y daño irreparable de toda la nacion.

Los demas indios, aunque colocan las almas de sus difuntos entre los astros, no esplican por donde se les franquea el paso á las eternas moradas. Verosímilmente su grosero modo de concebir mezclará la seriedad respetable de una verdad tan clara con suposiciones ridículas y ficciones placenteras. Al parecer no tenian determinado lugar para suplicio de los delincuentes y castigo de los culpados: ó porque su ceguedad no les dejó abrir los ojos á una verdad, que nace y crece con el alma: ó porque entregados en esta vida á pensamientos alegres, no daban entrada á tristes imaginaciones. Lo cierto es que la creencia de los suplicios eternos se les hace muy cuesta arriba á los infieles. Los chiriguanos cuando se les proponen las llamas abrasadoras del infierno, responden con serenidad que ellos apartarán las brasas. Y lo que es mas, no pocas veces, en el confesionario, cuando se les amenaza que se condenarán, responden con gran satisfaccion: no se verá el diablo en ese espejo. Tanta es su cortedad, y tan limitada la capacidad de entendimiento para las cosas del cielo.

No son mas aventajados para las facultades y artes mecánicos. Obtusa el alma, y falta de nobles especies, no discurre, ni penetra, ni adelanta, ni se ocupa sino en lo visible que ceba los sentidos y sirve de pasto al apetito. Su tenacidad en lo que una vez aprehendieron, es rara: no

les convence la razon, ni la luz clara del medio dia basta para esclarecer su entendimiento, y desencastillarlos de sus erróneas aprehensiones. Así le sucedió á un indio catecúmeno á quien la muerte iba tan á losalcances, que se juzgaba no pasaría el dia inmediato sin pagar el tributo de la humana mortalidad. Como su muger era infiel, y obstinada en los gentílicos ritos, le persuadió que no se dejase bautizar, porque infaliblemente moriria; y le dió tan á pelo acenso á las razones de su consorte, que no hubo fuerzas en el misionero para persuadirle lo contrario.

Tentó este diferentes medios: alegó razones claras, le propuso variar congruencias para persuadirle que presto moria. No, respondió el indio, no estoy tan enfermo como dices: antes bien mañana estaré bueno, y podré caminar á melear en los bosques. No irás, respondió el padre, sinó á las penas eternas del infierno, si no abrazas la religion cristiana, y por medio del bautismo, que abre las puertas del cielo y cierra las puertas del infierno, no pones en cobro tu alma. No creas, dijo la muger, lo que dice este padre, porque si te ausentas al monte y no recibes el bautismo, jamas morirás: convirtióse el misionero á ella, y con razones claras procuró convencerla de su error. Tus padres y abuelos viven todavía ó ya murieron? Viven aun todavía, respondió ella, y no morirán en los montes. No es así, replicó el padre, muchos años hace que murieron, y faltan de este mundo, y ya de ellos no hay memoria. Verdad es, dijo la india, que murieron, pero no en los montes, sinó en esta reduccion. Engáñaste, replicó el misionero, nuevo es este pueblo, y ahora recien empieza á fundarse, y tus padres y abuelos muchos años hace que murieron. No por cierto, añadió la india, ellos fenecieron, y aseguro que fué en este pueblo. Ella se cerró tanto en esta su aprehension, y su marido en el dicho de ella, que murió en su infidelidad en el dia siguiente, y ella quedó confirmada en el errado dictámen de que su marido moría por haberse quedado en la reduccion.

Quien tanto yerra en materias palpables y visibles, y con tenacidad tan obstinada resiste á la luz de la razon, no es de extrañar yerre cuando levanta el pensamiento á objetos mas nobles, superiores á su tosca capacidad, y falta de principios para penetrar arcanos tan sublimes. Al eclipse del sol y luna, llaman muerte de estos hermosos planetas, presidentes inmortales del tiempo y gobernadores del universo. Los lules atribuyen el eclipse del sol á un pájaro grande que, desplegando sus alas, cubre el globo luminoso de su cuerpo. Los mocobies lo refunden en un asalto del demonio para comérselo, y por eso gritan, dejalá, (al sol tienen por muger) dejalá, compadécete de nuestra compañera, no nos la comas.

Estos nos han formado un agradable sistema del mundo, y por él se podría inferir el que idean las demas naciones. El cielo y la tierra hacen un solo cuerpo, pero tan inquieto y bullicioso, que le obligan á circular en perpetuo movimiento. Las estrellas tienen por árboles, cuyas hermosas ramas tejen de rayos lúcidos y brillos centellantes. Al crucero llaman Amnic, que quiere decir avestruz. A las estrellas que le circundan, Ipiogo, que significa perros. El misterio es, que estos perros siguen al avestruz para cazarle, y como este corre y corre mucho, aunque los perros le siguen no le alcanzan. Entre las estrellas confiesan alguna distincion; á una llaman pavos ó Dagadao: á otras quirquinchos, Natumanaé; á estas perdices, Nazalaó, y á las demas con otros nombres semejantes. Esto no es nuevo, pues la antigüedad, y antigüedad de muchos siglos atras, deriva hasta nuestros tiempos semejantes denominaciones, para distinguir los signos y explicar las constelaciones.

Lo particular es, que á la luna llaman Sidiaco, y juzgan que es hombre, cuyas sombras son sus tripas, que les sacan unos perros celestes cuando se eclipsa. En oposicion de luna los grandes piden á Sidiaco que les dé muger, y los muchachos á grandes gritos, tirándose las narices, le piden que se las alargue. Al sol conciben como muger, y le llaman Gdasoá, que significa compañera.

De él fingen algunas trágicas aventuras; una vez cayó del cielo, y enterneció tanto el corazon de un mocobí, que se ingenió para levantarlo, y lo amarró para que no volviese á caer. La misma fatalidad sucedió al cielo; pero los ingeniosos y los robustos mocobies, con puntas de palos, lo solevantaron y lo repusieron en sus ejes.

Segunda vez cayó el Sol, ó porque las ataduras no eran bastantemente robustas, ó porque el tiempo debilitó su fortaleza. Entónces fué cuando por todas partes corrieron inundaciones de fuego y llamas, que todo lo abrasaron y consumieron, árboles, plantas, animales y hombres. Pocos mocobies, para repararse de los incendios, se abismaron en los rios y lagunas, y se convirtieron en capiguaras y caimanes. Pero dos de ellos, marido y muger, buscaron asilo en la eminencia de un altísimo árbol, desde donde miraron correr rios de fuego, que inundaban la superficie de la tierra; pero impensadamente se arrebató para arriba una llamarada, que los chamuscó la cara, y convirtió en monos, de los cuales tuvo principio la especie de estos ridículos animales.

Así discurrian en materia de astronomía, y con poca diferencia en las otras facultades: la materia de los sucesos para la historia casi no tocaba en los tiempos pasados, y apenas salia de la vida y hazañas de los presentes. Algunas relaciones conservan los archivistas, que repetian cantando para refrescar la memoria de sus antigüedades, que confundia y ofuscaba con fabulosas novedades el analista relacionero. Este tenia la incumbencia de repetir al son de bárbaros instrumentos, las tradiciones de sus mayores, y de instruir á todos en las noticias para suplir su falta con el canto. A uno de estos que ocupaba una encrucijada, encontró el padre Diego Torres Bollo, que, al son de un atambor, repetia los sucesos mas memorables, desde el diluvio hasta los tiempos presentes.

Esta tradicion, en gentes que no cultivaban la memoria, ni usaban lápidas, geroglíficos, ni caractéres, no podia ser muy puntual, ni abrazar multitud de cosas. Tal

cual suceso muy memorable, corrompido con la alteracion que de suyo lleva el tiempo, y la fragilidad de la memoria, conservaban los relacionistas, y perpetuaban con el canto de su memoria. En lo demás los vasallos, echaban en perpétuo olvido, las hazañas de sus capitanes ó caciques, y los hijos las de sus mayores, y apenas se acordaban de las proezas de sus padres. Carta tengo del padre Juan Techo, escrita en Miraflores en diez y seis de Mayo de 1757, en que me dice, que habiendo preguntado á tres caciques de los oxistines y tonocotés sobre su orígen y hazañas de sus mayores, ninguno supo darle razon, ni aún de sus abuelos. Tan limitada es la tradicion de gentes incultas, cuando no coadyuva la escritura á conservar la memoria de los sucesos.

De las facultades mecánicas, solo tenian el no tenerlas, ni aún instrumentos para ejercitarlas. Sus canoas, sus dardos, sus macanas, sus arcos y flechas, trabajaban con ímproba laboriosidad. Al tronco que destinaban para canoa, pegaban fuego, que consumia las superfluidades, convirtiéndolas en cenizas y carbon, el cual desprenden á fuerza de golpes con pedernales de filo agudo, hasta llegar á materia sólida; volvian á pegar fuego, y á levantar el carbon formando, á fuerza de golpes, y con la actividad consumidora de la llama, aquella exterior figura y cavidad interior que ellos pretendian para el uso de la navegacion.

De la misma manera y con la misma prolijidad, trabajaban y pulian los dardos, las macanas, los arcos y flechas. El fuego gasta, y el pedernal desbasta los varejones, y cuando ya los tienen en el grosor y proporcion que desean, los pulen con delicada nimiedad, y los dejan tersos y lisos que no los aventajará el mas diestro oficial con sus gurvías y garlopas. Verdad es que necesitan meses para sus maniobras; pero donde sobra la pereza, y los instrumentos son ningunos, el tiempo y la paciencia coadyuvan á la perfeccion de las obras. Admiracion es, que génios brutales y que para nada tienen

tiempo, sinó para la inaccion, busquen pulidez en las armas, y gasten tiempo en perfeccionarlas.

Esto eran en su infidelidad: pero aleccionados en las manufacturas, aprenden los oficios cuanto basta á imitar con perfeccion el ejemplar, sin la gloria de inventores. El mas insigne maestro en la pintura y en la delicada escultura no podia gloriarse de haberle añadido al original un rasgo, ni pieza que le dé nueva y mas agradable hermosura. En lo que son singulares es en la imitacion: tan nímios, tan delicados y puntuales, á espensas de tiempo y paciencia, mirando y remirando una y muchas veces el prototipo, es que perfeccionan la obra. Vez ha habido en que la delicadeza se ingenió tanto para la viva imitacion, que no alcanzó la mas tildada observancia á discernir entre el ejemplar y retrato.

En la elocuencia y cultura de hablar se hallaron algunos, sueltos en sus dialectos, tersos en las palabras y persuasivos en los razonamientos. No abrian aulas ni disputaban maestros para la enseñanza de la juventud; pero cuando al mediano entendimiento se juntaba la penetracion del idioma y la verbosa locuacidad, perobaran con suavidad, y persuadian con eficacia. La voz comun, á los idiomas índicos, llama bárbaros, ásperos y defectuosos: los que, con estudio y aplicacion, penetran la arquitectura del artificio y propiedad para esplicarse, los califican de elegantes, espresivos y copiosos. Lo cierto es que abundan de voces, en lo natural, propias, en lo significativo, vivas, y en lo persuasivo, eficaces, ceñidas sin confusion, claras sin redundancias y magestuosas sin afectacion.

Un jesuita de esta provincia, docto, juicioso, de buenas letras y de erudicion no vulgar, se persuadió de que los idiomas índicos matrices eran de aquellos que Dios crió para el humano entendimiento, en la confusion de lenguas de la Torre de Babel, conservados tantos años de generacion en generacion, por la via y modo, que no ha llegado á nuestra noticia. Sea de esto lo que fuere, solo se pueden llamar bárbaros, ásperos y defectuosos,

por la falta de palabras y barbaridad de los indios criados sin estudio, sin cultivo, ni facundia. Pero esos mismos idiomas en los lábios de un elocuente y copioso de razones, son elegantes, son espresivos, son melosos y eficaces. La lengua castellana, es, sin duda, dulce, persuasiva y eficaz; pero en los lábios de un inculto labrador, áspero de génio, y de tosco entendimiento se viste de sus propiedades, ó se viste de moda segun el génio del que habla.

Esto nos pareció notar en lo comun de lás naciones americanas que habitan el Paraguay, Rio de la Plata y Tucuman. Lo mas particular se tocará á su tiempo y en su propio lugar. Por ahora nos llaman estas dilatadísimas provincias, de terreno á la verdad vastísimo, que la soberana providencia destinó para morada y habitacion de gentes tan bárbaras, y yo las reservo para materia de la segunda parte, en la cual hablaré de su calidad, árboles, plantas, rios, peces y animales.

PARTE SEGUNDA

SUMARIO

I. Cualidad en comun del país.—II. Cedros, palmas y pinos.—III.—Guayacan, quina-quina y Copayba.—IV. Sangre de drago, copal y aroma.—V. Varias especies de árboles.—VI. Piña-guembé y caraguatá.—VII. Pacobá, mburucuyá, caaycobé.—VIII. Caapebá, yerba y colmillo de víbora. –IX. Indice histórico-médico.—X. Rios y propiedades de sus aguas.—XI. Lagunas y sus propiedades.—XII. Animales de agua y peces.—XIII. Patos ó pájaros.—XIV. Las aves.—XV. Aves de canto.—XVI. Aves de raras propiedades.—XVII. Aves de hermosos colores.—XVIII. Aves de rapiña.—XIX. Animales terrestres.—XX. Animales ponzoñosos.—XXI. Plagas que infestan estas provincias.

La historia natural del Paraguay, Rio de la Plata y Tucuman, que abraza nuestra descripcion, ofrece á la vista y pone delante de los ojos, un tesoro de bellas noticias que pueden enriquecer el museo de los sábios, y entretener, con peregrinas novedades, la curiosidad mas insaciable. Verdad es, que el Supremo Hacedor, no depositó en el seno de estas provincias, ricas minas de oro, plata, diamantes y esmeraldas, cebo de la humana codicia: por lo menos su providencia no ha dispuesto, hasta el tiempo presente, que se descubran estos apreciables metales, escondiéndose, al parecer, de la humana codicia, tanto mas delincuente, cuanto mas se empeña en desenvolver los senos de la tierra.

Pero aunque el Soberano Autor, no se mostró tan libe-

ral en este punto como en otras provincias que nos rodean, atendiendo cuidadoso á su hermosura con una muy agradable perspectiva, y variedad admirable de peregrinos objetos, casi enteramente las ciñó de altísimas serranias y cordilleras, que empezando en la villa de San Jorge, en la capitania de Porto Seguro, se prolongan, á vista siempre del mar brasílico, hasta la embocadura del Rio de la Plata. Aquí cansada la naturaleza con la produccion de peñascos, tan disformes, toma huelgo hasta la opuesta ribera, desde donde vuelve otra vez á levantarse un cordon y cadena de serranías, que atraviesa el reino de Chile y Perú, y, con casi dos mil leguas de estènsion, se alarga hasta la gobernacion de Santa Marta.

Del tronco principal de estas cordilleras, arrancan diferentes ramas que se internan en varias partes á Tucuman y Paraguay, tales verdaderamente y de altura tan eminente, que los Alpes y Pirineos, no pueden justamente disputarles la elevacion. Se crée, con bastante fundamento, que en algunas partes, estos ramos de cordilleras, están penetrados de ricos metales; pero si en esta calidad no corresponde la realidad á la aprehension, por lo menos es cierto que sus senos son un rico depósito de las aguas que franquean sin esquivez, repartiéndolas con bastante equidad, en arroyuelos y rios que fecundan las riberas y se derraman por las campañas para alivio y refrigerio de los mortales.

El corazon de estos paises son campañas dilatadas con algunas elevaciones de terreno. A trechos se estienden por muchas leguas de espesos bosques, que embaraza al sol la comunicacion de la luz, con el travieso enlazamiento de unos árboles con otros, y mucha variedad de enredaderas, que suben desde el pié hasta la cumbre. En parte se divide el terreno en hermosas praderias, y dehesas, esmaltadas de verde, y revestidas de toda la variedad de vistosas flores, que lleva de suyo la mas lozana primavera. No es igualmente fecundo, y aun vicioso el terreno en todas partes: pero en la misma

desigualdad se descubre un argumento claro de la equidad divina, que compensa las ventajosas calidades que reparte á unas provincias, con las que dispensa liberal á otras.

Sin embargo de esta oculta compensacion en que Dios, con altísima providencia, procuró utilizar á todos, Paraguay y lo demas meridional del Tucuman, gozan de meollo mas pingüe y fuerte, ya sea por la cualidad del terreno, ya por las copiosas lluvias que le fertilizan. Los cedros se crian altísimos, y, algunos tan gruesos, que dos hombres tomados por las puntas de los dedos no pueden abarcarlos. Para la Iglesia del colegio de la Compañia de Salta, se derribó, años pasados uno tan desmedido y corpulento, que echado en el suelo, y puestos dos sobre el caballo, uno de un lado y otro de otro, no alcanzaban á verse. Los palmares de varias especies, y piñales diferentes de los de Europa, ocupan leguas enteras. Críanse los pinos altos, gruesos y derechos. Las ramas arrancan de seis en seis, y de siete en siete, al rededor de su tronco, ciñendo la circunferencia de mayor á menor, hasta rematar en figura piramidal, con estraña proporcion, igualdad y correspondencia. Sus piñones, mayores que los de Europa, utilizan á los naturales, á los monos, y puercos silvestres. Mayor utilidad tiene la medicina en el bálsamo que destilan, que los vivientes en los frutos que llevan. Por Setiembre, cuando el humor fermenta con los primeros ardores de la primavera, y toma vigor y fortaleza con la efervecencia, herido el tronco destila un jugo, al principio blanco y despues colorado, bueno para sanar heridas y preservar de pasmos y convulsiones.

Su madera es de las mejores que puede desear la escultura para el lucimiento y delicadeza. Es dócil á los instrumentos, se deja labrar fácilmente y sin resistencia admite cualquiera figura al gusto del diestro maestro y delicado estatuario. Como el corazon está penetrado de humor colorado, y con solo aplicar

la estatua al fuego, ó calor del fuego, transpira el jugo á la exterior superficie, y la barniza de purpureo encendido, con un esmalte natural que jamás pierde, y conserva siempre la pieza con lustre agradable y vistoso.

Otros pinos hay, hácia el Paraguay, cuyo fruto llaman los naturales Curibai, que quiere decir piñones de purga: son semejantes en la esterior contextura á los de Europa, pero muy diversos en los efectos. Porque el que los come en poco tiempo experimentará una tormenta interior, y tal conmocion de humores, que le harán prorrumpir en violentos vómitos, y copiosas evacuaciones, que limpian de la flema, y cólera y otras superfluidades de la humana mortalidad. Pero toda esta borrasca, y alteracion de inquietos humores serena casi instantáneamente un sorbo de vino ó un trago de agua caliente. Dicen algunos que estos piñones son el único remedio contra la gota: pero siendo tan fácil la medicina, y tantos los tocados de este penoso mal, no saldré fiador de su medicinal virtud, sino la confirman nuevos esperimentos.

El guayacan, que llaman, comunmente, palo santo, tan celebrado en la medicina por sus calidades sanativas, y apreciado para las fábricas y manufacturas, abundan en muchas partes de las tres especies conocidas en el mundo. Pero en tierras de guaycurús, al poniente del Paraguay, entre el Pilcomayo y Yabebiji, y tambien en algunos lugares del Chaco, se cria otra cuarta especie, que merece particular relacion.

Es árbol grueso, alto, resinoso, aromático y de madera fortísima. Las flores anaranjadas declinan en amarillas, y dentro encierran unas mariposas, que á su tiempo rompen la cárcel de flores, y salen de la cuna de su nacimiento á gozar aires mas frescos.

Su duracion es brevísima, y cuando presienten la vecindad de la muerte, se meten debajo de tierra, y mueren soterradas, y de lo interior de su cuerpecillo nace la planta del guayacan, pequeña al prin-

cipio, y despues grandeza desmedida. Esta generacion escribo sobre el dicho y autoridad de los indios, poco curiosos en indagar los arcanos de la naturaleza. Si es verdadera, se hace creible que las mariposas saquen consigo la natural simiente, y que esta necesite algun fomento de vivientes sensitivos, para que despues soterrada, se pongan en movimiento los órganos de vida con la agitacion, y empiece á crecer la planta con la atraccion de los jugos.

La quinaquina es sin duda uno de los árboles mas útiles á la vida humana, de cuyas propiedades tratan los botánicos. Críase en los valles de Salta y de Catamarca, de la provincia del Tucuman, y en las vecindades del Rio Negro, tributario del Uruguay por su márgen oriental. El fruto de la quinaquina son unas almendras especiales, y apreciables por su olor subido y confortativo; pero lo que mas se estima en este árbol, y lo que es mas útil á la salud del hombre, es su cáscara, la cual molida en polvos, y tomados en vino, aprovecha para espeler las fiebres intermitentes. Varios nombres dan á estos polvos. Al principio se llamaron polvos de la condesa, porque adolecia en Lima la señora condesa de Chinchon, Virreina del Perú, y los tomó con tan buen efecto, que luego esperimentó su virtud. La exelentísima enferma, en agradecimiento por la salud restablecida, repartió muchos de estos polvos con profusion de poderosa y liberal, y los que los recibian por lisonjear la mano bienhechora, empezaron á llamarlos polvos de la condesa.

Otros los apellidaban polvos de Loxa, porque de esa ciudad fueron traidos los que sanaron á la señora Vireyna del Perú. En Roma los honraron con el nombre del cardenal Juan de Lugo: en otras partes los llamaron polvos de los jesuítas, porque así estos como el doctísimo cardenal, grátis los repartian traidos de las Indias. Su nombre propio es quinaquina; pero si este hubiera de proporcionar fé con la virtud que

tienen, mas propiamente se podian llamar, polvos de salud.

Copaiba es árbol grueso, alto, frondoso, que se cria en los montes cercanos del rio Monday; destila el célebre bálsamo copaiba, apreciado en la medicina para heridas penetrantes y peligrosas. Al tiempo que este árbol empieza á desabrocharse en flores, y cuajar en frutos, se le dá un barreno, y por él franquea pródigamente este precioso licor. Solo en quince dias sin afan, sin gastos, ni cuidados, destila una buena asumbre, y los boticarios que lo recibieron grátis, lo guardan cuidadosamente en sus botes, para venderlo despues á subido precio.

Lo mismo sucede con la sangre de Drago, que denominan con nombre espantable para resaltar ó realzar el precio de un puro jugo de árbol. Los guaranís le llaman Caberá, y se cria muy alto y muy grueso á orillas de los rios y arroyuelos; sus flores al principio blanquecinas se tornan azules, y cuando están para marchitarse, se vuelven purpureas; su fruto es un cartucho que encierra la semilla envuelta en una pelusita semejante, y delicada como el algodon. En la provincia del Tucuman se llama Tipa. Su tronco es mas grueso y derecho, en lo demás se semeja al caberá de los guaranís. Pero, uno y otro en los meses de Julio y Agosto, sajado el tronco, destila por la incision copia de humor llamado sangre de Drago, y con mayor suavidad y mas propiamente el jugo del caberá.

El Copal es árbol alto, de madera blanca, sólida y buena para edificios, y se halla en nuestras misiones de guaranís; sus hojas lisas y delgadas, repartidas de seis por rama, cerradas y abiertas, gozan el privilegio de girar al sol. Los naturales le nombran Angui, y por la admirable eficacia de su bálsamo, le llaman Ibirapayé, que quiere decir, árbol de hechiceros. Las buenas calidades del bálsamo le hacen acreedor á nombre mas honorífico, y le podemos denominar mas propiamente

árbol milagroso, por los prodigios que obra en las curaciones y efectos de su natural virtud.

La comun opinion lo denomina bálsamo del Brasil, y sin duda, en la substancia, es el mismo, pero mejorado en el color por ser mas rúbio, y en la fragancia, por ser mas transcendiente. De esta suerte hay masculino y femenino, y se conoce en que el uno lleva fruto, y el otro se queda infecundo; pero ambos á competencia destilan el bálsamo, rico depósito de calidades salutíferas para varias enfermedades. Otro copal hay negro, menos grueso y menos alto, que destila el perfecto menjuí, y un bálsamo fragante y útil para varios usos en la medicina.

Aroma es árbol pequeño, y de menuda hoja, críase en la provincia del Tucuman, sin cultivo, ni riego, y el que fuera ornamento de los jardines europeos, concedió la naturaleza en grande abundancia á las campañas y faldas la de sierra en Tucuman. Sus ramos tiende con agradable proporcion, de mayor á menor, formando una copa vistosa. A trechos por las ramas, tiene repartidas fuertes y agudas espinas con que repara los insultos de los que se atreven á tocar sus flores.

Estas son á manera de estrellas formadas de hilos delgados como el cabello, que arrancan orbicularmente de un boton interior que ocupa el centro. El color es naranjado, algo oscuro al principio, y despues mas claro. El color y suavidad que exhalan las aromas, y con que perfuman los caminos y habitaciones (cuando el viento es favorable conductor de sus delicadas exalaciones) no tiene igual ni comparacion. Un solo aroma, en los mas célebres jardines de Versalles, se hará lugar entre las flores mas delicadas.

Si hubiera de proseguir, uno á uno, la narracion de todos los árboles, con dificultad podria concluir la historia. Hallándose los principales de Castilla, que aunque extraños y peregrinos, los ha prohijado como propios el terreno. Montes enteros se encuentran en partes diversas de duraznos, naranjos, limones, que lleva la tierra sin cultivo, y ofrece liberalmente á quien alarga la mano

para recojerlos. El árbol de la Isica y del incienso, el salsafra, el arrayan de varias especies y el sándalo colorado, que los indios llaman yuquiripey, el molle de Castilla y el natural, abundan en muchas partes.

De este último hay una especie que llaman molle bravo, digno de la curiosidad filosófica; críase árbol pequeño, y á veces crece á modo de matorral con algunos varejones gruesos, que arrancan de la raíz principal. En la primavera se cubre de hojas largas y angostas de color verde claro, y hácia su extremidad, sobresale una hinchazon ó ampolla, al principio de encendida grana, y despues de carmesí amortiguado. El centro de esta ampolla ocupa un pequeño gusano, que se nutre del humor resinoso de la misma hoja, hasta que tomando álas, rompe la puerta de su palacio y sale á tomar aires más benignos.

Es creible que sus próbidas madres conociendo que su tierna grey hallará nutrimiento competente en el jugo viscoso de las hojas, rompen con el aguijon la parte superior, y depositan en el mismo hoyo de la abertura sus huevos. Estos no los abandonan á las contingencias del tiempo: lo que sucederia si la puerta quedára abierta al impulso de los vientos que los sacudan: á las aguas que los desprendan y roben, y á los animalejos de rapiña que los arrebaten. Cierran, pues, la abertura con un boton de color pardo oscuro, menor que la cabeza de un alfiler, formado probablemente de algun licor que derramó la madre cuando rompió la puerta, en la parte superior de la hoja.

Cerrado el albergue maternal y asegurado el pequeñísimo huevo, contra los insultos de aguas y vientos, que otras madres no tan próbidas roban las semillas que destinó la naturaleza para la propagacion, con los ardores del sol es fomentado el huevo, y se anima dentro de aquel palacio tapizado de carmesí ó cárcel honrada, que lo aprisiona. Con el alimento crece poco á poco, toma cuerpo, y desprende sus alitas, y éstas le advierten que es nacido para volar. Pero como se halla cerrado, se

revuelve con inquietud hasta que rompe la sutil membrana de la hoja, y entonces sale, incierto y vagamundo, por los aires.

Aun es mas admirable la generacion de otro gusanillo que se cria dentro de los cocos, único fruto del mismo árbol; crece el coco al paso que el gusano, y parece que la naturaleza, próbida arquitecta de sus fábricas, dilata y extiende el domicilio á proporcion que crece y toma cuerpo el pequeño huésped. Yo he tenido la curiosidad de observar sus diferentes estados y en todos muda color mejorándolo siempre de gala. La última y mas airosa es de naranjado, punteado de polvos sobre dorados, que le agracian sobre manera.

Como el coco es muy duro, y el animalito muy tierno, y él de suyo no tiene herramienta para abrir puerta, el Autor Soberano dispuso, sábiamente, que no se endurezca el animalillo ni despliegue sus álas para el vuelo, hasta que el coco se seca y desprende un taruguito redondo, que naturalmente se engendra en él, y penetra todo el cuerpo de su circunferencia. Por esta puerta sale nuestro animalito convertido en mariposa, y aunque no sabemos el fin que tiene, es verosímil que su duracion sea de pocos dias, y que termine el período de su vida desovando en el mismo árbol, para que, el siguiente año, se repita la misma produccion.

Hállase tambien el alto y grueso Paraparay, árbol crucífero, porque sus ramas arrancan de dos en dos, con tal oposicion, que forman una série de cruces. El frondoso Yapacary, de apreciable sombra, pero, de poca consistencia y de duracion muy limitada, por estar expuesto á la polilla roedora. El Mamon, codiciado por su fruta, que es del tamaño y figura de un pequeño melon, buena para conservas y fresca contra los ardores del verano. El Yataybá, que los brasileños llaman Animé, célebre por su goma cristalina, de olor el mas grato, que despide siempre alguno. El Tutumá, cuyo fruto vario en la figura, es á manera de calabazos, pero tan grandes, que admiten dos azumbres.

El sudífero Yzapi, que en los meses de mayor calor destila de las hojas un rocío suave y copioso, hasta despedirlo gota á gota y humedecer el suelo.

El grueso y corpulento Timboy, de que hacen los indios sus canoas y piraguas. El Ybiraticay, durísimo suplemento del yerro, de que los naturales labran sus azadones y arados. El Ybirapetáy, de que labran sus flechas y aumentan el dolor de la herida con el escozor. El palo blanco, tan pesado, que dicen algunos que gravita mas que el plomo; con otros muchos que ofrecen la utilidad de las frutas silvestres y colores para los tintes, sirven de ornamento á la campaña, y entretienen la vista con peregrina novedad.

Antes de apartarnos de los árboles, no desmerecen particular relacion las cañas; hay unas que llaman bravas por su extrema amargura; otras dulces, de que se saca la miel y azúcar, pero no tan blanca y sólida como la de Europa, por falta de beneficio. Hay cañas muy gruesas que partidas por medio, sirven para la techumbre. La mas memorable es otra especie de ellas muy altas y gruesas, mas que el muslo de un hombre, en cuyos cañutos se crian gusanos mantecosos, gustoso alimento para los naturales. Barco Centenera asegura que este gusano se transforma primero en mariposa, y despues en raton talador de las campañas. Yo me he informado de estas metamórfosis, y ninguno me ha dado noticia de ellas. Sin duda que el autor se halló con las licencias ordinarias de poetas, en cuya pluma las ficciones de la fantasia, pasan por historias verdaderas.

Entre las plantas, que son muchas y de varias especies, la piña es la mas arrogante y su fruto el mas delicioso. Don Antonio Ulloa, en su Viaje Americano, la describe con diligente curiosidad, y le hariamos agravio en alterar la pureza de su castizo estilo. "Nace, dice, la planta, ó la piña de una planta que se parece mucho á la sábila, á escepcion de que la penca de la piña es mas larga y no tan gruesa como aquella; y desde la tierra se extienden casi todas ellas horizontalmente, hasta que á

proporcion que van siempre siendo mas cortas, quedan tambien menos tendidas. Crece esta planta cuando mas como tres piés, y en el remate de la corona tiene una flor á la manera de un lirio; pero de un carmesí tan fino, que perturba la vista su encendido color.

" De su centro empieza á salir la piña del tamaño de una nuez; y á proporcion que esta crece, vá amortiguándose en aquel su color, y ensanchándose las hojas para darle campo, y quedan sirviendo de base y ornamento. La piña lleva en su peson otra flor en figura de corona, de hojas semejantes á la de la planta, y de un verde vivo; la cual crece á proporcion de la fruta, hasta que llegan una y otra al tamaño que han de tener, siendo á este tiempo muy corta la diferencia que hay en el color, entre ellos. Habiendo crecido la fruta, y empezando á madurarse, vá cambiándose el verdor en un pajizo claro, y subiendo este mas su punto, le vá acompañando al mismo tiempo un olor tan fragante, que no puede estar oculta, aunque la encubran muchas ramas.

" Interin que está creciendo, se halla guarnecida de unas espinas no muy fuertes, que salen de las estremidades de las aparentes pencas que forma su cáscara; pero, á proporcion que madura, se van secando éstas, y perdiendo la consistencia para no poder ofender al que las coge. No es poco lo que en esta fruta tiene que admirar el entendimiento al Autor de la naturaleza, si con cuidado se reparan tantas circunstancias como concurren en ella. Aquel tallo que le sirvió de corona mientras se crió en las selvas, vuelve á ser nueva planta, si lo siembran;— porque la que lo brótó, parece que satisfecha con su parto, empieza á secarse luego que se corta la piña, ya demas de las de su cogollo, brotan las raices otras muchas en quien queda multiplicada la especie.

"Quitada la piña de la planta, siempre mantiene la fragancia, hasta que pasado mucho tiempo empieza á podrirse; pero es tanto el olor que exhala, que no solo en la pieza donde está, sinó tambien en las inmediatas, se deja percibir. El tamaño regular de esta fruta es entre

cinco y siete pulgadas de largo, y de tres á cuatro de diámetro en su base, el cual se disminuye á proporcion que se aproxima á la otra extremidad. Para comerla se monda y despues se hace ruedas; es muy jugosa, tanto que al mascarlas, se convierte la mayor parte en zumo, y su gusto es dulce con un sentimiento de ágrio muy agradable. Puesta la cáscara en infusion con agua, se forma despues que ha fermentado, una bebida muy fresca y buena, que conserva siempre las propiedades de la fruta.” Hasta aquí el citado autor.

El Guembé merece lugar despues de la piña. Tiene su nacimiento en la tierra, ó sobre los árboles, si el acaso levantó la semilla sobre ellos. Cuando nace sobre los árboles, aunque sean altísimos, busca la tierra dejando caer las guias para abajo, y profundando en ella, se levanta con nuevo vigor, trepando por los árboles, y enlazándose en sus ramas. Las hojas son tersas, abiertas en tres puntas largas á veces de casi una vara.

La corteza de las raices, que prolongan de arriba para abajo, tienen la utilidad de servir para varios usos: el mas apreciable es para hacer cables con que asegurar las balsas y barcos, y maromas para sacar agua de las nórias.

El fruto del Guembé son unas vainas largas que encierran una espiga claveteada de granitos á manera de mazorcas de maiz. A los quince dias de su produccion se abre la vaina, y espone al sol y sereno el rico tesoro que ocultaba, hermoso y blanco como la planta. Los naturales tienen observado que, mientras las vainas están abiertas, acuden ciertas mariposas coloradas mas ardientes que las cantáridas, á chupar un jugo delicado que de la espina transpira. Pero á los pocos dias vuelven á cerrarse, y con el beneficio que reciben de las mosquitas toman perfecta sazon, y acaban de madurar.

Algunos creen que el beneficio de las mosquitas es prerequisito necesario para que el Guembé sazone perfectamente, persuadidos que en la misma accion de picar los granos derraman algun humor ardiente que

ayuda á disolver las partículas acres y ásperas de la mazorca. Este sentir se halla apoyado con la esperiencia, porque en el Uruguay y en donde no se encuentra ésta especie de volátiles, que con la acrimonia del humor disolutivo ayudan á la fermentacion, se ha observado que el Guembé no sazona, ni adquiere aquel grado de gusto, que despierta el apetito. Sin embargo, una experiencia encontrada, nos ha descubierto que éste es un error comun, que ha prevalecido. Tapóse un Guembé con paños muy finos y tupidos que cerraron la entrada á las moscas, y embarazaron el beneficio de la picadura, y no por eso dejó de sazonar perfectamente, al mismo tiempo que los demás. Y así nos persuadimos que el no llegar á sazon, tienela causa de no ser tan excesivo el calor en el Uruguay como en otras partes, y no alcanzar su actividad á disolver las partículas, acres y ásperas, que impiden la perfecta sazon.

Al Caraguatá le destinó la naturaleza para cerco de los huertos. Se tupe mucho con sus pencas fuertes, altas, sólidas y armadas de penetrantes espinas, con que se remueven ensangrentados los incautos pero atrevidos agresores. Estas pencas tienen utilidades estimables: sobre los techos sirven de tejas, que recogen el agua para que no inunden las chozuelas de los pobres, y de su corazon se sacan hilos á manera de cáñamo, que sirven para torcer cordel fuerte, y con él labran los infieles algunos tejidos de bajo artificio, no inferior á la pobreza de la materia. La fruta en la figura se asemeja á la piña; pero el corazon es pulpa dulcísima que declina en agridulce fresco, y suple los efectos de cualquiera limonada.

Pacobá llaman los guaranís, lo que en castellano impropiamente denominan plátano, los españoles. Al parecer nuestros conquistadores en la imposicion de los nombres á las cosas de Indias, y en la traduccion de voces del ajeno idioma al nuestro, no se aligaron escrupulosamente á la propiedad, ni ésta era posible hallarla para denominar en nuestra lengua, los árboles, las plantas, los frutos, las aves y animales tan peregrinos en

España, como ajenos de su nativo idioma. Ellos, pues, se contentaron con alguna semejanza, á las veces genérica, para denominar objetos peregrinos, y por medio de esa denominacion impropia, nos precisan á aprender las cosas diferentes de lo que en sí son, con idea ajena de su naturaleza.

Así sucede con las pacobás, á las cuales llaman los españoles plátanos, por alguna semejanza que tienen con ellos. En lo demás es cierto que se diferencian tanto de los que celebró la antigüedad, que siendo estos el regalo y delicias de las mesas imperiales, las pacobás, son llamadas, por mal nombre, harta-bellacos. Esta es la primera especie, y dá el fruto en racimos tan grandes que algunos pesan arroba y media; su sustancia y meollo es correoso ó pesado al estómago, y de calidades muy frias. La segunda especie llaman de Santa Catalina, cuyo fruto es mas digestible, y aun apetecido de los naturales, y en algo se asemeja el sabor de la pulpa al de la pera.

Mas memorable es la planta que los guaranis nombran Mburucuyá, y los españoles por su fruto, granadillas, y por lo admirable de su flor, nombran flor de pasion ó pasionera. Crece á manera de yedra, trepando por los árboles y traveseando por las ramas se ensalza hermosamente sobre las copas. Sus hojas rasgadas en cinco puntas son por la parte superior de un verde claro, y por la inferior de un blanco ceniciento. No arrancan inmediatamente del tronco, sinó por medio de un peson que las sostiene.

El fundamento de esta flor son cinco hojas, de verde claro por la faz inferior, cubiertas por la parte superior de una membrana plateada, la cual hermosean dos listas moradas que la ciñen de arriba abajo, hácia las extremidades. Todo el campo de la membrana está punteado de natural miniatura, con variedad casi imperceptible de colores. De la misma calidad son cinco hojas superiores, que llenan los espacios y vacíos, que dejan las cinco inferiores. Del centro de estos dos órden de hojas

se levanta una columna jaspeada ó, por mejor decir, salpicada de sangre descolorida.

El remate de la columna termina en figura oval, y ésta con el tiempo crece en fruto de pulpa cordial y gustosa. Del pié de la misma columna se desprenden orbicularmente unos rayos, los cuales, hácia el nacimiento, son rojos; interpolado un breve espacio de color blanco, continúa el rojo, y, hácia la estremidad, el azul celeste. Dos son los órdenes de rayos que la rodean, los mas inmediatos á las hojas sobresalen un poco á los superiores, y describen mayor circunferencia. Algunos llaman á estos rayos corona, y sin duda por la figura que tejen y por la punta en que rematan, son muy á propósito para representar la de espinas, que penetró la cabeza del Redentor, que teñida en su sangre, se vistió de rojo. Yo he tenido la curiosidad de contar los rayos ó espinas que tienen estos órdenes, y en cada uno he hallado cuarenta y nueve.

Hácia el remate de la columna, en el nacimiento mismo de la bola, se desprenden para abajo cinco ramales ó asotes salpicados de sangre amortiguada, y de la estremidad de cada uno, cuelga una llaga que declina en amarillo por la parte superior, y sobredorada por la inferior. De encima de la bola salen dos ó tres clavos de punta, con alguna declinacion, por el peso de la cabeza. En mi aposento, sobre la mesa, tengo una con cuatro clavos de punta, y parece dejar en términos de probable, la sentencia del número de los clavos, con que fué crucificado el Redentor. Tambien debo advertir, que el azul claro, en que terminan los rayos ó espinas de la corona, observado á la luz de la vela, parece rojo algo veteado.

Si es admirable el Mburucuyá, por representar los instrumentos de la sangrienta pasion de nuestro amantísimo Redentor, no es menos el Caaycobé, por ser espresivo ejemplar de la virtud mas propia de la humana naturaleza, y, por eso, la mas delicada. El término caaycobé significa yerba que vive, y con espresion mas clara y significativa se puede llamar la vergonzosa. Es de agradable vista, se cubre de hoja menuda que la viste de

gala, pero con honesta decencia. Si alguno la toca con osada curiosidad, luego se enluta, se sonroja, se encoje y se marchita. No hay esperanza de que nuestro caaycobé restaure el hermoso matiz de sus colores, mientras humanas manos la toquen, pero en retirándose, éstas, se estienden sus hojas, se visten de belleza, y matizan de sus nativos colores.

El Caapebá son unas varillas delgadas, vestidas de hojas mas claras y sutiles, que las del orosus. Como estas varillas son tiernas y se cargan de unas manzanillas, al principio verdes, y amarillas cuando sazonan, necesitan arrimo para sustentarse; si lo hallan, se enredan con él, abrazándose con sus ramas; si no lo encuentra, vencida su delicadeza del peso que la oprime, se tiende por el suelo culebreando por varias partes. Nacen estas varillas de unas raices profundas, ceñidas á trecho de naturales sortijas que la agracian, muy parecidas á las de la serpiente. Los polvos de estas raices y las hojas de las varillas molidas y puestas sobre la parte que picó la culebra y víbora, ó tomando su cocimiento por la boca, son antídotos contra su mortífero veneno.

Yerba de Víbora llaman á cierta planta que nace en Tarija, y en el distrito del Paraguay. Su virtud y calidades antidotales la hacen acreedora del nombre en que es conocida siempre. Solo se levanta del suelo una tercia, las hojas que la visten y las flores que la hermosean, son parecidas al mercurial masculino. Nace por lo comun entre piedras y cascajal, pero busca siempre lugares frescos. Es su virtud prodigiosa contra las picaduras de víboras. Media onza de sus ramas mojadas con la semilla y cocidas en vino, puestas sobre la picadura, en menos de hora aliviará al paciente, y libran de todo peligro, tanta es su eficacia y su virtud tan operativa.

De igual actitud contra las mordeduras de animales penzoñosos, es la yerba que llaman en Tucuman, Colmillo de Víbora, á la cual otros nombran, Soliman de la tierra. Del huron se ha aprendido ser específico magistral contra los animales ponzoñosos. Cuando este ani-

malito cria sus tiernos huroncillos, á los cuales con porfia persigue la víbora, se ve precisado á defenderlos de enemigo tan temible. Entra á la pelea, y por mas diligencia que pone en hurtar el cuerpo á la víbora, no siempre consigue lo que pretende, y en lugar de vencer á su antagonista, queda herido, y se siente tocado de su pestífero veneno. Vá en busca de dicha yerba, dejando el lugar de la palestra, la masca y se revuelcá en ella, y torna con presteza al lugar del combate, seguro al parecer de la victoria, contra su mortal enemigo.

De tan buen maestro se ha aprendido y practicado con efecto saludable, el uso de esta yerba contra la mordedura de las víboras, y otras sabandijas ponzoñosas: en solo veinte y cuatro horas se cierran las llagas con sus hojas mojadas, y aplicadas sobre la picadura; y para embarazar que el veneno cunda, y se apodere, basta aplicar un humor resinoso que destila. No solo en estas plantas nos previno el Autor de la naturaleza remedios contra los mortíferos venenos, sinó en otras muchas confeccionó su admirable providencia antídotos eficaces, para que al lado de la malicia de tanto animal ponzoñoso, sobreabunde la gracia de su liberalidad en los muchos preservativos, que preparó su infinita sabiduria.

Y porque referir uno á uno cada árbol, planta y raiz, seria dilatarme mucho, ingeriré aquí un índice alfabético-histórico-médico, de las raices, árboles y plantas medicinales que se encuentran en estas provincias. Me lo comunicó el padre Bernardo Nusdorfer, sugeto curioso, antiguo y diligente en observar los prodigios de la naturaleza. Su autor el padre Ventura Suarez, tan puntual en sus cálculos astronómicos, como curioso y diligente en las noticias de buen gusto, y en seguir el curso de la naturaleza en sus delicadas y prolijas reflexiones.

A

Achiute.................	Arucú.
Agrimonia..............	Mbuimiri.
Almasiga...............	Caaysi.

El Caaysi lo usan en lugar de incienso, y hacen de él bálsamo contra heridas y llagas.

Altamisa...............	Landiabomiri.
Arbol de Animé........	Yataibá.
Arbol de bálsamo negro..	Caarobá.
Arbol de seibo..........	Suiñandi

Del seibo se hace bálsamo contra las rasgaduras del tigre; la corteza en polvos tambien las sana.

Arbol del Estoraque....	Anguay Ibirapayé.

De este se hace el bálsamo contra las heridas.

Arbol de Gummí.......	Isica del Paraguay.
Arbol de incienso........	Ayui Ñandi.
Arbol del Salsafras.....	Apiteribi.
Arbol de Lapacho.......	Tayi.
Aristoloquia rotunda, macho..............	Tupasi Yeti.
Arístoloquia rotunda, hembra...............	Tupasi Yeti Mburucuyumiri.
Aro dulce...............	Taya.
Arrayan silvestre menor.	Guabiyumiri.
Arrayan negro silvestre..	Guabiyú.
Ascaro menor...........	Yaguariando miri.
Ajenjo Pontico..........	Sambiabo guazú.
Ají......................	Cumbarí quiyú.
Autosa..................	Ibiaguazú.
Azucena silvestre.........	Tupandi.

B

Batatilla mayor de D. Antonio..	Caaparí guazú.
Batatilla menor..........	Caaparí miri.
Bejuco....	Isipo moroti.

C

Calaminta..............	Tamaendua miri.
Cañafístula............	Ibopé guazú.
Canchelagua............	Capyiyuyrobae.
Caniza mayor...........	Caazí guazú.
Carqueja.	Yaguareté caá.
Consuelda mayor........	Carpita guazú.
Contrayerba del Perú...	Tarope.
Copayba................	Copaybá.
Criadillas de la tierra.....	Mangará.

D

Dictamano negro.........	Cabera ubaé.
Dictamano cretense.....	Cabera miri.
Duraznillo ó hediondilla..	Cocueri.

E

Escabiosa negra..........	Caatí hubae.
Escabiosa blanca........	Caatí moroti.
Eupatorio falso verbena.	Taperibá.

F

Flor de Pasion..........	Mburucuyá.

G

Gengibre verdadero. ...	Mangaratia.
Gengibre falso	Carachi miri.
Guayaba árbol....	Araza.
Guayaba planta	Araza miri.
Guayacan ó palo santo..	Ibiratay.
Guayacan, palo santo negro...............	Ibira hunday.

H

Helencio.................	Caepe guarí.
Hiedra................	Bachachi.

Hierba del charrua.....	Macaagua caá.
Hierba del colmillo de víbora...............	Mtoy caá.
Hierba de Musta. ...	Natiuna monoti.
Hierba santa...........	Caá curuzú.
Hierba de víbora........	Mboy caá.
Hierba de víbora del charrua..............	Caá caquamiri.
Higuera del infierno, primera especie.......	Ambay.
Higuera del infierno, segunda especie......	Ambai guazú.
Higuera tartago........	Ambai peroen.
En el Paraguay y Corrientes la llaman..	Mbaebicio.
Higuerilla..............	Tarope.

L

Lapacho......	Tayi.
Leche tierna, ó xalapa..	Caacambi.
Lentisco blanco........	Aguaribái guazú.
Lentisco negro.........	Aguaribaihubac.

Del Lentisco hacen bálsamo para heridas, y se usa contra camaras de sangre.

M

Mamon	Mamó.
Maní, almendra de la tierra.................	Mandubí.
Mastuerzo salvaje.......	Caapetaí hubare.
Mastuerzo silvestre.....	Caeremiri.
Mechoacan.............	Yetira miri.
Melíloto................	Torocaa.
Menta salvaje..........	Cabará caa.
Mercuriales............	Caaruru mohá.
Mora, hierba mora......	Arachichú.

N

Nardo.................	Cambemirí.

O

Orosus................	Ybiraihubae.

P

Palillos del Perú........	Cambeyuise usapará.
Dar color á la comida...	Ysipo moroti.
Pan porcino blanco....	Caratí.
Pan porcino negro......	Caraú.
Pino americano..........	Curí.

S

Sabila..................	Caraguataquira.
De ella se hace el acíbar.	
Saúco..................	Yape caa.
Salsafras...............	Apiterebi.
Salvia silvestre	Caaimbumiri heaquahac.
Sándalo colorado.......	Yuquiripay.
Sangre del drago árbol.	Caabera ybirá.

Z

Zarzamora.............	Yuqueri.
Zarzaparrilla...........	Yuapeca.

Estas y otras muchas plantas, raices y árboles son propias de estos paises, y no halla el entendimiento humano dificultad en concebir semejantes producciones, en un terreno dilatado, sujeto á diversos climas de temperaméntos encontrados, fecundo con tanta cópia y abundancia de aguas como riegan estas provincias. Tucuman, desde la Cruz Alta hasta Santiago, es mas escasa de aguas, y sus rios apenas exceden la esfera y clase de

arroyuelos: pero lo mas meridional de esta provincia, Paraguay y Rio de la Plata, son mas fecundas en aguas, y están bañadas por continuos y caudalosos rios.

El Paraná es uno de los mayores y más célebres del mundo nuevo, y ciertamente es superior á todos los que refiere la antigüedad. Su orígen incógnito, y á muchas leguas de Corrientes, que verosímilmente no ha registrado la humana curiosidad, ha dado ocasion para confundir su nacimiento con el del magnífico Rio de las Amazonas. Opinion muy válida hasta nuestros dias, y autorizada con el dicho de los brasileños. No hay duda que estos dos magestuosos presidentes de la América Meridional, merecen tener un mismo albergue para que los honremos con el amable título de hermanos; pero, despues del glorioso descubrimiento del padre Samuel Friz, misionero jesuita, sin escrúpulo podemos persuadirnos, que el lago Lauricocha entre Guanuco y Lima, agota el tesoro de sus aguas en el Marañon, y no le sobran raudales para el caudaloso Paraná.

Lo mas verosímil es, segun la noticia que comunican los portugueses, y al parecer más conforme á razones de buenas congruencias, que tiene su nacimiento en una alta y dilatada cordillera, que se estiende desde oriente á poniente en medio del Brasil, y se termina por occidente en el rio de la Madera. Es esta cordillera rico minero de aguas, madre fecunda de muchos rios que toman diversos rumbos; los que siguen la carrera hácia el norte, enriquecen el Marañon, parte de los que tiran al sur, caen al Paraguay.

Pero, sea éste ó el otro el nacimiento de nuestro Paraná, lo cierto es que acaudala tanto tesoro de aguas, y corre tanto espacio de terreno, unas veces siguiendo via recta su curso, otras serpenteando, ya con lerda corriente y mansa, ya precipitándose de breña en breña y de risco en risco, formando, á trechos, islas, unas grandes y otras pequeñas, pobladas de bosques y fieras, y hermoseadas de alegres primaveras, que bastan para hacerle celebérrimo. No negaré que le domina cierta ambicion de hacer-

se poderoso, pues en el grande espacio por donde dirige su curso, viene recogiendo por una y otra ribera casi todas las vertientes, y no contento con las que le tributan los paises vecinos, recibe muchos y grandes rios de la costa del Brasil, y otros que le buscan de lo mas interior del terreno.

Glorioso con tanto golpe de aguas, ensancha la madre á proporcion que lo engruesan sus pecheros, hasta su derramamiento en el mar por su boca de cuarenta para sesenta leguas, entre el cabo de Santa Maria y el de San Antonio. En tiempo de crecientes se desborda sobre sus riberas, y esplaya inmensamente, inundando las campañas y fertilizando el terreno. Algunos se persuaden que las corrientes del Paraná se originan de las nieves que se derriten en las cordilleras peruanas y brasilenses. Fácilmente asentiriamos á su parecer, si la creciente de Junio y Julio, que llaman en Santa-Fé, de los pejerreyes, cuando las heladas aún son bastantes fuertes, pudiera atribuirse á nieves derretidas. Con mejor observacion se halla suficientemente causa en las aguas pluviales hácia sus cabezadas; porque se tiene observado con noticias comunicadas de nuestros misioneros de Chiquitos, que cuando por allá llueve mucho, crece á su tiempo el Paraná; no porque los rios de Chiquitos desagüen en él, sinó porque llueve tambien en aquellos climas, cuyas aguas tiran al Rio de la Plata.

En medio de su carrera, ofrece á la vista un prodigio, admiracion de los antiguos que el tiempo y los años lo han hecho degenerar en vulgaridad poco respetable. Salto lo llamaron los primeros conquistadores, y hasta el dia hoy conserva el nombre, por un salto que baja de una alta serranía, precipitándose para abajo, en altura de veinte y cuatro estados, escasos. Los antiguos tuvieron oportunidad de registrar despacio y muchas veces este portento, y sobre la ocular esperiencia, refirieron testigos de toda escepcion, no la mudanza que pudieron inducir los tiempos venideros en una corriente tan precipitada y furiosa, sinó lo que ellos vieron y observaron.

Verdad es, que el deseo de hacer plausible la narracion, sobrepuso á la sustancia algunos accidentes que la hacian mas admirable, pero menos verídica, diciendo que saltaba la eminencia de doscientos estados y no faltó autor que los alargó a mil picas, añadiendo que avanzaba tanto terreno saltando, que dejaba cavidad para navegar á la fresca sombra de las aguas precipitadas. Pero estos accidentes falsos, no perjudican á la historia ó sustancia, que descubrieron los antiguos hablando de su tiempo en este tema.

Aquella espaciosa madre de dos leguas, que tiene el Paraná sobre las llanuras del Guayra, con los muchos rios que le engruesan, antes de recibir el Agarahi por el poniente y por la costa del levante al Paquiri, empieza á ceñirse en un cauce profundo, y tan angosto que la una ribera no dista de la otra un tiro de fusil. Así recojidas sus aguas y reducidas á estrechura, avistan la eminencia de la cordillera, cuya declinacion no cortada de alto para abajo perpendicularmente, sinó con algun declive, mayor en algunas partes y menor en otras, se extiende el largo espacio de doce leguas. Once son los canales ó embocaduras por donde entran sus aguas en el precipicio, despeñándose por entre riscos y dividiéndose, despues en tantos cauces, cuantos son los brutescos, de estrañas pero informes figuras, que se atraviesan en el rio.

No parece sinó que la naturaleza quiso salir aquí con una invencion peregrina, y que de propósito se puso á travesear en el elemento del agua; porque azotados los raudales, se encrespan contra su natural gravedad, levantándose, hácia arriba, antes de tomar nuevo curso, formando en el aire una contienda de aguas encontradas, que se disputan el paso, en estraño elemento, para prevenirse, las unas á las otras, en ocupar el espacio y seguir su carrera. A las veces se sepultan en subterráneos conductos, y corriendo largo trecho escondidas, revientan con formidables turbaciones, vomitando el agua muchas varas en alto, y dejándola precipitar con espantoso rui-

do. De la colision de tantas aguas, las unas contra las otras, y todas contra los peñascos, se levanta una ligera niebla que admite y transfunde los rayos solares, con admirables refracciones que ofrecen nuevos espectáculos á la vista.

Despues que el Paraná acabó de precipitarse de la cordillera, prosigue aún traveseando con remolinos y nuevas erutaciones del agua que admitió por ocultos canales y hacen inevitable el naufragio. Así lo han esperimentado algunos incautos y atrevidos que osaron surcar sus aguas, y sucederá á los que con tiempo no abandonen el rio para tomar el camino de tierra. Tan prodigioso aborto de la naturaleza inmutaron los años, y es creible que los que nuevamente han descubierto los reales esploradores, los cuales no se han dignado comunicarnos sus recientes observaciones, lo trastornen los tiempos venideros.

Otro prodigio, no de agua sinó de piedra, ofrecia el Paraná antes de llegar á los remolinos, en un peñon alto, corpulento y grueso, que dominaba el rio, y se divisaba á larga distancia. Los españoles al principio lo tuvieron por plata fina y tersa.

Los indios aseguraban que un gigante, asombro y espanto del país, montaba la eminencia para divertirse en la pesca. Esto del gigante fué sin duda ilusion, y ciertamente fábula, que á un gigante de piedra sobrepujó un gigante de carne. La plata de los españoles, en tiempo que los indios Paranás estaban de guerra y no permitian á los españoles acercarse á sus tierras, tuvo algun fundamento en quien hablaba de lejos; porque el peñol bañado de las aguas en tiempo de crecientes y bruñido con el ludir de las arenas, hacia reflectir los rayos solares, formando visos plateados que engañaban la vista, y llevaban la aprehension á persuadirse que es oro y plata todo lo que reluce.

Este es el orígen, este es el principio de aquella calumnia, al parecer interminable, tantas veces reprodu-

cida en el Consejo de Indias contra los jesuítas, de un peñol de plata, que benefician escondidamente con detrimento de los quintos reales. Como este punto está liquidado en el Consejo, despues de informes de Ministros Reales, diputados para el intento, y es punto historial que registraremos en otra parte del peñol fingido de plata, pasemos á unas minas riquísimas no fingidas, sino verdaderas, y minas de oro, que asi llaman los SS. PP. á las almas redimidas con la sangre del Cordero Inmaculado que benefician, con infatigable celo, los de la Compañia á las riberas del Paraná, y sobre las márgenes de sus pecheros y tributarios.

Estas son, sin duda, el mayor lustre de nuestro Paraná, de las cuales, con mayor razon, puede gloriarse, que de aquella exuberancia de aguas, que atesora en su cauce, y derrama, en tiempo de crecientes, por las campiñas, ocupando muchas leguas de terreno con sus vertientes, y obligando los naturales á prevenir sus avenidas con anticipada fuga. Mas que de sus riberas pobladas de frondosos árboles, robustos, corpulentos y de proseridad inmensa, proficuos á los naturales por los frutos que llevan, y útiles á las manufacturas á que se aplican. Mas que de los vivientes que acortan sus aguas, monstruos algunos de espantosa figura, y caribes otros por naturaleza. Al fin ninguna cosa le es á nuestro Paraná tan decorosa desde su incógnito orígen, hasta su embocadura en el mar, como las Misiones que, sobre sus riberas, doctrina la Compañia, de las cuales hablaremos en su propio lugar.

Desaguan en este grande rio por la banda de oriente y poniente, al pié de quinientos rios, unos de limitado caudal, otros de tanta mole que casi le disputan la primacia. Estos descargan inmediatamente sobre sus márgenes, y aquellos engruesan sus tributarios; extendiendo sus brazos por un lado y otro tan inmensamente que al oriente por el Uruguay y por el Iguazú, por el Paraná pañé y por el Añembí se dilata hasta los confines del mar brasílico. Hácia el poniente por el Pilcomayo, por el

Bermejo, el por Salado y el Carcarañal, se estiende recogiendo todas las vertientes que bajan de la cordillera chilena, desde los confines de Córdoba y su jurisdiccino, hasta el corregimiento de los Chichas y Charcas. Al norte por el rio Paraguay y sus pecheros, se esplaya sin límites bastantemente averiguados.

Describir menudamente, y uno á uno todos los rios que le tributan, fuera molesta y prolija narracion, cuya noticia con más patente claridad registrará el curioso lector en los mapas publicados. Estos son, sin duda, una abreviada y clara pintura, que pone delante de los ojos el nacimiento de los rios, ó de las escabrosas y fecundas serranías ó de lagos, que por ocultos y subterráneos canales, conducen las venas de las entrañas de la tierra, para el abastecimiento de las tierras y provincias. Ellos mismos nos ponen á la vista el rumbo que toman desde su orígen, el que siguen en su progreso, las campañas que riegan, los encuentros que tienen, las eminencias que montan, las caidas con que se precipitan, las llanuras en que se derraman, y las naciones que abastecen.

Lo que no ponen delante ojos los mapas, son aquellas ocultas propiedades que, con fundamento ó sin él, atribuyen los naturales á sus aguas, y á las que estancan las lagunas. El Paraguay y el Uruguay, tienen virtud de petrificar. No es averiguado si esta propiedad transmutativa, sin distincion de especies, se estiende universalmente á todo leño; pero la experiencia muestra que su actividad se interna en los árbolesmas sólidos. El célebre gobernador del Rio de la Plata, Hernando Arias de Saavedra, tuvo en su casa mucho tiempo un árbol petrificado.

A las orillas de uno y otro rio se encuentran frecuentemente trozos semi-petrificados, convertida en piedra la parte que baña el agua, y la superior que no la toca, conserva la misma sustancia del leño.

Admirable la naturaleza en sus obras, lo es, y mucho, cuando con sutilísima y maravillosa delicadeza, se imita

á sí misma, obrando en materia estraña, lo que con prodigiosa arquitectura, primero ejecutó en la propia.

Que aquella invisible planta, milagro del Supremo artificio, contenida en la semilla á esfuerzos del calor, que pone en movimiento la materia sutil, y habilita los órganos vitales para las primeras operaciones nutritivas, se dilate, se estienda y perfeccione con los jugos que la próbida sabiduria del supremo Hacedor depositó en los senos de la tierra, obra es grande, que excede la humana comprehension, por la delicadeza de las partes, por la sutileza de los órganos, por la distribucion de las venas, y casi incomprehensible variedad de ejercicios; pero al fin esto es obrar en materia proporcionada, y con el auxilio de las facultades que destinó la naturaleza para atraer el jugo, para prolificarlo, para adelgazarlo y para configurarlo, con prodigiosa delicadeza.

Pero que en materia estraña y con particulares pétreas se empeñe en plantear un árbol, con toda proporcion y arquitectura de partes, cosa es que admira la filosofía moderna, curiosa en sus averiguaciones. Nos dirán que las aguas del Paraná y Uruguay abundan de ácidos disolutivos de las partes del leño, y que por el mérito de arrastrarse por breñas y peñascos, se les permite libremente el hurtillo, que hacen robando algunas partículas pétreas livianas, y menos afianzadas con la incumbencia de depositarlas en lugar oportuno. Con la disolucion de los ácidos, quedan en el leño algunas cavidades, en las cuales las aguas cargadoras de algunos polvos sutiles oprimidos con el peso, y recelosas por el hurto, depositan su inútil carga, y poco á poco en la frotacion de las aguas, y depósito de nuestras partículas, enlazándose unas con otras, por medio de sus ramificaciones, se configuran en arbol, y árbol de piedra.

Llenos están los minerales, ó los libros que tratan de minerales de semejantes petrificaciones. Yo por la afinidad de materias, y por confirmar la verdad de unas petrificaciones con otras, solo añadiré que sobre el Carcarañal se encuentran algunos huesos petrificados.

Hácia el año del 1740, tuve en mis manos una muela grande como el puño, semi-petrificada; parte era solidísima piedra, tersa y resplandeciente como bruñido mármol, con algunas vetas que la agraciaban; parte era materia de hueso interpuestas algunas partículas de piedra, que empezaban á estenderse por las cavidades, que antes ocupó la materia de hueso. Confieso que es grande la morosidad y lentitud, que obra el Carcarañal estas transmutaciones, pues en tantos años, que se acabó la raza de gigantes, no habia finalizado la operacion, pero eso puede proceder de la mayor resistencia de las partes de hueso á la disolucion, ó porque los ácidos no abundan tanto como en el Paraguay y Uruguay.

Otro género de petrificaciones he visto, obra curiosa y peregrina invencion de la naturaleza. A espaldas del cerro de Ocompís (Cerro bravo llaman los que habitan sus cercanias, por ciertos bramidos que, dicen, dá cuando quiere mudarse el tiempo) hay una cueva que llaman de Adaro, así dicha, por un hombre que halló asilo de impunidad al uxorisidio en sus tenebrosas cavernas. Es de boca muy estrecha, cavada en piedra viva: la entrada en partes es angosta, y el que entra es necesario que se arrastre: en partes tiene profundos senos, á los cuales se baja descendiendo y desprendiéndose por sogas. A uno y á otro lado se registran varias piezas, mas ó menos capaces, segun permiten los brutescos petrificados. El cerro es muy elevado, todo de piedra de cal, y en tiempo de lluvias el agua que recibe destila poco á poco, y la convierte en piedra.

Cuando yo entré al registro de la cueva, era á principios de Setiembre de 1757; tiempo en que se cumplian seis meses que las lluvias habian cesado; pero la destilacion proseguia goteando en varias partes. El agua se petrificaba cayendo, y se esperaba en el mismo conducto por donde se transminaba, quedando pendiente unida al cilindro, que es la figura mas ordinaria que forma en las bóvedas. Una cosa experimenté, que al calor de la vela se liquidan las extremidades de los brutescos recien pe-

trificados, y que conservaban alguna humedad; pero los que se habian endurecido, y estaban sólidos, con el calor de la frágua se reducian á polvos sin liquidarse.

Observé que el agua colaba por entre el solidísimo peñasco que petrificó la destilacion de otros años, sin duda por algunos poros imperceptibles á la vista; pero penetrables á la delicadeza de las aguas, y sutileza de los polvos que arrastran consigo. El color de la piedra es casi el mismo que el de la piedra de cal, poco mas oscuro con algunas vetas cristalinas. En buena filosofía es clara la razon, cuando el agua cuela de la cima, roba de las piedras algunas partículas, las cuales amasadas en cierto modo é incorporadas, se unen y endurecen al paso que disipan la humedad. Esta es la virtud de las aguas que destilan en la cueva de Adaro, y la misma es la del Paraná y Uruguay, que convierten los árboles, y leños en piedra mas estimable por ser verdadera, que la fingida propiedad, que sin fundamento se atribuye á la laguna de las Perlas.

Está dicha laguna entre el Bermejo y Salado, al norte de la antigua ciudad de la Concepcion destruida por los infieles. En tiempos pasados era habitada de los Hohosmas, parcialidad de dos mil indios, valientes guerreros, algun tiempo aliados con los españoles, y despues confederados con sus enemigos. De estos hohomas, señores de pesca y perlas, asegura Barco Centenera que con cestones sacaban las ostras-perlas de la laguna. Marcos Salcedo, español nacido en Santa Fé, y cautivo algunos años entre los Abipones, testifica que en grande cantidad pescan ostrones de perlas, y como jente que no las aprecia, las arrojan sobre la playa; si el testimonio de Centenera y Salcedo fueran verídicos, gozará nuestra provincia la mayor riqueza del orbe, y la gozará sin las penalidades y trabajos que acompaña su posesion. Conviene á saber perlas en gran cantidad, y ostrones que se pescan con cestas, tan fácilmente y en tanta copia, como si fueran peces que buscan el sebo, y quedan encarcelados en la red barredera de madres perlas.

En memoria de los antiguos no se halla mencion de tanta riqueza que rueda arrojada por los suelos, y es verísomil que los pobladores de la Concepcion, hubieran levantado el grito de las perlas, y se hubieran empeñado en mantener una ciudad que les franqueaba riqueza incomparable, y solo costaba alargar las manos para cogerlas. Noticia de menor riqueza, ha bastado en las Indias y en estas provincias para contrastar mayor resistencia que la que podian hacer los hohosmas, señores de la laguna, con las naciones aliadas. Y así el desamparo de la poblacion, y el descuido en reedificarla, son argumento de que se fingieron perlas donde no las hubo, ó si algunas hubo, de tan poca estimacion, que no merecieron aprecio.

A la laguna de las Perlas, sita al poniente del Paraná, juntemos la laguna Yupacaray que cae al oriente del Paraguay, y le tributa el raudal de sus aguas en altura de viente y cinco grados escasos. Su mismo nombre, que significa laguna exorcisada y bendita, promete alguna cosa extraordinaria, semejante á portento. Los naturales refieren por tradicion de sus mayores, que antiguamente salia de madre, derramando muchas leguas sus aguas, y que en la oscuridad y tinieblas de la noche arrebataba, hácia el centro, á cuantos alcanzaban sus inundaciones. Añaden que un Ilustrisimo Obispo, cuyo nombre no ha pasado á nuestros tiempos, compadecido de los que habitaban sus vecindades, exorcisó la laguna, y la virtud del conjuro, refrenó el ímpetu de sus furiosas resacas.

Aunque con los exorcismos cesaron las inundaciones, pero no los tristes gemidos y frecuentes clamores de hombres, mujeres y niños, que gritan lastimósamente desde el centro de las aguas. Los unos dicen que tienen su orígen en los que arrebataron las inundaciones á lo profundo de la laguna. Los otros, que de unos nefandos abortos, y horror de la naturaleza, que sepultó en ella el rigor de la divina justicia por sus abominaciones, y que con aquellos gritos y voces lastimeras claman á los mortales para que los socorran, y haya piedad, y misericor-

dia de ellos. Añaden otra particularidad, corona de tantas invenciones y fábulas: cuando el tiempo quiere mudarse, se distinguen en la laguna sensibles señales: las aguas se encrespan, truena, relampagea, y con una tormenta inferior que precede, simboliza la superior de truenos, relámpagos, rayos, y lluvia que amenaza.

Esta es una fábula, y errada persuasion muy transcendental que el humano ingenio, amigo de novedades asombrosas, estiende á los rios, á los montes, y serranias.

Rara será la ciudad de estas provincias, que no esté caracterizada con algun rio, laguna, ó cerro, que predice las mudanzas del tiempo. Enojarse llaman los naturales: sea enojado el Ocompis, la Achaloí Famatina, ó el Tafi, cuando se levantan nubes, cuando resuenan los truenos, cuando al resplandor de los relámpagos que alumbran se siguen los rayos que cruzan. Lo que aseguro es que repetidas veces con todas sus mientes me han querido persuadir, que no llegue á tal cerro, monte, ó laguna; porque es, dicen, muy bravo, y sabe enojarse. Persuasion en que viven tan ciegos, que ni la razon los convence, ni la experiencia los desengaña. Y así no solo el Yupacaray es fabuloso, sino que tenemos muchos Yupacarayes fingidos, pseudo profeta de futuro.

Mas memorable que el Yupacaray es la laguna Mamiore, sita al poniente del Paraguay, en diez y ocho grados algo mas abajo de la canal de Chiane, que tiene al oriente, y los cerros del mismo nombre, que la cercan por el poniente; tiene cinco leguas de circunferencia y descarga en el Paraguay con boca espaciosa. Los modernos esploradores no la registraron, y así no podemos con recientes averiguaciones confirmar nuestro sentir. Pero por carta de este siglo del padre Juan Bautista Jandra, misionero de Chiquitos, que estuvo en ella, consta que tiene flujo y reflujo. Su nacimiento no es de rio, aunque en tiempo de lluvias recibe las vertientes de los cerros de Chiane, y las aguas que se desbordan de los anegadizos de Xarayes. Pero ni estas vertientes, ni aunque su orígen fuera de rio, pudiera causar la regulari-

dad del flujo y reflujo, si no comunicara por bajo de tierra con el mar.

Un desengaño apreciable sobre la laguna de Xarayes, se ha conseguido con la inspeccion que se hizo el año de mil setecientos cincuenta y tres, rio Paraguay arriba. Algunos la daban cien leguas de norte á sur, y diez de oriente á poniente. Otros mas liberales en alargar que en dar con medida, la extendian cien leguas á todos vientos. Pero en la realidad, ese espacioso giron de tierra que media entre la sierra de Chiane, Morro Escarbado y rio de Cuyabá, casi desde los diez y seis hasta los diez y ocho grados, no es otra cosa, que un terreno bajo que se inunda en tiempo de aguas, con las vertientes de la sierra de Cuyabá y con el derramamiento del Paraguay en tiempo de crecientes. Sin duda que los que delinearon en los mapas lagunas de tanta estension, registraron el terreno en tiempo de crecientes, pues de sus relaciones consta que atravesaron en barcos todo el espacio que en los modernos mapas se denomina con el título de anegadizos, proposicion que hace creible lo que se refiere en un diario de los reales esploradores, que las señales de inundacion en tiempo de aguas, suben mas de dos varas, y así todos dijeron verdad. Es laguna muy dilatada en tiempo que las vertientes se derraman sobre el país de los Xarayes, y son anegadizos con lagunones de tres, cuatro y seis leguas, cuando cesando las avenidas el Paraguay, contienen las aguas en los términos de sus riberas.

De los rios y lagunas que tanto utilizan á sus vivientes, pasemos á los peces que en ellas viven, se alimentan y multiplican con prodigiosa fecundidad. Desde el mayor al menor todos encuentran palacio para albergarse, y despensa surtida que los alimenta, sin escasez ni penuria, á diligencia sde aquella soberana providencia, que con la estension de su prodigiosa mano, sustenta á todos los vivientes, haciendo que los unos sirvan de sustento á los otros, y todos para alimento y servicio del hombre. Esto es mas claro en estas provincias.

La ingénita desidia de los naturales, tan sugetos á la ociosidad y tan poco aplicados á la útil labor de los campos, por naturaleza fecundísimos, necesita una despensa inagotable, en los rios y lagunas, cuyas riberas habitan y eligen por el interés de la pesca.

El mayor de todos, emperador y monarca de los peces, es sin duda la ballena, ciudad portátil de carne, que tal vez desde el mar del norte se entra por la espaciosa boca del Rio de la Plata, y algunos, pero pocos, ballenatos á Santa-Fé. En mayor abundancia se cogen lobos marinos, animal anfibio, que parte habita en tierra y parte se abisma en las aguas.

En la costa del mar hácia el Estrecho y en la isla que llaman de los Lobos, se encuentran muchos en manadas de cien, doscientos y trescientos. Hay unos rojos y blanquecinos, los cuales en la opinion vulgar de estas partes, son tenidos por hembras: otros oscuros pardos, que se reputan por machos; division que no me atrevo á asegurar, y, por ventura, la que se hace division de sexos, puede ser que lo sea de especies.

La cabeza no corresponde al cuerpo, y es mas pequeña que lo que piden las justas reglas de proporcion. Tienen dos aletas, las cuales hácia la estremidad rematan en cinco como dedos, y éstas en uñas de materia cartilaginosa, de las cuales se sirven dentro del agua para nadar, y cuando saltan en tierra para caminar, usando de ellas por medio de dos resortes y articulaciones que tienen; uno en el mismo nacimiento, junto al homóplato, y otro en el arranque de los dedos. Otros dos juegos y articulaciones tienen en la cola, de la cual usan para caminar por tierra sin arrastrar el cuerpo. Como la naturaleza la destinó para suplemento de los piés, y sustentar su pesado cuerpo, proveyó que fuese mas grueso que lo que requiere la proporcion.

Con el auxilio de las álas y cola, cuando salen de su elemento, caminan por tierra con alguna pesadez, pero no tanta que les impida trepar por altos y escarpados peñascos; son muy juguetones, y como alcanzan gran-

des fuerzas, por divertimiento ó por enojo se tiran en alto los unos á los otros, y cuando se sienten heridos acometen con furia y braveza. Los holandeses en sus relaciones aseguran que se hallan leones marinos, pero es verosímil que no se diferencian en especie, y que se les dió el atributo de leones, porque algunos lobos, cuando son grandes, tienen collar en el pescuezo; el que quisiere podrá llamarlos lobos con collar, ó leones semejantes á los lobos.

Parecidos á estos son los perros marinos, pero en los brazuelos y piés se asemejan á los perros de tierra. Son osados y bravos, y no esperan para morder que los irrite la provocacion de los viandantes. Ellos se ponen en celada aguardando oportunidad, y cuando pasa algun barco salen de sus guaridas y desfogan su enojo mordiendo hasta los remos. Hay tambien caballos marinos, y otras varias especies que se asemejan, siempre con bastante diversidad, á los animales de tierra, pero se denominan con los nombres de estos porque en algo se les parecen y por carecer de otros mas propios para esplicarnos. Porque no falte al hombre su semejante, hay tambien hombres y muger marinos. No es mucha la semejanza, pero de medio cuerpo para arriba, la textura exterior algo participa de la figura humana. Yo me inclino que de esta especie es aquel pez macho que solicita el comercio con las mugeres. Barco Centenera refiere el caso de una muger que vino en la armada del adelantado Juan Ortiz de Zárate, la cual sentada sobre unas piedras junto á la isla de Santa Catalina, vió venir hácia sí un pez que tentó violentar su castidad. Huia ella y él se apresuraba en su seguimiento, hasta que descubrió que venia un hombre enredado en torpes amores con la muger su manceba. El caso tendrá en otra parte lugar, sobre la fé de Barco Centenera, testigo ocular del suceso.

Al hombre y muger marino puede seguir el Yaguazú astuto, grande como una mula. Busca los lugares hondos y profundos, acomete á los animales y hombres que pasan

á nado, y se abisma con ellos para tragárselos. Si es verdad lo que de él se refiere, es ingenioso el artificio que usa para la casa. Mina las barrancas de los rios á raiz del agua, socavando una bóveda con tal delicadeza, que por sí sola pueda mantenerse, pero tan próxima á ruina y estrago, que á poco peso que se le añada se hunde y cae al agua. Como por encima nada se descubre, llega descuidado el hombre ó animal, y con la barranca que se arruina oprimida del nuevo peso, caen al agua, y el yaguazú sobre ellos para despedazarlos. Si esto es verdad, la industria es memorable. Pero las barrancas tienen una propiedad, que, socavadas de las aguas y robadas de las avenidas, por sí mismas suelen arruinarse, y no es necesaria la industria de este animal para que se hundan.

No es menos caribe el Aó, animal anfibio: es blanco, lanudo y crespo como oveja, pero debajo de una piel de mansedumbre y humanidad, tiene uñas, y hechos de feroz y rabioso tigre. Andan en manadas, y salen del agua cuando quiere llover y mudarse el tiempo. Hacen presa en los leones y otras fieras, persiguiendo con tanta velocidad la caza, que ninguno se les escapa. Suelen los animales en la fuga ganar algun árbol como asilo de seguridad contra el obstinado perseguidor, pero el aó, ansioso de su presa por el hambre que le aflije, se aplica á descubrir las raices con tan rabiosa pertinencia que no cesa de socavar el árbol, hasta que cae á tierra y goza á su salvo la caza.

El Capivará es el puerco ó jabalí del agua, casi del mismo color y tamaño, pero el hocico no es tan prolongado. De noche pasta en los campos y dehesas, pero de dia, en tiempo de frio especialmente, se baja á lo mas hondo de los rios. Los indios lo comen, pero lo desangran enteramente para que no hiedan sus carnes. El caiman, al cual los indios llaman Yacaré, es tenido por lagarto de agua. Es anfíbio, largo dos ó tres varas y con hocico de puerco. Hay dos especies, unos negros, veteados de azul oscuro y otros bermejos, mas bravos, que acometen

para hacer presa. No imitan enteramente á los célebres del Nilo, pero en los nuestros concurren algunas particularidades que los pueden hacer celebérrimos.

No saldré de la virtud con que algunos honran sus colmillos, contra toda especie de mordeduras venenosas. Materia que pide mucha reflexion y esperiencia, y sobre la cual no se puede tomar partido, sinó con gran cautela y prudencia. Algunos despues de repetidas esperiencias, aseguran que es antídoto universal: otros son de contrario dictámen, alegando muchos esperimentos con el fin de averiguar este específico contra el veneno. No falta quien asegura, que esta virtud es mayorazgo, que escedan los primogénitos, y solo se reparte entre algunos colmillos mas privilegiados. Siendo tan encontrados los testimonios, y esperimentos, no es fácil esta antidotal virtud, si una inquisicion útil y curiosa no se aplica á comunicar al mundo este incógnito tesoro, ó á desengañarlo del error en que nos han puesto algunos escritores.

La mansion ordinaria del yacaré es el agua, pero harto y lleno sale á la playa, no lejos de las riberas, buscando en los ardores del sol, algun fomento para la digestion. Está cubierto de escamas duras, á manera de conchas, con las cuales dicen se arma para resistir las balas. No es impenetrable su armadura, porque me consta que con tiro de fusil se han muerto algunos, y así es creible, que los que descubrieron impenetrables á las balas las escamas del yacaré, buscaron escusa á su poca destreza en la fingida armadura del caiman.

Su pesca y caza es algo curioso. Los indios se previenen de una estaca larga á proporcion de lo ancho de la boca del yacaré, con dos puntas agudas hácia las estremidades. Armados con ella, entran al agua, y cuando el caiman abre la boca para acometer, logra el indio la ocasion de clavársela en la boca, por la cual le entra tanta agua que le ahoga, y el pescador le saca á la ribera para trozarlo y comerlo. Los indios chiquitos son mas animosos. Entran desnudos al rio, y se estrechan con el caiman fuertemente, y abrazados con él lo sacan á tierra

y lo matan. Tambien acostumbran montar sobre él á caballo dentro del agua, y le aseguran algunos golpes en la cabeza hasta matarlo.

Procrean los caimanes de huevos grandes, como los medianos de avestruz, y blancos como los de gallina. Cuando la caimana está para poner los huevos, sale á la playa, y de una sentada sin levantarse, en uno ó dos dias, pone ciento, y á las veces mas; cuida con esmero taparlos con arena, y para que el depósito quede escondido de ladrones, se revuelca sobre la arena de las inmediaciones. Los huevos deja á los ardores del sol, y al mes, poco mas ó menos, cuando la naturaleza la inspira que ya están animados, acude la caimana seguida del caiman, y entre los dos remueven la arena, desentierran los huevos, los quebranta la hembra y se pone los caimancillos sobre las conchas del cuello y lomo.

Bien alegre la buena madre, con el ejercicio que le inspira la ternura, se siente tocada de conmiseracion, cuando advierte que los gallinazos, aves de rapiña, con rápido vuelo, la arrebatan sus tiernos hijuelos para comerlos. Con el movimiento algo violento que hace para reparar su grey de los asaltos de los gallinazos, se le caen los mas al suelo, á escepcion de algunos que se aferran con mayor tenacidad á las conchas. Los que tuvieron la desgracia de caer al suelo, son presas de los gallinazos y del caiman macho que, al parecer, á este fin acompaña á su consorte, la cual tambien goza una buena porcion de ellos. De tanta multitud de huevos, y de hijuelos, apenas cuatro ó cinco libran con vida, y con ellos la caimana se arroja al rio para fijar el depósito de los nuevos, pero diestros nadadores á las aguas.

Don Jorge Juan y don Antonio Ulloa, curiosos y verídicos indagadores de la naturaleza, en su viaje á la América, refieren, como testigos oculares, la precaucion de la caimana en esconder el tesoro de sus huevos para ocultarlos de los gallinazos, los cuales con industria y arte se ponen en celada para lograr la ocasion al hurto. Escóndense entre los árboles, donde pueden observar, y no

ser observados, para que el asalto sea sobreseguro. Cómo la caymana está muy enterada de las astucias de su enemigo, mira y registra con gran cuidado y atencion, si algunos de estos agresores es testigo de sus intenciones, y cuando está falsamente asegurada que no hay gallinazos en celada, pone sus huevos y los tapa con arena, revolcándose con disimulo por toda la vecindad. Pero luego que ella se retira, el astuto gallinazo se deja caer sobre el nido, y con pico, con alas y piés, remueve la arena, y goza muy á satisfacion el gran banquete que le previno la caymana, poco próbida en desamparar su indefensa grey, que podia hacer respetable con su presencia.

Algunos dicen que un pajarillo pequeño se les entra en la boca y limpia los dientes del cayman: de otro aseguran que se les entra confiadamente en el buche y le come el hígado y lo mata; si esto es verdad, no en todas partes se hallará esta especie de pájaros, y no se habrá, en estas provincias, hecho la observacion. Lo cierto es que en los Chiquitos, donde abunda la especie de caymanes, no se halla el pajarillo benéfico á aquella boca sangrienta, ni el atrevido agresor, que vence al mas formidable mónstruo de los rios, comiéndole el hígado. Mas averiguada es otra propiedad de los caymanes que moran en las lagunas. Cuando éstas se secan en tiempo de invierno, quedan sepultados en el barro con solo el hocico descubierto para respirar, sin dar señal alguna de vida. Los indios llaman á este sosiego ó inaccion, sueño y dormida. Lo cierto es que si no duermen están adormecidos, y sin recelo los manejan los chiquitos, los toman sobre el hombro, y llevan donde quieren sin peligro alguno.

Al cayman es muy semejante en la voracidad la Palometa, larga palmo y medio, y casi otro tanto de ancho; los dientes tiene dispuestos á manera de sierra, y son fuertísimos y tenacísimos. Los guaycurús hacen de su quijada sierra para cortar palos, y cegar la cabeza á los españoles. Con arma tan poderosa no hay osadia á que

no se atrevan las palometas, ni insulto que no cometan en los pescadores, en los nadadores y peces que surcan las aguas. A los pescadores cortan el anzuelo, y en una hora son capaces de cortar aunque sean veinte: en los nadadores hacen tenacísima presa, y no sueltan sinó arrancando el bocado. Tal vez ha sucedido meter un mono al agua, y tirándolo afuera con presteza, salir cuatro y cinco palometas asidas con tanta tenacidad, que por no soltar el bocado quedan prisioneras en manos de pescadores.

Si el que entra al agua, sea hombre ó animal, está ensangrentado, instantáneamente es acometido de un formidable ejército de palometas, que le acaban á bocados. Cuando D. Manuel Flores, capitan de fragata, entró rio Paraguay arriba, á poner el marco divisorio en la boca del Jaurú, un soldado de Cuyabá hirió un capíbara, y acosado de un perro que le seguia entró sangriento al agua, y el perro tras él teñido en su sangre. Acudió luego tanta multitud de palometas que en pocos instantes, á vista de muchos, los descuartizaron á bocados, dejando los puros esqueletos.

Temible es tambien la raya, por una espina en la cola que corta como la navaja mas afilada. Es de monstruosa y disforme figura, que imita la rueda de carreta, y algunas la igualan en magnitud y grandeza: sus carnes son poco agradables al gusto, pero los indios le comen con apetencia las álas. El Bagre no tiene la espina en la cola como la raya, sinó sobre el lomo. Es fuerte, aguda y venenosa y capaz de penetrar la suela de los zapatos: es de mediano tamaño, la cabeza aplanada con dos barbotes que le salen á los lados de la boca. El Armado es apetecido por sus carnes, pero éstas no las franquea á los incautos, sin esperimentar las sangrientas puntas de sus espinas. Es grande una vara y á veces mayor, todo defendido de púas agudas. La cabeza es monstruosa, larga la tercera parte del cuerpo. Hay varias especies conocidas por los indios y denominadas en su idioma con particulares nombres.

Por el contrario, el Pati de carnes delicadas y gustosa, goza del privilegio de carecer de espinas, y así ofrece plato regalado al gusto, sin la molestia y sobresalto que lleva el separar las espinas. En estô tambien le imita el Surubí, de agradable sabor, y de carne mas delicada ó mas sólida que el patí, y por eso mas á propósito para conservarse salada. El Pacú es casi redondo, de pequeña cabeza, sin escamas, pero de carne gustosa. El Dorado, á quien el color dió ocasion para el nombre, es de vara, y á veces mas largo. Herido de los rayos y reflejos del sol es hermosísimo; pero la cabeza, que ofrece el bocado mas delicado, es notablemente fea. Boca pequeña, guarnecida con dos andanas de dientes, ojos negros, ceñidos de un círculo sobredorado. Las agallas defienden dos membranas á manera de conchas sobredoradas, depósito y oficina de la substancia mas tierna, mas suave y apetecible.

Al dorado es justo que le acompañe la Curbitana plateada, ó como llama el guaraní el Guacupá: no es muy grande, será largo como un pié, pero es muy apreciable por una piedra que cria, eficaz contra el mal de orina. El Pejerey es sin duda de los de mejor gusto, y su nombre promete un plato delicado, digno de reales mesas. Cuando fresco es el mejor ó de los mejores peces y de gusto mas delicado en todo lo descubierto. Abundan desde Corrientes hasta Santa Fé y Buenos Aires, no en todo tiempo, sino cuando sobreviene al Paraná la creciente de San Juan, y duran los meses de Junio y Julio.

Hay otras muchas especies que cruzan los rios, y sirven de alimento á los naturales. El Manguruyú de color oscuro: las corbinas grandes y de buen gusto, el zabalaje, que inunda el rio de Santiago, y en cierto modo inficiona á temporadas sus delicadas aguas, y las tortugas, que abundan en Chiquitos, y entretienen con sus crias agradables y curiosas. La multitud, abundancia y variedad de patos delicados al gusto, entretenidos á avista, de figura extraordinaria y esquisita variedad de

colores, es materia copiosa, que necesita obra separada y de volúmen no pequeño.

Entre los patos ó pájaros de agua, merece particular relacion el Macá (como le llaman en Santa-Fé, donde acuden en las crecientes del Paraná) ó como le nombran los indios, Macanguá. Un sugeto bien instruido en las curiosidades de la naturaleza, duda si el macá ó macanguá son de especie diversa: porque el primero es un género de pato, que mas ordinariamente mora y habita en el agua. El segundo participa mas de la especie de pájaro que se asemeja á la Chuña y mas se recrea en la tierra que en el agua; pero uno y otro, convienen en el modo de criar sus hijuelos. A estos los toman sobre sí, con ellos vuelan, con ellos caminan y nadan, y no hallan embarazo para su cotidianos ejercicios en la carga que fió la naturaleza á su maternal providencia, y ella no fia á cuidado extraño. Instruccion admirable que debieran tomar las madres, acordándose, que la crianza de los hijos es carga, pero carga de madres.

Lo mas singular es que cargando sus hijuelos sobre sí, los aliciona é instruye á buscar la vida sin riesgo, ni contingencia de perderla. Su mantenimiento son las víboras; pero antes de comerlas es necesario entrar en pelea y vencerlas. Carga, pues, sobre sí los hijuelos y metiendo su largo pico por entre las alas que le sirven de escudo acometen á su enemigo; si este le hiere, acude prontamente á comer una yerba que es contra veneno llamada Macangua caa, esto es, yerba, del Macangua, y, fortificado con ella, entra segunda y tercera vez en pelea, hasta matar la víbora y comerla con sus hijuelos. Un sugeto antiguo y curioso me previene que la yerba macangua caa, no es conocida, y así el que quisiere hacer creible este específico antidotal, sírvase de manifestar que yerba es, y en dónde se halla.

El Opa-caa es tambien un pájaro de agua que pasea con magestad y entonamiento las orillas de los rios y lagunas, repitiendo estas voces, opacaa, opacaa, que signi-

fica, "ya se acabó la yerba, ya no hay yerba." Los indios que observan el canto y voces de animales para sus agorerias, se entristecen grandemente cuando oyen el opacaa, juzgando que este añimalillo les anuncia que ya se acabó la yerba del Paraguay, que ellos tanto apetecen. Si sucede que en efecto se acabó la provision de yerba, se entristecen grandemente, y admiran la penetracion del opacaa que alcanza lo que pasa y viene á darles en rostro, con su limitada providencia, en no sacar la necesaria para todo el camino.

El Yahá, es tambien presagioso, y juntamente le podemos llamar el velador y centinela; es grande de cuerpo y su pico pequeño, el color es ceniciento con un collarin de plumas blancas que le rodean; las alas están armadas de un espolon colorado, duro y fuerte con que pelea. Son amigo de sociedad, y andan acompañados de dos en dos. En su canto repiten estas voces: yahá, yahá, que significan, vamos, vamos, de adonde se le impuso el nombre. El misterio y significacion es que estos pájaros velan de noche, y en sintiendo ruido de gente que viene, empiezan á repetir yahá, yahá, como si dijeran, vamos, vamos que hay enemigos, y no estamos seguros de sus asechanzas. Los que saben esta propiedad del yahá, luego que oyen su canto, se ponen en vela, temiendo vengan enemigos para acometerlos.

El Terotero en parte imita la naturaleza del yahá. Repite en su canto estas cláusulas: teu teo, y por eso, con alguna corrupcion, le llaman los españoles terotero y los indios con mayor propiedad teu teo. Su habitacion es junto á los rios y lagunas. El color es veteado de blanco y oscuro, los piés largos y colorados. Es por estremo amante de sus polluelos, y cuando alguno se los alza del nido, con osado atrevimiento, acomete al que se los hurtó, y es tan impertinente en los asaltos y acometimientos, que obliga al ladron á abandonar sus hijuelos. En el encuentro de las alas tiene agudas espinas, que juega con agilidad y destreza contra las aves

de rapiña, seguro de la victoria si no le oprime y vence la multitud.

No es menos poblado el aire que las aguas con inmensa variedad de aves que le cruzan, sosteniendo la gravedad de sus cuerpos sobre la pesadez de este elemento. Merece el primer lugar el que llaman Rey de las Aves: son muy pocos los que se hallan de esta especie, y solo se tiene noticia que se encuentran en los montes de Curuguatí. Es del tamaño ó poco mayor que un gallo, pero las plumas son un agregado de todos colores, que presentan á la vista en un solo objeto, cuanto la naturaleza dispensó liberal en la congregacion universal de todas las aves. Los que frecuentan el Curuguatí, poco curiosos y atentos de indagar la naturaleza, no nos han comunicado otras propiedades de esta ave; pero es creible que las tenga para hacerla digna de nombre tan glorioso. En lo demas, si carece de otros atributos, será rey en la apariencia de los colores, pero no tendrá las bellezas, ó bellas calidades á que está vinculada la presidencia de las aves.

Mejor la merece un pajarillo tan pequeño de cuerpo que puesto en balanza, no excede el peso de un tomin, y por eso se llama Tuminejo. En lengua quichua le dicen Quenti, en la guaraní, Mainimbii, y en la castellana picaflor. No hay cosa en este animalito que no sea extraordinaria y maravillosa: su pequeñez, su inquietud y azorada viveza, su alimento y su color, su generacion y, últimamente, el fin de su vida. Entre las aves es la mas pequeña. Su cuerpo vestido de hermosas y brillantes plumas, es como una almendra, el pico largo, sutil y delicado, con un tubillo ó sutil agijon para chupar el jugo de las flores. La cola en algunos es dos veces mas larga que todo el cuerpo; el vuelo es velocísimo, y en un abrir y cerrar de ojos desaparece, y lo halla la vista á larga distancia, batiendo sobre el aire las alas, aplicado el pico á alguna flor y chupándole el jugo de que únicamente se mantiene. El vuelo no es seguido, sino cortado, y rara vez se sienta sobre los árboles, y en-

tónces se pone en atalaya para espiar las flores mas olorosas, y darle un asalto para chuparles el jugo que á ellas vivifica, y con que ellos se mantienen.

El color es un agradable esmaltado de verde azul turquí, y sobre dorado, que embestido de los rayos del sol, hiere y ofende la vista con su viveza. No se puede negar que en pequeñez y colores se encuentra alguna variedad, pero es mejorando siempre, con un naranjado vivísimo que, herido de los rayos solares, imita las llamas del fuego. Su nido pende al aire de algun hilo ó delgada rama al abrigo de los árboles y techos, compuesto de livianos flequecillos. Es del tamaño de una cáscara de nuez, pero tán ligero que apenas pesará un tomin.

En este nido domicilio de la mas pequeña de las aves, pone la picaflor hembra un solo huevo, con su natural calor lo fomenta, como solícita criadora, y á su tiempo cuando el instinto de sábia madre le dicta, rompe el huevo, y sale el hijuelo con figura de gusano: poco á poco desenvuelve y desata sus miembros, cabeza, piés y alas y, en figura de mariposa empieza á volar y sustentarse del jugo de las flores con la asogada inquietud de movimiento y variedad deleitable de colores esmaltados, que se admiran en el picaflor. Como no ha llegado aun á su natural perfeccion, pasa del estado de mariposa al de pájaro y se viste de plumas, al principio negras, despues cenicientas, luego rosadas y últimamente matizadas de oro, verde y azul turquí, desenvuelve el pico que dicen algunos lo tiene arrollado en la cabeza y yo me inclino á creer que la trompa varia algo de figura, y se endurece y viste de naranjado: algunos curiosos observadores, han notado el estado medio y se han dignado prevenirme, que ellos mismos han visto una parte configurada con la de mariposa y otra con la de picaflor.

Mas notable es lo que refiere en la vida del Padre Almeida, el padre Simon Vasconcelos, como testigo ocular. Dice que vió unos gusanillos blancos sobre la superficie del agua, que primero se convirtieron en mosquitos; de mosquitos pasaron á lagartijas, estas to-

maron figuras de mariposas, y las mariposas se transformaron en picaflores. Si esta generacion es verdadera, de dos maneras acaecerá la produccion de estos animalitos: la primera como refiere el citado autor, y la segunda que imita la generacion de los pájaros, naciendo de huevos fomentados con el calor de las madres. No pone la picaflor hembra mas que un huevo, como aseguran algunos, y hoy veinticinco de Octubre de mil setecientos cincuenta y ocho, acabo de observarlo.

Valdecebro en su Gobierno de Aves y Francisco Lopez de Gomara, refieren que á la entrada del invierno busca el picaflor un lugar abrigado, y clavando los piés y pico en el hueco de alguna pared ó árbol, se pasa durmiendo todo el invierno. En Méjico, donde los Motezumas realizaban las obras del arte con las de la naturaleza, eran estimadas las plumas para los tegidos de oro: por lo cual habia superintendentes, que en tiempo de la dormida de los picaflores, los desplumaban para las maniobras de tejidos. Pero á la primavera ya les han crecido las plumas, y con ellas salen á compensar el reposado sueño de seis meses, con la inquietud bulliciosa de otros seis.

Los llâman los resucitados: pero, si no mueren, sinó que duermen, con mayor propiedad se les puede llamar los despiertos.

Entre estas dos especies, la una real por su dignidad, y la otra admirable por su pequeñez hermosa, es tanta la multitud de aves con que el Soberano Autor de la naturaleza, pobló las campiñas y coronó los árboles, que no es necesario mas argumento para persuadirnos que las miró con singular cariño. La multitud de faisanes y la inmensidad de perdices y martinetas, que abundan en todas partes, nos hace creible que sobre esta tierra llovió la infinita largueza del Criador. Las perdices para el regalo y sustento de sus habitadores, algo se diferencian de las de España; pero esa diversidad, compensan con la ingenuidad, con la candidez y facilidad con que se dejan coger, y en cierto modo provocan á que las cacen. Una sola caña con un lazo de plumas de avestruz,

basta para cazar en una hora veinte y treinta perdices; siendo tantas, que la multitud embaraza y cuando se quiere enlazar una, se ofrecen muchas á la vista y á la mano, y no acaba de resolver el cazador á quien poner el lazo.

Entre las aves de canto se hallan los gilgueros, las calandrias, los ruiseñores, los canarios, y el que llaman los guaranís Tieyubré, es muy parecido al canario, y con variedad de voces, tiple, bajo, tenor y contralto, canta suavemente al fresco y sombra de los árboles. Los cardenales, así dichos por un copete de color de grana que hermosamente corona su cabeza, son de canto suave, pero de brevísima duracion. Los papagayos, todos vestidos de gala con tanta variedad de finísimos trages, que fuera largo relatarlos.

Hácia el Paraguay, es tanta la multitud, que espesan como nubes el aire y embarazan el transcurso de los rayos del sol; estos son los taladores del maiz. Al menor descuido y en brevísimo tiempo, sentados sobre las cañas, abren las mazorcas, y con pródiga liberalidad dejan caer al suelo la mayor parte de los granos, ó por conmiseracion á una plaga inmensa de pajarillos que recogen las migajas ó desperdicios, ó porque su genio es desperdiciador de lo ajeno.

La Chuña entre las aves tiene muy principal lugar. Es de ánimo generoso, fácil de domesticar, y paga el hospedage conque le reciben, con el canto que hace á los que le hospedan en sus casas; imita los puntos de la música, pero invirtiendo el órden y empezando por donde acaba la escala de los principiantes. No es molesto á sus dueños: y él busca su mantenimiento, limpiando las casas y huertas de las sabandijas y víboras que las infestan con utilidad de los amos y diversion de los que miran su artificio en cogerlas. Tómalas mas abajo de la cabeza, y luego las estrella, fuertemente, contra alguna piedra, y cuando la tiene quebrantada, la toma por la cabeza, y con el pico que lo tiene muy fuerte acaba de matarla y se la come. Lo mismo hace con

los caracoles; pero si le ponen un huevo, lo deja caer con suavidad y se lo come con gusto. En medio de tan buenas calidades y muestras de humanidad, cuando se irrita encrespa las plumas del cuello, y se tira á los ojos del muchacho, perro y animal que lo provoca.

El Cochi entre las aves de estas provincias es el de mejor canto y á todos, escede en los trinos y quiebros. La figura promete poco bueno, pero bajo de un color oscuro, icasi semejante al de los tordos, conserva una voz suave, clara, alta y delicada con que entretiene á los aficionados. Se domestica fácilmente y por todo pasa con mansedumbre y sin enojo, con tal que al tiempo de la cria, ninguno se acerque al nido, porque entonces el zelo de sus tiernos hijuelos, le obliga á traspasar los términos de la urbana atencion, y no descansa hasta señalar con el pico la cabeza del que se arrima confiadamente.

A las aves de canto, se siguen otras de raras propiedades. El pájaro Campana, Guayrapú llaman los indios, propio de la serranía del Tape, es pequeño de cuerpo, de pluma blanca, y menor que una paloma. Ocupa siempre las copas de los árboles al reparo de las ramas para que no le tiren los cazadores. Lo particular es el canto, que imita con propiedad el repique de campanillas de plata. Carpintero dicen á un pájaro pequeño, de color oscuro, con gargantilla ó collarin amarillo, en unos azul, en otros negro de pico, colorado y amarillo. Anidan en los árboles mas duros, abriendo con el pico en los troncos concavidad suficiente para su domicilio. Sacuden con tanto aire los troncos con la dureza de los picos, que imitan propiamente los golpes de hacha, con que un robusto carpintero desbasta á fuerza de brazos las superfluidades de los maderos. Algunos dicen que si el nido se les tapa con alguna plancha de hierro, luego buscan la yerba que llaman de hierro, y hacen saltar la plancha. Pero este atributo no se hace creible, si primero no se nos muestra esta prodigiosa yerba, ó por lo

menos no se señala con puntualidad, el lugar donde se cria, y de donde la arranca el carpintero.

Peregrino es el Guacho, á quien dió el nombre su mismo canto, que articula esta voz: "guacho." Es del tamaño de las golondrinas, pero el color es pardo. El nido fabrica en barro, en los montes cerrados, y mas ordinariamente en serranías ásperas y escarpadas. No tiene cosa mas estimable que su escremento, cuya virtud es mas apreciable que el oro y todas las preciosidades del mundo. Sirve admirablemente para las quebraduras de huesos, y en poco tiempo, sin costo y sin los escesivos dolores de la tirana cirujia, suelda las roturas. Yo ví un muchacho á quien tres dias antes habia derribado el caballo sobre las piedras, y con el golpe se le quebró la canilla. Quejábase algo cuando yo entré en su chozuela, y preguntándole qué le aflijia, me respondió una vieja que, tres dias antes, cayendo del caballo se habia roto una canilla, que ayer habia salido y caminado, pero que por estar húmedo el tiempo (así es que garuaba) le dolia la pierna. Pues qué le has aplicado? le pregunté. El guacho hecho emplasto con un poco de miel de abejas, me respondió y con esto acostumbramos soldar las quebraduras. No obstante, como la vieja entendia poco de cirujia, pudo engañarse, juzgando que estaba quebrado el hueso, que realmente no lo estaba; y así aunque se le conceda al guacho alguna virtud, por los buenos efectos con que se usa, tanta actividad, y operacion tan presentánea, no me atrevo á concederle, si no se confirma con diligentes esperimentos.

El Tunca mas afortunado que los demas, pues ha subido á ser una de las constelaciones del mar del sur, es pájaro negro, camina á saltos, y tiene pico ancho casi dos dedos, listado de amarillo y colorado. Los ojos hermosean dos círculos de plumas, uno de blancas, y otro de azules, y debajo de la cola sobresalen algunas de finísima grana. Tiene mortal enemistad con los Cochís amantes de sus hijuelos, salen á la defensa, y se traba entre los dos una muy reñida contienda.

Algunos años se juzgó, que el tunca traia incomparable utilidad á la Provincia, porque comiendo las semilla de la célebre yerba del Paraguay, la fomenta con su calor, y fomentada nace despues, y crece la planta, pero la experiencia nos ha desengañado, y nos muestra que esta semilla sale envuelta en cierta gomadura, que se limpia en agua caliente, ó en cualquier estómago con la ayuda del calor vital que la derrite.

Entre las aves que deleitan con la hermosura de sus colores, se ofrece una cantidad innumerable de ellas, tan varias, tan distinguidas, y tan esmaltadas, que parece quiso Dios, nos sirviesen de escala para sublimar nuestras almas al conocimiento de su infinita sabiduria y bondad. La provincia del Tucuman no abunda tanto de estas bellezas y rasgos naturales del Soberano pincel; pero el Paraguay á cada paso ofrece un prodigio, y en cada prodigio, una peregrina novedad. El carmesí en el Nahañá y Araguyrá, es verde en el Mbaitá, el blanco en el Tapenduzú, el azul en el Piriquiti, el blanco con el oscuro en el Curetey; el negro con el amarillo en el Chichui: el conjunto, y complejo agradable de todos los colores en el Uruti.

Entre las aves de rapiña se encuentran las águilas de magestuoso vuelo, tan fáciles en la elevacion, como precipitadas en dejarse caer sobre la presa. Los alcones, rapaces veloces en el vuelo, y acelerados en el robo. Los gavilanes rampantes, con garras sangrientas para despedazar la caza. Los Caracarás presumidos, especie media entre el aguila y el alcon de magestuoso paso, y rápido vuelo. Los gallinazos carniceros, que participan de las propiedades del cuervo, tan desgraciados por su figura, como insaciables con lo que encuentran: siempre comiendo lo que hallan, y siempre hambrientos. El crecido Condor, sustituto de los cuervos y buitres de Europa, tan grande, que de punta á punta de las alas, tiene tres, y cuatro varas, tan atrevido, que despedaza una ternera, tan avisado, que acomete por lor ojos, y sacados, rom-

pe con la dureza de su pico el cuero y se acaba la ternera.

Entre los cóndores de Tucuman, y los cuervos del Paraguay, merece particular relacion, el cuervo blanco. No son muchos los que se hallan de esta especie: cual y cual solo se encuentra cano por los años, ó blanco por naturaleza. Los indios le llaman el cacique de los cuervos, porque de estos es mirado con acatamiento de soberano, y con atenciones de señor. Cuando la fortuna les de para algun cadáver, los cuervos negros respetan las canas del blanco, y no le tocan por urbanidad, hasta que el cacique (que sabe muy bien la atencion que se tiene con èl) tome para sí el mas regalado bocado, sacándole los ojos á picotazos y comiéndolos á solas, con harta envidia de los negros.

El avestruz merecia relacion separada, pero como de él tratàn muchos, omitimos su descripcion. En la figura se parece á las aves; en las otras propiedades, mas se asemeja á los animales que pasean los montes, que cruzan las campañas, y trepan las sierras: estos son los caballos, las yeguas, las vacas, los tigres, los leones, los leopardos, las cabras, las ovejas, los siervos, los venados, los gamos, las liebres, las vicuñas, los puercos monteses y jabalies. Animales todos conocidos, algunos con poca, otros con mucha diferencia de los europeos: ó porque las especies degeneraron en la comistion, ó porque la diversidad de temperamento los hizo bastardear de su primitivo orígen. Como estas especies son conocidas, omitimos su relacion por pasar á otras mas particulares.

El Anta ó Danta, es la que llaman Gran Bestia, ó es especie muy semejante, grande como un Garañon con orejas de mula, ocico de ternera, y una trompa de palmo, que alarga cuando se enoja y al parecer es el órgano por donde respira. Color leonado, manos y piés altos y delgados, hendidos como de cabras, con tres uñas en los piés y dos en las manos; tiene dos buches, uno vulgar en que recibe el alimento, y otro particular lleno de pa-

litos podridos; en este segundo se halla la piedra besoar, tan estimada para el mal caduco, y otras dolencias que hallan remedio en su virtud.

Esta piedra besoar, como la de los guanacos y otros animales, no tiene figura regular, ni determinado fundamento. Á las veces se encuentran vacias por dentro, y esto sucede cuando la fábrica se cimienta sobre materia que es de fácil disolucion: otras veces estriba sobre algun palito ó arena que sirve de pié á la fábrica y de cimiento á la obra; sobre este fundamento pone capas, y mas capas de jugos sacados de las yerbas que pase, y de los palitos que engulle. No es esta obra seguida, tiene sus interrupciones, y al pareeer la compone variedad de materiales que diversifican las hojas, enteramente en los colores. Toda la virtud medicinal de las besoares procede de las yerbas, y palitos, y el buche es el órgano ó alambique que estrae los humores y solida los jugos, sobreponiendo hojas á hojas de quintas esencias medicinales, y petrificando esos jugos para el uso de las curaciones.

Cuando utiliza el Anta, con su piedra á la medicina, y como algunos quieren con sus uñas, tanto damnifica á los solícitos sembradores, que lograrian pingües cosechas, si no fueran por estos animales que las persiguen y talan. Como es animal tímido y de espíritu limitado, no se atreve á aparecer delante del chacarero (así llaman por acá al que guarda los sembrados); pero acecha con infatigable vigilancia los movimientos del guarda, y cuando le reconoce ausente, entra confiado en la sementera, se ceba en ella, y en poco tiempo la acaba.

No es menos curioso el Oso-hormiguero, cruel perseguidor de las hormigas, cuyas repúblicas verdaderamente numerosas disminuye, y con industria impide que se multipliquen en nuevas colonias. Es á manera de puerco mediano, alto media vara, de color negro y blanco, con dos listas, que declinan en oscuro. La cola está cubierta de cerdas y como es larga y ancha, cuando la levanta sobre el lomo le tapa casi todo el cuerpo. La

cabeza imita la del puerco y remata en figura de trompa larga como un pié, en cuya estremidad tiene un agujero por donde saca su lengua de media vara. Este es el instrumento de que le proveyó la naturaleza para buscar con que vivir, porque prolonga su lengua y la mete por la boca de los hormigueros y cuando la siente llena de hormigas, la recoge hácia dentro de la trompa, y se las come muy á su placer, repitiendo una y muchas veces la misma diligencia.

Cuanto es cuidadoso en buscár de que alimentarse, tanto es perezoso y tardo en su movimiento. No le hace falta la ligereza para asegurar la presa, porque con industria y malicia la suple bastantemente, y aunque sea el tigre mas feroz, queda despedazado entre sus uñas. Para el combate se tiende de espaldas sobre el suelo, esperando que el tigre le acometa, y le recibe entre sus agudas y tenacísimas uñas, con las que lo abraza y no suelta hasta que lo despedaza. Pero si es feroz con los demás animales, con sus hijuelos es todo piedad; los toma con cariño sobre sus espaldas y los transporta de un sitio á otro, abrigándolos con su negra y ancha cola.

Semejante al oso hormiguero, en cargar su tierna familia, es el Sú ó Succarath, animal propio de la provincia patagónica. Es singular su figura, tiene cara de leon, que declina en la semejanza humana, con barbas que arrancan desde las orejas; su mole es corpulenta hácia los brazuelos y estrecha hácia los lomos. La cola larga, bien poblada de cerda, le sirve para defender y tapar sus cachorros, que carga sobre el lomo, para repararlos con la fuga de los cazadores; pero éstos abren hoyos profundos y cierran la boca con ramas, disimulando el artificio de las trampas. El su, ó sucarath, ciego en la fuga é incauto en la defensa de sus hijuelos, pisa sobre las endebles ramas y cae con ellas á lo profundo. Como no puede salir, y teme que sus cachorros vengan á manos de los cazadores, convierte sus iras contra los hijuelos, y con bramidos espantosos, procura amedrentar los cazadores. Pero estos, sobre seguro, le atraviesan con fle-

chas y se utilizan de los cueros contra los escesivos frios del país.

El carnero de la tierra, que en el Perú dicen Llama, es especie de camello, menos un tercio, pero sin tumor ó corcoba que lo desfigure. No tiene color determinado, y la especie admite indiferentemente toda la variedad, que se observa en los caballos; algunos hay blancos y negros, otros pardos y cenicientos. Sirve para el carguio y como el peso no esceda de tres para cuatro arrobas, y le dejen caminar á su paso, trasportará lejos las cargas caminando tres para cuatro leguas por dia. Cuando se cansa, confiesa humildemente su debilidad, echándose con la carga; pero si el conductor porfia en levantarlo, saca del buche cierta especie de escremento, y lo arroja á la cara del porfiado arriero.

El Guanaco tiene algunas propiedades del camello. Cuello largo y erguido, color castaño, lana corta y áspera, pero no inútil para los tejidos. Andan en tropillas, y para que todos pascan sin sobresalto, vela uno por todos y en descubriendo gente, relincha y previene á los demás que estén alerta, porque se descubren enemigos. Cria la piedra besoar confeccionada de jugos de yerba que busca con natural instinto picado de la víbora, como algunos dicen, no lo aseguro; pero se hace creible, que si las yerbas tuvieran virtud antidotal, las piedras besoares confeccionadas de sus jugos, tuvieran tambien esa calidad, y fueran específico apreciable contra el veneno de las víboras.

El Micurren es animal pequeño, pero caracterizado con una propiedad que le singulariza notablemente. En el ombligo cria una bolsa donde recoge sus hijuelos, y los abraza con dos membranas gruesas, que cierra y abre, encoge y estiende, segun los diversos ejercicios á que le destinó la naturaleza. Cuando se vé acosado recoge en la bolsa los hijuelos, y como la cárcel de carne es su ordinario domicilio, no estrañan el encerramiento, y mientras la madre pelea con esfuerzo y vence á sus enemigos, ellos se están mamando con toda quietud

y sosiego. Pero luego que la victoriosa combatiente, con el corage que infunden las entrañas de madre, ahuyentó á su enemigo, abre la bolsa y suelta á sus hijuelos para que participen el fruto de la victoria.

Entre las varias especies de conejitos propios del pais, unos domésticos que se dicen Coyes, otros campestres que llaman Apereas, el Cira, por sus malas propiedades, es muy célebre. Es el cosario de las selvas, y perseguidor de los siervos, contra los cuales arma sus celadas, los asalta aferrándose con tanta tenacidad del suceso que no suelta hasta sacarle los intestinos. Las viscachas asoladoras de los trigales, son otra especie de conejos grandes, tienen largo y ralo el pelo, á manera de cerdas con bigoteras prolongadas en el hocico: los piés son cortos, pero los menean con agilidad en la fuga. Habitan en profundas y subterráneas cuevas, con division de piezas altas y bajas, para su morada. No salen de dia, pero de noche dejan el retiro de sus cuevas y salen á la campaña á juguetear entre sí con fiesta y algazara.

El animal á la vista mas placentero es el que llaman Zorrino. Su figura es de perrillo de faldas, manchado de varios colores, y algunos con listas sobre el lomo. El hocico es punteagudo, y su habitacion en cuevas subterráneas, que socava con las uñas, y entre peñas, donde se esconde. Es halagüeño y tan agraciado, que convida á que le cojan, y solo su vista aviva la gana de tomarlo con las manos y encerrarlo en el pecho. Algunos que ignoran sus propiedades, prendados de su natural agrado le han cojido y con la esperiencia conocieron que, bajo una hermosa apariencia, se encierra una hediondez insufrible. Esta es la única arma de que le proveyó la naturaleza; porque, tardo para la fuga y pesado en el movimiento, cuando se vé perseguido derrama de un depósito que tiene de humor ardiente y fétido algunas gotas, con las cuales detienen al agresor. Si tal vez sucede que las gotas alcanzan al perro que le persigue, se enfurece, se inquieta, se revuelca como un desesperado contra el suelo, y no halla descanso hasta que ventilado el hedor se evaporiza,

No es menos célebre el Tatú, parecido en la figura á un pequeño lechoncito; pero las orejas son semejantes á las de mula, de donde le viene el nombre de Mulita. El cuerpo por la parte superior, está cubierto de conchas con labores resaltadas que distinguen los colores pardo y claro sobre el oscuro de las conchas. Estas conchas ó láminas, tienen muelles y resortes de que se sirve para cerrarlas y abrirlas á su placer, segun las ocurrencias y necesidades. Cuando se vé acosado se arma de sus conchas de donde le viene el nombre de Armadillo. Cerrando las láminas y metiéndose enteramente dentro de ellas, forma una bola, de donde se le origina el nombre de Bolita. Esta es casi la única arma para reparar los acometimientos del enemigo. En estas conchas estrechamente enlazadas y unidas entre sí, se quebrantan las armas de sus agresores, y con ellas solas se reparan de sus asaltos y tiros.

El Quirquincho es muy semejante al Tatu, pero se diferencia en que, por los muelles de las conchas, y por el vientre, le salen unos pelos largos á manera de cerdas. Mantíenese de carne, pero se ayuda de la industria para la caza. Cuando llueve se vuelve boca arriba para recoger agua; en esa postura se mantiene hasta que algun venado ó cervatillo aflijido de la sed llega á beber. Cuando este satisface ansioso la sed, cierra su concha y apretandole el hocico y narices, lo sofoca con la falta de respiracion. Es creible que tenga otro modo de alimentarse; porque en los meses de seca, en que no puede recoger agua del cielo, esta industria es nula y solo buena para perecer de hambre. Así el quirquincho, como el tatu, son admirables en la prontitud con que profundan en tierra. Algunos aseguran que en solo una noche prolongan sus cuevas hasta una legua; yo no me arrojo á tanto, contentándome con decir que una legua se camina fácilmente y con dificultad se socaba.

Monos hay de varias especies, diversos en el color y varios en el tamaño, todos juguetones y divertidos por sus ridículas monerías. Son muy ligeros y saltan de ár-

bol en árbol, y de rama en rama con agilidad estrema. Cuando el árbol á donde quieren pasar está muy distante se hacen por las colas formando y tejiendo una soga larga, que pende hácia bajo, y cimbrándose de un lado al otro, no paran de este ejercicio, hasta que el último se prende en el otro árbol. Como sobre de este último, descansan los demás, luego que aseguran alguna rama les comunica la nueva con una algazara, y les previene que puede desprenderse de un árbol y treparse con seguridad al otro.

Los Carayás son los mayores, y puestos en dos piés igualan la estatura de un hombre. Son muy atrevidos, y tal vez sucede que se descomiden con las mujeres y llegan á violentarlas. Los indios están persuadidos que fueron hombres, pero se trasformaron en monos por sus enormes maldades, y añaden que sabiendo hablar callan, maliciosamente, porque los españoles no les obliguen al trabajo. Sobre la ligereza para huirse cuando se ven perseguidos, tienen una arma defensiva, que la juegan con acierto, tirando con la mano el excremento al rostro del que los persigue.

Plaga es lo que abundan estos animales juguetones y no lo es menos la de los ponzoñosos y otros insectos que viven conjurados contra la vida y quietud del hombre. El venerable padre Antonio Ruiz se acordó ya en su Tesoro, verbo de mboy, señala once especies de víboras que matan, y no las refiere todas; unas son ovíparas, otras vivíparas, y es maravilla, que no multipliquen inmensamente, y hagan la tierra inhabitable. A una abrió el mismo Padre y le contó cincuenta viborones. Fecundidad tan rara especialmente, en paises húmedos y ardientes, debiera sobresaltar mas á los habitadores y habitantes, que se abandonan á dormir sobre el suelo, despues de una larga esperiencia de los muchos que han sido acometidos de estos enemigos ocultos y silenciosos, que avisan con el daño y no dan lugar á prevenir sus acometimientos.

Por eso sin duda á la víbora que llaman de Cascabel

proveyó la naturaleza de sonajas compuestas de huevecillos y escamas secas que meten ruido al caminar, y el ruido previene á los que están cerca, que se cautelen de este enemigo. Los naturales dicen, que cada año les sale un nuevo cascabel; lo cierto es, que cuando son mayores, tanto es mayor el número de cascabeles y sonajas, y que sino crece uno por año, se aumentan con los años. Algunas son largas vara y media, y las veces, dos varas, y gruesas como el brazo. El color es amarillo y negro, que asombra la piel, y la comparten con muchos cuadros Es mortal su veneno, y con solo picar en un pié, brota la sangre por los ojos, por narices y oidos.

Algunos dicen que los cascabeles aprovechan para el mal caduco y que desechos en polvos y tomados sirven para las colicas. Puede ser que la naturaleza que confeccionó el veneno en los colmillos, en las sonajas haya preparado virtud tan esquisita. Pero si tan fácil remedio se hallara para dolencias tan poderosas, su noticia se hubiera estendido mas, y fuera esta una de las drogas de botica que á poca costa nos librara de enfermedades tan penosas. Si se tarda en aplicar remedio á la picadurade esta víbora, tarde vendrá cualquiera que se aplique. Pero un cuchillo caliente puesto sobre la parte lesa, ó una raiz de nardo mojada, y tomado el zumo con un poco de aguardiente, templan su frialdad y embotan su efecto.

Mas formidable es el Curiyú. Su color es ceniciento, entreverado con espantosa variedad: largo tres, cuatro, y seis varas, corpulento á correspondencia. Cuando se siente hambriento se sube sobre los árboles y pone en la atalaya, tendiendo por todas partes la vista para divisar la presa; y cuando en proporcionada distancia descubre el venado, el corso ó el hombre, con increible ligereza se desprende del árbol, y se arroja sobre la caza. Su primera diligencia es asegurarla con sus roscas, que la envuelven toda alrededor, tan fuertemente que no es posible desprenderse de tan fiero enemigo. Cuélgase tambien de los árboles que están pendientes sobre los rios, arroja sobre el agua una espuma á

la cual acuden los peces, y cuando los tiene descuidados en el cebo, se desenrosca con estraña ligereza y hace segura presa en ellos.

Los indios viven persuadidos que este culebron renace de sí mismo, y en efecto la apariencia es grande, y sucede de esta manera. Como es tan voraz, y el natural calor no basta á digerir cuanto engulle, despues de harto se enrosca al tronco de algun árbol, ó se tiende sobre el suelo, el vientre contra el sol. Corrómpese el animal que engulló, y la corrupcion se comunica á los intestinos del curiyú, y uno y otro empieza á hervir en puros gusanos vivos, que se pasean, grandemente, sobre su largo cuerpo. A los gusanos acude multitud de pajaritos carnieceros, los cuales acabados aquellos, se ceban en las carnes del culebron y le dejan en puros huesos, sin movimiento ni señal de vida. Pero poco á poco, con algun principio de vitalidad, que conserva á lo largo del espinaso, como es creible, empieza á recobrarse y vestirse otra vez de carne y cuero como antes, y esto es lo que los indios llaman renacimiento.

Algo se parece el curiyú al Mboy-cuatía, culebra de tres para cuatro varas, que habita entre malezas pantanosas, desde donde arma celadas, y atalaya para asaltar la presa con increible ligereza y envolverla en sus roscas. Lo malo es que de la estremidad de la cola, sobresale un hueso como navaja, con el cual hiere al animal, y al hombre hasta matarlo. Si el animal que apresó hace resistencia para que no le arrastre á los matorrales, el Mboy-cuatía se debilita, suelta la presa, y con presteza vuelve al agua para humedecerse, y torna con agilidad á la reñida contienda. Los indios procuran que no les enrosquen los brazos para tener sueltas las manos y cortarles las roscas con el cuchillo antes que les hiera con el hueso de la cola.

Mayor que el curiyú y el mboy-cuatía, es el Ampalaba, que algunos llaman culebra boba; por lo menos si no es boba lo parece. Su movimiento es tardo, y á veces ninguno, porque entorpecida y perezosa, se está mucho

tiempo sin menearse con la boca abierta: propiedad de bobos, que se paran con la boca abierta á papar viento. A nuestra ampalaba no le hace falta la ligereza del movimiento para apresar el raton campestre, el fugitivo corso y ligero venado. Con solo levantar la cabeza y registrar los animales que pasean la campaña, y las aves que cruzan los aires, sin moverse del sitio que perezosamente ocupa, tiene segura la presa. Algunos dicen que con el aliento ponzoñoso que despide, quita la vida á los animales, y muertos se ceba en ellos; pero la esperiencia enseña, que la presa violentamente es traida y que llega viva á su boca.

Tal vez ha sucedido que un pajarillo en medio de su veloz vuelo por los aires, por los cuales libremente agitaba sus álas, se halló repentinamente detenido, y contra el propio impulso tirado hácia la boca del ampalaba; Pero cortado el aire, que mediaba entre la culebra y la presa, tomó otra vez vuelo, y siguió libremente su movimiento: efecto que no puede proceder de aliento venenoso, pues este obraria atolondrando y matando, y de cualquier manera caeria la presa perpendicularmente al suelo. Lo que se vé y observa es, que tirada la presa al través del aire, hácia la boca del ampalaba. con solo cortar el aire el venado, y ave, queda libre para el efugio, y no quedaria, si no consistiese en virtud atractiva, que tira hácia sí toda la línea recta del aire. que empieza en la boca del ampalaba, y se termina en la presa que atrae.

Cuanto es corpulenta el ampalaba, tanto es pequeño el Uguayapí, especie de víbora de veneno tan ejecutivo, que en pocas horas mata. Con esta víbora tiene irreconciliable enemistad el macangué, el cual de la ala hace rodela, y metiendo el pico por entre las plumas, se arroja sobre el ugayapi y le acomete, pero la viborilla se vale de agilidad y viveza para los asaltos del macangué, y herirle donde puede, derramándole en la sangre su activo veneno.

La Víbora de dos cabezas es larga media vara, y grue-

sa igualmente por las dos estremidades: sobre el campo ceniciento que cubre toda la piel, se descubre un jaspeado de colores oscuros, pero vivos. Cuando quiere avanzar terreno y saltar para herir, forma una media luna, y estribando sobre la barriga, se tira á larga distancia, con un resorte, que sin duda procede de algun muelle ó juego particular que tienen los huesos del espinaso. Es muy temido su veneno, y mas lo fuera, si fuera verdad averiguada por la esperiencia, que, como se dice, tuviese dos cabezas. Yo lo he observado con esquisita diligencia, y noté que la una es real y verdadera y la otra de perspectiva, pero tan viva y admirable, que engaña y hace creer que la pintada es verdadera. Por ventura, en algunas partes tendrán dos cabezas, y seria bien que despues de un exámen curioso, desengañasen al público, haciéndole ver, que tambien la especie de los reptiles, tiene mónstruos de duplicadas cabezas.

Víboras Fraylescas, llaman á unas de color pardo ó ceniciento, largas mas de vara, y algunas gruesas como la muñeca. Su veneno es mortal, y son temibles, ya porque acometen sin ser hostigadas, ya porque cruzando los caminos las confunde el color con la tierra, y no dan lugar á prevenir sus acometimientos. Corales llaman en algunas partes á otra especie veteada con pintas negras, amarillas, verdes y azules, de tanta viveza que, cuando caminan, hieren la vista con la repercucion de los rayos solares. Hay otras muchas especies de culebras, víboras y lagartos, unas venenosas, otras que no lo son; y á esta última pertenece la Iguana, cuya descripcion se halla en varios autores.

A estos animales, son inmediatos otros que llamamos plagas infestadores. Las langostas que talan los sembrados y pelan los árboles, merecen especial relacion, no por lo particular de la especie, sinó por la multitud que llega á cubrir el sol y el cielo, mas de lo que alcanza la vista. Cuando saltona, cubre enteramente la tierra: yo he visto que tapizaba la campaña á lo largo de mas de diez leguas, cubriendo la superficie de la tierra, los

troncos y ramas de los árboles. Es animal voracísimo, siempre comiendo y nunca satisfecho, porque cuanto recibe tanto despide y arroja. Es increible la prontitud con que talan la huerta ó monte donde hacen asiento, y en espacio de pocos credos, he visto pelar un bosque espeso, supliendo la voracidad y multitud á la pequeñez del talador.

Las hormigas son otra plaga contra los sembrados, y trabajo de los vivientes. Las unas por comunes no merecen particular relacion, pero sí las otras, y entre ellas el primer lugar ocupa el Tahiré, de estraña pequeñez, color negro y azogada viveza. Sale cuando quiere llover y así son prenuncios de lluvia venidera. Luego que abandonan sus cuevas, cuidan de buscar los escondrijos y agujeros, que son morada de grillos y otras sabandijas, no para fijar su alojamiento en ellos, sino para apoderarse de su legítimo dueño, y prevenir en sus carnes un regalado banquete. Como son muchos, y la multitud hambrienta de tahires recarga sobre ellos, inexorables á sus quejidos y sin admitir ninguno á cuartel, con todos acaban, y en sus carnes tienen espléndido convite. Si acontece que entran en la cama del que duerme con reposada quietud, presto le despiertan, y por via de composicion, es necesario desocupar el lecho, y mudar alojamiento por no verse acabado de estos animalitos.

Otras hay que los guaranís llaman Yzaú, y merecen el nombre de taladoras. Tres estados podemos distinguir en ellas: el primero cuando chicas recien salidas del huevo: estas cuanto tienen de pequeñas tienen de rabiosas, y se ceban con insaciable hambre, en cuanto encuentran. Desdichado el muchacho que ló hallan descalzo: lo acometen, lo hincan con sus dientes y por mas diligencias que ponga en desprenderlas, no soltarán hasta ensangrentarle. Estas tienen la incumbencia de abrir el agujero y ensancharlo para que los mayores salgan sin tropiezo, y tengan algun descanso en la fatiga laboriosa de su agradecida familia.

Por el agujero salen unas hormigas con alas á manera

de avispas, y en ellas se verifica, que para su mal le nacen á las hormigas las alas: porque ó son de limitada duracion por naturaleza ó acaban sus dias en el vientre de los pajarillos, especialmente de la tijereta, que hallan delicado pasto en estos volantes ejércitos. Tras estas, salen otras que constituyen el tercer estado, y son las madres hormigas que solo toman alas para dilatar con nuevas colonias la familia, y buscar lugar retirado para el establécimiento de una poblacion numerosa. Es poco lo que vuelan, porque luego se les caen las alas, y ellas caen á tierra con el peso de una bolsa, grande como un garbanzo, que encierra los huevos destinados á propagar la especie.

Como son muy laboriosas, empiezan luego con sus patillas á cavar la tierra, y en la profundidad de una cuarta dejan los huevos, los bastantes para fijar los fundamentos de nueva poblacion. Continúan el ejercicio de cavadores, profundando la cueva, y allí dejan segunda porcion de huevos. De esta manera, profundando mas y mas, hasta dos brazas, (rara industria y teson infatigable) una sola madre hormiga propaga la especie con numerosas colonias. ¿Qué habitacion previene el yzaú para sus tiernos hijuelos? ¿Qué alimentos prepara á tanta multitud? ¿Cómo una sola madre fomenta tantos huevos depositados en tantos lugares? Es misterioso arcano que no nos consta: lo cierto es que aunque no alcancemos los caminos de la naturaleza, ella no espera la humana direccion para plantear soberanas ideas, y pasarlas á ejecucion.

Yo me contento con poner á la vista la admirable arquitectura de nidos que fabrican las hormigas, para establecerse, con seguridad, en los anegadizos de los Xarayes. Como el terreno está espuesto á inundaciones, donde el agua sube mucho, fabrican su morada sobre los troncos de los árboles. La materia es de barro, y las mismas hormigas hacen oficio de cargadoras, que llevan el material, de amasadoras que lo templan, de albañiles que lo aplican con proporcion, tan compasada, y divi-

sion de piezas tan justa, que exede la mas delicada arquitectura. Aunque todo el material es de barro, tiene consistencia de piedra, y resiste á las aguas, de suerte que no penetran la obra. Como la clausura no es perpetua, y su naturaleza pide salir á respirar aires mas frescos,. y juntar provisiones para el invierno, cada hormiguero tiene un cañon, ó conducto interior por donde puede salir, pero no entrar el aire.

Donde las aguas no suben tanto, pero el terreno está espuesto á inundaciones, eligen un montecillo elevado y sobre él cimientan su fábrica de barro en figura de torre, de dos para tres varas de alto. Esta torre por dentro está hueca y al parecer sirve solamente para albergarse en tiempo de crecientes, porque entonces las aguas penetran su habitacion subterránea, y se ven precisadas á subir al torreoncillo con la seguridad que está bien argamasado, y capaz de resistir á las agnas que azotan al pié, y bañan el fundamento de la obra.

Antes de apartarnos de los Xarayes, será bien referir otra especie de hormigas, que se halla desde el rio Tacuarí hasta los anegadizos. Críanse en este espacio ciertos árboles, á los cuales los portugueses llaman árboles de la hormiga: son frondosos y lozanos; y su hermosura convida ámirarlos y tocarlos, pero cuando la vista no se harta de mirarlos y tocarlos, embelesada con su admirable lozanía, el cuerpo todo se llena de hormigas que estaban sobre los árboles; y como si el contacto inquietara su quietud, se convierten contra los perturbadores en su reposo; y como cada uno de estos árboles está cargado de innumerables hormigas, son muchas las que se desprenden para herir al que osado se atrevió á tocar el árbol.

Otras hormigas hay, que aunque las llamemos plaga por el daño que pueden causar en las sementeras, pero son tolerable por la utilidad que acarrean: hállanse en pocas partes, y hasta ahora solo se sabe que se encuentran hácia la Villa Rica. Estas son fabricadoras de cera que crian en unas bolitas sobre las plantas, llamadas Gua-

birámirí, donde las recogen los Villenos, y derretidas al fuego se endurecen en cera blanca. De ella se hacen velas, pero su luz no es mucha, por ventura á causa de su dureza, que no se derrite fácilmente, ni tanto que pueda nutrir el pavilo y llama. Podria suceder, que si algun fabricante la beneficiase, la esperiencia le descubriria el modo de purificar la cera y aumentar la luz. El Iltmo. Señor Palavisino, obispo del Paraguay, presentó algunas de estas velas al padre Bernardo Husdorfer Provincial de esta Provincia, y este al padre Ladislao Oros, Procurador á las Cortes de Roma y España, para que pasase este invento americano al viejo mundo.

La plaga de los mosquitos no se conjuran contra los sembrados, pero se arma contra los vivientes y quietud de los viajantes. Los unos con la frotacion de las álas meten ruido tan confuso, que despabilan el sueño. Los otros con sus aguijones chupan la sangre, y en pago de licor tan estimable que se llevan, dejan el precio de ardientes ronchas y escozor, que mortifica y aflige por mucho tiempo.

No hay reparo ni defensa contra su astucia: burlan la clausura de los mosquiteros, y cuando no hallan resquicio para entrar á cebarse á satisfaccion, meten su delicado agijon por entre los hilos de los tejidos. El humo dicen que los ahuyenta; pero ese alivio que niegan algunos, es tan costoso que se puede dudar si es mas molesto el humo sin mosquitos, ó los mosquitos sin humo.

Los reales demarcadores que subieron Rio Paraguay arriba, observaron que entre las tinieblas del humo lograban la oportunidad de hincar sus aguijones á hurtadillas, para satisfacer su hambre. Sin embargo, los que habitan en Santa Fé, sus vecindades, y otras partes, gustan de aires mas frescos y puros, y no consienten el ambiente ofuscado con humos. Puede suceder que la imaginacion de los patricios, disminuya el número por hallar algun alivio, mas aprehendido que real, contra enemigo tan impertinente. Pero siendo de una misma especie que los

que se hallan en otras partes, es creible que tanto en unas como en otras, tanto cercados de humo, como sin él, mantengan la vida propia con sangre agena.

Otra plaga bien ordinaria en todas partes de estas provincias, es la de los Piques ó Niguas, especie de insectos en figura de pulgas, pero menores que ellas; unos negros, otros blanquecinos, mas mordaces, y de acrimonia mas eficaz. Como son tan pequeños hallan fácil entrada, y con delicadeza se insinúan entre cútis y carne; donde en cuatro ó cinco dias fabrican una overa cubierta de una túnica blanca, y delgada llena de pulgoncillos, con una abertura por donde sacan los piés y la boca para chupar incesantemente la sangre.

Cuando la overa llega á estado de reventar, en poco tiempo se estiende por el cuerpo los pulgoncillos, y empiezan á insinuarse entre cuero y carne, formando bolsitas llenas de huevos con la misma brevedad que la primera nigua, con una procreacion tan numerosa que cubre de insectos el cuerpo y le encienden en una rabiosa comezon que últimamente privan de la vida. Los que lo han esperimentado aseguran que uno solo que pique las estremidades de los dedos, hace inflamar las glándulas de las ingles y no tiene mas remedio que sacar la nigua. Esta operacion, de que pende el alivio, se efectúa descarnando con una aguja la bolsita y pulgon y sin reventarlo se saca con todas las raices y ligamentos que la unian inseparablemente á la carne y membranas.

Estas son las plagas, estos los animales, estas las aves, estos los peces, las plantas y árboles, con que el Soberano Hacedor pobló las campañas, los bosques, los rios, y lagunas de esta provincia, habitacion antigua de muchas gentes bárbaras, aunque se ignora la época de su establecimiento en estas partes. Algunos con febles congeturas han procurado averiguar el orígen de las naciones americanas; pero siendo este punto histórico, uno de los arcanos mas ocultos, y careciendo enteramente de sólidos principios para ser hecho, juzgamos que, omitida esta

disputa, mas dignamente podemos dar principio á la narracion con la primera entrada de los españoles al descubrimiento de estas provincias.

ADICIONES

AL LIBRO PRIMERO DE ESTA HISTORIA

NÚMERO PRIMERO

El primero que fué señalado para escribir la historia de la Provincia es el religiosísimo padre Juan Romero, el cual no puso mano en ella por estar ya entrado en edad, y me persuado que poco despues se agregó á Chile, en la separacion de las dos provincias. Siguióse el padre Juan Pastor escritor diligentísimo, el cual trabajó dos tomos de folio, y llega hasta el año de mil seiscientos catorce; pero su obra no salió á luz, y es muy digna de fatigar las prensas, por su verdad y pureza de estilo.

Síguese el padre Diego de Boroa. Pero este no hizo poco en trabajar las vidas de los padres Marciel de Lorenzana, Roque Gonzalez de Santa Cruz y Pedro Romero. Además de esta tarea tomó el viril afan de postillar los papeles del archivo de Córdoba, con algunas notas que les concilian el crédito de verídicos. El padre Nicolás del Techo es el que adelantó la historia y llegó al año de mil seiscientos cuarenta y cuatro: pero como toco de paso la conquista y los gloriosos hechos de los conquistadores primeros, insistieron siempre los padres en que se escribiera una historia completa.

Para lo cual sucesivamente fueron señalados, los padres Pedro Cano, del cual se conservan algunos frag-

mentos. Diego Lezana y Juan Bautista Peñalva, el cual no tomó la pluma para empezar la historia. El padre Lezana la adelantó bastante, pero por justos respetos que le movieron, la mandó entregar á las llamas. El último que trabajó la historia fué el eruditísimo padre Pedro Lozano, sugeto versadísimo en todo género de lectura, lleno de noticias sagradas y profanas, varon de los que raras veces produce la naturaleza para admiracion de los siglos. Escribió en dos tomos las conquistas, que hasta ahora no han visto la luz pública y otros de nuestra historia.

NÚMERO SEGUNDO

Véase á fray Gregorio Garcia en su eruditísima obra del orígen de los indios, en la cual nada deja que desear.

NÚMERO TERCERO

De los gigantes han escrito varios autores, los cuales alegan tales vestígios que cada dia se descubren, que nos vemos precisados á admitirlos, no existentes de presente, sino en tiempos antiguos, para lo cual no es necesario admitir que pasaron gigantes á las Indias, pues del ayuntamiento de varon y muger algo corpulentas pudieron nacer; enseñándonos la sagrada escritura que del congreso de los hijos del hombre é hijas de Dios, tuvo orígen la raza de gigantes, varones famosos en el siglo de Noé.

En nuestra Provincia es creible que los hubo, hacia el estrecho de Magallanes, donde el insigne Piloto Juan Fernandez, como testifica nuestro eruditísimo Cordeiro en su Historia Franciscana, libro 6.°, capítulo 16, cojió dos, hombre y mujer y los llevó vivo á España. Tambien parece cierto que los hubo en el valle de Tarija, como dice D. Lorenzo Suarez de Figueroa, gobernador de Santa Cruz de la Sierra, y convencen los vestigios, que frecuentemente se descubren. En mi poder tengo una

certificacion original de D. Felipe de Poveda, el cual hablando del valle de Tarija dice: hállansen en algunas partes, osamentas de gigantes.

Hácia el Carcarañal ya insinuamos que se encuentran vestigios de cráneos, muelas, quijadas y canillas que arguyen gigantada grandeza. Les primeros conquistadores hallaron, entre los Timbues, tradicion de gigantes, que embarcados en el Paraná desaparecieron y no los volvieron á ver mas. Vestian pieles de animales, no tenian barba y cada uno comia por cincuenta de los indios ordinarios; se mantenian de la caza, para la cual les ayudaba la ligereza en la carrera y sus desmedidas fuerzas, con que arrojaban á larga distancia, las saetas.

Sobre la estatura de los gigantes es necesario discurrir con alguna variedad. Hay en este grémio unos mayores que otros, como entre los hombres de mediana estatura. Las reliquias que de ellos nos han quedado, arguyen notable variedad de estatura. Que altura tan desmedida no corresponderá á aquel gigante cuyo cráneo se abria en una circunferencia tan dilatada, que metiendo una espada por la cavidad de los ojos apenas alcanzaba al cerebro, como testifica el ya nombrado D. Lorenzo Suarez de Figueroa, testigo ocular de la esperiencia. Por la canilla de otro, hecho geométricamente el cálculo, se inferia una estatura tan elevada, que incado de rodillas en el pretil de la iglesia del Colegio Máximo de Córdoba, alcanzaria á recostarse de codos sobre el umbral de la ventana del coro, que tendrá doce para catorce varas de altura.

NÚMERO CUARTO

El padre Simon de Vasconcelos en el libro primero de las Cosas Memorables del Brasil, habla, con buena filosofía, del color aceitunado de los americanos, tomando ocasion de la respuesta de los mismos indios á esta pregunta: como no habian conservado el color de sus mayores? Tomad, dijeron ellos, tomad nuestros

trabajos. Vosotros, andad desnudos, al sol, al agua, y demas inclemencias del tiempo, y vereis que presto mudais de color.

NÚMERO QUINTO

Con un interrogatorio, que á peticion del padre Francisco Diaz Taño, mandó hacer don Pedro Baygorri, gobernador de Buenos Aires, depusieron los testigos, hombres prácticos del país, que habian comunicado mucho con los indios, que siempre tuvieron caciques, á los cuales miraron con acatamiento y respecto. Por lo cual, aunque algunos españoles emparentaron con ellos, casando con sus hijas, no perdieron punto de su nobleza, y fueron despues honrados con hábitos, como don Juan de Vera y Aragon.

Si muerto el cacique, no deja hijo grande que pueda gobernar, eligen sustituto para el mando, al cual repiten frecuentemente, lo es el párbulo. Pero si muere sin sucesion, cuesta no poco hallar quien tome la invertidura y dignidad de cacique, porque siempre le dan en rostro con el lado de su nacimiento.

Muerto sin heredero un cacique en el pueblo de San Ignacio, quiso el señor Gobernador nombrar un indio de prendas y mérito para ello; pero él no quizo, diciendo: "A mí no me está á cuento ser cacique: porque los indios se mofarán de mí, y me dirán, que no soy cacique, sino de papel.

En atencion á esta nobleza en ellos, en los padrones se dá á los caciques el título de Don y lo mismo hacian los señores gobernadores, y reyes católicos, tratándoles con términos decorosos, debidos á su dignidad. Por la misma causa don Andrés Garabito de Leon, oidor de la Real Audiencia de Chuquisaca y visitador general del Paraguay, en diez y seis de Mayo de mil seiscientos cincuenta y tres, proveyó auto en que exime á los caciques de tributo, primogénitos, segundones, y demas hijos. Lo mismo confirmó don Pedro

Baygorri, gobernador y capitan general del Rio de la Plata en 6 de Marzo de 1659. Pero este privilegio se limitó, á solo los caciques y primogénitos por cédula fecha en Lerma á 2 de Noviembre de 1679.

NÚMERO SEXTO

Los orejones que havitan la isla de este nombre se rasgan la parte inferior de las orejas, y metiendo tarugos, unos mayores que otros, las alargan tanto que llegan á tocar en el hombro.

NÚMERO SÉPTIMO

Algunas naciones cuando se embriagan depositan las armas en las manos de los mozuelos y mozuelas, á quienes, no se les permite beber, para que cuando sus padres están borrachos, guarden fielmente las armas.

LIBRO SEGUNDO

DE LA

Historia del Paraguay, Rio de la Plata y Tucuman

DECADA PRIMERA

Parte Única

SUMARIO

I Juan Diaz Solis descubre el Rio de la Plata.—II. Muere á manos de los charruas.—III. Sebastian Gaboto prosigue el descubrimiento.—IV. Levanta algunas fortalezas.—V. Rescata plata de los guaranis.—VI. Orígen del nombre del Rio de la Plata.—VII. Gaboto se alza con el Gobierno contra Diego Garcia.—VIII. Y despacha sus gentes á la Corte.

Casi al mismo tiempo que el incomparable Hernan Cortés daba principio á su conquista en la América Septentrional, dilatando los límites de la antigua España, con los reinos y provincia de la nueva, Juan Diaz Solis descubrió otros muy dilatados, y extendió en la América meridional los dominios de la monarquía española. Era Juan Diaz Solis natural de Lebrija, y célebre por sus operaciones cosmográficas, que le merecieron el título de Piloto mayor del Reino, en tiempo de Don Fernando el Católico. Como práctico y afortunado

le ocupó en gloriosas expediciones, en una y otra parte de la América, y descubrió nuevos mares y tierras, de las cuales tomo posesion por la corona de Castilla, con solemnidades acostumbradas.

Dominaba en su corazon el vano apetito de gloria humana, y el ambicioso deseo de ser preferido á los coetáneos, y como esta pasion, fácilmente declina en culpable, y traspasa los términos de la justa equidad, lo hizo delincuente intentando derribar á los beneméritos, del grado de estimacion que pretendia para sí. Pero le sucedió lo que á muchos, que el anhelo de subir les hace sentar el pié sobre falso, y caen por tierra; porque Juan Diaz Solis se hizo sospechoso con su ambicion, y cayó por algun tiempo en desgracia del Monarca, hasta que la memoria de los méritos pasados, y la necesidad que se tenia de su persona, le conciliaron segunda vez la real confianza, y le merecieron algunos empleos dé honor. Entre otros se le fió el descubrimiento de algun estrecho que facilitara el paso á las islas de la Especeria, que entonces ocupaban las primeras atenciones.

Con este destino zarpó del puerto de Lepe por Octubre de 1515, y costeando el Brasil, entró el siguiente año en el magestuoso Paraná Guazú, nombre que usaban los naturales para dominar al que hoy llamamos Rio de la Plata, y, por entonces, su primer descubridor le nombró Rio de Solis. Algunos adelantan el primer descubrimiento del Paraná. Otros pretenden robarle á Solis esta gloria.—Pero la poca sinceridad de los unos, y ninguna firmeza en los fundamentos de los otros, hace creible que á las veces al escritor gobierna la pasion que le ciega, y no la verdad que se busca. Claudio Bartolome en su Orbe Marítimo, se la atribuye á Américo Vespucio, y añade que en el Paraná encontró islas ricas de preciosas piedras y minas de plata.

Pero este autor que, sin testimonio fidedigno, pretendió quitarle á la nacion española la gloria de este descubrimiento, por atribuirla á los portugueses, pudo fácilmente desengañarse, con la leyenda de una carta del mis-

mo Vespucio, escrita á su corresponsal Pedro Solderini, por la cual consta que no pasó de los treinta y dos grados de altura. Y así será preciso confesar que el Paraná mudó de boca de los treinta y seis grados de elevacion. Que el Rio que descubrió Américo Vespucio, era otro mas inmediato á la línea y tan previlegiado, que formaba islas de perlas y en ellas habia ricos criaderos de plata.

Á nuestro Paraná no ennoblecen tan bellas calidades; alarga su corriente con una boca de cuarenta para sesenta leguas, hasta los treinta y cinco y treinta y seis grados: todas sus perlas, y minas son un riquísimo teroso de aguas delicadísimas, que le asemejan á un mar dulce.—Tiene bancos y forma islas, no de perlas ni de ricas minas de plata, sino vestidas de arboles y esmaltadas con toda la lozanía de una alegre primavera, circunstancias que no omitiera Vespucio en la carta de Pedro Solderini, y ellas nos sirvieron de regla para atribuirle la gloria de primer descubridor, con la cual, sino se muestran instrumentos de mayor autoridad que los de Claudio Bartolome, se alzará nuestro Juan Solis, penetrando, primero que todos, en una carabela al Paraná Guazú, y explorando sus amenas riberas.

Los paisanos que discurrian á lo largo de la costa, quedaron sorprendidos con la novedad de las embarcaciones, y picados de curiosidad, se convocaban los unos á los otros, con pretesto de registrar que gentes eran los advenedizos y estrangeros, cual el peregrino trage que vestian, y que género nuevo de ciudades acuátiles conducian por el Rio. A la voz y fama que corria de boca en boca, salian de sus chozuelas, las manos ocupadas de frutos de la tierra para ofrecer á sus huéspedes á los cuales se los presentaron, y dejándolos sobre la Playa se retiraron á una ceja de monte que estaba inmediato. Todas las circunstancias persuadian un recibimiento cariñoso de quien pretendian insinuarse en el corazon de los estrangeros, para el entable de mútua correspondencia.

Nada menos que eso pensaban los infieles charruas, nacion pérfida y de intenciones reservadas, que entónces se dilataba por la costa septentrional del Paraná hácia el Uruguay, y tirando al oriente hasta las cabezadas del Rio Negro. Al presente discurren por el conmedio, que deja la Laguna Iberá, el Paraná y Uruguay. Viven de lo que cazan y hurtan para tener con que vivir. Visten pieles de venados y tigres, de las cuales cosen mantas y Tipois, que cuelgan del hombro, con alguna decencia y poco reparo contra las inclemencias del tiempo. Saltean los caminantes, les roban lo que llevan, y á veces les despojan de la vida. No se sabe que conozcan á Dios, pero es constante que en sus borracheras invocan al demonio.

Son grandes inventores de engaños y traiciones, disimulando el mayor engaño y traicion que urden, con el mayor beneficio que alcanzan. No se lo persuadió así Solis, prendado de aquella apariencia de hospitalidad cariñosa con que, fingidamente, celebraban su arribo. Confiado, pues, en tan amigables demostraciones, y sobre el seguro de fingidas apariencias, saltó en tierra con pocos compañeros, él sin armas y ellos desarmados; entónces salieron los charruas, repentinamente de los montes, y mataron á Solis y sus compañeros, y se los comieron crudos á vista de los que estaban en la carabela, testigos del hecho; pero no vengadores del bárbaro atentado.

Fin á la verdad lamentable, y primera tragedia del Rio de la Plata, que se pudo evitar con la respetable presencia de las armas. Lunar no de mucha consideracion, en vista de tantas demostraciones de sinceridad, pero que de algun modo oscurece las glorias de este héroe, mas afortunado en sus principios y medios, que en los fines: pudiéndose decir de él, que descubrió mucha tierra en vida y le faltó un palmo en muerte, para honrada sepultura. Los de la carabela, temiendo semejante infortunio, retrocedieron en busca de la capitana, que se habia quedado sobre las áncoras en la Isla de

San Gabriel, y tomando acuerdo resolvieron volver á España, donde con la primer noticia del Rio de la Plata, comunicaron la infausta muerte de su primer descubridor, y crueldad de los naturales.

Hallábase á la sazon la monarquia combatida por todas partes. Del alboroto de comunidades, se empezaban á levantar algunas llamaradas, que se recelaba tomasen cuerpo y abrasasen el reino: las guerras, parte de los estraños y parte civiles, divertian el ánimo á puntos de mayor momento, de que estaban pendientes la corona de España y estados hereditarios del César, cuya ausencia suplian á medias el cardenal Fr. Francisco de Cisneros y el dean de Lobayna Adriano, con dictámenes poco acordados en materia de gobierno. Motivo único de retardarse la prosecucion de la conquista hácia el Rio de Solis. Ni era conforme á razon entrar en nuevos cuidados cuando la corona no estaba segura sobre las sienes, y los alborotos domésticos avocaban hácia sí toda la vigilancia del monarca.

Casi diez años pasaron en que el Rio de Solis no mereció un recuerdo en la memoria del Emperador. Pero, si este divertido en los empleos y glorias de Marte, lo echó en olvido, lo tuvo presente el Serenísimo Rey de Portugal, en quien se traslucia inclinacion á estender para esta parte sus dominios con nuevas conquistas. Con esta noticia que divulgó el rumor, y pasó de Portugal á España. El César, que era el magnanísimo y vigilante de los adelantamientos de la corona, miró el descubrimiento del Rio de Solis como negocio importante de su reinado, contando entre sus felices acuerdos, en prevenir en las diligencias de la conquista, á una potencia estraña. Para lo cual dispuso con toda brevedad una armada que continuase con mayor fortuna que Solis sus descubrimientos.

Nombró capitan de ella á Diego Garcia, vecino de Moguer, acompañado de Rodrigo de Area, piloto afortunado, imponiéndoles obligacion de repetir segundo viaje, y de buscar á Juan de Cartagena y á cierto clérigo fran-

cés, que abandonó por sediciosos el famoso Magallanes, arrojándolos hácia la Bahía de San Julian. La armada salió del Cabo de Finisterre en quince de Agosto de 1526. Pero las aventuras de la navegacion, que rara vez faltan, la demoraron tanto en llegar al término deseado, que Sebastian Gaboto le previno entrando primero al gran Rio de Solis.

Era Sebastian Gaboto veneciano de nacion, cosmógrafo inteligente y práctico en la marina, sugeto verdaderamente hábil, de sagaz entendimiento y penetrativo discurso. Despues de Colon, inferior á ninguno de los contemporáneos en la hidrografía y astronomía. Le dominaba la ambicion de gloria humana y el apetito de riquezas, y uno y otro le hicieron poco afortunado. Descubrió la tierra de Bacallaos, y de ella tomó posesion por Enrique séptimo rey de Inglaterra. Prometióse el glorioso descubridor un premio que felicitase su fortuna y digno de su oficiosa láboriosidad. Pero la recompensa no fué competente á los méritos, ó fué inferior á la esperanza; y abochornado el ánimo, se ausentó de Lóndres para mejorar fortuna en servicio del rey de España.

Efectivamente, con el nuevo soberano fué nueva su fortuna y se le dió título y empleo de Piloto mayor del Reino, con renta competente al ministerio, y ejercicio de su profesion. Entre otras expediciones se le ordenó, año de 1525, que en una armada de tres para seis naves, pasase á las Malucas y tentase el descubrimiento de Tarsis, Ofir, y Catayo Oriental. La armada que se le previno constaba de cuatro navios. El equipaje pasaba de seiscientas personas, fuera de mucha nobleza, hidalguía, y sujetos caracterizados con subidos méritos y con especial recomendacion del Cesar, atraidos todos con la esperanza de mejorar fortuna en Tarsis, Ofir y Catayo, último destino de la armada.

Salió esta de Sevilla á principios de 1526, y prosiguió con algunas aventuras, que demoraron la navegacion, mas de lo que se persuadió Gaboto. Con la tardanza escasearon los víveres, y se empezaron á sentir algunos

indicios de sedicion, que precisaron á desistir de la embocadura por el Estrecho de Magallanes, y á recostarse al Puerto de Patos, en altura de poco mas de treinta y un grados de latitud austral, hasta donde la nacion guaraní, señora de las riberas del mar, dilataba sus términos y dominios. Los Guaranís, siempre benignos con los buenos y compasivos con los miserables; surtieron á los navegantes de bastimentos, mostrándose humanos sin esquivez, y tratables sin artificio. Generosidad de ánimo superior á un bárbaro.

Gaboto, imposibilitado á proseguir, ó, lo que es mas verosímil, con esperanzas de progresos mas felices, abandonó el viaje de las Malucas, siguiendo entonces el derrotero de su fortuna, que le encaminó á la espaciosa boca del Rio de Solis, en cuyos confines bojaba la armada. Subió hasta una isleta no muy distante de tierra firme, hácia la ribera septentrional en la dereserade Barragan, que le cae en la márgen opuesta. A la isleta llamó San Gabriel, y ancoró en su fondo las naves. Pero siendo el puerto poco reparado, y como para poner en seguridad la armada, subió con dos bateles rio arriba, hasta el encuentro del Paraná y Urugnay, y siguiendo la madre de este, halló al oriente del Uruguay, un rio que, desde entonces hasta el dia de hoy, se llama de San Salvador, buen surgidero para poner en salvamiento la armada.

Así lo ejecutó Gaboto: parte de la carga con una milicia para la defensa dejó en San Gabriel, y parte con la armada pasó á San Salvador, sobre cuya embocadura levantó un fuertecillo contra los charruas y los yaros, que observaban con vijilancia los movimientos del español, para lograr en el descuido el fin de sus dañadas intenciones. Guarnecida con alguna gente la fortaleza, salió en un bergantin, y carabela, al magestuoso Paraná, y surgió en el Carcarañal, pechero suyo por la banda del poniente. En tiempos muy antiguos es creible que habitaron sobre sus márgenes y contornos, gigantes, ó por lo menos algunas generaciones se mole tan desme-

dida, que pudieron hombrearse con ellos. Vestigios se han descubierto en tiempos antiguos, y se descubren hasta el dia de hoy, que arguyen estatura superior, propia de un cuerpo agigantado.

Cuando entró Gaboto, poblaban sus riberas y vecindades los Timbues, gente humana, cariñosa, hospitalaria, buena para amiga, y pésima para enemiga. En las ocasiones la cautela, el artificio y engaño, ocultaban el fondo de sus intenciones, y con brillantes apariencias de favores, y beneficios que hacian, sobredoraban la doblez y malignidad de su corazon. De uno y otro experimentaron los españoles; pero Gaboto prevenido con las primeras calidades, determinó establecerse sobre el Carcarañal, levantando la segunda fortaleza, que denominó Sancti Spíritu, y que el vulgo llama de Gaboto, por algunas reliquias que el tiempo conserva para memoria.

En compañia y amigable correspondencia con los Timbues perseveró poco tiempo, y dejando alguna milicia para la defensa, avanzó, Paraná arriba, hasta la laguna Apupen, la cual mejoró, nombre, llamándose desde entónces hasta el dia de hoy, Laguna de Santa Ana. Entabló comercio con los laguneros, rescatando bastimentos por bugerias, que hacia estimable la novedad y carestia. Del Apupen retrocedió á la punta del Paraguay y Paraná, y, tomando la madre de aquel, surgió en la deresera del sitio donde hoy está fundada la Asuncion, capital de la Provincia. No desmerecia Gaboto la gloria de fundador de esta ciudad, madre fecunda que en los tiempos venideros habia de dar á luz muchas colonias, ciudades y aun dilatadas provincias. Pero la Soberana Providencia reservó para otro esta gloria, y á Gaboto, la de una victoria que allanase á los sucesores, el paso para el establecimiento de la capital de estas provincias.

Los Agaces, pérfida nacion, aleve y guerrera, mas acuátil que terrestre, señoreaba á la sazon el rio, trasegándole en canoas, vaso frágil que se forma de ro-

bustos troncos cavados en medio, y es movido á fuerza de brazos, con el impulso de los remos. En trescientas canoas salieron salieron á presentar batalla naval á Gaboto; pero vencidos casi sin diferiencia de tiempo, entre acometer orgullosos, y desparecer fugitivos, se retiraron por el rio á sus ordinarias guaridas. Esta victoria hizo mucho ruido en las vecindades, alegrándose los paisanos, de que el enemigo comun y mas fuerte que ellos, hubiese encontrado quien humillase su altivez y pusiese límite á los progresos de sus armas, dejando vencido al vencedor de todos.

De los contornos concurrieron algunas parcialidades de Carioes ó guaranís, á solicitar la paz con el capitan de aquellos valerosos soldados y cambiar los frutos del terreno. Adornaban su natural desnudez con piezas de plata colgadas al cuello, y pendientes de la cintura, entre hermosos plumajes de varios colores. Provocativo singular á la codicia á quien lisonjeaban el resplandor de las planchas en medio de tanta desnudez. Contábase ya como felicidad el haber omitido la jornada de Malucas, imaginando que habian mejorado de Tarsis, Ofir y Catayo, con una tierra que llevaba por frutos planchas de plata, y riqueza inmensa. Tal era el plan imaginario que formaron los españoles del país, en vista de las piezas de plata con que los carioes adornaban su desnudez.

Los españoles esplicaron bastantemente su codicia y faltos de palabras, con los ojos y manos que se les iban tras la plata, manifestaron su deseo. Correspondieron los indios por lisongear á sus huéspedes, ofreciéndoles las piezas por cuentas de vidrio, y otros géneros valadís que subia de precio la novedad: sucediendo á veces que recibidas las bujerias, se retiraban huyendo porque el español no se arrepintiese de lo que daba en precio de lo que recibia. Bien lejos estaban de eso los españoles: ellos ansiaban por riquezas que lograban ventajosamente en este género de comercio, y solo empezaron á

mostrar arrepentimiento, cuando á los paisanos faltó plata que cambiar por cuentas de vidrio.

No era esta plata propia del terreno, pero como ni los indios podian esplicarse, ni los españoles averiguar el orígen, se fué la aprehension álo que era natural, uzgado que hubiera en las vecindades algun criadero de metal tan estimable. No se sabe que cantidad rescataron de los carioes; pero es verosímil que fuese en porcion bastante, para hacer un donativo al Señor Emperador Cárlos V. Antonio de Herrera, dice que esta es la primera plata que de las Indias pasó á España. Sobre el testimonio del Real Cronista pudiera admitirse la noticia, si no nos hubiera puesto ante los ante los ojos, en su decada segunda, el año de mil quinientos diez y nueve, el donativo que Hernan Cortés envió á la Cesarea Magestad, compuesto del agregado de piezas de oro, plata y perlas, que Motezuma presentó al glorioso conquistador de la Nueva España.

Persuadido pues, Gaboto, que el país era fecundo en en minerales, dió al Paraguay nombre brillante, llamándole Rio de la Plata, denominacion á la verdad bien sonante, y capaz de entretener las esperanzas de los que interesaban sus caudales, en el viaje de la espeseria, y descubrimiento de Ofir, y Catayo Oriental. Desde este tiempo perdió el nombre de Solis y empezó á llamarse Rio de la Plata: cuya denominacion equivocó en algunos autores, la inadvertencia, y adulteró la falta de noticias. No negaré que el tiempo que trastorna la sustancia y denominacion de las cosas, del Paraguay trasladó al Paraná Guazú el nombre del Rio de la Plata, con el cual es conocido despues de incorporarse el Uruguay, hasta descargar en el Océano con mole inmensa de aguas.

Algunos deducen este nombre de abstrusos principios y suposiciones ridículas, derivando su orígen de la Laguna del Dorado; materia de ficciones, y contentible objeto de novelas en estas partes: no advirtiendo que para colorear mejor su idea, y hallar debida proporcion

entre el nombre que deducen, y el orígen que le atribuyen, pudieran con expresion mas significativa, en vez del Rio de la Plata, llamarle Rio del Oro.

Otros más crédulos que críticos examinadores de la verdad, liquidan en plata sus corrientes, y se persuaden estar la madre del rio, lustrada de tan rico metal. Otros discurren de otra manera buscando á su opinion mas apariencia que solidez, no advirtiendo que la imposicion de los nombres, adhiere al tiempo en que se impone, y que no puede retrotraerse á los siglos pasados, en que ya el Paraná Guazú, se llamaba Rio de la Plata.

En efecto, el Paraguay quedó honrado con la brillante del plateado nombre, y Gaboto muy ufano con la prosperidad de su descubrimiento. No se sabe si tuvo noticia de como y cuando vino á manos de los indios tanta plata; es creible que hasta el año de mil quinientos treinta en que partió para España hubiese adquirido noticias individuales del suceso. Si estas pasaran á la pluma para desengaño de la posteridad, hubiera adquirido mayor gloria, que la que le concilió su primera narracion con ponderaciones poco averiguadas. Tan difícil es con ingénua retraccion renunciar la gloria que vanamente siguió á un informe poco sincero. La plata, pues no era originaria del país, y tuvo su nacimiento hácia la provincia de los Chichas, ó en los contornos rayanos del Perú, de donde la trajeron los carioes con la ocasion que voy á referir.

Alejo Garcia, de nacion portugués, penetró por via del Brasil, al territorio de los guaranis, acompañado de buen número de tupís con designio de adelantar por aquella via, las conquistas lusitanas, hasta el Perú. En su compañia llevó dosmil guaranis, guerreros escogidos, y certeros en la direccion de la flecha. Llegaron á los confines peruanos, verosímilmente en las inmediaciones de los Chichas de la parte oriental del Pilcomayo. Los naturales les hicieron resistencia ; pero el capitan portugués con el auxilio de los guaranís y tupis, los sub-

yngó, despojándolos de sus ricos haberes, finas ropas de curiosos tejidos, vajillas, vasos y coronas de plata en que sobre la materia era estimable la labor de la invencion peruana. Parte de estos despojos fué botin de los guaranís y parte de Alejo Garcia y sus compañeros; pero aun esta parte fué despojo de los guaranís, por haber ellos muerto alevosamente á los portugueses, despues que llegaron á su país, sobre el seguro de una vana confianza.

Esta es la plata que Gaboto rescató de los guaranís, deteniéndose con lenta morosidad, mientras los unos iban cargados con avalorios, y venian los otros con planchas de plata para cambiarlas por cuentas de vidrio. En el rescate se le pasó el año de mil quinientos veinte y seis, y parte del siguiente, poco vijilante en promover con nuevos descubrimientos la conquista. Entretanto llegó Diego Garcia, á quien en propiedad tocaba el gobierno y conquista de la provincia. Reconvino á Gaboto urbanamente y con modales cortesanos, exihbiendo sus despachos, en que se le conferia la capitania del Rio de la Plata, por nombramiento del Emperador Cárlos V. Gaboto, que se felicitaba con la prosperidad de los sucesos, y esperaba enriquecer con los rescates que hacía, y los minerales que pensaban descubrir, no estaba en disposicion de oir requerimientos y resolvió atropellar la justicia liquidando el derecho al gobierno por la pujanza de las armas.

Don Diego Garcia conoció estar los ánimos determinados á obstinada resistencia y que no podia tomar la posesion de la Capitania, si las armas no facilitaban la entrada, abriendo las puertas y venciendo al fuerte armado, que velaba en su defensa. El era uno, y los suyos pocos y no todos satisfechos de su conducta. Gaboto, y los suyos muchos y todos estaban confederados á mantenerse en el goce de sus trabajos hasta allí fructuosos. Al fin hizo lo que pudo y en cuanto no alcanzó su poder cedió con prudencia al tiempo. Sometiéndose al imperio de Gaboto, con tanta sujecion y sentimiento, que en adelante, ni su nombre suena, ni se oye en las historias.

Gaboto, mal asegurado de su intrusion, trató de obtener con mejor título la Capitania del Rio de la Plata, despachando á la Córte dos agentes, Hernando Calderon y Roque Barloque, con encargo de promover sus pretensiones. Dióles una prolija relacion que contenia las aventuras del viaje, los motivos que precisaron á omitir la jornada de Maluca: los descubrimientos: los hechos y las naciones que habian dado la paz, con larga narracion de sus servicios, sin omitir menudencia conducente al fin pretendido. Llevaban tambien un donativo de plata para el Emperador y algunos indios que pasaban á rendir la obediencia al Supremo Monarca, en nombre de sus naciones. Los agentes Gaboto, fueron recidos con soberana dignacion, conferenciando el Cesar largamente con ellos, inquiriendo y preguntando varias curiosidades concernientes á diferentes materias. Concurrieron mucho al agrado del recibimiento los embajadores de las naciones, caracterizados con fisonomía peregrina y modales Indicas que robaban las atenciones del Cesar, informándose largamente sobre sus genios, ritos y costumbres. Mas que todo admiró su gran entendimiento, el artificio de los tejidos y delicadeza de labor en las piezas de plata de que se componia el presente: maniobra de artificio superior á lo que prometia la torpeza de sus manos.

Todo esto inclinó el ánimo del César á favorecer á Gaboto y enviarle socorro de gente para la prosecucion de la conquista. Pero como la monarquía se hallaba embarazada con la alianza de Inglaterra y Francia, y el año veinte y nueve gravísimos negocios sacaron de España para Italia al Emperador, no llegó por entonces á debida ejecucion. Mientras que el César restituido á España toma conveniente resolucion sobre el negocio, daremos fin á nuestra primera Decada, compuesta de los años quebrados, de Juan Diaz Solis, Alonso Garcia el Portugués y Sebastian Gaboto, para dar principio á la segunda con el año de 1560.

DECADA SEGUNDA

Parte Primera

SUMARIO

I. Los Charruas destruyen el fuerte de San Salvador.—II. Gaboto toma la vuelta de España.—III. Los Timbues asolan el fuerte de Sancti Spiritus.—IV. Prision de Lucía Miranda, mártir de la castidad.—V. Colonia de Castellanos en el Brasil.—VI. Llega al Rio de la Plata Don Diego de Mendoza y dá principio á la ciudad de Buenos Aires.—VII. Los Querandis infestan la nueva poblacion.—VIII. Vuélvese Don Pedro de Mendoza para España, y muere en el mar.—IX. Levanta Juan de Oyolas el fuerte de Corpus Christi, y pasa á los confines del Perú.—X. Muerte de Juan de Oyolas á manos de Payaguas.—XI. Desamparan los españoles el fuerte de Corpus Christi.—XII. Llega el Veedor del Rio de la Plata Alonso de Cabrera.—XIII. Es electo gobernador Martinez de Irala.

Desde que Gaboto se restituyó el año de mil quinientos veinte y siete del pais de Carioes al Puerto de Sancti Spíritus, sobre el Carcarañal, al poniente del Paraná, no se sabe que tuviese algun progreso la conquista, ni que hiciese confederacion con otras naciones. Los timbues del Carcarañal, se mantenian en amiga correspondencia que les inspiraba parte su buen genio y parte el cariñoso trato de los españoles. No así los charruas, los cuales observaban con vigilancia los descuidos de la guarnicion de San Salvador, para lograr un lance favorable para sus armas. Nunca dieron la paz, obligando á los

presidarios á cargar siempre las armas para hacerse respetables á los bárbaros.

Pero estas precauciones no bastaron á prevenir los acontecimientos de su vigilante crueldad. Hallábanse ofendidos de los castellanos del fuerte, especialmente de la milicia de Diego Garcia, gente mal disciplinada, sin obediencia al capitan, siempre en los desórdenes, y desmandados con exeso contra los charruas, los cuales para vengarse de los agresores y tomar satisfaccion de los agravios, lograron la alborada de una mañana, en que dormian los españoles y velaban ellos, para sorprender á los descuidados castellanos. Parte murieron á sus manos y parte se refugiaron á las naves de Gavoto, que se hallaban surtas en el rio á la márgen oriental del Uruguay, casi al frente del desaguadero del Rio de San Salvador. Los bárbaros, señores del fuerte, se apoderaron del botin y libres de aquel padrastro de su libertad, insultaron jactanciosos sobre el descuido de los españoles.

Hallábase Gavoto en las naves, próximo á largar al viento las velas para España, y aunque sintió la desgracia, pero no tanto que se detuviese en castigar á los bárbaros y reedificar la fortaleza, primer monumento de su conquista. Mayores negocios ocupaban el animo y solicitaban su diligencia personal en la Córte. Tres años corrian y en ellos no habia tenido noticia de sus agentes, ni del estado en que se hallaban sus pretensiones. Fundamentos no faltaban para sospechar malrecibimiento: convienen á saber: émulos poderosos interesados en la fortuna de Malucas, sus agentes que, corrompidos ó por lo ménos resfriados, podrian hacerle una mala causa, como testigos osculares: y sobre todo Diego Garcia y sus apasionados que no dejarian de informar de su injusta intrucion al Gobierno.

Esto movió al gran descubridor de Bacallaos y bojeador del Paraná, á pasar á Castilla para liquidar personalmente sus procederes. En efecto, promovió felizmente su causa y obtuvo la capitania del Rio de la Plata. Es verosímil que la colacion tuvo mucho artificio de córte y

cumplimiento de soberanos, que á las veces dan lo que quitan, dejando el título y embarazando la posesion. A nuestro Sebastian Gaboto se confirió en títulos la Capitania general y se embarazó la vuelta al Rio de la Plata, de un sujeto que fué desgraciado en Inglaterra, infiel á España y primer intruso en el Gobierno de esta parte de la América meridional.

A los dos años despues de ido Gavoto, se siguio la destruccion de Sancti Spíritus. Era alcaide Nuño de Lara, noble hidalgo dotado de sobresalientes partidas para el gobierno pacífico de una república. Era afable, cariñoso, circunspecto, prudente y respetable; mandaba con el dulce imperio de las obras, que facilitan imposibles y mantenia con autoridad, en arreglada disciplina, los presidarios, inspirando en sus corazones humanidad y clemencia con los indios confederados, á los cuales conservaba en recíproca correspondencia, rescatando de ellos los alimentos, sin lesion de la equidad y justicia. Todo prometía bonanza y aseguraba una hermandad que no contrastarian los años. Así sucederia, si la furia de una pasion no lo convirtiera todo en tristes cenizas.

Marangoré cacique principal de las tribus, se aficionó locamente de Lucia Miranda, señora de distincion, hermosa por estremo, honesta y recatada. Los cristianos desdenes de la casta matrona encendian peligrosas llamas en Marangoré y avivaron su ciega pasion, para que, rotos los diques de la paz, tomase resolucion de acabar con los españoles del Fuerte á escepcion de Lucia Miranda, único objeto de sus pretensiones. El atentado era difícil y para asegurarlo tomó las medidas tan justas, que previno las contingencias de un osado atrevimiento. Arrimó pues cuatro mil timbues hacia Sancti Spiritus, en ocasion en Sebastian Hurtado, marido de Lucia, estaba ausente, rescatando viveres para suplir las necesidades.

De la carestía que se padecia en la fortaleza, tomó ocasion para lograr sus intentos. El ejército dejó emboscado en distancia competente para que se arrimase al abrigo de la noche y él con algunos briosos jóvenes

cargados de vituallas, se adelantó á Sancti-Spíritus, para ofrecer las provisiones que cargaban sus vasallos al hombre para subsidio de la necesidad que se padecia. No era fácil cayese en la imaginacion de los españoles, que los dones eran engañosos, despues de una recíproca familiaridad, cultivada por cinco años, sin antecedentes que vindicasen sus procederes. Los presidarios como necesitados recibieron el donativo, con agradecimiento, y los timbues quedaron muy satisfechos, porque se lo habian recibido.

Algo mas que verbales espresiones de gratitud se prometió Marangoré. La noche estaba próxima: su habitacion retirada y esperó que Nuño Lara ofreciera alojamiento para sí y los suyos, cargadores del engañoso presente. Como se lo prometió así sucedió. Juntos cenaron esa noche, y juntos se recostaron los españoles á dormir, y los timbues á velar. Luego que el sueño se apoderó profundamente de ellos, el traidor con los suyos abrió al ejército las puertas, y por ellas entraron los conjurados y se arrojaron ciegamente sobre los dormidos españoles. Los mas fueron prevenidos en el sueño antes de tomar las armas para la defensa : pocos que pudieron empuñarlas, vendieron caras sus vidas con muerte de muchos enemigos.

Nuño Lara, en quien la nobleza y el valor hermosamente se enlazaban, discurria por entre la multitud de timbues obrando prodigios de valor, hiriendo y matando enemigos, hasta derribar á sus piés á Marangoré, caudillo pérfido de los pérfidos agresores. Luis Perez de Vargas, sargento mayor del presidio, y el alférez Oviedo, hermosamente cubiertos de gloriosas heridas y rociados de sangre enemiga, cayeron muertos sobre las ruinas que dejaban vencidos. Pocos españoles salvaron la vida, quedando prisioneros de los aleves timbues.

Entre los cuales una fué la infeliz Lucía Miranda, la cual quedó en libre cautiverio, de su mismo cautivo; este era Siripo, hermano de Marangoré y heredero de sus amores. El despojo del Fuerte permitió á la victoriosa mili-

cia, reservando á Lucía objeto de sus hereditarias pretensiones, siémpre malogradas por la constancia de la casta matrona. Ella, con pecho cristiano y corazon de diamante, quebrantaba los golpes de halagos y promesas con que Siripo procuraba agradarla y traerla á alguna indecorosa condescendencia que maculase el tálamo matrimonial y empañase el puro candor de su bella alma.

Al siguiente dia á la desgracia sucedida en el fuerte, estuvo de vuelta Sebastian Hurtado, marido de Lucía, reconoció los cadáveres para pagar con honrada sepultura los últimos oficios de gratitud á su amada consorte. Lucía no estaba entre los muertos: vivia animando con cristianos desdenes el pecho de Siripo. Sebastian Hurtado, segun refieren sus compañeros, loco y frenético con el sentimiento y llevado del amor á veces presagioso, se huyó á los timbues para acompañar cautivo á su amada consorte. Pero Siripo no admitió compañero en la posesion de prenda que eran tan de su agrado. El solo pretendia gozarla, removiendo todos los ovices que podian entretener las esperanzas de la casta matrona. Para lo cual determinó quitar la vida á Sebastian Hurtado, tentando ablandar el pecho de Lucía con la sangre de su fiel compañero.

Entonces Lucía, señora del corazon del bárbaro, y árbitra de su determinacion, le inclinó dulcemente á tierna condescendencia con Hurtado, en quien no se descubria otro delito, que la inocencia inculpable de sus amores. "Si tu gusto es, si es de tu agrado, respondió Siripo, viva en buena hora Sebastian, pero elija esposa entre las doncellas timbues, sin otra reserva que la que prescriba su libre eleccion. En lo demás no será mirado de mí, ni de mis vasallos como advenedizo, ni prisionero de guerra. Los primeros empleos que dispensa mi benignidad en prémio de sus méritos, suyos serán desde ahora y yo haré que mis vasallos le miren como aliado distinguido entre los patricios, con el carácter de privado mio. Una sola condicion prescribe mi auto-

ridad que no os trateis ambos como consortes, so pena de incurrir en los castigos de mi justo enojo."

Agradecieron á Siripo las espresiones cariñosas de su benevolencia, comprometiéndose á no traspasar los límites de, su ordenanza. No obstante los inocentes amadores se desmandaron en algunos ligeros descuidos, que observados del celoso amante irritaron su cólera y esta, lo llevó hasta librarlos al sacrificio de muerte. Tentó primero la castidad victoriosa de Lucía; pero esta inexorable siempre á los ruegos del bárbaro, permaneció constante en su cristiana resolucion, queriendo antes esperimentar las iras de un furioso amante, que manchar el tálamo matrimonial con tan detestable condescendencia.

En efecto, Siripo de amante se transformó en tirano y los cariños y finezas, trocó en amenazas, mandando prevenir una hoguera en que arrojar las inocentes víctimas. No rehusó Lucía el sacrificio, y por no dejarse tocar del fuego de la concupiscencia, permitió que sacrílegas manos, la arrojasen en llamas abrasadoras, que purificasen su alma para que volase pura y casta á las eternas moradas, dejando á estas Provincias ejemplo admirable de constante honestidad. Cuéntase que dió su espíritu al Señor entre abrazados afectos de amor, implorando por clemencia la Divina Misericordia. Sebastian Hurtado, amarrado á un árbol, hecho blanco de las flechas y furor bárbaro, imitó el ejemplo de su esposa, en actos fervorosos de amor y esperanza, y la siguió en el camino de la gloria, como promete el fin glorioso que tuvieron.

Los demás españoles que con Sebastian Hurtado habian venido de rescatar víveres, dieron religiosa sepultura á sus desgraciados comilitones, humedeciendo, con tiernas lágrimas, los cadáveres de los que habian teñido ya el polvo con su sangre. Pagada esta deuda de piedad cristiana, desampararon el fuerte de Sancti Spíritus y embarcados siguieron el curso de su fortuna, ya desgraciada. De costa en costa, á vista siempre de tierra, in-

ciertos de su último destino, llegaron, finalmente, á las cercanias de la villa de San Vicente, colonia lusitana en el Brasil. Allí levantaron unas chozuelas y aliados con los portugueses se mantuvieron en buena correspondencia, poco mas de un año. Rompieron los portugueses y declarada la guerra, los castellanos previnieron una celada y los vencieron, quedando dueños del campo y señores de la poblacion. No obstante, por evitar disensiones se recostaron á la isla de Santa Catalina, donde reedificaron la nueva colonia.

Casi en la misma sazon que los Argentinos, reliquias de la armada de Gaboto, pasaron desde San Vicente en el Brasil á la Isla de Santa Catalina, disponia el Emperador proseguir el descubrimiento del Rio de la Plata. Eshausta la monarquía, y pobre con los escesivos gastos de la guerra, no se hallaba con medios para equipar nuevas armadas, y tales armadas que sobre ciertas espensas solo prometen contingentes emolumentos. En la sazon, se hallaba en la Corte don Pedro de Mendoza gentil hombre de cámara, mayorazgo de Guadix, caballero principal y de nobleza distinguida. Habia militado en Italia, con estimacion y crédito, y enriquecido con fortuna en el saqueo de Roma. Como poderoso y valido en competencia de otros, consiguió el título de Adelantado, con decorosas inmunidades, y honoríficos privilegios.

La armada que le previno, en esplendor y lucimiento, sobresalia casi sobre cuantas surcaron los mares para la conquista de Indias. Dos mil y quinientos españoles, sobre ciento y cincuenta alemanes la componian: venia gente de distincion, y carácter: treinta y dos mayorazgos: algunos comendadores de San Juan y Santiago: un hermano de leche del emperador, llamado Cárlos Dubrin, y Luis Perez de Cepeda, hermano de la esclarecida vírgen, y seráfica madre Santa Teresa de Jesús. Todos venian á la conquista del Rey blanco, ó plateado, que ideó la fantasia, y divulgó Gaboto ó sus agentes

para adquirir nombre de grandes, con la novedad del hallazgo.

A la conquista pues del rey blanco, se hizo á la vela de San Lucar á primero de Setiembre de mil quinientos treinta y cuatro, dejando á España llena de envidiosos, y de esperanzas. Tuvo algunas aventuras en la mar, y con ellas, al siguiente año, subió por el Rio de la Plata á la Isla de San Gabriel en la márgen septentrional. La incomodidad del sitio para el establecimiento de poblacion: el desabrigo para el reparo de la armada: el descuido cauteloso con que bageaban los charruas hácia la ribera, obligó á buscar sitio de conveniencias mas ventajosas, para lo cual, despachó el Adelantado personas de confianza, las cuales, reconocida la ribera opuesta, eligiesen solar cómodo para fundamentar la ciudad.

Los exploradores cortaron el Rio de la Plata, pasando á la márgen, austral, casi en la misma deresera de San Gabriel donde el terreno ofrece sitio ameno, delicioso y de agradable vista, muy oportuno para plantear una ciudad sobre la ribera del mismo rio. Soplaban en la ocasion vientos frescos, y apacibles céfiros cuya suavidad templó el bochorno de los exploradores: y por que Sancho del Campo, el primero que saltó en tierra dijo, que "buenos aires son los de este suelo", se tomó ocasion para denominar el sitio "Puerto de Buenos Aires". Alegres con la oportunidad del solar, noticiaron á Don Pedro de Mendoza su descubrimiento y buenas calidades del terreno, para la ereccion de la ciudad que se pretendia.

El Adelantado pasó luego su gente á la márgen opuesta, donde en altura de treinta y cuatro grados y medio de latitud, y trescientos veinti uno de longitud, principió para tantos mayorazgos y comendadores, para tantas matronas y doncellas, una ciudad de pajisas chozuelas, y la puso al amparo soberano de la emperatriz de cielos y tierra, llamándola Santa María de Buenos Aires.

Bien fué necesario patrocinio tan poderoso para mantenerse en la vecindad de los Querandis, nacion entonces numerosa, que ocupaba las dilatadas campañas que median entre Córdoba y Buenos Aires, y se dilataba casi interminablemente al sur, hácia el Estrecho de Magallanes, y Puerto de Valdivia. No forman cuerpo de República, ni reconocen superior, sino en tiempo de guerra en que eligen capitan y rinden obediencia á sus cabos militares.

Son de grande estatura y alcanzan robustas y poderosas fuerzas: guerreros afamados á su usanza, y diestros en arrojar con certeza la flecha: acostumbran á tirarla por elevacion, para que caiga perpendicularmente sobre la fiera que huye, ó sobre el enemigo que se les escapa. Son obstinados en sus gentílicos ritos, y es raro el que se convierte á la religion cristiana, cuya santidad conocen, y no abrasan, protestando que mas quieren ser buenos infieles, que no malos cristianos.

Al principio usaron buenos términos con el español: los frutos del país, ofrecian esquivez, comerciaban mútuamente castellanos y querandis, manteniéndose en hermanable trato y recíproco comercio. Poco á poco retiraron los víveres y cometieron algunos insultos, robando y matando á los que salian á forraje. Como estas osadías no refrenó el castigo, los delincuentes insultaron libremente sobre la omision de los españoles, y repetidas veces á su usanza, bloquearon la ciudad intentando sofocarla en su principio.

Los españoles sustentaron vigorosamente el bloqueo ahuyentando al querandi de los confines, pero tan poco escarmentado que inventó nuevos acometimientos. Convocó cuatro mil valerosos combatientes en el acampamento que tenia por frente una laguna ó pantano, á distancia de pocas leguas de la ciudad. Tuvo noticia el Adelantado por sus avanzadas espías, y luego destacó una compañia de trescientos infantes y doce caballos, para que saliendo al encuentro, castigasen el atrevimiento del enemigo. Perafan de Rivera, Francisco Ruiz

Galan, Bartolomé Bracamonte, Juan Manrique, Sancho del Campo y Diego Lujan, con título de capitanes, dirigian la operacion con subordinacion á Don Diego de Mendoza, almirante de la armada y hermano del Adelantado.

Salieron de la ciudad á son de cajas y clarines cantando victoria antes de presentar la batalla, la cual de una y otra parte fué muy reñida, y de entrambas murieron guerreros esforzados. Los querandis se hicieron dueños del campo; pero algunos autores disputan el honor de la victoria. De los españoles faltó la flor, y milicia: el almirante Don Diego de Mendoza, Don Juan Manrique, Don Bartolomé Bracamonte con otros de nobleza calificada, y militar pericia, Don Diego de Lujan que se arrojó intrépido á la defensa entre multitud de querandis, salió arrastrado de su caballo, á la orilla de un rio se denomina de su apellido, sirviendo en esta ocasion la desgracia á la celebridad del nombre, que conserva hasta el dia de hoy, el rio de Lujan.

Los querandis, poco humillados con una batalla en que, si no quedaron victoriosos no salieron vencidos, juntaron un cuerpo del cual aseguran algunos, que pasaba de veinte y tres mil combatientes. Componian de naciones auxiliares, charruas y timbues, que hicieron alianza para acabar con los nuevos pobladores. Acampados sobre la ciudad, la rodearon por todas partes, molestando á los españoles, con repetidos acometimientos y frecuentes irrupciones. Los de adentro con vijilancia y esfuerzo fustraban el ímpetu de los sitiadores, repeliendo á vivo fuego, la debilidad de las armas arrojadizas. El empeño de los querandis era grande, y nada amedrentados, los vivos con el destrozo de tantos como derribaba muertos la artilleria, se ingeniaron en el uso de los fuégos volantes, cuales de ellos se podian temer.

A la verdad eran débiles pero realmente ingeniosos para poner en confusion los sitiados. Densaron el aire con espesa multitud de flechas en cuya estremidad arrojaban mechones de paja encendidos, los cuales caian so-

bre las casas pajizas, y sin resistencia prendia la llama. Vióse en poco tiempo arder la poblacion, cuya techumbre de materia combustible concibió el fuego arrojadizo. Metió alguna confusion en los sitiados; pero no tanta que se embarazasen en apagarlo. Parte atendió á esta operacion, parte se ocupó en jugar la artilleria, removiendo á los incendarios con vivo fuego. En el campo español fué casi ninguno el daño, de parte del enemigo fué grande la mortandad, ni podia menos, cuando ciegos se ofrecian á las balas, que hacian, en desnudos cuerpos, mortal estrago.

Huyeron los querandis, pero como habian retirado los víveres, se sintió en la ciudad el hambre, enemigo mal acondicionado, que no se ablanda con alagos, ni auyenta con amenazas. Cuéntase excesos en que la cristiandad tropieza y se atravieza el horror de la naturaleza. Como estas desgracias llovian unas sobre otras, entristecian el corazon de todos, y principalmente el del Adelantado, el cual profundó tanto sobre las miserias presentes, y otras que se temian, que le faltó el aliento para golpes tan pesados, y por no hallarse motejado de omiso, determinó el abandonar el adelantazgo y con el las esperanzas concebidas en la conquista del Rey Blanco. Al fin resolvió restituirse á España, dejando el gobierno y conquista á Juan de Oyolas su confidente.

A la verdad, la determinacion de su vuelta, no era cuerda, ni conforme á su pundonor abandonar una empresa que se tenia por tan gloriosa, y en los principios, por dificultades que debió precaver la humana prudencia, antes que sucedieran tantos miserables estragos, y no dejar á los demas al hambre desamparados, á la que él, como cabeza, debiera buscar lenitivo por surtimiento de víveres, providenciando medios que ocurriesen á tanta desdicha, todo lo que debiera retardar, su inconsiderada determinacion. Nada de esto movió el ánimo de don Pedro, que solo cuidó de poner en salvamento su persona, buscando en el desahogo, algun consuelo á la tristeza que le congojaba. El año de

1536 uno despues de su arribo, salió de Buenos Aires para Castilla, mas lleno de melancolía, que vino alegre á la conquista del Rio de la Plata.

El humor melancólico fué recargando mas y mas sobre él, que le traia á la fantasia, la muerte de su hermano el almirante don Diego, y de tanta hidalguía: la extrema miseria de tanta nobleza, abandonada casi en manos del enemigo, y ciertamente entregada á los filos del hambre, le hacian impresion tan viva, que no podia apartar de sí el objeto mismo de que huia. Sobre eso apretó el hambre en la nao, y se vió reducido á tanta miseria que le precisó á comer de una perra, y encontró la muerte en lo que pensó hallar remedio para la vida. Así acabó el año de 1537 el primer adelantado del Rio de la Plata, tan desgraciado en los últimos períodos de su vida, como feliz en los primeros. Italia le admiró valeroso. Roma le enriqueció con despojos. España le premió con ascensos: pero el Rio de la Plata le estrañó pusilánime, le empobreció con miseria, y humilló la altivez de sus pensamientos.

Al siguiente año, segun se puede congeturar, murió su sustituto Juan de Oyolas. Era Juan de Oyolas caballero principal, y de partidas escogidas. A las prendas de cristiano juntaba las de buen soldado, y prudente: sabia ganarse amigos con la dulzura de su amable genio, usando de arte para conciliarse las voluntades. Prendas sobresalientes, que le hicieron dueño de muchas naciones y le franquearon el paso hasta las vecindades peruanas. Vino al Rio de la Plata en la armada de don Pedro de Mendoza, con título de alguacil mayor, y la superitendencia en los negocios del Adelantado. Enviado por este, levantó el año de 1535 el fuerte de Corpus Cristi sobre el Paraná, con destino de adelantar con nuevas exploraciones el descubrimiento de Gaboto.

Ofrecíanse en el paso muchas naciones, las unas, sobre las costas del Paraná y Paraguay, y las otras

tierra adentro, que podian embarazar ó por lo menos oponerse á sus designios. Pero Juan de Oyolas pacificó, las unas con agrado, y castigó á los Mepenes, y agaces, que se le opusieron, con número considerable de canoas. Lambaré y Yanduazubí, caciques guaranis y señores del territorio, en cuyos cantones despues se levantó la ciudad de la Asuncion, le hicieron mayor resistencia. Hallábanse bien surtidos de armas, prevenidas en tiempo de paz para las operaciones repentinas. Defendian los pueblos de su habitacion, con reparos de estacadas, cuyas extremidades cruzaban las últimas puntas, caracoleando buen espacio, para dificultar la entrada con duplicada defensa.

Confiados en estos reparos, bastantes á la verdad para el género de armas que usaban los comarcanos, pero débiles para las bocas de fuego, intentaron la resistencia. Tenia Juan de Oyolas sobre un ánimo guerrero, corazon benigno, inclinado á conmiseracion, y pacífico. No usaba las armas si la resistencia y obstinacion no se las ponia en las manos para convertirlas contra la rebeldía de sus enemigos. A estos reconvino con la paz, y les ofreció ventajosos partidos en la amistad del español, y vasallage del Católico Monarca. Pero ellos vanamente confiados en los progresos de sus armas contra las naciones vecinas, no la admitieron, y la respuesta fué la descarga inútil de muchas flechas. Entonces Oyolas ordenó á los suyos que usasen las bocas de fuego para obligar á los lambareños y yanduazibistas, á dar la paz, forzados, ya que no la daban de grado. A la primera carga, se retiraron al fuerte de Lambaré, donde cercados, instaban por las capitulaciones que al principio rehusaron con obstinacion. Oyolas tuvo tanta clemencia con los vencidos, que estos admiraron con la valentia para vencerlos, la benignidad de vencedor, en recibirlos.

Prendados extremamente del capitan de los españoles, correspondieron con fineza á sus expresiones

cariñosas, exediendo en las demostraciones de agasajo, los límites de las capitulaciones. Tanto importa convertir un émulo declarado, en amigo agradecido. Ellos ministraban abundancia de víveres y ofresen pronta su milicia para las facciones de importancia, haciéndose reparable en los semblantes una alegria halagüeña, que manifestaba lisongearse por ver mejorada su milicia, con la disciplina de los aliados. Ofreciòse castigar los agaces, enemigos de la nacion española y guaraní, y se juntaron en número de ocho mil al pequeño ejército de Oyolas, pretestando los guaranís, que venian á la defensa de sus conferados, y los españoles, que querian castigar los enemigos de sus amigos. Llevaban siempre la delantera con paso tan acelerado, que el pequeño ejército español no podia avanzar tanto en las jornadas: sucediendo frecuentemente que se tocaba á hacer alto porque la gente de Oyolas, se fatigaba en el alcance. Luego que se descubrió el enemigo, Lambare y Yanduazubí, se arrojaron tan resueltamente sobre los agaces, que á todos los mataron, sordos con el deseo de venganza á los gritos de Oyolas, que inútilmente voceaba, inspirándoles clemencia con sus enemigos. Permitióseles el despojo, procurando ganarles de voluntad con aquel género de liberalidad, que consistia en ceder algunos muebles inútiles, al servicio del español.

Desembarazada la comarca de enemigos, Juan de Oyolas, dió principio á la construccion de un fuerte para la defensa, ayudando en las maniobras los guaranis confederados. Consagróse á la triunfante Asuncion de Nuestra Señora, ó porque se empezó á quince de Agosto de 1536, ó, lo que parece mas verosímil, por inclinacion particular de Oyolas, á misterio tan sacrosanto. A esta ruda fortaleza podemos llamar, la ciudad incoada de la Asuncion, cuyo principio atribuyen algunos al capitan Juan de Zalazar, y su perfeccion al gobernador Domingo Martinez de Irala. Luego que Oyolas hubo construido el fuerte, continuó su ejercicio de explorador,

rio arriba, y saltó en un puerto que denominó Candelaria, en la costa oriental del Rio Paraguay.

Aquí comunicó á los Payaguas, señores de aquel gran rio, nacion fementida, y sobre todo disimulada, que oculta la mayor alevosía que maquina, con el superior beneficio que alcanza. Son hasta el dia de hoy infieles profesores del ateismo, tan obstinados en su ceguedad, que la conversion de uno se puede contar entre los milagros sobresalientes de la omnipotencia. El cacique payagua es muy respetado de los suyos, y cuando ha de escupir, el vasallo mas inmediato pone las manos juntas, para recibir en ellas las superfluidades que arroja. Cuando alguno le enoja, toma el arco y la flecha, y luego llama á su mujer, y con dos plumas que le dá aplaca su cólera y enojo.

De estos payaguas, tomó Juan de Oyolas lengua del derrotero, que debia seguir para penetrar el Perú, fin único de su jornada, y continuó el viaje por tierra á doce de Febrero de 1537, dejando en aguarda de los bergantines, á Domingo Martinez de Irala, con obligacion de esperarle seis meses en aquel sitio, término tán perentorio para la espera, que ni antes de cumplido podia desamparar el sitio, ni cumplido tendria obligacion de aguardarle, quedando absuelto de la palabra, y libre de la obligacion, para restituirse á Buenos Aires.

Juan de Oyola, no proporcionó el tiempo con jornada tan dilatada, y se demoró mas de los seis meses. Tiempo en que fielmente le esperó Irala, y absuelto de la obligacion, se volvió al fuerte de la Asuncion, donde rescató víveres, y con ellos se restituyó al Puerto de la Candelaria, para esperar á Oyolas, ó conseguir noticia de su jornada.

No obstante esta fidelidad de Irala en el cumplimiento de su palabra, el secretario de Alvar Nuñez, en sus Comentarios, interpreta maliciosamente su retirada. Yo no descubro fundamento para culpar accion á todas luces justificada. Esperó los seis me-

ses, término en que espiró la obligacion: los alimentos que se tasaron con el tiempo y con el número de individuos, escasearon al fin de ellos, y se hizò preciso, porque todos no perecieran, rescatar víveres entre las naciones confederadas. A eso se retiró Irala al fuerte de la Asuncion donde recogidos bastimentos, se restituyó fidelísimo al Puerto de la Candelaria, á esperar á Oyolas y conseguir si pudiese noticia de su jornada.

Hizo exquisitas diligencias entre los payaguas, señores del rio y del terreno, preguntó con estudioso cuidado, ofreció premios á los que le participaran noticia de Oyolas y sus compañeros. Todo inútilmente: porque los payaguas maquinaban traiciones contra Irala y mas estudiaban en disimular sus intenciones, que en manifestar el lamentable paradero de Oyolas y su comitiva. Fué el caso que cien payaguas sin arcos ni flechas, en hábito y modales de comerciantes, se dejaron ver á lo lejos, al parecer con deseo de comunicar con los castellanos, y establecer capitulaciones de paz: pero daban á entender por señas, y fingian detenerles las armas, que cenian los españoles, entonces Irala ordenó á los suyos que las depusieran, velando sobre ellas para cualquier lance que pudiera ofrecer el disimulo de los comerciantes. Estos se acercaron al acampamento, y fingiendo que sacaban á plaza las mercaderias, los unos se arrojaron sobre las armas de los españoles, los otros se estrecharon con ellos.

Dióse principio al combate con griteria descompasada, hiriendo con voces el oido, y el ánimo con espanto. El capitan Irala, primero en desprenderse de sus agresores empuñando espada, y rodela, dió lugar al alférez Vergara y á Juan de Vera para desemvolverse de sus competidores. Los tres acudieron al socorro de los demas que peleaban animosos, cuerpo á cuerpo, embarazados con la multitud, pero llevándolos ya de vencida, y recobradas las armas, salieron

de celada otros payaguas: parte por tierra, densando con flechas el aire con el fin de oprimir á los ya fatigados españoles, parte por agua en sus ligerísimas canoas con destino de abordar los bergantines. Por tierra y agua la confusion fué grande, espantosa la behetria, y reñido el combate. De entrambas partes se peleó desesperadamente, pero al fin se declaró la victoria por los españoles. En nuestro campo se contaron algunos heridos, uno de ellos fué Irala, tan enagenado con el ardimiento de la pelea, que recien empezó á reconocer su daño, cuando concluyó la fuga del enemigo.

Desengañado Irala de conseguir entre los payaguas noticias de Juan de Oyolas, se alargó rio arriba con toda su gente. Un dia, poco antes de amanecer, se percibieron voces lúgubres, que inquietaban el silencio de la madrugada, solicitando en lenguaje castellano la audiencia del capitan de los españoles. Fué traido el que era orígen de las voces, en presencia de Irala, la vehemencia de los afectos que angustiaban el corazon, dificultó por gran rato á la lengua su ejercicio, manifestando con opresion de sollozos lo que callaba la lengua, y no acabando de esplicar las voces, hasta que animado de Irala, habló en esta sustancia sacada del testimonio que dió el escribano Juan de Valenzuela.

"Yo, señor capitan, soy indio de nacion Chanés, gente que habita unas altas cordilleras á las cuales aportó el capitan Juan de Oyolas, quien me recibió por criado, pero me trató como hijo. Despues de haber corrido felizmente los últimos términos de los Samacosis y Sivicosis, naciones políticas, situadas en las faldas de las cordilleras peruanas, dió la vuelta cargado de ricos metales que le franqueaban los naturales, cautivados de su benevolencia. Todas las gentes le recibian humanamente, y ofrecian á porfia sus hijos para el servicio de los españoles, contando entre sus dichas, el que fuesen recibidos. De estos fuí yo uno, que no quisiera haber conocido tan noble caballero por no sentir el corazon lastimado

con su pérdida. Concluyó felizmente la jornada, sin faltarles de sus compañeros sino algunos pocos, que oprimidos de las molestias del camino, adolecieron gravemente y dejó recomendados a los Samacosis.

"Llegó finalmente de vuelta al puerto de la Candelaria y no hallando las naves, se paró por estremo triste, como si la felicidad de su corazon pronosticara la fatalidad última que le esperaba. Las naciones de este gran rio acudieron con víveres. A todas exedió en obsequio la de los payaguas, singularizándose en ofrecer las chozuelas de su habitacion para hospedaje. Las demostraciones todas eran de benevolencia, no permitiendo el disimulo, se trasluciese indicio de traicion. Los españoles, depuesto todo recelo, se recostaron á descansar sobre la fidelidad de los payaguas los cuales sorprendieron á los dormidos castellanos para sacrificarlos á su bárbaro furor.

"El capitan Juan de Oyolas se ocultó entre la espesura de matorrales, pero descubierto murió blanco de sus flechas. Yo tuve la dicha de escaparme, ó porque su enojo se estendió solamente contra los españoles ó porque mi miseria halló compasion en corazones de fiera." Así habló el indio chanés á Irala, cuyo corazon ocupó pesadamente la tristeza, con la penosamente muerte de su fidelísimo compañero Juan de Oyolas. No pudo por entonces castigar á los aleves payaguas, reservando para mejor oportunidad el escarmiento del castigo. Por ahora trató de restituirse á la Asuncion, que ya contaba entre algunos habitadores venidos de Buenos Aires con el capitan Juan de Zalazar y Francisco Ruiz de Galan.

Tres eran las poblaciones que contaba por este tiempo la provincia. La Asuncion estaba tan á los principios, que aun no se honraba con glorioso renombre de capital, ni aun de noble ciudad del Paraguay. La ciudad de Santa María de Buenos Aires, desde el principio estuvo en agonías de muerte y al presente se hallaba en vísperas de verse desamparada. Desde el principio fué combatida por el enemigo Queran-

di: aflijida cruelmente del hambre y gobernada por Ruiz de Galan, que se portaba como un tirano. La tercera poblacion era del Corpus Christi, monumento de Juan de Oyolas, á poca distancia de la fortaleza de Gaboto. Habian mantenido los presidarios amigable correspondencia con los Caracarás, habitadores del terreno: el genio de los paysanos era dócil, pero sabia entenderse en las ocasiones con el disimulo y vengar las injurias.

Así lo ejecutaron con los caballeros en Corpus Christi. No fueron ellos culpados en inquietar sus aliados: pero llevaron la pena de delincuentes. Francisco Ruiz de Galan, teniente de Buenos Aires, poco modigerado en sus acciones asaltó improvisamente á los caracarás, de los cuales muchos fueron muertos y las mujeres y criaturas conducidas á Buenos Aires, se repartieron en los servicios de los porteños, quedando los caracarás agraviados y resueltos á la venganza, para lo cual se confederaron con los timbues y juntaron un cuerpo considerable de milicias, eligiendo capitan general de las tropas. No ha quedado el nombre del gefe: pero sus artificios y engaños le pueden hacer memorable en los anales griegos. La sustancia es que se fué á Corpus Christi y en este tenor habló al capitan Antonio de Mendoza, teniente del fuerte.

"El aprieto grande en que se halla mi nacion, noble y valiente capitan, y la firme alianza en que españoles y caracarás vivimos, me ponen á tus piés para consultar el remedio que se debe aplicar á los males que nos amenazan. Habeis de saber que una nacion cruel y bárbara, nos ha despachado sus embajadores con precision de intimaros la guerra, y de no, amenaza para nuestras tierras; el enemigo es temible por naturaleza y formidable por el número exesivo de combatientes. Nosotros si, á fuer de aliados y amigos, no nos socorren vuestras armas, nos hallaremos débiles para la resistencia y solo en compañia vuestra podiamos vencer al comun enemigo, que pretende romper nuestra alianza." El cacique coloreó con

artificio sus designios, y movió al capitan Antonio Mendoza á señalar cincuenta españoles á cargo del alférez Alonso Suarez de Figueroa, el que pasó á incorporarse á los caracarás en sus pueblos.

Pero antes de llegar se ofrecia un estrecho sendero que cortaba la espesura del bosque con rastros impresos de viandantes pasageros. Aquí fué á donde los caracaras que estaban en celada acometieron al español: resistió éste con valor mostrando, en el daño que causara al enemigo, la pujanza de las armas y el esfuerzo del brazo que las manejaba. Mejoraron los españoles de lugar, saliendo á un llano despejado que ganó Figueroa: pero fatigados con la continua operacion, todos murieron á manos de sus enemigos, menos un mozuelo llamado Calderon, que eludió el peligro con la fuga para mensagero de la funesta noticia.

Los victoriosos caracarás, en número de mil, como dice Centenera, ó diez mil, segun Ulrico Fabro, corrieron con ímpetu para asaltar al puerto de Corpus Christi. Quince dias duró el cerco del fuerte, renovándose en cada uno, con viva fuerza, el asalto de los caracaras, cuyo ímpetu fué rechazado valerosamente de solos cincuenta soldados que le presidiaban. En lo mas vivo del asalto del decimo quinto dia, Diego Abreu y Simon Jaques de Ramoa, capitanes de dos bergantines, que subian Paraná arriba desde Buenos Aires á Corpus Christi, oyeron de léjos las bocas de fuego que se disparaban desde el fuerte; sospecharon lo que podia ser y soltando al viento las velas se arrimaron al lugar del combate.

Jugóse oportunamente la artilleria de los bergantines y se hizo lugar á que la soldadesca saltara en tierra, hasta incorporarse con los sitiados. El combate fué muy reñido, porque la obstinacion peleaba con los bárbaros y la multitud permitia que los fatigados alternaran con las tropas de repuesto. Los españoles apuraban el aliento con el continuo ejercicio, sacando fuerzas de flaqueza para no ser vencidos, pero no podian contender ellos con tantos enemigos. El Cielo muchas veces propi-

cio en las conquistas de Indias, tomó para sí la gloria de este triunfo. Un varon celestial, (así lo confesaron los indios mismos,) con vestiduras blancas y espada brillante en mano, se dejó ver con aspecto respetable sobre un torreon de la frágil muralla, infundiendo tanto terror en los barbáros, que los derribaba atónitos en el suelo y ponia en pavorosa fuga; favor singular que los españoles atribuyeron á San Blas, en cuyo dia de 1539, se consiguió tan señalada victoria. Desde entonces la gobernacion del Paraguay, tributa obsequiosos cultos al Santo, reconocida á los grandes favores con que su Patron manifiesta propicio el poder de su abogacía.

Los españoles que sobrevivieron desampararon el fuerte de Corpus Christi, embarcándose en los bergantines de Diego Abreu y Simon Jaques, para Buenos Aires. Pero así estos como los pobladores del puerto solo pudieron juntarse para formar un número considerable de miserabilísimos, próximos á estrema ruina. Refiérense algunos casos semejantes á los que se cuentan de Roma en el cerco de Mario y de Jerusalem en el tiempo de Tito y Vespaciano. En tanta miseria y calamidad sintieron algun alivio con la venida del veedor de el Rio de la Plata, Alonso Cabrera, capitan de una Armada de tres á cuatro navíos. Traía provision de arneses, municiones y bastimentos para un año: doscientos soldados, con algunas personas de carácter y caballeros de nobleza distinguida. Entre otras traía una real cedula, en que á Juan Oyolas se le confirmaba el título de gobernador del Rio de la Plata, y en caso de fallecimiento, la Cesarea Magestad concedia facultad de proceder á eleccion de gobernador, por pluralidad de votos.

No se arreglaron al cesareo mandato; el veedor Cabrera y el teniente Francisco Ruiz Galan, de consentimiento, de los dos, se adjudicaron el baston con todas sus preeminencias, dividiendo entre sí el mando de una Provincia cuyos fundamentos descansaban sobre arena y amenazaban ruina á la primera avenida. Una cosa

buena hicieron, en su brevísimo gobierno, que fué pasar con casi toda la gente á la Asuncion, donde los alimentos se conseguian sin escasez y se lograban lucidos intérvalos; que mediaban entre la tranquilidad de la paz y rebatos de la guerra.

Publicóse en la Asuncion la cédula del Emperador y se procedió á la eleccion de gobernador. Domingo Martinez de Irala, de quien ya hemos hablado, noble vascongado, era sujeto distinguido por su valor y afabilidad, era ejecutivo y pronto, resuelto y determinado con fortuna, vano y ambicioso en estremo. Aceptó á la nobleza y plebe y con un exterior agradable y placentero robaba las voluntades. Tenia un fondo de reserva que alcanzaban pocos, haciendo creer vivia ageno de lo mismo que eficazmente promovia. Como este fondo de reserva no era conocido y solo se atendia al exterior agradable y disimulado, se arrastró la pluralidad de votos y empuñó el baston del gobierno.

Elevado al mando, entendió en el desempeño de su oficio. El fuerte mal murado erigió en ciudad: repartió solares y señaló oficinas para las maniobras, con superintendentes que acalorasen las fábricas. Dióse el primer lugar á un templo, principal desvelo de la nacion española, que consagró á la triunfante Asuncion de Nuestra Señora. Para todo ayudaron los guaranies amigos, tan escrupulosos de la observancia de las capitulaciones, que escedian los términos de su obligacion y tan obsequiosos en el agasajo de los españoles que ofrecian sus hijas para servirles. Los españoles las aceptaron para los domésticos ministerios y tuvieron con ellas con que pasar la vida en concubinato escandaloso, de muchos años. Escepcion de este lunar, son algunos caballeros, á quienes privilegió la cristiandad y sofrenó el pundonor de la hidalguia en la desigualdad de condicion, nuevo retractivo de la liviandad.

DECADA SEGUNDA

Parte Segunda

SUMARIO

I. Breve geografia de Tucuman.—II. Etimología del nombre.—III. Llega á los confines de Tucuman Don Diego Almagro, y es mal recibido de los naturales.—IV. Convocatoria de indios, y retirada á lo interior del Chaco.

Tucuman, provincia de la América Meridional situada en la zona templada, menos por el lado confinante al Perú, que toca en la tórrida, hasta el vígesimo segundo grado de latitud, corre norte á sur trecientas leguas, y de oriente á poniente doscientas. Parte términos con el Rio de la Plata y Paraguay, y por el oriente, á la banda del poniente, se dilata hasta las cordilleras de Chile y del Perú. Hácia el Sur deslinda términos con Buenos Aires en la Cruz Alta, llegando á confinar por este lado con la tierra de Patagones por las interminables campañas que le corresponden. Hácia el norte se interna hasta las vecindades del Perú por el corregimiento de los Chichas, y varias provincias de infieles que no sojuzgó aún el valor español.

Sobre el nombre Tucuman discurren variamente los etimologistas: unos le hacen diccion compuesta de *Tucui* que significa todo y *demanu*, negacion: esto es *nada*, se *encuentra de todo:* añadiendo que con estas palabras respondieron al Inga algunos caciques enviados á explorar, si estas tierras eran tan fecundas en mine-

rales de plata. Ingeniosa explicacion, si no fuera impropia para el intento, y oscura para declarar el éxito de la comision de un monarca. Otros afirman que preguntando en el Cuzco los soldados de Francisco de Pizarro, si en estos paises se hallaba plata, respondieron los indios no hay, *manan*, si oro, *manan*, tampoco. Entonces los españoles irritados, dijeron *tucuimana, tucuimana*, á todo respondeis que no hay. No dudamos que casualidades semejantes bastan para la imposicion de nombres; pero en nuestro caso descubrimos orígen mas evidente espresado en auténticos protocolos.

Al tiempo de las conquistas reinaba Tucumanahaho, cacique principal y señor actual de Calchaqui. La voz Tucumanahaho es diccion compuesta de *Tucuman*, nombre del cacique, y de *Ahaho* que en lengua Kakana, usual en Calchaqui, significa pueblo; y juntando las dos voces en una diccion, es lo mismo que si dijéramos "pueblo del cacique Tucuman." Este es á mi juicio el orígen de la palabra Tucuman que se registra espresada en los autos y testimonios antiquísimos de la provincia. Verdad es que el uso absorbió la diccion, cercenando las últimas sílabas para facilitar la pronunciacion, con la mayor brevedad de la palabra.

Esta inteligencia es muy conforme á la propiedad del idioma kakano, que incluye el nombre de sus caciques reinantes en el de las poblaciones que señorean; como se vé en *Colahaho*, *Taymallahaho*, y otros, imitando en esto á los griegos; como se observa en Constantinopla, Adrianopolis, etc., propiedad que se comunicaba á diferentes idiomas de la provincia Tucumanesa, como se registra en la lengua tonocote, en la cual *gasta* significa pueblo en las dicciones *Nonogasta*. *Sañogasta*, *Chiquiligasta*: y en la lengua Sarabirona, en la cual Sacat significa pueblo en las dicciones *Chinsacat*, *Nonsacat*, *Anisacat*, pueblos de estos caciques. Juntando con elegancia reparable, en una palabra, el príncipe reinante y el lindero de sus dominios, dilatándose tanto estos, cuanto alcanzaba la significacion del nombre.

La noticia de Tucuman, bajo de este ó de otro nombre, corria en el Perú con alguna viveza, y entre los conquistadores del Paraguay, estaba muy valida la fama. No se sabia con distincion la calidad del terreno; pero la codicia descubria ricos minerales, que avivaron sobradamente el deseo de emprender la conquista. Nuestros argentinos desde el tiempo de Sebastian Gaboto, enviaron cuatro exploradores, cuyo capitan era Cesar en el nombre, y era forzoso serlo en el valor para registrar lo interior del país. Y hay tradicion que penetraron hasta los confines del Perú, siendo recibidos con humanidad de los infieles, y que vueltos al fuerte de Sancti Spíritus, lo hallaron asolado por el alzamiento de los timbues.

Al presente no se hallaban los pobladores del Paraguay y Buenos Aires, en estado de emprender nuevas conquistas entendiendo en debelar los infieles de la vecindad, y acalorando la construccion de fortalezas para la defensa. En el Perú, bullian, con peligrosas inquietudes, los ánimos en los disturbios suscitados entre los Pizarros y Almagros, que retardaban el progreso de las armas, y adelantamientos de nuevas empresas: motivo único de no emprender la conquista de esta provincia, para sujetarla al dominio español, hasta el año segundo de la siguiente decada de nuestra historia; pero en el sexto de la segunda, es preciso referir la entrada de Don Diego Almagro, cuando pasó á la conquista de Chile, tocando en los confines de Tucuman.

Don Diego de Almagro el Viejo, héroe entre las mayores felicidades desgraciado, sentó en el Cuzco, por via de composicion con Francisco Pizarro, emprender la conquista del Reino de Chile, reino opulento con fama de riquísimo en minerales. Juntó quinientos cincuenta soldados y llevó en su compañia al Inga Paullú, hermano de Manco Inga, y al sumo Sacerdote Villao Umu: personas distinguidas por su dignidad, que podian ser útiles para facilitar el paso por los dominios del Inga. Caminaban en obsequio de Almagro, quince mil indios

peruanos, y parte soldados, parte destinados para el transporte de armas, municiones y bastimentos, bien instruidos de Manco Inga en la comision de su empleo.

Variamente se discurre sobre la venida del Inga Paullú, y del sacerdote Villao Umu en compañia de Almagro. Algunos se persuaden, que eran enviados de Manco Inga, para redimir la monarquía peruana con obsequiosa sujecion, y homenaje al español. Otros mas verosímilmente creen, que para sublevar los Indios y embarazar la jornada. No es mi asunto referir los alzamientos de Manco Inga, sino seguir al mariscal Diego de Almagro. Estando ya el ejército en el campamento de Topisa, perteneciente á la provincia de las Charcas, en los confines de Tucuman, se desfilaron cinco soldados españoles al país de Jujuy, cuyos moradores dieron la muerte á tres de ellos, escapándose los otros dos con precipitada fuga á Topisa, donde dieron noticia del suceso, y del infortunio de los compañeros.

Irritado Don Diego de Almagro con el atrevimiento y osadía de los bárbaros, despachó á los capitanés, Salcedo y Chaves, con buen número de soldados, y Yanaconas, para fenecer con brevedad la empresa, vengando el insulto de los agresores. Los jujuyenos, no se descuidaron en los apercibimientos de guerra para esperar al español. Tuvieron congresos militares, cuya resolucion fué que implorasen con sacrifios el favor de los ídolos, asegurando el patrocinio de su divinidad con sangre de víctimas : que convocasen tropas auxiliares de las naciones vecinas : que fortificasen su pueblo, reparando con estacadas la entrada, que se embarazase el uso de los caballos, abriendo profundas sanjas, y clavando estacas de agudas puntas, disimuladas con céspedes mañosamente dispuestos. Así lo ejecutaron, y así lo experimentaron Salcedo y Chaves cuando bloquearon su poblacion, y estrecharon el sitio para tomarlo. Pero ellos se defendieron valerosamente, como si fueran veteranos en ese género de asedio. En una repentina salida mataron crecido número de ya-

naconas, y se apoderaron del bagaje. Accion gloriosa por la que les obligó á levantar el sitio, por no divertirse el asunto principal, que era la conquista de Chile.

Pasó adelante D. Diego de Almagro, y atravesando el valle de Chicoana, jurisdiccion de Calchaqui, los naturales le picaron la retaguardia: al principio con miedo por la ligereza de los caballos, y despues con resolucion denodada: juraron por el alto Sol, que habian de morir, ó acabar con los extrangeros. Quiso Almagro detener el ímpetu de los calchaquis, pero le mataron el caballo, con evidente peligro de su persona, á no ser socorrido con tiempo de los suyos. Empeñado el mariscal en el castigo, destacó algunas compañias de caballos ligeros; pero ganando los calchaquís la eminencia de la sierra impenetrable á los caballos, fisgando con espantosa griteria al español, burló las diligencias del valeroso caudillo.

Por este mismo tiempo, con poca diligencia, de lo mas interior de la provincia hácia Capayan, perteneciente al valle de Catamarca, se internaron al corazon del Chaco, muchos indios de la provincia del Tucuman. El caso fué, que por toda ella precedieron espantosas señales: seca de muchos años, que inutilizó el beneficio de la tierra: cortáronse los rios: hubo mucha carestía de alimentos: enmudecieron los Idolos, oráculos de cuya respuesta pendia la resolucion de las dudas: tan inexorables entonces á los ruegos, que por no dejar de ser crueles en los sacrificios que les ofrecian de sangre humana, para aplacarlos, hacian profesion de silenciarlos. Tres años observaron con rigidez profundo silencio, hasta que por consejo de los magos sacerdotes, que consumen las víctimas, se publicó congreso general de Indios, á los adoratorios: aplacáronse con sacrificios las deidades, y rompió un famoso Númen, ó fingido bachiller, el silencio en esta sustancia.

Yo he sido la causa de tantos males como os han

afligido; pero mayores calamidades os amenazan, en unos estrangeros, gente belicosa, audaz, invencible y enemiga de la nacion de los Indios, que por la via del Perú se avecinan á vuestras tierras. Los que incrédulos á mis palabras no empezasen á seguirme, caerán èn sus manos, con pérdida de la vida, ó por lo menos de la libertad, reducidos á mísera servidumbre. Pero, podreis veros libres de tantas calamidades ausentándoos de la Provincia, y caminando en mi seguimiento. Dijo el malvado espíritu, y levantando un furioso huracan, barrió consigo muchos Indios al corazon del Chaco. Esta fábula, ó narracion, recibieron los primeros conquistadores de algun indio novelero, y de ellos ha pasado la fama en pluma de algunos èscritores á nuestros tiempos. Pero el discreto lector, podrá separar lo precioso de lo inútil, y de lo verídico, lo fabuloso: mientras yo paso á la tercera decada de la historia.

DECADA TERCERA

Parte Primera

SUMARIO

I. Rebélanse los indios vecinos á la Asuncion.—II. El gobernador Irala los sujeta.—III. Alvar Nuñez es nombrado Adelantado del Rio de la Plata, y llega á la Asuncion.—IV. Promuévese la religion cristiana. —V. Despacha á Irala á descubrir comunicacion con el Perú.—VI. Sugeta al rebelde Tabaré.—VII. Sienta paces con los Guaycurus.— VIII. Jornada á descubrir comunicacion con el Perú.—IX. Fábula del Paytiti, ó imperio del Gran Moxo.—X. Es preso el Adelantado, y enviado á España.—XI. Álzanse los Indios y los sujeta Irala.— XII. Descúbrese comunicacion con el Perú.—XIII. Alborotos en la Asuncion.

El gobernador Irala entendia con desvelo en asegurar la Provincia, ya removiendo, ya sujetando parcialidades de indios que sobresaltaban la quietud. Castigó los Yapirús cómplices con los payaguás en la muerte de Oyolas; subyugó los pueblos de Ibitiruzú, Tebicuarí, Monday y otros del rio Paraguay arriba: ramos todos del tronco guaraní, cuyo dialecto y ritual observaban con alguna diferencia, que no tocaba en la sustancia, y solo descriminaban los accidentes: ordenó que los habitadores de Buenos Aires, siempre expuestos á las invasiones de los querandis, despoblado el fuerte, subieran á la Asuncion. Pasó reseña de la gente de guerra, y halló seiscientos soldados, cuerpo considerable en aquellos tiempos pa-

ra emprender alguna faccion honrosa. No tardó en ofrecerse un lance, el año de 1540, en que la sagacidad de Irala, y el valor de la milicia, fué bien necesario para librar de fatal ruina á la ciudad.

Los ibitiruceños, tibicuareños y mondaistas, puestos poco antes en vasallaje, llevaban pesadamente el yugo del servicio español: aún no bien lo habian ricibido, cuando pretendian sacudirlo, y de vasallos hacerse señores. Irritaba su enojo el mal tratamiento de los Asuncionistas que abusaban de su humilde sujecion para el desprecio, tanto mayor, cuanto era su apariencia mas sufrida, y su mansedumbre mas callada, subyugacion tirana que sublevó los ánimos en maquinaciones peligrosas. Una les agradó sobre las demas, que fué meter en la ciudad, buen número de soldados, con pretesto de satisfacer la curiosidad, registrando la procesion de Semana Santa, el Juéves en la noche. Ocho mil guerreros se habian introducido á la Asuncion, con tanto disimulo, que no alcanzaron los españoles la traicion, que contra ellos se urdia.

El ardid descubrió una indiezuela, que mantenia ruin correspondencia con Juan de Salazar, fundador ó reformador de la Asuncion. A ella se lo reveló un paisano su pariente, comunicándole el estado del negocio y la ruina que amenazaba á la ciudad, advirtiéndola del peligro que corria su vida, si con tiempo no se ponia en cobro, refugiándose entre los suyos. La indiezuela, ó porque deseaba mantener ruin comercio con persona tan distinguida, ó tocada de femenil compasion del infortunio, como si deseara enterarse de las circuntancias para eludir en sí misma el peligro, inquirió algunas particularidades, sobre el tiempo, lugar y modo con que debia ponerse en ejecucion el atentado.

A todo satisfizo el indio, y recibido con agradecimiento el aviso, previno á su pariente que la esperase en aquel sitio. "Yo voy, le dice, á casa, no basta asegurar mi persona: madre soy, y es necesario poner en salvamento á un hijo que tengo, prenda única de mis entrañas, y objeto

agradable de mis cariños. No te ausentes de aquí, espérame que ya vuelvo." El indio aguardó á su parienta y ella caminó presurosa á buscar al capitan Salazar, y le informó menudamente del caso, advirtiéndole que en la celeridad del remedio, consistía la salud de la ciudad agonizante. La indiezuela cargada de su hijo volvió á su pariente, y Salazar pasó sin dilacion la série del atentado al gobernador Irala.

Era Irala de juicio penetrativo, de pronto y sagaz acuerdo, en sucesos repentinos, proporcionaba los medios á los fines, tanto en los casos no previstos, como en los que premeditaba con tiempo. Al punto y sin dilacion ordenó tocar la caja de guerra y que el pregonero voceara, como un trozo de yapirús venia marchando para tomar la ciudad; que los soldados desnudaran el traje de penitencia (tan próxima estaba la hora) y vistieran por túnicas escapiles, trocando el azote por las espadas, rodelas y arcabuces. Convocó á consejo de guerra los caciques amotinados con pretesto de consultar los medios para ocurrir á los yapirús, que publicaban acantonados en las vecindades.

Los caciques no recelaron descubierta su traicion: ellos vinieron confiadamente y asegurados con prisiones, fueron puestos en diferentes lugares, que por entonces hicieron oficio de calabozos: entretanto, los soldados tomaron las bocas calles, para embarazar el tumulto de los amotinados, y sustanciada brevemente la causa de los reos, fueron ahorcados los principales, casi á la misma hora que tenian destinada para el sacrificio de los españoles. Brevísimo tiempo bastó para mudar el teatro: la procesion de penitencia se convirtió en cadalzo de traidores: las cabezas del motin sirvieron al escarmiento con el castigo: los menos culpados admitieron la indulgencia del perdon que publicó Irala; y todos ibitiruceños, tebicuareños, mondaistas, y españoles, renovaron esa noche la amistad.

Desde este tiempo, se gozó de paz, y la poblacion empezó á tomar nuevo sér y esplendor. El Gobernador

Irala fomentó los edificios de la ciudad y repartió solares para quintas, de cuyo beneficio pendia el surtimiento de víveres, que hasta ahora se rescataban de los indios confederados. No desmerece Irala el glorioso título de fundador de la Asuncion, porque él la planteó de nuevo, mejorándola de arquitectura y materiales: amenizó sus contornos con granjas, y las hizo beneficiar con el auxilio de los guaranis, pacificó el terreno castigando los rebeldes, y compeliéndoles á dar la paz y rendir vasallaje. Á la sombra de su restaurador se podria prometer la Asuncion progresos felices, si continuara por muchos años en el gobierno.

Pero, al mismo tiempo, fué provisto Alvar Nuñez Cabeza de Baca con título de Adelantado del Rio de la Plata. Era Alvar Nuñez natural de Xeréz de la Frontera, avecindado de Sevilla, nieto de Pedro de Vera, gran conquistador de la Canaria, en tiempo de los Reyes Católicos. Estimulado con el ejemplo de sus mayores, y con deseo de adquirir gloria mundana, pasó á la Florida en la desgraciada jornada de Panfilo de Narvaez, con título de tesorero real. La expedicion es celebérrima en los anales índicos, por infeliz, y nuestro héroe sobre todo recomendable por sus virtudes cristianas y heroicidad de fé, por cuya eficacia obró el Señor algunos milagros, que le hicieron respetable á los caribes, y le franquearon el paso escoltado de los Nebomes hasta el rio de Petaban en la provincia Sinaloa, despues de diez años de cautiverio. En todo este tiempo no perdió la letra dominical, ni el órden de calendario romano, claro argumento de su cristiandad y arreglada devocion.

Este grande hombre, pues, salió del puerto de San Lucar, en 2 de Noviembre de 1540, con cuatro navíos y cuatrocientos soldados, y al siguiente año abordó á la isla de Santa Catalina, de la cual en nombre del invictísimo emperador Cárlos V, tomó posesion por España. Bien podemos asegurar, que el cielo y la cruz de Cristo, habian prevenido á los monarcas de la tierra en el título de la posesion, por medio de los reverendos padres fray Ber-

nardo Armenta y fray Alonso Lebron del Orden Seráfico, primeros apóstoles de los guaranis, que corrian en la sazon el país, evangelizando el reino de Cristo.

Desde la Asuncion hasta la costa del mar, penetraron estos famosos obreros, llenos del espíritu del Señor, y evangelizadores gloriosos de su fé, por medio de naciones infieles y bárbaras, á las cuales aficionaron á la ley del Señor, con la dulzura de sus palabras, y se hallaban actualmente en Santa Catalina en prosecucion de su apostolado, cuando llegó á la Isla el adelantado Alvar Nuñez. Alegróse con el feliz encuentro y se informó largamente sobre el derrotero, que debia tomar por tierra para seguirle con parte de su comitiva. El resto de la gente despachó por agua á la Asuncion, adonde llegó sin memorable suceso. El viaje por tierra de Alvar Nuñez, está amenizado de particulares curiosidades, que divierten la narracion.

A dos de Noviembre de 1541, un año puntualmente despues que zarpó de San Lucar, al frente de doscientos cincuenta arcabuceros y ballesteros, veinte y seis caballos, y algunos isleños de Santa Catalina, empezó su jornada: al principio por despoblados y soledades, y despues por bárbaras naciones. Diez y nueve dias tardó en llegar á los primeros pueblos, que llaman de los Camperos, en los confines del Guayrá, sobre el nacimiento del Guazú: pero como el terreno era áspero, se ganaba á fuerza de brazos, talando bosques y montañas, que embarazaban el paso y obligaban al desmonte.

Salieron á terreno mas despejado, pais de los Camperos, que habitaban amenas campiñas. Eran señores de la nacion Añiriri, Cipoyay, Tocanguazu, reyezuelos humanos, que se esmaraban en el agasajo del Adelantado, ofreciendo liberalmente los bastimentos que cargaban al hombro sus vasallos. Alvar Nuñez agradeció el donativo, y firmada las paces con ellos, tomó posesion del terreno, llamándolo provincia de Vera. Denominacion que latamente se estiende desde los cam-

pos hasta la costa, isla de Santa Catalina y tierras del Mbiaza.

Poco tiempo se demoró entre ellos, siguió presuroso la marcha hasta caer en el Iguazú, rio de caudal y soberanía. Aunque los Iguazuanos eran por naturaleza feroces, poco hospitalarios y enemigos irreconciliables con los estrangeros, recibieron á los españoles humanamente, proveyéndoles de víveres en abundancia. Los caballos hicieron ruidosa armonía en su imaginacion, y porque temian su braveza, procuraron amansar su ferocidad, con miel, gallinas y otros comestibles que les ofrecian, rogándoles en su dialecto, qué no se irritasen contra ellos, que les traerian comida en abundancia. Ingenua sencillez, compatible con la primera vista. Sosegados los caballos, los indios, las indias y los muchachos concurrian en grandes tropas á ver un animal que hacia temible la novedad y pasada esta, deleitábales su natural inquietud y bullicioso alboroto.

Siguió el Adelantado sus marchas, unas veces desmontando, otras esguazando rios, aplicando el artificio de puentes. Dia hubo en que se levantaron diez y ocho para atravesar los frecuentes arroyos, tributarios del caudaloso Iguazú. Entre tantos peregrinos objetos suavizaban las penalidades que ofrecia el terreno, árboles de altura desmedida, corpulentos á correspondencia. Pinos que se perdian de vista, y tan gruesos, que cuatro hombres con los brazos tendidos no alcanzaban á ceñir su circunferencia: monos tan varios en su especie, como juguetones por naturaleza, traveseando placenteros de rama en rama, y saltando de árbol en árbol con singular agilidad. A las veces se desprendian por la cola, y pendientes al aire se ejercitaban en desgranar piñones, derribándoles al suelo para comerlos despues con descanso, afan verdaderamente penoso, pero á las veces sin fruto.

Cuando tenian buena porcion en el suelo, bastante á saciar una grande hambre, se bajaban festivos á gozar el fruto de su laboriosidad. Pero los puercos monteses que se ponen en celada, salen de sus guaridas y se arro-

jan sobre los piñones, y consumen con inalterable serenidad las provisiones de los monos. Ganan estos con increible presteza los pinos, y gritan inútilmente contra los consumidores de sus diarios alimentos, pero ellos ensordecidos á tan justas quejas, continúan en su ejercicío, hasta que consumidos los piñones se ponen en celada para repetir segundo y tercero asalto.

Mas adelante se atravesó un cañaveral muy dilatado. Eran las cañas gruesas como el brazo, y en partes como el muslo. No estaban vacios de sustancia los cañutos: porque la naturaleza admirable de sus producciones, y despensera probida de sus alimentos, deparó en ellos comida y bebida á los viandantes. Los unos son depositarios de gusanos largos, blancos y mantecosos, que asados satisfacen el hambre y regalan el apetito: los otros atesoran el agua buena y crístalina, para saciar la sed y surtirse en abundancia para continuar el camino. Nuestros caminantes estrañaron el prodigio, y sin examinar las causas de producciones tan admirables, solo cuidaron de avanzar en las formadas para llegar á su destino.

A pocos dias se encontraron con el Salto del Iguazú, y descubrió la vista un agradable espectáculo, que registró con novedad y observó con admiracion. Es el Iguazú rio de magestad y corriente, tiene su nacimiento hácia las espaldas de la comarca, desde adonde descarga en el Paraná. Corre mas de doscientas leguas, poderoso y rico con las aguas que le tributan otros rios caudalosos sobre sus márgenes orientales y occidentales. En medio de la carrera se atraviesa una alta serranía, en cuya eminencia se precípita con impetu el golpe todo de su corriente.

Salto llaman los españoles ó porque sus aguas caen saltando de piedra en piedra, ó porque se despeñan de superior elevacion, precipitadas hasta lo profundo con estrepito tan espantoso, que se deja percibir por espacio de tres leguas. Sus aguas, parte siguen el curso natural, parte azotadas contra las guijas se rarifican en sutil espuma, que elevada sobre la eminencia de la cordillera,

forman argentada nube, en la cual reverberan los rayos solares con increible hermosura. Objeto á la verdad delicioso, que imitando la refleccion del espejo, deja claros intermedios para admitir los rayos del sol, y transfundirlos por la parte inferior, con encontradas refracciones, que ofrecen la novedad mas peregrina á la vista. Despues de observado este portento de la naturaleza, siguió el Adelantado su curso hasta la Asuncion, donde llegó el año de 1542.

Su primer cuidado fué la religion cristiana; convocó la clerecia y religiosos, y con gravedad de palabras dignas de la materia, puso en su noticia, como el señor Cárlos V, descargaba su conciencia en la confianza que de ellos hacia en la causa de religion: proponiendo con términos respetuosos la obligacion que tenia de satisfacer al César, á su conciencia y á Dios, que habia depositado en el seno de su celo tanto millares de almas, que solo esperaban la industria de fervorosos ministros, para salir de las fauces del abismo y pasar por sus manos á la bienaventuranza. Convocó tambien á los indios amigos, y en presencia de los clérigos y religiosos, hizo un breve razonamiento sobre el punto de religion, encargándoles el respeto que debian á los ministros del Altísimo, como embajadores suyos para anunciarles el camino de la verdad y ponerlos en carrera de salvacion. No mostraron los indios desagrado, ofreciéndose prontos á oir la doctrina y á escuchar con devocion las palabras de los predicadores, como enviados del único hacedor del universo.

Satisfechas estas obligaciones de cristiano, entendió en los negocios del gobierno. Señaló á su antecesor Martinez de Irala, para que siguiendo el camino de Juan de Oyolas, tentara descubrir comunicacion con el Perú. "Andad, le dice, seguid el rumbo de Oyolas, tomad noticias de las naciones para descubrir el paso al Perú. La desgracia de aquel incauto capitan, sirva de cautela á la diligencia para que la empresa no se malogre por arriesgada confianza. La estrema necesidad de la Provincia

obliga á mejorar fortuna con la comunicacion que se pretende: ella es posible, pues ya la descubrió Oyolas y por su desgracia, no llegó á nuestra noticia. Tentad, pues todos los medios que la faciliten, y volved con respuesta que ensanche las esperanzas, y felicite nuestra fortuna." Irala hizo su deber en el ejercicio de su comision, y subió hasta la isla de los Orejones, sentó paces con algunas naciones, y adquirió noticias individuales del terreno, y rumbos que debia seguir, para hallar comunicacion con el reino peruano. Con estas noticias se restituyó á la Asuncion y avivó las esperanzas de todos, especialmente del Adelantado.

Este entretanto no estuvo ocioso: pacificó los agaces imponiéndoles condiciones oportunas á la quietud de los españoles, y ventajosas á la religion católica. Rebelóse Tabaré, cacique feroz y guerrero, señor de Ipané. Tenia cuerpo considerable de milicia; ocho mil guerreros, gente escogida de lo mas lucido de sus tropas. Se habian confederado con otros reyezuelos vecinos: diariamente engrosaban su ejercicio con esforzados y veteranos soldados. El sitio defendian tres palizadas de robustos troncos que ceñian la circunferencia del pueblo; á las entradas de las calles reparaban corpulentos maderos, y dificultaban el asalto con la profundidad de fosas y zanjones.

Tabaré que confiaba sobradamente en estos reparos, no se hallaba en estado de admitir la paz que le ofreció Alvar Nuñez, por medio de embajadores, á los cuales cruelmente quitó la vida, reservando uno para mensajero del Adelantado y de la determinacion en que se hallaba. "Andad, le dice, andad á vuestro capitan y poned en su noticia la verdad del hecho. Andad á decirle que Tabaré ni admite la paz ni teme la guerra: que espera en batalla hacer con todos los castellanos lo que deja ejecutado con los embajadores."

Irritado con la respuesta el Adelantado resolvió infraganti el merecido castigo. Para el efecto nombró á Alonzo Riquelme, su sobrino, con trescientos españoles, y mil guaranís auxiliares, con órden de ofrecer primero la

paz, y no admitida, declarar la guerra. Tres veces convidó Requelme con la paz: moderacion singular, y claro argumento de la piedad del Adelantado que mandaba, y fidelidad de Riquelme en la ejecucion de sus órdenes. Pero el cacique dió nuevos indicios de obstinacion, y al siguiente dia asaltó repentinamente el cuartel de Riquelme con denodado empeño, y causó algun daño en la gente. Con mayor acierto repitió otra vez el asalto, obligando á los españoles á retirarse y dejar en manos del enemigo la plaza de armas. Avergonzado el capitan español de los progresos de Tabaré, revolvió furioso contra los infieles, y con muerte de trescientos tabareños recobró la plaza de armas.

Para facilitar el asalto de la poblacion, se fabricaron dos castillos de madera, maniobra de una sola noche, en que la emulacion de castellanos y guaranís, trabajó con fructuosa competencia. Constaban de tablason, y eran portátiles con ruedas, sobre que descansaba la máquina; tenian elevacion superior á las palizadas del enemigo, con algunos descansos en que eran conducidos los guaranís flecheros, y los arcabuceros españoles estaban repartidos por frente y costados con algunas troneras, que servian á la punteria, sin peligro de ser ofendidos. Dividió Riquelme su gente en tres compañias, la una encomendada á Ruiz Diaz Melgarejo, la otra al capitan Camargo, que poco antes se habia señalado en deshacer algunas tropas aventureras del enemigo. El frente con los castillejos comandaba el mismo Riquelme.

Arrimó este las máquinas, y por el lado que le correspondia arruinó con ellas la estacada. Parte de su gente se arrojó dentro de la poblacion, manteniendo con mas vigor que ventaja la pelea. Al capitan Camargo oprimian los infieles, y en la dificultad que se avanzaban las palizadas, se reconocia la resistencia de los ipanenses. Socorriéndole el alferez Juan Delgado, se pudo romper la estacada, y ganar un sitio en que los sitiados conservaban sus mayores fuerzas. Por el lado opuesto corria manifiesto peligro Ruiz Diaz Melgarejo; defendiéndose los

sitiados con ancho y profundo foso, y cuando se entendia en la operacion de puente para salvarlo, y romper la palizada, cortaron á los sitiados una manga de esforzados guerreros, que defendieron con vigor el paso, y causaron algun daño en la gente de Melgarejo.

Riquelme por su lado habia destrozado la estacada; con ayuda de los castillejos mantenia valerosamente la pelea; pero le oprimian la multitud de tabareños, y hubiera sido derrotado, á no incorporársele con su gente Camargo y Melgarejo, ya victoriosos; todos juntos reforzaron la bateria, y retiraron el enemigo á un sitio, que podemos llamar plaza de armas, cuyas boca-calles defendian con palizadas y número crecido de guerreros. Trabóse entre los dos campos una muy reñida contienda en que los enemigos llevaron la peor parte, y fueron obligados á retirarse precipitadamente. Los guaranís auxiliares mataron sin distincion de edad ni sexo cuantos se venian á las manos, y se entregaron ciegamente al pillaje.

Hiciéronse três mil prisioneros de guerra, premio que se repartió con equidad, segun la graduacion de los méritos. Los muertos pasaron de cuatro mil, y quedaron tendidos por el suelo, sin poderlos retirar, segun las leyes de su milicia, que cuenta entre los primeros del arte, ocultar el enemigo el daño que recibió de sus armas. Riquelme se alojó en la poblacion, y admitió á la paz los caciques en la vecindad, entre los cuales vino Tabaré con sumisiones de vencido, y protestas de desengaño, confesando ser otro género de armas, aquellas bocas de fuego que imitando las nubes, espantaban con el trueno y mataban con el rayo. A todos admitió de paz con obligacion de lijeras pensiones, que recibieron gustosos, y cumplieron con fidelidad.

Concluida esta empresa se volvieron las armas contra los guaycurús, nacion á ninguna inferior en la barbárie de costumbres, fronteriza de la Asuncion, hácia la márgen occidental del Paraguay.

Es gente altiva, soberbia y despreciadora de las demás naciones, guerrera por estremo, guardando inviolablemente el estilo de invadir cada año los paises vecinos, no movida con deseos de enriquecer sino por la gloria militar, y con destino de hacer temible el nombre guaycurú. Como era antiguo uso hacer cada año guerra á alguna nacion, el presente de 1542, la quisieron meter en tierra de los guaranís amigos.

Alvar Nuñez, por asegurar mas estos en su devocion, se mostró enemigo de sus enemigos, declarándoles guerra. Aprestó quinientos españoles, y diez y ocho caballos y buen número de guaranís, señaló cabos subalterno á Domingo Martinez de Irala y Juan de Salazar, ambos de conocido talento y expertos en las guerras contra indios. Desde el pueblo del cacique Yaguay avanzaron sus espias á tierras de guaycurús, vagos en la razon por las selvas, buscando en la certidumbre de la flecha caza y cestreria, que es el sustento de la vida. Siguióse al enemigo sobre la huella algunas jornadas al amparo de la noche, esperando que se juntara la dispersa multitud. Un poco antes de la madrugada se adelantó Alvar Nuñez con su gente á sitio inmediato á la portátil ciudad de los Guaycurús, los cuales vivian descuidados de la venida de los españoles, y ciertamente no pensaban tenerlos vecinos á su alojamiento. Saludaban la madrugada con atambores, entonando alegres endechas al son de los pingollos, y provocando las naciones del Orbe, con sobrada confianza y desprecio. Música mal sonante, que irritó á los españoles y los obligó á presentar la batalla. " ¿Quiénes sois vosotros, (empiezan á gritar los guaycurús) que osais penetrar nuestras tierras, sin nuestro permiso?" Hallábase en el campo español Hector Acuña, cautivo algun tiempo entre ellos, que entendia su dialecto.—"Hector soy, les respondió, que vengo á tomar satisfaccion de los agravios hechos á los guaranis, nuestros amigos y aliados." Enhoramala vengas tú y los tuyos, replicaron, que presto

experimentareis, que no es lo mismo pelear con guaranis cobardes, que vencer valerosos guaycurús."

Dijeron y echando mano á los tizones del hogar, los arrojan contra los españoles, y empuñan las armas, dando principio á la refriega, con griteria tan descompasada, que ponen en fuga á los guaranis. Las voces acompañan con densa multitud de flechas, que causan algun daño en la gente del Adelantado. Y aunque D. Diego de Barba disparó con acierto la artilleria y derribó muchos, no intimidó á los demás, los cuales no perdian pié de tierra y mantenian en su vigor la pelea. Pero lo que no pudo el estrago de la artillería, lo consiguió el ruido de los cascabeles que pendian de los pretales de los caballos: obrando inferior causa el efecto que no produjo superior, con la ayuda de la aprehension, facultad que domina en los afectos del corazon. La retirada del enemigo, fué con algun desórden, dejando cuatrocientos prisioneros en manos de los españoles y algunos muertos en la campaña.

Concluida felizmente la faccion, se retiró el Adelantado á la Asuncion, y trató á los prisioneros guaycurus con incomparable humanidad, procurando con amor y cariño domesticar aquellas fieras. Significóles que en la presente guerra, mas parte habian tenido los daños causados en los guaranís amigos, por la indignacion natural de hostilizar sus vecinos, que la benignidad y clemencia, armas á que cedia el primer lugar, y el postrero á las de fuego, que solo usaba contra los rebeldes, y que supiese deseaba sinceramente la paz, con los de su nacion, y comunicar con los principales caciques, á los cuales mandó llamar con uno de los prisioneros. El embajador prendado de la humanidad de Alvar Nuñez, peroró largamente entre los suyos sobre la clemencia del Adelantado, y movió á veinte y cinco, que serian caciques ó de alguna distincion, á venir en su compañía. Introducidos á la presencia de Alvar Nuñez, se sentaron sobre un pié: bárbara ceremonia que prescribe su ritual, cuando

celebran tratados de paz. Aquí tejieron largos anales de sus proezas y victorias, dando principio por las guerras que habian emprendido, finalizando con las victorias conseguidas contra los guaranís, yaparues, agaces, naperus, guataes, y otras naciones del gran Chaco, de las cuales su valor habia triunfado con tanta prosperidad, que estaban persuadidos pasar la raya de mortales y gozar privilegios de invencibles: confesando que el suceso de la guerra próxima, los habia enseñado, que la aprehension de inmortales, se compadece con ser vencidos de guerréros esforzados, á los cuales era justo rendir vasallaje, reconociendo superioridad en quien tuvo valor para vencerlos. Así hablaron los ya humillados guaycurús.

El Adelantado, en pocas palabras, les propuso la santidad de la religion cristiana y necesidad indispensable para salvarse, exortándoles á dar gratos oídos á los ministros evangélicos de cuyos labios, órganos de la verdad, aprenderian el camino del cielo; ofreciöles la paz y sus armas contra sus enemigos, perturbadores de su nacion, con solo una condicion de no hostilizar los aliados y ser amigos de sus amigos. Admitieron la paz, pero no la religion, cuya estrechez, no se hermanea con una libertad, que no conoce Dios, ni admite ley, ni rey.

El ejemplo de los guaycurús, imítaron otras naciones, menos orgullosas, solicitando la paz por medio de embajadores, ofreciendo, en demostraciòn de sinceridad, algunas doncellas de nobleza distinguida, entre ellos. Echáronse menos los agaces, los cuales faltando á las capitulaciones asentadas, habian causado algun daño en las alquerías de la ciudad. Pero sabiendo que el Adelantado se prevenía para el castigo, buscaron el asilo en los montes, donde vivieron algunos años, sin inquietar las vecindades, dando lugar con su huida á la jornada del Perú, que era toda la esperanza de los Asuncionistas; avivada con la noticia de oro y plata que publicó Iralà, despues que bajó del Puerto de los Reyes.

Todos suspiraban por esta jornada, imaginándola ya fecunda de riquezas con que poder salir de estrema laseria y miseria. Por setiembre de 1543, se dió principio á la espedicion con 400 españoles, 1200 indios amigos, diez bergantines y ciento veinte canoas. Los indios se arrearon vistosamente, con lo mas lucido de sus galas, que son penachos de colores diferentes, y tejidos de vistosas plumas y tersas planchas de metal, cuyo reflejo creen que deslumbra al enemigo, en tiempo de la batalla. Llegados al puerto de la Candelaria, que se halló en 21 grados menos un tercio de latitud austral, se dejaron ver seis payaguás, deseosos de comunicar negocios, al parecer de importancia, con el capitan de la armada; los cuales traídos á la presencia del Adelantado, empezaron un largo razonamiento, cuya sustancia es, que en poder de sus caciques, cuyos legados eran, paraban sesenta y seis cargas, rescatadas á fuerza de armas de los que fueron cómplices en la muerte de Juan de Oyolas; que dichas cargas eran conducidas á hombros de indios chanés, y que si no tenian á mal esperar hasta el dia siguiente, gozarían la grande riqueza que su cacique arrebató de manos de los alevosos para restituírsela á su legítimo dueño, individuando con prolija narracion, las piezas que contenia el rescate de brazaletes, coronas, planchas, y vasijas de oro y plata, con mucha variedad de preseas exquisitas, que fingian para conciliar crédito á la narracion. Alvar Nuñez, creyó á los payaguas y en pago de una mentira paliada, los cargó de donesillos y despachó contentos á sus caciques.

El Adelantado esperó el término aplazado de un dia; pero como ni los payaguás vinieron, ni los chanés parecieron con las cargas, resolvió aguardarles otros tres dias, tiempo en que los esperó con inquietud, y ellos ni pensaban soldar la quiebra pasada con una restitucion, que todo lo justificara. A la verdad, era uno de los artificios de los payaguás. Ellos habian muerto á Oyolas y sus compañeros con pretesto de amigable hospedaje: ellos intentaron sorprender á Irala con el engaño de merca-

derias y ellos mismos tiraban á descubrir al Adelantado con el artificio de las cargas que conducian los chanés. Con la tardanza de los portadores, y las noticias que se tenian de los disimulados payaguás, se desengañó Alvar Nuñez y ordenó levar anclas y salir del Puerto de la Candelaria en persecucion de la jornada. Pero como todas las canoas no podian alcanzar á los bergantines, y algunas se quedaron muy atras, logró el fementido payaguá la ocasion de hacer daño en los guaranís, y causó cuanto pudo con ligero castigo de su atrevimiento.

En el camino sentó Alvar Nuñez paces con los Guatos y Guarapos que habitaban en las vecindades de la Isla de los Orejones: los guatos á la izquierda y los guarapos á la derecha sobre el mismo rio. Está situada la isla en medio del mismo rio, que se divide en dos brazos, casi en altura de diez y ocho grados hasta el décimo nono. Era habitada de los orejones, así dichos porque se agugereaban las orejas, y rasgaban tanto la parte inferior, que pendia con disformidad sobre los hombros. El genio de la nacion era humano, tratable y cariñoso, ejercitando con los estraños las leyes de la hospitalidad. El alimento solicitaban del beneficio de la tierra que cultivaban con prolijidad, y puédese creer que cuidaban tambien del divertimiento y recreo. Los antiguos describieron esta isla como verjel y paraiso terrenal. Los modernos no descubren en ella calidades tan ventajosas; pero la falta de cultivo, es capaz de convertir un ameno paraiso en erial infructuoso.

Por lo menos, en lo antiguo, tenia especial atractivo, que inclinó los primeros conquistadores á plantear una ciudad en la isla. Así lo confirieron entre sí, y así lo propusieron al Adelantado con sobrado ardimiento. "No es bien, replicó Alvar Nuñez, no es bien prendarnos ciegamente del sitio, sin registrar otros puestos de mayor bondad que pueden ofrecer estos paises incógnitos. Amena es la isla, yo lo confieso, y no desmerece el nombre de paraiso con que la honrais; pero toda su amenidad y delicias no llenan nuestras ánsias, ni satisfacen nues-

tros deseos. Laudable es buscar lo bueno y contentarse con ello; pero reprensible es contentarse con lo bueno cuando se aspira á lo mejor. Nuestro destino es el oro y plata: eso prometimos buscar y eso esperan de nuestra diligencia nuestros conciudadanos en la Asuncion. Si lo hallásemos, la fortuna será comun y la felicidad para todos. Si no lo encontramos, tendremos el consuelo de haber trabajado para la patria, y el desconsuelo de no haber medio de mejorar su fortuna."

Este razonamiento, que hacia mas eficaz la viveza, sosegó los ánimos y alentó á continuar el descubrimiento. Avanzóse hasta los Xacosies, Xaqueses y Chanés, que moraban mas arriba del Puerto de los Reyes, hácia los confines de los Xarayes; con todos celebraron paces, y se firmaron con recíprocos dones, argumentos de la sinceridad con que se procedia. No obstante, la milicia española no se complacia enteramente con tanta bonanza, y como ansiaba por riquezas, las queria mendigar del pillaje, que se vincula á la victoria despues de la guerra, cautivando piezas para venderlas, convirtiéndolas con injusta venta en propia sustancia, y emolumento de los haberes.

"No es bien, les decia el Adelantado, movido de innata piedad con los indios, no es bien recibir con las armas en las manos, á quien carga las suyas con donecillos, para nuestro regalo. El derecho de las gentes, prohibe oprimir al inocente, y sujetar con violencia al que voluntariamente se ofrece con rendimientos. No podremos vanamente gloriarnos, aún cuando querramos entrar con las armas en las manos, que saldremos vencedores y triunfando. Los indios son muchos para enemigos, y nosotros pocos: aunque en los primeros encuentros tengamos la fortuna de vencer, pero venciendo se aminora el número y se debilitan las fuerzas que serán necesarias para debelar las naciones que hagan resistencia."

Este razonamiento bastó por entonces á sosegar los marciales ardores de la soldadesca, quedando persuadidos á la verdad ó por lo menos inclinados á su asenso.

Siguióse la marcha por el rio, en cuyas márgenes moraban muchos indios, gente pacífica, mas inclinada á beneficiar la tierra con el trabajo de sus manos, que ejercitada en el manejo de las armas. Vestian el trage de la inocencia, arreando su natural desnudez con piedrezuelas de color azul y verde, con que se empedraban las narices y orejas. Tenian algunos ídolos de horrible aspecto, á los cuales miraban con acatamiento, y en las ocasiones, todos ofrecian sacrificios, sin intervencion de sacerdotes. El Adelantado les habló sobre la supersticion de los ritos y vanidad de sus sacrificios, dilatándose con piedad cristiana en proponerles los sacrosantos misterios de nuestra religion. Dió sus veces al padre comisario Fr. Bernardo de Armenta, el cual esforzó tanto sus razones, que los obligó á traer los ídolos, y arrojados al fuego, ardian con estrañeza de sus adoradores, los cuales no acababan de admirar la paciencia de sus dioses en sufrir la profanidad de su honor, y tanta demora en el castigo de sus ultrages.

Aquí tuvo Alvar Nuñez, de la nacion Xaraye, ó Sarabe, noticia que habitaban rio Paraguay arriba, á distancia de setenta leguas de la Isla de los Orejones, sobre las márgenes del rio, á cuyo supremo señor, que llamaban Manés, despachó embajadores. Dividiánse los xarayes en dos ramas: Paravanes se decian los unos, y Mneses los otros, sujetos al supremo Manés, el cual gobernaba sus vasallos, por ministros inferiores, que ponia en los pueblos de su jurisdiccion. Si creemos á antiguas relaciones (hoy dia están casi del todo extinguidas las reliquias de esta nacion) tenian muchas poblaciones, y algunas llegaban á seis mil vecinos. Mas se aplicaban al beneficio de la tierra, que al manejo de las armas; pero se hacian respetar de las naciones vecinas, ya fuese por el número crecido de individuos, ya por reconocer en el concierto de su República, un género de superioridad que los hacia respetables: pasando tal vez á veneracion y envidia entre las naciones aquel modo de vivir, que tanto se conformaba á la ley natural. Profesaban rendida

obediencia al supremo Manés. Se preciaban de hacer bien á los estraños, observando, con escrupulosa nimiedad, la correspondencia con las naciones de su confederacion, Habia leyes y penas contra el adulterio y el latrocinio, sobre cuya observancia velaban ministros inferiores. El supremo Manés tenia ostentacion de Monarca, y se hacia servir de la principal nobleza de los pueblos.

Cuando llegaron los embajadores, que el Adelantado envió á solicitar su amistad, lo hallaron sentado sobre una red de finísimo algodon, cortejado de trescientos vasallos que entendian en su servicio, observando con desvelo las señas de su dueño para tomarlas por mandato. Recibiólos con grande humanidad, y oida la embajada, respondió cortésmente, que apreciaba la honra de quererle por amigo, favor que estimaba sobre los dones con que obligaba, por ser inclinado á la gente de buena razon, como tenia noticia serlo el Adelantado y su comitiva. Que lo excusasen de no pasar en persona á visitarle por hallarse indispuesto, y que tuviese á bien de venir á su pueblo, donde tenia prevenido hospedaje y alojamiento para todo el ejército. Con esta respuesta despachó á los embajadores de Alvar Nuñez, y en su compañia, uno de los principales vasallos, con título de embajador del señor de los Xarayes, y superintendencia en la eleccion de los caminos, que se debian seguir en el descubrimiento de las tierras que buscaban los castellanos.

Con la direccion de esta guia, se empezó el descubrimiento por tierra, rompiendo por las espesuras de bosques, tan cerrados que hacian desatinar al práctico, confesando haber perdido el acierto de las veredas, que cegaban la maleza. Tuvosé aviso por un indio práctico que distarian diez y seis jornadas de las tierras que buscaban, noticia con que empezó á tumultuar la gente del Adelantado, precisándole con sinrazones á tomar la vuelta del Puerto de los Reyes. Aquí halló que las cosas habian mudado de semblante, porque los

paisanos, inducidos de los Guarapos, habian roto las paces, intentando, á la sombra del disimulo, sorprender los españoles; pero descubierto el artificio de sus precauciones fueron aprisionados los caciques principales: sobre cuyo castigo se discurrió largamente entre los capitanes, y se resolvió que el Adelantado ponderase severamente en presencia de los caciques la gravedad del delito, y la pena de muerte condigna á la atrocidad de la culpa, que al pronunciar la sentencia, los reyes principales, interpusieran sus ruegos para que se remitiese el rigor, con la esperanza de enmienda que prometian. Como se trató en secreto, se ejecutó en público: consiguiéndose, con este ardid, la enmienda y satisfaccion, con mejoras de mayores finezas.

Como á la espedicion del Perú se ofrecian tantos embarazos, y se consumia el tiempo casi inútilmente, empezaron á escasear los víveres, y no eran bastantes los que franqueaban las naciones amigas. Esto precisó al Adelantado á señalar ciento veinte españoles con sesenta indios á cargo del capitan Gonzalo de Mendoza para rescatar bastimentos entre los infieles, con órden de comprarlos por justo precio, sin ofensa de los dueños, mandándoles soberanamente no usar de las armas, cuando la defensa natural licenciase tomarlas. Los jaramicosis les hicieron resistencia: requirióseles con la paz, y como no la admitiesen, se les declaró guerra. A pocos lances huyeron, refugiándose en los montes y se permitió al pillaje cuanto poseian de algodon y cuerambre que era todo el menaje de su pobreza.

Discurrióse por el pueblo libremente, y llegando á la plaza se descubrió una gran palizada de robustos troncos, que permitian por algunos claros el registro de una serpiente, de figura y magnitud extraordinaria. Era el mónstruo largo veinte y cinco piés, corpulento á correspondencia, de color atezado excepto hácia la cola que alternaban diferentes colores, vivísimos en su especie, entre los cuales mediaban algunos ojos de pintura natural, que servian al dibujo de sombras

y agraciaban el empedrado de colores sobre la dureza de las escamas. Era la cabeza cuadrada, ancha, y monstruosa la boca, de la cual sobresalian cuatro colmillos grandes. Los ojos eran pequeños, pero suplian sobradamente con viveza centellante su extremada pequeñez. Manteníase de humana carne, cebándola con los cautivos, que aprisionaban en las continuas guerras. Hízose blanco de las flechas, y azotándose contra el suelo, y dando espantosa silbidos, desangrando, acabó sus dias el mónstruo de la tierra.

Con esto dió vuelta el capitan Gonzalo de Mendóza, y poco despues, tambien llegó el capitan Hernando de Rivera. Habíale despachado el Adelantado con un bergantin y cincuenta españoles, para que, siguiendo la via del poniente, penetrase en lo interior del país. Veinte y un dias caminó por agua y tierra, avanzando en las jornadas mas o menos, segun permitia la espesura de los bosques, sucediéndole á veces, que apenas se caminaba una legua, ó lo que permitia la espesura de los montes, que desmontaban los brazos, con imponderable teson. Llegó á los Travasicosis, entre los cuales se hacian concepto de lo preciso, colgando por vanidad algunas piezas de oro, y plata de las orejas y lábio inferior. Tomóse lengua y se supo que á tres jornadas se seguia el pueblo de los Paysunacs, que comerciaban con los españoles del Perú, y que en su pueblo se hallaban algunos de ellos.

Alguno de los españoles compañeros del capitan Hernando de Rivera, á lo que he podido congeturar, es el inventor del famoso Paitití, por otro nombre del gran Moxo, creido de Barco Centenera, en su Argentina, y de otros modernos que podian desengañarse á vista de tantas expediciones, sin mas fruto, que el de excesivos gastos, y ninguna utilidad. Es el Paitití (si merecen asenso los crédulos y novelistas) un riquísimo Imperio, situado mas allá de los Xarayes en la deresera del Dorado, orígen como algunos se

persuadieron del Rio Paraguay. Está dicho imperio aislado en medio de una gran laguna, cuya circunferencia ciñen montes de inestimable riqueza. Sus edificios son todos de piedra blanca con division de calles, plazas y adoratorios. Del centro de la laguna se levanta el palacio del emperador Moxo, superior á los demas en grandeza, hermosura y riqueza. Las puertas del palacio defienden leones aherrojados con cadenas de oro. Los aparadores, y vagillas son tambien de oro, cuyo lucimiento sirve no menos á la grandeza que á la ostentacion del monarca.

Abunda la Isla de arboledas, jardínes y fuentes artificiales, que franquean el agua por gruesos grifos de oro, sobre artesones de plata. La imágen de la luna se levanta sobre una columna de plata, que tiene veinte y cinco piés de elevacion, de metal tan terso y bruñido, que herido del sol, derrama sobre la laguna, con hermosa refleccion, rayos de claridad. No es inferior la estátua del sol, toda de lucidísimo oro, que descansa sobre metal de tersísima plata. Arden en su obsequio muchas lámparas de plata, con ministros, diputados para sevarlas, y perpetuar sus luces. Para las maniobras de oro y plata, se dice que hay una calle de tres mil plateros, maestros consumados de fundicion, y martillos, que surten los aparadores de exquisitas vajillas, y delicadas manufacturas.

Estas y semejantes invenciones, bastantes á sorprender un ánimo síncero, se refirieron antiguamente del Paititi, y, en nuestro siglo, renuevan con requisito y aplauso los novelistas. Estos las publican sobre la fé de los antiguos, y los antiguos sobre la fé de un testimonio jurado, que se publicó en nombre de Hernan Rivera, que era el enviado de Alvar Nuñez, desde el Puerto de los Reyes á descubrir camino para la comunicacion con el Perú. Lo cierto es que dicho testimonio corrió manuscrito por estas provincias, pasó despues á los reales estrados, y de estos á luz pública; los novelistas han

circunstanciado la relacion de Hernando Rivera con particularidades memorables, que hacen inverosímil el intento que pretenden persuadir.

Ello es cierto que si dicho testimonio hiciera fé, hubiera muchos Paititís, y nos hallaramos enriquecidos con muchos imperios del grsn Moxo. No constan de la dicha relacion denominaciones tan estrañas: estas son invenciones de escritores poco sérios, que pretenden conciliar crédito á las fábulas, que publican con la novedad peregrina de los nombres que inventan. Consta sí de la relacion citada, que le refirieron á Rivera, que muchas naciones tierra adentro abundan en oro y plata, y mucha riqueza. Pero esto que tiene que ver con el Paitití, y con el imperio del gran Moxo? No registró Rivera estas naciones opulentas y ricas en minerales de oro y plata, aunque se hallaba en las inmediaciones, y á pocas jornadas de distancia, segun le decian los indios, y consta de dicha relacion. Argumento claro que se fingió haberlo oido, ó si lo oyó, no dió crédito á la narracion.

Todo el empeño de su comision, era descubrir camino para establecer comercio con naciones opulentas, que se creia hallarse hácia los confines peruanos. A este fin lo despachó el Adelantado desde el Puerto de los Reyes, pasó trabajos escesivos hasta tocar en los cantones rayanos de las naciones opulentas que buscaba, ya estaba casi á la puerta, y se hallaba con noticia del feliz hallazgo que buscaba y habia de llenar las esperanzas de los Asuncionistas. Pocos pasos le costaba el registro ocular de tanta riqueza, que pasa por amarilla como se pinta. No llevaba el tiempo limitado que le obligase á retroceder desde la Puerta para alegrar á todos con relacion esperimental y menuda de tanta riqueza.

Al fin el fiel ejecutor de su comision, se volvió sin liquidar personalmènte la narracion de los indios y se restituyó rico de noticias al Puerto de los Reyes, donde le esperaba el Adelantado y su comitiva. Aquí es creible que desabrochara el pecho dando puntual noticia de

lo descubierto, y comunicando las alegres nuevas que traia. Una y muchas veces seria preguntado sobre las naciones que habia encontrado: si habia descubierto alguna esperanza de oro y plata. Pero con harto silencio del imperio riquísimo del gran Moxo, engañó y entretuvo las esperanzas de todos, y así me persuado que la relacion que se imprimió en su nombre, se la prohijaron algunos novelistas, inventores del fingido Paytiti.

Hernando de Rivera, solo pudo contar trabajos de su jornada: estos refirió luego que llegó al Puerto de los Reyes, donde el Adelantado y los demas conquistadores lo esperaban para restituirse á la Asuncion, la cual se convirtió con su llegada, en teatro funesto de una comedia harto lastimosa. Los oficiales reales, ofendidos con el Adelantado, trataron de vengarse de un hombre que merecia estátua, por su rectitud, justicia, caridad y cristiandad. Incierto es què papel hizo Domingo Martinez de Irala en esta trágica comedia. Unos le hacen cabeza, otros cómplice. Ruiz Diaz de Guzman, en su Argentina manuscrita, le escusa de toda nota, vistiendo el caso de tales circunstancias, unas inconexas y otras increibles, que nos persuadimos escribió con sobrado aturdimiento los sucesos de Irala, mojando la pluma en la sangre de nieto, que corria por sus venas. Lo que no admite duda es que el contador Felipe Cáceres, y los oficiales reales Garcia Venegas, Alonso Cabrera, y Dorantes, con muchos caballeros y plebeyos, se fueron por Abril de 1544 á la casa del Adelantado, y clamando viva el Rey y muera el mal Gobierno, le aprisionaron y aseguraron con grillos, le metieron en la cárcel de los malhechores, dando libertad á muchos, á quienes sus delitos habian puesto en su merecido lugar.

El baston de Gobernador fué entregado á Domingo Martinez de Irala. Ruiz Diaz de Guzman, que se empeñó en volver por la inocencia del abuelo, escribe que se hallaba actualmente enfermo, recibidos todos los sacramentos, motivo porque rehusó el cargo, y no quiso embarazarse en negocios tan ruidosos. Diéramos pleno asenso al

historiador, si no añadiera que, estando ya Irala con la extremauncion, se hizo sacar á la plaza para recibir el oficio, circunstancias á primera faz inverosímiles, no reconociendo que es de incompatible repugnancia á lo mismo que se procura con empeño, que un moribundo, cuando está para espirar, se haga sacar al medio de una plaza para empuñar el baston. Por lo cual nos persuadimos que Irala fingió la enfermedad, que no tuvo, para colorear la ambicion que le dominaba, y que el nieto para liquidar la inocencia del abuelo, no reparó en la inverosimilitud de las circunstancias con que vistió su ascension al gobierno.

El adelantado Alvar Nuñez, toleró diez meses el rigor de la prision, con paciencia tan cristiana, que no desplegó sus lábios para la queja, habiendo sido tratado con suma infamia, sin guardar los fueros debidos á su persona. Los leales al Rey (nombre entonces odioso) se ausentaron á los montes, donde vivieron algunos meses, pasando increibles penalidades.

Entre los cuales merecen particular memoria, Diego Abreu y Ruiz Diaz Melgarejo. No pocos fueron ahorcados, pagando su lealtad con pena capital de infames. Solo el delito gozaba inmunidad, y á cada paso era lícito cuanto licenciaba la insaciable codicia, y sugeria la lujuria sin freno. Los oficiales reales honestaban su injusticia con pretesto de intereses del Rey. A la milicia se indultó libertad para todo arrojo, autorizando sus desafueros contra los pobres indios, á los cuales se les desamparó enteramente, y se les permitió juntar á las obligaciones de cristianos, los ritos de gentiles.

Pasados diez meses, acordó Irala y los oficiales reales despachar al Adelantado á la Corte. Con él se embarcó el veedor Alonso Cabrera, y el tesorero Garcia Venegas, cargados de autos contra Alvar Nuñez. Lope Ugarte pasó con título de agente del gobernador Irala. El bergantin se hizo á la vela, y entrando en alta mar se vió un testimonio de la inocencia del Adelantado; porque conjurados los elementos contra la maledicencia de los

acusadores, combatieron cuatro dias contínuos la fragilidad del vaso, sin esperanza de tranquilidad. Todos tenian tragada la muerte, y los oficiales reales á quienes atormentaba el rato de la culpa, conocieron que aquella tormenta nacia de superior orígen, y que la fúria de los vientos, que encrespaban las olas, tenia principio en su dañada intencion, que alteraba los fueros de la justicia contra la inocencia del Adelantado. Confesaron públicamente su atentado, y arrojados á sus piés, le quitaron los grillos, publicando cuantos falsos testimonios habian juramentado contra él. Como la borrasca no se originaba de otro principio que de la perversion de los oficiales reales, cesó luego, y siguióse la bonanza deseada.

Ya no se pensaba en continuar una jornada que tenia contra sí al cielo y á los elementos de la tierra. Sus émulos eran los mas empeñados en restituirse á la Asuncion y reponer en su lugar un hombre, por cuya inocencia militaba el Cielo. "De ninguna suerte consentiré en ello, replicó Pedro Estopiñan, primo del Adelantado: la consternacion de los elementos, solo se opone á la perversidad de torcidas intenciones, y no á una sincera voluntad de liquidar jurídicamente la inocencia que Dios ha tomado bajo de su proteccion. Conste jurídicamente en el Consejo de Indias, lo que todos han confesado públicamente en vista de la severidad con que la Justicia Divina amenaza á los perseguidores de un hombre que todo calificaba de justo. Ea, caminemos, que si el desdecirse de los testimonios que se levantaron en la Asuncion bastó á serenar la tormenta, el deseo de justificar su causa en el Consejo de Indias, facilitará nuestra navegacion."

En efecto, se continuó el viaje con una prosperidad que aseguraba el Cielo en testimonio de la inocencia del Adelantado; pero olvidados poco despues los oficiales reales de su promesa, dieron prueba sensible de la volubilidad del corazon humano. Luego que saltaron en tierra, libres ya de las borrascas del océano, entraron en determinacion de presentar los autos contra el Adelantado, procurando oprimir con calumnias al inocente.

Ellos se olvidaron de Dios, y Dios los tuvo presentes para el castigo. Garcia Vanegas murió repentinamente, y Alonso Cabrera se enloqueció de pesadumbre, verificándose en ellos, que la divina justicia, aunque procede lentamente al castigo, descarga con severidad temible el pesado azote de su venganza.

Al mismo tiempo que la divina justicia perseguia á los calumniadores de Alvar Nuñez, la humana, en revista de autos, justificó sus procederes. El Adelantado era uno de los hombres mas juiciosos de su siglo, recto, prudente, entero y de sano corazon, celoso de la propagacion del cristianismo entre los infieles, y fiel exactor de costumbres arregladas entre los cristianos. Con los pobres piadoso, con los infieles benigno, y fuerte con los desarreglados. A los ministros del Altísimo obediente: al Rey justo; y á Dios temeroso, prendas que no bastaron á hacerle respetable á la fortuna perseguidora de hombres grandes. La Florida lo cautivó con inhumanidad, y la Asuncion le aprisionó con infamia; pero en una y otra parte fué ejemplo de moderacion, mas respetable entre los indios de la Florida que entre los españoles de la Asuncion. El Padre Techo, dice, que los últimos años de su vida fué oidor en la Audiencia de de Sevilla; pero el Padre Charlevoix, le honra con el título de consejero del real Consejo de Indias.

Mientras aquí se decidia la causa del Adelantado, en el Paraguay la disolucion, y desgarro de costumbres sin freno, ni recelo, corrió libremente. Ulrico Fabro, testigo ocular, dice: "que Satanás con sus infernales fúrias libremente dominaba en los ciudadanos, impeliéndolos á indecorosas operaciones y disturbios escandalosos." Los indios se aprovecharon de la oportunidad, y en número de quince mil sentaron su acampamento en las vecindades de la Asuncion. El gobernador Irala los buscó en campaña con trescientos españoles y mil indios auxiliares. Pelearon los enemigos valerosamente: en medio de la refriega abrieron con brevedad su ejército en dos alas, y las cerraron con increible presteza formando un

círculo, y cerrando á los españoles en medio, con designio de no dejar alguno con vida. Irala dió á su pequeño ejército cuatro frentes, y rompiendo con la caballeria el círculo de los infieles, hizo cruel estrago en el enemigo. Tres horas sustentaron los amotinados el ardor de la batalla, pero rotos y desunidos por Irala, con pérdida de dos mil, se arrojaron tan ciegamente á la huida, que atropellándose unos á otros, se hacian mayor daño que el que podian recibir del español, en lo mas ardiente del combate.

Siguieron los españoles á los fugitivos hasta una poblacion fortificada con aquel género de estacas que reparaban bastantemente contra las armas que ellos usaban. Tres dias sustentaron con obstinacion repetidos asaltos: al cuarto se rompió la estacada, y entró la gente de Irala, espada en mano, haciendo terrible mortandad en los sitiados, de los cuales la mayor parte se refugió á Carieba, pueblo de mayor fortificacion y último asilo de su mala fortuna. Sobre los ordinarios reparos de estacadas y fosa, habian profundas zanjas con trampas armadas, por los cuatro frentes, disimulándolas con céspedes, mañosamente compuestos, el engaño que encubrian. Estaba sito el pueblo á la ceja de un monte espeso, á propósito para encubrir celadas. Hallábase el gobernador pensativo descubriendo por todas partes dificultades, sin ocurrir médio de vencerlas. Pero todas las allanó un cacique fugitivo de Carieba, el cual puesto en presencia de Irala dijo: que mientras los sitiados acudiesen á la defensa del pueblo, seria difícil la sorpresa, que á él le ocurria un medio para entrar al fuerte, y vencer á los sitiados. Su arbitrio era pegar fuego al bosque vecino, al cual acudirian los del pueblo, desamparando el fuerte por atajar el incendio.

No desagradó el arbítrio al comandante español, y adelantando con el discurso la especie, puso en celada los yaperues auxiliares para que, cuando el enemigo pretendiese en cortar el fuego, saliendo de emboscada dieran sobre ellos. La determinacion se ejecutó con oportunidad,

porque los yaperues por su parte, y los españoles por la suya, hicieron mortal estrago en el enemigo, y entraron sin resistencia en Carieba. Los fugitivos con la chusma se retiraron á Hieruquisabá cuyo cacique Tabaré, distinto de otro de quien arriba se hizo mencion, los recibió á la sombra de su amparo, pero vencido este á los primeros encuentros, se ofreció tributario de los españoles. Con esto pacificó Irala la tierra, y lleno de marciales glorias se restituyó á la Asuncion, recibiendo enhorabuenas y parabienes por tan felices sucesos.

Alegre el victorioso gobernador con la prosperidad de sus empresas, se concilia las voluntades de los conquistadores, repartiéndoles encomiendas de indios. Algunos se quejaron por no haber guardado equidad en el repartimiento de las piezas, pero fácilmente les cerró la boca, multándolos en cien mil maravedis, y cien azotes, á quien no pudiera pagarlos. Informó altamente sobre sus méritos al Consejo, difundiéndose con narracion poco sincera en la ponderacion de sus servicios. Para que no llegasen quejas contra él, tuvo maña por medio de confidentes, de recoger las cartas, divirtiendo á los celosos con decirles, que no trabajasen en escribir al rey, porque los consejeros tenian llenos de cartas los rincones de los escrinios sin abrirlas. Acallados los principales con este artificio, convocó la milicia, y proponiéndoles la resolucion en que se hallaba de descubrir camino para el Perú, los convidó á seguirle.

"Pero que advirtiesen, les dice, que él no queria forzarlos y que solo pretendia entrasen de su voluntad en el empeño. Que los trabajos que se habian de ofrecer, eran grandes, y pedian gente animosa y voluntaria, y no forzada. Que no seria conforme al decoro empezar el descubrimiento y caer de ánimo en la ocasion de las dificultades, sin llevarlo adelante hasta frenecer gloriosamente la conquista. Que pusiesen la mira en los trabajos para vencerlas, y no la apartasen de las riquezas

que prometian aquellas tierras á que se encaminaban." Con este razonamiento encendió á los suyos, ofreciéndose casi todos á la expedicion. Escogiéronse trescientos y cincuenta castellanos, y mas de tres mil guaranís, como escribe Ruiz Diaz de Guzman, en su Argentina, y se embarcaron en doscientas canoas, y siete bergantines á fines de 1547.

Irala no tuvo suceso memorable hasta los Xarayes, donde fué recibido humanamente del Señor de ellos. Esmeróse este en las demostraciones del recibimiento supliendo con urbanas atenciones, lo que no alcanzó la posibilidad de los medios. Informose Irala del camino que debia seguir en el descubrimiento que intentaba, y supo de los prácticos, que el camino por tierra era mas seguro tirando al poniente. Tomó guias de la misma nacion, y llegó á los Sibiris, gente quieta y pacífica, la cual recibió amigablemente á los españoles, y surtió de bastimentos. Los Peisenos, Maiguenos y Carcocíes, naciones guerreras tentaron hacer resistencia con las armas: pero debelados siguieron los españoles su derrota hasta el Guapay, rio tributario del Mamoré, y avanzando en las jornadas llegaron á unos indios situado á la falda de las cordilleras peruanas, los cuales los recibieron con agrado y saludaron en castellano.

"¿Quiénes sois vosotros, buenos amigos, les pregunta Irala, y qué nacion es la vuestra?" "Indios somos del Perú, respondieron, cuyo señor es un Viracocha sustituto del capitan Peranzures glorioso fundador de Chuquisaca." Aquí Irala inquirió curiosamente sobre el estado presente del Perú, sobre las revoluciones de Gonzalo Pizarro, y lo demás que tocaba al gobierno. Los indios satisfacieron á las preguntas y el Gobernador procuró conciliarse la gracia del presidente Gazca, por medio de embajadores, que despachó á este fin hasta Lima, Ciudad de los Reyes. Dos eran los puntos principales de la embajada: el primero suplicar que señalara Gobernador del Rio de la Plata en nombre de su Magestad: el segundo ofrecer su pequeño ejército para acabar de sosegar los tumultos del Perú,

Era el presidente Gazca penetrativo, y no paraba en la superficie aparente de palabras, sondando con madurez juiciosa el fondo de los sujetos, y dando á cada uno el lugar á que le hacian acreedor sus talentos. Recibió, pues, con humanidad, á los embajadores de Irala, pero recelando que si aquella gente, envejecida en tumultos, entraba al Perú, podria alborotar mas los humores de aquel enfermizo cuerpo, le respondió agradeciéndole la oferta, y alabando su fidelidad, méritos que no olvidaria para representarlos ante la cercana Magestad, de quien podria esperar premio condigno á sus servicios. Palabras á la verdad de político, que contenian mucho artificio y cumplimiento, pero poca solidez y aprecio, disimulando con buenas palabras la intencion adversa al gobierno de Irala, y nombrando por la via reservada para gobernador del Rio de la Plata al fidelísimo don Diego Centeno, que á la sazon se hallaba en el distrito de Chuquisaca.

Tuvo noticia Irala, y valiéndose de un confidente suyo que adelantó al camino, robó los pliegos provisionales al mensajero, quitándole á puñaladas la vida. Tales mónstruos engendraba en aquellos tiempos el Paraguay, y por tan injustos medios se abrian camino para empuñar el baston. Mientras volvian sus embajadores, retrocedió á los Cercosis, y se retiró de los confines del Perú, temiendo que la soldadesca pretendiera mejorar fortuna, pasando de la estrema pobreza del Paraguay á las riquezas del opulento Perú. Dos meses se estuvo entre los cercosis, esperando sus embajadoresrs, cuya tardanza ocasionó algunos alborotos. Porque la comitiva de Irala suspiraba por volverse á la Asuncion, y persistiendo el gobernador en esperar á sus enviados, fué depuesto del oficio, y el baston fué entregado á Gonzalo de Mendoza, al cual prometieron obediencia todo el viaje hasta la ciudad. A pocas jornadas se arrepintieron de la eleccion, pues llegados á los Xarayes, le depusieron del empleo y reeligieron á Irala, pidiéndole perdon de la desobediencia y prometiendo sujecion y rendimiento.

Los Xarayes se portaron tan finos con los españoles,

que despues de año y medio restituyeron cuanto sobre la marcha les encomendó Irala, fidelidad digna de específica narracion, y prueba clara de la exaccion que se observaba en no traspasar los primeros elementos de la ley natural, que raya aun entre las tinieblas del gentilismo. Agradeció al supremo Manés el cuidado, y con la mayor brevedad que pudo aceleró la vuelta á la Asuncion, alboratada con su ausencia. Francisco de Mendoza, su teniente, echó voz en la ciudad que el gobernador Irala haba muerto, coloreando la novedad con la falta de noticias en año y medio, añadiendo que en fuerza de cédula de Cárlos V se podia proceder á nueva eleccion; sobornó los votos de los principales conquistadores y juntos en Cabildo propuso, cómo, segun publicaba la fama, Irala habia muerto, y muerto él, habia expirado su jurisdiccion, que en fuerza de la cédula de Cárlos V, podian y debian elegir nuevo gobernador por pluralidad de votos, mientras la Cesarea Magestad señalaba otro para el gobierno y progresos de la conquista. Que él estaba ageno de querer mantener el baston, haciendo ante todos dejacion de él, y besándole primero con la debida reverencia, para que de sus manos lo pasaran á las del mas digno.

Así habló Francisco de Mendoza, disimulando la ambicion de su corazon, como lo mostró luego que el baston fuè entregado á D. Diego de Abreu, caballero principal y natural de Sevilla, siempre fidelísimo en seguir el partido de los leales. Porque juntando algunos parciales suyos, intentó restablecerse en el gobierno prendiendo á D. Diego Abreu, el cual previno sus designios y aprisionado Mendoza lo sentenció á muerte. Poco antes de morir protestó que por altisímos juicios de Dios pagaba con este género de suplicio un delito que habia cometido tal dia como aquel, matando á su mujer y á un capellan compadre suyo, por ligeras sospechas de que maculaban con ilícitas correspondencia, su honor. Diego Abreu quedó muy ufano con la muerte de su competidor asegurado á su parecer en el gobierno á la sombra de

algunos confidentes que le amparaban; pero su vana confianza desvaneció la llegada de Domingo Martinez de Irala: cuya presencia serenó los tumultos civiles, y ahuyentó á Abreu, en compañia de sus fautores, á los montes, donde lo dejaremos escondidos, pero honrados con el sobrescrito de leales, que merecen segun unos, ó usurpadores segun otros.

DECADA TERCERA

Parte Segunda

SUMARIO

I. Entra Rojas á la conquista del Tucuman —II. Los Juries se le oponen y presentan la batalla.—III. Muere de un flechazo.—IV. Francisco de Mendoza toma el baston y descubre hasta el Rio de la Plata.—V. Nicolas Heredía mata á Mendoza y se alza con el Gobierno.—Vuélvense los españoles al Perú.

Tucuman era por este tiempo el objeto á que anhelaban los conquistadores del Rio de la Plata y Perú, y aquellos deseaban abrir paso al Perú, y estos poseer las incomparables riquezas que publicaba vanamente la significacion de su nombre. Animaba á los conquistadores peruanos una vaga noticia, que corrió desde que el capitan Pedro Anzures entró á los Chunchos, de que el Rio de la Plata tenia su nacimiento en la laguna de Bombon, formando sus principales brazos de los rios Apurimac y Jauja. Noticia en que la credulidad anduvo con mas ligereza que exámen para liquidar la verdad, y obró con sobrada eficacia en los corazones peruanos, que anhelaban á nuevos imperios, poco satisfechos con el mas opulento del mundo, que acababan de sujetar. Contaba muchos pretendientes la conquista, entre los cuales, en méritos y cualidad, sobresalian Diego Rojas, Felipe Gutierrez, y Nicolás Heredia, sujetos hábiles para emprehender nuevos adelantamientos.

Tenia á la sazon la Regencia del Perú, Vaca de Castro, poco antes victorioso contra Diego Almagro el Mozo, en la célebre batalla de los Chupas con la felicidad de sucesos que prometia su cordura, valor y prudencia para el gobierno. De la paz que empezó á gozar el Imperio Peruano, é inaccion de la milicia tumultuante, receló mayores males que de la misma guerra, temiendo nuevos incendios de las brasas que ocultaba la ceniza, motivo que le obligó á divertir las llamas en nuevas conquistas, señalando gefes á diversos provincias, en que se tenia puesta la mira, y la fama de riquezas brindaba la codicia para la empresa. Para Tucuman, fué señalado Diego de Rojas, natural de Burgos, noble y honrado caballero, afable, liberal, pacífico, y sobre todo buen cristiano; capitan experto y afortunado, en los trabajos constante, y sufrido en las adversidades. Militó en la conquista de Nicaragua con crédito y valor, acompañó con increible magnanimidad á Pedro Anzures en su célebre entrada á las montañas, y con título de valeroso capitan, se halló en la batalla de las Salinas, al lado de D. Francisco Pizarro contra los Almagros, y de órden de Vaca de Castro se apoderó de Jauja, y fortificó á Guamanga por los realistas.

Grande en todo, Diego de Rojas, era acreedor de grande premio, y este le asignó Vaca de Castro en la conquista de Tucuman, que á la sazon era deseada de muchos, y tenia fama, y créditos de riquísima. Alistó hasta trescientos soldados, flor del valor peruano, ejercitados en la milicia, y acostumbrados á grandes trabajos. El cronista general de las Indias, Antonio Herrera, dice que Vaca de Castro nombró á Felipe Gutierrez Capitan general de la conquista: á Diego Rojas, Justicia mayor, y Ministro de campo á D. Nicolás Heredia. No hay duda que Felipe Gutierrez era merecedor del título y ejercicio de esta y de otras mas gloriosas conquistas. Nacido en la villa de Madrid, con varios servicios, se hizo digno

de la conquista de Veragua. La empresa no correspondió á las esperanzas por falta de fortuna, ó por sobrada desgracia. Pasado al Perú militó á favor de D. Francisco Pizarro, con título de capitan general, en la batalla de Salinas, y tuvo el honor de tomar en ancas de su mula al adelantado Diego de Almagro, prisionero de Alonso Albarado en la decisiva batalla de los Chupas.

Pero tanto caudal de méritos, no igualaba á los de Diego de Rojas, ni se juzgaron dignos de la primera atencion para adjudicarle el título de capitan general. Lo cierto es que ambos eran merecedores de la capitania: ambos sugetos hábiles para la conquista, y ambos equivoca Antonio Herrera con el título de compañeros, y los honra con los de capitanes, sin discernir quién dirigia las operaciones, y si de dos voluntades distintas procedia una sola determinacion. Rui Diaz de Guzman, hace á Gutierrez cabo subalterno, y la capitania adjudica á Diego de Rojas. Esto mismo confirman algunas disposiciones antiguas firmadas de los primeros conquistadores, archivadas en Santiago del Estero, que no hacen mencion de Felipe Gutierrez, y solo están rubricadas de Diego de Rojas.

Este junta ya la milicia veterana, deja la mayor parte al comando de Felipe Gutierrez, y con solo sesenta se adelantó á Tucumanahaho en el valle de Calchaqui, y de allí á Capayan, jurisdiccion de Catamarca. Era señor de Capayan un cacique arrogante y presumido, vano despreciador del pequeño ejército de Rojas, al cual opuso un cuerpo de mil quinientos guerreros, con arcos, flechas, y un atado de paja en las manos, ordenando á los suyos, que tejiesen sobre el haz de la tierra, un cordon con los manojos de paja que llevaban prevenidos para la operacion. El lo dijo, y ellos lo ejecutaron con prontitud, y vuelto el altivo cacique á Rojas, y los suyos: "Ningun español, dice, ninguno pase los términos amojonados: los

efectos de mi indignacion, y castigos de mi justo enojo, experimentará el que de allá pasare á esta parte de la señal, que divide y separa un ejército del otro, y la una nacion de la otra."

Entonces Rojas en breves términos (creo usaria el idioma Quichua) explicó la comision que tenia de el Monarca de España de pasar adelante asentando paces con las naciones confinantes, para darles á conocer el verdadero Hacedor de todas las cosas, comision á que no podia faltar, ni desistir de su empeño por ninguna dificultad que ocurriese. Que él y su gente, venian de paz, y no se les podia negar el paso, á cuantas naciones quisiesen participar el bien que les comunicaba en el conocimiento del Dios verdadero, y en la amistad del mayor monarca del mundo. Que si intentase embarazarle el ejercicio de su comision con la resistencia, sabria con las armas abrirse camino, castigando severamente el atentado de recibir con declarada guerra á quien entraba solicitando la paz. Que el pequeño número de sus soldados no era para despreciado, pues cada uno valia por muchos, y estaban acostumbrados á vencer con menos, multitud mas numerosa que la suya.

Mientras duró el razonamiento de Rojas, los capayanes rodearon el pequeño ejército de los españoles con inquietudes de querer acometerlo. Poco tiempo sustentaron el campo de batalla, huyendo precipitadamente al primer descargo de las armas españolas, que hicieron mucho ruido en la aprehension, y poco efecto en sus vidas. Recobrados del primer susto, despacharon embajadores á Rojas, escusando su atrevimiento y suplicando su indulgencia de la inurbanidad en recibir con las armas á quien ofrecia la paz. Ponderaron mucho la agilidad y fiereza de los caballos, mónstruos que la fantasía identificó en uno, compuesto del bruto y del ginete que los manejaba, formando en su aprehension el Hipocentauro tan voceado en las escuelas. Admitióseles la paz y la cultivaron algun tiempo suminis-

trando los víveres del país con tanta abundancia, que Rojas despachó diez de sus soldados á Felipe Gutierrez ordenándole, que acelerase la marcha á Capayan, donde se conseguia sin escasez, copia de bastimentos para todo el ejército.

No faltó uno como muchas veces sucede, que intentó ganarle la voluntad de Gutierrez, malquistándole con su capitan, poniendo dolo en los procederes de Rojas. Era Gutierrez muy cristiano, nada crédulo á hablillas de malsines, circunspecto en escuchar y juicioso en discernir por el sonido de las palabras el fondo de las intenciones. "No permita Dios, dijo, que de caballero tan piadoso como Rojas, me llegue á persuadir intenciones tan reservadas y siniestras, como de él se publican, solo con el fin de malquistarnos con la discordia y embarazar la conquista." Respuesta digna de su mucha cristiandad, que admiró la comitiva y mucho mas cuando ordenó acelerar la marcha para juntarse á su capitan y ponerse á su obediencia.

Junto Gutierrez á Rojas, se ordenaron las marchas por el distrito de los Diaguistas al país de Macaxax, territorio de los Juríes, que eran muchos en número. Gente valerosa y denodada, opúsiéronse á los españoles, pero á la primera carga de estos, huyeron vergonzosamente. No sirvió al escarmiento la derrota. Irritados con la mala fortuna del primer acometimiento juntaron mayor cuerpo de milicia y convocaron auxiliares tropas de las naciones vecinas, tuvieron ejercicio de armas, tirando al blanco para adquirir certeza en despedir la flecha, tiñeron con veneno las flechas para hacer el daño irreparable, y presentada la batalla, sustentaron tres dias el combate con muerte de muchos de los suyos.

Un buen lance lograron sus armas, que por él solo pueden llamarse victoriosas. Diego de Rojas quedó levemente herido de una flecha. Al principio no dió cuidado la herida, poco á poco se declaró mortal y últimamente, con universal sentimiento, le quitó la vida. El veneno fué vario en sus operaciones, remiso al prin-

cipio y despues sumamente ejecutivo, obligando al paciente á estraños dolores y movimientos tan furiosos que causaban dolor y movian á compasion los circunstantes. Tentáronse algunos remedios que inutilizó la eficacia del veneno y como era sobradamente activo y superior á vulgares principios del arte, no cedió un punto á los medicamentos y con temprana muerte arrebató al primer conquistador y capitan general del Tucuman.

Es verosímil se persuadiesen los españoles, que entre los indios estaba en uso algun específico contra el venene de las flechas; ellos se industriaron para descubrirlo y la traza salió á medida del deseo. Hirieron levemente con la flecha á uno de los indios prisioneros de guerra y de su industria se le dejó libremente buscar el antídoto y se observó, que cogidas dos yerbas, cuyos nombres y cualidades no han llegado á nuestra noticia, liquidó una en zumo y la tomó con la boca, la otra aplicó mojada á la parte lesa, diligencia que amortiguó el veneno y no le permitió obrar por la violencia y mortales angustias que violentaron la vida de Diego de Rojas.

A peticion de éste tomó el baston Francisco de Mendoza, primer intruso y primer tirano, que hizo escandaloso su gobierno. Era Mendoza hombre suspicaz y caviloso y temió que Felipe Gutierrez y Nicolás Heredia, provistos en segundo y tercer lugar para el gobierno por el presidente Vaca de Castro, podrian algun dia quitarle de las manos el baston, que no tenia mas firmeza que la intercesion y súplicas de un medianero ya difunto. Como hombre y como apasionado, descubrió culpa en la legitimidad del derecho y resolvió castigarla: mandó, pues, que prendiesen á Felipe Gutierrez y á Nicolás Heredia, ambos beneméritos de igual carácter, para empuñar el baston y de igual valor para promover la conquista. Ninguno de los dos habia intentado novedades ni dado muestras de displicencia contra Francisco de Mendoza; pero la mala conciencia aborrece la luz, hace temibles las

sombras y se abre paso á la seguridad con horribles atentados.

Felipe Gutierrez se escapó de la prision, y con seis amigos se huyó al Cuzco, donde incorporado á los realistas contra Gonzalo Pizarro, cayó en las manos del tirano Pedro Puelles, y coronó sus dias víctima de fidelidad, en Guamanga. Nicolás Heredia, compró su libertad con la renuncia del mando, jurando que no reconoceria otro capitan que á Francisco de Mendoza. Asegurado este á su parecer en el Gobierno, entendió con ardor en nuevos descubrimientos y destacó algunas compañias que registrasen el pais hácia diversos rumbos: no tuvieron caso digno de memoria, pero adquirieron noticias vagas de oro y plata que se despreciaron por su incertidumbre. Con esto los ánimos se convirtieron al Rio de la Plata. Tomóse el camino de la sierra, y, cortándolapor el valle de Calamochita, pasaron al Rio Tercero que mas adelante toma nombre de Carcarañal.

Siguieron el rumbo de oriente sobre la costa del Carcarañal hasta la márgen occidental del Paraná, último anhelo de sus pretensiones. Diéronse mil enhorabuenas y plácemes por haber descubierto el magestuoso Paraná, rey coronado de los rios. No fué éste el complemento de su alegria. Al siguente dia un nuevo espectáculo dió recientes aumentos al júbilo y complacencia. Descubrióse por el rio crecido número de canoas, que se arrimaban hácia la ribera en demanda de los nuevos huéspedes, y cuando estuvieron en competente distancia, los remeros levantaron en alto la palamenta con que azotaban las aguas, y estando todos en profundo silencio, preguntó el capitan de los indios en lenguaje castellano: "¿Qué gente sois amigos? ¿qué quereis y qué buscais?" Atonitos los españoles con el lenguaje castellano que usaba el bárbaro, y recobrados de la estática suspension respondieron: "Amigos somos que venimos de paz á este país con deseo de téner noticia de los castellanos que andan por aquí". Preguntó el cacique quién era el capitan de aquella gente y cómo se llamava. Oido que se

llamaba Francisco de Mendoza, respondió muy contento: "Huélgome en el alma, Señor Capitan que séamos de un mismo nombre y apellido; porque los mismos tengo yo tomados de un noble caballero que reside en el Paraguay, y fué mi padrino de bautismo. Mire, pues, señor, lo que se ofrece que en todo le serviré gustoso y proveeré con abundancia".

El Cacique informó muy por extenso á Mendoza del estado en que se hallaba la conquista del Rio de la Plata, de las naciones que voluntariamente habian dado la paz, y de las que habian sido obligadas para admitirla por el valor incontrastable de los españoles: de la jornada que habia hecho Rio Paraguay arriba, descubriendo camino para la comunicacion con el Perú, y de los disturbios contra el adelantado Alvar Nuñez. Proveyó con abundancia de víveres al capitan Mendoza, llevando en premio algunos rescates de mas apariencia que sustancia.

Los españoles se detuvieron algunos dias en la márgen occidental, casi sobre la embocadura del Carcarañal, esperando que llegara Nicolás Heredia con la caballeria que seguia prontamente los pasos de Mendoza. Algunos interpretaron siniestramente la tardanza, y se persuadieron que maliciosamente se demoraba en las marchas. Entretanto Mendoza, costeó el Paraná, y enderesando al norte, llegó á una barranca en cuya eminencia descubrió una cruz de superior elevacion. Adoróla con profundo acatamiento, y despues de él todos los españoles. Al besar el pedestal se observó un letrero que registrado decia: "Cartas al pié." Cavaron, y sehalló en una botija una carta del Gobernador Irala, cuya sustancia contenia el estado de la Provincia, previniendo á los pasajeros de qué naciones debian cautelarse, y de cuales podia asegurarse la confianza.

Alegre Francisco de Mendoza con las noticias adquiridas, resolvió, sin esperar á Heredia, proseguir por tierra su camino á la Asuncion. Pero atajado despues de trece jornadas por inundaciones y pantanos, retrocedió en

busca de Heredia, de quien tuvo noticia se hallaba en el país de los Comechingones, los indios que habitaban la serranía de Córdoba, tomando la denominacion, en lengua Sanavirona, de cuevas subterráneas que habitaban: fábricas mas de la naturaleza que de humana industria, tan proveidas algunas, que en lo interior están socorridas de aguas, que destilan manantiales peremnes, como se ven hoy dia en la Achala. En este sitio se demoró algunos dias con su gente, tomando descanso mientras los caballos imposibilitados á proseguir, por falta de herraje, se recobraban un poco. Francisco de Mendoza interpretó siniestramente su tardanza y le depuso del cargo, substituyendo en su lugar á Ruiz Sanchez de Hinojosa. Sintiólo tan violentamente Heredia, que, apadrinado de algunos amigos cosió á Mendoza y Hinojosa á puñaladas, mandando publicar que los difuntos, eran usurpadores de la real jurisdicion, y transgresores de las órdenes de Vaca de Castro.

El premio del delito cometido, fué alzarse con el Gobierno y conferir el título de Maestre de Campo á Diego Alvarez, jóven intrépido, arrestado, bullicioso y turbulento. El mismo Heredia antes de apacible génio y suave condicion, asunto al empleo de capitan, se mudó en otro, pasando á caprichoso é insufrible á los suyos. Hubo de ambas facciones palabras de sentimiento y al nuevo capitan se le dijeron buenas claridades, sobre la imprudencia de su gobierno, y caprichosa tenacidad con que insistió, contra el dictámen comun, en continuar el descubrimiento, cuando todos suspiraban por la vuelta, desengañados que esta provincia era mas fértil de trabajos que rica de minerales de oro y plata. Habláronle con tal resolucion sobre tomar la vuelta del Perú, que temiendo mayores alborotos, resolvió ponerlo en ejecucion.

En Socochа, lugar hasta hoy célebre en la provincia de los Chichas, se consiguieron noticias confusas del estado del Perú, dividida á la sazon en bandos por los disturbios de Gonzalo Pizarro. Al principio ba-

lanceó la fidelidad contrapesada de la codicia, inclinándose á seguir el partido de mayor conveniencia y utilidad. Pero Gabriel Bermudes, que se adelantó á noticiarse con puntualidad de los sucesos, resolvió las dudas inclinándolos á seguir el partido del Rey, prometiendo obediencia á Lope de Mendoza, fugitivo á la sazon de Francisco Carabajal, capitan de Gonzalo Pizarro. Eran por todos (palabras son de el Inga Garcilazo) ciento y cincuenta hombres, casi todos de caballo, gente valerosa, dispuesta á sufrir y pasar cualquiera necesidad, hambre y trabajo, como hombres que en mas de tres años contínuos, descubriendo casi seiscientas leguas de tierra, no habian tenido un dia de descanso, sinó de trabajos increibles, fuera de todo encarecimiento." Muchos murieron en servicio del Rey, otros que sobrevivieron á la segunda entrada, repitieron la jornada.

DECADA CUARTA

Parte Primera

SUMARIO

I. Muerte de Diego Centeno.—II. Don Diego de Sanabria es señalado Adelantado del Rio de la Plata.—III. Funda Irala algunas colonias.—IV. Es confirmado en el gobierno.—V. Ereccion de Obispado del Rio de la Plata y su primer obispo.—VI. Muere Irala con universal sentimiento.—VII. Ruiz Dias Melgarejo funda á Ciudad Real.—VIII. Alzamiento de Nuflo de Chaves, y encuentro con Andrés Manso, sobre el derecho de Guelgorgotá.

Provisto el fidelísimo D. Diego Centeno al Gobierno del Rio de la Plata, como dijimos, instado de sus amigos, pasó á Chuquisaca para solasarse algunos dias, y despedirse de sus familiares. Algo discuerdan los autores en el motivo : pero convienen en referir fatales pronósticos, que le anunciaron los indios de su encomienda, y confirmaron los de los Charcas. El tenia ocultos émulos y debia recelar alguna sorpresa traidora á su vida, y elevacion al gobierno del Paraguay: pero despreciando supersticiones de vanos agoreros, partió á Chuquisaca, y entre los regocijos de un convite, le dieron un bocado de ponsoña, y murió al tercer dia. Perdió la provincia del Rio de la Plata uno de los mas expertos y prudentes capitanes, de que pueden gloriarse las Indias. Su muerte fué materia de sentimiento á los sujetos de buena razon, y

de alegria para Irala, que se consideró asegurado en el Gobierno.

Coadyuvó los intentos la temprana muerte de Don Juan de Sanabria, caballero rico, natural de Medellin, quien asentó en 22 de Junio de 1547, con el emperador Cárlos V, diversas capitulaciones proficuas al gobierno del Rio de la Plata, si le honraba con la Capitanía y baston de dicha provincia. Muerto el padre se le dió á su hijo D. Diego de Sanabria el título de Adelantado, el año de 1549: pero ocupado en liquidar algunas dependencias de su padre, no pasó á tomar posesion del empleo, viéndose precisado á despachar los navíos á cargo del capitan Juan de Salazar, antiguo conquistador de la Provincia. Levó la armada del puerto de San Lucas á principios de 1552 y llegó con felicidad á la isla de Santa Catalina y puerto de Patos, en cuya ensenada naufragó el navío del capitan Becerra, cayendo su gente en manos de feroces indios, de cuyo poder los libró el venerable padre Leonardo Nuñez, varon apostólico de la Compañía de Jesús, en su provincia del Brasil.

La gente de los otros navíos abanderizada con civiles discordias, se compartió en dos trozos. Parte siguió al capitan Salazar á San Vicente en el Brasil, y se confederaron con los portugueses, en cuya amistad duraron casi dos años, con poco adelantamiento de sus haberes. Al segundo año se vinieron por tierra á la Asuncion y condujeron el primer ganado vacuno, que pastó las dehesas del Paraguay, y multiplicó despues interminablemente en estas provincias. Parte siguió al capitan Hernando de Trejo, y fundaron una colonia entre las islas de Santa Catalina y la Cananea, casi sobre el desaguadero del rio de San Francisco. La colonia fué de brevísima duracion y consistencia: pero la hizo gloriosa el el nacimiento del ilustrísimo Fernando de Trejo, honra despues de la religion seráfica y meritísimo obispo de Tucuman. Al año se recogió toda la gente con su ínclito fundador á la Asuncion, cabeza de la provincia.

Vióse en poco tiempo el gobernador Irala con número considerable de vecinos en la capital de su gobierno. Nuflo de Chavez, le recogió la gente que habia de acompañar á Centeno, cuando estaba para venir á tomar el gobierno del Rio de la Plata. Juan de Salazar, además de los castellanos de su comitiva, trajo algunos nobles portugueses, mal contentos y poco afortunados en el Brasil. Hernando Trejo vino con el resíduo de la gente que componia la armada del adelantado Diego Sanabria. Todo parece conspiraba á mantener en el gobierno á Domingo Martinez de Irala. Sus émulos, ausentes de la ciudad, vivian prófugos en los montes, buscando entre las fieras, inmunidad á las iras del gobierno. Diego Abreu, cabeza de los leales, fué muerto de un trabucazo en una chozuela, donde se ocultaba á las diligencias de su opositor Irala. La comunicacion con España estaba cerrada á los informes que contra él se hacian, ó se podian remitir, y sólo abierta á los que abonaban sus procederes y santificaban sus operaciones. Estévan de Vergara, procurador suyo en la Córte, supo ganar voluntades y adelantar pretensiones á favor del tio, para conseguirle la confirmacion en el gobierno.

No desmerecia absolutamente el honorífico título de gobernador. Los delitos que le abrieron puerta para abrogarse el mando, y la libertad de costumbres, que permitió en los principios, espió bastantemente subyugando los enemigos, con la felicidad de sus armas victoriosas, y celo en promover los adelantamientos de la Provincia. Supo llenar los empleos de experto capitan y prudente gobernador, digno merecedor del título de padre y conservador del Paraguay, cuya capital levantó casi desde sus fundamentos, y de vil chozuela le dió el ser y la ennobleció con el nombre de ciudad, y la hizo fecunda madre de nuevas colonias.

La primera, de órden suya, erigió el capitan Juan Romero sobre las riberas del rio de San Juan, tributario del de la Plata, en la deresera de Buenos Aires. Pocos meses contó de duracion, desde San Juan Bautista de

1552 hasta Octubre del mismo año, por las repetidas invasiones de charruas. Mayor subsistencia tuvo la villa de Ontiveros. El capitan Garcia Rodriguez de Vergara la fundó el año de 1554, sobre la márgen oriental del Paraná, á corta distancia del célebre Salto, en Canindeyú, pueblo de indios, perteneciente á la provincia del Guayra. Verdad es, que la villa de Ontiveros intentó al año novedades escandalosas, negando la obediencia a su fundador, por vivir con desgarro en las anchuras de su libertad.

Los anales antiguos no han pasado á nuestros tiempos los motivos que tuvo el gobernador Irala para dejar con impunidad la rebelion. Creible es, que negocios de mayor momento avocaron hácia sí toda la vigilancia. En efecto con la confirmacion en el gobierno que le vino en la armada de D. Martin Urue, recibió algunas cédulas en que la Magestad Cesarea le ordenaba puntos concernientes al buen gobierno. En una de ella le permitia repartir indios de encomienda, remunerando los méritos de los conquistadores, con atencion á sus servicios. Veinte y seis mil fueron empadronados, capaces de tomar armas, y se repartieron con bastante justicia, segun la cualidad de las personas y méritos en la conquista. En otra le mandaba ordenar, con acuerdo de sujetos hábiles el derecho municipal de la provincia y lo dispuso con bastante cordura y prudencia, que muchos años se gobernó el Paraguay en lo político y militar, por su arreglamiento. Abrió escuelas para instruccion y enseñanza de la juventud, señalando maestros que cultivasen las débiles plantas dóciles en los primeros años á recibir buenos documentos y fructificar á su tiempo, llenando la esperanza del jardinero.

Todo parece conspiraba al aumento y felicidad de la Asuncion y provincia, del Paraguay. Contaba ya la ciudad casi veinte años de fundacion. Fué desde los principios ennoblecida, con gente principalísima de España, que concurrió á la fama de sus riquezas, y aumentada con reclutas que se le agregaban frecuentemente. Era ya

fecunda madre de algunas colonias, aunque sofocadas en su mismo nacimiento por los infieles. Una que subsistia habia de ser cabeza de provincia. Hallábase en vísperas de dar á luz otra provincia en el pais de los Penoquis, honrándola con el glorioso título de Santa Cruz de la Sierra. Los indios circunvecinos estaban á su devocion. En la ciudad se alzaban las voluntades con el vínculo de la paz y conformidad, mirando todos á Irala con benignos ojos, y aclamándole padre universal de la patria.

Y para que nada de cuanto podia conducir al establecimiento de una república cristiana, se deseara, llegó en la armada de D. Martin Urue, el ilustrísimo Obispo D. Fr. Pedro de la Torre, prelado de carácter tan superior, que la religion seráfica con el nombre de Pedro, y la de predicadores con el de Tomás, se lo apropian en pluma de sus cronistas. Habia años antes el ilustrísimo Fr. Juan de Barros y Toledo, erigido el obispado del Rio de la Plata con cuatro dignidades: Dean, Arcediano, Chantre y Tesorero, con dos canónigos; pero prevenido de la muerte, como unos quieren, ó promovido como asientan otros, á Santa Maria y Santa Fé de Bogotá, no hay memoria que pasara á tomar posesion de su obispado. No obstante, el R. P. M. Fr. Márcos Salmeron, en sus "Recuerdos históricos y políticos", asegura haber servido con gran satisfaccion al Rey de España en el Rio de la Plata; pero nosotros que no hallamos fundamento para tanto, recordamos al lector, advierta la diferencia que hay entre servir con satisfaccion al Rey de España, erigiendo el obispado del Rio de la Plata, y haber pasado á tomar posesion del Rio de la Plata.

Toda esta felicidad que se prometia la Provincia á la sombra de sus dos cabezas eclesiástica y secular, ahogó en parte la temprana muerte del Gobernador Irala, que sucedió, segun parece, el año de 1556. Entendia actualmente en los ejercicios de gobernador piadoso y cristiano, á impulsos de su devocion y ternura. Al monte habia salido á cortar madera para levantar capilla á Nuestra

Señora patrona de la ciudad, trabajaba personalmente y acaloraba los oficiales con la presencia, palabras y ejemplo. Del afan y ejercicio, que cargaban sobre edad bien avanzada, se le encendió una maligna fiebre, que obró con violenta actividad, y al séptimo dia privó á la Provincia del Rio de la Plata de su Gobernador, á la Asuncion de su padre y á la milicia de uno de los mas expertos capitanes. El llanto fué universal, dando muestras de sentimiento hasta sus mismos émulos, que no negaban las buenas dotes de Irala, superior á todos en el talento de Gobierno.

Poco antes de su muerte, nombró para el Gobierno de la Provincia á Gonzalo de Mendoza, sugeto pacato, y de buenas calidades; la mas sobresaliente fué el fomento que dió á las disposiciones de su antecesor. Habia Irala despachado á los capitanes Rui Diaz Melgarejo, y Nuflo de Chaves para plantear dos ciudades, una Guayrá y otra en el territorio de los Xarayes. Melgarejo subió Paraná arriba hasta la embocadura del Rio Pequirí, donde levantó una poblacion que llamó Ciudad Real, al oriente del Paraná, bajo del trópico de Capricornio, á tres leguas de la villa de Ontiveros, cuyos moradores trasladó á la nueva ciudad.

Nuflo de Chaves, revolvia en su imaginacion pensamientos mas altos. La felicidad con que habia gobernado algunas facciones militares, le hicieron presumir de sí y alzarse con la gente que comandaba, para levantar una provincia, independiente del Rio de la Plata. El habia castigado felizmente á los Tupis, Tobayaras y Brasileños, que inquietaban los indios confederados con los españoles. Habia sugetado á los indios del Peabiyú conmovidos por Catiguará, famoso hechicero, entre ellos. Al presente se hallaba con doscientos veinte españoles, y dos mil quinientos guaranís, milicia suficiente para emprender alguna faccion honrosa.

Llegado á los Xarayes, donde de órden del gobernador debia fundar la ciudad, con pretesto de correr la tierra, declinó al poniente y cayó en los términos de los

travasicosis, que llamamos Chiquitos, por la pequeñez de sus casas; indios feroces y guerreros á los cuales despachó sus embajadores, convidándoles con la paz, y ofreciéndoles su amistad. Pero ellos, ajenos del derecho de las gentes, dieron muerte á los embajadores, los despedazaron, y segun la noticia que se halla en un requerimiento jurídico, se los comieron. Convocaron sus milicias, llamando en ayuda suya los indios confederados, y sembraron los caminos y campañas de agudas puntas teñidas en sus venenos eficacísimos. Las aguas inficionaron con pestíferas confecciones, para que los españoles hallasen la muerte en el mismo remedio de la vida. Con este aparato presentaron la batalla; pero Chaves los venció con algun daño suyo, por la actividad de los venenos, y temiendo peores consecuencias si se demoraba entre ellos, se retiró por sendas ocultas. Cayó el tercer dia entre otros indios mas belicosos, de cuyo veneno recibió mayor daño, muriendo diez y nueve españoles, trescientos indios y cuarenta caballos, sin otros muchos que heridos de la flecha, corrian á largas jornadas á la muerte.

La soldadesca atemorizada con la actividad del veneno, y por no descubrir esperanza de encontrar naciones mas humanas, empezó á tumultuar, y requirió á Nuflo de Chaves, que tomara la vuelta de Xarayes para fundar entre ellos, segun la instruccion del difunto gobernador; pero el capitan Chaves estaba ajeno de requerimientos, siempre constante en llevar adelante su determinacion. Con esto, indios y españoles se dividieron en facciones, volviendo lo mas á la Asuncion, y solos sesenta prosiguieron el descubrimiento. Pasaron el Guapay, rio que nace de la cordillera que tiene su orígen al poniente de Misquí, y despues de formar un semicírculo, descarga por la banda oriental en el famoso Mamoré. De allí cayeron en los llanos de Guelgorigotá, donde se encontró Chaves con D. Andrés Manso, que por la via del Perú entraba con lucida compañia de soldados á fundar en aquel país. Altercaron los dos capitanes con términos hábiles, sobre puntos de derecho, y por via de com-

posición sometieron la causa al Juzgado de la Audiencia de Chuquisaca. Dejemos por ahora liquidar su derecho; que presto veremos á Chaves triunfar de Manso y dar principio á una ciudad, cabeza de provincia, independiente en su nacimiento de la madre que la dió á luz.

DECADA CUARTA

Parte Segunda

SUMARIO

I. Juan Nuñez de Prado viene á la. conquista de Tucuman.—II. Miguel Ardiles debela á los Humaguacas.—III. Prado funda la ciudad del Barco.—IV. Es depuesto del empleo por Villagra.—V. Vuelto al ejercicio, prosigue la conquista.—VI. Préndele Aguirre, se alzan los indios.—VII Funda la ciudad de Santiago del Estero.—VIII. Toma el Gobierno de la Provincia el General Juan Perez Surita.—IX. Levanta algunas ciudades, y felicidad de su Gobierno.

Tucuman tenia alternativas opuestas: unas veces era extremamente apetecido: otras lo pasaba en olvido y desprecio. Desde la retirada del capitan Heredia, se formó del país idea poco conforme á su naturaleza, y no muy apetecible para hombres que gozaban la mayor opulencia del mundo. Solo Gonzalo Pizarro perseguido de su mala fortuna, desde Arequipa miró á Tucuman como asilo de seguridad contra sus émulos. Ello es cierto que pudo poner á tiempo la vida y parte de sus haberes, en salvamento: pero un infeliz, tarde ó nunca toma acuerdo saludable.

Sosegado el imperio peruano con la muerte de Gonzalo Pizarro, el presidente Gasca miró la conquista del Tucuman, como principal ejercicio de su empleo y corona de su comision. Los jefes que militaron contra los rebeldes, distinguiéndose por el valor y fortuna en el

ejército real, esperaban premio igual á sus méritos y competente á sus heróicos servicios. Como eran muchos y todos señalados en operaciones militares, los unos fueron remunerados con encomiendas, y los otros se repartieron nuevas conquistas, á proporcion de los méritos. Entre los demas, Juan Nuñèz de Prado, faccionero de Pizarro, se distinguió con una operacion, que fué el orígen y conclusion de toda felicidad en el real ejército.

Entendíase con fervor en la ereccion de puentes sobre el rio Apurimac, los unos para entretener al enemigo, y el de Cotabamba para pasar en efecto los realistas. Este que debiera caminar con pasos mas lentos para divertir las fuerzas de Pizarro en la defensa de los otros, lo apresuró tanto el capitan Lope Martin, que Pizarro acudió con diligencia, y con estratagema á impedir el paso al real ejército. Pero cuando esperaba con firmeza el buen logro de sus designios, Juan Nuñez de Prado, su partidario y secuaz, se incorporó á los realistas, y descubrió la celada que tenia prevenida Juan de Acosta, capitan de Pizarro, para embarazar el paso de Apurimac sobre el puente de Cotabamba.

Esta accion hizo á Prado célebre, por lo que facilitó el paso y con él la victoria decisiva. En premio le dió el presidente Gasca la capitanía de Tucuman, con poderes honoríficos y facultad de alistar cuanto quisieren militar á su obediencia y mando. Solo ochenta y cuatro juntó, como consta de la reseña núm. 13, que se pasó en la imperial villa de Potosí, ante el licenciado Esquivel, contra el cual, uno de ellos llamado Aguirre, quedó altamente sentido, y resolvió á todo trance vengar un justo castigo con una injusta muerte. Dejada la conquista de Tucuman y la amable compañía de sus comilitones, el infame Aguirre buscó á su enemigo, esperando ocasion para el logro de sus intentos. De ciudad en ciudad le siguió ocultamente, y halló buena coyuntura en el Cuzco; donde cosió á puñaladas á Esquivel.

Juan Nuñez de Prado no pudo desembarazarse en todo el año de 1549 de algunas dependencias que le detenian

en Potosí. Pero al siguiente de 1550, despachó delante á su maestre de campo Miguel Ardiles, sujeto principal en esta conquista, con expresa órden de combatir los feroces Humaguacas, que habitaban los cantones del Perú y Tucuman, hácia el rio de Jujuy. Ellos señoreaban el paso, y era necesario vencerlos para seguridad de los caminos y facilitar el comercio. Ardiles tuvo algunas escaramuzas: los fatigó con la caballeria, los espantó con la novedad de las bocas de fuego, y finalmente los obligó á despejar por entónces el paso.

A los dos meses, Juan Nuñez de Prado salió de Potosí para incorporarse á su Maestre de campo. No habia aun entrado en los términos de su jurisdiccion, cuando tuvo un encuentro pesado, principio de su desgraciada fortuna. Cortaba sereno y sin sobresalto el país de los Chiriguanos con alguna milicia que le seguia, bien ajeno de sustos que inquietasen la tranquilidad y sosiego que gozaba. "Señor, gritó uno de las espías, enemigos se descubren, y sin duda vienen contra nosotros, pues la vanguardia de su ejercito endereza á encontrarse con la nuestra."

Siguióse la marcha sobre aviso, y se descubrió á poco rato Don Francisco de Villagra, que pasaba al reino de Chile con gente á socorrer á D. Pedro de Valdivia, glorioso conquistador de aquel floridísimo reino. No era Villagra el enemigo de quien menos debia cautelarse Prado: pero un émulo disimulado tarde se conoce, y rara vez se evitan sus artificios. Avístaronse, pues, los dos capitanes, sin otro suceso por ahora, que el de sembrar Villagra, hablillas escandalosas entre los soldados de Prado. Dispartiéronse ambos para su destino; Villagra siguió el camino de Chile, y Prado el de Chicoana.

De Chicoana avanzó á Tucumanahaho, en el valle de Calchaqui donde fué recibido con humanidad del cacique Tucuman, señor principal del valle. Este es aquel mismo que hospedó amigablemente á Diego de Rojas, y le surtió abundantemente de bastimentos. Es creible, que el genio fuese pacato, inclinado á clemencia, sobre lo

que prometia el natural belicoso de los calchaquis; ó que por oculto designios, intentase alianza con la nacion guerrera de los españoles. Lo cierto es que de comun acuerdo, el cacique ofreciendo sitio, y el capitan español aceptándolo, se abrieron los cimientos de una ciudad, la cual antes de llegar á perfeccion se trasladó sobre el rio Escaba, á cuatro leguas, donde años despues, se planteó la primera ciudad de San Miguel. A la ciudad llamó del Barco, lisonjeando al presidente Gasca, natural del Barco en Abila, la cual fue de breve duracion, y se restituyó segunda vez á Tucumanahaho, primera cuna de su nacimiento.

El capitan Prado no habia aun dado principio á la conquista, ocupado en el establecimiento de la ciudad, destinada para alcázar de refugio en las ocasiones, y cuando ya tuvo algun ser, con solo treinta soldados corrió la campaña para hacerse dueño del terreno; pero Villagra atajó en los principios sus disposiciones. Desde la Cordillera que guia á Chile, torció el camino, y dejándose caer en los límites de Tucuman, sorprendió á Prado, y se alzó con la conquista, intentando agregar al reino de Chile la Provincia de Tucuman.

No es para omitido el derecho presunto que Villagra tenia á Tucuman, pero anda en cláusulas del Presidente Gasca, que señalaba á Don Pedro Valdivia, cien leguas tierra adentro, este, y oeste por términos de su jurisdiccion y descubrimientos. Palabras que ampliadas á favor de los chilenos, ocasionaron disturbios sobre el derecho á la Provincia, hasta que el Señor Felipe II, por una real cédula de 23 de Agosto de 1563, deslindó las dos jurisdicciones, declarando independiente de Chile la gobernacion de Tucuman. En este derecho presunto, se fundó el licenciado Antonio Leon Pinedo, natural de Córdoba, varon diligentísimo en liquidar las materias índicas, para atribuir la conquista de Tucuman á Francisco de Villagra, como si fuera lo mismo entrar usurpando con violencia, que conquistando á fuerza de armas.

Verdad es que en este segundo encuentro, Prado renunció el gobierno en manos de Villagra, y la ciudad del Barco entregó los instrumentos de su independencia en él, cuyo poder formidable, aun á Valdivia cuando entró á Chile, violentó la resignacion de los títulos, otorgados por el presidente Gasca: pero Villagra sin conquistar palmo de tierra, prosiguió su viaje de Chile, contento con reponer en el mismo empleo de capitan, á Prado, obligándole á reconocer por superior á Don Pedro Valdivia, conquistador de Chile, á cuya jurisdiccion se decia pertenecer Tucuman. Protestó Prado cuanto pretendia Villagra, fingiendo con artificio vasallage, y encubriendo los secretos del corazon, hasta verse libre de su émulo, pero luego que tomó el camino de Chile, juntó el Cabildo de la ciudad del Barco, y habló en esta sustancia:

"Notorias son, noble y respetable Cabildo, las sinrazones con que Villagra ha intentado oprimir la justicia, no menos vuestra que mia. En Talina pagó nuestra urbanidad sonsacándonos con hablillas algunos soldados. En esta ciudad del Barco, que con reales poderes gobernamos, se ha entrado violentando, con el temor de sus armas, nuestras voluntades y obligándonos á resoluciones forzadas. A mí me ha despojado del Gobierno conferido, como es constante, por el legítimo dueño. Dejo aparte la injuria que en esto hace al Presidente, porque ésta mejor sabeis vosotros concebirla que yo explicarla. No quiero mencionar el agravio que á todos hizo, apoderándose de nuestro menaje y cortos haberes, en que asegurábamos la conquista ; pero, á qué no se atreve un poderoso si no encuentra fuerzas que le detengan con la resistencia? Depúsonos de los puestos que ocupábamos con real autoridad, invalidó instrumentos, suscribió nuevos títulos, repartió cargos, y este baston que depongo en vuestra presencia, por no querer cosa que usurpa jurisdiccion, puso en mis manos como si de las suyas pudieran pasar á las mias con firmeza. A vuestra cordura toca considerar

el espediente que se debe tomar ó proseguir en el Gobierno en fuerza del nombramiento de Villagra, ó declarada la nulidad de éste, publicar, á voz de pregonero, las provisiones del Presidente Gasca".

El razonamiento fué recibido con aplauso, y publicados los títulos del Presidente, fué repuesto Prado en el Gobierno, empezando el ejercicio de su empleo con llamar la Provincia el nuevo maestrazgo de Santiago. Tan cierto es que la gloria mundana, mas consiste en variedad de nombres, que tiene de realidad y sustancial, sucediendo á veces que se adoptan nombres de gigantes á pigmeos. Porque nombre tan lustroso no fuera sombra sin cuerpo, se aplicó Prado con tezon increible á los adelantamientos de la Provincia, mas con las leyes de dulzura, que con el rigor y espanto de las armas. Conquistó la sierra y valle de Catamarca, los rios Salado, y Dulce, los belicosos Lules, y la mayor parte de la jurisdiccion de Santiago, sin otro accidente digno de narracion, que haber enarbolado, con la piedad cristiana, en los pueblos de indios, el glorioso estandarte de nuestra Redencion, tributando tarde y mañana en compañia de sus soldados, rendidas adoraciones á vista de los indios, en cuya presencia se résaba el rosario, operaciones tan poderosas para promover en los bárbaros la creencia de nuestra fé, que se aficionaron á sus misterios, colocando con supersticiosa devocion el sacro madero de los adoratorios, como númen capital de sus vanos ídolos.

No quedó satisfecho el glorioso conquistador con las naciones que subyugó su piedad á Dios, y su valor al Rey. Procuró dilatar los términos de la Provincia con nuevas agregaciones al poniente, tirando hácia la cordillera chilena: pero á este grande hombre perseguia la fortuna, y en lo mejor de sus conquistas y verdor de sus esperanzas, se halló tercera vez sorprendido por los enemigos chilenos. Don Pedro Valdivia gobernador de Chile, nombró á Francisco Aguirre teniente de la ciudad del Barco, y de todas las que se fun-

dasen en el nuevo maestrazgo de Santiago. Al nuevo teniente le hacia respetable crecido número de soldados, que podian remover cualquier óbice de su admision al Gobierno.

Prado era el único de quien podia temer resistencia; pero sorprendido inopinadamente por Aguirre, fué puesto en prision, y despachado á Chile. Apeló Prado al Tribunal Superior donde fué declarado inocente su proceder, ordenando que fuese repuesto en el Gobierno de Tucuman. El tuvo la honra de su reeleccion, pero ó porque la muerte abrevió sus plazos, ó por otro motivo, no vino á empuñar el baston.

Presto conoció Tucuman la falta de su ínclito conquistador, porque los calchaquís se alborotaron, inquietando con frecuentes asaltos la ciudad del Barco y las demas naciones tumultuaron, haciéndose temibles al valor español con repetidas hostilidades. Ya no se juzgaba segura la Provincia con mayor número de soldados, cuando antes con menor, ni se recelaba el calchaquí, ni sobresaltaban los infieles, ni se temian sus rebatos. Tanto conduce á la seguridad de un pueblo la fama del capitan que lo defiende. Aguirre entró en recelos de poca seguridad en aquel sitio, y pasó la ciudad del Barco sobre el rio Dulce, mudándole el nombre del Barco en Santiago del Estero. Es el terreno poco apetecible; el temperamiento ardiente y seco: está rodeada la vecindad de espeso bosque, principalmente de Algarrobos, que suministran en el dia de hoy, sustento anual á los naturales.

Antiguamente tuvo mas lustre, explendor y riquezas. La labranza de la cera y el beneficio del añil, maniobras en que se ocupaban los indios de encomienda, especialmente los tonocotes y diaguitas, solicitaban en crecido número á los mercaderes peruanos. Ellos se llevaban los efectos necesarios para el consumo, y dejaban el oro y plata que cargaban, y con que enriquecian la Ciudad y Provincia. Alguna noticia del explendor y lustre tendria Juan Diaz de la Calle, cuando

á la ciudad de Santiago señaló escudo de armas por estas palabras: "Un escudo la mitad de él con una cruz colorada en campo de oro, y el hueco de ella lleno de de perlas, y en lo bajo ondas del mar; y en la otra mitad un tigre de oro rapante en campo azul, y al rededor de dicho escudo, ocho cabezas de aguilas, y encima la figura de la gloriosa Santa Inés, abogada de la ciudad."

Si este escudo se concedió á Santiago, de lo cual no hay memoria en la Provincia, serviria mas á la vanidad, que á la proporcion de la figura con el objeto figurado, fuera de que, habiéndose concedido este escudo el año de 1537, como dice el autor, 16 años antes de la fundacion de Santiago, se hace inverosímil la existencia de la figura y notoria la carencia de lo figurado. Si alguno quisiere escusar al autor, atribuya el anacronismo á descuido de los impresores, y la proporcion entre figura y figurado, la hallará mas en la fantasía del que aprehendió á Santiago, vestido de cualidades tan sobresalientes, que en la existencia de lo figurado.

Tal la imaginaron al principio los conquistadores, hasta que la esperiencia mostró que abundaba de trabajos y miserias, y no de minerales de oro y conchas de perlas. Así lo conocieron ellos mismos, y profundaron tanto sobre la miseria de la Provincia, que luego que Aguirre, por Marzo de 1554 se partió á sosegar los tumultos originados por el alzamiento de los araucanos, parte tomaron la via de Chile, parte la del Perú, abandonando la conquista, por la poca utilidad que prometia. En ausencia de Aguirre, quedó con título de teniente Juan Gregorio Bazan, primer tronco de los nobles Bázanes, que honran con su sangre la Provincia; pero en la presente ocasion, como la gente fuese poca, y los indios tumultuasen, bastardeó de sus nobles pensamientos y desamparára la conquista, si Miguel Ardiles no le recordára el alto nacimiento que le ennoblecia, y la gloria que podia seguirse de su permanencia á entrambas magestades, divina y humana. Movido de estas

razones, resolvió proseguir en el ejercicio de su empleo, y se previno para sosegar los Saladinos, que se habian rebelado, confederándose con los indómitos chiriguanos.

Los españoles eran á la verdad muy pocos. La mayor parte sacó Aguirre para el socorro de Chile, y se habia ausentado por la estrema miseria que esperimentaban; algunos permanecieron, y esos eran tan pocos, que se tuvo á milagro resistir á la multitud de infieles, y se celebró con accion de gracias la victoria. Bien conoció Aguirre desde Chile, la debilidad de la milicia tucumanesa, y acordándose que era padre, destacó para Santiago algunos soldados, á cargo de su sobrino Rodrigo de Aguirre el año de 1557, con título de teniente. Pocos meses tuvo el régimen de la Provincia, porque preso por los parciales de Prado, fué puesto en su lugar Miguel Ardiles, nombrado teniente de Tucuman por D. Francisco de Villagra, gobernador interino de Chile. De manera que tres eran las parcialidades en que se dividian los conquistadores de Tucuman. Los unos reconocian á Francisco Aguirre por legítimo gobernador de la Provincia. Los otros á Villagra, que tenia el gobierno interino de Chile, y los terceros á Juan Nuñez de Prado, cuya venida á tomar el baston, inútilmente esperaron sus parciales. Entretanto, no se adelantaba el negocio principal de la conquista, volviéndose contra sí mismos las armas, que fuera mas acertado convertirlas contra los infieles, los cuales se aprovechaban de las civiles discordias, en que se consumian.

Hubiérase arriesgado la provincia á no llegar el siguiente año, el general Juan Perez de Zurita, nombrado por D. Garcia Hurtado de Mendoza, hijo del marqués de Cañete D. Andrés Hurtado de Mendoza, en cuyas manos entró, por nombramiento de su padre, el Gobierno de Chile. Era Juan Perez de Zurita, natural de Jerez de la Frontera, caballero de nobleza calificada, bien conocido por sus militares hazañas en el Perú contra los Pizarros, y en Chile contra los araucanos. Era de noble condicion, tratable, humano y de atractivo singular

para conciliarse voluntades. Prendas, que sobre las militares, le conciliaron la benevolencia del Gobernador de Chile, á cuyo distrito pertenecia entonces Tucuman, quien señalóle parte de la milicia chilena, para debelar los infieles, y levantar algunas poblaciones, para freno del bárbaro furor.

Fué en los principios, el gobierno de Zurita, felicísimo; infausto y despreciado en los fines. Al nuevo maestrazgo de Santiago mudó nombre, y le puso el de Nueva Inglaterra, queriendo, á lo que parece, lisongear el gusto de Felipe II, rey entonces de la Gran Bretaña. Fundó tres ciudades: la primera, llamó Lóndres, Cañete la segunda, y la tercera denominó Córdoba; las cuales principió dentro del valle de Calchaquí, por contemplar á Don Juan de Calchaquí, que le profesaba afecto, y contaba entre los poderes de su autoridad el allanar su gente belicosa, para admitir nuevo vasallaje. Accion para Zurita no menos gloriosa, que cuando lo vemos el siguiente año de 1559, sujetar con pequeño ejército los diaguistas del Salado, los juries del Rio Dulce, los catamarquistas y los infieles de Sañagasta, situados á espaldas del Cerro de Famatina. Naciones todas, que conspiraban á la ruina de los españoles, impacientes de sujecion á dominio estraño.

A todos les rindió Znrita, obligándoles á recibir leyes de quien, superior en las armas, los tuvo á sus piés humillados con súplicas de rendidos y ofertas de pretendientes. Una ley entre otras les impuso, que facilitaba su instruccion y enseñanza, y fué de congregar la dispersa multitud derramada por las riberas de los rios, y por la llanura de los valles, juntándola en poblaciones para que los ministros evangélicos, sin tanto afan y mayor logro, pudiesen beneficiar la inculta tierra de sus corazones. Desvelo propio de un capitan cristiano, ganarle á su rey tierras, avasallando rebeldes, sin echar en olvido las almas, para sujetarlas al Rey de la Gloria, por medio de la instruccion y enseñanza.

LIBRO SEGUNDO

DECADA QUINTA

Parte Primera

SUMARIO

I. Nuflo de Chaves consigue licencia de fundar provincia independiente del Paraguay.—II. Levanta la ciudad de Santa Cruz.—III. Alzamiento de los guaranís castigado.—IV. Jornada á Santa Cruz de la Sierra.—V. Alborotos del Guayrá entre los españoles.

El Guelgorigotá, que verosímilmente son los llanos de Manso, entre el Pilcomayo al oriente, y el Bermejo al poniente, estaba en litigio desde el año antecedente en el tribunal de las Charcas. Nuflo de Chaves y Andrés Manso, aquel por el Guapay, y éste por la via de Tomina, habian concurrido en aquellas llanuras espaciosas y amenas, y alegaban derecho á la conquista. Pero Nuflo de Chaves, que recelaba del tribunal de las Charcas, y desconfiaba de la causa que defendia, buscó mejor patrocinio en el gobierno superior de D. Andrés Hurtado de Mendoza, virey del Perú y su pariente.

La sangre y parentesco hicieron el oficio de abogado

y el negocio se concluyó á favor del pretendiente. Dos eran las pretensiones de Chaves: la primera que se le adjudicase el Guelgorigotá, y la segunda fundar provincia que hiciese cuerpo aparte, sin dependencia del Paraguay. Habia tenido la gloria de descubridor y aspiraba los honores de conquistador glorioso, y fundador ínclito de la nueva provincia. El obtuvo lo uno, y consiguió lo otro, desmembrando al Paraguay de una porcion bastantemente grande de tierras, y privando á Andrés Manso del derecho á Guelgorigotá.

El Sr. Viréy tomó á su cargo y proteccion la nueva provincia, dando el baston del Gobierno á su mismo hijo D. Garcia Hurtado de Mendoza, y éste sus veces y poderes á Nuflo de Chaves. Todo concurria á felicitar los intentos del pretendiente. En Lima tenia el fomento de un Virey, padre, que se lisonjeaba de congraciar al hijo. En Guelgorigotá, su teniente Hernando de Salazar engrosó su débil tropa con la gente de Manso, y á Manso le prendió, y bien asegurado lo despachó al Perú. Tenia bastante número de soldados, para dar principio á una ciudad que fuese capital de la nueva provincia.

El año de 1560, 4º despues de la muerte de Irala, que despachó á Nuflo de Chaves á fundar en los Jarayes, se echaron los primeros fundamentos de la capital en el pais de los Penoquis, indios belicosos al poniente del Guapay, y oriente de una punta de sierra poco elevada que sobresale de las cordilleras peruanas. La ciudad tomó el glorioso nombre de Santa Cruz de la Sierra, que se extendió despues á toda la provincia, con ocasion de una milagrosa cruz, que hizo un castellano en tiempo de seca, enseñando á los naturales la virtud de esa prodigiosa señal, y exortándolos á implorar las misericordias del Señor, para socorro de sus necesidades. Tomaron los indios el consejo y con milagrosa lluvia vieron reparadas las mieses que se agotaban.

Al principio los paisanos que habitaban las vecindades, con humanidad y cariño, correspondieron al buen tratamiento de los cruceños; humildes en el servicio,

agradables en el trato, y prontos en la paga del moderado tributo. No fué muy duradera tan loable y justa correspondencia, y hermanable sociedad. Duró mientras á los españoles contuvo la justicia en los debidos términos, pero luego que con impia crueldad y tiranía traspasaron los límites de la razon, y cargaron á los miserables con exeso de tributos y gravosas exacciones, se alzaron contra los españoles, y con muerte de muchos, se refugiaron á los montes, apostatando de la fé que habian recibido. Quince años subsistió la ciudad de Santa Cruz en el sitio de su primer establecimiento, y acaso perseverára hasta el dia de hoy, si sus moradores no obligaran los indios á rebelion, ni ellos feamente degeneraran de la debida obediencia y reconocimiento. Al fin fué necesario ponerla el yugo de sujecion y como esto no se podia prometer la humana providencia, en distancia interminable, á donde no llegaban las órdenes con actividad y eficacia, el señor virey del Perú, Don Francisco de Toledo, acordó mudarla á sitio oportuno, mas hácia el occidente, á donde se trasladó el año de 1575, llamándola San Lorenzo, capital de la Provincia y Obispado de Misqui, por otro nombre Santa Cruz de la Sierra.

No todos los moradores de la primitiva ciudad, pasaron á San Lorenzo: parte recelando el castigo condigno de sus delitos, acometieron un atrevimiento, que reconoce pocos ejemplares, porque fabricando una pequeña embarcacion fiaron sus vidas en vaso tan frágil, á la inconstancia de las ondas, entrando por el Mamoré y Marañon al oceano, hasta llegar con felicidad al puerto de Cádiz. Otros se quedaron entre algunas parcialidades de indios chiquitos, y al pié de una montaña levantaron una poblacion, que intitularon San Francisco de Alfaro. Algunos años subsistió esta colonia, pero finalmente se conoció que, siendo de extrema pequeñez, sólo podia conservarse al lado de la madre que la engendró. Imploró su amparo, albergóse en su regazo y halló la perdida hija recibimiento de compasiva madre.

Mientras Nuflo de Chaves agenció y obtuvo la independencia de la provincia de Santa Cruz de la Sierra, sucedieron en el Paraguay algunas novedades. Al año despues de la muerte de Irala, falleció su teniente Gonzalo de Mendoza, dejando en su muerte piadoso recuerdo de prudente gobierno. Procedióse á eleccion de nuevo gobernador segun la cédula ya mencionada del emperador Cárlos V, y fué electo, en 22 de Julio de 1558, Francisco Ortiz de Vergara, caballero sevillano, cuya dulzura de genio y suavidad de palabras eran seguros acreedores del baston. Su gobierno al principio quieto y pacífico, entrado el año de 1560, fué mas ruidoso que afortunado, parte por los alborotos de los guaranis, parte por las novedades que intentó Nuflo de Chaves.

En compañia de algunos españoles que se retiraron de Nuflo de Chaves, para restituirse á la Asuncion, desde el pais de los Penoquis, se vinieron algunos guaranis, cargados de aquellas flechas que teñidas en sus venenos, arrojaban los travasicosis con mortal estrago de los que herian sus puntas. Los guaranis pensaban tener con ellas un arma terrible de los españoles y superior á las bocas de fuego que usaban. Como los ánimos venian abochornados con las molestias de jornada tan inútil, empezaron á conmoverse, promoviendo principalmente la conjuracion Pablo y Narciso, hijos de Curupirati, respetable entre los guaranis. Animaban sus palabras con vana ostentacion de las flechas, tejiendo prolija arenga de sus formidables efectos. Ellos supieron decir tales cosas, que arrastraron los paisanos á su partido. La conjuracion no fué tan secreta, que no llegara á noticia del gobernador, por algunos indios sus confidentes.

Este luego aprestó su milicia y salió á buscar al enemigo, que ya le esperaba con 16,000 combatientes y otras tropas auxiliares, que corrian la campaña y guarnecian los pasos ventajosos. Fueron varios los accidentes de la guerra, en diferentes encuentros y escaramuzas preliminares á la batalla campal, que dió y terminó á 3 de Mayo de 1560, con poco daño de los españoles, y mortal

destrozo de guaranis, acabándose el soberbio orgullo, con que arremetieron, en fuga pavorosa, con que se retiraron. Destácaronse algunas compañias que corrian el pais enèmigo, mas con ánimo de ofrecer la paz, publicando indulgencia por lo pasado, que con deseo de arruinarlos. En efecto, admitieron la paz ofrecida: pero nos persuadimos, que fué efecto del terror y no de la sinceridad, pues los vemos á pocos pasos renovar los alborotos y motines pasados.

Aun no habia desamparado la campaña el gobernador Vergara, cuando se presentó á su vista un indio, el cual habló en este tenor: "Yo soy, dice, natural de la provincia de Guayrá, embajador de vuestro hermano el capitan Ruiz Diaz Melgarejo, quien me despacha para que ponga en vuestra noticia, cómo los indios se han amotinado, y la nueva ciudad de Guayrá se halla en próximo peligro de perecer, si con la mayor brevedad que posible sea, no llega socorro de gente que levante el sitio, y castigue los rebeldes; y porque en mis palabras se pudiera poner dolo, y por falta de fé retardar el socorro, que con toda brevedad pide el aprieto de la ciudad, hé aquí la carta de vuestro hermano Melgarejo." Dijo, y descuadernando el arco que cargaba, por la empuñadura, sacó la carta de Melgarefo, cuyo contenido era en substancia cuanto el mensagero relató de palabra. El negocio, á la verdad, era ejecutivo, y el socorro debia de ser pronto. Al punto dispuso, que una compañia de soldados, á cargo de Alonso Riquelme, pasara á Ciudad Real para castigo de los rebeldes. El capitan Riquelme levantó el sitio, humilló á los amotinados, y lleno de marciales glorias se restituyó triunfante á la Asuncion al segundo año de su salida.

No mucho despues llegó de Santa Cruz de la Sierra, Nuflo de Chaves. Este hombre que habia echado lodo sobre todos los méritos y servicios pasados, intentaba ahora un acometimiento propio de un genio desgarrado, sacudido el yugo de obediencia é infiel en el

ejercicio de su comision. Despreciando requerimientos, habia defraudado al gobierno del Rio de la Plata de una provincia dilatadísima, operaciones que le deberian remover de la Asuncion, temiendo el castigo que merecian sus delitos. No obstante se viene á la ciudad capital del Paraguay, para sacar su muger, sus hijos y los indios de encomienda, mas de 2000 en número.

Fué grande la conmocion de la ciudad con la vista y presencia de Chaves, no para castigarle como delincuente, sino para envidiar su obra, como afortunado. El tejió una agradable relacion de imaginarias felicidades, y en pocas palabras relató el feliz encuentro de las riquísimas tierras, fecundas de oro y plata, que con tanta ánsia habian buscado. A estas voces se siguió la conmocion de la ciudad, y el gobernador Vergara, el ilustrisimo fray Pedro de la Torre, el contador Felipe Cáceres, el factor Pedro Dorantes, muchos principales conquistadores y gran parte de la nobleza con sus mujeres, hijos é indios de encomienda, se resolvieron á seguir al conductor, Nuflo de Chaves, á la nueva provincia.

Efectivamente, toda esta multitud, por la mayor parte gravosa y consumidora de alimentos, emprendió jornada tan dilatada en dos cuerpos, el uno por agua Rio Paraguay arriba, y otro por la costa, arreglados ambos por las disposiciones del gobernador Vergara. Ellas sin duda fueron prudentes en prevenir los riesgos, providenciar bastimentos, atemperar jornadas para tanta multitud, conducirla con felicidad hasta los primeros términos de la nueva provincia de Santa Cruz. Aquí fué donde Nuflo de Chaves intentó novedades. "A mí, dice, toca el comando de la gente, y disposicion de la jornada, el territorio en que estamos es de mi jurisdicion, de mi han de salir las órdenes, y el arreglamiento de toda esta multitud propio es de mi autoridad."

Inquietóse el gobernador Vergara, tumultuó la comitiva y de aquí en adelante la confusion, el des-

órden, la infelicidad y desgracia, fueron compañeros de esta multitud de gentes. Los unos se apartaban de los otros, y, divididos en compañías, tomaban diferentes rumbos; unos perecian de hambre, otros caian en manos de enemigos. Tres mil itatines, que injustamente cautivaron para servirse de ellos, perecieron con malos tratamientos, y de hambre: pocos salvaron sus vidas, y éstos levantaron una colonia á treinta leguas de Santa Cruz de la Sierra, á la cual, en memoria de su amada patria, llamaron el Itatin.

El gobernador Vergara libró peor que todos: cayó en manos de Chaves, émulo poderoso, irreconciliable, y cruel, y remitido preso á la audiencia de Chuquisaca, se le opusieron ciento veinte capítulos, parte falsos, parte verdaderos, alguno de mucha, otros de poca consecuencia. Apeló al Consejo para purgarse de las calumnias y con su remision á España, vacó el gobierno del Paraguay. Salieron muchos pretendientes á la vacante, entre los cuales Juan Ortiz de Zárate, sujeto hacendado y de crecidos méritos en las revoluciones del Perú, empuñó el baston.

Confiriósele el título de Adelantado del Rio de la Plata, con la sola condicion de pasar á España para impetrar la confirmacion en el empleo. Mientras él pasaba al Consejo, sustituyó en el gobierno interino al contador Felipe Cáceres, sujeto poco hábil para la sustitucion, ruidoso, intrépido, ambicioso, y poco morigerado. Desde el tiempo de Alvar Núñez con pretesto de reales intereses, inquietó la provincia y concurrió á la prision de uno de los hombres mas justos y cristianos, que honraron con sus virtudes y rectitud el Paraguay. Presto le admiraremos echar en prisiones á su prelado tan justo y recto, que el Cielo publicó su santidad, con un prodigio continuado por muchos años.

Por ahora Cáceres se acomodó al tiempo y solo pensó en restituirse á la Asuncion con el ilustrísimo Obispo, y algunos de los que vinieron con el goberna-

dor Vergara. De toda aquella multitud, que salió del Paraguay para mejorar fortuna, solo se pudieron juntar sesenta españoles á que se redujo el ejército que habia de escoltar, por medio de naciones enemigas al ilustrisimo Obispo, á las mujeres y niños. Nuflo de Chaves los quiso acompañar hasta los últimos términos de su jurisdiccion: pero sus grandes delitos conducian á este mal hombre al suplicio. El declinó á la nueva colonia del Itatin, donde el cacique sobre seguro le dió un macanazo, y dejó muerto al perseguidor inicuo de su nacion.

El general Cáceres prosiguió la jornada con el pequeño ejército que convoyaba á su comitiva; pero como las naciones intermedias estaban alborotadas, cada paso costaba una pelea, y cada pelea un triunfo. Los itatines, los payaguás y guaicharapos, en número de diez mil, se opusieron á los españoles. La resistencia en lo natural era imposible, y la victoria segura sobre las fuerzas de los pocos españoles. Imploróse el auxilio del cielo, y Dios oyó las oraciones de Moyses. Mientras el Illmo. Obispo con algunos sacerdotes y religiosos oraba al Señor de los ejércitos, y los soldados peleaban esforzadamente, fatigándose en el ejercicio de combatir y vencer, un celestial varon, se dejó ver sobre el campo de los cristianos, que alanzeando infieles, con velocidad de rayo, y abriendo camino á los españoles, por entre la confusa multitud de enemigos. El milagro no fué visible á los castellanos: los indios lo confesaron despues, atónitos del suceso, y ellos fueron los que lo publicaron.

Lo que no se puede dudar es, que, si se pone la mira en el número de infieles y pequeñez del ejército español; en la ventaja del sitio que habia ganado el enemigo, y en la con que peleaba el campo del general Cáceres, reconocerá el lector algun suceso de superior esfera, sea invisible mano que protegió á los profesores de su fé, sea visible patrocinio por algunos de sus custodios de los dominios españoles. De cualquier suerte que esto haya sido, es forzoso confesar alguna proteccion estraor-

dinaria sobre el órden regular de los acasos, que pudo, invisible á los cristianos, manifestarse en figura visible á los indios para intimidarlos y ponerlos en vergonzosa retirada. Con esto pudieron los españoles proseguir la jornada hasta la Asuncion, donde entraron á principios de 1569, habiendo consumido en ida y vuelta casi seis años, sin otra utilidad que la deposicion del gobernador Vergara, la muerte del general Nuflo de Chaves, y unas infernales centellas, que se encendieron en la Asuncion, y darán principio á la decada siguiente. Ahora relataremos otras que se avivaron con el soplo de la codicia, entre los Españoles del Guayrá.

Despues de haber pacificado Alonso Riquelme el Guayra, fué nombrado teniente de Ciudad Real por el gobernador Francisco Ortiz de Vergara. Conservó los españoles y paisanos en amigable correspondencia. Siendo libre de aquellos, el registro del terreno se hizo sin recelos de los naturales: pero de aqui se originó á Riquelme su desgraciada fortuna. En las repetidas salidas de los españoles á correr el país, dieron con un milagro de la naturaleza, propio del terreno, que la novedad poco escrupulosa en calificar el fondo de las cosas, tuvo por la mayor riqueza del orbe.

Críanse en el país ciertas piedras cristalinas punteadas de variedad de colores semejantes á rubíes, amatistas, jacintos, záfiros y las demás preciosidades del orbe. Mucha apariencia de riqueza, todo lustre y ningun valor, ni estimacion. Fórmanse dentro de cocos de piedra, y cuando la naturaleza está para dar á luz aquel prodigioso feto, rompe con fragoso estallido el pedernal, convidando á los mortales á recoger aquel milagroso conjunto de aparentes preciosidades. No es muy frecuente este aborto, pero la antiguedad de los años y el abandono de los indios en recogerlas, fué ocasion de que los españoles descubriesen porcion considerable, sobre el haz de la tierra.

Con ellas resolvieron partirse á España, pretestando reales intereses de Monarca, requiriendo una y

otra vez á Riquelme por licencia para irse, ó se hiciese caudillo de la jornada. Riquelme menos crédulo que ellos, y mas circunspecto en sus determinaciones, respondió que no determinaria, ó que no descuidaria de los reales intereses, ni olvidaria sus utilidades: pero que era necesario dar tiempo al tiempo, esperando la aprobacion de inteligentes lapidarios, que examinasen los quilates de aquellas piedras, las cuales, aunque tenían mucha apariencia, podia ser que careciesen de fondo y estimacion.

Desagradó tanto la respuesta á los guayreños, que aprisionaron á Riquelme con sus parciales, y emprendieron el viaje, arrimándose á la costa. Riquelme dió parte á la Asuncion, y luego fué despachado Ruiz Diaz Melgarejo con álgunos soldados para cerrar el páso á los fugitivos, y dar el condigno castigo al atentado. En efecto, Melgarejo los alcanzó, y castigó con mas benignidad que merecian los delincuentes, queriendo con la indulgencia ganarse amigos, que coadyuvasen sus pretensiones de alzarse con el gobierno del Guayrá. El tiró las líneas á medida de sus deseos y á estos siguió el cumplimiento con el destierro de Riquelme y usurpacion del gobierno, que gozó algun tiempo, recibiendo en premio de una ambiciosa intrusion, el negocio de mayor importancia que poco despues se ofreció en la Provincia.

DECADA QUINTA

Parte Segunda

SUMARIO

I. El General Zurita es aprisionado.—II. Se despueblan las ciudades de Córdoba, Londres, Cañete y Nieva.—III. Castañeda se retira á Chile, sucede Francisco Aguirre.—IV. Levanta Villarruel la ciudad de San Miguel.—V. Prision del Gobernador.—VI. Fundacion de Esteco.—VII. Muere á manos de infieles Juan Gregorio Bazan, cuya família conserva milagrosamente el Cielo.

Los sucesos del Tucuman eran semejantes á los del Rio de la Plata, traiciones, alzamientos y opresiones injustas. Jamás Tucuman admitió eficacia mas operativa, ni justicia mas arreglada que la del gobernador Juan Perez de Zurita. El primer año de su gobierno levantó, con increible celeridad, tres ciudades dentro del valle de Calchaquí: el segundo humilló los diaguitas, los juries, los catamarquistas, los soñogastas y famatinos, con grandes créditos de valeroso y afortunado general. No se ciñeron las glorias de Zurita á los estrechos límites de Tucuman, ellas llegaron á Chile, y pasaron á Lima, hasta los oidos del señor virey, Conde de Nieva.

Su Excelencia tenia ideado hacer á Tucuman, gobierno separado de Chile. Esto se proyectó desde el principio, sin mas efecto que proyectarse y no obedecerse. Los gobernadores chilenos, tenian sus ideas sobre Tucuman,

16

y procuraban estender sus dominios á una provincia que no les podia traer mas utilidad, que consumir la milicia necesaria para humillar los valerosos araucanos, motivo por el cual el señor Virey, á fines de 1560 ó principios de 1561, desmembró á Tucuman de Chile, señalando por Gobernador al general Zurita, primero en la série de gobernadores tucumanos.

No duró mucho tiempo en el gobierno, porque la ciudad de Londres, monumento primogénito de su generalato, negada la obediencia á ciertas órdenes suyas, pretendiendo sustraerse de su jurisdiccion, querellóse á don Francisco Villagra, gobernador actual de Chile, y ofreciendo obediencia si la auxiliaba contra Zurita. No ignoraba el Cabildo de Londres la incompetencia del tribunal: pero la soltura de costumbres, y la ambicion de competidores, que residian en Londres, le obligaron á una subyugacion poco decorosa.

Villagra, que deseaba retener en sus dominios á Tucuman, nombro á Gregorio Castañeda general de un lucido trozo de milicia chilena para deponer á Zurita, el cual se hallaba en Xibixibe, hoy conocido con el nombre de Jujuy, fundando la ciudad de Nieva. Allí le buscó Castañeda procurando sorprenderle por fuerza, pero inútilmente. Valióse del artificio, pretestando decidir de su pretension en vista de las provisiones del señor Virey. Era Zurita de ánimo sincero, no cabia en el trato dolo, ni se persuadia fácilmente que otros lo usaran, y creyó fácilmente á Castañeda, y al extender la mano para entregar los títulos, el doloroso engañador, alargó las suyas, y apellidando la voz del Rey, con el auxilio de los suyos, aprisionó al gran Zurita.

Su milicia sorprehendida con el suceso, y pobre de consejo, se entregó á direccion del intruso gobernador. En pocos dias tuvo Castañeda una prosperidad de sucesos incomparables. La milicia que mandaba, á su imperio y órdenes. Las ciudades, le aclamaron pacificador de la provincia y recibieron en triunfo, llevando á su lado, en prisiones, á su glorioso fundador. Así la

instabilidad de las cosas humanas injustamente abate los beneméritos, é indignamente levanta los culpados.

No hubiera sido pequeña gloria de Castañeda conservar los adelantamientos de Zurita: pero ni supo promover la conquista, ni conservar lo conquistado. Antes del año se despoblaron las ciudades de Córdoba, Lóndres y Cañete, y poco despues la de Nieva, con el alzamiento de los indios. La ciudad de Córdoba experimentó mas vivamente el furor del bárbaro enemigo. Sustentó con gloria tres asedios del infiel Calchaqui. El primero levantó Castañeda, rompiendo con felicidad al enemigo, y metiendo socorro de gente en la afligida ciudad. El segundo levantaron los sitiados, con una salida oportuna, que hicieron contra los sitiadores, suceso en que tuvieron parte las matronas cordobesas, las cuales volvieron llenas de vanidad á la ciudad, trayendo prisionera á la hija del cacique D. Juan Calchaqui. En el tercero, rompieron los infieles los conductos del agua, y redujeron á extrema miseria, los ciudadanos.

Estos arbitraron diferentes medios, que inutilizaban la proximidad y vigilancia del Calchaqui. La última resolucion, fué desamparar la ciudad al abrigo de la noche, y burlar el desvelo del enemigo, huyéndose por un lado que mediaba entre las dos alas de los sitiadores. Hubieran logrado su intento, á no ser el importuno gemido de las criaturas, que dispertó la vigilancia de los sitiadores, y avisado D. Juan Calchaqui, dió sobre los fugitivos. Todos murieron á sus manos, menos seis con el maestro de campo Hernando Mejia de Mirabal que salieron á la ciudad de Nieva mensageros de la triste desgracia sucedida en Córdoba año de 1562, cuarto de su fundacion.

A fines del mismo año, de órden de Castañeda, se despoblaron las dos ciudades de Lóndres, y Cañete. Ellas contaban un mismo año de nacimiento con Córdoba, y pueden contar uno mismo de su fallecimiento. Las tres se levantaron en el tiempo de Zurita, y las tres fueron arruinadas con el triunfo de Castañeda. Algunos

le notan de omiso y de poco diligente en meter socorro en las facciones de importancia, creyendo que con la gente que mandaba pudo no solo mantener en pié las ciudades, sinó humillar el orgullo de los calchaqui. Lo cierto es, que la milicia era veterana y bien disciplinada, la flor de la soldadesca chilena y peruana, y las ciudades se hallaban con buen número de presidarios para la defensa; pero el general, falto de ánimo y atónito con la tragedia de Córdoba, contra el parecer de estos, mandó despoblar las dos ciudades, cuyas pavesas y reliquias, fueron por muchos años, memorial de la desgracia.

Verdad es que mantuvo con felicidad algunas campañas contra los rebeldes, deshaciendo sus ejércitos y reprimiendo el bárbaro furor. En una ocasion disputó al enemigo la estrechura de un paso, con muerte de muchos de ellos, empeñando con militar estratagema al ejército calchaqui, en sustentar la batalla en campaña rasa, donde lo destrozó, obligándole á vergonzosa retirada. Corrió el valle con sus compañias ligeras, deshaciendo juntas, ocupando al enemigo en sus prevenciones y cortándole los pasos. Se apoderó de Silípica, Yocabil, Acapianta y Deteiem, lugares defendidos por su naturaleza y reparados con palizadas y número de presidarios. En Deteiem sucedió una cosa particular, digna de narracion en nuestra historia.

Los Deteyenses, siguiendo la costumbre de estas gentes, escondieron entre las breñas las mujeres y párvulos, carga embarazosa en las operaciones militares. Fenecida la toma de Deteiem, avisaron los corredores, que se descubrian señales del enemigo, que venia marchando en derecera de Deteiem, hácia el campamento español. Pusiéronse todos en armas, esperando al infiel por el lado que turbaba el polvo, ayudado del viento que soplaba. Dejóse acercar el enemigo, y cuando estuvo en competente distancia, que la vista pudo discernir los individuos, se descubrió un ejército de muchachos arma-

dos de arco y flecha, que desfilados del lado de las madres, se mancomunaron á la defensa de sus padres, que suponian todavia en la refriega. Suceso raro, en que alabamos, no la debilidad del socorro, sinó la valentía del amor, que no descubre dificultad en lo imposible, careando con la animosidad de su esfuerzo. Fueron recibidos con amor y se premió su inocente atrevimiento, con algunos donecillos, que mas sirvieron de conhorte, para la vuelta, que para desengaño del atentado.

No obstante estos buenos sucesos, y otros que podia prometerse de su milicia veterana, ordenó Castañeda se despoblasen las ciudades de Lóndres y Cañete, resolucion pesada para los ciudadanos, por la constante fama de que habia minas en las vecindades. Con esto empezó á revolver tristes imaginaciones, cuyo fundamento pudo ser hallarse culpado en la asolacion de las ciudades, ó la falta de esperanza de traer á razonables partidos los calchaquis insolentes con la prosperidad de sus armas, ó por no descubrir seguridad entre aquellos, que no pudo defender del enemigo. Para fomento de tristeza, se despobló tambien la ciudad de Nieva, en el valle de Jujuí, por las invasiones de los infieles, que frecuentaban los asaltos.

Vióse en poco tiempo el nuevo maestrazgo, como le llamó Zurita, ó Nuevo Estremo, como la denominó Castañeda, vióse reducido á solo la ciudad de Santiago del Estero, y era tan poco estable, que balanceaba con repetidos acometimientos de infieles. Esto movió á Castañeda á desamparar la Provincia, retirándose al reino de Chile lleno de confusion y tristes imaginaciones, dejando el gobierno al capitan Manuel de Peralta, á quien sucedió en breve tiempo Juan Gregorio Bazan, hasta que el año de 1564 entró á gobernar segunda vez Francisco Aguirre, de órden del Sr. virey Lope Garcia de Castro.

Diez años habian corridos desde la última trasmigracion de la ciudad del Barco, sacándola de su nativo suelo el valle de Calchaquí, el mismo D. Francisco Agui-

rre, que al presente, toma el gobierno de la Provincia. Entónces entró como sustituto de D. Pedro de Valdivia, para restablecerla dependiente del reino de Chile; ahora entra para restituirla á su originaria independencia, protegido con la real autoridad del supremo monarca de las Españas Felipe II, que por una real Provision de 1563, la estraia del reino de Chile, y sometia al Tribunal de las Charcas. Miró Aguirre á la ciudad de Santiago, como parto de su valor, y aplicó todo el desvelo para su conservacion y aumento.

A este fin despachó á Chile al teniente Gaspar de Medina, sujeto recomendable por su valor, fidelidad y servicios personales en Chile y Tucuman, para conducir de aquel reino, soldados con esperanzas de pingües encomiendas. En esta ocasion trajo á su mujer doña Catalina de Castro, y sus dos hijos Luis y Garcia de Medina, nobles, troncos de los Medinas que honran estas provincias. Con este socorro metió la guerra en Calchaquí, destrozó el ejército enemigo, y puso el yugo de servidumbre al rebelde, con una ciudad que levantó Diego Villarruel, y se llamó San Miguel.

Quiso Villarruel se llamase San Miguel, ó por devocion particular al glorioso Arcángel, ó porque en su dia de 1565, dió principio á la fundacion, casi en derecera del elevadísimo cerro de Anconquija, en llanura deliciosa y amena, de territorio pingüe, que rendia con usura cualquiera semilla. El temperamento por las aguas poco saludables, ó por la humedad escesiva del terreno, ó por alguna constelacion de malignas influencias, infatuaba el entendimiento, naciendo muchos lesos en el órgano discursivo, que por acá decimos opas. Sobre eso en la garganta de la malignidad de las aguas se criaban tumores, que por acá dicen cotos, que dificultan la respiracion y agravan, sobradamente, con su pesadez.

Fundada la ciudad de San Miguel, corrió la provincia castigando rebeldes, y obligándoles á admitir la paz y el yugo del servicio. Publicó la jornada de los Come-

chingones, y paseó las armas victoriosas hasta su país. Aquí adquirió noticias de tierras opulentas, citas al Sud-Oeste que se empezaron á llamar Trapalanda, Césares y Patagones. Tan antigua es la fábula, que creyendo con poco fundamento, fué polilla de los caudales, y es cuento ordinario del vulgo que se renueva anualmente, con fingidas novedades. Nosotros á su tiempo liquidaremos este punto, con recientes noticias, acrisolando la materia con verídicos instrumentos. En la presente ocasion produjo malos efectos la relacion de los comechingones, sobre la Trapalanda. El vulgo militar se inclinó á la conquista. Aguirre no asintió á rumores poco fundados, y por no desamparar la provincia, en tiempo que los humores podian alterarse, resolvió dejar, para otra ocasion, la jornada de los Patagones.

Determinacion á la verdad prudente; pero en las circunstancias alteró los ánimos, fáciles á tumultos y novedades. Diego Heredia, Juan Berzocana, Holguin, y Fuentes, sujetos de mas resolucion que cordura, prendieron al Gobernador y sus hijos con ignominia. Deponiendo de sus empleos á los alcaldes, y repartiendo de su mano el baston del Gobierno y varas de justicia, cayó el mando en los fautores del motin, los cuales obraban con despotismo, y permitian toda libertad á sus allegados. Al gobernador Aguirre, despacharon preso á Chuquisaca, cargado de autos, y oprimido de prisiones. A su teniente Gaspar de Medina, depusieron del empleo y confiscaron sus bienes, viéndose en pocos dias su familia opulenta, en tanta escasez, que pordiosaba y se mantenia de limosna.

Para colorear el alzamiento con capa de celo, resolvieron fundar una ciudad en el país de Esteco, así nombrado por un cacique que dominaba el territorio. Era el sitio cómodo para fundacion, el terreno pingüe, y de meollo; el cielo benigno y de aspecto agradable; las aguas abundantes y saludables; la vecindad poblada de indios para el beneficio de la tierra, y entable de los obrajes de lana y algodon, que enriquecieron con

el tiempo la ciudad. Creo se fundaria entrado ya el año de 1567. Al principio solo cuarenta habitadores contaba; pero un terreno bueno y benigno temperamento son la mejor recomendacion para el establecimiento de ciudad y concurso de nuevos habitadores. Tales eran las cualidades de Esteco, y ellas solas convocaron mucha gente de otras partes y bastaron á hacerla populosa y rica. Su ostentacion y lujo subió á tal punto, que los caballos calzaban herraduras de oro y plata, hallando los animales con profusion, pocas veces vista, aquellos metales que guarda la codicia, como preciosidades de valor, en los escritorios.

Pero volviendo á los amotinados, ellos apuraban con vejaciones y malos tratamientos á los leales, y estos tibiamente esperaban el remedio y libertad de la opresion, en que gemian inconsolables. No obstante estaba mas cerca el remedio de lo que ellos podian imaginarse, y ese les habia de venir. Gaspar de Medina, depuesto ignominiosamente del oficio de teniente, retirado á Conso, lugar de su destierro, disponia con nocturnas salidas los ánimos de los Miguelistas, para sorprender los cabezas de motin, aclamando la voz del Rey. En Santiago tenia el fomento de Juan Perez Moreno, Miguel Ardiles, y Nicolás Carrizo, cabeza de los realistas.

El tiró bien sus medidas, y sobreseguro manejó el negocio. Tomó en su compañia algunos fautores, hombres de valor y resolucion, y protegido de las sombras aprisionó á los amotinados. Breve plazo les concedió para componer las cosas del alma, y luego les mandó cortar la cabeza. Con el castigo de estos se humillaron los demas, se gozó de paz en las ciudades, y fueron repuestos en los empleos honoríficos, los sujetos beneméritos. Don Diego Pacheco, caballero noble, cuerdo y desinteresado, tomó el interino gobierno, por órden de la Audiencia. Era natural de Talavera de la Reina, y en memoria de su amada patria, á Esteco llamó Nuestra

Señora de Talavera, poniéndola al amparo y proteccion de la Soberana Emperatriz de los Cielos.

Antes del año tuvo sucesor en D. Francisco Aguirre, suelto ya de las prisiones y libre de los cargos, que le acumularon los amotinados. A pocos lances tuvo encuentros, y encuentros pesados con algunos caballeros, y se enredó en casos de inquisicion. El genio arrebatado puso á este caballero en términos calamitosos. Tres veces gobernó la Provincia. En la primera, escandalizó la ciudad del Barco aprisionando al glorioso conquistador Juan Nuñez de Prado. En la segunda, con acrimonia de palabras, ocasionó su prision en los altos que hasta hoy se llaman de Aguirre; la tercera, escandalizó con exesos la provincia de la cual, en la siguiente decada, le veremos salir preso y despachado á Lima por don Pedro Arana.

A fines de 1569 y principios del siguiente, murió á manos de humaguacas y puquilés el conquistador Juan Gregorio Bazan. Habia pasado á Lima para conducir á Tucuman su familia, y estando de vuelta sobre el rio de Siancas, halló que los enemigos tenian cerrado el paso con estacadas. A poco rato se descubren humaguacas y puquilés, del valle de Prumamarca resueltos á acometerlos. Su familia divirtió por veredas ocultas, mientras que él, su yerno Diego Gomez Pedraza, y otros nobles caballeros de la comitiva detenian, el ímpetu del enemigo: pero éste cargó con golpe de gente, hiriendo y matando cuantos hacian resistencia. Murió á sus manos Bazan, Pedraza y otros muchos. Los demás cargados de heridas, pudieron escapar, y llevaron á Santiago la novedad de tragedia tan lastimosa. El bárbaro humaguaca, y puquilé, se alzó con el rico botin adornando su nativa desnudez con preseas, en que traia Bazan empleado, todo su caudal.

Pero volvamos á su familia, que falta de guia vagaba por los montes, bajo la conducta de Francisco Con-

go, esclavo nada práctico en los caminos. Esperaron algun tiempo á Bazan y Pedraza con su comitiva, los cuales eran ya muertos, y no se hallaban en estado de socorrerlos contra un trozo de indios, que se desfiló en su seguimiento, con tan porfiada tenacidad, que cuatro dias enteros siguió con inmediacion el alcance; pero el Cielo cuyo auxilio imploraron, llamando en su favor al glorioso Santiago, y San Antonio, tomó á su cuenta la tutela de la piadosa y cristiana familia de los Bazanes, porque un caballero vestido de blanco, espantable á los bárbaros, y propicio á los peregrinos, tomó el ministerio de conductor, dejándose ver á un tiro de arcabuz de la errante familia. Pensaban los caminantes que fuese Don Pedro Gomez de Balbuena, uno de la comitiva, y gritaban: "aguarde señor Pedro Gomez, espérenos, y defiéndanos contra los indios, que nos amenazan."

El guia hacía el sordo, y con oculta fuerza avigoraba los caballos y caballeros, para que sin descanso, ni alimento, caminasen en su seguimiento, cuatro dias. Mientras nuestros peregrinos lo pasaban con tanto susto, aunque seguros al amparo del cortesano celestial, en Santiago corrian nuevas de la desgracia, llorándolos muertos á manos de los bárbaros. Sentíase mucho la fatalidad, y sobre todos, la lloraba doña Maria Tapia, natural de Talavera de la Reina, y paisana de la numerosa familia de los Bazanes. Tenía doña Maria un niño de dos años, en cuyas proféticas voces libró Dios el consuelo de su madre. "No llores, dice el niño, no llores mamá, que ahí vienen las señoras, y traen una niña á quien dan leche." Preguntóle la madre, que de donde lo sabia. "Yo las veo, respondió, y los hombres están boca abajo, y las señoras vienen." Hiciéronsele varias preguntas sobre lo mismo, y siendo uniforme la respuesta, partió el capitan Bartolomé Valero con una compañia de soldados, y halló á las señoras, y las trajo á Santiago, donde la mejor fatalidad se tuvo á dicha

aligerando el pesar de los difuntos, con el hallazgo de las señoras é hijos, ramas gloriosas en que hasta hoy se conserva su noble descendencia.

DECADA SEXTA

Parte Primera

SUMARIO

I. Diferencias entre el Obispo y teniente Cáceres, el cual es preso y despachado á España.—II. Muere el ilustrísimo Obispo en el Brasil y el Cielo testifica su inocencia.—III. El capitan Juan de Garay funda la ciudad de Santa-Fé.—IV. Encuéntrase con los pobladores de Córdoba.—V. Dirímese á favor de los argentinos, contra los cordobeses, el litigio sobre los linderos de su jurisdiccion.—VI. Trabajos del adelantado Juan Ortiz de Zárate.—VII. Melgarejo y Garay le socorren.—VIII. Funda el Adelantado la ciudad de San Salvador, pasa á la Asuncion y muere.—IX. Sucédele en el gobierno Diego de Mendieta.—X. Funda Melgarejo la Villa Rica del Spíritu Sancto.—XI. Juan de Garay consigue una insignificante victoria, y vence el numeroso ejército del rebelde Oberá.

Algo remitente entra la historia en los sucesos siguientes, pero ¿qué pluma entre valle y valle no tiene que montar algunas cuestas? El Ilmo. obispo Fray Pedro de la Torre y el teniente Felipe Cáceres, vinieron del Perú con recíprocos sentimientos. Ignórase el motivo, pero el incendio hubo de consumir la Provincia. Contaban las dos facciones muchos secuaces. Abanderizados, eclesiásticos y seculares, nobles y plebeyos, siguiendo con oposicion encontrada los seculares al Obispo, y los eclesiásticos al Teniente. Entre estos se señalaba un Daroca, autor de enredos y novelas, que abrió camino á exorbitantes insolencias contra el obis-

po, publicando cosas agenas de su proceder, indecorosas á su persona, é indignas de su episcopal carácter, y sobretodo, pregonaba un crímen por el cual, decia, haber incurrido en suspension.

Todo halló aprobacion y fomento en el teniente Felipe Cáceres, añadiendo este á las invenciones de Daroca, que el ilustre prelado estaba súspenso, y que era inhábil para las operaciones episcopales. Prendió á su provisor Alonso de Segovia, y cargado de grillos, le aseguró en un calabozo. Mandó publicar á son de cajas, con voz de pregonero, que al Obispo, como alborotador de la Ciudad, estrañaba del reino y privaba de las temporalidades, ordenando que ninguno, so pena de traidor al Rey, le diera alimentos. Mandato perentorio, cuya observancia celó con tanta rigidez, que, porque D. Pedro Esquivel, caballero sevillano, compadecido, suministraba al Obispo algun sustento, le mandó cegar la cabeza en público cadalzo.

Era el Ilustrísimo de espíritu manso, ageno de doblez, y sufrido en los agravios, llevando sus ultrajes con mas tolerancia que convenia. Su vida, era inocente y santa; pero la malicia de los émulos, convertía en ruina suya, las acciones inculpables, interpretando con siniestra intencion las operaciones mas santas. Un dia, entre otros, se recogió el celoso prelado á la Catedral para rogar á Dios por su grey alborotada. Súpolo Cáceres y luego mandó que ninguno fuera á la Iglesia, porque el Ilustrísimo se habia retirado á ella con dañada intencion, ordenando á su alguacil Ayala, que sacára violentamente á cuantos no obedeciesen de grado. Este por lisonjear á su Teniente, no reparó en violar los respetables claustros de la sacrosanta inmunidad: como ni Luis Marquez, escribano público, en procesar al Ilustrísimo. Este se retiró á su palacio desairado, y falto de armas para la defensa, porque las eclesiásticas habian perdido su vigor en aquella tierra, cedió al tiempo y tomó por cárcel y calabozo su palacio, cuyas puertas y

ventanas se tapiaron, para mayor seguridad, y se pusieron guardias de toda satisfaccion y confianza.

Emparedado así el Ilustrísimo, determinó Cáceres hacer una jornada, rio abajo, pretestando queria llegar á la boca del Paraná, para ver si se descubrian indicios de gente de España, y socorrer, si la necesidad lo pidiese, al gobernador Juan Ortiz de Zárate, en cuyo nombre ocupaba la tenencia de la Provincia. El pretesto era honesto: pero algunos creyeron que intentó alzarse con el Gobierno, cerrando al gobernador Zárate, si viniere, el camino de la Asuncion, alborotando los indios de las riberas, que le embarazasen el paso. Yo no quiero sondear intenciones: pero sí, advierto, que los indios quedaron tan amotinados, que casi acabaron con la armada de Zárate, como presto veremos.

Con la ausencia de Cáceres, mudaron de semblante las cosas. Las mujeres, sexo compasivo y devoto, compadecidas de las vejaciones del ilustrísimo Príncipe, inspiraron á sus consortes afectos de consideracion con su prelado, y aliento para prender al Teniente, por contumaz á los preceptos de la Iglesia, transgresor de la inmunidad eclesiástica, y alborotador de la República. Cuando estaba de vuelta Cáceres, el ilustrísimo Obispo habia salido de su retiro y encerramiento, y se habia refugiado en el Convento de Nuestra Señora de la Merced, de donde le vino la redencion y libertad, por uno de sus hijos.

Fray Francisco Ocampo, religioso del mismo órden, convocó una noche 150 españoles, en casa del provisor Segovia, donde concertó con ellos la prision del Teniente para el siguiente dia. Barco Centenera, dice que, esa noche, apareció sobre la Catedral un ángel vestido de resplandor, con espada desenvainada, que la blandia, dando los golpes hácia abajo. Pase el suceso sobre la narracion del autor, mas crédulo que diligente examinador de las cosas. Si fué verdad, pudo significar que andaba muy cerca del castigo, quien tenia contra sí la espada desenvainada. Al dia siguiente, vino Cáceres á

oir misa á la Catedral, y apenas se postró de rodillas 150 españoles, siguiendo la voz de fray Francisco O campo, que gritaba *viva la fé de Cristo*, y respondiendo todos *viva*, *viva*, acometieron al Teniente y lo prendieron en la Iglesia. Pusiéronle dos pares de grillos, y una gruesa cadena, y se permitió á todo género de gentes, befar de su persona.

Con el gobierno y tenientazgo se alzó Martin Suarez Toledo, que tuvo buena parte en los alborotos pasados, y la tiene en las disposiciones presentes. A Cáceres detuvo un año en rigurosas prisiones, y, bien asegurado, lo despachó á España. En su compañia pasó el ilustrísimo obispo fray Pedro de la Torre, ó como actor contra los sacrílegos atentados del Teniente, ó para purgarse de las imposturas, que profanas lenguas le acriminaron. Ruiz Diaz Melgarejo, se juzgó á propósito para conducir con seguridad hasta el Brasil, á Cáceres: él habia maculado sus impias manos, con la muerte sacrílega de un ministro del Altísimo; pero jamás se emplearon mejor impías manos, que en asegurar á su semejante.

Llegaron con felicidad, primero al puerto de Patos, y despues á la villa de San Vicente en el Brasil. No consta cuánto tiempo se detuvieron los españoles en la Capitanía de San Vicente, pero fué lo bastante para que Cáceres, familiarizado con los portugueses y con su auxilio, rompiera prisiones, escalára calabozos, y se ocultara en lugares poco sospechosos; pero Melgarejo, era de superior alcance, todo lo inquirió, minó la villa, y descubierto lo aprisionó, y asegurado á satisfaccion lo despachó al Consejo.

No pudo acompañarle el ilustrísimo obispo, fray Pedro de la Torre. Este ilustre prelado, colmado de dias y lleno de merecimientos, enfermó mortalmente en la villa de San Vicente, de donde con asistencia á su cabecera del nuevo taumaturgo brasileño, el padre José Anchieta, pasó al Divino Tribunal, y de allí á la Corte Celestial. Nos ha quedado un testigo de toda escepcion, que asegura la conducta ilustre Prelado. El venerable

padre José Anchieta, testifica que su cadáver por muchos años, exhaló celestial fragancia, y la comunicó á su sepulcro, con fama tan constante entre los portugueses, que le frecuentaban en devotas romerias, argumento con que el Cielo comprobó su inocencia, y manifestó, que si el humano Tribunal absuelve los Cáceres, el Divino con indicios mas convincentes absuelve los Torres, y declara con prodigios, la justicia de su causa.

Sosegada la Asuncion con la ausencia del sacrílego agresor, se atendió á dilatar los términos de la Provincia con nuevas poblaciones. Juan de Garay era uno de los sujetos de mas fondo que tenia la Gobernacion del Rio de la Plata. Este caballero no se habia mezclado en los recientes disturbios, y su nombre era glorioso por las hazañas militares y respetable su persona, por la madurez, cordura y virtudes cristianas, digno al fin de que se le fiaran ochenta y seis compañeros, para renovar la fortaleza de Sancti Spíritus, ó principiar en otro lugar, mas ventajoso, alguna ciudad.

Con tan pocos compañeros registró el Paraná, y entrando por el rio Quilloasa, que le tributa sus aguas por el Poniente, sentó la ciudad que llamó Santa Fé de la Vera Cruz, en un llano despejado y apacible, de tierra pingüe y abundante de caza y pesca. Este es el sitio de Santa Fé la antigua, en cuyos contornos habitaban muchos indios, entre los cuales se hace memorable una nacion que acostumbraba desollar á sus padres difuntos y aderezar las pieles, en memoria de sus antepasados. Raro género de tiranía, con rastros de piedad y apariencias de cariño. Empadronáronse los Indios y se repartieron hasta 25 mil con tanto desinterés del capitan, que no admitió preferencia al soldado de mas ínfimo carácter.

Pero cuando Garay estaba ya en pacífica posesion del terreno, y los indios se habian confederado sinceramente, y al parecer nadie le podia inquietar ni disputar el derecho de Quilloasa y sus vecindades, á 19 de Setiembre, tocó á arrebato su gente. Indios, gritan sobresalta-

dos, indios vienen. La conjuracion es universal. Ellos son tantos en número que inundan la campaña cuanto alcanza á descubrir la vista." Recogióse Garay con solo cuarenta á un bergantin y ordenó al gaviero, que observara lo que era, ó podia ser. "Señor, respondió el observador desde lo eminente de la gavia, la campaña está iluminada de fuegos, señal convocatoria de guerra."

Garay, con breve razonamiento, pues no sufria dilaciones la vecindad del enemigo, encendió los suyos á la pelea, recordándoles sus proezas, y la debilidad del enemigo, que multiplica gentes para magnificar la gloria en vencerlas. Aun nó habia dado fin al razonamiento, cuando el gaviéro le interrumpió: "Allí veo, dice, uno á caballo, que persigue los indios." Suspensos todos con la novedad, gritaron, que mirase bien lo que decia. El gaviero, mas pasmado que todos empezó á gritar, que ya descubria seis fatigando los enemigos y picándoles la retaguardia. Todos querian subir á la gavia para registrar personalmente el que imaginaban milagro; pero á pocos lances, salieron de dudas con la llegada de los fugitivos, que venian publicando ser españoles.

Recobróse Garay y su gente del temor de los indios y del pasmo que causaron los caballeros que, al principio, se tuvieron por cortesanos del Cielo. Despachó luego un embajador, para agradecer en su nombre á aquellos caballeros la oportunidad del socorro en tiempo en que tanto lo necesitaban. Con el embajador, se vinieron los castellanos, y le certificaron ser soldados de D. Gerónimo Luis de Cabrera, fundador de Córdoba, enviados suyos, para señalar puerto en el Rio de la Plata, como lo habian ejecutado dos dias antes, en el puerto de San Luis de Cabrera, sobre el asiento de Gaboto, agregando á su jurisdiccion todas las islas del rio.

Acaso no habian dicho aun palabra de D. Gerónimo Luis de Cabrera, cuando á poco rato el ínclito fundador de Córdoba, con lucido acompañamiento de milicia tucumana, se dejó ver á lo lejos. Garay le hizo urbano, pero forzado recibimiento, y entró en recelos, temiendo se al-

zaria con el terreno. En efecto Cabrera con modales cortesanos, le requirió para que no se opusiera á sus designios. "Vasallos somos de un Monarca, dijo, á un mismo señor obedecemos, no es justo volver las armas contra nosotros: esas se quedan para vencer enemigos, y no para usarlas en ruina nuestra. Las islas del Paraná, y el terreno en que estamos, mios son, pues con las armas las acabo de conquistar. La ciudad que está muy á los principios, de mi jurisdiccion es, pues se halla en los límites de mi pertenencia, su gobierno, y mando de hoy en adelante, quede agregado á la Provincia de Tucuman. Y pues el trabajo de principiarla fué vuestro, sea tambien la gloria de llevarla á debida perfeccion: pero co el reconocimiento, que la gobernais en nombre del Rey, y mio."

Garay se hallaba á la sazon con poca gente, no le era posible contradecir al glorioso conquistador de los comechingones, liquidando á fuerza de armas el derecho al asiento de Gaboto, islas del Paraná y la nueva ciudad de Santa-Fé. El disimulo fué necesario, y en las circunstancias preciso. Cedió en fin á Cabrera, admitiendo la tenencia con protestas de fidelidad, y de gobernarla en nombre del Rey, y suyo. Con esto el glorioso conquistador de Tucuman, tomó el camino de Córdoba, que estaba muy en los principios y necesitaba toda su actividad para darla ser y ponerla en estado de defensa contra el bárbaro enemigo.

Bien conoció Cabrera la poca subsistencia que tendria Garay en su resignacion, originada de movimiento violento, que no promete mas duracion, que la que le comunica el impulso con su presencia. Esto lo movió á despachar á Nuflo de Aguilar, para que convencido Garay con su palabra, le entregara la tenencia de Santa-Fé. Garay se hallaba en su casa, y con superiores fuerzas á las de Nuflo, á quien respondió, que de ninguna manera entregaria el gobierno de la ciudad y todo aquel territorio con el asiento de Gaboto y el Rio de la Plata, en cuya pacífica posesion estaba, hacía mas

de cuarenta años, con permision del monarca de España.

Aun no habia dado fin al razonamiento, ni se habia despedido de Nuflo de Aguilar, cuando descubrió por el rio Quiloasa, tres canoas de guaranis, que enderezaban á Santa-Fé. Venia en ellas Yamundú, cacique guaraní, enviado del adelantado Juan Ortiz de Zárate, con pliegos para Garay. En ellos le hacia gracia de la tenencia de la ciudad, y su distrito, comunicábale un traslado de cédulas en que su Magestad le hacia gracia de la tenencia de la ciudad y su distrito, y de todas las ciudades levantadas por cualesquier capitan, doscientas leguas desde las márgenes del Rio de la Plata al Sur.

Esta merced era de estension muy dilatada, comprendiendo no solo las islas del Paraná, asiento de Gaboto y ciudad de Santa-Fé, sinó tambien gran parte del territorio de Tucuman, y sin controversia la misma ciudad de Córdoba. Los términos eran bastantemente claros y espresivos, no admitian duda, ni quedaban expuestos á tergiversacion. No obstante, los cordobeses al siguiente año diputaron procuradores, para ventilar en la ciudad de Charcas su derecho al territorio de Santa-Fé. Pero el Supremo Senado declaró que, cuando el superior entra mandando, el inferior aprueba obedeciendo.

Esa era puntualmente la resolucion que se prometió Garay, en vista de cédula tan espresiva, pero antes que tuviera el consuelo de ver liquidado el pleito, le fué preciso socorrer al adelantatado Juan Ortiz de Zárate, que se hallaba con su armada en opresiones mortales. El habia tendido al viento las velas desde el puerto de San Lucar el año de 1572, con tres navíos, una zabra y un patacho. Los infortunios fueron grandes en el mar, y mayores en la tierra. De arribada, al siguiente año ganó la isla de Santa Catalina, tan falto de víveres, que de pura hambre, morian cada dia de cuatro hasta ocho.

Tanta calamidad y miseria, hizo necesario buscar remedio al hambre, rescatando víveres entre los gua-

ranís. A esto saltó en tierra el Adelantado con ochenta hombres, dejando por teniente de la armada á Pablo de Santiago, hombre sobradamente justiciero, que ejecutó en la gente de los navios, excesos de crueldad. Los alimentos se repartian por onzas. Todos estaban transidos de hambre, y en cuerpos moribundos representaban un vivo retrato de la muerte. Quien se tenia por afortunado si conseguia un sapo y merecia una víbora. Quien se tiraba á los ahorcados y sacándole los intestinos se los comia guisados.

Una cosa es sobre todas horrible y espantosa. El caso es de los que raras veces suceden, y tan circunstanciado, que apenas tendrá semejante en las historias. Dos amancebados, galan y dama, naturales de Hornachuelos, en voz y apariencia de legítimos consortes, venian en la armada; y como el vicio demasiadamente obstinaba el corazon, ni los peligros en que se vieron, ni la muerte de tantos compañeros, apagaron los incendios, que abrazaban sus cuerpos yertos. Ellos no pensaron en vivir mucho, pero eso poco lo querian pasar en todo desgarro y soltura. Saliéronse de la isla de Santa Catalina, y solos ellos se internaron al monte para buscar alimento, ó para continuar libremente su mala vida.

El sitio incógnito y los senos desconocidos, hicieron perder el tino de las sendas, á ellos ocultas. Ella se fatigó con el ejercicio, y cansada se sentó sobre la ribera, mientras el galan descubria vereda que seguir, en su derrotero. Entretanto, vió venir sobre el agua un pez mónstruo, de aspecto formidable y espantoso, que tuvo pretensiones de amante y procuró violentarla por fuerza. Desprendióse del marino pretendiente, buscando seguridad á sus asechanzas en la eminencia de un peñon, que señoreaba la mar. El peje, abrasado en llamas de amor, que no apagaron las aguas del océano, la estuvo espiando, hasta que descubierto el galan, se retiró á vista del mas poderoso amante. Suceso que, en parte, tiene equivalente en nuestros anales, y merece alguna

fé en pluma de Centenera, vicario de la armada, que reparó á los dos, dándoles saludable penitencia.

El Adelantado, que habia salido á recoger víveres en el Mbiaza, vuelto á Santa Catalina, halló despoblado el puerto y lleno de reliquias lamentables de cadáveres. Continuó su derrota en busca de la armada al puerto de San Gabriel, adonde se habia recostado como á puerto de seguridad: pero sus necesidades estaban destinadas para la última calamidad y ruina casi total de la armada. Yapicán, cacique charrúa, señor de aquella costa, entretuvo con arte á los españoles, mientras rescataba á Abayubá, su sobrino, prisionero en poder de los castellanos, saliendo fácilmente á condiciones gravosas, que jamas cumplió, por cumplir sus deseos de vengarse de los españoles.

Los primeros que esperimentaron los efectos de su venganza, fueron algunos soldados, que saliendo á forraje, cercados de los charrúas, murieron los mas á sus manos, algunos quedaron prisioneros de guerra, entre los cuales uno fué Cristóbal Altamirano, noble estremeño, de quien adelante hará mencion honorífica la historia. Dos solos quedaron ó eludieron el peligro con ligereza de los piés, llevando la triste noticia al Adelantado. Destacáronse dos compañias de soldados á cargo del capitan Pablo de Santiago y del sargento Martin Pineda. El capitan Pablo de Santiago se adelantó con seis valerosos soldados de su compañia, Juan Carrillo, Hernando Buen Rostro, Francisco Arellano, Pedro Gago, Domingo Larez y un Fulano Benito, que tenia antiguos sentimientos con su capitan, á quien se la tenia jurada para la primera batalla.

Eran los seis valerosos, y los seis obraron prodigios de valentía. Ellos se fueron á encontrar el escuadron enemigo y desde luego trabaron choque muy reñido. La campaña tiñeron en sangre los pocos españoles, con muerte de muchos charrúas; pero fatigados de vencer, murieron los primeros, Buen Rostro, Carrillo y Arellano. Mantenian el combate en todo su vigor, Gago, La-

rez, Benito y el capitan Pablo de Santiago; pero el feroz Tabobá, cacique charrúa, les quitó al valiente Gago, acometiéndole intrépido y derribándole de un golpe el brazo derecho. Entonces Benito logró un buen lance contra Tabobá, y le postró victorioso á sus piés.

Esta accion era muy gloriosa al español Benito, por la valentía del cacique charrúa: pero maculó eternamente su fama, y su nombre será odiado en los siglos venideros. Tres solos habian quedado de los siete, y esos mantenian felizmente la batalla contra los enemigos; entónces fué cuando se acordó Benito, que para la primera batalla se las tenia juradas á su capitan Pablo de Santiago, y determinando vengarse sin tardanza, lo puso en ejecucion. Las armas victoriosas contra Tabobá, que merecian eternizarse en el templo de la fama, convirtió contra su capitan, y lo derribó muerto á sus piés de un balazo; pero el castigo de la venganza tenia prevenido el Cielo en Yarí, jóven valiente, y por su valor cacique del ejército charrúa, el cual instantáneamente le abrió de un flechazo el pecho, para que saliera aquella alma, que, depositó tanto enojó y veneno de furor, contra su capitan.

Domingo Larez, natural de Huete, habia quedado solo, pero sustentaba la campaña vigorosamente. Jamás la desesperacion se revistió de tanto esfuerzo como en este lance. El hirió, él mató charrúas, él disputó á tantos enemigos la victoria, con espanto y asombro. No obstante su felicidad, le alcanzó un fiero golpe, que le cortó un brazo y le hizo prisionero de guerra. Los charrúas admiraron aquel prodigio de valor, y lisonjearon á su prisionero para capitanear sus tropas, y concediéndole la vida, procuraron prolongársela con remedios. No sabemos si la medicina alcanzó á sanarle: pero si murió, el último período de su vida, fué tan glorioso, como infame era Benito su compañero.

Mas desgraciadamente lo pasó la compañia que comandaba el sargento Pinedo, el cual descubierto el ejército enemigo, que comandaba Yapicán y Abuyavá, se

precipitó con toda su gente en desordenada fuga. Los enemigos, con increible celeridad, siguieron el alcance y á todos quitaron las vidas, con las mismas armas que arrojaban como inútiles y embarazosas para la fuga. Pinedo ganó un rio para salvar la vida; pero Caytuá se arrojó al agua, y dió cruel muerte al capitan de los españoles. El animoso Chelipó y el intrépido Melihon, hermanos valerosos, querian seguir ese mismo dia la victoria, llevando sus tropas hasta el puerto de San Gabriel, donde se habia parado la armada. Mas Yapicán sosegó aquellos arrebatadores movimientos, que á la vez aceleran la ruina por los mismos pasos y que se ordenan intempestivamente á la victoria.

Ordenó, pues, Yapicán, que sus tropas se retirasen sobre el Uruguay, y la armada, por consejo del capitan Pueyo, se retiró primero desde el puerto de San Gabriel á la isla de ese nombre, y despues por el de Melgarejo, que vino de San Vicente para socorrer al Adelantado, á la isla de Martin Garcia. Aquí halló la armada el capitan Juan de Garay cuando vino á socorrer al Adelantado. Juan de Garay tenia poca gente, y mucho ánimo. Cincuenta y seis presidarios dejó en Santa-Fé, y con solo 30 alentados mancebos, salió al socorro de la armada.

Corto subsidio era al parecer el de 30 soldados, pero capitaneados de Garay, era el mayor que podia prometerse el Adelantado. Por lo menos, el victorioso fundador de Santa-Fé, esperaba con su milicia allanar la tierra, y humillar al enemigo. Con efecto, á Terú con toda su gente, que intentó resistencia, lo destrozó en la campaña, con pérdida de la mayor parte de su ejército. Maracopá, Ananguazú y Tabobá, era distinto del otro que murió á manos del infame Benito, caciques poderosos, con solo la noticia de la derrota de Terú, se retiraron fugitivos á sus guaridas.

No hubo en adelante quien le hiciera resistencia, y siguió su camino con incomparable sosiego. Uno de sus soldados, por nombre Carballo, se internó solo á los al-

tos montes, y se encontró con Yandubayú, cacique guaraní valeroso, que galanteaba á Liropeyá, india sobre hermosa, discreta .Carballo, no quiso pasar el encuentro sin adquirir gloria de valiente. El tiró un bote de lanza á Yandubayú, pero éste eludió el golpe, y cogiendo el brazo de Carballo, intentó quitársela. La contienda fué reñida y ruidosa; y tanto que Liropeyá oyó el combate: al ruido salió de su chozuela y dispartiendo á los combatientes, convertida á Carballo:

"Has de saber, le dice, que Yandubayú, es mi pretendiente y yo la suya; él se ha prendado de mi hermosura, y yo me he pagado de su valor. El espera gozarme como esposa: pero el cumplimiento de su deseo, está vinculado al vencimiento de cinco valerosos caciques, que tienen ofendida mi parentela", Carballo, revolvió cuidadosamente los ojos á la india, que era sobradamente agraciada, y agradablemente magestuosa; quedó prendado de ella, y por ser único pretendiente, mató á Yandubayú en presencia de Liropeyá.

Era este lance muy sensible para un corazon amante. La india se desmayó, y por buen rato perdió el habla: pero recobrada con tristes lágrimas, rogó á Carballo no dejára sin enterrar el cadáver, que algun dia depositó tanto fuego de amor para con ella. Como Carballo la amaba, se hizo necesaria la condescendencia, lisonjeándola con agradables oficios para ganarla la voluntad. Mas al nuevo pretendiente se le prevenia un trago bien amargo, porque desceñida la espada para abrir el hoyo, la tomó Liropeya, y recostándose sobre la punta: abre, le dice, "para los dos sepultura, y cubre á Liropeyá con la tierra que tapa á Yundubayú, para que no separe la muerte á los que en vida estrechó el amor"; con tanto sentimiento de Carballo, que vuelto á los suyos, referia muchas veces el suceso con tiernas lágrimas.

Pasó Garay en demanda del Adelantado á la isla de Martin Garcia, y porque el sitio no era muy á propósito, para el establecimiento de ciudad, se acordó fundar sobre San Salvador, y que Melgarejo y Garay, llevasen

por delante las mujeres y niños. Los dos capitanes subieron por el rio en ejecucion de la órden: pero despartidos de una tormenta, Melgarejo libró con felicidad, y Garay hubo de perecer, naufragó con su milicia; por lo menos se mojaron bastantemente, y para secar la ropa, saltaron en tierra. Aquí es donde le esperaba el mayor peligro, porque Yapicán, con su ejército repartido en siete escuadrones, se descubrió que caminaba hácia los náufragos españoles, á los cuales convertido Garay:

"Amigos, dice, aquí no resta otra cosa, que morir ó vencer: peleemos con valor, y la victoria esperémosla de Dios." Dijo, y llamando en su ayuda al glorioso Santiago, cerró con el enemigo, y deshizo el primer escuadron que constaria de setecientos charrúas. La caballeria (doce eran los caballos) rompió los demas escuadrones con mucho destrozo de infieles. De las armas arrojadizas, se pasó á las manos peleando cuerpo á cuerpo: género de lucha que ofrece algunas particularidades, dignas de relacion. El valeroso Antonio de Leiva, y el bravo Menialbo se estrellaron con Abuyabá y Tabobá, jóvenes intrépidos de grandes fuerzas. Abuyabá despues de recibir un fuerte golpe, que le abrió puerta á la sangre que derramaba en abundancia, se aferró de la lanza de Leiva con tanta porfía, que temió perderla su dueño. Acudió al socorro Menialbo, y metiéndole hasta el corazon la espada, lo derribó muerto á sus piés. Leiva preocupó á Tabobá, que venia á arrojarse sobre él, y le traspasó el vientre, cayendo yerto cadáver en el suelo. Quiso Yapicán vengar la muerte de sus dos mas esforzados capitanes: pero Menialbo le previno con un golpe de lanza, y le privó con el movimiento de la vida.

Con Agualpo, indio agigantado, de fuerzas á correspondencia, se estrelló Juan Vizcaino, quien de un golpe postró aquel gigante de carne en el suelo, metiéndole la lanza por el pecho. Sobrevino á la venganza Yandinoca, indio de fama y estimado por sus hazañas militares; pero Vizcaino le preocupó con la lanza, metiéndosela, y postrando con su muerte las esperanzas de los charruas. To-

dos obraron prodigios de valentía. Arévalo y Aguilera, espada en mano se internaron por entre la densa multitud de infieles, hiriendo y matando cuantos hacian resistencia. Mateo Gil y Hernando Ruiz, con las lanzas enristradas, hacian mortal destrozo, poblando de cadáveres el suelo. Juan de Garay se vió en grande peligro, porque, muerto su caballo, cayera en manos del enemigo á no socorrerle los suyos, montándole, sobre otro para finalizar la victoria. El bárbaro charrúa que con los principales capitanes habia perdido mucha gente, viendo á Garay sobre otro caballo, tocó á retirada y despejó la campaña.

Al siguiente dia se juntó Garay á Melgarejo sobre el rio de San Salvador, y mientras Garay levantaba algunas barracas de fagina y tierra contra las invasiones del enemigo, partió Melgarejo á trasportar al adelantado Zárate con su gente. Con su venida, se dió principio á fines de 1574, á una ciudad que se llamó San Salvador sobre el rio de este nombre. La ciudad no subsistió mucho. El año de 1576, se despobló por los acometimientos ordinarios de charrúas. Era el adelantado sujeto caprichoso, enemigo de admitir consejo, y de poca disposicion en tomar á tiempo las providencias necesarias para mantener una ciudad, que vivia á merced de enemigos ó de amigos inconstantes, que alzaban las provisiones á su placer. Con esto se malquistó, de modo que á todos se hizo aborrecible y odioso, y solo halló séquito en algunos confidentes, que esperaban mejorar fortuna á su lado con el oficio de malsines.

De San Salvador pasó el Adelantado á la capital de su provincia, donde se malquistó con los primeros conquistadores. La tristeza, al considerarse odiado de todos, se apoderó de su ánimo y derramándose el humor melancólico por todo el cuerpo, murió á los pocos meses, el año de 1575. El Adelantazgo del Rio de la Plata, transfirió en una hija que tenia en Chuquisaca, llamada Da. Juana Ortiz de Zárate, dejándola por tutor á Juan de Garay el conquistador. Con el gobierno interino quedó Diego de

Mendieta, sobrino suyo, jóven bullicioso de procederes ruines y costumbres perdidas, tan desenvuelto en lascivias como desenfrenado en tiranías. No son para escritas ni para leidas, las operaciones de este mónstruo. Llámelo quien quisiere un Neron por lo cruel, y un Heliogábalo por lo deshonesto, aborto de los que rara vez produce la naturaleza para asombro de los mortales. En poco tiempo llenó siglos de maldad y preso por los santafesinos, y despachado á la Corte, arribó al Mbiaza, donde muerto por los naturales del pais, mereció ser enterrado en sus vientres.

Al tiempo que Mendieta era despachado desde Santa-Fé á la Corte, llegó Juan de Garay de Chuquisaca, á donde habia partido para algunas dependencias de la adelantada doña Juana Ortiz de Zárate, y buscarle matrimonio competente á su nobleza y cargo. Casóla con el licenciado Juan Torres de Vera, y Aragon, oidor de aquella Real Audiencia, en quien se trasfirió el gobierno de la Provincia, y título de Adelantado del Rio de la Plata. El primer ejercicio de su empleo fué nombrar á Juan de Garay teniente de la Provincia y despacharle con brevedad á la Asuncion, para continuar la conquista y levantar algunas poblaciones que enfrenasen los naturales. Fué recibido Garay al gobierno con universal aplauso, y mayor fué el regocijo cuando le admiraron tan solícito de los adelantamientos de la Provincia, que su primera disposicion fué señalar á Melgarejo para una poblacion en la provincia del Guayrá, en un sitio que tenia fama de rico en minerales.

Melgarejo la principió año de 1577 á dos leguas del Paraná, y la llamó Villa Rica del Espíritu Santo, y por que la pobreza del sitio no correspondia al esplendor del nombre, la trasladó despues sobre el Hubay, cerca de la embocadura de Curumbatay. El padre Marciel de Lorenzana, que estuvo en la villa, asegura que tuvo en sus vecindades trescientos mil indios, de los cuales dice, que por los años de 1622, no se con-

servába la sexta parte. Pero número tan excesivo, hizo poca resistencia.

Oberá, cacique por dignidad, y cristiano de profesion, ofuscando con el lustre de su nombre, que significa resplandor, empezó á venderse entre los suyos por deidad, profanando los sagrados misterios que habia alcanzado, con atribuirse el oficio de redentor de la nacion guaraní. Su orígen derivaba de una vírgen, que conservó su virginidad despues de darle á luz. El oficio de redentor habia de obrar con las armas llamando en su ayuda los rayos del Cielo. Confundiendo los elementos, y provocando todas las criaturas para el exterminio de los españoles. Decia habérsele dado por coadyutor y el empleo á Guizaró, hijo suyo, con potestad suprema, sobre rayos, pestes, inundaciones y plagas. El instrumento de su redencion habia de ser un cometa, que se dejó ver esos dias, y lo tenia reservado para la oportunidad. Se hacia tributar adoraciones, y quemar inciensos, sirviéndose en los profanos misterios de sacerdotisas, con las cuales tenia escandaloso comercio, solazándose dia y noche con ellas en bailes y cantares provocativos, y persuadiendo á todos, que la puerta para merecer su gracia, era la desenvoltura.

Oberá dijo tales cosas á los suyos, y prometió con tanta certeza la victoria, que los indios vecinos á la Asuncion, los del rio Paraguay arriba y Paraná, se conjuraron contra los españoles. Súpolo Juan de Garay, y despachando aviso á Guayra y Villa Rica, para prevenir á la defensa sus pueblos, salió con ciento y treinta valerosos soldados, á cortar el socorro, que del Rio Paraguay arriba, podia venirle al enemigo, sentando sus reales sobre el nacimiento del Ipané. Aquí supo por las espias avanzadas, que los infieles de arriba aceleraban la marcha, para incorporar sus tropas á las de Oberá. A breve rato se descubrieron, Pitúm y Corazí, llenos de orgullo y arrogancia, enviados de su cacique, para dar muestra del valor guaraní, pe-

leando cuerpo á cuerpo con otros dos del ejército español. Venian desnudos, trayendo dardos en las manos: arma que se compone de un palo largo, cuyo remate es en punta endurecida al rescoldo, que suple bastantemente la falta de mojarras. Es arma arrojadiza, y algunas naciones acostumbran cobrarla con un cordel, que atan hácia la empuñadura superior. Manéjanla á diestra y siniestra sobre el juego del brazo, y la arrojan con tanto impulso, que traspasa de parte á parte el ginete y le cose contra el arzon de la silla.

Pitum y Corazí se presentaron orgullosos al ejército español echando retos y bravatas, provocando á los españoles para que diputasen dos de los suyos, los mas valientes, á medir con ellos las armas. Juan Fernandez Enciso, y Espeluca, valerosos españoles, empuñando las espadas salieron al encuentro.

Enciso embistió á Pitum y á Corazi, Espeluca. Pítum acometió con denuedo á Enciso, jugando con singular destreza el dardo: rompió por diferentes partes la rodela de Enciso, á quien fatigaba con su lijereza, llamando á todas partes el cuidado de repararse. Enciso le jugó un buen lance, cogiéndole el dardo y haciéndosele pedazos. Quiso el bárbaro prevenir á su antagonista en la ocasion de romper el dardo: pero Enciso le tiró un golpe en la cabeza, y errándole, con venturoso acierto, le segó un brazo. Corazí derribó de un bote de dardo á Espeluca en el suelo; pero este estribando sobre las rodillas, le cortó de un tajo la mejilla. El bárbaro resistió con valor hasta que viendo á Pitum huir, le acompañó en la fuga. Llegaron á los suyos atemorizados, publicando de los españoles, que eran invencibles.

Estas palabras sonaron tan mal á Tapuy Guazú, que infraganti mandó quemarlos, buscando suplemento á la cobardia de los suyos en el castigo de los fugitivos. Ordenó luego tocar á consejo de guerra, y propuso á sus capitanes, cómo los negocios públicos en que interesa el bien comun, no se deben manejar por consejo

de uno solo, siendo constante que en el de muchos se descubren los escollos, y aciertos que se ocultan á los ojos de uno. Que su ánimo era conferir con ellos el expediente que debian tomar sobre el punto de la guerra, que ponderasen juiciosamente las promesas de Oberá, su Númen supremo, y el valor de aquellos hombres, en cuyo auxilio militaba el Cielo. Sobre todo les encomendaba que discurriesen camino para componer dos estremos opuestos. El Cielo declarado á favor de los españoles, y obligado con las promesas de Oberá á militar á su sueldo. Hallábase en la punta, Urambia el mas venerable por su ancianidad y militares hechos, capitan de una muy lucida compañia, el cual obligado de Tapuy Guazú, habló en esta forma:

"Oido he las promesas de Oberá capitan general de las tropas que se han juntado para meter guerra al español, y exterminarlo de nuestros dominios, las cuales desde el principio fueron para mí sospechosas, hallando la mayor razon de dudar en su misma grandeza. ¿Porqué si el Cielo milita en su ayuda con los rayos y cometas, y los elementos con fúrias y turbulencias, á que fin se juntan tantas gentes, que no saben manejar rayos ni entienden el combate de los elementos? Una de dos, ó la victoria está vinculada al Cielo y al soberano poder de Oberá, y entónces son nuestras armas inútiles, y nuestro socorro fuera de toda necesidad; ó nuestras tropas han de tener parte en la victoria, supliendo con esfuerzo lo que falta á Oberá de valor, y en tal caso será vuestro discurrir, si Oberá podria adoseñarse con aquellos dioses de nuestra nacion, que compran con embusteria la divinidad, prometiendo su poder rayos que nunca vemos fulminados."

"Mi parecer es, seguid vosotros el que mas os agradare, que los españoles son aquellas gentes de las cuales pronosticaron nuestros antepasados, que vendrian á dominar la nacion guaraní. Yo mismo observé el movimiento de las estrellas, examiné el curso de los planetas, no pasé sin registrar algunos cometas, que se

descubrieron sobre nuestro hemisferio, y en todo hallé pronósticos de nuestra ruina. Y si no quereis cerrar los ojos á la experiencia, echareis de ver que pocos españoles han destrozado ejércitos numerosos de guaranís. sujetando de grado, ó por fuerza, á todas nuestras parcialidades".

"¿Quién de los nuestros podrá gloriarse de haber triunfado de los españoles? En qué han parado nuestros lucidos ejércitos? ¿Qué efecto han surtido nuestros ardides y emboscadas para sorprenderlos? Nuestros disimulos se han convertido en ruinas de nuestra milicia, los ardides y emboscadas no han producido efecto, las estacadas y reparos con que fortificamos las poblaciones, hemos visto en tantas ocasiones asoladas, y destruidos los mejores pueblos de nuestra habitacion. Todo lo cual muestra con evidencia, que el Cielo enojado contra los guaranís, milita en favor de los españoles, y que el único medio de aplacar el enojo del Cielo, es militar en defensa de sus aliados".

Fué tan poderoso el razonamiento de Urambia, que todos le abrazaron, menos Curemó, cacique principal, venerable por los años y respetado por las hazañas militares. La autoridad de uno no puede contrastar la de todos, y de comun acuerdo se ofreció á Garay la paz y las tropas que comandaba Tapuy Guazú para sujetar los rebeldes. Al siguiente dia se encaminó Garay al Yaguarí, y sujetó cuatro pueblos pasando á fuego y sangre, cuanto halló en ellos. Mientras Garay se detuvo en cortar el paso á las compañías que de arriba venian á engrosar en el ejército de Oberá. Guizaró, capitan general de las tropas, se atrincheró hácia el Ipané, y aplaca con sacrificios á Oberá, implorando vanamente el auxilio de la fingida deidad. Los gefes de Guizaró eran Yaguatatí, Tanumbonó, Yacaré, Cuyapey, Ibiriyú, caciques todos de valor y fama, y de la primera estimacion del comandante guaraní. Era grande el orgullo y altivez del ejército indiano, cuya confianza pendia

de las promesas de Oberá, esperando que el Cielo arrojaria por armas, rayos contra lo españoles.

Trabóse entre los dos campos una muy reñida batalla. Juan Fernandez Enciso, de quien arriba se hizo mencion, asestó con tanta fortuna el arcabuz á Guizaró, que metiéndole por la frente la pelota, lo derribó muerto en el suelo, postrando con su muerte las esperanzas del enemigo. Yaguatatí, salió en la ocasion á vengar la muerte Guizaró; entróse por el campo español, hiriendo al principio algunos, pero fatigado de Martin de Balderama y Juan de Osuna, se metió el dardo por el pecho homicida, glorioso de sí mismo. Juan de Garay acosó de modo que á poco rato huyeron confusamente. Siguióse el alcance, y se destrozaron algunas compañias aventureras: hiciéronse algunos prisioneros de guerra, entre ellos el sumo sacerdote de Oberá, que ocupaba sus infames manos en llevar el Santo Madero de la Cruz, insignia de la redencion con que Oberá habia de libertar la nacion guaraní. No se pudo haber de las manos á Oberá: pero se consiguió hacer memorable el año de 1578 y principios de 79 con una victoria, que ensalzó las armas españolas, y desengañó á los guaranís, persuadiéndoles, que deidades francas en promesas, descubren su flaqueza en la hora del cumplimiento.

DECADA SEXTA

Parte Segunda

SUMARIO

I. D. Francisco Aguirre es llevado preso á Lima.—II. Sucede en el Gobierno D. Gerónimo Luis de Cabrera.—III. Levanta la ciudad de Córdoba.—IV. Entra Gonzalo Abreu al Gobierno, prende y mata á Cabrera.—V. Peligro en que se vió la Provincia.—VI. Intenta Abreu el descubrimiento de los Césares. Orígen y fábulas que corren en estas partes de los Césares.—VI. La ciudad de San Miguel se libra de los bárbaros con la presencia de los gloriosos San Simon y Judas.—VIII. Ereccion del obispado de Tucuman.

Los escesos de D. Francisco Aguirre, gobernador de Tucuman, eran exhorbitantes, y pedian remedio ejecutivo. No ha conservado el tiempo en particular sus estravios; pero en términos universales, se conserva memoria de atentados escandalosos, que debian atajarse prontamente. Esa es la comision que el Sr. Virey de Lima, fió á D. Pedro de Arana, sujeto caracterizado por su cristiandad y prudencia. El inquirió sobre los delitos de Aguirre, y hallando que no eran voces sin fundamento, al delincuente aprisionó y llevó á Lima, Ciudad de los Reyes. Casi tres años corrieron en liquidar su causa, tiempo verdaderamente prolongado para correr plaza de culpado, peró breve para ser absuelto de los delitos que se le imputaban.

En el gobierno interino quedó Nicolás Carrizo, antiguo conquistador. No adelantó los términos de la provincia

con nuevas conquistas; pero supo mantener en sosegada tranquilidad los ánimos bulliciosos de los conquistadores. Por Julio de 1572 entró en la Provincia con título de gobernador don Gerónimo Luis de Cabrera, caballero sevillano, el cual juntaba un agregado singular de partidas, tan escogidas, que acaso la América no se podria gloriar de otro que le igualara. Nobleza que le emparentaba con las principales casas de España, valor, fidelidad, discrecion y prudencia, sobre un fondo sólido de costumbres arregladas y cristianas.

Sobre eso, sus servicios le hacian digno de gobiernos mas señalados. Habia gloriosamente conquistado á Pisco, Ica y la Nasca, fundando la ciudad de Valverde en el valle de Ica con los fondos de su caudal, y ejercitado el oficio de Corregidor y Justicia Mayor en la Provincia de Charcas y Villa Imperial de Potosí, con desinterés, satisfaccion y ejemplo. El era al fin caballero irreprensible, cual pedia la necesidad de la Provincia, y los humores alborotados de los tucumanos.

En su compañía vinieron del Perú, algunos caballeros de distincion. D. Lorenzo Suarez de Figueroa, de la casa de Féria, gobernador despues de Santa Cruz de la Sierra: Tristan de Tejeda, célebre por la entrada al Marañon en compañia de Juan Salinas, y mucho mas por la entrada al descubrimiento del Dorado, Barbacoas y Amazonas; Gerónimo Bustamante que habia ocupado puestos honoríficos en el Perú, de quien son ramos los Arballos de estas Provincias, con otros nobles caballeros distinguidos por sus méritos y servicios en utilidad de la Monarquia.

El nuevo Gobernador se aplicó con desvelo al establecimiento de las ciudades que necesitaban reparo contra los infieles, poniendo la mira en el territorio de los comechingones, cuna destinada de generacion en generacion, hasta el dia de hoy, para sus legítimos descendientes. Aunque otros penetraron al país con vista transitoria y pasagera, no levantaron fuerte ni plantearon ciudad alguna. Cabrera tenia mas altos pensamien-

tos, y aspiraba á la gloria de conquistador de Comechingones y fundador de una ciudad que eternizára en el reconocimiento su memoria.

Aun no cumplido el año de su gobierno, puso en ejecucion su idea, sacando de Talavera, de San Miguel y Santiago, cien soldados para poblar la nueva ciudad, y con ellos, sin memorable suceso, llegó á un sitio, que se llamaba Quinquizaca, al Sur del rio Zugia, conocido hoy por el nombre de Pucará al Oriente de la sierra. El sitio no es muy agradable, pero en él planteó la nueva ciudad en 3 de Julio, y la llamó Córdoba la Llana, y á la Provincia denominó Nueva Andalucia.

La ciudad está en bajo, goza de temperamento saludable y hermoso cielo, destemplan su benignidad los sures y nortes que la combaten, alternando tanto el ambiente, que de una hora para otra se observan las dos estaciones del año, invierno y verano; cércanla por la banda de Poniente altas serranías, que se enlazan por el Sur y Norte con las cordilleras chilena y peruana. Hánse descubierto estos últimos años minas de oro en su distrito, en el valle de la Punilla que le cae al poniente. El oro es de bajos quilates. Las minas son tan pobres de rico metal, que los mineros han perdido tiempo y caudal, en su beneficio.

Pero volvamos á D. Gerónimo Luis de Cabrera, el cual levantó un fuerte para presidiar la nueva ciudad contra las invasiones de los naturales, y con algunos escogidos soldados, pasó al descubrimiento del Rio de la Plata. En esta ocasion tuvo el encuentro con los santafesinos, que dejamos referido en la primera parte. Pretendió adjudicar á su distrito el asiento de Gabotó, y Corinda, que hoy llamamos Coronda, con las islas del Paraná y tierras adyacentes: pero el título de posesion y la reciente cédula del señor Felipe II, acalló las pretensiones de Cabrera y confirmó á Garay en su derecho. Tomó la vuelta por el camino de la sierra, habitacion de los comechingones y los sujetó, y empadronó los paisanos de Talamochita, Charava, Izacate y

Quilloamirá. Tomó en poco tiempo la nueva villa, apariencia de ciudad. Sesenta mil indios, quieren algunos empadronasen en la sierras y valles intermedios, de los cuales se destacaban algunas parcialidades para las obras públicas. Unas trabajaban en los edificios, otras en las acequias para el regado y en el beneficio de las huertas, que hermoseaban la llanura del valle, jardin entonces delicioso, que hoy llamamos ereal infecundo.

Fomentando se hallaba la ciudad de Córdoba el gobernador Cabrera, con pensamientos de reedificar la ciudad de Nieva en el valle de Jujuy, cuando al segundo año de su gobierno le vino sucesor en don Gonzalo Abreu de Figueroa, caballero sevillano, electo gobernador de Tucuman por Felipe II, en 23 de Setiembre de 1570. No sabemos la causa de su demora; pero sí que llegó impresionado contra su glorioso antecesor y desde luego trató de prenderle. Sobre el orígen de los disgustos de Abreu contra Cabrera, se discurre con variedad, interviniendo en este punto, aquellas confusiones históricas que trascienden por lo comun las materias odiosas. Los fautores de Abreu han devuelto la culpa á Cabrera. Los amigos de éste liquidan con mejores fundamentos sus procederes, pero el orígen de las impresiones de Abreu contra Cabrera, está bien averiguado, y no admite tergiversacion en la sinceridad de una pluma verídica. El caso es como voy á referir.

Dos reales oidores de la Audiencia de Chuquisaca, ministros, que debieran ser de fidelidad á su monarca, maquinaban deservicios á su Real Magestad. Era la ejecucion de sus designios difícil, y necesitaba el brazo poderoso de Cabrera, que allanase las dificultades y su sombra que los cobijára, y amparára con su autoridad. Tentaron con mensajeros, y cartas su fidelidad: pero inútilmente. Cabrera era fidelísimo á su Rey, y en ninguna cosa pensaba menos, que en fomentar ocultas conjuraciones. El los desengañó, y ellos quedaron persuadidos que Cabrera algun dia descubriria sus ocultos

pensamientos. Ya no le querian por cómplice en la ejecucion, pero empezaron á temerle por sabedor de sus consejos.

En estos terrores y sobresaltos se hallaban, cuando Gonzalo Abreu atravesó por Chuquisaca para Tucuman. Trataron de ganarle la voluntad, y ganada le inspiraron tales especies contra D. Gerónimo Luis de Cabrera, que resolvió matarle. Entró Abreu en Chuquisaca, manso cordero—ejemplar de rectitud y prudencia, y salió mónstruo de la tiranía y crueldad. Nadie dijera que este caballero era aquel, que Felipe II proveyó al gobierno de Tucuman, sino algun lobo carnicero, que anhelaba por la presa, para despedazarla con los dientes. Entró en la Provincia con aparato de guerra, publicando que toda estaba alzada por el mal gobierno de Cabrera, y que convenia al bien público, dar cabo con el hijo de la verdulera (así lo llamaba), quitándo de delante aquel traidor al Rey, y perturbador de la República.

Es increible la presteza con que aceleró Abreu las marchas para sorprender inopinadamente á Cabrera en Córdoba. Se hizo dueño de los caminos adelantando corredores para cortar el paso á los mensajeros. Avanzó tanto en las jornadas, y con tanto secreto, que al mismo tiempo que supo Cabrera la venida de Abreu, le admiró en Córdoba, y se vió en prision. Tan adverso venia el nuevo gobernador contra el ínclito fundador de Córdoba, y tales especies influyeron los oidores en su ánimo, que al tercero dia le despachó á Santiago, y sustanciada, maliciosamente la causa, fué muerto por traidor: mejor diré por traidores al Rey. Unos dicen que le mandó dar garrote en un pilar de su cama; otros que le hizo degollar: pero de cualquiera manera que haya sido, su muerte fué sentida en la Provincia, principalmente en Córdoba, que le miró siempre como á padre y fundador, honrándose con la nobleza de su prosapia, que conserva hasta el dia de hoy, en sus descendientes.

No sabemos con qué fundamento D. Fernando Pizarro y Orellana, en su tomo de Varones Ilustres del Nuevo

Mundo, descubrió causa, que justificara la muerte de D. Gerónimo Luis de Cabrera. Lo cierto es que su pluma entró muy empeñada en el asunto Remonta y humilla el vuelo, siguiendo el aire que sopla. El empeño de purgar á Gonzalo Pizarro de la nota de traidor, le haçe atropellar la verdad de algunos sucesos, liquidando la inocencia de los Pizarros, con la traicion que acumula á los Cabreras, cuya inocencia y fidelidad, testifican antiguos instrumentos, y escritores. El libro primitivo de la fundacion de Córdoba al año de 1574, habla honoríficamente de su esclarecido fundador, en un informe que hace al señor Felipe II, sobre los méritos, fidelidades y servicios de D. Gerónimo Luis de Cabrera.

El padre Juan Pastor, en su Historia manuscrita de la Provincia, diligentísimo en averiguar las antigüedades, informándose boca á boca de testigos fidedignos, descubrió sobrada malignidad en los procederes de Abreu, y constante fidelidad en Cabrera; y lo que es mas, el Señor Felipe II, registradas las originales cartas de los oidores, que presentó Da. Luisa Martel de los Rios, su nobilísima consorte, declaró la inocencia de Cabrera, castigando con merecida pena á los oidores. Baste este último testimonio del Monarca prudentísimo de las Españas, que vale por muchos, cuyo resplandor disipa las oscuras tinieblas, que causó la pasion de una pluma.

No se estrelló solamente Gonzalo Abreu con su antecesor Cabrera: quebró tambien con los principales, tratándoles con desaire y modales pocos dignos de sus méritos y servicios. A muchos puso á cuestion de tormento con tanto rigor y tiranía, que antes querian morir, que esperimentar su impía crueldad. Dió en acompañarse con díscolos sujetos de ningunas obligaciones, hombres sin Dios y sin conciencia, que solo son á propósito, para conmover los humores de una República. En manos de estas puso el gobierno, y como ellos eran perdidos, le perdieron á él, y á casi toda la Provincia, que se vió en agonia de muerte, por la errada direccion de los malos consejeros.

Córdoba, padron honorífico de su antecesor, cuya memoria es gloriosa en la Provincia, se miró en los años de 1575 y 76, próxima á fatal asolacion. Estaba en manos del médico sanarla; restituyendo los espíritus de los primeros pobladores, que con varios pretestos, extraia para otras partes; pero porque gritaba pidiendo socorro, solo era oida para debilitar mas sus fuerzas con nuevas extracciones. Defendióla el valeroso Tristan de Tejeda, y se cree que el Cielo tuvo buena parte en lo que no alcanzaron las fuerzas de la tierra. Mas fatales consecuencias esperimentó la ciudad de Jujuy, á que dió principio el capitan Pedro Zárate. Casi en su mismo nacimiento, fué arruinada con la mayor parte de sus pobladores, juntando los funerales de su entierro con los regocijos de su fundacion.

Procuró su ruina el mismo Gonzalo Abreu, que debiera fomentarla, sacando con varios pretestos los presidarios, que la guarnecian contra las invasiones del infiel enemigo. El intentó remover á Zárate de la fundacion, ordenándole que saliera con alguna gente á catear las minas de Llinllin, en el valle de Calchaquí, prometiéndole entrar á partir de ganancias. Zárate conoció de que mano le venia la pedrada, y procuró eludir el golpe, escusándose con aparentes pretestos, pero Abreu insistió tanto en llamarlo á Santiago, que fué preciso obedecer, sacando, para resguardo de su persona, treinta valerosos soldados. Los bárbaros, que observaban menudamente el estado de la ciudad, lograron la ocasion, matando todos los jujeyeños, á escepcion de tres ó cuatro, que eludieron el peligro con la fuga.

Dícese que Abreu llevaba pesadamente la fundacion de esta ciudad, porque estando en el paso del Perú facilitaba el transporte de los informes que contra él podian remitir al Virey y Real Audiencia, personas celosas. En efecto, puso exquisitas diligencias por medio de sus confidentes, para preocupar los caminos y embarazar el comercio epistolar. Al mismo tiempo que tenia el juzgado de tribunales superiores, publicaba privilegio de

excepcion, que lo eximia de la autoridad del Virey y Real Audiencia de Chuquisaca, por ser electo gobernador por el Rey nuestro señor. Esto mismo pregonaba su maestre de campo, Sebastian Perez, hombre vil y de ínfima suerte, que pasaba la vida adulando y animando al gobernador, con repetirle que en sus causas solo el Rey podia entender, y no tribunales inferiores. Cierto dia se dejó decir con aire: "Lléguese por acá algun oidor, que sí V. S. me da dos dedos de papel, saldré al camino y le arrimaré á un palo, y esté cierto V. S. que ha de gobernar la Provincia, á pesar de la Real Audiencia, por ser gobernador nombrado por el Rey".

Estas eran las cantileñas que repetian con sobrada desenvoltura sus aliados, no habiendo maldad á que no se atreviesen; cobijados de sombra tan maligna. Los eclesiásticos, y algunos religiosos (nombres y personas entonces odiosos) se ausentaron de la Provincia. Muchos nobles y celosos pobladores de las ciudades, se refugiaron al Perú, temiendo los efectos de su enojo; otros desampararon sus casas, saliendo á las alquerias. Todo el manejo y mando recayó en los fautores de Abreu, haciendo escala, para subir, del arrojo y temeridad. Las ciudades se hallaban sin guarnicion. Los indios se alzaban por momentos. Todo conspiraba á la ruina de la Provincia y mas que todos el mismo gobernador, sacando de los fuertes los presidarios para el descubrimiento de la Trapalanda. Mientras Abreu convoca de las ciudades, los vecinos; mientras previene hasta fines de 1578 los aprestos necesarios para la jornada, será bien refiera la historia, qué sea esta Trapalanda, cuál su orígen, y noticias que de ella corren en estas provincias.

Trapalanda, es una provincia al parecer imaginaria, situada hácia el estrecho de Magallanes, ó por lo menos en la Provincia Magallánica, en cuyos términos ponen algunos la ciudad ó ciudades de los Césares, por otro nombre Patagones, que con la novedad peregrina de los nombres, han deslumbrado á muchos. Lo cierto es, que es mucho explendor de nombres, para que la fantasia no

aprehenda unos hombres no vulgares, y sobre lo que de suyo lleva el órden regular de la naturaleza. No ha faltado quien se persuadió ser cada uno, un César reinante, como un César denominativo.

Desde el principio corrió esta fama en el vulgo, y tomó tanto cuerpo, á pesar de la opinion de los hombres juiciosos, que en poco tiempo llenó la Provincia y corrió con aprobacion por el mundo. Con el primer rumor se divulgaron algunas particularidades, que caracterizaban plausiblemente la nacion, haciéndolos de profesion cristianos, con iglesias y bautisterios, imitadores en costumbres y ceremonias de los católicos, con campanas á la puertas de las iglesias para congregar el pueblo á las funciones eclesiásticas. No faltó uno que dijo haber oido tañer las campañas: pero él ciertamente no supo dónde.

En el siglo pasado, hácia los últimos años, tomó mas cuerpo y se hizo mas increible con la relacion de uno que mereció estar en la ciudad de los Césares, hablar y comunicar con ellos, haciéndonos una galana descripcion de la ciudad. Esta la sitúa en una isla grande y la pinta hermosa, como Sevilla, opulenta en riquezas, pedreria, y otras preciosidades estimables. Sus habitadores en color y modales, imitan á los europeos, de quienes tienen su orígen. El tuvo la dicha de comunicarlos, pero con tanta desgracia suya, que solo pudo percibir estas cláusulas: *Nos Dios tener. Papa querer: Rey saber.* Palabras han sido éstas, que llenaron estas Provincias, y se oyeron en los reales estrados, en tiempo del señor Carlos II.

Los eruditos en las historias, supuesta la existencia de los Césares, discurren que serán descendientes de aquellos españoles de la armada de Sr. Gutierrez de Caravajal, obispo de Placencia, que naufragaron en el estrecho. Una pieza estimable que, ó por su antigüedad, ó por rara la conservan los herederos de D. Gerónimo Luis de Cabrera, confirma este mismo sentir. Ella es un testimonio de Pedro de Oviedo y Antonio de Cobo marineros del navio náufrago de otra armada, morado-

res algunos años de la ciudad de los Césares, pero fugitivos de ella por cierto delito cometido. Parece que la curiosidad no puede desear comprobacion mas auténtica de sus discursos. Acaso muchas historias verídicas, no estaban sobre fundamentos al parecer tan firmes, como los que favorecen la existencia de los Césares. Hay quien oyó las campanas: hay quien los comunicó y vió y nos dejó en pocas palabras una rica descripcion de la ciudad morada de los Césares: hay quien asistió á la fundacion y habitó muchos años entre ellos.

No obstante una exacta crítica tiene mucho que dudar, y no pocas cosas que examinar juiciosamente en materias que, publicadas por el vulgo, admitieron los sábios. Aquel rumor (primero en las historias índicas) que corrió entre los soldados del Aguirre, desmereció la aprovacion de su capitan. Jamas hombre nacido pudo tener mayor incentivo de gloria que él. Los demas capitanes podian gloriarse de descubridores y conquistadores de indios, cuando él podria, sobre todos los mortales, hacer verdadera ostentacion de conquistador glorioso de Césares.

Pero este estímulo, á la verdad poderosisimo, para un corazon ambicioso, solo sirvió para emperezarse en la conquista. Una ligera reflexion sobre la novedad peregrina de los nombres, era bastante para que un juicio que no se prenda de vulgaridades, descubriera la incompatibilidad de circunstancias, que se discurrieron para hacer creible la historia. Estos Césares, desde el principio, se vendieron por náufragos de la armada del obispo de Placencia Don Gutierrez de Caravajal: pero en poco mas de viente años que pasaron desde el naufragio, hasta la entrada de Aguirre á los comechingones, les crecieron tanto los piés, que desde entonces empezaron á llamarse Patagones, por la grandeza de sus piés.

A proporcion fué la grandeza de su fortuna. El nombre de Césares no era denominacion improporcionada, y fantástica. Era de aquellas, que llena con la expresion

del significado su objeto. Césares eran en el nombre y Césares los describian, en la magnificencia, en la soberanía y riquezas. Pocas veces la fortuna levantó del polvo de la tierra al solio sus favorecidos: pero con nuestros naufrágos, primero se mostró madrastra, y despues hizo oficios de probida madre, levantando de un golpe á tantos desgraciados á la mayor felicidad, que pudo idear la fantasía mas alegre. La significacion que se daba al nombre de Trapalanda, no ha llegado á nuestra noticia, pero es verosímil, que fuese muy conforme á la de los Patagones y Césares. Ello es que Trapalanda era el nombre mas usual, y sin duda tendria significacion mas brillante y capaz de representar una nacion la mas bellamente caracterizada, que jamas conoció el mundo.

Sobre todo este complejo de cosas, la primera noticia se tuvo de los comechingones, y es creible que donde los unos y los otros se esplicaron por señas, siendo la codicia el intérprete, violentaria la significacion. Lo cierto es que Aguirre se informaria, y preguntaria como mas interesado que todos: pero en las respuestas, no descubrió incentivo para emprender esta conquista tan gloriosa. Su milicia lo llevó pesadamente, ó fingió que lo llevaba. Ella tenia sentimiento con su capitan, y para satisfacer su enojo, lo aprisionó ignominiosamente. Esta ocasion que olia á alzamiento, colorearon sus soldados confesando el hecho, y cohonestándolo con el motivo de haber malogrado una conquista que felicitara la Provincia.

A este fin se ponderaba mucho y se esplicaban galanamente los nombres. El negocio se daba por asentado. En nada se ponia duda: y Césares, Patagones, y Trapalandistas, pasaban á ser vulgar materia de los corrillos. Del Tucuman pasó la noticia en poco tiempo al Perú, y como trascendia la causa de Aguirre; con el reo pasó su causa á la Audiencia de Chuquisaca. No estrañaria el integérrimo tribunal, ver al general tucumano en prisiones. Este era un atentado, que repitió otras veces la malicia, y, por frecuente, habia perdido la extra-

ñeza. Lo mas admirable era lo peregrino de la causa, y rara novedad de inauditos nombres capaces de sorprender un ánimo sincero, y menos advertido. No obstante el real senado, descubrió poco fondo en las ponderaciones de los actores, y declaró prudente la resolucion del general Aguirre.

Entre tanto la voz del vulgo tomó cuerpo y de unos años en otros, fué cundiendo con novedad de sucesos. Los unos decian, que habian oido campanas de los Césares para las funciones eclesiásticas, pero que no habian podido atinar con la ciudad. Eso es propiamente oir campanas, y no saber dónde. Este género de novelistas ha tenido mucho séquito, sus palabras en parte son proféticas adivinanzas, y tienen andado mucho para ser creidas. Ellos oyeron las campanadas, y luego adivinaron que eran de los Césares: que tenian iglesias: que las iglesias tenian torres: que las torres tenian campanas, y que éstas se tañian para recoger el pueblo á las funciones eclesiásticas. Raro complejo de predicciones por unos profetas, que estando en las vecindades de los Césares, no pudieron atinar con la ciudad de su habitacion.

Mas afortunado fué el que, en el reinado de Cárlos II, estuvo en la Trapalanda, y que habló y comunicó con los Césares. Acaso tuvo la fortuna de ganar la eminencia de algun cerro, para descubrir la altura de las torres, y guiarse por ellas á la ciudad de los Patagones. El la registró despacio, y dejó á la posteridad una airosa descripcion de la nueva Sevilla, y en ella historió menudamente las circunstancias de su arribo. A los diez y seis años de su edad, navegaba hácia el estrecho de Magallanes en una armada holandesa, la cual ancoró. La armada ancoró en un rio, para llenar de agua las vasijas. Nuestro jóven con algunos compañeros se internó tierra adentro á coger palmitos, y tuvo la desgracia de ser cogido de cuatro mil indios, que discurrian por allí, esperando ocasion de apresarlos.

En la desgracia de su cautiverio consistió la felici-

dad de pasar á la ciudad de los Césares. Los indios que le aprisionaron, comunicaban familiarmente con los portugueses, y queriendo lisonjear á sus amigos les presentaron los cautivos, como donativo de estimacion. En efecto ellos estimaron el presente, agasajaron los huéspedes, reconociendo en los cautivos un vivo retrato de sus ascendientes. Bien era creible que los Césares para su consuelo, procurasen retener consigo á estos hombres, imágen expresiva de sus progenitores. Pero despues de agasajarlos, los dejaron ir con guias de la nacion á la ribera, donde todavia les esperaba la armada.

La relacion está circunstanciada de particularidades reparables. Los pocos años del historiador; la casualidad de internarse a recoger palmitos en un terreno, el cual pocos años hace, se ha registrado enteramente infecundo; el acaso de ser cautivados, y cautivos ser presentados á los Césares, cuyo principal desvelo, segun algunas relaciones, es no permitir acceso de estrangeros á la isla, ni comunicar con nacion alguna: el haber sido llevados desde los cincuenta y un grados hasta los cuarenta y dos, en que sitúan la ciudad de los Césares, y vueltos desde los cuarenta y dos, hasta los cincuenta y uno, encontrar todavia la armada. Menudencias á primera vista inconexas, que retardan y dificultan el asenso del entendimiento.

No tiene mas fuerza la relacion de los dos marineros Oviedo y Coba, insiérense en ella falsedades contra la fé de los historiadores. Fuera de que el haberse suprimido muchos años sin que el menor rumor de ella corriese en el reino de Chile, cuando escribió su historiador, el padre Alonso Ovalle, persuade con bastante fundamento, que la fingió algun ocioso, que pretendió hacer creible la novela, atribuyéndola á los dos marineros fugitivos de la ciudad de los Césares: publicando que la habia hallado entre los papeles del licenciado Altamirano, ya difunto. Notables circunstancias, dignas de crítica reflexion. Los sobredichos Oviedo y Coba vivieron algun tiempo en la ciudad de la Concepcion en

casa del licenciado Altamirano, como consta de la sobre dicha relacion. Miéntras vivieron se guardó silencio tan profundo, que no se recogió la menor noticia en el reino de Chile, ni al licenciado Altamirano se le cayó uno palabra, en cosa tan memorable. Espérose á que murieran los tres para hacer á los unos hablar por relaciones archivadas, y manifestar el Tesoro de noticias, que el otro ocultaba entre sus papeles.

De esta relacion se insertan en la vida del venerable mártir de Cristo, padre Nicolás Mascardi, algunos fragmentos, y se registran particularidades que le comunicaron los indios Poyas: y no faltó quien se ofreció por mensajero para llevar cartas á los Césares; escribiéndolas el venerable padre en diferentes idiomas: pero el portador no volvió en mas de un año, y al siguiente martirizaron al padre los mismos Poyas. Buenos son para órganos de la verdad, los artífices del engaño. Yo no me atreveré á negar que se hallen algunos europeos ó descendientes de ellos, tierra adentro de Patagones y estrecho de Magallanes: creible es, que de tantos como han naufragado en la costa, algunos hallan ganado tierra y hecho alianza con los indios: pero nacion circunstanciada con los atributos de Césares, me persuado no hallarán en estos paises. La costa hácia donde los sitúan, se ha descubierto inhabitable desde el Cabo de San Antonio hasta el Estrecho, en una expedicion marítima, que por órden del Rey nuestro señor, emprendió á fines de 1745 el padre José Quiroga, jesuita muy inteligente en la marina y matemática: registrando con exacta inteligencia los puertos y tierras adyacentes con expediciones terrestres hácia lo interior del país.

El bolson de tierra que forman el Cabo de Vírgenes, y Valdivia, Cabo Blanco y reino de Chile, que por otro nombre se llama Provincia del Estrecho, está muy trazegado de los Puelches, Pegbenches, Pampas y Fuitliches: con los cuales no han omitido diligencia nuestros misioneros de pampas, con intento de pasar la luz de la Fé á la ciudad de los Césares. Pero sus diligencias no

han producido otro efecto que persuadirse, se hallan falsedades que prescriben con los años y se entronizan sin oposicion en el sólio de la verdad. El padre Matias Estobel, operario infatigable en la viña del Señor, y misionero de los Pampas, en una carta suya, fechada en 20 de Noviembre de 1742, dice de la nacion de los Césares, que no ha podido averiguar cosa alguna. Lo mismo insinúan otros misioneros nuestros que han comunicado con las naciones ya referidas: y así nos persuadimos que los Césares son entes imaginarios, que hizo existentes el vulgo con ficciones y novelas.

Como la noticia de los Césares tuvo orígen entre la milicia tucumana, y desde el principio se inclinó ésta á la conquísta, concurrieron gustosos al llamamiento del gobernador Abreu, de quien dijimos los habia convocado para la jornada de la Trapalanda. Hallábase ya el ejército en el acampamento de Monagasta, cuando llegó noticia que los indios de los llanos y sierras de Calchaquí, levantados por Gualán, tenian cercada la ciudad de San Miguel, y oprimian á los sitiados con repetidos asaltos. Entonces Abreu abrió los ojos para conocer el peligro de la provincia, y desistiendo de la jornada de los Césares, envió socorro para levantar el cerco. Cuando éste llegó, el capitan Gaspar de Medina, favorecido con la ayuda del Cielo, habia ya librado la ciudad del enemigo: rompió una noche la palizada que reparaba la poblacion, y pegó fuego á las casas pajizas: viéndose á un mismo tiempo arder la ciudad por todas partes. Despertó Gaspar Medina, y juntándosele otros nueve compañeros, rompió el campo enemigo con muerte de su caudillo Gaulán.

Los indios (tradicion es en la ciudad, que no consta de instrumentos auténticos) ya humillados y sujetos, preguntaban por dos caballeros de superior esfera, distinguidos entre los demás por los resplandores del rostro, y valor sobresaliente. Respondieron que esos solo se mostraban en las ocasiones, para defender á los españoles, los cuales atribuyeron el milagro á los gloriosísimos

santos Simon y Judas, en cuyo dia de 1578, se consiguió tan señalada victoria, celebrando desde entonces su dia con anual solemnidad, en honor de sus gloriosos patrones y libertadores.

En otras partes de la Provincia se experimentaban frecuentes incursiones del bárbaro infiel poco memorables. El gobernador Abreu, ajeno de toda mansedumbre, intentó amansar el bravo leon con amenazas y golpes, públicando contra los indios las cruelísimas leyes del servicio personal, primeras en este género en la provincia, de que se hablará á su tiempo. Gemian los miserables indios su opresion. Las personas celosas se querellaron á los tribunales y virey, despachando un tanto de las ordenanzas. Los teólogos las calificaron de injustas; pero Abreu insistió en su observancia, cuyos efectos lamentables, que lloran sin consuelo estas provincias, registraremos en varias partes de la historia.

Por este mismo tiempo se erigió el obispado de Tucuman. Algunos lo adelantan al año de 1570: pero del libro primitivo de la fundacion de Cordoba, consta que se habia erigido el año de 1577. Verdad es que el Illmo. Dn. Fr. Gerónimo de Villa carrillo, y Don Fr. Gerónimo Albornoz, ambos comisarios de la religion seráfica fueron provistos para Tucuman: pero prevenidos de la muerte, fallecieron antes de erigir el obispado. El Illmo. Dn. Fr. Francisco Victoria, lustre singular del órden de Predicadores, hijo de la provincia de Lima, varon piadosísimo, y de singular uncion, como le llama San Pio V. en un breve suyo, procurador en la Corte por las provincias de Indias por eleccion de Gregorio XIII, erigió el obispado de Tucuman con cuatro dignidades, dean, chantre, maestre escuela, y tesorero. No consta el año de la ereccion: pero ciertamente no fué anterior al año de 1578, y me inclino que la ereccion seria el año 79, pues la cédula de merced se expidió el de 78 á 24 de Diciembre. He solicitado el primitivo libro de la ereccion del obispado y suscricion episcopal, y me respondió el Illmo. señor Dn. Pedro Miguel Félix de Argandoña,

meritísimo obispo de Tucuman, que no lo habia. Tanto es el trabajo con que escribo, pues en puntos tan principales faltan aquellos instrumentos, cuyo contenido debiera grabarse en mármoles, para eternizar su memoria.

ADVERTENCIAS

AL LIBRO SEGUNDO

DE ESTA HISTORIA

NÚMERO PRIMERO—(Página 144)

Se quedó en Sevilla con título de piloto mayor, para instruir como inteligente en lás noticias de Indias á los pilotos.

NÚMERO SEGUNDO—(Página 148)

Otros no se alrg aron tanto, pero convienen en que fué una de las lucĭdas armadas que pasó á la conquista de Indias.

NÚMERO TERCERO—(Página 149)

El Alegato de Portugal con título de Noticia, y Justificacion, fol. 27 y 28, da á entender que Sebastian Gaboto y D. Pedro de Mendoza desampararon la Isla de San Gabriel, "*reconhencendo*, dice, que *erao terras de Portugal*" En este tenor prosigue, añadiendo que el acto con que Solis tomó posesion de la Isla de San Gabriel fué atentado que, "logo se mandon desfacer pelos Reys Catolicos": y que conociendo esto Sebastian

Gabotó, no quiso fundar en la Isla de San Gabriel, ni D. Pedro de Mendoza en la costa oriental del Rio de la Plata.

El autor del sobredicho Alegato avanza muchas particularidades, cuya comprobacion no debiera fiar á una simple narracion, sobre la fé de su palabra, y le prometemos entero crédito si nos muestra Real Cédula, que anule el acto con que Solis tomó posesion de la Isla de San Gabriel, ó que su posesion se califique de atentado reprobado por los Reyes Católicos, los cuales, como tambien sus sucesores, ordenaron á sus Capitanes, que no tocasen en la terminacion de Portugal; pero jamas espresaron en sus ordenanzas á la Isla de San Gabriel, y boca del Rio de la Plata, como pertenecientes á la Corona Lusitana.

NÚMERO CUARTO—(Página 149)

Algunos dicen con razon, que es puerto de Buenos Aires y malos vientos, porque el viento pampero que allí mucho reina, es muy fuerte frio y causa ordinários pasmos.

NÚMERO QUINTO—(Página 154)

Algunos ponen dificultad en los reparos de estacadas, diciendo que los indios jamás las usaron al rededor de sus tolderias. Cuando mucho arrimaban algunas ramas, y como el genio del hombre acostumbra ponderar las cosas, especialmente cuando se atraviesa la gloria de vencer dificultades, pudo tomar las débiles armas por fuertes palizadas, y que esto dio lugar á que los autores antiguos, crédulos á relaciones de soldados, describiesen las tolderias muradas con fuertes palizadas zanjones y cubos.

Sin embargo, en un requerimiento que se le hizo á Nuflo de Chaves, suplicándole que del pais de los Chiquitos retrócediese á los Xarayes, donde llevaba órden de

fundar; ponderando las dificultades que se ofrecian en conquistar los travasicosis, se "dice al tercero dia los que venian de vanguardia, se hallaron dentro de una gran poblacion, y, en un campo raso, vieron un fuerte de madera con grandes torreones, y cubos trincherados de tal manera, que la palizada era doblada y muy fuerte, rodeada con gran foso de gran suma de lanzas y puas venenosas, sembradas al rededor."

Este requerimiento está firmado, no solo del escribano Rodrigo Osuna, sinó tambien de otros cincuenta y siete, y se hizo cara á cara á Nuflo de Chaves, el cual no contradijo la relacion. Y así es creible, que los indios usaron de fuertes, fosos y palizadas.

NÚMERO SEXTO—(Página 168)

Algunos quieren que Chicoana fuese asiento y fuerte de los Incas, y que en este lugar estaban de guardia para defender sus dominios las milicias chicoanas del Perú: de adonde el asiento tomó el nombre de Chicoana. Pero estos autores, suponen que el dominio de los Incas se estendió á Tucuman: lo cual fácilmente se dice, y difícilmente se prueba. Otros con el Padre Diego Lezana, dicen que la denominacion de Chicoana es posterior á la conquista: los cuales ciertamente se engañan, que no fué sino anterior, y ya tenia el nombre, cuando entró Almagro, Diego de Rojas y Juan de Prado.

Pudo suceder que alguna parcialidad de chicoanas, desasonados con el Inga, se huyesen del Perú, y tomando asiento en el Calchaqui, en memoria de su amada pátria llamasen al valle, donde hicieron asiento Chicoana. Así sucedió con los Quilmes, que temiendo el vasallaje de los Incas se huyeron, y estableciéndose Calchaqui, denominaron el nuevo sitio de los Quilmes. Así tambien los orejones, los cuales por temor á los españoles, desampararon su nativo suelo, y de su nombre llamaron el asiento que tomaron hácia la ciudad de Guadalcazar.

Pero sea este ú otro el orígen del nombre Chicoana, ese valle es puntualmente el sitio, donde años despues, plantó una viña el maestre de campo Lorenzo Arias de Velazquez.

NÚMERO SÉTIMO—(Página 173)

Véase el exámen apologético del Excmo. Sr. D. Antonio Andoino contra el padre Honorio Filipono, ó cualquiera que sea autor del libro intitulado: Nova tipis transacta, navigacio Nobi orbis Indice occidentalis. Y se puede tambien ver la relacion de Alvar Nuñez á la Florida.

NÚMERO OCTAVO—(Página 178)

Sobre la situacion de la isla de los Orejones, me ha parecido notar que algunos historiadores geógrafos la ponen á la entrada, y en medio del lago de Xarayes, pero no se conforman con lo que dijeron los antiguos, que tantas veces navegaron este rio, y para aclarar esta materia, y otros varios puntos, así de nuestra historia como la antigua corografía, he juzgado conveniente insertar al pié de la letra algunos parágrafos, sacados del Diario que hizo el padre José Quiroga, cuando navegó por el Paraguay con los reales demarcadores. Dice, pues, así:

"El dia diez y seis de Diciembre salimos de la boca del Paráguaymini con los cuatro botes, dos ocupaban D. Manuel Flores y D. José Custodio, en uno se embarcaron el Dr. D. Miguel de Sierra, y D. Alonzo Pacheco, y en el otro me embarqué yo con el cirujano D. Pedro Gracian. El Alférez nos siguió poco despues con las canoas, dejándose un práctico del rio para que guiase las demas embarcaciones á la boca del Rio de los Porrudos, en donde debian esperar que volviesen nuestros botes. Navegamos todo este dia, costeando por la banda occidental, la grande isla que forman

los dos brazos del Rio Paraguay, de los cuales, el que corre por la banda oriental de la isla, se llama Paraguaymini: por este brazo se acortaba algo el viaje, pero porque dudaban los portugueses de Cuyabá, si tendria suficiente agua para nuestros botes, tomamos el rumbo por el brazo principal, que corre por la banda del poniente, de la isla. Esta es á mi juicio la isla que los primeros conquistadores llamaron Isla de los Orejones, la cual, sin fundamento, se pinta en algunos mapas en medio de un gran lago llamado de los Xarayes; porque ni la Argentina, que escribió Ruiz Diaz de Guzman, hace mencion de lago alguno que tenga en su circunferencia la Isla de los Orejones, ni hoy se halla lago alguno tan grande y permanente, en el cual podamos dar lugar á esta isla, mas famosa en las plumas de los historiadores modernos, que no tuvieron noticias individuales del Rio Paraguay, que en las relaciones de los antiguos, que lo anduvieron todo los portugueses, de Cuyabá y de Matogroso, que tienen bien reconocidas las cabezadas del Rio Paraguay, no dan razon alguna de la Isla de los orejones, ni han oido nombrar Lago de los Xarayes: así les causaba admiracion grande, cuando nosotros les hacíamos algunas preguntas sobre este particular. El que se hayan mudado con el tiempo los nombres, no es novedad: pues se vé eso cada dia, pero el que la Isla de los Orejones, que antes estaba distante, se halle ahora en medio de los Xarayes, como la ponen algunos historiadores en sus libros y los geógrafos en sus mapas, es cosa bien singular.

Yo he leido con atencion la Argentina, despues de haber navegado por el Rio Paraguay, y hallo que luego que llegó al Paraguay el adelantado Alvar Nuñez cabeza de Vaca, despachó rio arriba á Domingo Irala con trescientos hombres, el cual subió doscientas cincuenta leguas y llegó á la Isla de los Orejones: á cuyo puerto llamaron de los Reyes, dejando mas de cien leguas atras la Laguna de Juan de Oyolas. Poco despues, el año de 1541, subió el adelantado Cabeza de Vaca al

mismo Puerto de los Reyes, y reconoció la Isla de los Orejones, que tiene diez leguas de largo. El año de 1546, volvió á subir Domingo Irala, y pasando de los orejones llegó á los indios xarayes que estaban de una parte del rio. Desde los Xarayes envió á Francisco Rivera á reconocer mas arriba, el cual habiendo navegado setenta leguas, reconoció dos bocas de rio: y estaba este parage cuatrocientas leguas de la Asuncion.

"El año de 1557 salió de la Asuncion Nuflo de Chaves con doscientos veinte soldados españoles, y mas de mil quinientos indios amigos con intento de hacer poblacion en los Xarayes. A distancia de trescientas leguas de la Asuncion pasaron el Puerto de los Reyes é Isla de los Orejones y llegaron al Puerto de los Peravazanes, provincia de los Xarayes, en donde no halló sitio aproposito para fundar. Nuflo de Chaves se entró con parte de la gente hácia el Perú y fundó la ciudad de Santa Cruz de la Sierra: la mayor parte de los indios, no queriendo seguir á Nuflo de Chaves se volvieron á la Asuncion. La laguna de Juan de Oyolas, en donde es el puerto de San Fernando, dista ciento veinte leguas de la Asuncion: sobre ella estaba el pasaje de Santa Cruz de la Sierra. La Isla de los Orejones tiene diez leguas de largo: desde aquí á los indios Xarayes hay setenta leguas rio arriba, y desde los Xarayes otras setenta á la junta de dos rios, de los cuales uno viene de Oriente, y otro del Poniente y no se navegó mas arriba.

Estas noticias, que hallé dispersas en la Argentina, he recopilado para que no parezca cosa nueva lo que yo digo aquí de la Isla de los Orejones, y lo que diré despues de las Xarayes: pues atendiendo á las distancias que hallamos en la Argentina, el Puerto de San Fernando y la Laguna de Juan de Oyolas, distan ciento veinte leguas de la Asuncion, y es, segun creo, una laguna que está al Poniente del cerro llamado Pan de Azucar; lo cual conviene bien con lo que he dicho; puesto que se escribe en la Argentina, que está cerca de un alto promon-

torio, y tambien con las leguas que yo he hallado por la fantasia, contando las vueltas y revueltas del rio. Desde la Asuncion á la Isla de los Orejones, hay, segun la Argentina, doscientos cincuenta leguas de largo, la cual distancia le conviene y tambien la longitud de diez leguas, con corta diferencia á la isla que hace el Rio Paraguay. Desde la Isla de los Orejones á los indios Xarayes, pone el escritor de la Argentina, sesenta leguas, de donde se infiere, claramente, que la dicha Isla de los Orejones estaba bien distante de los Xarayes, y es bien de notar que con este nombre de Xarayes, se apellidó de dos parcialidades de indios que vivian de una y otra banda del Rio Paraguay, de los cuales los que vivian de la banda oriental se llamaban Peravazanes, y los que vivian en la banda occidental Maneses, y todos se apellidadan Xarayes. Y, nunca se halla en la Argentina el Lago de los Xarayes, ni se hace mencion de algun otro lago grande, como el que se pinta en los mapas. Al presente los indios xarayes, ó se extinguieron del todo, ó tomaron otros apellidos: por la distancia de las sesenta leguas que hay desde la Isla de los Orejones hasta llegar á los Xarayes, se puede creer, que estos indios estaban en una y otra banda del Rio del Sur de los anegadizos que hay antes de llegar al Yaurú, como luego diremos, á los cuales sin duda dieron el nombre del Lago de los Xarayes, algunos que, desde las cordilleras que hay al Poniente, los vieron cuando, en tiempo de los aguaceros, se inundan aquellas llanuras por muchas leguas. Mas en cesando los aguaceros, queda el rio Paraguay, en estas mismas llanuras, reducido á su canal bien estrecha y profunda, con comunicacion, por una y otra banda, con algunas lagunas que dejan siempre las crecientes. Los dos rios á donde llegó D. Francisco Rivera, que, en la Argentina, se halla escrito que distaban sesenta leguas de los indios Xarayes, y cuatrocientas leguas de la Asuncion, son sin duda el Yaurú y el brazo principal del Rio Paraguay, porque en la junta de estos dos rios, está con poca diferencia en la distancia

de cuatrocientas leguas del Paraguay, contando todas las vueltas que hace el rio, y sesenta leguas del término de los anegadizos, por la parte del Sur, que dijimos haber sido el terreno que habitaban los indios xarayes. Hasta aquí el padre José Quiroga, el cual no deja que desear en la materia.

NÚMERO NOVENO—(Página 190)

Para que se conozca la cristiandad de Alvar Nuñez, y su conmiseracion con los indios, quiero poner aquí la instruccion que dió á Gonzalo de Mendoza cuando le envió á rescatar víveres, entre los infieles, la cual es del tenor siguiente:

"Lo que vos el capitan Gonzalo de Mendoza habeis de hacer en los pueblos donde vais á buscar bastimentos, para sustentar esta gente, porque no se me muera de hambre, es que los bastimentos que así mercaredes, habeislos de pagar muy á contento de los indios socorinos' ó socosies, y á los otros, que por la comarca están poblados y decirles heis de mi parte, que estoy maravillado de ellos, como no me han venido á ver, como lo han hecho todas las otras generaciones de la comarca, y que yo tengo relacion que ellos son buenos amigos, y por ello deseo verlos, y tenerlos por amigos, y darles de mis cosas, y que vengan á dar la obediencia á su Magestad, (como lo han hecho todos los otros) y haciendo así, siempre los favoreceré y ayudaré contra los que los quisieren enojar y habeis de tener gran vigilancia y cuidado, que por los lugares que pasareis de los indios nuestros amigos, no consintais que ninguna de la gente que con vos llevais, entren por sus lugares ni les hagan fuerza ni otro ningun mal tratamiento, sino que todo lo que rescatareis y ellos os dieren, lo pagueis á su contento, y ellos no tengan causa de quejarse: y llegando á los pueblos, pedireis á los indios á do vais que os den de los mantenimientos que tuvieren para sustentar las gentes que llevais, ofreciéndoles la paga, y rogándoselo con amorosas palabras, y si no os lo quisieren dar, re-

quirírselo debeis, una, dos, y tres veces, y mas cuantas de derecho pudiereis y debiereis, ofreciéndoles primero la paga, y si todavia no os lo quisieren dar, tomarlo debeis por fuerza, y si os lo defendieren con mano armada, hacerles heis la guerra, porque la hambre en que quedamos no sufre otra cosa, y en todo lo que sucediere adèlante, os habeis tan templadamente cuanto conviene al servicio de Dios, y de su Magestad". Hasta aquí son palabras del piadoso Alvar Nuñez.

NÚMERO DÉCIMO—(Página 191)

Porque muchos desean leer un tanto del testimonio, que se publicó en nombre de Hernando de Rivera, lo trasladamos aquí, para satisfacer la curiosidad con la leyenda de esta memorable pieza, la cual es de esta sustancia:

"En la ciudad de la Asuncion (que es en el Rio del Paraguay de la Provincia del Rio de la Plata) á tres del mes de Marzo, año del nacimiento de Nuestro Salvador de 1543, en presencia de mí el Escribano Público, y testigos de yuso escritos, estando dentro de la iglesia, y monasterio de Nuestra Señora de la Merced, Redencion de Cautivos, pareció presente el capitan Hernando de Rivera, conquistador de esta Provincia, y dijo: que por cuanto al tiempo que el señor Alvar Nuñez Cabeza de Vaca, gobernador y adelantado, y capitan general de esta Provincia del Rio de la Plata por su Magestad, estando en el Puerto de los Reyes, por donde la entró á descubrir en el año pasado de 1543, le envió y fué por su mandado con un bergantin y cierta gente, á descubrir por un rio arriba que llaman Igatú, que es un brazo de dos rios muy grandes y caudalosos, el uno de los cuales se llama Yacareati, y el otro Yayba, segun que, por relacion de los indios naturales, vienen entre las poblaciones de la tierra adentro, y que habiendo llegado á los pueblos de los indios, que se llaman xarayes, por la relacion que de ello hubo, dejando el bergantin en el puerto á buen recaudo, se entró con cuarenta hombres

por la tierra adentro, á ver y descubrir, por vista de ojos. Yendo caminando por muchos pueblos de indios, hubo y tomó de los indios naturales de los dichos pueblos de indios y de otros que de mas lejos le vinieron á ver y á hablar, larga y copiosa relacion, y á los cuales examinó, y procuró examinar, y particularizar, para saber de ellos la verdad, como hombre que sabe la lengua cario, por cuya interpretacion y declaracion comunicó y platicó con las dichas generaciones, y se informó de la dicha tierra, y porque al dicho tiempo él llevó en su compañia á Juan Valderas, escribano de su Magestad, el cual escribió y asentó algunas cosas del dicho descubrimiento: pero que la verdad de las cosas, riquezas y poblaciones, y diversidades de gentes de la dicha tierra, no las quiso decir al dicho Juan Valderas para que las aventure por su mano en la dicha relacion, ni clara ni abiertamente las supo y entendió ni él las ha dicho ni declarado, porque al dicho tiempo fué, y era su intencion de comunicarlas y decir al dicho señor Gobernador para que luego entrare personalmente á conquistar la tierra, porque así convenia al servicio de Dios y de su Magestad; y que habiendo entrado por la tierra ciertas jornadas por carta y mandamiento del señor Gobernador, se volvió al Puerto de los Reyes, y á causa de hallarle enfermo á él y á toda la gente, no tuvo lugar de poderle informar del descubrimiento, y darles la relacion que de los naturales habia habido, y dende á pocos dias constreñido por necesidad de la enfermedad, porque la gente no se le muriese, se vino á esta ciudad y puerto de la Asuncion; en la cual estando enfermo, desde ha pocos dias que fué llegado, los oficiales de su Magestad le prendieron como es á todos notorio, por manera que no le pudo manifestar la relacion y porque ahora al presente, los oficiales de Su Magestad van con el Gobernador á los Reynos de España y que por que podria ser, que entretanto á él le sucediese algun caso de muerte ó ausencia, ó ir á otras partes, donde no pudiese ser habido, por donde se perdiese la relacion y avisos de la

entrada y descubrimiento que su Magestad seria muy deservido y al señor Gobernador le vendria mucho daño y pérdida, todo lo cual seria á su culpa y cargo, por tanto, y por el descargo de su conciencia, y por cumplir con el servicio de Dios, y de su Magestad y de el señor Gobernador, en su nombre, ahora ante mí el escribano, quiere hacer, y hacia relacion del dicho descubrimiento, para dar aviso á su Magestad de la informacion y relacion que hubo de los indios naturales, y que pedia, y requeria á mí el dicho Escribano la tomase y recibiese, la cual dicha relacion hizo en la forma siguiente:

"Dijo y declaró el dicho capitan Hernando de Rivera, que á veinte dias del mes de Diciembre del año pasado de 1543; partió del Puerto de los Reyes, en el bergantin nombrado el Golondrino, con cincuenta y dos hombres, por mando del señor Gobernador, y fué navegando por el rio Igatú, que es brazo de los otros dos rios, Yacareati y Yayba: este brazo es muy grande y caudaloso, y las seis jornadas, entró en la madre de estos rios. Segun relacion de los indios naturales, por donde fué tocando, estos dos señalaron, que vienen por la tierra adentro, y este rio que se dice Yaybá, debe proceder de las sierras de Santa Marta: es rio muy grande y poderoso, y mayor que el rio Yacareati, el cual, segun las señales que los indios dan, viene de las sierras del Perú, y entre un rio y el otro, hay gran distancia de tierra, y pueblos de infinitas gentes, (segun los naturales dijeron) y vienen á juntarse estos dos rios, Yayba y Yacareati en tierras de los indios que se dicen Peroabazaes, y allí se tornan á dividir, y á setenta, leguas el rio abajo, se tornan á juntar, y habiendo navegado diez y siete jornadas por el dicho rio, pasó por tierra de los indios peroabazaes, y llegó á otra tierra que llaman los indios xarayes, gentes labradoras de grandes mantenimientos, y criadores de patos y gallinas, y otras aves, pesquerias y cazas, gente de razon y obedecen á su principal.

"Llegado á esta generacion de los indios xarayes, estando en un pueblo de ellos, de hasta mil casas, adonde

su principal se llama Camire, el cual le hizo buen recibimiento, del cual se informó de las poblaciones de la tierra adentro, y por la relacion que aquí le dieron, dejando el bergantin con doce hombres de guardia, y con una guia que llevó de los dichos xarayes, pasó adelante y caminó tres jornadas, hasta llegar á los pueblos y tierra de una generacion de indios que se dicen Urtueses, la cual es buena gente, y labradores á la manera de los xarayes, y de aquí fué caminando por tierra toda poblada, hasta ponerse en quince grados, menos dos tercios, yendo la via del Oeste.

Estando en estos pueblos de los urtueses y comarcanos, hablan con él y traénle plumas, á manera de las del Perú, y planchas de metal chafalonia, de los cuales se informó y tuvo plática y aviso de cada uno, particularmente de las poblaciones y gentes de adelante, y los dichos indios, en conformidad, sin discrepar, le dijeron, que á diez jornadas de allí, á la banda de Oesnoroeste habitaban, y tenian muy grandes pueblos, unas mujeres que tenian mucho metal blanco y amarillo, y que los asientos y servicios de sus casas, eran todos de dicho metal, y tienen por su principal una mujer de la misma generacion, y que es gente de guerra y temida de la generacion de los indios: y que antes de llegar á la generacion de las dichas mujeres, estaba una generacion de los indios (que es gente muy pequeña) con los cuales y con la generacion de estos, que le informaron, pelean las dichas mujeres, y les hacen guerra, y que en cierto tiempo del año se juntan con estos indios comarcanos y tienen con ellos su comunicacion carnal, y así las que quedan preñadas y paren hijas, tiénenselas consigo, y los hijos los crian hasta que dejan de mamar y los envian á sus padres, y de aquella parte de los pueblos de las dichas mujeres habia muy grandes poblaciones, y gente de indios, que confinan con las dichas mugeres, que lo habian dicho sin preguntárselo á lo que le enseñaron esta parte de un lago de agua muy grande, que los indios nombraron la casa del sol, y dicen que

allí se encierra el sol, por manera que entre las espaldas de Santa Marta y el dicho lago, habitan las dichas mujeres á la banda del Oesnoroeste: y que adelante de las poblaciones, que están pasados los pueblos de las mujeres, hay otras muy grandes poblaciones de gentes, los cuales son negros, y á lo que señalaron tienen barbas como aguileñas á manera de Mocos. Fueron preguntados cómo sabian que eran negros. Dijeron que por que los habian visto sus padres y se lo decian otras generaciones, comarcanas á la dicha tierra, y que eran gentes que andaban vestidas, y las casas y pueblos las tienen de piedra y tierra, y son muy grandes, y que es gente que poseen mucho metal blanco y amarillo, en tanta cantidad que no se sirven con otras cosas en sus casas, de vasijas, ollas y tinajas muy grandes, y de todos lo demas, y preguntó, á los dichos indios, á qué parte demoraban los pueblos, y habitaciones de dicha gente negra, y señalaron que demoraban el Norueste, y que si quisieran pasar allá, en quince jornadas llegarian á las poblaciones, ó vecinas comarcanas á los pueblos de los indios negros, arriba ya expresados, y á lo que se parece, segun y á la parte donde señalo, los dichos pueblos están en doce grados á la banda del Norueste entre las Sierras de Santa Marta y el Marañon, y que es gente guerrera, y pelean con arcos y flechas. Así mismo señalaron los dichos indios, que del oesnoroeste, cuarta al Norte hay otras muchas poblaciones, y muy grandes de indios: hay pueblos tan grandes que en un dia no se pueden atravesar de un cabo á otro, y que toda es gente que posee mucho metal blanco y amarillo, y con ello se sirven en sus casas, y que toda es gente vestida, y que para ir allá podian ir muy presto, y todo por tierra muy poblada. Y que así mismo por la banda del Norte habia un lago de agua muy grande, y que no se parecia tierra de la banda á la otra: y á la ribera del dicho lago habia muy grandes poblaciones de gentes vestidas, y que

poseian mucho metal, y que tenian piedras de que traian bordadas las ropas, y relumbran mucho, la cuales sacaban los indios del dicho lago, y que tenian muy grandes pueblos, y toda era gente de las dichas poblaciones labradores, y que tenian muy grandes mantenimientos, criaban muchos patos y otras aves, y que dende aquí donde se halló, podia ir al dicho lago, y poblaciones de él, á lo que le señalaron en quince jornadas, todo por tierras pobladas, á donde habia mucho metal blanco y buenos caminos en bajando las aguas, que á la sazon estaban crecidas; que ellos le llevarian: pero que eran pocos cristianos, y los pueblos por donde habian de pasar eran grandes, y de muchas gentes. Así mismo dijo y declaró, que le dijeron y informaron, y señalaron á la banda del Oeste cuarta al Sud Oeste, habia muy grandes poblaciones, que tenian las casas de tierra, que era buena gente vestida, y muy rica, y que tenian mucho metal y criaban mucho ganado de ovejas muy grandes, con las cuales se sirven en sus rocas, y labranzas y las cargan, y les preguntó si las dichas poblaciones de los dichos indios si estaban muy lejos? y que le respondieron que hasta ir á ellos era toda tierra poblada de muchas gentes, y que en poco tiempo podrian llegar á ellas, y entre las dichas poblaciones de los dichos indios hay otra de cristianos, y habia grandes desiertos de arenales, y no habia agua.

Fueron preguntados, cómo sabian que habia cristianos de aquella banda de las dichas poblaciones, y dijeron que en los tiempos pasados, los indios comarcanos de las dichas poblaciones habian oido decir á los naturales de los dichos pueblos, que yendo los de su generacion por los dichos desiertos habian visto venir mucha jente vestida, blanca con barbas, y tenian unos animales (segun señalaron eran caballos), diciendo que venian en ellos caballeros, y que á causa de no haber agua los habian visto volver, y que se habian muerto muchos de ellos, y que los indios de las dichas poblaciones que venian con la dicha gente de aquella banda de

los desiertos, y que asimismo le señalaron que á la banda del Oeste cuarta al Sud-Este habia muy grandes montañas y despoblado, y que los indios lo habian poblado, á pasar por la noticia que de ellos tenian que habia gentes de aquella banda, y que no habia podido pasar, porque morian de hambre y sed.

"Fueron preguntados cómo lo sabian los susodichos? Dijeron, que entre todos los indios de esta tierra se comunicaban y sabian, que era muy cierto porque habian visto y comunicado con ellos, y que habian los dichos cristianos, y caballos que venian por los dichos desiertos, y que á la caida de las dichas sierras á la parte del Sud-Oeste, habian muy grandes poblaciones y gente rica de mucho metal, y que los indios, que lo decian lo susodicho, decian que tenian asi mismo noticia que en la otra banda, en el agua salada, andaban navíos muy grandes".

"Fué preguntado, si en las poblaciones hay, entre las gentes de ellos, principales hombres. Dijeron que cada generacion, á quien todos obedecen: declaró que para saber la verdad de los dichos indios y saber si discrepaban en su declaracion, en todo un dia y una noche á cada uno por sí, les preguntó por diversas vias la dicha declaracion, en la cual, tornándola á decir y declarar sin variar ni discreparse, conformaron."

"La cual relacion desuso contenida, el capitan Hernando de Rivera, dijo y declaró haberle tomado, y recibido con toda claridad, y fidelidad, y lealtad, y sin engaño, fraude ni cautela, y porque la dicha su relacion se pueda dar y dé toda fé y crédito, y no se pueda poner ni ponga ninguna duda en ello, ni en parte de ello, dijo que juraba y juró por Dios y santa Maria y por las palabras de los Santos Cuatro Evangelios, donde corporalmente puso su, mano derecha en un Libro Misal que al presente en sus manos tenia el reverendo padre Francisco Gonzalez de Paniagua, abierto por parte do estaban escritos los Santos Evangelios, y por la señal de la cruz á tal como esta, †, donde así mismo puso su mano dere-

cha, que la relacion, segun de la forma y manera que la tiene dicha tierra y de otros hombres ancianos, á los cuales con toda diligencia examinó, é interrogó para saber de ellos verdad y claridad de las cosas de la tierra adentro, y que habida la dicha relacion, así mismo le vinieron á ver otros indios de otros pueblos, principalmente de un pueblo muy grande, que se dice Vertavere, y de una jornada de él se volvió: que todo y los dichos indios así mismo tomó aviso, y que todos se conformaron con la dicha relacion clara y abiertamente, y socargo del dicho juramento, declaró que en ello ni en parte de ello, no hubo ni hay cosa ninguna acresentada ni fingida, salvo solamente la verdad de todo lo que le fué dicho, é informado, sin fraude ni cautela. Otro si dijo, y declaró, que se informaron los indios que el rio de Acareati tiene un solo salto, que hace unas grandes sierras, y que lo que dicho tiene es la verdad, y que si así es Dios le ayude, y es al contrario, Dios se lo demande mal, y caramente en este mundo al cuerpo, y en el otro al ánima donde mas ha de durar: á la confesion de dicho juramento dijo si juro, amen y pidió, y requirió á mi el dicho escribano se lo diese así por fé y testimonio al dicho señor gobernador, para en guarda de su derecho, siendo presentes por testigos el dicho reverendo padre Paniagua, Sebastian de Valdivieso, camarero de dicho señor gobernador, y Gaspar de Hortigoza y Juan de Hoces, vecinos de la ciudad de Córdoba, los cuales todos lo firmaron así de sus nombres, Francisco Gonzalez Paniagua — Sebastian de Valdivieso—Juan de Hoces — Hernando de Rivero—Gaspar de Hortigoza. Pasó ante mí Pedro Hernandez escribano." Hasta aquí el testimonio de Hernando de Rivera.

NÚMERO UNDÉCIMO

El dialecto Quichúa era comun en Tucuman, y aunque las naciones tenian propio, entendian el quichuano, que usaban los Incas del Perú.

NÚMERO DUODÉCIMO—(Página 211)

No he podido averiguar por qué, llamándose los indios de la sierra de Córdoba, comechingones, por las cuevas en que habitaban, se extendió la denominacion á los indios de los valles y llanos. Pudo suceder, que la denominacion se extendiese al todo, como se observa en Tucuman, que era propia de una parcialidad que habitaba en Calchaqui, y despues latamente, se extendió á toda la provincia.

NÚMERO DÉCIMOTERCERO—(Página 223)

El padre Pedro Lozano nombra los compañeros del Capitan Juan Nuñez de Prado y pues el trabajo el tuvo de ordenarlos por su órden alfabeto con ese mismo órden los pondré yo aquí, y son como se sigue:

General Juan Nuñez de Prado, Maestre de Campo Miguel Ardiles, Abad Alonso Diaz Caballero, Alonso de Contreras, Alonso Lopez de Riva de Negra, Alonso Martin de Arroyo, Alonso de Orduña, Alonso Pizarro, Alonso de Villadiego, Alonso de Villagomes, natural de Talavera de la Reyna, Alonso de Zalazar, Andrés Martinez de Zavala, Baltazar de Barrionuevo, natural de Talávera, Bartolomé de Mansilla, natural de la villa de Aynamero en Estremadura, Bartolomé Saldaña, Bartolomé de Jaymez, Blas de Rosales, Cristóbal Guerra, Cristóbal Infante, Cristóbal Pereyra, Diego Diaz, Diego de Torres, natural de Alcalá de Henares, Francisco de Castañeda, Francisco Gonzalez, Francisco del Valdenebro, Garsi Sanchez, Garcia de Soto, Gaspar Garcia, Ginés de Herrera, Diego de Villarreal, Gonzalo Sanchez Garzon, Hernan Gonzalez, Hernando de Leon, Hernando Lopez Palomino, Hernan Mejia de Mirab, natural de Sevilla, Hernan Mejia de Villalobos, Juan del Berrio, Juan Caballero; Juan Hurtado, Juan Fernandez de San Pedro, Juan Mendez de Guevara, Juan de Mendoza, Juan Mejia de Mirabal, natural de Sevilla, Juan Nuñez Galvez, Juan Montañez, Juan Nuñez Jua-

rez, Juan Perez Bautista, Juan Perez Moreno, Juan Rodriguez Juarez, Juan de Santa Cruz, Juan Serrano, Juan Vazquez, Julian Sedeño, Lorenzo Agustin de Maldonado, natural de la villa de Aynumero, Luis de Gamboa, Luis Gomez, natural de Talavera, Manuel Martin, Martin de Renteria, viscayno, Mateo Pizarro, Melchor Basurco, Melchor Ramirez, Nicolás Carrizo, Pedro Albanés, griego de nacion, Pedro Diaz de Figueroa, Pedro de Cáceres, Pedro Lopez Centeno, natural del puerto de Santa Maria, Pedro Gimenez, Pascual Garcia, Rafael de Palomares, Rodrigo de Avalos, Rodrigo de Palomares, Rodrigo de Soca, natural de la villa de Lepe, Santos Blazquez ó Velazquez, Sebastian Dueñas, natural de la villa de Dueñas en Castilla la Vieja, Sebastian Mateos, y Juan Gutierrez, escribano real de el ejercicio.

De los que faltan para enterar el número de ochenta y cuatro, no he podido descubrir los nombres, pero entre los nombrados habia personas muy principales y que habian servido con crédito en el Perú: porque Miguel de Ardiles habia militado en el ejército del licenciado Vaca de Castro, y halládose en la batalla contra don Diego de Almagro el mozo, entrado con Peranzures y Pedro de Cándida á la conquista y jornada trabajosa de los Moxos, y en el ejército del licenciado La Gasca contra Gonzalo Pizarro, sirvió con puesto de alférez. Alonso de Diaz, siendo de los de la primera entrada de Diego de Rojas, cayó en manos de Francisco Carabajal, y como era persona principal, se vió obligado á seguirlo como otros. Fué justicia mayor en Paria, hasta que halló ocasion de pasarse al partido del Rey. Alonso Abad, Juan Rodrigo de Juarez, Hernan Mejia de Mirabal, Juan Perez Moreno, Santos Velazquez, Alonso de Villagomez, Garsi Sanchez y otros, habian servido con gran fineza al Presidente Gasca desde Panamá hasta la pacificacion del Perú.

Veinte y ocho de ellos habian hecho la primera entrada con Diego Rojas, y padecieron aquellos imponderables

trabajos con gran constancia, cuales eran Ardiles, Moreno, Alonso Diaz, Caballero, Diego Torres, Bautista Berrio, Garzon Mendez de Guevara, Pereyra, Carrizo, y otros, y todos finalmente padecieron en adelante mucha hambre, desnudez, frios y miserias, de manera que llegó tiempo en que les fué forzoso vestirse con cueros de venados, sin género alguno de capa, porque les faltó totalmente la ropa, y estaban tan viejos y rotos los vestidos con que entraron, que de vergüenza no se los ponian, y tenian por mejor los cueros mal curtidos para el abrigo y la decencia, sin haber quien se librase de esta miseria, porque aun á los que vinieron mas acomodados alcanzó la pobreza, pues ellos repartian géneros, cuando tenian, entre los soldados pobres para tenerles, y despues quedaron iguales con todos en la falta de lo necesario.

En esto particularmente se señaló Miguel Ardiles, á quien universalmente llamaban padre de los pobres y amparo de la milicia, porque teniendo entrañas de misericordia, nada reservaba para alivio de las necesidades comunes, y particulares, y su casa era el refugio y asilo de los necesitados, hasta que quedó tan pobre como los demás, y despues los alentaba á soportar gustosos estos trabajos, con la esperanza que por su medio se propagaria la fé católica entre aquellos infieles, y Dios compadecido les daria liberal las conveniencias temporales, como sucedió. Pero lo que mas admira es, que habiendo sufrido tanto estos campeones españoles, padecido contínuos riesgos de la vida, por caminos nunca vistos, ni usados, por tierras montuosas, ásperas y fragosísimas, con sobresaltos contínuos, con vigilias incesantes, sin soltar á veces por muchos dias las armas de las manos, transidos de hambre, espuestos á rígidas inclemencias, con poco ó ningun reparo, sinembargo, muchos de ellos llegaron á muy avanzada edad, y aun hubo quien, como Juan Perez Moreno, pasó de los cien años, viendo gozar el fruto de sus trabajos, fatigas, desvelos, sudores y sangre derramada en servicio de Dios y de su Rey.

NÚMERO DÉCIMOCUARTO—(Página 259)

En unos apuntamientos manuscritos se dice, que la noticia en que se hallaba el adelantado Zárate, vino de mano en mano y no por diligencia de Yamandú; algunos hacen á Yamandié mensagero. Uno y otro tiene algunas dificultades, por estar la tierra conspirada contra los españoles, y no se hace creible, que intentando dar fin con la gente del Adelantado, comunicasen la noticia á un caudillo, tan esforzado como Garay, de quien podian sospechar que luego pasaria á su defensa.

NÚMERO DÉCIMOQUINTO—(Página 263)

En unos fragmentos manuscriptos se dice que el Adelantado le recibió, hincadas las rodillas, y con lágrimas en los ojos le dió la bienvenida. Se añaden tambien algunas campañas que tuvo su poca gente, con tanta multitud de charruas que cubrian los campos: á los cuales destrozó el valeroso caudillo con muerte de muchos de ellos, y ningun daño de los suyos. Pero á Garay le dieron un balazo, y mataron su caballo, el cual por que no habia otra cosa que cenar, se dividió en cuartos y se repartieron entre la gente, y á Garay le tocó el hígado. Al siguiente dia con solo once de á caballo siguió el alcance de los enemigos, y los ahuyentó: y vuelto á los suyos, el Adelantado con toda su gente le recibió con vítores, clamándole restaurador de sus vidas. Sin embargo, parece que muchas acciones que se refieren en estos fragmentos, están sacadas de su lugar, y que adelantan los sucesos.

LIBRO SEGUNDO

DE LA

Historia del Paraguay, Rio de la Plata y Tucuman

DECADA SÉPTIMA

Parte Primera

SUMARIO

I. Ruiz Diaz Melgarejo, funda la ciudad de Santiago de Xerez.—II. Juan de Garay modifica la ciudad de Buenos Aires, y sugeta á los naturales.—III. Alzamiento de les santafecinos, sosegado con la muerte de los principales.—IV. Juan de Garay muere á manos del cacique Manuá.—V. Conjuracion de los indios para asolar á Buenos Aires y Santa-Fé.—VI Llega á su obispado el Iltmo. Fr. Juan Alonso de Guerra, carácter de este prelado.—VII. Fúndase la Concepcion del Bermejo, y la de San Juan de Vera.—VIII. Principio y progresos de la Fé.—IX. Estupendo prodigio de San Francisco Solano.

Luego que el capitan Juan de Garay, destrozó el ejército de Oberá sobre el Ipané con muerte de Guizaró, y apresó al sumo sacerdote, se restituyó triunfante á la Asunçion cargado de prisioneros, único despojo de la victoria. Era ya el año de 1579, y en el siguiente de 80, señaló á Ruiz Diaz Melgarejo sesenta soldados para levantar una colonia en el territorio de los Nuaras, gente pacífica, que usaban dialecto diferente del guaraní, con alguna diferencia de ritos y costumbres Habitaban en amenas y deliciosas campañas, las cuales desde entónces hasta el dia de hoy se llaman los Campos de Xeréz, poblados de hermosos pastales, para mantener numerosas crias de ganados.

En este sitio puso los fundamentos de la ciudad de Santiago de Xerez el capitan Melgarejo sobre una loma despejada que domina el Mbotetey, rio medianamente caudaloso, tributario del Paraguay sobre la márgen oriental en altura de poco mas de diez y nueve grados. No subistió mucho tiempo por las invasiones, de los Guatús, Guapís Guanchas y Guetus, naciones bárbaras que habitan los confines, que median entre las cordilleras y costa oriental del Paraguay, tirando al Norte. Despoblóse luego, pero la restableció á pocos años Ruiz Diaz de Guzman, autor de la Argentina manuscrita, mas hábil para el manejo de las armas, que culto historiador de los sucesos.

El mismo año de 1580 se reedificó la ciudad de Santa María, Puerto de Buenos Aires, tantas veces empezada y oprimida en su mismo nacimiento. No fió de otro la fundacion el capitan Juan de Garay: el mismo en persona bajó por el Rio de la Plata, y en un alto despejado que domina la playa de aquel imperial rio, en 34 grados y 36 minutos de altura, dió principio á la poblacion, llamándola ciudad de la Santísima Trinidad, Puerto de Santa Maria de Buenos Aires. Esta que en su primera infancia cuenta solo con sesenta pobladores, con el tiempo será cabeza de Gobierno, una de las mayores de América, y uno de los puertos mas frecuentados, y apetecidos de las naciones estranjeras por la utilidad del comercio.

Por ahora los querandis, habitadores del pais, se alteraron con la vecindad del español, y convocadas sus milicias, sentaron alianza con las naciones comarcanas, llamando en su ayuda algunas parcialidades de guaranís de la otra banda del rio. La convocatoria fué universal, y grandes los aparatos, compitiendo las naciones en los arreos de sus tejidos con algazaras, y griteria descompasada. Hallábase entre ellos Tabobá, cacique guaraní, distinto de otro de quien arriba hizo mencion la historia, y como era á los demás superior en valor y gobierno, segun el arte de su mi-

licia, se le fió el baston de Capitan General de las tropas, con juramento de obediencia hasta concluir felizmente la empresa.

Los indios trataron el negocio con secreto recelándose de Cristóbal Altamirano, aquel valeroso estremeño, de quien dijimos en la Década sexta, que quedó prisionero de los charrúas, y lo era al presente de los querandis. Pero como rara vez sucede, que secreto que se fia á muchos esté oculto, permitió Dios lo supiese Altamirano; y aunque era difícil poner en noticia de los españoles el estado presente de las cosas por la vijilancia del enemigo, sin embargo escribió con un carbon un billete, y asegurado dentro de un calabozo, fió el depósito á la corriente del riachuelo que baña la ciudad al lado del Sur. El lo encomendó á las aguas, Dios lo guió, y recibido por Garay, se enteró del contenido, y pudo prevenirse prontamente, para el lance que le esperaba.

El enemigo estaba tan inmediato que al dia siguiente arrimó sus tropas, y presentó la batalla. Peleóse con obstinacion de entreambas partes; los bárbaros arrojaron mechas de paja encendida en las flechas, y pusieron en confusion á los españoles, los cuales tenian que atender á las flechas que herian, y á los mechones de paja que abrasaban. Entre tanto las tiendas y pabellones de algodon, y cañamazo ardian á su vista, y no se podia remediar el daño. El aprieto era á la verdad grande por la confusion, y venciera el enemigo, si el valiente Juan Fernandez Enciso, no se entrara en el campo de la batalla, espada en mano, y con ella cortara la cabeza del general Taboba.

Muerto el capitan del ejército contrario, se derramó precipitadamente por la campaña, siguiéndose el alcance con tanto destrozo de los infieles que un soldado le dijo á Garay: "Sr. General: si la matanza es tan grande, quien ha de quedar para nuestro servicio? Ca, déjame, le respondió, que esta es la primera batalla, y si en ella los humillamos, tendremos quien con rendimien-

to acuda á nuestro servicio." Fué esta gloriosa victoria y destrozo del enemigo, en el sitio que hasta hoy llaman el Pago de la Matanza.

Sosegados los indios, y obligados á pedir la paz, se aplicó Juan de Garay á la construccion de la ciudad, fomentando con su presencia y direccion las obras. Por este tiempo, aunque no se sabe con certidumbre el año, se reveló contra su glorioso fundador la ciudad de Santa Fé. Eran cabezas de motin Lázaro Venialbo, Pedro Gallego, Diego Ruiz, Romero, Leiva Villalta y Mosquera,—grandes fabricadores de enredos. Como ellos penetraron desde el principio la dificultad de prevalecer contra Garay, procuraron ganar para sí á su mayor enemigo Gonzalo Abreu, gobernador de Tucuman sujeto bullicioso con demasia, que tenia sentimientos antiguos contra el ínclito fundador de Santa Fé, ofreciéndole la ciudad, si fomentaba con gentes sus intentos; y aunque no consta cuál fuese la intencion de Abreu, es cosa averiguada, que se carteaba con los rebeldes, y se dice que tiraba la piedra, y escondía la mano.

Los amotinados metieron fuego al negocio, y lo pusieron en sazon de lograr sus disposiciones. A hora señalada de la noche prendieron al teniente, al alcalde Olivera, y al capitan Alonso de Vera, por su mal gesto llamado cara de perro, sobrino del Adelantado de la Provincia. El cargo de teniente se le dió á Cristóbal de Arévalo, y el gobierno de las armas á Lázaro Venialbo, el cual seguia con violencia el partido de los amotinados, y logró brevemente oportunidad de encontrarse con su gobernador de armas, y de restituir el baston á su legítimo poseedor. El tentó vado, aseguró algunos que fielmente le ayudasen, y dando muerte á las cabezas del motin, repuso en sus puestos al teniente, y al alcalde. Con esto el tumulto se sosegó, y las cosas corrieron por su antiguo camino.

Tres años se demoró Garay en el puerto, metiendo calor á los arquitectos para que apresurasen las obras, y

atemorizando los infieles con su valor y fama. Toda la provincia estaba al presente ó al parecer en paz. Las inquietudes de Santa-Fé sosegadas con la diligencia de Arévalo y sus aliados: los indios humillados obedecian á los encomenderos, sin traslucirse rayo de conjuracion. En Buenos Aires no se esperimentaban las fatalidades que en otras ocasiones perseguian á los nuevos pobladores. Los querandís no daban ya cuidado; parte sosegó Cristóbal Altamirano, á cuya fé deferian crédito los infieles, para vasallo el mismo Garay con el terror de las armas. Cuando todo prometia bonanza, dejó el Gobierno del Puerto á Rodrigo Ortiz de Zárate, y salió camino de la Asuncion para visitar la provincia, entrado ya el año de 1584.

Acompañaban á su general algunos vecinos de la Asuncion con sus consortes, que se restituian á sus casas. Saltó una noche en tierra con su comitiva sobre el seguro de la paz, que habian dado los infieles, y recostados á dormir los españoles, el cacique Manuá, que observaba cauteloso los movimientos del español, se acercó con ciento cincuenta jóvenes, los mas arrestados de la comitiva, y dió muerte á Garay con otros cuarenta de los que le acompañaban. Perdió la provincia en Garay una gran cabeza para el gobierno, los pobres lamentaron la muerte de su padre, en cuyo beneficio espendia gruesas cantidades: los soldados, la de un excelente capitan, tan desinteresado en aprovecharse de los despojos, cuanto liberal en partir lo que tenia, hasta llegar á vender los vestidos de su mujer, para dar socorro á los necesitados. Fué hombre de gran corazon, sufridor de increibles trabajos, infundiendo en todos aliento con su ejemplo y palabras: de escelente disposicion en las batallas contra infieles, proporcionando con tanto acierto los medios á los fines, que no ha llegado á mi noticia empresa suya, que no haya concluido con felicidad y admiracion.

Muerto Garay, que en todos infundia espiritus marciales, se juzgó no subsistirian las ciudades de Santa-Fé

y Buenos Aires, y que los indios insolentes con la muerte de Garay se mancomunarían para asolarlas. En efecto, el mismo año de 84, se hizo leva de gentes, confederándose guaranis, quiloabas, mbeguas y querandis: juntáronse en tierras del cacique Manuá, para conferir los puntos mas sustanciales de la guerra, celebrando primero á su usanza, con banquetes y borracheras, la muerte de Garay. Hallábanse en el congreso los principales caciques de las naciones, Yamandú, Querandelo y el anciano Tinambalo, respetado por la antigüedad de las proezas; Tabolelo, Teru, Yaguatati y el valeroso Guayuzaló, de fama superior á los demás. Dos puntos principalmente confirieron en el congreso. El primero sobre la eleccion de capitan general, y la suerte de comun acuerdo cayó sobre Guayuzaló, cacique guaraní, que habia militado con crédito las guerras contra naciones enemigas. El segundo, cuál de las dos ciudades, Santa-Fé ó Buenos Aires, habia de ser acometida. Resolvióse con alguna discrepancia de votos, que Buenos Aires, dejando aplazado dia para concurrir en las fronteras del Puerto.

Los españoles tuvieron noticia de los aparatos del enemigo, y desde luego el teniente Rodrigo Ortiz de Zárate puso la ciudad en estado de defensa. Los infieles arrimaron su acampamento, y el dia señalado presentaron la batalla. El teniente los esperó, y en competente distancia mandó disparar la arcabucería contra los enemigos. El estrago fué grande, y el desórden de todo el ejército. El general Guayuzaló, recogió su fujitiva milicia, rehizo con presteza sus filas, y resistió algun tiempo valerosamente para desalojar los españoles; pero estos con mejor órden y armas mas ventajosas, cargaron con tanto ímpetu sobre los infieles, que destrozaron sus tropas, con muerte del general Guayuzaló.

Esta victoria fué de mucha consecuencia, el querandi salió escarmentado, y por mucho tiempo, no osó bloquear la ciudad, ni infestar las vecindades. Empezóse á gozar de paz, y la victoria se celebró con accion de gracias al

señor de los ejércitos y árbitro de las victorias, que esfuerza á los pocos para humillar en el valimiento de su brazo, la orgullosa multitud. En toda la provincia el júbilo fué universal, y comun la alegria, al ver rendido al poderoso querandi, que tantas veces obligó á desamparar el puerto, sitio el mas cómodo para mantener comercio con España.

Para que el júbilo fuese mas completo este año llegó á la provincia el Ilmo. señor D. Fray Juan Alonso Guerra, hijo esclarecido de la sagrada familia de predicadores. Algo mas de diez años habian corrido desde la muerto del Ilmo. señor Pedro de la Torre. Bien presto fué provisto fray Juan del Campo, del Orden Seráfico: pero el Cielo cortó para sí esta bella flor de observancia, antes de tomar posesion de su obispado. En su lugar diputó el Cielo un varon muy señalado, y ciertamente sobre los méritos de la provincia, digno sucesor del ilustre prelado fray Pedro de la Torre.

Este era fray Juan Alonso Guerra, el cual florecia en su convento de Guamanga oprimido de achaquez, pobrísimo entre la opulencia peruana: pero á la verdad rico de virtudes religiosas. Se escondia á los ojos de los hombres; pero Dios determinó ponerlo á los ojos del mundo sobre el candelero de su Iglesia. En veinte y siete de Setiembre de 1577, fué electo para la Diocesi del Paraguay: pero su extrema pobreza retardó algunos años la consagracion. Entre tanto, llegó el tiempo del tercer concilio Limense, y como era sujeto cabal en virtud, y letras, se juzgó necesaria su asistencia al Concilio.

Pero consagrado y venido al Paraguay, halló la Diocesi llena de corruptos humores y falta de aquel vigor, que le comunicaba, el espíritu de cristiandad. Aplicó su pastoral celo á purgar tanta redundancia de humores, y restablecerla en el santo vigor que profesa la religion cristiana. Como prudente cirujano, con suavidad curó las llagas, obligando á Dios con súplicas, y buenos oficios al pueblo. Pocas veces el celo se empeñó con

mayor solicitud, y rara vez se siguieron efectos mas perniciosos. Segunda vez intentó el Paraguay una accion ruidosa, que escandalizase la Provincia, y como se habia abierto una mala puerta á todo sacrílego atrevimiento, con la prision de su primer prelado, ahora intentó entrarse adentro con la del segundo.

El Alcalde ordinario de la ciudad, y algunos principales, á quienes debieron desagradar sus vicios, y no la santa integridad del ilustre Prelado, fueron los artífices de este escándalo y por sus manos, corrió la prision, la cual juzgo se efectuaria el año de 1586. No le faltó circunstancia alguna para que fuese ruidosa. El se encaminó al palacio episcopal acompañado de hombres facinerosos, llenando el aire de confusion. "Muera, muera gritan todos, muera el obispo." El capellan del ilustre Prelado, oido el tumulto, se asomó á la ventana, y se informó ocultamente del suceso. "Señor, vuelto al buen príncipe, señor le dice, conjuracion es de los vecinos contra su señoria Ilma. es el motin; la muerte maquinan, pues vienen gritando, muera, muera el Obispo."

Esta es la hora en que la Asuncion tuvo un testimonio á la vista de buena conciencia; porque el santo Prelado vestido de Pontifical, y abiertas las puertas á los sacrílegos, al encontrarse con ellos, les pregunta amigablemente, " *¿á quién buscais? Si yo soy, aquí me teneis.*" El buen Pastor, imitó á Jesus y ellos se pararon yertos con la animosidad del Prelado. Pero recobrados del sobresalto, consumaron el sacrílego atentado. Los unos le acometen con insolencia: los otros le ponen las manos en él, con impio atrevimiento, quien derriba al suelo la mitra, quien le despoja del báculo, y despedaza las sagradas vestiduras. El alcalde se apodera del preso y puesto en duras prisiones, le embarca en una balsa, para conducirlo al Puerto de Buenos Aires.

El mismo quiso ser el conductor, mirando á la mayor seguridad del preso, no fiando aun de los confidentes sus coadjutores. En la prision, el deposito, y mal tratamiento del Prelado, al parecer intentaba matarlo por el

dogal de la hambre, y sin duda lo consiguiera, si el cocinero del Alcalde, logrando las horas en que reposaba su dueño, no le ministrara algun alimento. Al fin ellos llegaron á Buenos Aires, y escandalizaron al Puerto con su entrada, que seria el año 1586.

Aquí fué donde Dios dió un sensible testimonio de su justicia, derramando instantáneamente sobre los sacrílegos agresores, el vaso de ira y venganza que atesoró en vista de tanta impiedad. El Alcalde murió repentinamente, parte de los cómplices experimentaron el rigor de la divina justicia, y parte el castigo de la humana. En pocos dias se vió el inocente obispo libre de acusadores, y no hubo uno que contra él se querellase, admirando todos aquel ejemplar de serena tranquilidad, que no inquietaron las olas de tantas calumnias, desacatos y atrevimientos. Al mismo tiempo fué elevado al Obispado de Mechoacan en la Nueva España, el cual gobernó seis años, con mayor fortuna que la Diocesi del Paraguay.

No le faltaron contradicciones que afinasen los quilates de su caridad, pero consiguió reformar en parte las depravadas costumbres del pueblo. Murió tan pobre como habia vivido, y si religioso no tuvo su pobreza para costear los gastos de la consagracion, le faltó siendo obispo para los funerales del entierro. No he podido averiguar qué papel hizo en la prision del Ilmo. fray Juan Alonso de Guerra, el teniente general de la Provincia. Eralo en la sazon Alonso de Vera y Aragon en nombre del adelantado Juan Torres de Vera, que aun no habia llegado de Chuquisaca. Me inclino á que no tuvo parte, hallándose en ese tiempo (como lo persuaden prudentes congeturas) distante de la capital, en lo interior del Chaco, acalorando la fundacion de la ciudad de Bermejo.

El nombre Chaco en diversos tiempos ha tenido variedad de acepciones con mayor y menor latitud de significado. Los indios que habitaban el conmedio que forman los rios Bermejo y Pilcomayo, llamaban Chacu al congreso y junta de vicuñas y guanacos que, levantados de los cazadores, y desfilados hácia el centro, con-

currian en el sitio destinado para la caza. De los animales pasaron los españoles el nombre al país, alterando la última letra, y llamándola chaco, con significacion tan limitada, que solo se extendia á la península que forman el Bermejo y Pilcomayo. Con el tiempo se amplió el significado, aplicándolo á una dilatadísima provincia que empieza á correr entre el Salado y el Paraná, desde la jurisdiccion de Santa Fé, abarcando los llanos de Manso, se dilata por la costa occidental del Paraguay, ocupando los paises intermedios por muchas leguas al Norte y Poniente: algunos le dan tanta estension que le hacen comunicable por las cabezadas del Brasil y Marañon, con Quito y Nuevo Reino de Granada.

Habitan el Chaco diversas naciones de infieles, varias en costumbres y ritos, diversas hasta la exterior contextura, y facciones de los rostros, cuyo catálogo omito por no fastidiar al lector con la escabrosa pronunciacion de nombres peregrinos. A su tiempo y en su propio lugar, la historia comunicará las noticias registrando con legalidad curiosa, las particularidades de cada una. Al presente, sólo es de mi asunto referir cómo el teniente general de la Provincia, Alonso de Vera y Aragon, á quien por su mal gesto decian Cara de Perro, fundó la ciudad de la Concepcion del Bermejo, en lo interior del Chaco. Habia recorrido el país,—año de 1583, en seguimiento de los guaranís y nocoguaques, que daban muestras de alzamiento con algunas hostilidades ejecutadas en los contornos de la Asuncion. Prendóse entonces del terreno, que ofrecía comodidad para levantar poblaciones, y deseó principiar una ciudad, para contener el bárbaro furor de los chaquenes.

Viéndose ahora con el gobernalle de la Provincia, por nombramiento del Adelantado su tio, determinó poner en obra lo que tenia premeditado. Escogió ciento treinta hombres y en su compañía, salió á 15 de Marzo de 1585 á correr la Provincia: pero halló poderosa resistencia en las naciones intermedias. Los guaicurús, los

nocoguaques, los mogosnes, los frentones y los abipones intentaron, con orgullo y valor, embarazar las pretensiones del teniente, pero acosados de la caballeria, se retiraron presurosos, cediendo la campaña á los victoriosos españoles. Estos llevaron sus armas al territorio de los Matarás, y en sitio ameno, y de pingüe meollo, situaron la ciudad de la Concepcion del Bermejo, á distancia de algunas leguas de este rio, hácia el Poniente, mas abajo de la laguna que llaman de las Perlas, casi en la derecera de la ciudad de Corrientes, que se fundó algunos años despues.

Al segundo año de su fundacion, llegó á la Provincia el adelantado Juan Torres de Vera y Aragon, á quien demoraron en Chuquisaca, dependencias domésticas. Halló en paz la Provincia, aumentada con nuevas colonias, principiadas por sus tenientes Juan de Garay y Alonzo de la Vera, su sobrino. Al siguiente año de 88, señaló ochenta soldados, á cargo de Alonso Vera el Tupí, otro sobrino suyo, para principiar una ciudad en la costa Oriental del Paraná, lo cual ejecutó con leve oposicion de los infieles que señoreaban el territorio, poniendo los primeros fundamentos de la ciudad, en altura de mas de veinte y siete grados y medio, en sitio delicioso, casi sobre la junta del Paraguay y Paraná, donde incorporados estos dos imperiales rios, corren por una madre sin confusion de aguas: ofreciendo á la vista delicioso espectáculo en una línea divisoria, que no da lugar por algunas millas á mezclarse los puros cristales del Paraná con las turbulentas aguas del Paraguay.

A la ciudad denominó San Juan de Vera: pero hoy suena poco ese nombre, habiendo prevalecido el de la ciudad de las Siete Corrientes, por otras tantas corrientes en que antiguamente se dividia el rio. Subsiste hoy dia esta ciudad con mas pobreza que número de vecinos, cuya estabilidad corrió desde el principio á cuenta del Cielo con un portento. Los españoles tomaron posesion en nombre de Cristo Nuestro Señor, erigiendo el sacrosanto madero de la Cruz en sitio distante del Fuerte, para

reparo contra los infieles. Arrimáronse estos en gran número para desalojar del sitio á los huéspedes, los cuales con valor y esfuerzo frustraron sus diligencias. Entonces uno de los infieles, que acaso descubrió el Santo Madero, esplicó su fúria contra él, aplicándole fuego para convertirlo en ceniza. Pero las llamas no empecieron la Santa Cruz y el sacrílego fué muerto de un balazo dirigido sin duda de superior brazo, á sitio tan retirado, que naturalmente no alcanzaba la bala, con el impulso que podia imprimirle la pólvora encendida. Consérvase hasta el dia de hoy el sagrado leño, y se llama en memoria del suceso, *la cruz del milagro.*

Por este tiempo ilustraban la Provincia algunos señalados varones, escogidos del Señor para ministros de su Evangelio, dotados de espíritu verdaderamente apostólico; entre los cuales sobresalian como el sol entre los inferiores planetas, Francisco Alonso de Buenaventura, Fr. Luis Bolaños, y el taumaturgo portentoso de la América, Sn. Francisco Solano, y por decir algo delo mucho que obraron, é historiar el estado en que se hallaban las cosas de la fé, cuando llegaron los primeros jesuitas, fieles obreros de la viña del Señor, será bien tomar mas arriba el agua, describiendo sumariamente la disposicion de los infieles para abrazar la fé, y recibir el santo bautismo.

Aquel gran padre de misericordias, y celador eterno de la salvacion de las almas, levantó años atras un indio guaraní por nombre Etiguará, de la ceguedad del gentilismo á la inefable luz de su conocimiento, instruyéndole de los divinos misterios y preceptos del Decálogo. Dotóle misericordioso del don de profecia, y de apostólico celo para anunciar á los paisanos el camino del Cielo y como precursor suyo empezar á correr el terreno anunciando las verdades que Dios, sin intervencion de maestro, le enseñaba. Decíales, cómo era enviado del altísimo para preparar los caminos á sus verdaderos ministros, que presto llegarian á sus tierras los profesores de aquella fé, que sus mayores recibieron del

Pay Zumé, y aquellos varones celestiales, hermanos suyos y propagadores de su doctrina, que tantos años hace esperaban en fé de la palabra que les dejó empeñada. Exortaba á que recibiesen con amor á los cristianos y á los predicadores evangélicos, que no tuviesen mas que una mujer, y que no se mezclasen entre sí los parientes. Ordenó cantares en su lengua, cuyo contenido era la observancia de los divinos preceptos.

Etiguará, con su predicacion, hizo tan prodigioso efecto en los paisanos (me persuado empezó sus apostólicas ejecuciones por el Mbiazá, y pasando á Huybay enderezó al Brasil) que cuando llegaron los primeros españoles, dieron muestras de singular regocijo. Limpiaban los caminos por donde pasaban: levantaban á la sombra de los árboles chozuelas para albergarlos: ofrecian de pobreza, lo que mas apreciaba su estimacion, y hay memoria que les quemaban inciensos. Por este lado hizo mayores progresos la fé, que en las vecindades del Paraguay, ya fuese por estar el terreno mas bien dispuesto: ya porque no habian pasado por las extorsiones de los encomenderos, que les retraian de la fé, pensando erróneamente, que al cristiano adherian (así lo imaginaban los de encomienda) las crueldades que con ellos usaban sus dueños.

Los primeros predicadores evangélicos fueron fray Bernardo Armenta y fray Alonso Lebron, hijos del glorioso Padre San Francisco, insignes operarios de la viña del Señor, llenos de celo y espíritu apostólico. Siguiéronlos despues los venerables y estáticos varones fray Alonso de San Buenaventura, y fray Luis Bolaños, cuya memoria hallo recomendada en nuestro Archivo de Córdoba con algunos instrumentos rubricados de su letra. Ambos llenos del espíritu del Cielo, vivian en contínua oracion y ardian de celo de la salvacion de las almas, de las cuales convirtieron millares á su Creador, y levantaron muchas iglesias, tomando posesion del terreno en nombre de Nuestro Señor Jesu-Cristo. Concurrió el Cielo á su predicacion con estupen-

dos milagros, y fueron vistos predicar á un tiempo en diversos lugares.

Ilustró la capital del Paraguay con su predicacion y milagros el portentoso taumaturgo, el celosísimo predicador evangélico San Francisco Solano, varon lleno de Dios, y arrebatado del celo de la salvacion de las almas. Hallábase en la Asuncion el Juéves Santo de 1589 en oracion cuando muchos infieles, amparados de las sombras de la noche, sobre el seguro de las santas ceremonias en que la pasaban los cristianos, se desfilaron á la ciudad con designio de prevenir los desarmados y dar fin con ellos. Reveló Dios á su siervo la intencion de los bárbaros, y saliéndoles al encuentro les predicó con tanto espíritu, que convirtió nueve mil. Suceso que ofrece muchos reparos: el hablar el santo en un idioma, y entender cada uno como si le hablasen el suyo: la instantánea mudanza de tantos millares, y, sobre todo, ver trocadas las armas que cargaban para ofender al español en instrumentos de penitencia para castigar el delito de su atrevimiento, viéndose juntos, en mútua conformidad, el lobo y el cordero, el indio agresor y el español acometido, sin decidir cuál era efecto mas prodigioso de la Gracia, si el templar aquél los ardores de su enojo, ó el contener éste los ímpetus de la venganza.

DECADA SEPTIMA

Parte Segunda

SUMARIO

I. Entra Hernando Lerma á gobernar la provincia y prende á Gonzalo Abreu el que muere en las prisiones.—II. Llega el Iltmo. Fr. Francisco de Victoria.—III. Excesos del Gobernador Lerma.—IV. Funda la ciudad de Salta.—V. El Iltmo. Victoria pasa al tercer Concilio Limense.—VI. Alzamiento de los indios de Córdoba, sosegado por Tristan de Tejada.—VII. Los excesos de Lerma motivan su prision.—VIII. D. Juan Ramirez de Velasco sucede á Lerma, y le toma residencia.—IX. Pacifica el Valle y Sierra Calchaquí.—X. Remite preso á la Córte á su antecesor Lerma, en cuya compañia pasa el Iltmo. Victoria.—XI. Orígen milagroso de la imágen del Cristo de la Matriz de Salta, y de la imágen de Nuestra Señora del Rosario del Convento de Predicadores de la ciudad de Córdoba.

Tucuman, al parecer, estaba concebido con infeliz horóscopo de malignos influjos; estos no eran pasageros de pocos dias, duraban años, y mas años, y el golpe descargaba principalmente sobre las cabezas. A Gonzalo Abreu, sucedió por Junio de 1580, Hernando de Lerma, caballero sevillano: estaba dotado de brillantes prendas, tenia subidos méritos y daba esperanza de pacífico gobernador; él era antes de su asumpcion al gobierno muy semejante á Abreu, y lo fué despues que empuñó el baston. No será fácil discernir, quién fué mas descabella-

do, pero es indudable que Lerma tuvo estravíos muy exhorbitantes.

El primer ejercicio de su empleo, fué prender á Gonzalo Abreu y ponerlo en crueles prisiones con dos pares de grillos, ordenando que, guardas de toda satisfaccion, velasen sobre su seguridad. Ocho meses duró la prision penosa por naturaleza é insoportable en las circunstancias, especialmente porque Lerma la hacia mas pesada negándole toda comunicacion con las personas que podian aliviar sus tristezas con algun lenitivo, sin permitirle unas medias, para mudarse, en ocasion que se hallaba consumido de niguas con el maligno efecto que causan. Clamaba el infeliz inútilmente, porque Lerma intentaba darle con martirio prolongado, lenta muerte. "Miren, Sres., decia, que nos conviene acabar con Gonzalo Abreu y matarlo, porque si otra cosa hacemos no tendremos seguridad en nuestras haciendas, hijos y mujeres." Tres veces le puso á cuestion de tormento, mandando que se escediese el ordinario peso con impiedad tirana, y que no se mitigase con benigna interpretacion su órden. Causaba, á la verdad compasion, y todos la tenian del miserable, y porque Garay Rodriguez medió con ruegos para que se le minorara algo del peso: "*Cá quítese* de ahí, le dice, que no sabe nada de eso, dejarme á mí, que sé lo que hago!"

No bastó tanto rigor para que Abreu confesara. El se obstinó en no hablar palabra contra su persona, y y Lerma se endureció para no mitigar los tormentos: "Voto á Dios, decia Lerma, que ese Gonzalo Abreu es el demonio: yo le conozco desde Sevilla: él es de la piel del diablo y con todo el tormento que se le dá no ha querido confesar." Lerma prosiguió en la crueldad de los tormentos, y el infeliz Abreu murió infelisisimamente, pagando con fin tan lastimoso, la tiranía con que trató al ínclito D. Gerónimo Luis de Cabrera. Tanta verdad es que á sangre y hierro muere, quien á sangre y hierro mata.

Por este mismo tiempo llegó á su diócesis el Illmo. Fr.

Francisco de Victoria, lustre heróico de la órden de predicadores en su Provincia de Lima, sujeto de literatura consumada y singular talento de gobierno. Habiendo su Ilma. despachado por delante á D. Francisco de Salcedo, dean de la Catedral, con título de Administrador del Obispado, el cual pasó al principio buenos oficios con el Gobernador, hasta que los malsines con hablillas lo malquistaron. El Gobernador, revestido de enojo y cólera, le negó la dignidad de Deanato y el título de Licenciado, alegando para lo primero que su Magestad sólo habia concedido licencia para señalar cuatro beneficiados y no cuatro dignidades, y para lo segundo, que exhibiese el título del grado, que no constaba hubiese recibido en alguna Universidad. Banderizóse la ciudad, siguiendo los unos al Gobernador por lo que esperaban y los otros al Dean, abrazando mas la razon que el interés.

El Dean, conociendo el génio arrebatado del Gobernador, se ausentó de su presencia á la ciudad de Talavera, quedando sus fautores á discrecion de un émulo poderoso, que hallaba razon de perseguir, en negar la aprobacion á los dictámenes de su crueldad. Contra ellos convirtió los azares de la venganza, tratándolos con tanto rigor, que enfermando algunos caballeros en la Cárcel, ordenó al Alcalde no los sacara del cepo, ni le avisara de su muerte, hasta despues de tres ó cuatro dias. Su ira se estendia de los culpados (si es que puede haber culpa en negarse á una injusta condescendencia) á los parientes y conocidos. Los escribanos, tuvieron mala cabida con él, y porque algunos se negaron á rubricar con su firma instrumentos de iniquidad, fueron despojados de sus bienes y puestos en el cepo de cabeza.

Francisco Ramirez, era criado suyo: á su dueño servia con fidelidad y obsequiaba en cuanto licenciaba Dios y permitia el derecho de la Justicia. No obstante las buenas prendas del siervo cayó en desgracia de su amo. Todo su delito fué asistir de testigo ante el Administrador del Obispado, y esto le hizo caer de la gracia del Gobernador

y fué causa de pagar su culpa con el castigo de horca. Menos delito le bastaba para la confiscacion de bienes y despojo de las haciendas: el solo no condescender con su antojo era sobrado para un ambicioso, un tirano y un hombre sin respeto al Rey y sin temor, á Dios.

El dejó memoria de muchos casos, harto escandalosos, entre otros, un buen sastre, apesar de su habilidad y talento, libra desgraciadamente por las hechuras de un jubon. Mandóselo hacer el Gobernador: el oficial lo cortó á la medida, lo cosió con prontitud, y luego se lo trajo. Todas eran unas diligencias que le podian acreditar de liberal en el trabajo y de hábil en su ejercicio. En efecto la maniobra salió muy del agrado del Gobernador, mereció su complacencia y llevó su aprobacion. El se puso el jubon y paseándose por la sala: "en lo que toca al jubon, dice, cierto es que está á mi gusto, pero tú eres un buen sastre, mal hombre y grandísimo bellaco, y si cuando venga de Salta, te hallo aquí en Santiago, yo te haré un juego que te acordarás de mí." El lo dijo, y el sastre lo tomó tan sériamente, que antes que Lerma saliera á la fundacioa de Salta, se ausentó de Santiago, dejando en manos del Gobernador las hechuras por no esponer su vida á peligro de muerte.

No solo con semejantes personas era atrevido el Gobernador Lerma: á los sujetos mas respetables perdia todo decoro, y trataba con términos poco respetuosos. Los oidores, en su boca eran bachilleres, eran ignorantes y al fin hombres que no sabian su mano derecha. El año de 1582 despachó la Real Audiencia, provision de algunas ordenanzas, cuya sustancia era el arreglamiento de la Provincia, que era bien necesario, pues tanto desórden y libertad habia reinado desde el principio. No reparó en eso Lerma: él poco cuidaba del arreglamiento, y sólo trató de escribir á los jueces de las ciudades, que no las obedecieran.

Pedro Sotelo de Narvaez, tuvo algunos encuentros con él, y desesperado de hallar justicia y de reducirlo á sanos conceptos, pasó á la ciudad de Chuquisaca. Cuando

con favorables provisiones se restituia á la Provincia, "venga en hora buena, repetia Lerma, que con sus provisiones al cuello, le mandaré poner el rollo." No tienen cuenta los atrevimientos de este hombre, ni persona, ni fueror espetaba y de todos era sacrílego transgresor. Los escesos llegaron al último estremo de maldad, los fieles frecuentaban las iglesias, suplicando al Señor por la defensa de su causa, librando su escogido rebaño del Lobo carnicero, que todo lo despedazaba, honras, haciendas y vidas, traspasando todos los derechos humanos, natural y divino

El Dean Salcedo que se habia ausentado á Talavera se refugió en el Convento de Nuestra Señora de la Merced, morada de santidad y asilo respetable á la insolencia mas audaz. Nada bastó á contener nuestro Gobernador. De su órden, Antonio Mirabal, hombre desalmado, se fué al Convento de la Merced con sus compañeros, injustos ministros de justicia, tan arrestados á cualquiera sacrilegio como su capitan. Hallábase en la sazon enfermo, postrado, enteramente ageno del caso y entrado Mirabal á la celda: "levántese de la cama, le dice, y dése preso por el Gobernador." El Dean con eclesiástica entereza se armó con la inmunidad de su fuero. Pero ese era poco arnés para un ministro de Lerma. "Levántese, repite, que sinó lo llevaré arrastrando." El lo dijo y él lo ejecutó, asiéndole por los cabezones.

Al ruido y tropel de gente salió de su celda el padre Fr. Felipe de Santa Cruz, varon autorizado, comendador del convento, y convertido al Ministro de Justicia; "así Mirabal, le dice, se trata á un Dean, y Administrador General del Obispado?" Mirabal poco embarazado con la entereza, y gravedad respetable del Padre Comendador, respondió en pocas palabras con una desenvoltura, que no se esplica con muchas: "esperad perro, le dice, que luego volveré por vos." Asegurado el Dean á satisfaccion, volvió al convento con el mismo tropel, y sacó preso al Comendado con otros religiosos y clérigos: cuyo encarcelamien-

to duró hasta que el gobernador Lerma salió cargado de prisiones para Chuquisaca. Entre tanto el Illmo Victoria se consumia y el celo de la casa de Dios abrasaba su corazon. Las ciudades envueltas en disturbios: los tribunales sin justicia: el gobierno en manos de un tirano: las iglesias profanadas: la inmunidad despreciada: los ministros del Señor en prisiones: las armas eclesiásticas sin vigor: hacian su piadoso corazon eco lastimoso que avisaban el dolor con la memoria del mal que cundia y la imposibilidad del remedio.

A los dos años de su gobierno trató Lerma de levantar una colonia en el Valle de Salta, sacando para el efecto los principales pobladores de las ciudades. Fueron en su compañia el Ilmo. Victoria, que pasaba al tercer concilio Limense, el R. P. Fr. Bartolomé de la Cruz del Orden Seráfico, y el R. P. Fr. Nicolás Gomez comendador de la Merced. Corrió voz que el Gobernador queria salir al Perú y pasar á la Audiencia para purgarse de algunos delitos que gravaban su conciencia. No faltará quien se persuada que salió convoyando cuarenta mil pesos estraidos de algunos besamanos y contribuciones que caminaban en la presente ocasion de su cuenta. Al principio se dificultó sobre la situacion de la ciudad, queriendo unos levantarla en el valle de Calchaquí para freno de estos bárbaros: otros en un ameno valle que media entre los rios de Arias y Siancas, al Oriente de Calchaquí sobre unas cienegas (que por acá llaman tagaretes) de cualidades noscivas á la salud, que hacen el estelaje poco apetecible.

El General se inclinó al sitio hallando razon de congruencia en la facilidad conque podian defenderse del enemigo con el reparo de los tagaretes, que dificultan hasta el dia de hoy el paso, y solo lo franquean por las estacadas, que ingenió la industria. Dióse princípio á la ciudad en 17 de Abril de 1582, llamándola la Ciudad de Lerma en el valle de Sal-

ta de la provincia de Tucuman. No cuidó mucho Lerma de señalar Patron á la nueva colonia, satisfecho al parecer con tenerla á la sombra de su nombre. Seis meses corrieron desde su ereccion hasta que se puso á la tutela y patrocinio del glorioso San Bernardo. En treinta de Setiembre se sortearon algunos santos por mano de Petronila Bovadilla, niña de pocos años, la que sacó al glorioso San Bernardo.

No obstante, la ciudad no lo tiene por primer patron; su fiesta solemniza con sermon y misa en una capilla que está fuera de la poblacion, reconociendo por su principal patron á San Felipe Apostol, en cuya víspera se saca el real estandarte y la ciudad de su nombre llama San Felipe de Lerma.

La situacion fué en su principio muy oportuna para el reparo contra los acontecimientos de los bárbaros. Los salteños, los jujuyenos, pulares, cochinocas, los homaguacas y calchaquís, molestaban con frecuentes invasiones á los sesenta españoles, priméros pobladores de la ciudad. Y aunque estos se fatigaban venciendo los indios, no se cansaban los indios por verse vencidos, repitiendo, con repentinos asaltos, las tentativas de sorpresa. Pero como los ciudadanos velaban sobre los pasos, sin daño propio lo causaban en los sitiadores, los cuales se desengañaron conociendo, por experiencia, que en la guerra no dá la victoria el número crecido de soldados; sinó la vigilancia y destreza, la mejora de armas y valentia en manejarlas. Al fin se rindieron á capitulaciones de paz con la ventaja de condiciones que prescribe el vencedor, imponiendo leyes al vencido.

De Salta pasó á Lima el Ilmo Fr. Francisco de Victoria al tercer concilio Limense, convocado por el santísimo arzobispo Santo Toribio. Era deseada su persona bien conocida en la Ciudad de los Reyes por su virtud y literatura, mereciéndose entre aquellos héroes esclarecidos las primeras atenciones. No es de mi asunto liquidar la justificacion con que procedió

en las controversias que se ofrecieron contra el obispo del Cuzco, que latamente propone el Dr. D. Francisco de Montalvo en su *Sol de nuevo mundo*, en cuya pluma hallo denigrada la fama de nuestro esclarecido obispo. Defiriéramos á este escritor entero crédito, si no hubiéramos notado en él ser de aquel género de autores que sólo hallan aplausos para los errores, que elogian en el abatimiento y censura de sus coestaneos.

Confesamos ingenuamente que el señor Victoria fué de dictámen opuesto al glorioso Santo Toribio en la causa del Obispo del Cuzco; pero advertimos que la controversia principal era si el concilio podia sustanciar su causa ó era privativamente de la Santa Sede. Esto último defendia Santo Toribio; lo primero el Obispo de Tucuman con el Obispo de las Charcas en las causas menos criminales, cual era la del Obispo del Cuzco. Pero el Dr. Dn. Francisco Montalvo estrae de sus quicios la controversia y por ensalzar la reverencia y sumision de Santo Toribio á la Santa Sede, sometiendo á su Juzgado la causa, no reparaba en atropellar los justificados procederes del Señor Victoria como si fuera incompatible con la Santidad de Santo Toribio, errar como hombre, obrar como santo.

Cuando volvió de Salta el capitan Tristan de Texada, que habia asistido con el gobernador Lerma á la fundacion de aquella ciudad, halló en Córdoda la novedad de haberse alzado los naturales de ese distrito. Los indios de Tíntin, los de Cosle, los de Conlará, y Tulian, los de Nondolma, Conchuluca, Quisquisacat, Tunun y Cantacalo, nombres el dia de hoy peregrinos y casi del todo borrados de la memoria de los hombres, se habian solevado conspirando todos contra los pobladores de Córdoba, dando principio al alzamiento con la muerte de un religioso y de algunos yanaconas de servicio. Tenian el terreno lleno de emboscadas, segun la oportunidad del sitio para lograr la ocasion, segun dictase la ocurrencia de los sucesos. Sobre esto, multitud

de infieles tenian su campamento en el Morro, camino de Chile, donde los buscó el capitan Tristan de Texada, y presentada la batalla derrotó á los enemigos, con tanta felicidad que dió sobre sus emboscadas, y, sin daño de su milicia, puso en huida al ejército principal y los que estaban en las celadas.

Casi por el mismo tiempo, que seria á fines de 1583, el gobernador Lerma, restituido de Salta á Santiago, ejecutó la prision del reverendo padre fray Francisco Velazquez, de la órden de Predicadores, á quien el Illmo. Victoria dejó por Administrador de su Obispado. Bien tanteado tenia el génio del Gobernador el reverendo padre fray Francisco, y aunque procuró en lo lícito contemporizar á la delicadeza del sujeto, pero ninguna suavidad es bastante para que el encono de una llaga no se resista. A pocos lances se sintió, se querelló, y dió muestras que ténia uñas de leon para despedazar la presa. Refugióse con fray Francisco de Solis á la Catedral, pensando hallar asilo en el acatamiento de venerable Sacramento del Altar: pero no le valió: intenta con sacrílega osadia sacarlo: participó la determinacion á los ministros de justicia, y porque éstos respetaban la santidad del lugar, les mandó prender, y tomando otros mas de su genio por ser mas arrestados, prendió ignominiosamente al Administrador y su compañero.

La voz de tantas maldades y el respeto perdido á los Superiores Tribunales, llegó á Chuquisaca, cuya Real Audiencia en seis de Noviembre de 1583; dió comision al capitan Francisco de Arévalo Briceño, alguacil mayor de la audiencia de las Charcas para prender al gobernador Lerma, y pasarlo á Chuquisaca, para tomarle residencia, y hacerle los cargos correspondientes á sus procederes. Efectuóse la prision sin ruido, alegrándose todos de ver al lobo enredado en los lazos que tenia prevenidos para ellos. Fué llevado á Chuquisaca al año siguiente de 1584, donde se le empezó á residenciar: pero llegando el juez de residencia á cuyo tribunal privativamente pertenecia la causa,

levantó mano la Real Audiencia, y fué conducido en prisiones á Tucuman.

Este era el ínclito y esclarecido Don Juan Ramirez de Velazco, en cuyas venas latia la nobilísima sangre de los Reyes de Navarro; sujeto benemérito por sus servicios en las campañas de Sena, Milan, y Flandes, en el alzamiento de los moriscos de Granada, y en la conquista de Portugal: habia hecho doce viajes á las Indias y contaba treinta años de servicios calificados, en utilidad de la Monarquia. Era caballero muy cristiano de rectitud inflexible, y de ingénita conmiseracion con los pobres indios. Ni la necesidad de la provincia lo podia desear mejor, ni otro de mejores prendas fuera adecuado á las circunstancias del tiempo. Necesidad de todas las ciudades, le traia al Gobierno de Tucuman, y la residencia de su antecesor, cuyos excesos habian llegado á la Corte, y sus atentados, escandalizado á los tribunales superiores.

No pudo llegar á Tucuman hasta el año de 1586, y trajo en su compañia de Chuquisaca al gobernador Lerma, para entender en su residencia, comision principal de su empleo. Desde luego aplicó todo su desvelo á dar ser á la descuadernada provincia. Ganó la voluntad de los conquistadores y escribió á su Magestad los servicios de cada uno, para que los premiara segun la graduacion á los méritos, con tanta limpieza y desinterés de su parte, que no advirtió la vista mas lince el menor indicio de codicia. Restableció el estado eclesiástico en su debido resplandor, convidando con espresiones de singular veneracion á los ministros del Señor que se habian ausentado de la provincia, para que se restituyesen á sus ciudades. Mereció el primer año de su gobierno la entrada de los primeros jesuitas, de que hablaremos en la tercera parte de esta década, tratándolos como amorosos padres en cuya compañia entró á la conquista de Calchaqui el celosísimo y venerable siervo de Dios, padre Alonso Barzana con el feliz suceso que luego referirá la historia.

El bárbaro Calchaqui estaba á la verdad orgulloso desde el tiempo del gobernador Castañeda: algunas veces dió la paz, pero una paz forzada, y verdaderamente fingida. Infestaba de contínuo con ligeras compañias la ciudad de Salta, y no malograba ocasion de hacer todo mal á los españoles. Silpitocle era cabeza de los amotinados y capitan de las tropas, que disponia con estratagemas al uso de su milicia. En efecto, daban cuidado y causaban sobresalto, especialmente á Salta, de cuya existencia pendia la comunicacion franca con el Perú. Bien hubiera querido el nuevo Gobernador enfrenar desde el principio la osadia del Calchaqui: pero la vista de la provincia y la causa de Lerma, gastaron el tiempo y ocuparon la vigilancia.

El año de 1589, tercero de su gobierno, cuando el Calchaqui, mas insolente con la tolerancia hacia mayores aprietos para arruinar la ciudad de Salta, al frente de cien españoles y trescientos indios flecheros salia á campo el valeroso Gobernador, llevando en su compañia al incomparable varon, el celosísimo padre Alonso Barzana. Este apostólico varon, que nos recreará en adelante con sus empresas gloriosas, tenia pensamientos muy diversos que el Gobernador. Este queria domar la cerviz altiva del insolente Calchaqui con el estrago de las armas, el padre Barzana meditaba pensamientos de paz y reconciliacion: intentaba con buenos términos amansar la ferocidad del sañudo leon.

El negocio era sobre toda humana diligencia y propio del omnipotente brazo de Dios. A él solo lo fió el padre Barzana, y con oraciones obligó la clemencia del Soberano, para que hiciera su causa ayudándole en las empresas de su gloria. En el nombre, pues, del Señor de los Ejércitos se adelantaba el pacífico Salomon á los españoles, y se presentaba intrépido al ejército calchaqui. Qué dialecto usaba: qué cosas les decia, no han llegado á nuestros tiempos. Pero un gran siervo de Dios fácilmente se dá á entender, y con pocas palabras dichas sencillamente, consigue maravillosos efectos.

Los calchaquis se armaban de arco y flecha para matarle; pero con pocas cláusulas, que el espíritu del Señor hacia poderosas, desarmaba agresores, y se arrojaban á sus piés como mansos corderos, protestando ellos mismos, que un no sé qué superior á su comprension, los intimidaba y embarazaba el ejercicio de las armas. No una sinó muchas veces, con iguales sucesos, repitió esta accion y era necesario renovarla en todas las parcialidades del valle y sierra, que hacian cuerpo de nacion separado, y estaban sujetos á distintos jefes. Vez hubo que estando los ejércitos español y calchaqui para presentar la batalla, se interpuso el padre Barzana, los desarmó y redujo á capitulaciones de paz.

Todo el valle y sierra quedó allanado á esfuerzo de su fervoroso celo. Jamás las armas españolas hubieran conseguido efecto tan presentáneo. En pocos dias rindieron homenaje los mas rebeldes y mas atrevidos indios de la provincia y sujetaron su orgullo al pesado yugo de servidumbre. Con esto el gobernador Velasco se restituyó á Santiago, capital entonces de la provincia, y entendió con desahogo en las cosas de su gobierno.

Gozóse de tranquilidad y bonanza en las cíudades á la sombra de un gobernador verdaderamente prudente y respetable. Los indios de encomienda convertian la laboriosidad en útiles emolumentos de la provincia. Trabajábase en los obrajes de lana, y en el beneficio de los tintes, cuyos efectos transportados al Perú, se convertian en oro y plata. Embarazosa cuestion fuera averiguar si los antepasados fueron mas ricos y abundantes que los presentes. Lo cierto es que fueron mas laboriosos y tuvieron corrientes las maniobras que utilizaban incomparablemente á la provincia.

Hoy en dia, todo se atribuye á la falta de gente para el entable de obrajes para el beneficio de los tintes, y cultivo de las heredades. En efecto, los jornaleros escasean porque abundan los ociosos, los jugadores y ladrones sobre ciertas fianzas de impunidad. Mucho

pudiera remediar un celo sincero y desinteresado que mirara á Dios, á la monarquia, y utilidad de las ciudades. Y ese es puntualmente el mal que remedió, aun antes que se palpasen sus daños, nuestro gobernador Velasco. El era leal, y fiel ministro, que no hacia escala para los ascensos de la plata que tiraba, sinó de los méritos y servicios que le engrandecian.

Uno de los mayores servicios y mas conducentes para la quietud de la provincia fué despachar preso á la Corte á su antecesor Lerma. El Iltmo. Obispo le acompañó tomando la causa de su Iglesia por suya para solicitar en el Supremo Consejo de Indias, satisfaccion á los agravios hechos á los eclesiásticos, y sacrilegios cometidos contra la Iglesia. Ambos fueron la admiracion de la Corte: el uno con el exceso de sus atrevimientos: el otro con la edificacion de sus virtudes. Ambos murieron con alguna diferencia de tiempo. El gobernador Lerma en prisiones, con tanta pobreza, que no dejó con que enterrarse: el señor Victoria, rico de merecimientos en la libertad de Hijo de Dios, cuya dichosa alma trasladarian al Cielo los ángeles, y los pobres de su diócesis, en cuyas manos depositó todas sus rentas.

El Cielo dió un ilustre testimonio de las virtudes de este dignísimo prelado en un portento que se conserva autorizado en la Iglesia Matriz de Salta. Habia el señor Victoria mandado hacer de talla entera en España dos estátuas, una de Cristo Crucificado para la Matriz, y otra de Nuestra Señora del Rosario para el convento de Predicadores de Córdoba. El mismo año de su muerte, que lo fué el de 1592, se descubrieren desde el Callao, dos arcas surcando el mar á impulsos de una invisible mano que las traspuso en la ribera. Al principio la admiracion entorpeció las manos, hasta que libre de aquel primer susto, juntos los porteños que convocó la novedad del suceso, notaron sobre las arcas dos inscripciones rubricadas con la firma del señor Obispo, que espresaban el tesoro escondido de las dos imágenes, y el término á que las destinaba su ilustre dueño. Veneráronlas los por-

teños, y dando parte al Gobernador y al Virey de Lima el marqués de Cañete, fueron conducidos á sus propios lugares, Salta y Córdoba, donde se veneran en ellas duplicando el portento de compasion en la una, y devocion en la otra.

DECADA SEPTIMA

Parte Tercera

SUMARIO

I. Entrada de los primeros jesuitas á Tucuman.—II. Efecto de su fervorosa predicacion.—III. Mision del padre Barzana á los rios Salado y Dulce.—IV. Pasan los padres á Córdoba en compañía del Iltmo. Obispo.—V. Llegan nuevos operarios por la via del Brasil.—VI. El padre Barzana y el padre Ortega, salen á mision por la Sierra de Córdoba.—VII. Vuélvense los padres á Santiago y repartimiento que se hace de los misioneros.—VIII. Fruto que recogieron los primeros jesuitas en el Paraguay.

Ya dejamos insinuado el estado miserable de la Provincia: las armas de continuó en las manos, y las disensiones civiles enteramente avocaban así el cuidado con abandono total de las almas. Los indios gemian con el yugo del servicio personal, y no se hallaban en estado de atender á las cosas de la Religion. Los celosos lamentaban los males, que cundian sin término en la Provincia, suspirando por ferverosos operarios que cultivasen el erial de los humanos corazones, esterilizados con la falta de beneficios. Ninguno mas empeñado que el reverendo fray Francisco de Victoria, á quien movió el celo pastoral que abrasaba su pecho á solicitar del pa-

dre Baltasar de Piñas, provincial del Perú, algunos jesuitas para el cultivo de su obispado.

Las súplicas, aunque eran instantes y justificadas, no surtieron efecto hasta despues de tres años, pues ese tiempo se necesitó para madurar negocio de tanta consecuencia: al modo que lentamente y poco á poco obra sus mayores prodigios la naturaleza. Llegó finalmente el año de 1586, cuando la dolencia de la provincia pedia remedio mas ejecutivo: cuando las súplicas del Illmo. eran por mas eficaces, mas ardientes: cuando era cumplido el término que tenia el Autor soberano, cuando el gobernalle de la provinca peruana recayó en el celosísimo padre Juan de Atienza, que conociendo la justicia de la causa y la obligacion de satisfacerla, señaló dos sacerdotes, los padres Francisco Angulo, superior y comisario del Santo Oficio, y Alonso Barzana y al hermano Juan de Villegas, que sin aumentar el número de sacerdotes, acrecentó el de celosos misioneros.

Añade el padre Posino, y el ministro Gil Gonzalez Dávila, otro cuarto jesuita, cuyo nombre pasan por alto, y dejan desconocido: opinion que hace poco verosímil lo que dice, con la omision del nombre que calla. Otros siguiendo el parecer del venerable padre Maciel de Lorenzana, sujeto antiquísimo de la Provincia, y varon de santidad conocida, pretenden fuese el padre Juan Gutierrez; pero el silencio que de él guardaron nuestros historiadores Juan Lastra y Nicolás Techo: la inaccion de este sujeto en tiempo que tanto habia que obrar, sin noticia de los empleos que ejercitó: y el olvido de las antíguas relaciones memoriales de los sucesos, niegan callando su venida, y dificultan el asenso. Partieron, pues, de su provincia peruana á la de Tucuman, los tres arriba nombrados, y entrando en Salta y en Talavera de Madrid, Esteco por otro nombre, hicieron en pocos dias mudanza tan considerable, que ambos se equivocaban con Nínive, mas que en el nombre, en el traje de penitencia y reforma de costumbres. Pasaron á Santiago, donde el señor Victoria los recibió con un *Te-deum laudamus* en ac-

cion de gracias, y subiendo al púlpito con la natural elocuencia y persuasiva de que le dotó el Cielo, habló en esta forma:

"Años hace que mi corazon suspira por este dia, en el cual gozo del colmo de mis deseos. La dicha y felicidad igualmente puede decirse mia, que llamarse vuestra. Mia, porque Dios me envia coadjutores en los empleos de mi oficio: Athlantes en cuyos hombros descanse el firmamento de mi Iglesia: Apóstoles que renueven en las envejecidas costumbres del cristianismo y dilaten la fé de Jesu-Cristo entre los infieles. Vuestra es tambien, y con mayor propiedad, porque la venida de estos venerables padres, es para utilidad vuestra, y provecho de todos. La virtud abandonada, el vicio coronado, el cristianismo desfigurado, no pedian menos remedio que el de varones tan esclarecidos, de los cuales las ciudades vecinas por donde han pasado publican cosas grandes, que halla superiores el registro de los ojos á los clamores de la fama. No pretendo poneros delante vuestros vicios para daros en cara con ellos: siquiera que metiérais en el ceno la mano, y al reconocerla leprosa, os acordarais de lo que sois, sin olvidaros de lo que debeis ser á fuer de cristianos.

"Las ciudades vecinas, y puedo sobre seguro añadir las mas remotas (con razon ó sin ella, pensadlo vosotros) llaman á éste jardin de Vénus, sobrenombre que dice poco, y significa mucho. Otros la apellidan féria de codicia, teatro de tirania, y aborto de religion cristiana. Epítetos de la fama pública con descrédito vuestro, y debian moveros á borrar en el lienzo de la fama, mancha tan infame. Confieso que lo enagenados que vivísteis hasta este tiempo de vuestras obligaciones se puede paliar con la falta de sacerdotes, que cultivarán el terreno de vuestros corazones: pues la tierra mal beneficiada se esteriliza y revienta en abrojos y maleza, escusa que no ha lugar en lo porvenir. El Cielo os envia doctores contra la ignorancia de vuestras obligaciones: Médicos contra las dolencias de vuestras almas: predicadores

que os anuncien los misterios de la fé: padres, que se compadezcan de vuestras miserias, para remediarlas; y ministros evangélicos con los poderes de Dios para socorro de vuestras necesidades.

"No quiero encomendaros el respeto debido á sus personas. Sobran palabras, donde la soberania, sin altivez de sus rostros, y la magestad, sin átomo de presuncion, infunden respeto, y cautivan veneracion. No encargo la puntual asistencia á sus sermones: pues el mendigo no espera que le llamen, ni que le rueguen el necesitado, su misma pobreza le golpea á las puertas del corazon con fuertes aldabadas, para que prevengan las horas del socorro. Solo os pido que sepais lograr ocasion mas oportuna como Dios os envia misericordioso para utilidad de vuestras almas." Asi esplicó el celoso obispo, el superior concepto, que de los Padres habia formado y la esperanza que de la reforma de su obispado tenia concebida. Confirmóse en su pensamiento, cuando, á pocos dias, oyó predicar al apostólico padre Alonso Barzana.

Este insigne varon, discípulo en sus primeros fervores del venerable padre ministro Juan de Avila, habia corrido con gloriosas misiones la Andalucia y gran parte del reino peruano, convirtiendo muchos pecadores á vida cristiana y al conocimiento del verdadero Dios, los infieles. La fama de su virtud y opinion de santidad era grande, su espíritu y celo superior á la fama. Los dotes, que hermoseaban el candor de su alma, eran conocidamente sobresalientes: magestuoso en el aspecto, suave en la conversacion: humano y afable en el trato: cortado al gusto de todos y singular con ninguno. Prendas, que, en sentir de los que le conocieron, le harian vivo retrato de San Francisco Javier, cuyas huellas siguió tan de cerca, que solo la distancia entre Oriente y Mediodia pudo distinguirlas, pero no diferenciarlas.

Este varon, á la verdad, grande vaso escogido del Señor para heróicas empresas de su gloria, el Domingo

inmediato y siguientes fiestas ocupó el púlpito. La palabra de Dios no salia de sus lábios vacia, y como estaba preñada del espíritu divino y era de eficacia penetrativa, no hallaba resistencia en la obstinacion mas rebelde. En el auditorio los suspiros eran frecuentes, y las lágrimas de arrepentimiento lavaban las manchas de los pecados. La mudanza de la ciudad fué bien considerable; apenas se conocia cual fué Santiago, sino por las reliquias de lo que habia sido. Ante todo era galas y profanidad: todo usuras y ladronicios, todo lascivias yamancion cebamientos. Ahora, trocada la escena, se veia moderacion en los trajes: enlos tratos, justicia: honrada fidelidad en las palabras, y en las operaciones cristianas, religiosidad. Mudanza que pedia muchos años y se concluyó en pocos dias, supliendo la industria y fervor de los misioneros, la brevedad del tiempo, con admiracion del señor Obispo, que apenas creia lo que evidenciaban los ojos con la esperiencia.

El Ilmo. Prelado, en vista de operaciones tan santas, concibió sublime idea de los misioneros, superior á la que esplicó al pueblo el dia de su venida: y no solo en público y secreto se esplayaba largamente en elogios de los nuevos obreros, sinó que dió un testimonio honorífico del sublime concepto en que los tenia, escribiendo á la Magestad de Felipe II, que si le faltaran de su obispado sujetos tan celosos y varones tan apostólicos, renunciaria su dignidad episcopal y se acogeria al seguro de su celda, donde pensaba hallar reposo y quietud, que no podia encontrar en el ejercicio de sus ministerios, faltándole varones tan esclarecidos, que imitaban la naturaleza de la evangélica levadura, que en pequeña cantidad, sazona porcion considerable de harina.

De Santiago, primera ciudad donde con estabilidad fijaron su morada los misioneros, salió el apostólico padre Barzana á una evangélica correria por los rios Salado y Dulce, poblados á la sazon de muchos indios, cuya dócil naturaleza obstínaba en el vicio y ritos gen-

tílicos, la crueldad tiránica de los encomenderos. Algunos eran profesores del cristianismo, por lo menos en el nombre: en las obras muy pocos; y todos, á escepcion de tal y cual, tributaban adoracion á Cacanchiz, númen jugueton, que ya visible, ya invisiblemente (así lo atestiguan los hechiceros) daba enigmáticas respuestas: cuya esplicacion era vendible por el precio que tasaba la arbitraria codicia de los sacerdotes intérpretes de los oráculos. A estos entró el padre Barzana y con suceso igual á su ministerio, confirmó su predicacion con milagrosas conversiones y señales de su agrado y benevolencia, y cautivando su atencion de la manera mas prodigiosa é infundiéndoles el deseo de aprender otros idiomas, les enseñó en pocos dias las lenguas Tonocote y Cacana, con tanta eminencia que los naturales admiraban la facilidad con que habian aprendido, con que entendian y eran entendidos.

Con esto la fé les pudo penetrar por el oido, y se abrieron las puertas á la predicacion del evangelio. El fervoroso misionero empezó luego su deber contra los vicios y rítos gentiles, que presumian de invencibles por lo que tenian de arraigados. La embriaguez, que meses enteros los dementaba, quedó aborrecida: la lujuria, muy válida entre estas gentes, se vió abandonada: quemada la finjida deidad de su Cacanchiz: los templos (viles chozuelas pajizas) asolados: los gentílicos ritos mofados, y depues tas las envejecidas costumbres de su infidelidad: confesáronse los ya cristianos: bautizándose los infieles, casáronse los amancebados, y en todo fué la mision tan singular, que despues de un siglo conservaban aquellos indios, fresca la tierna memoria de su apóstol. Prerogativas que consiguen pocos imprimir de paso huellas, que duren siglos y se conserven en la memoria de los vivientes.

Con igual suceso y por los mismos pasos, los padres Francisco Angulo y Alonso Barzana, renovaron la ciudad de Córdoba, á donde pasaron en compañía del Illmo. Victoria, entrando en la ciudad con feliz auspicio

el dia dos de Febrero de mil quinientos ochenta y siete. El espíritu del Señor, que gobernaba al padre Barzana, lo sacó de la ciudad á correr su distrito á la sazon pobladísimo de infieles y derramó sobre ellos la semilla de la divina palabra, con fruto considerable de los naturales. El fuego de su ardiente caridad, cebado en tantas almas, como en todas partes ganaba á su criadór, empezó á levantar llamaradas muy crecidas y deseó pasár la fé de Jesu-Cristo al estrecho de Magallanes, celebérrimo entonces en la provincia por la nacion de los Césares, que publicaba existentes la fama, con atributos de náufragos europeos, tan afortunados en sus infortunios que los predicaba Césares en el nombre, en la opulencia y magestad.

Era, sin duda, mucho el ardor de su caridad, y mucho el fuego del Espíritu Santo. Pero no era bien, que incendios tan eficaces se aplicasen á una materia tan incierta, que no tenia otro fundamento, que el de voces vagas. Llamóle el Ilmo. Prelado á Córdoba, con pretesto de asistir al recibimiento de cinco jesuitas brasileños solicitados por el mismo señor Obispo para el cultivo de su diocesi. Eran estos padres Leonardo de Armini, napolitano, superior de todos, Juan Saloni, catalan, Tomás Fildi, irlandés, Manuel Ortega y Estévan Gran, portugueses: varones todos señalados y ensayados entre los brasileños en apostólicos empleos. El primero y último llamados de su provincia, se volvieron poco despues al Brasil, donde continuaron sus trabajos. Los otros tres ilustraron nuestra provincia con religiosas virtudes y celo sobresaliente, poblando la militante iglesia de neofitos y la triunfante de millares de almas, despojos gloriosos de la gentilidad.

Desde luego dió singular experiencia del espíritu que abrasaba su corazon, el apostólico padre Manuel de Ortega, saliendo con el apostólico padre Barzana por la jurisdiccion de Cordoba, á evangelizar y anunciar el Reino de Cristo, á cuarenta mil indios repartidos en cincuenta poblaciones, que se dilataban norte á sur, por

la falda de la sierra, y lo mas interior de la cordillera, con excesivos trabajos suyos, peligros de la vida, y fruto de los serranos. En una ocasion escaseó tanto el alimento (veinte y cinco granos de maiz era el cuotidiano sustento) que los dos casi perecieron de hambre; pero como el Cielo se interesaba en la vida de estos varones, destinados á llenar con nuevos pobladores los vacios de Lucifer, costeó, con milagroso suceso, el socorro de su extrema necesidad.

A la verdad suma, y desfallecidos ya los dos del hambre, el padre Barzana se puso en oracion, solicitando el remedio de aquel Señor, que es grande en misericordias, y próbido en socorrer las necesidades de sus siervos. A poco rato fué oido, y al parecer sensiblemente le manifestó el Señor su determinacion. Levantóse de la oracion y enderezando al padre Ortega, igualmente debilitado que él, "V. R., le dice, anímese que Dios ha deparado ya remedio á nuestra necesidad. Cincuenta leguas de aquí, vive un español en su hacienda, y es el que el Señor quiere que socorra nuestras necesidades. Ea, vaya V. R. y demás, déjelo á Dios por cuya gloria nos vemos en tanta necesidad."

El padre Ortega obedeció la órden, y se sacrificó al penoso viaje de cincuenta leguas. Montó á caballo, y luego empezaron los efectos de la soberana proteccion. Mas volaba por el aire, confiesa el padre Ortega, que corria por la tierra el bruto animal, en obsequio del Divino Dueño que le guiaba. En sólo once horas, sin respirar, caminó las cincuenta leguas, la mayor parte de precipicios y despeñaderos, y aunque los principales pasos estaban poblados de indios infieles, que densaban los aires con sus flechas para matarle, Dios descaminaba los tiros y hacia cayesen en el suelo, sin daño alguno del padre.

A las once horas llegó á la quinta del español que le señaló el padre Barzana, el cual, segun parece, piadosamente, estaba prevenido con la noticia del huésped que le venia; esperándole con la comida

ya sazonada. Sentáronse á comer, y ambos se compadecian del padre Barzana, de quien se hacia juicio que hubiera fallecido ó estuviera próximo á la muerte. Estos eran los pensamientos, que revolvian, y esta era la materia de su conversacion, cuando el padre Barzana, de quien se hacia juicio, transportado por manos de ángeles, ó en los brazos del Omnipotente, visible y risueño, apareció en medio de ellos, y saludó á los circunstantes con palabras amorosas. Suceso en sus circunstancias peregrino, que toca en la esfera estraordinaria de los acaecimientos.

A los cinco meses, llenos de gloriosos trofeos, estos se volvieron á Córdoba, y con el Ilmo. Obispo y demás padres, se restituyeron á Santiago: el padre Barzana esplayó los fervores de su celo en una mision hácia el Salado. En su compañía caminó el padre Ortega y los padres Saloni y Fildi para perfeccionarse con su magisterio en el ejercicio de misioneros. Convirtió el padre Barzana y bautizó muchos infieles con gran número de amancebados, y oyó de confesion á los que con nombre de cristianos perseveraban en los abusos de gentiles. Pero tanta bonanza y prosperidad de sucesos interrumpió una peligrosa enfermedad del padre Barzana, que cortó algun tiempo el hilo de sus correrias evangélicas. Y como los indios le habian cobrado tanto amor y los padres deseaban perfeccionarse con su enseñanza y ejemplo en el empleo de misioneros, fué el accidente á los unos y á los otros sensible, y los padres faltos del espíritu y vigor que les comunicaba el padre Barzana, levantaron mano de la obra comenzada, restituyéndose á Santiago.

Con ocasion de la enfermedad del padre Barzana, se hizo nueva asignacion de los tres padres del Brasil. Clamaba la Asuncion y los ciudadanos de su distrito por jesuitas, y en los indios se conservaba por inmemorial tradicion, que vendrian unos varones apostólicos, á los que les esperaban por horas. Como eran tan justos los clamores de la Asuncion, fué preciso

condescender á su demanda, enviando los padres Ortega, Saloni y Fildi, inteligentes del idioma guaraní, comun tambien entre los brasileños: el padre Barzana no tardó en recobrarse de su achaque, y convaleciente, por tercera vez entró al Salado, haciendo el fruto ordinario de muchas conversiones, cual siempre y en todas partes acostumbraba. Prerogativa no vulgar, hacer comun y nada reparable lo que fuera en otros singular y digno de específica reflexion.

Mas no es para omitido el siguiente suceso. Satanás, antiguo embaucador de las almas, habia tomado años atrás posesion del Salado, levantando trono para su residencia, en el Idolo Cacanchi, por cuya boca, si creemos á sus adoradores, daba enigmáticas respuestas. Con que enagenar á los naturales de su Criador, con la venida del padre Barzana, entró en recelo, que sus engaños serian descubiertos y á sus tinieblas disiparia la luz evangélica del misionero. Por lo cual, depuesto el antiguo traje con que engañaba, tomó la figura de la madre de Dios y de los cortesanos del Cielo y en esta representacion se presentaba á los indios para engañar su incauta sencillez. Era el asunto de su plática, el que siempre fué tema de su loca presuncion, que á él se lo creyesen y no á las palabras del misionero y ministro del Altísimo, haciendo creible su falsedad con algunas verdades de las que evangelizaba el misionero. No tardó el padre Barzana en descubrir sus embustes y deshacerlos, parando en humo y confusion, aquella apariencia de majestad y resplandor.

Concluida felizmente esta mision, le arrebató su celo á Esteco. Era Esteco, ciudad profana de galas y opulenta en oro y plata, que le entraba en cange de sus efectos, y contaba entónces muchos millones de indios repartidos y sembrados en tolderias. Los más eran profesores del gentilismo: algunos pocos no tenian otro tinte de religion, que la memoria de los nombres, bautismo, confesion, sacramentos y otros semejantes, que disfraza-

dos en muchos errores, les habia declarado un apóstata fugitivo. Sólo 15 dias se detuvo en Esteco, avivando el soplo de su celo, los incendios que dos años antes habia pegado en sus corazones.

Pasó luego á los indios, despreciando graves dificultades y peligros evidentes, falto de todo menos de materia al sufrimiento y de copioso fruto á su celo. Bautizó seis mil y seiscientos: celebró tres mil matrimonios, y fué mayor el número de confesiones que oyó. No es fácil explicar el trabajo y fatiga en recoger miés tan abundante, porque los indios dispersos en tolderias de diez, veinte, cincuenta y cien individuos, multiplicaban el trabajo de ir y venir, repitiendo y cruzando los mismos caminos, con igual penuria y dobladas incomodidades.

No era inferior el fruto que empezaron á coger en la Asuncion y en sus vecindades, los padres Juan Saloni, Manuel Ortega y Tomás Fildi, los cuales, inteligentes en el idioma guaraní, fueron enviados á la capital del Paraguay, año de 1588. Con su presencia y predicacion renovaron la ciudad, teatro hasta entonces de tirania y crueldad, con enagenacion y abandono casi total de los intereses del alma y obligaciones de la religion. Otro semblante empezó á tomar aquel yerto cadáver del cristianismo. Otro espíritu alentaba sus obras: otros colores hermoseaban su rostro: otra sangre corria por sus venas, animada con dictámenes de temor y respeto para con Dios; de piedad y clemencia para con los indios, elementos cardinales de la religion cristiana, que inspiraban los misioneros en sus corazones.

Pero como la fama de los Padres, no pudiese estrecharse á los límites de la ciudad, empezó á correr por los contornos y vecindades. Los naturales, que hasta aquel tiempo estaban adversos á la religion cristiana, se encendieron en deseos de comunicar con aquellos, que solo eran conocidos con el glorioso renombre de Padres de los Indios. Dos pueblos entre otros, despacharon á los misioneros, rústicos embajadores en nombre de la nacion, suplicándoles que pasasen á visitarlos y enseñar

los misterios de aquella hermosa religion, cuya belleza ocultó hasta entonces el lunar de sus profesores. Encamináronse allá los misioneros, imprimiendo por doquiera que pasaban las huellas de su apostolado en muchas conversiones, y ejercitando con los miserables, los oficios de padres, médicos, pastores y maestros. Llegaron á los dos pueblos cuyos habitadores dieron palpables muestras de regocijo en unos arcos triunfales con que adornaron los caminos, adelantando al recibimiento de los Padres, una procesion de niños inocentes, ordenados á su usanza, con demostraciones singulares de alegria y cariño. Como la tierra estaba bien dispuesta, recibió la semilla de la divina palabra y rindió abundantes frutos de vida eterna.

Los padres Ortega y Fildi, autores de esta mision, saboreados con la ganancia de tantas almas, emprendieron el siguiente año de 1589 la de Ciudad Real y Villa Rica del Espíritu Santo en la provincia de Guayrá. Vivian sus habitadores alzados, sin obediencia al Gobernador del Paraguay, casi sin comercio con lo restante del mundo, contentos con su miseria, olvidados de lo que fueron sus antepasados, por no ser como ellos. Puédese decir que eran hombres sin Dios, sin Rey y sin Ley. Los indios, que por todas partes ceñian las ciudades, eran en gran número. Dícese, que al pié de trescientas mil almas tenian empadronadas y por sólo las riberas del rio de la Tibajiva, se explayaban casi cien mil indios; cómputo á la verdad excesivo, que no merece pleno asenso. A los españoles acordaron la antigua innata piedad de sus mayores, para despertarlos del profundo letargo que retardaba el cumplimiento de sus obligaciones. A los indios esplicaron los sagrados misterios, y anunciaron la fé de Jesu-Cristo, disponiendo, en nueve meses que duró la mision, aquella ciega gentilidad para que rindiese los años siguientes, el fruto que referirá la historia.

DECADA OCTAVA

Parte Primera

SUMARIO

I. Juan Torres de Vera y Aragon, renuncia el adelantazgo del Rio de la Plata.—II. Rebélanse Mogosnas y Frentones del Bermejo.—III. Entra á gobernar la Provincia Hernando Arias de Saavedra: nobles cualidades de este caballero.—IV. Dicho memorable suyo sobre la yerba del Paraguay, en cuya ocasion se trata de ella: de su beneficio y consumo.—V. Sucédele en el gobierno D. Fernando de Zárate, y á este D. Juan Ramirez de Velasco.—VI. Viene á gobernar el Rio de la Plata D. Diego Valdez de la Banda.—VII. Encuentros que tuvo con el obispo D. Tomás Vasquez de Liano, y muerte de ambos en Santa-Fé.

El Adelantado Juan Torres de Vera y Aragon, gobernó muchos años la Provincia del Rio de la Plata. Al principio por tenientes generales, cuya autoridad y mando estaba pendiente de su arbitrio y eleccion, y desde el año de 1587, personalmente, con plena satisfaccion de los españoles y quietud de los naturales. No bullieron en su tiempo los civiles tumultos que años atrás

consumieron tantos nobles conquistadores, por envidia de sus émulos y hablillas de mal contentos. Toda la Provincia gozaba paz y no daban cuidado los paisanos. Bien podia prometerse una honrada y sosegada ancianidad en prosecucion del adelantazgo, sobre el seguro de méritos adquiridos y acatamiento con que todos le miraban, reconociéndole padre y fundador de la Villa Rica, Xerez, Buenos Aires, Concepcion y Corrientes. No obstante el dulce amor de su pátria, Estepá en Andalucía, le tiraba poderosamente, y obligó á renunciar su Adelantamiento.

Por el mismo tiempo, con poca diferencia, ó entrado ya el año de 1592, se rebelaron los mogosnas y frentones del Bermejo, sitos en las vecindades de la ciudad de la Concepcion. Los magos y hechiceros de los mogosnas, percibian intereses en dar y aclamar al pueblo las respuestas que oian ó fingian oir de los ídolos. Es gente de mucho séquito, concilian autoridad y veneran á sus oráculos, con amenazas y retos. Y como por ese tiempo evangelizaban la fé de Jesu-Cristo á los infieles del Bermejo, los padres Alonso Barzana y Pedro Anasco, entraron en recelo, por los emolumentos de sus vaticinios y predicciones. Para asegurar mas el logro del ministerio, inspiraron en los paisanos pensamientos de sublevacion contra los españoles, prometiendo feliz suceso con el auxilio de sus dioses, que conspirarian en su ayuda contra los españoles, impíos tiranos de su libertad.

Los mogosnas creyeron á los hechiceros y dieron principio al alzamiento con muerte de algunos españoles y de D. Francisco de Vera y Aragon, hermano de D. Alonso de Vera, el fundador de la Concepcion del Bermejo, teniente actual de la ciudad. El sentimiento de la muerte del hermano penetró el corazon de D. Alonso, y resolvió la venganza, castigando los rebeldes. Juntó sus milicias, y aliándose con algunos indios de mayor fidelidad y confianza, dió sobre ellos, matando gran número de amotinados. Los que escaparon con vida, se confederaron con los frentones y otras parcialidades de indios,

empezaron desde ese tiempo á fatigar á los concepcionistas con tal tenacidad, que los obligaron á desamparar la ciudad. Retiráronse sus moradores á las Corrientes, el año de 1632, casi á los 47 de su fundacion.

Por la renuncia que hizo Juan Torres y Aragon del adelantazgo, se pasó á la eleccion de Gobernador en fuerza de la cédula, en otros lugares citada, del Emperador Cárlos V, que aún conserva su vigor y fuerza. Florecia entónces un insigne caballero conocido por sus proezas en las guerras contra infieles, insigne protector de indios, enemigo declarado de bullicios y disturbios: prudente, celoso del bien comun y defensa de los reales derechos: Hernando Arias de Saavedra, por nombre, hijo de Martin Suarez de Toledo y de Da. Ana de Sanabria, hija del adelantado Juan de Sanabria. Era natural de la Asuncion del Paraguay, que se gloria de haber dado cuna á uno de los mayores sujetos del Nuevo Mundo, esclarecido en las artes de la paz y de la guerra, de prendas tan sobresalientes que su retrato colocaron los ministros de la Casa de Contratacion de Sevilla, en una de sus salas, entre los héroes eminentes que han producido las Indias.

Refiérese de él que, capitaneando el ejército español, y estando su campamento próximo al de los enemigos, se presentó á su campamento el general de los infieles, bárbaro agigantado, de fornido cuerpo, robustas fuerzas y de aspecto terrible, provocando con altiva presuncion á nuestro héroe para medir las fuerzas y resolver la campaña de los dos ejércitos en la victoria ó desgracia de los capitanes. No rehusó Hernando de Arias el combate: salió al encuentro del arrogante Goliat altivo y despreciador del pueblo escogido del Señor. Trabóse á vista de los dos campos, reñido combate, con singular destreza de una y otra parte, en jugar al antagonista los lances, eludiendo con arte los golpes que descargaba: despues de buen rato, que la fortuna tuvo en balanza la victoria, se declaró en favor de Hernando de Arias, dando este en tierra con aquel gigante y segándole la cabeza con

la espada, se restituyó glorioso á su campo, lleno de honores entre faustas aclamaciones de los suyos.

Visitó la provincia con singular aceptacion, procurando imprimir en los españoles conmiseracion para con los indios. Navegando de la Asuncion al puerto de Buenos Aires, descubrió casualmente entre los indios, una talega de yerba que se llama del Paraguay, y los naturales llaman Caá. Disimuló por entonces, mas luego que bajó en tierra hizo quemar en pública plaza la talega, diciendo á los indios: "No estrañeis esta demostracion porque me mueve á ella el gran amor que os profeso: pues oigo que me dice presagioso el corazon que esta yerba será fatal ruina de vuestra nacion; y ojalá ninguno de vosotros hubiera descubierto á los españoles el pernicioso uso de ella, que tan caro os costará en los tiempor futuros". Habló como padre de los indios, y la verdad de sus palabras calificó el tiempo, con muerte de millares de ellos.

Empezóse en su gobierno ó poco antes (punto que no he podido liquidar) á beneficiar entre los españoles la yerba del Paraguay, y del abuso con que se introdujo, infirió el mal efecto que produciria en los siglos venideros. Discúrrese variamente sobre el orígen y cualidades del Caá, como sucede en otras materias: yo diré, registrados con diligente exámen los materiales, lo que alcanzare en comprobacion de la verdad. El venerable padre Antonio Ruiz de Montoya, la dá orígen diabólico, deduciendo su principio entre los indios del abuso de uno de ellos, para su infame ejercicio; mas ¿qué cosa hay por sagrada que sea, que no diligencie el demonio, para los ministerios mas escandalosos, llorando en casos recientes de nuestro siglo convertida la Eucaristia en infames confecciones y misturas infernales? Pero no admito, sea ese su principio entre aquellas gentes, guardando el debido respeto á tan venerable siervo de Dios, y siguiendo en esta parte, la comun tradicion de los naturales.

Entre estos está recibido que el apóstol Santo Tomé les enseñó el uso y beneficio del Caá, porque llegan-

do al Mbaracayre, provincia sita mas de cien leguas de la ciudad de la Asuncion, al Oriente del Rio Paraguay, casi desde el nacimiento del Xejui hasta el Rio Corrientes, halló pobladas las campañas de árboles del Caá, cuyas hojas eran veneno á los que, incautos, las gustaban. Tomólas el glorioso apóstol en sus manos, obradoras de prodigios, y, tostándolas al fuego, las purificó de las cualidades nocivas, diciendo á los indios que beneficiadas al fuego podian usarlas. Este parece ser el verdadero orígen, y nos persuadimos que la torrefaccion la despoja de las malas cualidades, segun enseña el príncipe de la medicina Galeno, ó que en fuego mas puro de su caridad y conmiseracion para con los indios, quedó acendrado el Caá y recibió las benéficas propiedades que goza.

Desde ese tiempo la usaron los indios en su gentilidad y no falta quien diga, que, tomándola en sus enfermedades, experimentaban milagrosos efectos. De los indios se comunicó á los españoles, y fué tan grande el abuso de éstos, que entre quinientos vecinos que contó algun tiempo la Asuncion, se consumian al año catorce para quince mil arrobas; exceso y abuso tan nocivo para la salud, que convirtió en ponzoña la medicina, dementando algunos con el exceso, y murieron otros repentinamente; cuya fatalidad atribuyeron los inteligentes á ciertos pelotones de yerbas, que se hallaron en los intestinos. No merece aprobacion el exceso, pero el moderado uso lo comprueba la autoridad de los médicos y experimentados, con efectos saludables. Yo conocí uno que padecia diariamente vehementes dolores de estómago con violentas eructaciones, y luego que usó la yerba del Caá, sanó, y no le repitió su ordinario accidente. Otro conocí sumamente estético, y halló con el uso del Caá, el remedio que inútilmente buscó en otras medicinas.

El licenciado Diego Zevallos, discurrió con difucion sobre las cualidades de la yerba del Paraguay, en un tratado que imprimió en Lima el año de 1667, sobre este punto. No es mi asunto discurrir latamente sobre sus virtudes; pero defraudar al lector de unas cláusulas que trae el capítu-

lo 2°, fuera esquivez, é ingratitud á quien tanto trabajó para apoyar su uso. Dice, pues, que disipa los flatos, y los resuelve, y aun los digiere y cuece, y abriendo las vias diuréticas, expele lo grueso, resolviendo lo sútil y flatuoso: abriga y junta el manjar, para que mejor se altere y prepare para la coccion: prohibe la putrefaccion y los vapores (nocivos al cerebro y al corazon), que de ella se levantan. Es admirable para todas las pasiones nefríticas (ó á los riñones) en las pasiones del pecho crónicas, como el asma, ronquera y la tos vieja. Es excelente la sorbicion (de la yerba), pues prepara para la expulsion los fragmentos de los humores, atenuando unas veces, endureciendo otras: unas ablandando y otras cociendo, y generalmente es buena para todos los dolores de vientre, intestinos, hijada, hipocóndricos, y otras muchas comodidades que cada dia confirma la experiencia.

Entre otros efectos que le atribuye me ha parecido no omitir uno, por lo que en el puede interesar la facultad médica para sus curaciones. La dolencia asquerosa del mal gálico, efecto por lo comun de la intempérie sensual, que á las veces pasa por herencia á los hijos sin culpa de ellos, tiene poderosa medicina en el Caá, tomado por la mañana en agua de zarza fuerte con un poco de sen, y por la tarde sin el sen para sudar, repitiendo cada tres dias un vomitorio en el agua de la misma. Medicamento tan magistral para el efecto pretendido, que escusa los azogues ó unciones, de lo que dice pudiera alegar muchas curaciones admirables en confirmacion de la verdad.

La voz de algunos efectos saludables, que se esperimentaban en el Cáa, y mucho mas, los que le atribuyeron los asuncionistas para hacerla estimable, hizo correr la fama por las provincias y reinos vecinos, y empezó á ser apetecida en Chile y Perú, donde se consumen millares de arrobas, conducidas, desde los puertos á Chile y Lima por agua, y por tierra á Potosí. La mas excelente yerba del Paraguay y mas apetecida es la que benefician los indios de las Misiones que tiene á su cargo la Compañía de Jesus, especialmente los Lauretanos, ya

sea por ser mas prolijos en el beneficio, ya por particulares cualidades mas ventajosas del terreno, y lo mas cierto es, por uno y otro, concurriendo las dos circunstancias á su mayor aprecio y estimacion.

Benefíciase de dos maneras, cortándose las ramas del Caá, árbol frondoso, alto y corpulento, cuyas hojas son muy verdes, y rematan en figura de lengua, y sobre zarzos los tuestan á fuego manso, y muelen á fuerza de brazos en hoyos que tienen prevenidos en la tierra, y aferran con cueros ó pellejos de novillos y toros. Molida ya la yerba, unas veces se cierne apartando los palos, y entonces se llama Caaminí, de mayor estimacion y fortaleza: cuando no se cierne, y se dejan las hojas, se llama yerba de palos, y esta es la que comunmente se gasta en el Paraguay, Chile y Tucuman hasta el Cuzco: desde Cuzco hasta Lima, sólo tiene salida la Caaminí. Tómase en agua caliente, sirviendo de vaso unos cascos de calabazo que por acá llaman mate, de donde se originó llamar mate á la bebida del Caá. Algunos, de gusto mas delicado, calientan leche por agua, y poniendo en infusion el Caá, le toman con azúcar,

Es tan usual la bebida del Caá en estas provincias, que ni el chocolate, té, ni café ha merecido en parte alguna tanta extension. Desde el bozal mas negro hasta el caballero mas noble, la usa. Si llega un huésped, aunque sea á una vil choza ó rancho campestre, luego se le dá mate. Si hay visitas, lo primero que cuida la criada es el agua caliente: entra á la sala de recibimiento con vernegales de plata, sobre cuyo asiento descansan los mates guarnecidos de oro (á las veces con mucha pedreria embutida) y sus aparadores de la misma materia, que sirve para la comunicacion de agua, y apartamiento de la yerba. Si está cansado, luego mate para descansar: si sudado luego, mate para desudar: si sediento, luego mate para apagar la sed: si soñoliento, luego mate para despabilar el sueño: si con la cabeza cargada, luego mate para descargarla: si con el estómago descompuesto, luego mate que lo componga; siempre

hay motivo para el uso del mate, siendo tan escesivo por esta causa el consumo del Caá, que ha llegado á consumir los indios, que entendieron en los principios en el beneficio de dicha yerba.

Esto es lo que previó Hernando Arias de Saavedra, y le movió á las expresiones ya referidas, cuya verdad testifican grandes osamentos de indios, que se hallaban en las campañas, y yerbales del Mbaracayú, como de su tiempo asegura el venerable padre Antonio Ruiz de Montoya, testigo ocular de espectáculos tan funestos. Pudiera ser que la innata piedad de nuestro gobernador cortara en sus principios el torrente de calamidades y trabajos, que por el beneficio de la yerba amenazaba á los indios: pero la brevedad de su gobierno interino, dió lugar á que tomara tanto cuerpo, que no consiguieron, en los años venideros, los Católicos Monarcas atajarlo con el respeto de muchos Cédulas, pedidas sin efecto para el intento. Tan irreparable se hace el mal, que, tolerado en los principios, prescribe con los años haciendo cuerpo de comunidad, el número de secuaces.

A Hernando Arias sucedió Don Fernando de Zárate, caballero del órden de Santiago, y entonces gobernador de Tucuman: sujeto de tanta satisfaccion, y prendas tan consumadas para el gobierno, que manejó á un mismo tiempo las dos provincias de Tucuman y Paraguay, los dos últimos años de su vida de 1594 y 1595. Sucedió á Don Fernando de Zárate, Don Juan Ramirez de Velazco, que habia gobernado con satisfaccion á Tucuman. No ocurre cosa memorable en su tiempo hasta el año de 1598, que el haber ejecutoriado ambos su prudencia en las dos Provincias de su gobierno, manteniendo en paz los españoles, y teniendo á raya los naturales.

Todo este tiempo, desde la expulsion de Fr. Juan Alonso Guerra, estuvo sin pastor la iglesia del Paraguay. Tres fueron provistos: Fr. Luis Lopez de Solis y Fr. Juan Almaraz, agustinianos, y Don Tomás Vasquez de Liano, canónigo magistral de la Santa Iglesia de Valladolid, ó de Zamora, como dicen otros. El Illmo.

Fr. Luis Lopez de Solis, estando de partida para la Asuncion, fué promovido al obispado de Quito. Fr. Juan de Almaraz, cargado de honoríficos empleos en su religion y fuera de ella, pasó de esta vida mortal á la eterna, antes de recibir las Bulas, á los setenta años de su edad. El Illmo. Don Tomás Vasquez de Liano era sujeto de relevantes prendas, capaz de llenar el vacio de Prelados tan sobresalientes: pero la provincia del Paraguay, profanada con la prision sacrílega de Fr. Tomás de la Torre, y Fr. Alonso de Guerra, no habia espiado bastantemente su culpa, ni merecia gozar varones tan consumados.

Parece quiso Dios dar muestras de su enojo, privando mas tiempo de pastor á aquellas hasta entonces descarriadas ovejas, sacando de este mundo en Santa-Fé de Vera al Illmo. Don Tomás Vasquez de Liano, echando cenizas sobre el fuego que se habia prendido en Don Diego Valdez de la Banda, que entró á gobernar el Paraguay año de 1598. Embarcáronse juntos, y en el viaje tuvieron sensibles competencias. Bien, que de el Illmo. Don Tomás hallo expresado no haber dado muestras de sentimiento, tolerando con inalterable paciencia los improperios y befas del Gobierno. Llegados á Santa-Fé esperando el Illmo. las Bulas para consagrarse le llamó Dios para sí, con incomparable sentimiento de las personas celosas. No mucho despues al gobernador Banda asaltó la última enfermedad en cuyo discurso gritaba dando voces: "traigan sillas para el Señor Obispo, que me viene á visitar." Cláusulas finales, que repetidas con sobresalto del moribundo gobernador, dieron materia de muchos discursos á los circunstantes.

DECADA OCTAVA

Parte Segunda

SUMARIO

I. El Gobernador Velasco funda la ciudad de Todos Santos de la Rioja.—II. Tristan de Tejada pacifica los indios de Córdoba.—III. El capitan Francisco Argañarás levanta la ciudad de San Salvador de Jujuy.—IV. Fúndase la Villa de Madrid de las dos Juntas.—V. Gobierno feliz de D. Fernando de Zárate.—VI. Es provisto al obispado de Tucuman el Iltmo. Fr. Fernándo Trejo.—VII. Y al gobierno de la provincia D. Pedro Mercado Peñalosa.

La pacificacion del Valle de Calchaquí, efectuada á diligencias del padre Barzana y el humilde rendimiento de estos guerreros esforzados, contribuyó eficazmente á la quietud de los naturales, sujetándose y ofreciendo homenaje los menos fuertes, con el ejemplo de los mas ánimosos. En toda la provincia se gozaba tranquilidad á esfuerzos de su ínclito gobernador, D. Juan Ramirez de Velasco. El año de 1590 recogió un donativo que ofrecieron gratuitamente las ciudades á su rey, cuyos

tesoros estaban exhaustos, con los gastos de la infeliz armada de Inglaterra, y prolijas guerras de Flandes.

Al siguiente planteó una ciudad en el país de los Diaguitas, en treinta grados de altura, á espaldas de la cordillera chilena que le cae al Poniente, sacando para la fundacion setenta españoles, soldados valerosos, y sujetos de caudal para costear los gastos. A la poblacion denominó Ciudad de Todos Santos de la Nueva Rioja, cuyo principio, que despues la enriqueció, aunque hoy llora miserias, fueron numerosas encomiendas de indios para la labor y beneficio de los campos.

En el distrito de la Nueva Rioja cae Famatinaguayo, cerro famoso por las novelas que se cuentan, y por los metales de que, segun se dice, abundan sus ricos senos. Algunos hacen subir al tiempo de los incas peruanos el beneficio de opulentísimas minas, que engrosaban los erarios imperiales de estos soberanos, en cuyo nombre, ministros de rectitud exacta y constante fidelidad, velaban sobre los beneficios y atendian á las cobranzas de los reales derechos: Otros cuentan que el cerro está sujeto á encantamientos desde la entrada de los españoles, ya se estremece, dicen; ya revienta en espesa nieblina que oculta los veneros; ya se tolda de nubes, que se deshacen en truenos, en rayos y en relámpagos; ya infunden sobresaltos en los que montan su eminencia y los sacude despavoridos.

Yo me persuado que esta fama no tiene mas fundamento que el dicho de indios novelistas. Lo que ellos dijeron al principio se mereció crédito en los antepasados y sobre la fé de unos y otros en los presentes. Lo cierto es, que, admitida la novela sin exámen ni tropiezo, halló confirmacion en la casualidad de levantarse algunos torbellinos y nubes al tiempo mismo que algunos españoles intentaron subir al cerro, y como estaban preocupados de la voz comun de encantamientos, pensaron descubrir en las nubes, y torbellinos que se levantaron, un testimonio irrefragable en abono de la fama popular. Estos casos salieron á pu-

blicar y sacar á luz, y sin averiguar cuál fuese el autor y cuáles las circunstancias de las nubes y nieblinas, se admitian á cierra ojos en confirmacion de la vulgar fama, pero no se examinaba si esos que se decian encantamientos, eran casualidades ordinarias, que sucedian, aun cuando ninguno montaba á la eminente cumbre de Famatina.

No es necesario mas argumento para comprobar la verdad, que una carta del ínclito fundador de la Nueva Rioja, escrita al padre Juan Fonte, en que le comunica menudencias de su descubrimiento, callando estas novelas, invenciones de ociosos. Lo cierto es que el valle y cerro de Famatinaguayo, le tocaron al Gobernador en el repartimiento de tierras, cuyo original he visto y conservo en mi poder, y no es creible que registrado ya el país y deteniéndose en noticias de menos importancia, ocultara los vestigios del Monarca peruano y de sus ministros superitendentes, las minas y los encantamientos que sobrevinieron á la entrada de los españoles.

Estos quedaron por entónces muy satisfechos con los repartimientos de encomiendas tan numerosas, que sólo la del Gobernador contaba diez y ocho poblaciones, además de algunas rancherias anexas á sus matrices. Aumentóse el número de ellas con el alzamiento de los Tavasquiniquitas y Mogas. Se empeñó el victorioso Tejeda en nuevos descubrimientos, tirando mas al Poniente y arrimándose á la ciudad de Todos Santos con la conquista de los Escalonites y Yamanaes, que pretendió agregar á la ciudad de Córdoba.

Pero el gobernador Velasco, que miraba la Nueva Rioja con particular cariño, aplicó á la ciudad de Todos Santos, los indios que pacificó el capitan Cordobes, adjudicándole el terreno que ocupaban los tavasquiniquistas, los mogas, los escalonites y yamanaes. Tanto conduce para lustre y esplendor de una ciudad, el paternal desvelo con que la mira el padre que la engendra y fundador que la levanta. Dos años ocupó Don

Juan Ramirez de Velasco, en el establecimiento de la ciudad, la cual tiene engastada mucha nobleza antigua en un fondo de pobreza y miseria, á que la reducen los pleitos que consumen la posibilidad de sus cortos haberes.

A los dos años emprendió la fundacion de otras dos ciudades, la de San Salvador, en el valle de Jujuy, y la Villa de Madrid de las dos Juntas. La primera fió al capitan D. Francisco Argañaraz, noble guipuzcoano, en cuyas venas hervia la noble sangre de los Ochoas, señores de Argañaraz y la de los Murguyas y Viláateguis. Era persona de valor y crédito, de cordura y prudencia, cuyo esperimento habia dado en varias operaciones, que fiaron á su valor y discrecion, los gobernadores pasados, concluyéndolas siempre felizmente y con aplauso. Para la fundacion, alistó de las dos ciudades algunos pobladores y la efectuó con suceso tan feliz, que ni en los tiempos pasados con las invasiones de calchaquis, ni en lo presente con las de los chaquenses, degeneró de los espíritus de su ínclito fundador.

Está situada la ciudad en una quebrada que corta las serranías de Calchaquis y Humaguaca, entre los rios Jujuy y Siancas, casi en los veinte y cuatro grados de altura; goza de temperamento poco saludable, sujeto á las tercianas y á unos tumores que engendran la malignidad de las aguas en la garganta, que por acá llaman coto. Nuestros pobladores se aplicaron á sujetar los infieles rayanos, cuya altivez humilló el valor español. Los Prumamarcas, los Osas, los Paypayas, los Tilcanes, los Ocloyas y Tilianos, naciones hoy dia casi sepultadas en eterno olvido, que parte habitaban la aspereza de las sierras, parte se dilataban á las márgenes del Bermejo. No dieron mucho cuidado al animoso fundador. Mayor resistencia hicieron los belicosos humaguacas, siempre indómitos y obstinados en inquietar con correrias á los castellanos. Pero ni estos ni sus victoriosas armas pudieron sujetarlos, has-

ta que la suavidad evangélica humilló su altiva cerviz al yugo de Cristo.

La segunda poblacion, que de órden de D. Juan Ramirez de Velasco se principió este año, es la Villa de Madrid de las dos Juntas, sobre el Salado donde este incorpora sus aguas con el Rio de las Piedras. Su duracion fué de poco tiempo, y sólo permaneció hasta el año de 1603, en el cual sus vecinos con los de Talavera, desamparadas sus ciudades de comun acuerdo, y con hermanable sociedad, fundaron otra, á dos leguas de la Villa de Madrid, á la cual llamaron Talavera de Madrid. Pero el tiempo borró la memoria del principio y primitivo nombre, y prevaleció el Esteco, con el cual hasta el dia de hoy es conocida, aun despues que la arruinó un terremoto en justo castigo de su profanidad y desenvoltura.

Al octavo año de su gobierno, llegó sucesor á D. Juan Ramirez de Velasco, en D. Fernando de Zárate, caballero del órden de Santiago. Tan cristiano como valeroso, tan circunspecto como vigilante, tan celoso de los reales derechos como de los divinos honores: sujeto de tanto caudal para el gobierno y satisfaccion, que un tiempo empuñó el baston de Tucuman, y Rio de la Plata. En tiempo de su Gobierno intentaron dos veces los ingleses sorprender la ciudad de Buenos Aires. Pero nuestro gobernador, celando los derechos del Rey Católico, presidió el puerto con las milicias tucumanas, y levantó un fuerte para reparar semejantes rebatos. Visitó ambas Provincias con tanta vigilancia y teson, que de fatiga y cansancio falleció el año de 1595, segundo en su gobierno. Fué varon verdaderamente grande por su desinterés, prudencia y rectitud: tan desead de todos en vida como llorado de todos en muerte.

En su tiempo, el celo del padre Gaspar Monroy, convirtió á la fé los humaguacas, que habitaban una áspera cordillera hácia las cabezadas del rio Jujuy, bajo del trópico, en la enderecera del Perú. Hacian mucho daño en los caminantes, y fatigaban las ciudades de San Mi-

guel, Salta y Jujuy. Se tenia á gran dicha cuando se les obligaba á retirar con algun temor; abandonada casi enteramente la esperanza de sujetarlos. A la sazon se hallaba en Salta el ya nombrado padre Gaspar de Monroy, gran despreciador de peligros por la salvacion de las almas; y como el celo es un espíritu animoso, que no carece de cara al miedo, solicitó esta mision, esperando que Dios trocaria sus corazones de piedra y los convertiria á la religion cristiana.

En efecto, en el nombre del Señor entró á Humaguaca con feliz suceso. Las cinco primeras tolderias le admitieron de paz, y recibieron hasta seiscientos el santo bautismo. Algun tiempo retardó el uso de su predicacion, Piltipico, cacique principal, apóstata de la fé, arrogante y soberbio con la sangre española, que impunemente habia derramado años atrás. A este determinó ganar el misionero por medio de embajadores, solicitando licencia para visitarse con él y comunicarle negocios de importancia. Pero Piltipico, que vivia en desgarro y soltura grande de costumbres, no admitió los embajadores, ni escuchó la legacion, negando la licencia que se pedia. Inurbanidad, que no acobardó al padre Monroy, y resuelto á ganarlo ó morir gloriosamente, no esperando su licencia, se encaminó á su pueblo, y puesto en presencia de él habló en esta sustancia:

"Bien puedes conocer ¡oh! Piltipico el deseo, que de tu bien, y de toda tu nacion me asiste. No pretendas disimular que ignoras lo que publican las noticias que de los vecinos Pueblos llegan á tus oidos. La salvacion de tu alma, que deseo, me alentó á venir á tu presencia, no esperando tu beneplácito, por no retardar la dicha que pretendo comunicar á toda la nacion. Y aunque me ponia á riesgo de incurrir en tu enojo, quise ántes, con peligro mio, redimir tu alma, que dejarla perecer eternamente. Elige, pues, entre dos extremos, el uno para mí glorioso, y el otro para tí saludable, el que gustares ó mi muerte, que no temo, ó tu conversion á Cristo para salvacion de tu alma. Si mi muerte, hé aquí el pecho

abierto á las flechas, y la cabeza inclinada al golpe de la macana: si tu conversion, eso es lo que pretendo, y para que lo consigas, me ofrezco medianero entre Dios y tú, para aplacar el justo enojo, que provocó tu apostasia, y los sacrilegios cometidos contra sus templos, contra sus santos y sacerdotes."

Irritóse Piltípico, por el santo atrevimiento en penetrar á sus tierras sin primero otorgar licencia, y por la intrepidez celosa con que le habló el misionero, intimándole la comision del supremo Monarca de los Cielos, y tierra. Y si como bárbaro trató al misionero, evangélico con aspereza y sobrecejo, el misionero, como santo y como paciente, no mostró desagrado de la inurbanidad del cacique, ni sentimiento de sus amenazas. Pero juzgando que seria mejor reservar para tiempo mas oportuno la segunda conferencia, sobre el negocio de su salvacion, con modesta mansedumbre le pidió licencia para retirarse.

Eso bien, respondió Piltipico; pero no permitiré te vayas sin el uso de la nacion en la despedida de los huéspedes. Era estilo de los humaguacas brindar con sus bebidas á los éstrangeros, y eran tan tenaces en la observancia de esta costumbre, que, aun cuando el resibimiento pecaba de inurbano, la despedida hacia plausible y cortés, los bríndis de sus chichas. Es la chicha un brevaje inmundo (algunos le niegan el atributo de inmundo) confeccionando el maiz Molle ó algarroba, que participa el mejor sainete masticado entre los dientes de las viejas, y puesto en agua fermentada lo que lo hace tan fuerte que embriaga.

Con esta bebida brindó Piltipco al padre Monroy en su despedida, diciéndole: "Espera, Padre, que no te has de ir sin probar nuestras bebidas, al uso de los humaguacas." Los coperos estuvieron prontos, y sin dilacion ofrecieron á sus dueño algunos mates de chicha, y con uno de ellos brindó el cacique al misionero. Este lo aceptó como dignacion del bárbaro, y lo bebió sin me-

lindre, con poco gusto suyo, y gran provecho de Piltipico. Rara vez á una accion vulgar y de cumplimiento se habrán seguido consecuencias tan saludables. Porque el cacique, se prendó tanto del misionero, y le tomó tanta aficion, que no podia pasar sin él, y todos los dias se le postraba á los piés y cogia la mano para besársela. A la doctrina acudia puntualmente y á su ejemplo los vasallos con tanta atencion y deseo de hacerse cristianos, que, en poco tiempo, aquella poblacion, y otras tres, abrazaron la Fé de Jesu-Cristo.

Con el fervor del Misionero creció el número de cristianos y no bastando él solo para la instruccion y enseñanza de tantos, se le dió compañero en el venerable padre y siervo de Dios, Pedro de Añasco, bien conocido en el mundo por su santidad, y por los favores que recibió de la soberana Reina del Cielo. Entre los dos corrieron estos años el partido de Humaguaca, y sus contornos, catequizando, bautizando, y ejercitando en todas partes los empleos de su glorioso apostolado; pero como los nuevos cristianos, imitaban la naturaleza de las tiernas plantas, que se agostaban con la falta de riego, los humaguacas, flores lozanas, con el riego de los misioneros, se marchitaron en una breve ausencia que hicieron los padres Monroy y Añasco.

El primero fué Piltípico, que vaciló en la fé y volvió los tratados de paz, que capituló el padre Monroy en nombre del gobernador D. Fernando de Zárate. Siguió el cacique Teluy, otros de los contornos conjurados contra el español y determinados á sorprender la ciudad de Jujuy. Pero el impío cayó en el lazo de traicion que armaba, porque el esclarecido fundador de la ciudad D. Fernando Argañaraz, previno cauteloso sus ardiles, y, apoderándose de los dos, los llevó presos á San Salvador. En la sazon se hallaba en Jujuy el padre Monroy y con halagos cariñosos y regalos, triunfó segunda vez de Piltípico y de su obstinacion, reduciéndole con suaves pero eficaces palabras á una confesion general que hizo

con sensibles indicios de verdadero arrepentimiento, publicando en alta voz la verdad de la religion cristiana.

A su imitacion, varios caciques, y entre ellos Teluy, se convirtieron sinceramente á la fé y cobraron tanto amor á los misioneros, autores de tan buenos oficios, que les rogaban con lágrimas y gemidos no los desampararen, pues ya conocian que eran sus verdaderos padres y que de ellos emanaba toda su felicidad y dicha. Sin embargo que en Piltipico se reconocia sinceridad en sus procederes, como el genio era bullicioso y propenso á motines, se atendió siempre á asegurar su persona en un calabozo, donde el año noventa y dos murió en la confesion de la fé, recibida por las diligencias del padre Monroy.

El año que precedió la muerte de Piltipico, llegó á Tucuman el Ilmo. fray Fernando Trejo, digno sucesor de fray Francisco de Victoria, hijo del seráfico Padre, nacido en la ciudad de San Francisco, el cual florecia en virtud y letras en su convento de Lima, cuando falleció el Ilmo. Victoria. La cédula de merced recibió el año de 1594, y el de 95 tomó posesion de la silla episcopal de Tucuman. Fué prelado que llenó las esperanzas que de él se tenian, celoso pastor del bien de sus ovejas, padre universal de todos, abrazando sin distincion de personas, al noble, al plebeyo, al indio, al etiope. Si alguno le merecia especial cariño, era el desvalido y necesitado, que disfrutaban su renta episcopal, con tanta alegria de ellos, como sentimiento del misericordioso limosnero, por no tener mas rentas que dispensar á los pobres.

Casi al mismo tiempo que entró á su obispado, tomó el gobernalle de Tucuman, D. Pedro Mercado Peñalosa, noble caballero, piadoso cristiano y valeroso soldado. De su gobierno nos ha quedado una confusa noticia de continuas guerras, que tuvo con los infieles por el alza-

miento de los calchaquís, á los cuales tuvo á raya su vigilancia, para que no asolasen las ciudades fronterizas, que de algun modo enfrenaban su indómita obstinacion y orgullo.

DECADA OCTAVA

Parte Tercera

SUMARIO

I. Escursiones apostólicas del padre Alonso Barzana.—II. Llega del Perú el padre Juan Fonte, con el padre Pedro Añasco.—III. Pasa éste con el padre Barzana á la Concepcion del Bermejo, y evangelizan en sus vecindades.—IV. Llegan nuevos obreros y repartimiento que de ellos se hace.—V. Principio de la casa que es Colegio Máximo de la Provincia.

El espiritu del padre Barzana rebozaba en celo todo divino,y éste se comunicaba á los prójimos por medio de apostólicas escursiones. La sierra de Santiago, la ciudad de San Miguel, los indios tonocotes, los diaguitas y lules, gozaron, este año, benéficas influencias que fecundaron el terreno de sus corazones. No se registra puntualmente el número de bautismos y conversiones, sino bajo de espresiones universales, bien significativas y sólo se conserva la memoria de cinco molestas llagas que de la fatiga y cansancio de los caminos, se le abrieron en las piernas. A las llagas sobrevino una fluxion á los ojos, tan impertinente y dolorosa, que le sacaba de sí, con la vehemencia del dolor y en poco tiempo, privado de todo movimiento contra los esfuerzos del espíritu, se vió precisado á

dejarse conducir en hombros ajenos á la ciudad de San Miguel.

Aquí es donde su favor y celo en medio de los delirios de la enfermedad, dió indicios evidentes de una alma llena de Dios. «No estoy arrepentido, decia, de "ver este miserable cuerpo tan postrado; antes deseo "entrar segunda vez en batalla, hasta rendir el último aliento de mi vida. Oh! quién se hallára bautizando y confesando indios y conquistando almas "rebeldes para Cristo!" Otras veces decia: "villana cobardia fuera, que este achaque me impediera lograr "almas de indios y seria crueldad inhumana dejarlos "perecer en el abismo de sus errores. No lo permitiré jamás, aunque me cueste trepar sierras, trajinar "montes, vadear rios y perder la vida. Cobarde fuera yo (no lo permita el Cielo) si me sorprendiera la "muerte en el descanso de esta cama y no afanando "en busca de indios." Delirio feliz, que no desmerece contarse entre las corduras de un Javier.

Pero luego que mejoró y los débiles piés pudieron sustentar la pesadez de sus muchos años, como buen pastor, salió en busca de ovejas perdidas y halló noventa y seis ancianos, indios olvidados de la memoria de los hombres, arrinconados en las casas de los vecinos de San Miguel, con lo cual el santo varon se inundó de gozo, y no cabiendo dentro del corazon, rebozaba hácia fuera, convidando á cuantos encontraba, para que le dieran el parabien del feliz hallazgo. Salió despues á correr las granjas de los españoles, en que vivian muchos indios abandonados de sus encomenderos y tuvo la fortuna de hallarlos y ganarlos para Dios.

Aunque el padre Barzana trabajaba tan gloriosamente no alcanzaban sus fuerzas á recojer la miés evangélica, que estaba en sazon, y para recojerla vinieron este año el padre Juan Fonte, que traia la superintendencia de las misiones, y el padre Pedro Añasco: sujetos de la provincia peruana, fervorosos los dos y

obreros infatigables. El padre Añasço era conocido antiguo y fiel compañero del padre Barzana, el cual años antes tuvo revelacion de que le acompañária en las misiones de infieles: "ha despertado, dice, en carta anterior á la venida del padre Añasco, ha dispertado el Señor en mi alma vivos deseos de pura gentilidad desamparada del todo de medios de su eterno remedio. Creo que estos deseos los tengo de ver cumplidos muy presto por la sangre de Jesus. Por momentos digo á Nuestro Señor, ea, Señor, vamos; pero no tengo de ir sin vos, ni sin Añasco: vos nos habeis de enviar, é iros con nosotros."

Parece que estas palabras fueron profecia de la asignacion, que de los dos hizo el padre Juan Fonte para la Concepcion del Bermejo. Por lo menos, el copioso esquilmo de almas que lograron para el Cielo, es argumento de que Jesus fué en compañia de ambos, y los dos en compañia de Jesus. Por Junio llegaron á la ciudad, y el primer dia subió al púlpito el padre Barzana y predicó sobre la inmortalidad del alma, é importancia de la eterna salvacion. Como su espíritu era todo divino, convertido en llamas de fuego. ¿Experimentaron sus incendios los ciudadanos de Bermejo, verdes troncos, que humeaban con la resistencia de los vicios? ¿Pero qué leño no convertirá en cenizas un grande incendio? O ¿qué vicio pudo jamás carearse con el ardiente celo del padre Barzana?

Lo cierto es que los concepcionistas, que vivian con toda libertad y soltura de costumbres, se convirtieron al Señor con la predicacion de el celoso misionero, empezando desde este tiempo vida cristiana, conformes á las obligaciones de su profesion, y, como sucede frecuentemente, que el ejemplo de los mayores imita naturaleza del primer móvil, que arrastra con su movimiento los orbes inferiores: los indios que vivian en la ciudad, y sus vecindades, se prendaron tanto de la hermosura de la religion cristiana que profesaban los españoles, que solicitaron con instancias el santo bautismo.

Entre otros los Matarás, nacion de candidez columbi-

na, extrema sencillez y docilidad de genio, se sintieron altamente impresionados con el ejemplo de los españoles, y recibieron los primeros, el santo bautismo con tanta adhesion á la religion cristiana, y expresiones tan sensibles de ternura y devocion, cuanta se infiere de un extracto de carta del padre Barzana al Provincial del Perú, cuya sustancia es del tenor siguiente: "Materia fuera de gran consuelo para V. R. si viera con sus ojos, y tocara con sus manos, lo que nosotros vemos, y tocamos con las nuestras: viera las duras piedras destilar aguas de devocion: los estériles y secos campos de gentilidad, regados y fecundos: las regiones donde habitaba el horror y sombras de la muerte, alumbradas con resplandores de vida: la doctrina cristiana no sólo entendida, sinó que juntos la repiten los padres á los hijos, y decoran las madres con las hijas: los confesiones y comunienes frecuentes, y entablado, cada viérnes, el saludable uso de la disciplina."

Hasta aquí en sustancia el padre Barzana, cuyo celo le inspiró el ordenar artes, y vocabularios de cuatro lenguas de peregrino artificio, y difícil penetracion con el fin de evangelizar á las naciones del Bermejo; pero en la ocasion no tuvieron uso alguno porque los mogosnas y Natijas, indóciles al yugo del servicio, irritados contra el español se revelaron dando muestras de alzamiento, con la muerte de Don Francisco de Vera y Aragon hermano, del fundador.

El hermano, por vengar la muerte de Dn. Francisco, y cortar las álas al alzamiento, antes que tomara cuerpo, con el disimulo, á casi todos los mogosnas, pasó á filo de cuchillo; pero los pocos que escaparon enviaron la flecha á las demas naciones, convocándolas para la guerra. Con esto, en la ciudad de la Concepcion y en sus contornos, todos eran aparatos y prevenciones militares: todo era ardimiento y deseo de venganza: mucha inquietud, y desazon, y poca ó ninguna disposicion para la Fé. Motivo único, porque los misioneros, dejando para tiempo oportuno la conversion de los infieles, se

retiraron á las Corrientes, que, en pocos años de fundacion, contaba muchos adelantamientos y progresos en los vicios.

Descollaba con disolucion la lujuria, reinaba la emulacion con los iguales, y tirania con los inferiores, la injusticia y ambicion todo lo atropellaban: todo Dios, la religion y el alma estaban abandonados, ó por lo menos no se robaban las primeras atenciones. Tal era el campo, en que entraron los celosos obreros digno por cierto de su fervor y apostólicos trabajos. Tres meses se detuvieron en ella y, en tan poco tiempo, desarraigaron la maleza de los vicios, y derramaron la semilla de las virtudes cristianas, en que se ejercitaron los correntinos, mientras duró la llama de aquella luz, que encendieron los misioneros en sus corazones.

Pasaron despues á los guaranis, en cuya enseñanza trabajaron infatigablemente, repitiendo una y muchas veces cada artículo, para que su rudeza y limitado alcance penetrara los sagrados misterios de nuestra santa religion, formando de ellos una idea que los hiciera dignos de entrar en la iglesia, por medio del bautismo. Como el trabajo de los misioneros era contínuo, y los guaranis eran tierra bien dispuesta, el fruto fué grande, correspondiente á la labor de ambos, ni pudo causa tan extraordinaria producir efectos vulgares y caseros.

No consta cuánto tiempo se detuvieron entre los guaranis, lo cierto es que no pudo ser mucho, pues al siguiente año los hallo entre los matarás, cultivando la fé que poco antes plantaron en sus corazones. Por este tiempo, eran muy ardientes los deseos de convertir almas á su criador, que tenia el padre Barzana, varon como piadosamente lo podemos llamar, de santisimos deseos. El sólo los podrá explicar dignamente: "Oh quién pudiera, decia, " dividirse en dos Barzanas para que el uno se mantuvie- " se firme entre mis queridos hijos de Matará, y el otro " discurriera entre las gentes bárbaras de estas fronte- " ras. Testigo sois vos, Señor, que si pudiera partirme " en tres, no parara el tercero hasta convertir los mise-

" rables guaranís, y si en cuatro, solicitára la reduccion
" total de los diaguitas, y si en mil me pudiera partir,
" no dejára nacion infiel, á quien no diera razon de
" de vuestra Santa Ley, ni católico á quien no solicitara
" inflamar en vuestro amor."

Estas ardientes ánsias que respiraban llamas de un ardor divino, merecieron en el Supremo Tribunal, feliz despacho: él deseaba partirse en muchos á medida de la necesidad que habia de obreros, y Dios multiplicó el número de ellos con cuatro que, por Marzo, llegaron del Perú, enviados del padre Juan Sebastian, provincial actual de aquella religiosísima Provincia. Estos eran el padre Juan Romero, superior de todos, Marciel de Lorenzana, Juan de Viana, y Gaspar de Monroy, con dos hermanos coadjutores, Juan Toledano y Juan del Aguila. El primer cuidado del nuevo superior fué señalar campo al celo de los misioneros. Manuel Ortega y Tomás Fildi continuaron la mision de Guayrás; los padres Barzana y Lorenzana, con el hermano Juan del Aguila, envió á la Asuncion, para hacer compañía al padre Juan Saloni: á los padres Añasco y Monroy, con el hermano Juan Toledano, destinó para los humahuacas, y los padres Francisco Angulo y Juan de Viana, con el hermano Villegas, se quedaon en Sa ntiago.

Los sucesos de los jesuitas en Tucuman desde 1594 hasta fines del siglo décimo-sexto, parte quedan referidos, parte fueron continuacion de los pasados, sin novedad que merezca específica narracion. Sólo ocurre de particular la entrada de los de la compañía en Córdoba, á principiar la casa, que es hoy Colegio Máximo de la Provincia. Beberé las aguas en su orígen, para que lleguen con limpieza á los siglos venideros. El gobernador don Juan Ramirez de Velasco, afectísimo á la Compañía de Jesus, y amante fino de sus hijos, por los años de 1591, recabó de los cordobeses que admitieran por inquilinos á los jesuitas, señalándoles, en un canto de la plaza, sitio competente para la fundacion de colegio, con una cuadra de tierras para huerta, al

Poniente de la ciudad, en la campaña que antiguamente regaban las acequias, que sangraban el rio, y la abastecian de agua, despues de fecundar con su riego las huertas.

Los cordobeses, que conservaban fresca la memoria de los padres Angulo y Barzana, primeros jesuitas que ilustraron con la predicacion á sus moradores, cedieron por entonces gustosos el sitio, esperando por instantes la venida de los de la Compañía, para tener el logro cumplido de sus deseos. Pero como el número de los obreros era pequeño, y todos se hallaban en precisas ocupaciones, no fué posible dar principio á la fundacion.

Llegó el año de 1599, en que la pequeña grey se aumentó con tres escogidos sujetos, los padres Hernando de Monroy, Juan de Arcos y Juan Dario, con el hermano Antonio Rodriguez, y tomando en su compañía los dos últimos, se partió el padre Juan Romero, á la fundacion de la residencia de Córdoba. Pero sus moradores, impresionados ya contra los jesuitas, los recibieron con expresiones poco afectuosas y diversas de las que manifestaron en la primera entrada. Así el tiempo, y volubilidad del corazon juega con los afectos del hombre, estimando hoy, al que mañana será objeto de enojo y aversion.

Algunos rumores falsos, que inventó la codicia, y promovió el interés, propalados por malsines contra la Compañía, de una ciudad en otra, llegaron, finalmente, á Córdoba. Publicaba la fama austeros á los jesuitas, y escrupulosos con nimiedad: mas afectos al vulgo de los indios, que atentos al honor de la nobleza española: que á ésta abandonaban en manos de la mendiguez y pobreza, oponiéndose al servicio personal de los indios, único medio en que los españoles libraban los intereses de fortuna y adelantamientos de sus caudales. Estas voces, primeras centellas de un grande incendio, en Tucuman y Paraguay, desazonaron á los cordobeses contra los jesuitas, recelando aquellos que la venida de estos, arrastraria consecuencias gravosas á los intereses de

la codicia. El negocio estaba desesperado, y no prometia mejora con el remedio, que inútilmente se aplica, cuando el enfermo no se halla en disposicion de abrazarlo.

Los jesuitas, que no lo esperaban de los hombres, acudieron por él á Dios, en el retiro de la oracion perenne, fuente de felices despachos, y tribunal donde los siervos de él ganan las causas perdidas. Despues de algunos dias de santo retiro, hallaron trocados los ánimos de los cordobeses, pesarosos de la reciente obstinacion, y animados á admitirlos en su ciudad, para gozar los saludables frutos de sus ministerios. Y porque no perdieran tiempo en levantar casa y capilla, los vecinos, á sus espensas, les edificaron algunos cuartos para habitacion en la extremidad occidental de la ciudad, al lado del sur, y ofrecieron una capilla consagrada á los gloriosos mártires Tiburcio y Valeriano, destinada ó para monasterio de monjas, ó para recogimiento de doncellas, y algunos dicen que pertenecia al hospital de la ciudad. En veinte de Marzo, tomó el padre Romero posesion del sitio, y este dia, contamos por el primero en que la Compañía tuvo casa en Córdoba, que despues pasó á ser Colegio Máximo, y últimamente Universidad de la Provincia.

DECADA OCTAVA

Parte Cuarta

SUMARIO

I. En una epidemia, que infestó la Provincia, cogen fruto copioso los misioneros guayreños —II. Entra á los Ibirayas el Padre Ortega con peligro de la vida.—III. Mision de los padres Saloni y Lorenzana, Rio Paraguay arriba.—IV. Visita del padre Romero, fructuosas á las almas.—Fúndase residencia en la Asuncion.—VI. Los padres Saloni y Lorenzana suben al Guayrá.—VII. El Padre Juan Romero aprende milagrosamente la lengua guaraní, y concluye su visita.—VIII. Continuacion de los sucesos de Guayrá.—IX. Ejemplo raro de caridad y paciencia del padre Ortega.

Entramos con los horrores de una cruel peste en los trabajos, y dulces frutos de los padres Ortega y Fildi desde la vecindad de la Asuncion, hasta Guayrá, Villa Rica, Xerez, y sus dilatadísimos territorios. Empezó el contagio en la parte mas meridional de estas provincias y como la cautela es ninguna, y no alcanza las providencias, inficiona la capital del Paraguay, con tanta impiedad, que á sus filos morian por dia doscientos y mas indios, de los que moraban en la ciudad para el servicio del español, fuera de los mitayos, que finaban en las haciendas y vecindario.—Trabajaron gloriosamente los jesuitas, sin recelo del contagio, administrando los sacramentos á los moribundos en la ciudad y sus contornos.
Pero como la epidemia ganaba terreno, y se estendia

sin límite, inficionando los pueblos de indios con mortales contagios, se hizo preciso que se estendiera tambien la caridad de los misioneros, siguiéndola los pasos para dar vida á las almas, antes que segara con su guadaña la de los cuerpos.

No entro en el empeño de referir menudamente los trabajos de los padres Manuel Ortega y Tomás Fildi, en los tres siguientes años, en que la peste infestó el Guayrá, Villa Rica y Xerez. Baste decir, que jamás el celo vistió álas mas ligeras para andar en contínuo movimiento, visitando y corriendo por todas partes, para catequizar y bautizar los infieles, y administrar los demas sacramentos, á número tan crecido de indios, que la suma total extraida de memoriales antíguos, llega á veinte y cuatro mil novecientos setenta bautismos, veinte y nueve mil quinientas confesiones, mas de cinco mil casamientos, catorce mil ciento setenta los difuntos cadáveres, que enterraron con sus propias manos. Partidas de consideracion, que dán testimonio de su fervor apostólico y afan evangélico, en el divino ministerio de las almas.

Hiciéronse reparable los efectos de la Divina Providencia en la salvacion de sus escogidos. La peste era extremadamente violenta, y en poco tiempo derramara su veneno inficionándolo todo, si el órden de la Providencia y el número de escogidos para el Cielo, no pidiera lentitud y tardanza en su movimiento; Dios, pues, el único que podia ejecutarlo, atajó el rápido vuelo con que, naturalmente, en poco tiempo todo lo inficionara el contagio, no permitiendo que entrara en nuevo pueblo hasta que en el inmediato concluyeran los misioneros felizmente el Evangelio, apartamiento y agregacion necesaria del trigo y cizaña; esta para el fuego por su obstinacion, y aquella por su docilidad, para la eterna bienaventuranza.

En esta ocasion entró el padre Ortega á los Ybirayaras, nombre que en su vulgar idioma, distinto del guaraní, significa *gente de garrote*, única arma que los hace temibles, por la destreza y robustez no ordinarias, con que

lo manejan. El génio de la nacion es ferocísimo: jamás los españoles prevalecieron contra ellos, defendiendo siempre los fueros de su apreciable libertad, sin admitir el yugo de humilde servidumbre. El numen de la razon casi enteramente perdido en la torpeza de su entendimiento, y en un fondo de racionalidad, se admiran todos ó los mas atributos de béstias. Es gente de habitacion incierta, peregrina, y viandante de dia, que fija campamento donde les alcanza la noche, comen lo que les viene á la mano, el ave, el peje, la raiz y frutas silvestres.

Son caribes afamados, aunque no tienen la denominacion, pero á la sombra de su valentía, ceban primero la víctima para cebar en ella su glotoneria. En el arte mágico (propiamente arte de embustes) son maestros consumados, y se tiene á punto de honor el uso de hechicerías y comercio con el diablo. Ellos publican lo que hacen para conciliarse fama de grandes privados del demonio. Discúrrase en un pueblo, donde todos son diablos, y lo que es peor. donde todos fingen serlo, qué confusion no habria, qué infernal behetria y qué babilonia de vicios.

Entre estos hombres brutos por naturaleza y demonios de profesion, estuvo algun tiempo el padre Manuel Ortega, y tuvo el consuelo de bautizar dos mil ochocientos, y de aficionar casi toda la nacion al santo bautismo; pero como la peste media las jornadas y estaciones, fué necesario dejar los Ibiravaras, por otros pueblos donde llamaba la caridad. En todos fué igual el fruto de su celo; pero en uno de ellos, hubo de sacrificar su vida, en manos de hechiceros.

Paseábase de noche en devota oracion, cuando en la tranquilidad de su recogimiento y profundo silencio oyó unas cláusulas, que decian: "¿Cómo así? que se ha de " dar tan mal pago á quien ha sido tan amante nuestro? " Sus obras, por cierto, no lo merecen, pues todas se or- " denan á nuestro bien. ¿Cómo pueden humanos pechos " maquinar la muerte á quien con tantos afanes procura " darnos la mejor vida? A mí, repetia una india, por el

" padre me pesa, pues le debemos beneficio tan sobe-
" rano, como hacernos hijos de Dios. Pues, por el padre,
" añadia otra, vendrán mañana los conjurados en nú-
" mero mayor quelas hojas de los árboles, y le quitarán
" infaliblemente la vida".

Conoció el celoso misionero, que la conjuracion era contra él y que la tormenta se armaba para descargar rayos contra su vida, y rindió con humildad gracia á la Divina Magestad, suplicando que el sacrificio de su vida fuese en sus ojos aceptable. No queria Dios por ahora el holocausto, y mas aceptos le eran sus prácticos trabajos, y el martirio sordo y lento de falsos testimonios que urdia la envidia, contra el irreprencible ejercicio de sus católicos ministerios.

Al tercer año, mitigada ya la peste, determinó volverse con su compañero el padre Tomás Fildi, á la Asuncion: pero los villa, ricos prendados de sus ministerios, y utilidad de sus trabajos, los detuvieron en la Villa, y para perpetuar su residencia, levantaron casa para su habitacion, ofreciendo mantenerlos á su costo. Esta es la primera residencia, y casa propia, que tuvo la Compañia en estas tres provincias, memorable no por su duracion de pocos años, sinó por ser la primera, y el primer castillo que combatió á la infidelidad y ciega idolatria.

Al mismo tiempo, en la Asuncion del Paraguay, trabajó en su soledad el padre Juan Saloni por muchos, predicando, confesando, catequizando y bautizando á todos, segun la necesidad de cada uno. Pero como en este año le llegase sucesor en el padre Alonso Barzana, y compañero en el padre Marciel de Lorenzana, dispuso una correria evangélica Rio Paraguay arriba, en busca de infieles. Corrió felizmente hasta el Jejuy, Atirá y Guarambaré, y subió hasta el Piray, y provincia del Itatin, hácia los confines de Santa Cruz de la Sierrra al occidente del Paraguay. Pero quién referirá las almas que los dos convirtieron á su Criador, y los trabajos que por su amor y causa padecieron?

Lo cierto es que á la noticia de su venida, salian los indios ordenados procesionalmente á recibirlos, y los conducian por medio de calles, que levantó su devocion, de tejidos de ramas, alfombrado el pavimento de hermosas flóres, en señal de alegre regocijo. No paró la sinceridad de su afecto en esteriores señales. Cobraron á los misioneros amor tierno; al amor siguió el aprecio de sus palabras, á este, el abrazar la santa Fé, que les anunciaban rindiendo la dura cervis de la infidelidad al yugo de la ley evangélica.

Oigamos las espresiones de un cacique, que esplicabastantemente el copioso fruto de una reprehension amorosa, que le dió el misionero. "Oh Padre dice, si tú supie-
" ras cuánto hemos sentido tu reprehension! y nos asiste
"por cierto la razon, no solo para el sentimiento sino tam-
" bien para la queja, porque todo pasa al revés de lo que
" has imaginado. Yo soy la cabeza de este pueblo y
" como quien se halla, con entera noticia de lo que en
" él pasa y no del todo peregrino de lo que sucede en
" los demas de la comarca. Te aseguro con ingenuidad
" que todos los in dios os profesan singular amor, y re-
" verencia, y os tienen en lugar de padre, oyendo con
" el mayor gusto posible vuestra doctrina.

" Testigo son las obras que no discrepan de lo que
" nos enseñais á imitacion vuestra. Pues desde que
" tuvimos la dicha que pisaseis nuestro país, os mira-
" mos con atencion á las manos, observando vuestras
" acciones, y designios, y en particular, la pureza de
" vuestras vidas y desinteres de procederes, y por
" mas lince que ha andado nuestra diligencia, solo he-
" mos sacado en limpio que vuestro anhelo solo es por
" la salvacion de nuestras almas, vuestra codicia la de
" nuestros corazones porque los posea su verdadero y
" legitimo dueño Jesucristo. Os hemos visto despreciar
" generosos nuestros haberes, que os ofreciamos al
" principio, para prueba de vuestro despego á intereses
" terrenos y somos abonados testigos de que no apreciais
" otros tesoros que los del Cielo. Pues antes nos re-

" partis liberales lo que trais para aliviar nuestra mi-
" seria, y por atraernos á que oigamos con gusto la doc-
" trina del Cielo que enseñais.

" Esto se oye de continuo entre nosotros: esto prego-
" nan nuestros hijos: esto vocean en las juntas los ancia-
" nos mas venerables de la nacion. Todos unánimes
" aseguran que por vuestro medio han de conocer á su
" Criador, y se dan públicamente los parabienes de esta
" felicidad, diciendo, que ahora tienen en sus tierras á
" los padres verdaderos de sus almas." Así habló el cacique cuyo testimonio igualmente confirma el proceder de los misioneros, que el fruto que recogieron para el Cielo, en muchos millares de almas, que bautizaron, y administraron los demas sacramentos.

No les costó poco recoger cosecha tan numerosa. Esguazaron anegadizos, cortaron arrebatadas corrientes, sucediendo no pocas veces, que les cerraba la noche en medio de pantanos, cayéndoles encima agua, y mas agua.—Pero como es atributo de la caridad no sentir los males propios, condolidos de los agenos, todo lo sufrian alegremente, con esperanza del logro, que esperában tener en la salvacion de las almas. A los trabajos y afanes de su apostolado sobrevinieron otros de nuevo. Saltó una chispa de fuego sobre un poco de pólvora, y todo el golpe de la llama le arrebató al rostro al padre Juan Saloni, abrazóle la cara, le cegó los ojos, y sacó fuera de sí. Al cabo de rato se recobró, y desañudó la lengua en estas palabras. "Ah, Señor! harto me pesa que ya no podré celebrar, ni servir á la Compañia; pero pues Vos así lo disponeis, seis mil veces bendito: cúmplase en mí vuestra santísima voluntad."

No podeció menos su compañero el padre Lorenzano, porque de las humedades del terreno, de la inclemencia del tiempo y manjares pesados, se le originó tal destemplaza que le puso en agonia de muerte. Pero el paciente imitador de Jesus, inundaba en gozo con la dulzura de esta suave cancion, que repetia frecuentemente:

"No hay tal andar, como á Cristo buscar. Pero el Señor que interesaba muchas almas en la vida de estos fieles obreros, les restituyó la salud, y pasados cuatro meses, lleno de merecimientos y ricos con el precioso oro de tantas almas, se restituyeron á la Asuncion, donde se avistaron con el padre Juan Romero, superior de todo.

Habia este visitado las Misiones tucumanas, y en cumplimiento de su oficio, pasó á la capital del Paraguay.—Pero como su espíritu era muy alentado, en la Concepcion del Bermejo, en la ciudad de las Siete Corrientes, y en la Asuncion del Paraguay, y de vuelta en Santa Fé de Vera, hizo fervorosa mision, juntando á la vigilancia de superior, los empleos de apóstol en el tiempo de su visita, en que gastó tres años. Evangelizó el reino de Dios, á los matarás del Bermejo, á los guaranis del Paraguay y á los calchaquis, guiloasas, colastines y querandis, naciones bárbaras, parte advenedizas, y partes naturales del territorio santafesino.

Como el padre Juan Romero era de espíritu ardiente, y su alma era sagrario de los mejores cariños del Espíritu Santo, no habia vicio que le hiciera resistencia ni obstinado pecador que no ablandara. Las ciudades de la Concepcion, Corrientes y Asuncion, abanderizadas con mortales discordias, amenazaban dolorosa fatalidad. El estado esclesiástico enemistado con el secular. Las cabezas de república y el pueblo encontrados unos con otros. Sin perdonar sangre ni parentesco, estaban resueltos á teñir las manos en sangre de sus émulos. Era la paz y concordia sobre toda esperanza: porque la sin razon cegaba, el ódio abultaba el agravio, y la venganza todo lo atropellaba.

Pero el padre Romero, á quien el Señor dotó de talento singular para serenar tormentas y pacificar corazones, con suavidad (á la cual cedia el primer lugar) y cuando no aprovechaba, con rigor y amenazas, convenció los mas obstinados, y todos se le rindieron humildes, ofreciendo satisfaccion á sus enemigos, y ceder de su

parte el derecho, verdadero ó imaginado, que alegaban, que era el único motivo de las civiles discordias. Accion verdaderamente gloriosa, que se terminó felizmente con tanta satisfaccion de las tres ciudades, que le concilió el sobrenombre de ángel de paz, padre de la patria y conservador de sus vidas y haciendas.

El mismo logro tuvo su predicacion contra los demas vicios y especialmente resplandeció en reducir á camino de salvacion, los que de ella habian perdido toda esperanza. Este es un gremio de pecadores, que al principio se entran en el piélago de la Divina Misericordia, para abismarse en el mar de culpas y pecados, pero cuando llegan á tocar en el fondo de la iniquidad, pierden el áncora de la esperanza, y dan en el escollo de la desesperacion. Dos de estos convirtió á saludables consejos el padre Romero: el uno era un viejo vagamundo por las selvas, donde le parecia oir las voces de sus émulos que le buscaban para la muerte; y el otro, un jóven envejecido en la culpa, y postrado en una cama, donde imaginaba ver al demonio en figura de cierto caballero, que le persuadia ser útil en la muerte el arrepentimiento, de quien en vida ultrajó con desafuero la divina clemencia. Habló entre ambos, y á los dos ensanchó el corazon para esperar el perdon de aquel Padre de Misericordia, que no quiero la muerte del pecador, sinó que se convierta y salve.

Como estas obras eran tan profiguas á la Provincia y notorias en todas partes, el Cabildo Eclesiástico y Secular de la Asuncion, acordaron establecer casa para habitacion de los padres y levantar iglesia para el ejercicio de sus santos ministerios, ofreciendo mediar ellos mismos para impetrar las ordinarias licencias. Efectivamente, su oferta pasó á ejecucion y todos, á competencia, se esmeraron en edificar casa é iglesia, esta para Dios, y aquella para sus fieles ministros. La obra se puso presto en estado de pasar á ella los nuestros, y el año de 1594 tomaron la posesion. Este es un argumento convincente contralos que adelantan ó atrasan el esta-

blecimiento de casa propia para habitacion de los jesuitas en la capital del Paraguay, pero yo, sobre la fé de instrumentos seguros y licencia del vice patron D. Hernando de Zárate, la fijo el año presente.

En esta casa, por ahora de tosca arquitectura, que poco despues se honró con el glorioso título de Seminario y Noviciado de Misioneros, explayaron, con mas libertad, su celo y fervor, aquellos primeros padres, especialmente con ocasion de una epidemia, reliquia de la pasada ó de distinta especie, que infestaba la ciudad, con los estragos ordinarios de peste. De antiguos monumentos consta que los padres Romero, Barzana, Saloni y Lorenzana, esforzaron tanto su celo con los apestados, que ninguno murió sin recibir los Santos Sacramentos.

De la ciudad salieron al vecindario los padres Saloni y Lorenzana, con órden de subir hasta el Guayrá. De paso hicieron mision en Curuquizaba, Mbaracayú, Igatimé, Ciudad Real, Humbay, y otras nueve poblaciones, que ofrecia el camino, y buscaba la industria de los misioneros. En el viaje se renovaron los trabajos de la mision precedente, sólo diferentes de los pasados, en que fueron mayores. En todas partes imprimieron las huellas de su apostolado en muchas conversiones, trofeos gloriosos de su celo. De pueblo en pueblo, ejercitando el oficio de evangélicos operarios, llegaron finalmente á la Villa Rica, en la provincia de Guayrá, y se avistaron los padres Saloni y Lorenzana, con los padres Ortega y Fildi, apóstoles con apóstoles, y los Antonios con los Pablos, en el desierto.

Inundáronse todos de júbilo, y la alegria y gozo embargó á los sentidos el uso por algun tiempo, supliendo con mudas espresiones los cortesanos oficios del primer encuentro. Poco tiempo se demoraron en la Villa los padres Saloni y Lorenzana; pero esos pocos dias supieron grandes cosas de los padres Ortega y Fildi, porque los villenos eran panegiristas de sus virtudes, que todos uniformes pregonaban su caridad, su pacien-

cia, su fervor y su celo, llamándoles apóstoles, padres de indios, operarios infatigables y varones llenos de Dios y del Espíritu Santo.

Informados de todo los padres Saloni y Lorenzana tomaron la vuelta de la Asuncion por el rio Huybay, cuyas riberas infestaba un hechicero, que se fingia Dios, y se predicaba señor de Cielos y tierra, pronosticaba lo futuro, y aunque erraba las mas veces, no era bastante la falsedad de su vaticinios para desengañar aquellas pobres gentes. Amenazaba castigos de truenos, de rayos, inundaciones, de epidemias y esterilidades, y aunque nunca llegaban á ejecucion sus retos, conseguia hacerse temible, como árbitro de las calamidades é infortunios. Todos contemporizaban con su antojo, procurando tener propicia su deidad, con las mujeres que le presentaban para el abuso de sus torpezas; y los hijos, que ofrecian al cruento sacrificio.

Ninguno se atrevia á oponérsele, temiendo los castigos de su fantástico poder. Entretanto causaba notable daño en las riberas del Huybay, sembrando perjudicial doctrina en su vecindario. A este fingido hechicero hablaron los padres Saloni y Lorenzana, y convirtieron al Señor con mudanza bien circunstanciada: porque el arrogante engañador, se postró á los piés de los misioneros y protestó públicamente sus ficciones, pidiendo á los presentes perdon de sus engaños, y á los padres el santo bautismo. La conversion de este hechicero, fué muy sincera, porque entabló vida cristiana, y edificó en lo porvenir cuanto escandalizaron los malos ejemplos de la vida pasada.

En el interin trabajó gloriosamente con los guaranís el padre Juan Romero y aprendió con el magisterio del padre Barzana, la elegante y difícil lengua guaraní: y es creible que algun milagro de la Omnipotencia tuvo buena parte en el suceso. Es el caso, que los padres Romero y Barzana, salieron á una evangélica correria, por el distrito y vecindario de la Asuncion. El padre Barzana hablaba con elegancia la guaraní, pero el padre

Romero apenas terciaba algunas palabras; que primero fiaba á la memoria. Víspera era de San Pedro y San Pablo, cuando el padre Barzana le rogó que predicara al pueblo al siguiente dia, que sólo entendia la guaraní, en honra de los santos apóstoles.

Con risa oyó la propuesta el padre Romero, juzgando imposible que en tan poco tiempo, en peregrino idioma, pudiese preparar sermon para el dia inmediato. No obstante el venerable anciano insistió con ruegos sobre el asunto, llevado al parecer de un interior y vehemente impulso que le movia. A las veces es necesario un género de humilde condescendencia, que podemos llamar captividad, á los ocultos designios de los siervos del Señor, que como se familiarizaron mucho con Dios, alcanzan los ocultos destinos de la soberana Providencia. Condescendió, pues, el padre Romero, y al subir al púlpito se halló repentinamente ilustrado y elocuente en el dialecto guaraní. Oyóle con singular júbilo el padre Barzana, y al bajar del púlpito, postrado á sus piés, le declaró en nombre de Dios su eleccion en el Divino consistorio, para apóstol de la gentilidad.

Con la nueva investidura de su apostolado, se entró al cultivo de esta nacion populosísima, de la cual convirtió al Señor y á su conocimiento, gran número de almas. En esta espiritual granjeria pasara toda su vida, si la obligacion de su oficio no le llamara á Tucuman, para donde tomó la vuelta por la ciudad de Santa-Fé, cuyos vecinos aficionó tanto á la Compañía, que le ofrecieron casa para residencia de los jesuitas. Tomó posesion de ella, y empeñó su palabra, que, en teniendo competente número de operarios, asignaria algunos para el cultivo de aquella viña.

Con la vuelta del padre Juan Romero, no se resfriaron los misioneros del Paraguay. Ellos estaban muy abrasados en caridad y por sí mismos podian lucir, y arder. Los padres Ortega y Fildi eran los ángeles veloces de Isaias cuyo ejercicio fué un perpétuo movimiento por Guayrá, Ciudad Real, Villa Rica, Xerez y sus

vecindades: villages, que siendo centro de su evangélica predicacion, formaron un círculo inmenso de trabajos, para sí, y de suaves frutos para el Cielo. Los pantanos, los anegadizos, las cortaderas, las inundaciones y despeñaderos eran continuos. Los sustos y peligros amenazaban por todas partes, las fieras en los bosques; ejércitos de mosquitos en el aire: en los rios las corrientes: en la tierra el enemigo, el idólatra, el hechicero.

Pero esto nada espantaba á quien tenia de su parte al Dios de los ejércitos, que los esforzaba en sus apostólicas empresas. Fueron muchos los millares de almas que bautizaron y convirtieron al Señor con su predicacion. Y porque en la sazon corria una epidemia, los indios recelosos del contagio, salieron á encontrarlo solicitando la vida del alma, antes de perder la del cuerpo. Dias hubo en que faltando vigor al brazo para continuar la operacion santa de bautizar, fué necesario que el espíritu avigorara las fuerzas, para proseguir el ejercicio, y continuarlo hasta exceder de mil el número de bautizados por dia.

En una cosa principalmente resplandeció el fervoroso celo y paciencia invicta del padre Manuel Ortega. Cerróle la noche, entre dos caudalosos rios, en ocasion que preñadas las nubes de agua, descargaron dos dias y dos noches tanta lluvia, que uniendo ambos sus madres, cerraron las campañas intermedias, sirviendo de único asilo en aquel abreviado diluvio, algunos árboles, en cuya eminencia se aseguró el padre, y los indios, y sus compañeros. Al siguiente dia un disforme y espantoso culebron, que se descubria sobre aguada, tropezó con su monstruoso cuerpo en el árbol donde el padre Ortega, con un indiezuelo, se reparaban de la creciente, y empezó á trepar por la misma rama, que sustentaba al misionero. Pero como el esfuerzo de la culebra para ganar la eminencia era violento y cimbraba con sobrado impulso la rama, desgajó parte de ella, y fué arrebata-

da de la corriente dejando al padre y á su compañero libres del susto y del peligro.

A la siguiente noche, segunda de la fomidable tormenta, entre el horror de las crespas olas y fragor de las nubes, se dejó percibir la voz de un indio que, lidiando con la corriente, se arrimaba á su árbol llamándole para bautizar algunos de sus compañeros que estaban agonizando. Es el caso, que azorados los indios con la inundacion no tuvieron la advertencia de ganar los mas eminentes árboles. Como la avenida crecia por momentos y las aguas empezaban á montar sobre las copas de los árboles, no era posible contrastar á fuerza de brazos, el ímpetu de la corriente ni ganar árboles de mayor elevacion, y la necesidad los obligó á pasar en el agua asidos de las ramas, industria que sólo sirvió para que el ímpetu de la corriente no les arrebatara, pero no para exhimirse de una hinchazon que se erigia de la malignidad de los vapores. Y esta era la causa de llamar al padre Ortega, para que fuera á bautizarlos.

El varon de Dios, santamente intrépido, acometió una de las acciones mas gloriosas que se oirán en los siglos. Confesó al indiezuelo que lo acompañaba, y asegurado contra la rapidez de las aguas, se quita los vestidos, inútil embarazo para nadar, y se arroja al agua, siguiendo su guia, no por donde lo descubre (la noche estaba cerrada con la espesura de las nubes) sinó por donde el oido percibe el batir de las espumas del que precedia guiando. Distaban los enfermos como trescientos pasos, y para tomar aliento era preciso hacer pié sobre los árboles en que tropezaba el nadador apostólico. En uno de ellos le atravesó una espina de parte á parte la pierna: pero como su ánimo estaba enagenado en Dios, y casi fuera de sí, con el temor de que no alcanzasen bautismo los moribundos, no hizo caudal de la espina, y prosiguió su jornada hasta llegar al árbol donde los enfermos agonizaban, con las angustias de la muerte. Bautizólos con gran consuelo de su alma, y

luego ¡oh! misericordia y providencia del Señor, digna de eternas alabanzas, se desgajó el árbol, y arrebatados los cuerpos por las soberbias olas, sus almas hermoseadas con la gracia bautismal, fueron trasladadas á la eterna bienaventuranza.

Luego mas adelante gritaron otros indios ya cristianos pidiendo á toda prisa confesion. El padre sin tardanza alguna se arrojó al agua, y rompiendo con alguna dificultad las olas, les alcanzó, y, confesados, los arrebató el ímpetu de la corriente. Muy alegre el padre Ortega con tantos trofeos, determinó volverse al asilo de su primer árbol. Buscó el guia que le condujo, le voceó y gritó inútilmente; porque verosímilmente era algun ángel del Cielo, enviado del Altísimo para poner en salvo las almas de aquellos miserables, que batallaban con la ansiedad de la muerte, y luego que á su legacia dió cumplimiento, se ausentó de la tierra, dejando en prendas inundaciones celestiales, que bañaron el corazon del misionero.

Era ya el tercer dia, y las avenidas subian por momentos con nuevas corrientes, amenazando ruina á los países circunvecinos. Pero mandó Dios á las nubes que se retirasen, y cesaron poco á poco las aguas, recojiendo los rios sus madres al recinto de sus márgenes, y dieron lugar á que entrasen los indios con caballos para libertar al padre y al indiezuelo su compañero. No habia aun reconocido la pierna que atravesó la espina, divertido el ánimo en el socorro de las necesidades del prójimo: la cual se habia hinchado tan monstruosamente, que su vista asombró á los unos y desmayó á los otros.

Pero uno de ellos, que debia de ser mas animoso y por ventura presumia de cirujano, se ofreció á sacar la espina, y queriendo atar al paciente para que la carniceria no arrastrara peores consecuencias con algun movimiento, no lo permitió su invicta paciencia. Sacóle al fin la espina con un cuchillo, con desmayo de los presentes, pero sin un ligero suspiro del paciente para

alivio de su dolor. Proseguia, entretanto, la peste con los acostumbrados estragos, y como de todas partes lo llamaban para bautizar infieles, y bautizar cristianos, con un báculo en la mano, se puso en camino por breñas, montes y pantanos, hasta que la vehemencia del dolor, rindió enteramente la naturaleza. Fué conducido á la Villa Rica, donde no bien convalecido, salió con el padre Tomás Fildi á continuar sus espediciones evangélicas hasta que, á fines de mil quinientos noventa y nueve, fueron llamados á la Asuncion, donde los dejaremos descansar de la fatiga de tan penosas excursiones.

DECADA OCTAVA

Parte Quinta

SUMARIO

I. Cuán deseados erau los de la compañia de Jesús.—II. Entran en cl Reino Chileno los Jesuitas.—III. Ministerios que ejercian con Españoles é Indios.—IV. El Padre Luis de Valdivia utiliza mucho á los naturales.—V. Ejemplo de castidad en una India que doctrinaba el Padre Valdivia.—VI. Conversion de un desesperado.—VII. Escursiones apostólicas.—VIII. Alzamiento de los Araucanos.—IX. Raros sucesos con que se libran los vecinos de la Imperial.

El reino de Chile, no habia aun conseguido tener jesuitas que cultivasen el ánimos de sus habitadores con sus santos ministerios, y los entendimientos con las buenas letras. Las demas religiones, como mas antiguas en tiempo, se adelantaron, entrando primero en aquellla feliz tierra de promision, ellas solas, con el celo de sus santísimos hijos, bastaban para beneficiar campo tan ameno y dilatado, porque siendo su fervor grande prometian mucho, y los chilenos podian esperar sobre la lavoriosidad de obreros tan sobresalientes, cristiandad florida, y dilatacion gloriosa de nuestra Santa Fé entre los araucanos.

No obstante, de nuestros mayores fué prerogativa singular ser en todas partes deseados, esmerándose as personas mas santas y celosas en solicitarlos. Cua-

renta años se cumplian en que la venerable Da. Catalina de Miranda, prodigio raro de santidad, que asombró á uno y á otro mundo con los arrobos de sus éxtasis y rigores de penitencia, suplicaba incesantemente al Señor que no la sacára de este mundo, sin el consuelo de ver la Compañia de Jesús en Chile. No tan antiguamente, pero hacía años que Ilmo. fray Fernando de Barrionuevo, inmortal gloria de la Religion Seráfica, instaba sobre lo mismo, obligando á Dios con súplicas, y á la Magestad Católica con ruegos, para que á sus ovejas concediera tan dignos pastores.

Murió el celoso prelado, pero sus ruegos estuvieron muy vivos para impetrar del prudentísimo Rey de España, D. Felipe II, una cédula en que ordenaba se despachasen al Reino de Chile algunos jesuitas. Verdad es que esta real ordenanza no surtió el efecto pretendido: ó porque en las causas de Dios, se procede lentamente, ó por otro motivo mas decoroso, que borró la antigüedad de los tiempos. Es verosímil que esta gracia estaría aligada á número determinado de méritos: porque, las reliquias, son don muy grande y agregado de beneficios para las Repúblicas, que no siempre se conceden gratuitamente, y á las veces, es preciso merecerlas, con oraciones, sacrificios y penitencias.

Estas ofrecía al Señor, el venerable padre Juan Sebastian, jesuita peruano, para que su Divina Magestad eligiera obreros y ministros, segun el destino de su Providencia Soberana, para el cultivo del Reino Chileno. Y como Dios oye las ardientes súplicas, sus instantes y fervorosos ruegos, fueron el último complemento de méritos á que tenia obligada esta gracia. Para lo cual ordenó el Señor que el gobernalle de la Provincia peruana, cayera en sus manos, premio digno de sus heróicas virtudes, y singular talento de su gobierno.

Su principal cuidado fué el Reyno de Chile, para el cual señaló algunos sujetos llenos de celo y espíritu, dignos de la gloria de fundadores. Estos fueron los padres Baltasar de Piñas, cabeza de todos, Luis de Valdi-

via, Hernando Aguilera, Juan de Olivarez, Luis Estela y Gabriel de Vega, con dos hermanos coadjutores, Fabian Martinez y Miguel Teleña. En el Callao se embarcaron, y tomaron puerto en Coquimbo, que pertenece á Chile, despues de una desecha borrasca, que serenó una reliquia de San Matias, en obsequio de sus imitadores. Besaron devotamente las arenas de la playa, y, descalzos, pasaron en romería, al templo del glorioso San Francisco, distante dos leguas de la ribera, como lo prometieron en el mayor peligro de la tormenta.

De Coquimbo, pasaron á Santiago de Chile, capital del reino, y hallaron hospedaje en la religiosa caridad de los reverendos padres predicadores, que ofrecieron su casa para habitacion, y la iglesia para los santos ejercicios, de confesar y predicar. En esta casa, de celestiales luces y sagrados incendios, que tan propios son de los hijos del glorioso Santo Domingo, empezaron los hijos de la Compañia, á derramar los rayos de la apostólica predicacion, y las llamas de su abrasada caridad. El fruto fué extraordinario y correspondiente al fervor de los misioneros, especialmente del padre y superior de todos, Baltasar de Piñas, el cual, como tan fervoroso y lleno de amor de Dios y del prójimo, trabajó mas que todos, dejando en muchas partes pendientes los despojos del vicio, y gloriosos trofeos de la virtud, y trocando la cabeza del reino, capital de infames abusos y prostituciones indecorosas, en ejemplar de cristiandad. De algunos consta, que desengañados de la falencia mundana, hollaron riquezas y deleites, y buscaron asilo de salvacion, en el retiro de los religiosos.

Desde el principio se puso la mira en la diversidad de gremios que concurrian en la ciudad, y porque no todos eran capaces de un mismo alimento, y los unos lo pedian grosero por su corto alcance, y los otros sólo gustaban el sazonado por su delicadeza, se juzgó necesario compartir entre los sagrados dispensadores, los ministerios de la Compañia. Los padres Baltasar de Pi-

ñas, Olivares y Aguilera, se ocupaban gloriosamente con los españoles, el padre Gabriel de Vega, tomó á su cargo los morenos: de los niños se encargó el padre Luis Estela, y el padre Luis de Valdivia, de los indios.

Este con su grey, y el padre Vega, con los bozales, renovaron los gloriosos empleos de San Francisco Javier, saliendo por las calles con cruces en las manos los domingos y fiestas, para juntar, al son de campanillas, sus gremios á la santa doctrina. Ejercicio laudable, siempre practicado con crecidos emolumentos de las almas, el cual én Chile fructificó á medida de los deseos. Porque los indios y angolas, cuya religion está engastada en exteriores ceremonias, acudian prontos al toque de la campanilla, y se ordenaban en filas para repetir, cantando, las oraciones que entonaban los devotos misioneros. Como estos las escuchaban con gusto, las aprendieron presto, y se habilitó en poco tiempo, número crecido de ellos, para el santo bautismo.

Con tan útiles ejercicios, se granjearon los Padres la voluntad de los ciudadanos, los cuales adornaron una casa con division de capilla, aposentos y oficinas, á donde se trasladàron los misioneros desde el convento de predicadores. En la nueva casa, todos los buscaban confiados, y á todos acudian prontos en sus necesidades: al enfermo con el remedio, al encarcelado con la limosna: al triste con el consuelo, y al desvalido con el patrocinio. Abriéronse aulas de latinidad y artes, clases no menos de letras que de toda virtud para los jóvenes, que vivian licenciosos por falta de apremio. El padre Juan Olivares tomó á su cargo la gramática, y la filosofía el padre Luis de Valdivia, y como se enseñaban en el Reino las facultades mayores, se agregaron al curso, sobre muchos seglares de vivo ingenio, once religiosos de Santo Domingo, seis de la religion seráfica, y algunos de la real militar órden de Nuestra Séñora de la Merced, honrando á nuestra provincia con ventajosos discípulos

en la niñez, pára que en la varonil edad no olvidara los beneficios de favorecida, ni los borrara con la nota de ingrata.

No satisfecho el padre Valdivia con la ocupacion de la nueva cátedra, atendió al estudio de las lenguas chilena, alentíaca y milcaya, la primera comun en el reino, y las dos últimas particulares de los Huarpes y Puelches, naciones bárbaras, que habitaban sobre las faldas de la cordillera nevada. En las tres ordenó artes vocabularios, catecismos y confesionarios, dejando en estas obras su industrioso celo, perpétuo monumento que venera la posteridad, como testimonio irrefragable de su desvelo por el bien y salvacion de las almas.

Instruido con la penetracion de estos idiomas, se aplicó con incansable teson á la enseñanza de los indios: y como Dios le habia adornado con los dotes de humanidad, de atractivo, dulzura, y, sobre todo, de un Don de gentes que á todos arrastraba con afables modales, no es decible el fruto que hizo en ellos, y lo que les ganó las voluntades. Puédese decir de este gran siervo del Señor, que tenia en las manos sus corazones para borrar de ellas los resabios de brutos idólatras, y diseñar en su alma la imájen de hombres, hermoseada con los airosos coloridos de nuestra santa religion.

Baste entre otros un caso memorable. Era costumbre de los indios ya convertidos celebrar la fiesta del Corpus con borracheras y bailes á su usanza. Reprehensible abuso, que en las mas de las solemnidades introdujo la relajacion, confundiendo la santidad de los divinos misterios con la profanidad de los gentílicos ritos. Tentárouse diferentes medios para desterrar el abuso: pero el vulgo obstinado con el apremio sólo pensaba en promover su gentílica costumbre. Tuvo noticia del abuso el padre Valdivia, y sintiendo, como era justo, el agravio de Cristo sacramentado, resolvió poner remedio. Para lo cual en las manos

tomó la santa cruz, y cuando los indios estaban mas empeñados en los brindis y danzas, se encaminó á ellos y postrándose de rodillas, empezó á entonar la oracion del Padre nuestro. Cosa prodigiosa! al punto abandonaron las danzas, dejaron las botijas con sus brevajes, y empezaron á cantar la doctrina y caminaron en seguimiento del padre.

No una, sinó muchas veces se vieron semejantes acciones repetidas: siendo ordinario en el padre, cuando salia de casa, ir rodeado de sus amados indios, y seguido de aquellos, que antes eran lobos carniceros. y ya mansos corderos oian los dulces silvos de su amado pastor. Sobre el seguro del amor grande que le tenian y confianza que le mostraban, les pudo inspirar una cristiandad arreglada, que comprueba algunos casos de singular edificacion.

Sirva para ejemplar la castidad victoriosa de una india. Aficionósele cierto español y abandonando las obligaciones de su sangre y religion, la acometió con palabras cariñosas, y esperimentando ser inútiles estas, pasó á las amenazas. Como la india estaba altamente impresionada de las máximas cristianas del padre, no la abandonaron los halagos, ni la atemorizaron las amenazas. Cogióla á solas el pretendiente, tentando violentar su castidad; pero á todas sus trazas resistió, y para hacer el triunfo mas glorioso le hurtó al descuido la puerta y se huyó de sus manos, pidiendo á gritos socorro contra este género de enemigos, que blasonan de fuertes á escondidas, y descubiertos muestran la flaqueza de sus ánimos.

No fueron menos apreciables los frutos de su predicacion entre los españoles. Convirtió muchos con la eficacia de la divina palabra, y algunos mas desengañados abandonaron el mundo, y se entraron en religion. Es singular el caso de un moribundo, pecador obstinado, ciego y sobre todo desesperado, tan tenaz en perderse, que se enfurecia contra los que procuraban su remedio. A este miserable atormentaba el

gusano roedor de su conciencia, y le parecia que un ejército de demonios, que eran sin duda sus pecados, le acometia, y acrecentaba el despecho de su corazon. Proponíale el padre Valdivia la misericordia de Dios, siempre pronta para estrechar al mas indigno pecador entre sus brazos: la sangre del Redentor ofrecida en satisfaccion de las culpas: la intercesion poderosa de Maria, entonces con mas razon Madre de pecadores, cuando interviene rogando para alcanzar indulgencia de los pecados.

Al principio estas razones no hicieron impresion en su obstinado corazon; pero repetidas una y varias veces ablandaron su dureza, y aquel que parece seca piedra, empezó á destilar aguas de ternura y devocion. "Es posible, decia, que para los excesos de mi malicia basten los excesos de la Divina Misericordia! Que para lavar las manchas de tantas culpas no falten aguas saludables en los Sacramentos". Decia estas palabras sumamente enternecido, derramando copiosas lágrimas y con ellas en los ojos y muestras de gran arrepentimiento, se confesó de sus culpas y entre abrazos tiernos y dulces coloquios con Jesús crucificado, expiró en los brazos del padre Valdivia, y de sus manos, piadosamente, se puede esperar que su alma fué trasladada á las de su Criador.

Al mismo tiempo los padres Gabriel de Vega y Hernando de Aguilera, en el espacio de año y medio, corrieron en mision las ciudades de la Concepcion, Angol, Imperial, Osorno y Valdivia, con notable fruto de los indios y españoles, dejando en todas partes tanto deseo de sí por la utilidad de sus ministerios, que las ciudades quisieron detenerlos y fundar colegios para gozar con permanencia el fruto de trabajos tan útiles. Pero les satisfacian, diciendo que eran enviados á evangelizar en todas partes el Reino de Dios, y no á establecer domicilio en alguna: á buscar almas perdidas, no esperando perezosos á que les vengan á las manos. Así corrieron de ciudad en ciudad

y de fuerte en fuerte, los celosos misioneros con gran prosperidad de sucesos y espiritual emolumento de las almas, pero de la misma bonanza se levantó deshecha tormenta, que puso á pique el bajel de empleos tan gloriosos.

Ciertos religiosos tocados de envidia y frenéticos de ambicion, sin aplauso en los ministerios y en los sermones, sin séquito, tocaron alarma contra los evangélicos predicadores, notando negras manchas en el sol de su doctrina, pasando de esta á su inculpable vida. Otros calumniaban como culpa, la reprehension celosa del vicio, diciendo que infamaban públicamente los vicios. Cundia sensiblemente la peste de la infamia de unos en otros, y aunque el tiro asestara á los jesuitas, el estrago sentia el cristianismo y fuera mas considerable, si el tribunal de la Santa Inquisicion, interesado en la reforma de costumbres y propagacion de Santa Fé, no mediara con su autoridad, imponiendo perpétuo silencio á los calumniadores y restableciendo á los jesuitas en los acostumbrados ministerios.

En estos ejercicios se emplearon hasta el año de 1598, fatalísimo para el reino Chileno por el alzamiento de los araucanos, escogidos del Cielo para castigo y azote de los pecados. El Cielo adelantó proféticos anuncios de la fatalidad que amenazaba: pero el pecador se ensordeció dilatando su conversion, con largas intempestivas. El Illmo. D. Agustin Cisneros, obispo de la Imperial, pronosticó, años ante, repetidas veces, la espada desenvainada que estaba á punto de descargar el golpe contra los insolentes transgresores de los divinos preceptos. El padre Juan Sebastian, provincial del Perú, de quien arriba se hizo mencion, previó la fatalidad y asolacion que próximamente amenazaba á las principales ciudades del reino. Así estaba determinado en el consistorio de Dios; pero los mortales descreian las divinas predicaciones

y no asentian al castigo, por no abandonar la culpa, que lo merecia.

Reinaban entre los chilenos todos los vicios, y se desmandaban de ellos tan sin freno, que el ímpetu de la pasion los arrebataba sin miramiento á los hombres y sin temor ni reparo á Dios. Los disturbios y disensiones, la codicia y lujuria, la crueldad y tiranía, malas raices de pésimos pecados, provocaban á Dios y exasperaban su justicia para el castigo. La mano vengadora que lo habia de descargar era aquella misma que levantó contra sí el español; conviene á saber: el Araucano gravemente ofendido con estorsiones y tiranias, con vejaciones y crueldades.

El primer golpe descargó sobre el ínclito fundador de la ciudad de Santa Cruz, D. Martín Garcia Oñez de Loyola. Visitaba celoso las ciudades y tierras de su jurisdiccion, con mas seguridad y confianza que permitian el tiempo y las ocultas acechanzas de Pelanteró, cacique de los Purenes. La comitiva del gobernador era de pocos reformados, y la del cacique Puren de doscientos, gente la mas lucida de sus tropas, escogida para concluir una vilísima accion, matando traidoramente á uno de los mas prudentes y cristianos gobernadores que administraron el reino. En veinte y tres de Diciembre sucedió la muerte del gobernador y sus compañeros, y en poco tiempo contó Pelanteró increible número de soldados, que bloquearon las ciudades y fuertes de Santa Cruz, Villa Rica, Valdivia, Chilan, Angol, Osorno y la Imperial.

No seguiré todos los pasos del victorioso Araucano, en las ciudades de los españoles: pero la Imperial está circunstanciada de particulares acaecimientos. Vivian sus habitadores muy sosegados, sobre el seguro de las paces y alianza que tenian con los araucanos. La ciudad, cómo no tenia guerra, ni aparente motivo de tenerla, estaba sin prevencion de víveres para su mantenimiento, y á pocos dias de asedio se sintió acometida de hambre, enemigo mayor y mas temible que

el infiel que la tenia cercada. A este resistieron los imperiales con fortaleza: pero el hambre los sujetó á bajezas no vulgares, que hacia tolerable la falta y escasez de otros y el temor de cautiverio si se reunian al sitiador.

Este los puso en angustias mas penosas cortando el agua del Cauten, que lamia la ciudad y bañaba sus calles por acequias que sangraban sus márgenes. Tres eran los enemigos que tenia á la vista: el pertinaz araucano que la sitiaba, el hambre que con todo acababa y principalmente con los hambrientos, y la sed qué todo lo apuraba, y aun la misma tolerancia de los sitiados. En tanto conflicto de cosas, un solo consuelo les quedaba: una imágen de Nuestra Señora de las Nieves, dádiva del gran prelado, y obispo Ilmo D. fray Antonio de San Agustin. Imploraron su celestial patrocinio para que con remedio oportuno socorriera la extrema necesidad que padecian: sacáronla en procesion, y llegando á un pozo seco, levantaron sobre su brocal, trono para colocarla. Cosa prodigiosa! al punto se avivaron las venas de las aguas, que abastecieron la ciudad, hasta que los sitiados repararon las acequias contra los araucanos, y entonces con nuevo prodigio, se secaron las venas que milagrosamente abastecieron el pozo, y á los ciudadanos.

Pero como los imperiales no solo tenian necesidad de agua, sino tambien de víveres, la clementísima madre de afligidos, los auxilió milagrosamente con una copiosa lluvia de aves, cuya especie no ha llegado á nuestra noticia, tan mansas y placenteras que se venian á manos de los hambrientos. Vencidos estos dos enemigos, perseveraba el tercero en frecuentar los asaltos, y aunque resistian con valor los españoles: en la misma operacion de pelear y vencer, se perdia el aliento para entrar en nuevo empeño con enemigo tan poderoso. Socorro no esperaban por no haber pasado aviso del aprieto y cercania del enemigo á la Concepcion, de adonde únicamente les podia venir.

A este fin de comunicar la noticia y solicitar socorro, hizo una salida Francisco Gualdamas de la Vega con cincuenta soldados, pero sentidos de las espias casi perecieron á manos de los araucanos; cercados por todas partes de enemigos: pero en su mayor conflicto imploraron el favor de Maria Santísima, prometiendo ir en romeria con los piés descalzos, á visitar la milagrosa, imágen de Nuestra Señora de las Nieves. Al punto experimentó la eficacia de su poderosa intercepcion: porque atemorizados los araucanos abrieron sus filas, franquearon libre paso á los españoles para refugiarse á la ciudad, confesando despues, que embarazados con la admiracion, cuyo motivo ignoraban, no tuvieron aliento para las armas.

No por eso levantaron el sitio: hicieron nuevas levas de gente y frecuentaron los asaltos con obstinacion. Los sitiados, faltos de fuerzas para la resistencia y de municiones para remover enemigo tan obstinado, tenian toda su confianza en Maria Santísima. con la advocacion de las Nieves. Ella tenia obligados á los imperiales con favores, y ellos la obligaban con obsequios y votos. Lo cierto es que, ó por su natural conmiseracion, ó por verse obligada de los imperiales, continuó los prodigios en defensa de sus alumnos. Porque en un asalto impetuoso de los enemigos, se dejó ver la celestial guerrera en el mismo hábito y traje que representaba su imágen de las Nieves, cercada de resplandores y acompañada de un venerable anciano, montado sobre un caballo blanco, amenazando á los sitiadores si se desmandaban contra los españoles. Con su presencia ahuyentó los enemigos, los que desistieron, por entonces, del asalto de la Imperial.

Un año entero duró el cerco y otro tanto duró la afliccion y congoja de los sitiados, vivos á espensas de milagros y libres del cautiverio por la intercesion de su libertadora. Pero como siempre tenian á la vista el enemigo y temian la última fatalidad determinaron embarcarse y salir por agua de la ciudad; para

lo cual armaron un barco de tablas, que franquearon los afligidos vecinos para la embarcacion, y faltándoles brea para la calafaturia, con lágrimas y ruegos, obligaron á su protectora para que supliera la falta. No se hizo sorda á sus súplicas la clementísima Madre de piedades y si en Canaá convirtió el agua en vino, en la Imperial convirtió dos botijas de vino en finisíma brea, que sirvió para perfecionar la embarcacion.

En ella entraron todos los vecinos con su milagrosa patrona, y enderezando á Valdivia (que ya estaba en poder del araucano) un temporal que se levantó los apartó de la ciudad enemiga y llevó á salvamento á la Concepcion, puerto de refugio y seguridad para los imperiales, tan desgraciados por las calamidades que los afligieron, como favorecidos de la Soberana Emperatriz de Cielos y Tierra, que los hospedó benigna en la ciudad de su nombre.

Las otras ciudades tuvieron suerte mas desgraciada y en término mas breve, parte finalizaron en manos de infieles, y parte se libraron con pérdida considerable de sus moradores. Todo era confusion, todo lástimas. El reino próximo á última ruina y asolacion. En medio de tanto infortunio una cosa buena se experimentó en los que libraron con vida y evitaron el cautiverio, y es que abrieron finalmente los ojos en vista del rigor de la Divina Justicia, que volvia por la causa de los oprimidos con el castigo de los opresores.

En el tiempo del alzamiento trabajaron gloriosamente los jesuitas: cesaron casi enteramente las misiones castrenses, porque los rebeldes no daban lugar á estas escursiones: pero al celo y fervor no faltó ocupacion en las pocas ciudades que dejó libres el araucano. Cultivóse la juventud con las letras: catequizáronse los indios que estaban de paz: promoviéronse las congregaciones, y se ejercitaron los demas ministerios con utilidad y fruto de los chilenos.

DECADA OCTAVA

Parte Sesta

SUMARIO

Elogios de algunos varones Ilustres muertos en este tiempo.

I. Muere en Chile el Hermano Diego de Zalazar.—II. El Padre Alonzo Barzana pasa al Cuzco, y dá fin á sus dias.—III. Muerte santa del Padre Juan Salorri en la Asuncion del Paraguay.—IV. Merecidos elogios de los Padres Hernando de Aguilera, y Baltazar de Piñas.

El hermano Diego Lopez, antes Don Diego Lopez de Salazar, ocupa el primer lugar entre los varones ilustres de la provincia del Paraguay. Nació este buen hermano en la Concepcion del reino de Chile, año de 1563, de padres igualmente nobles y ricos. Dotole la naturaleza de sus mejores preciosidades, de ingénio agudo y penetrativo, de cordura y discrecion, de gracia y donaire, que hacia estimable su persona y le sublimaron del primer vuelo al lado de Don Alonso de Soto-Mayor, marqués de Villa Hermosa, gobernador de Chile, á cuyo lado empezó á mirarle el reino con respeto, como árbitro de sus consejos y llavero de sus gracias, á la usanza del mundo que mas obsequia al mediañero que suplica, que al Monarca que otorga.

Cuando se vió Salazar tan atendido del mundo empezó á ser mundano, esperando subir con el valimien-

to del Marqués y lo sobresaliente de sus prendas, á guisa de palaciego que codicia honras y aspira á puestos de estimacion. En lo demas no vivia con total olvido de su alma, porque el temor santo del Señor le daba algunos sofrenazos y le recordaba la nobleza de los bienes eternos y el fin soberano de su creacion. Entre tanto estaba como entre dos aguas y queria hacer á dos manos, y por un lado, seguir el mundo, y por otro, no acababa de resolverse á abrazar la divina inspiracion.

Pero como Dios le queria para sí y que se estrechase con la cruz de su Hijo, le dió un toque fuerte y poderoso con que lo desprendió enteramente del mundo y le inclinó á seguir las banderas de Cristo en la Compañía. Murió una señora noble, rica, moza y hermosa en cuyas exequias predicó el padre Luis de Valdivia, sobre la falencia de las humanas prendas, que hoy son flores hermosas y mañana se marchitan, Las palabras del sagrado orador penetraron alma de Don Diego, y con el desengaño que tenia en la vista, resolvió dar libelo de repudio á las vanas esperanzas del mundo y seguir de cerca á Jesus en su Compañía:

Echóse á los piés del padre Valdivia y le rogó con tiernas lágrimas lo admitiese por hijo en su religion para servir en ella al Señor y lograr las luces del desengaño, que Dios le habia comunicado por medio de sus palabras. Era á la sazon superior el padre Valdivia, porque el padre Baltazar de Piñas se habia vuelto al Perú, y aunque conoció que la resolucion de Don Diego, tenia todas señales de sinceridad y solidez que se podian desear, con todo determinó hacerle merecer la gracia con la dilacion, y para hacerle mas digno y disponerle á recibir mayores gracias del Señor, el mismo padre Valdivia le platicó los ejercicios de nuestro santo Padre, con tanto fervor y espíritu que Don Diego salió mas desengañado del mundo y mas resuelto á entrar en la Compañía.

Desde este tiempo entabló vida muy rígida y penitente, procurando sugetar la carne al espíritu y en ciertos modos vengar en ella las vivezas pasadas. El ayuno era continuo: sangrientas y prolijas las disciplinas: ásperos y crueles los cilicios. La oracion era frecuente en las iglesias de dia y en el retiro de su casa de noche. Y como esta mudanza era tan extraordinaria y notoria, á todos edificaba el reposo santo de sus acciones y el humilde hábito, en que se trocaron las sedas y galas con que antes se engalanaba por vanidad, y bien parecer. Seis meses se ejercitó el pretendiente en este tenor de vida, con muchos emolumentos de su espíritu y edificacion de la ciudad de Santiago de Chile, donde era tan conocido y estimado por sus amables prendas y privanza con el Marqués.

Al cabo de ellos, el padre Luis de Valdivia lo despachó á Lima, ciudad de los Reyes, donde estaba el noviciado, para ser admitido en la Compañía. Poco mas de año le duró la vida, que acortaron sus penitencias. Y porque no quedó mas esperanza de recobrar la salud, que la que permitian los aires mas benignos de Chile, fué enviado de Lima á Santiago, donde finó por Junio el dia de San Pedro y San Pablo. El orígen de su muerte en lo natural, fué el rigor de su penitencia, y en lo sobrenatural, una razon muy temprana del fruto para el Cielo, porque se dió tanta prisa en el camino de la perfeccion y santidad, que en poco tiempo llenó muchos dias de merecimientos. Espiró entre dulces abrazos y tiernos coloquios con Jesús Crucificado, con el consuelo de haber oido de sus lábios en un éxtasis de amor, que era uno de los predestinados para la gloria.

El hermano Diego de Salazar, en pocos dias de Compañía llenó muchos de merecimientos para el Cielo y el padre Alonso Barzana en muchos de vida y de Compañía, llenó siglos y eternidades. Estaba ya muy cargado de años, y, sobre los años, de molestísimos achaques, que se alcanzaban los unos á los otros, y todos conspiraban á oprimir su trabajada y venerable ancianidad. Y como el

Señor tanto avigoró en otro tiempo á este su siervo para los trabajos apostólicos y para llevar la gloria de su fé y nombre á nuevas gentes y naciones, por ahora se complacía en verle penar con tanta conformidad y resignacion en el potro de una cama, impedido de continuar sus correrias evangélicas.

Sin embargo, como á su espíritu no aprisionaban estas píguelas, tenia vuelos muy arrebatados: unas veces los llevaba á los ferocísimos ibizayarás: otras entre los indómitos frentones, y no pocas veces lo trasportaba entre los lules, tonocotes y otras naciones del Gran Chaco. Estos eran vuelos del espíritu, mientras la salud estaba quebrantada, y por momentos hacia perder la esperanza de conservar vida tan estimable, en cuya conservacion todos se interesaban: los infieles llamábanle apóstol, los cristianos director, medianero los pecadores: los justos ejemplo: consejero, los externos, y los domésticos, amantísimo padre.

Como el sentimiento era universal, se tomaron todas las precauciones que dicta un afecto sincero para conservar la vida de este varon tan grande, y como en esas partes no hallaban médico ni medicinas, se juzgó conveniente despacharle para el Perú, que habia sido el teatro de su glorioso apostolado. Pero como ya era llegada su hora y Dios habia determinado sacarle de esta vida para la eterna, ni con la mudanza de temperamento, ni con las medicinas que le aplicaron, pudo recobrarse en la ciudad del Cuzco, asiento de los emperadores Incas.

Pocos dias antes de su fallecimiento fué recreado su espíritu con una visita del Niño Dios, que se dignó hablarle desde una pequeña imágen de bulto que el padre traia consigo, y era despertadora de tiernos afectos con que desahogaba su devoto corazon. Pero como el enfermo se descuidase una noche de ponérsela junto á la cama, y se afligiese y congojase el padre con la ausencia de su amado dueño, se levantó la pequeña imágen por los aires y enderezando á la cama del enfermo, con dulces y sua-

ves palabras le decia: "No te fatigues, Alonso, que aquí me tienes contigo." Con este favor del Señor quedó su bendita alma bañada en celestiales dulzuras, precursoras de la bienaventuranza para la cual le llamó el Señor á primero de Enero de 1598, á los 71 años de edad y 33 de Compañía.

Nació este gran varon y siervo del Señor, segun unos, en la ciudad de Córdoba, y segun, otros, en Baeza, y algunos dicen que en Velez de Málaga, el año de 1527; y como Dios le habia escogido para sí y para instrumento de su gloria, desde los primeros años le inclinó á la virtud y le infundió ardiente deseo de la salvacion de las almas y de entrar en la Compañía de Jesús, religion que grandemente florece en esta apostólica prerogativa, que es el principal y mas glorioso carácter de su instituto. Pero como el cumplimiento de sus deseos se retardare, se ejercitó, entre tanto, en el empleo de apostólico misionero, bajo la direccion del venerable padre maestro Juan de Avila, honor de la nacion española, haciéndose digno, con estos ejercicios preliminares, de ser admitido en la Compañía de Jesús, en la cual entró el año de 1565, trigésimo octavo de su edad.

Como era conocido su talento de misionero, y su celo le arrebataba á la conversion de las almas, corrió la mayor parte de Andalucía, evangelizando el Reino de Dios, y convirtiendo muchos pecadores al camino de salvacion.

Pero este ministerio que á muchos hizo célebres, no llenaba el corazon del padre Barzana, que anhelaba por otro apostolado mas glorioso, en la conversion de los infieles americanos. Para lo cual pidió y consiguió pasar al Perú el año de 1569, cuarto de su entrada en la Compañia.

Luego fué destinado al oficio de misionero y predicó la palabra de Dios en la provincia de los oarociris ó quirocires, que era de estension dilatada y se dividia en sesenta y siete poblaciones. Pasó á Chucuito y Omasuyos y penetró á la celébre Laguna Titicana, finjido asiento y fabuloso orígen de las deidades peruanas; su-

bió al famoso Lago de Paria, habitado de los uros, gentes infelicísimas y las mas pobres entre las mayores riquezas del orbe. Evangelizó el Reino de Dios en Juli, poblado de diez y seis mil vecinos, y fué el principal autor de aquellas floridas misiones, que se glorian justamente de tener tal padre y tan santo fundador.

En Lima, Ciudad de los Reyes, en Valverde situada en el valle de Ica, en el Cuzco, córte de los monarcas peruanos, en Arequipa y Potosí con todas sus vecindades y territorios, predicó este apóstol la palabra de Dios, y convirtió muchos pecadores á penitencia, y gran número de infieles á la fé y conocimiento de Jesús Cristo. Y aunque no ha llegado á nuestra noticia el determinado número de los pecadores que convirtió: de los infieles que bautizó: de las confesiones que oyó y de los ídolos y adoratorios que arruinó, es fama que la suma fué crecida á medida de su fervor y celo.

Para que el padre Barzana con luyera obras de tanto agrado de Dios y bien de las almas, le enriqueció el Señor de sus dones y gracias, y le otorgó el don de lenguas. Supo con eminencia el dialecto Quichua, el Aymará, el Tonocote, el Puquino, el Sanaviron, el Lule, el Querandi, el Natija, el Guarani el Queroquini y Abipon y en todos hizo artes, ordenó diccionarios y trabajó catecismos. Concedióle un don admirable de gentes que parece tenia en su mano los corazones de todos para llevarlos á Dios, y traerlos á su verdadero conocimiento, y como sus ansias eran de pura gentilidad desamparada, deseaba multiplicarse en muchos Barzanas para poder atender á todos.

Pues ¿qué diremos de las nobilísimas virtudes que ennoblecieron su alma y con que el Señor le adornó para hacerle ministro digno de sus gloria ? Su fé era tan viva, que no se atrevia á cubrirse, por respeto á la Divina Magestad que miraba presente en todas partes. Su esperanza tan firme, que solo y sin defensa alguna se entraba por naciones enemigas, confiando en la Divina proteccion que le sacaria con bien de sus empresas. Su caridad era

muy ardiente y por eso sus contemporáneos lo llamaron con términos bien espresivos: de singularísima, de encendidísima, de ferventísima y máxima.

Conservó toda su vida la entereza virginal, que consagró á la vírgen de las vírgenes, María Santísima. Su pobreza fué estrechísima, y un ejemplar á todo religioso de la que debe observar para cumplimiento de su voto. La comida, vestido, cama y habitacion, no se extendia á otra cosa, que á lo que la naturaleza concede libremente á los míseros indios, y si en estos es necesidad la extrema pobreza connaturalizada con el uso y llevadera con la costumbre, en el padre Barzana era voluntario despego, y abandono de las cosas del mundo por gozar mas libremente de Dios, que era toda su riqueza, y fuera de él no deseaba cosa ni bien alguno.

En la obediencia fué perfectísimo, atendiendo la señal de la voluntad del superior para ejecutarla. Solia decir, y con razon, que era muy indiscreto aquel celo que no se dejaba regular por la obediencia de cuantos desamparados hay de Oriente á Poniente y de Septentrion al Medio dia, pero que no queria sinó lo que Dios le ordenaba por sus superiores. Y así le sucedió que en una ocasion le llamaron diez y seis tolderias de indios para administrarles el santo bautismo, y siendo así que ya estaba cerca, y con la miés en las manos, retrocedió dejando la obra comenzada por llamarle el Superior para otra parte.

Todas estas virtudes tenian fomento en la oracion, oficina de la perfeccion mas acrisolada. En ella ocupaba todo el tiempo que le permitian sus precisas ocupaciones de ministerios. Y aunque entre los padres antiguos fué fama constante que gozó altísimo don de contemplacion, y que el Señor comunicó á su siervo celestiales favores y regalos, en doce años fué su oracion lucha y victoria contra el enemigo comun que se transformaba unas veces en sangrienta fiera, en otras en juguetonas figuras para arredrarla con espantos, y provocarle á risa intempestiva; pero el venerable

padre que ya habia perdido el horror á sus infernales retos, le heria con el báculo y apartaba de sí, con estas palabras: "Qué haces aquí maldita fiera?"

El mismo privilegio gozaron sus devotos que invocaron su nombre, cuando se veian peseguidos del demonio, y acometidos con tentaciones. Tuvo don de profecia y fueron manifestadas muchas cosas antes que sucedieran. Despues de su muerte, se apareció muchas veces glorioso, y obró Dios por su intercesion algunos milagros. En suma, Dios le enriqueció con las virtudes y gracias de un apóstol, haciéndolo grande en la tierra y glorioso en el Cielo.

Al siguiente año de 1599 siguió al padre Alonso Barzana, su compañero el padre Juan Saloni, sujeto esclarecido, lleno de Dios, y enteramente consagrado á la gentilidad americana. Su última enfermedad se originó de asistir á un moribundo, con el cual gastó dos horas tan olvidado de sí, y de un aguacero que le cayó en el camino que cuando concluyó la confesion se halló penetrado de frio, y luego se declaró mortal la enfermedad. Pidió los últimos sacramentos de la iglesia, y recibió el Soberano Señor Sacramentado, se convirtió al padre Lorenzana con estas cláusulas bien espresivas de su futura dicha: "Yo he recibido en mi pecho á mi Señor Jesucristo, y no tengo duda que me llevará á la posesion de su gloria."

Se cree piadosamente que algun coro de bienaventurados espíritus le asistieron á la hora de la muerte: porque no mucho antes de espirar, con voz trémula que apenas se percibia, pidió á los circunstantes que inclinasen sus cabezas para venerar á los celestiales huéspedes que venian á visitarle, y por los efectos de respeto y tierna devocion que experimentaban en sus corazones, infirieron alguna especial asistencia del Cielo, adonde voló su bendita alma, llena de virtudes y de merecimientos.

Su cuerpo, depositario de alma tan feliz, separó hermoso, habiendo sido en vida notablemente feo. Como

era tan respetado por su santidad, y por los empleos de su apostolado, fué universal el sentimiento y concurso á sus exequias, que el Ilmo. sacerdote fray Fernando Trejo, obispo de Tucuman, que á la sazón se hallaba presente, honró las exequias del difunto con tantas lágrimas, y sollozos, que en la vigilia y misa le embarazaron el uso de la lengua. El mismo fué el panegirista que predicó en sus honras, y le dió á la muerte afrentosa valla sobre aquellas palabras: *Ubiest mors victoria tua? ubi est mors stimulus tuus?* esplayándose largamente, sobre las virtudes heróicas del siervo de Dios, y tejiendo prolijo arancel de sus evangélicas correrias.

De estas nos ha quedado muy limitada noticia como sucede en casi todas las antigüedades históricas. Su patria fué Granadela, lugar del obispado de Lerida en el principado de Cataluña, y habiendo cursado facultades mayores en Valencia, á los diez y nueve años de su edad, entró en la Compañia. En el noviciado se aplicó á los ejercicios de virtud, y se encendió en vivos deseos de la conversion de los infieles, y, como en otorgarle la licencia hubiese dificultad, impetró de Dios con oraciones y penitencias, que el padre G. Mercuriano, General de la Compañia, le señalara para la provincia del Brasil.

Luego fué enviado por compañero del padre Gaspar Lorenzo Julio Brasilienze, sujeto recomendable por sus virtudes, misiones y millares de almas convertidas. Su primera espedicion fué al Rio Real, donde fundaron una reduccion ó aldea, y la consagraron en honra de su primer apóstol Santo Tomé, y bautizaron número considerable de tupinambás y tobayarás, gentes agrestes, infieles y rebeldes. Otras dos aldeas levantaron: una consagrada á San Ignacio, obispo y mártir, en el país de Surubis, cacique alevoso y artífice de sangrientos motines: la otra dedicada al apóstol San Pablo, sobre el Rio Sergipe, hácia las riberas de mar. Ocho años se ejercitó en la conversion de los brasilienses, antes de recibir las sagradas órdenes, y al cabo de ellos, fué

llamado para recibir el supremo sacerdocio, y poco despues vino á esta p ovincia, dejando en todas partes ilustre testimonio de haber sido consumado jesuita, devotísimo sacerdote, y celoso misionero.

El padre H rnando de Aguilera, era natural del reino de Chile, á donde, ya jesuita, pasó con el padre Baltasar de Piñas en compañia de los primeros jesuitas que ilustraron aquellas provincias con la luz de la predicacion. Pero como era de carácter humilde, ya no se acomodaba á las honras, que le hacia la primer nobleza con quien estaba emparentado en el reino, al año y medio se volvió al Perú, donde acabó sus dias en el colegio del Cuzco á los setenta y seis años de vida, y cincuenta y ocho de Compañia. Esperamos que la provincia del Perú honre á este sujeto y á otros de nuestros primeros fundadores, con el merecido elogio.

El venerable padre Baltasar de Piñas, es uno de los mas esclarecidos varones que han ilustrado nuestra provincia, y aunque poco tiempo la honró con su presencia, es acreedor de eterna memoria. Al año y medio se restituyó al Perú, y el de 1611, el dia veinte y nueve de Julio, le llamó el Señor para sí, en el Colegio de Lima, ciudad de los reyes, á los ochenta y cuatro años de su edad.

Nació este gran varon en el principado de Cataluña, y pasando los primeros años, sin tropiezo ni quiebra, á los veinte de su edad entró en la compañia. Con la suavidad de su genio y primeros fervores, se concilió el afecto de todos, y se mereció el cariño de nuestro padre San Ignacio que aun vivia. Como el Señor lo habia dotado de don muy particular de gobierno, fué superior de varias casas y colegios, por espacio de cuarenta años, con universal aplauso y satisfaccion, y fué el primero que introdujo la Compañia en Cerdeña, en Quito y en Chile, dilatando á costa de innumerables fatigas, la Compañia su madre, cuyo honor igualmente celó en sus acciones como á la propia salvacion.

Hicieron á este ínclito jesuita, muy esclarecido sus

virtudes verdaderamente religiosas. La humildad, base y fundamento del edificio espiritual, le hizo desconocer los grandes talentos de naturaleza y gracia que todos conocian y confesaban. Ninguna cosa era á su humilde espíritu mas ofensivas ni menos tolerable, que el aplauso, huyendo constantemente de los festivos recibimientos, que en varias partes prevenian las ciudades á su santidad. Siempre fué justo apreciador de la cruz; y, cuando en la expulsion de los nuestros en Zaragoza; le alcanzaron algunas piedras, recibió los golpes con serenidad de semblante y risueño agrado, por el amor que tenia á los oprobios de la cruz.

En la pobreza fué muy escrupuloso, reparando aun en aquellas menudencias que admite la tierna devocion, como en imágenes algo costosas, que no toleró su delicadeza, por no contravenir en nada á los ápices de la pobreza. En la obediencia fué puntualísimo y no prescribió contra la sumision de obedecer, la costumbre de mandar por cuarenta años y se hizo mas reparable en su mas avanzada edad, que la señal sola de la voluntad del Superior, le bastaba para emprender cosas bien dificultosas sin alegar excusas, ni representar dificultades. En el trato con Dios nuestro Señor era frecuente y fervoroso, y no pocas veces la fuerza del espíritu le arrastró tras sí el cuerpo y otras le hicieron compañía en las divinas alabanzas, los pajarillos y tórtolas, los cuales no se apartaban de su lado hasta que les echaba su bendicion.

En esta fuente de la oracion y trato familiar con Dios, bebia las luces y llamas que derramaba en sus oyentes cuando predicaba, derritiendo en tiernas lágrimas á los pecadores mas obstinados. Cuando predicó en Lima sobre la penitencia, ordinario asunto de sus sermones, decian unos que San Vicente Ferrer y San Bernardino de Sena, habian resucitado, otros, que el apóstol San Pablo, no reconociendo repugnancia en vista de sus prodigiosas conversiones, que el Ferrer, el Sena y Pablo epilogaran en un solo Baltasar de Pi-

ñas, toda la grandeza de sus espíritus. Pero como este es tan grande y no cabe en la brevedad de mi estilo, remito al curioso lector á los autores de su vida, que tocan mas largamente las acciones de este gran varon.

ADICIONES
AL LIBRO SEGUNDO
DE ESTA HISTORIA

NÚMERO PRIMERO (Página 313)

Si Gonzalo Abreu de algun modo fomentó el alzamiento de los santafecinos contra Garay, es inescusable de haber incurrido la nota de ingrato y desconocido, pues le estaba muy obligado á Garay, y de él habia recibido algunos beneficios: especialmente, se refiere que cuando Garay pasó á Chuquisaca para poner en estado á la hija del adelantado Zárate, á peticion del mismo Abreu, se detuvo Garay seis meses en Tucuman para sujetar con cuarenta soldados que tenia, á los calchaquis. Lo cual hizo Garay con grandes trabajos y peligros de la vida, y le cobraron tanto miedo los calchaquis, que no se atrevian á aparecer en su presencia. Pero como los indios supiesen, que Garay con los suyos estaban de paso, solian decir que yéndose Garay y sus ahumados volverian á las andadas.

Esto decian, porque Garay y los suyos usaban escupiles blancos de algodon, pero con el uso estaban tan negros que parecian ahumados. Y sucedió, que venidos los demas caciques, sólo quedó uno, el cual con toda su parcialidad ganó la eminencia de la sierra impene-

trable á los españoles, y desde allí gritaba á Abreu: "Qué pensais Gobernador que han de quedar sin vengan- " za las muchas muertes que nos habeis causado? Allá " lo verás despues que se haya hido ese capitan y solda- " dos ahumados que entraron en vuestra ayuda". Pues si Abreu de algun modo fomentó la conjuracion contra Garay, despues de tanto como él le ayudó en la guerra contra los calchaquies, sobre las otras manchas que afearon su gobierno, le podemos añadir la nota de ingrato.

NÚMERO SEGUNDO (Página 320)

El padre José Quiroga hablando del orígen del nombre de Siete Corrientes dice: La ciudad de las Siete Corrientes tiene este nombre, no como creyeron algunos por juntarse allí en corta distancia muchos rios, sino por estar fundada en un plano alto que hace siete puntas que entran con sus ángulos de piedras en el rio Paraná, en las cuales puntas hay una corriente muy fuerte que imposibilita la subida á los barcos, que se acercan á ellas, y así para subir es necesario tomar el rumbo por medio de ella.

NÚMERO TERCERO (Página 321)

Para complemento de la materia, hacer creible el caso de Etiguará, nos ha parecido insertar aquí la carta que tiene en su Monarquía Indiana, Fray Juan de Torquemada, tercera parte, libro 15. capítulo 48, que escribió Fray Bernardo de Armenta desde el Rio de la Plata al doctor Juan Bernal Diaz de Lugo, oidor del Reverendo Consejo de Indias, dice, pues, así la carta:

"Aunque Vmd. no tiene noticia de mí, de vista, ni de habla, constame que la tiene por relacion del Licenciado Gudino, que reside en Sevilla: el cual sé que es muy servidor de Vmd., el me dijo que Vmd. me mandaba le avisase las cosas que tocasen al servicio de Dios y de su Magestad. Yo señor soy el fraile de San Francisco de la Provincia de Andalucia, á quien nuestro General dió licencia, que pasase con cuatro compañeros al Rio de la Plata, y pasé con el socorro que vino á hacer Alonso Cabrera, veedor de su Magestad á los que que-

daban en el Rio de la Plata,despues de la muerte de Don Pedro de Mendoza, y plugo á nuestro Señor que llegamos hasta entrar por la boca del Rio de la Plata, y forcejamos por tres veces por entrar, y fué tan recio el viento contrario, que dió con la nave cerca del puerto de Don Rodrigo, que ahora se llama el puerto de San Francisco, aunque hay otro que se dice Rio de San Francisco, á donde parece que nuestro Señor milagrosamente nos trajo, porque hallé luego lenguas con quien pudiese hablar á los indios: y estos fueron tres cristianos que ha tiempo que estaban entre ellos y saben hablar su lengua como los mismos indios.

Y juntamente con esta, otra mayor maravilla, y es que habrá cuatro años, que se levantó un indio que en mas de doscientas leguas habló por espíritu de profesia, diciendo que vendrian presto verdaderos cristianos, y mandaba que no hicieran mal á ningun cristiano, mas que les hicieran mucho bien: y tanto era el bien que hacian, que de los hombres que escaparon huyendo del desbarato del Rio de la Plata, supe que les barrian el camino por dó pasasen, y caminando los mandaba poner debajo de un árbol hechas enrramadas dó descansasen, y les ofrecian muchas cosas de comer, y muchos plumajes y se tenian por Bienaventurados los indios que los tenian en sus Buhios ó chozas, y llamabase este indio Etiguará, el cual ordenó muchos cantares, que ahora los indios cantan, en que hallo manda que se guarden los Mandamientos de Dios. Y mas que porque los indios usaban tener muchas mujeres, y casaban con primas y hermanas, indiferentemente, mandaba lo que en este caso ordenan los cánones, que no tuviesen mas que una mujer, y no casasen con parientas, dentro del cuarto grado, de la misma manera que entre cristianos se tiene.

Este indio se fué de esta tierra, y dejó discípulos, y como llegamos nosotros á esta sazon, fué tan grande el gozo que con nuestra venida tuvieron, que no nos dejan reposar, ni apenas comer de los muchos que vienen á un recibir el bautismo. Y juntamente: hago luego sus casa-

mientos haciéndolos quedar con sola una mujer y lo que mas es de alabar á Nuestro Señor, que los mas viejos (que hay hombres de cien años) vienen con mas fervor, y no solo esto, mas ellos mismos pedian publicamente la Fé Católica. Son tan grandes maravillas las que Nuestro Señor obra en ellos, que no lassabria decir ni bastaria papel para las escribir. Por tanto por aquel amor que Jesucristo tuvo al género humano en querernos redimir en el precioso árbol de la Cruz: pues todos sus trabajos fueron por salvar y redimir las ánimas: y aqui hay tan gran tesoro de ellas, que Vmd. tome esta empresa por suya, y hable á S. M. y á esos señores del Consejo para que favorezcan tan santa obra: y el favor ha de ser que nos envien una docena de frailes de nuestra Orden de San Francisco, que sean escogidos, y los pida S. M. á la Provincia de Andalucia, y á la de los Angeles, y que encargue S. M. á los provinciales, que envien frailes que san como Apostoles.

Ademas de esto, que Su Magestad envie un factor suyo, que traiga labradores, que no son menester conquistadores, porque es gente recia, y si los lastimasen luego eran alzados: y es una gente tan animosa, que no dejarian hombre con vida, porque son grandes flecheros y traen unas pelotas, que con un hombre armado darán en tierra: porque es gente de grandes fuerzas y de grande estatura, que apenas veo hombre entre ellos que no sea grande. Y crea V. M., que la mala vida y mal ejemplo de los que acá viniesen por conquistadores, les haria menospreciar nuestra Santa Fé: porque viendo, que yo les hago guardar la ley de Dios á la letra, y la guardan con tanta voluntad, si viesen lo contrario en los que acá viniesen, dirian que éramos burladores, pues á ellos les mandábamos que guardasen la ley de Dios, y los cristianos viejos la quebrantaban.

Y por esta causa, crea Vmd. que no está convertido todo el mundo, por ver la mala vida de los cristianos; vengan labradores y traigan mucho hierro y algun lienzo, ropa y ganado de vacas y ovejas, burdas y cañas de

azúcar, y maestros para hacer ingenios de azúcar, algodon, trigo, cebada y toda manera de pepitas, que se darán bien, y sarmientos, que se harán muy grandes viñas: que no tiene que ver Santo Domingo con la bondad de esta tierra. Y lo que me parece se puede en esto hacer es que Su Magestad ó su Consejo den una provision para la Andalucia, que hay muchos labradores, los cuales me encomendaron que les avisase si fuesen las de por acá buenas tierras, y que ellos se vendrian á vivir en ellas, con sus mujeres é hijos á su costa: aunque Su Majestad debia proveer, que si quiera les diese navíos en que viniesen y que ellos pusiesen lo demas, que no seria mucho. Y si esto no quisiere hacer Su Magestad, que es darles navíos, no han de faltar labradores que vengan á esta tierra á su costa: porque están ya las tierras allá tan cansadas, y las rentas de los cortijos tan súbidas, que no se pueden valer: y por esta necesidad en que se ven, harán cuenta que Su Magestad les hace muy grandes mercedes en dejarlos venir.

Y crea Vmd. que hallarán quien venga: y trayendo hierro (como dicho tengo) los indios por poco que les den alguna cosa, con que se vistan,ayudarán á los labradores á hacer los cañaverales y todo lo demas, y aún confio que desmontando la tierra se hallarán minas de oro y de plata, porque sin hierro no se puede cavar. Y con estos indios se ha de hacer muy mejor que con otros de otras partes, pues ellos con tanta voluntad se sujetan al yugo de nuestra Santa Fé Católica: por lo cual son dignos de mayores libertades que otros, pues sin mas conquistadores que cinco religiosos, se nos dán todos y no nos podemos valer de las gentes que á nosotros vienen: y confio en Nuestro Señor, que cuando esta llegue allá, tendremos mas de ochenta leguas convertidas á nuestra Santa Fé. Así que no deje Vmd. y esos señores que se pierda tanto bien, porque no se lo demande Dios en el dia del Juicio, sino socorriesen á tan santa obra. Los navíos que vinieren, vengan al Puerto de don Rodrigo, ó á la Isla de Santa Catalina, que luego

hallarán los que vinieren muchas gallinas, pescados escelentes, muchos puercos jabalíes, venados, muchas perdices y salud que se cansan los hombres de vivir.

Pues tal tierra como esta no es razon de la dejar, además de lo principal que hay en ella, que son muchas ánimas. Á esta provincia le tengo puesto nombre la provincia de Jesús, en cuya virtud se conquista y se hacen las maravillas que Dios hará. Pluga á su Divina Piedad, por su preciosa sangre, con que nos redimió, de alumbrar á V. M. y á esos señores sus entendimientos, con que provean á tan santa obra: y á Su Magestad le ponga en corazon, que lo mande proveer. No escribo á S. M. hasta que V. M. ponga la mano en ello: porque confio en Nuestro Señor Dios, que poniendo V. M. la mano en caso de tanto servicio suyo, tendrá buen efecto. Nuestro Señor la muy reverenda persona de V. M. guarde y conserve en su servicio. Fecha en el Puerto de San Francisco de la Provincia de Jesús, cerca del Puerto de D. Rodrigo, primero de Mayo, año del 1538. Humilde capellan de V. M. Fray Bernardo de Armenta, Comisario del Rio de la Plata, fraile de San Francisco". Hasta aquí este insigne Francisco.

NÚMERO CUARTO (Página 322)

Llamamos predicadores primeros evangélicos á Fray Bernardo de Armenta y Fray Alonso Lebron, no porque ellos fuesen los primeros ministros del Altísimo que pasaron á estas partes, pues en la armada de D. Pedro de Mendoza vinieron algunos religiosos franciscanos, y, con el veedor Cabrera, dos de Nuestra Señora de la Merced y algunos de San Gerónimo: sinó porque ellos hicieron fruto considerable, y dilataron con su predicacion la Fé del Señor, y, así, aunque no fueron los primeros en tiempo, lo fueron en el fruto y en llevar los primeros el santo nombre del Señor á muchas parcialidades de indios.

NUMERO QUINTO (Página 339)

Como el Ilmo. señor Victoria conocia la falta de obreros que habia en su obispado de Tucuman, despachó al

Brasil á su provisor don Francisco de Salcedo para que del provincial del Brasil solicitase algunos jesuitas que viniesen á ayudarle en el cultivo de su Diócesis, y aunque se pasaron algunos años, consiguió, finalmente, lo que pedia en cinco señalados obreros, los cuales tuvieron la desgracia de caer en manos de Tomás Candich, señor de Mitiley, luterano de profesion. Véase el padre Pedro Lozano, tomo primero, libro primero capítulo. VI.

NUMERO SEXTO (Página 363)

Como el puerto de Buenos Aires es la llave de estas Provincias, y se ha reconocido inclinacion á tomarle para sí, nuestro Católico Monarca deseando conservarle en sus dominios, en cédula del diez y seis de Marzo de 1663, extendió la jurisdiccion de los gobernadores de Buenos Aires, para que puedan convocar del Paraguay y Tucuman, las milicias para defender el puerto en caso de irrupciones enemigas: ordenando á los gobernadores del Paraguay y Tucuman. que al primer aviso acudan personalmente con gente para defensa del puerto.

NUMERO SETIMO (Página 385)

La licencia del señor gobernador Hernando de Zárate es del tenor siguiente: D. Hernando de Zárate, caballero del hábito de Santiago, gobernador, lugar teniente de virey, capitan general de justicia mayor de las gobernaciones de Tucuman, Paraguay y Rio de la Plata, por su Magestad etc.—Por cuanto por el padre rector de la compañía de Jesus, me ha sido hecha relacion que la predicacion del sagrado evangelio, tiene necesidad de fundar y poblar casa en la ciudad de la Asuncion de las Provincias del Paraguay: y para lo hacer es necesario tener licencia, pidióseme que mande dar. Y por mí visto, atento á que es de mucha utilidad y provecho, y de ello se sirve Dios nuestro señor y su Magestad, por el mucho fruto que los padres de esta religion han hecho y hacen en toda esta provincia, y en todas las demas, que han residido y que por esperiencia he visto el cuidado y celo con que acuden á la conversion, y

doctrina de los naturales, me ha parecido concederles licencia para el efecto. Por tanto, en nombre de su Magestad, y por virtud de los reales poderes que para ello tengo, que por su notoriedad no van aquí insertos, doy licencia y consentimiento para que puedan poblar y pueblen la otra casa, en la otra ciudad de la Asuncion, en la parte y lugar, que el cabildo de ella le señalare, ó estuviese dedicado para ello y que públicamente puedan celebrar, y celebren el culto divino á campana tañida, sin que se les ponga estorbo, ni impedimento alguno, que es fecho en la dormida del Saladillo donde se juntan los dos rios, el tercero y cuarto del camino de Buenos Aires, término y jurisdiccion de la ciudad de Córdoba, á veinte y ocho dias del mes de Enero del 1594 años—D. Hernando de Zárate.—Por mandato de su Señoria Rodrigo Pereyra escribano.

NUMERO OCTAVO (Página 387)

Para que se conozca el grande aprecio y estimacion que se merecieron los primeros padres de la compañía, que entraron á estas partes, me ha parecido poner aquí este testimonio de la ciudad de Santa-Fé, y es como sigue:

La buena fama de las obras loables de la religion de la compañía de Jesus ha muchos dias que llegó á esta ciudad, y conocemos que su santo instituto está fundado en caridad y beneficio para los prójimos, que van haciendo en cualquier parte donde viven, y particularmente ha sonado el grande provecho que han recibido otras ciudades de las gobernaciones circunvecinas donde han estado religiosos, de la venerable compañía, y en esta ciudad se participó á Nos, asistiendo en ella el padre Leonardo Arminio, predicando, bautizando y confesando indios y españoles en tiempo muy necesitado de semejante ayuda, hasta que se fué al Brasil, de donde vino, dejándonos muy deseosos de tener siempre en esta ciudad religiosos que á su imitacion nos alumbrasen en el servicio de Dios, y camino de nuestra salvacion— escribimos en razon de esto al padre rector represen-

tándole estos nuestros deseos, para que como superior les diese cumplimiento. Llegó á esta ciudad para grande dicha nuestra, donde por espacio de cinco meses, ha predicado frecuentemente, catequizando, doctrinando á españoles é indios con grande consuelo y bien de las almas, alumbrándolas con la luz de la doctrina saludable para conseguir su salvacion, y de nuestros indios encomendados, y ya nuestros hijos en la continuacion de tan santa doctrina, van por el camino que deseamos —Lo cual visto por este Cabildo, nos hemos resuelto de comprar para la santa compañia un sitio, y enarbolar en él cruz, con alegria universal de la ciudad, y se han comenzado á abrir las zanjas para la Iglesia, y el padre rector dijo en él una misa cantada con toda solemnidad y concurso del pueblo—En este estado nos deja y se va á Tucuman, pero con promesa de que nos enviará los padres, para llevar adelante lo comenzado, y dar parte á V. P. de todo como superior que lo confirme ó vea lo que fuere mas conveniente.

Por esto acudimos á V.P. como fuente de quien ha de emanar el bien que esperamos despues de Dios, y suplicamos nos envie padres de esta bendita compañia, y al reverendo padre Rector le dé órden nos cumpla lo prometido, atendiendo V. P. á que la Religion de la compañia, tiene por fin acudir á los que tienen necesidad de su doctrina y ejemplo, y de este número somos nosotros, y como necesitados de ella, la deseamos. Esta ciudad tiene cinco mil indios encomendados y de mucha capacidad para las cosas de Dios, y son muchos los niños que se van criando, y para la comodidad de la casa de los religiosos, habiamos ofrecido estancias, é indios, que en ellas trabajen: pero no debe de convenir aceptarlo por ahora, pues el padre Rector no lo ha admitido: mas siempre tenemos prontas las voluntades y haciendas al servicio de la santa compañia. Hasta aquí la carta del Cabildo de la ciudad de Santa-Fé para el Presidente provincial del Perú.

INDICE

DECADA SEPTIMA

PARTE PRIMERA

PARTE SEGUNDA

Página

U of Miss
10/6/47